

XXXIV

Semana de Estudios Medievales Estella 16-20 de julio 2007

Movimientos migratorios, asentamientos y expansión (siglos VIII-XI)

*En el centenario del profesor
José María Lacarra
(1907-2007)*

J. Ángel Sesma Muñoz • Chris Wickham
Luis A. García Moreno • Philippe Sénac
José Á. García de Cortázar • Fermín Miranda García
Gabriella Piccinni • Aymat Catafau
Jean-Pierre Devroey • Laurent Feller
Christian Lübke • Dawn Hadley
Marcelino Beroiz Lazcano • Íñigo Muguet Moreno

MOVIMIENTOS MIGRATORIOS,
ASENTAMIENTOS Y EXPANSIÓN
(SIGLOS VIII-XI)

*EN EL CENTENARIO DEL PROFESOR
JOSÉ MARÍA LACARRA (1907-2007)*

XXXIV Semana de Estudios Medievales
Estella, 16 a 20 de julio de 2007

MOVIMIENTOS MIGRATORIOS,
ASENTAMIENTOS Y EXPANSIÓN
(SIGLOS VIII-XI)

*EN EL CENTENARIO DEL PROFESOR
JOSÉ MARÍA LACARRA (1907-2007)*



Gobierno de Navarra
Departamento de Cultura y Turismo
Institución Príncipe de Viana

Título: Movimientos migratorios, asentamientos y expansión (siglos VIII-XI).
En el centenario del profesor José María Lacarra (1907-2007)
(Actas de la XXXIV Semana de Estudios Medievales de Estella.
16 al 20 de julio de 2007).

© [Gobierno de Navarra](#).
Departamento de Cultura y Turismo.
Institución Príncipe de Viana
Diseño portada: Ana Jaurrieta
Fotocomposición: Pretexto.
Imprime: Gráficas Lizarra, S.L.
I.S.B.N.: 978-84-235-3043-4
Dep. Legal: NA 1189/2008

Promociona y distribuye: Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra
(Dirección General de Comunicación)
C/ Navas de Tolosa, 21
31002 PAMPLONA
Teléfono: 848 427 121
Fax: 848 427 123
fondo.publicaciones@cfnavarra.es
www.cfnavarra.es/publicaciones

Índice

PRESENTACIÓN	9
J. ÁNGEL SESMA MUÑOZ. <i>En el Centenario de José María Lacarra. Semblanza</i>	23
CHRIS WICKHAM. <i>La cristalización de la aldea en la Europa Occidental (800-1100)</i>	33
LUIS A. GARCÍA MORENO. <i>Los Hispani: emigrantes y exiliados ibéricos en la Francia carolingia. Realidad y mito historiográfico</i>	53
PHILIPPE SÉNAC. <i>Paysans et habitats ruraux de la Marche Supérieure d'al-Andalus: les données des textes et de l'archéologie</i>	77
JOSÉ ÁNGEL GARCÍA DE CORTÁZAR. <i>Movimientos de población y organización del poblamiento en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica (ca. años 700-1050)</i>	105
FERMÍN MIRANDA GARCÍA. <i>Migraciones campesinas y poblamiento en el Pirineo Central y Occidental (s. IX-XI)</i>	155
GABRIELLA PICCINNI. <i>Ricordo di Riccardo Francovich</i>	179
AYMAT CATAFAU. <i>L'église comme centre organisateur de l'habitat en Languedoc, Roussillon et Catalogne, VIIIe-XIe siècles</i>	187
JEAN-PIERRE DEVROEY. <i>Une société en expansion? Entre Seine et Rhin à la lumière des polyptyques carolingiens (780-920)</i>	231

ÍNDICE

LAURENT FELLER. <i>Les mouvements migratoires en Italie durant le haut Moyen Âge: déplacements contraints, négociés ou spontanés?</i> ..	263
CHRISTIAN LÜBKE. <i>Ethnic diversity in East Central Europe and the beginnings of the economic change in the High Middle Ages</i>	289
DAWN HADLEY. <i>Los vikingos en Inglaterra: un enfoque arqueológico</i>	305
MARCELINO BEROIZ LAZCANO, ÍÑIGO MUGUETA MORENO. <i>Movimientos migratorios, asentamientos y expansión (siglos VIII-XI). Una aproximación bibliográfica</i>	331

Presentación

La trigésimo cuarta edición de la Semana de Estudios Medievales de Estella se ocupó de un tema que, dejando de lado su indiscutible relevancia historiográfica, y visto desde las preocupaciones de nuestro presente, resulta notablemente actual: *Movimientos migratorios, asentamientos y expansión (siglos VIII-XI)*. Es decir, cómo se mueven los hombres, los pueblos, a dónde, de qué manera, cómo se asientan y establecen en los nuevos espacios; y todo ello desde las perspectivas y oportunidades que las nuevas metodologías y formas de análisis admiten: la arqueología, la toponimia, la antroponimia, o las renovadas miradas e interrogantes sobre los viejos textos. Cada tiempo, sin duda, contempla la documentación con nuevas inquietudes y nuevos cuestionarios, y obtiene de ella novedosos perfiles.

Y junto al tema elegido, el subtítulo de la XXXIV Semana expresa un hondo sentimiento de gratitud y homenaje al «maestro de historiadores», estellés para más señas, de quien en 2007 se conmemoraba el primer centenario de su nacimiento: *En el centenario del profesor José María Lacarra (1907-2007)*. La coincidencia de ambos aspectos, el tema y la dedicatoria, no son casuales tampoco; el profesor Lacarra tuvo en los movimientos migratorios, la expansión y la colonización medievales una de sus mayores preocupaciones investigadoras y docentes. Desde estos objetivos, el Comité Científico, compuesto por los profesores D. Ángel Martín Duque (presidente), D. Juan Carrasco Pérez (vicepresidente), D. Ángel Sesma Muñoz, D. Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar, D. Pascual Martínez Sopena (vocales) y Dña. Eloísa Ramírez Vaquero (secretaria), articuló unas sesiones donde, como es habitual, se seleccionaron especialistas de primer orden y se acogió a otros colegas, doctorandos, alumnos y público interesado en general.

PRESENTACIÓN

La vertebración del tema general se planteó en torno a una serie de bloques donde fueron tomando cuerpo, luego, las diversas ponencias. Un primer bloque tendría por objeto el análisis de los movimientos de población, ocupación del espacio y crecimiento, desde la perspectiva de las técnicas y métodos de investigación novedosos –antropología, economía, arqueología, antroponimia–. Un segundo bloque de ponencias se ocuparía de áreas de especialización o espacios regionales donde el panorama podría referirse, no tanto a las zonas específicas, como más bien al medio donde se ha trabajado con los métodos indicados, es decir, sus aplicaciones concretas. Con estas premisas y horizontes, se confeccionó un programa donde quedaron atendidos los movimientos y asentamientos de población de largo, medio y pequeño recorrido en la Europa de la alta Edad Media. Sin entrar aquí a detallar el elenco de los ponentes, sólo cabe señalar que hubo que lamentar, poco antes del inicio de la Semana, la desafortunada desaparición del profesor Riccardo Francovich. La repentina pérdida de quien, posiblemente, representaba la cabeza de la arqueología medieval italiana y uno de los más importantes historiadores arqueólogos del continente, sorprendió a todos. Imposible de sustituir, el Comité Científico quiso dedicar su sesión a un sencillo homenaje de recuerdo para el que pudimos contar con la colaboración de la directora de su Departamento en la Universidad de Siena, la profesora Gabriella Piccini.

Complemento de las Semanas de Estudios Medievales, el ayuntamiento de Estella se ocupó, como es habitual, de organizar las diversas actividades culturales (musicales esencialmente) que jalonaron luego las tardes del resto de la semana. Una vez más la ciudad hizo coincidir con la Semana «científica» otra articulada en torno a las diversas iniciativas de los centros hosteleros de la ciudad, que con este motivo se decoran para ofrecer una recreación temporal del medioevo local. El Comité Científico quiere manifestar de nuevo su más sincero agradecimiento a los diversos organismos e instituciones que intervienen en el desarrollo de la Semana, en todas sus vertientes, incluyendo el permanente apoyo local y vecinal, que nos acoge a todos con indiscutible calidez. Para el Comité Científico es siempre un honor y una enorme satisfacción acudir a esta generosa ciudad, sentimiento que también percibimos en los ponentes y semanistas que nos acompañan cada año en el mes de julio. Resulta, en cualquier caso, imprescindible señalar expresamente al propio Ayuntamiento de la ciudad, a la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella, al Centro de Estudios Tierra Estella, a la Sociedad Gastronómica Basauria y al Museo Gustavo de Maeztu, sede de las sesiones. Mención aparte merece, en lo que a agradecimientos se refiere, el generoso patrocinio

PRESENTACIÓN

del Gobierno de Navarra a través de su Consejería de Cultura-Institución Príncipe de Viana.

En esta ocasión, la excursión de las jornadas se llevó a cabo el miércoles, día 18 de julio y se dirigió hacia Artajona, Ujué y Olite. Como es habitual, el desarrollo de la misma corrió a cargo del Centro de Estudios Tierra Estella, personalizado una vez más en D. Román Felones Morrás, que la organizó y dirigió. Esa misma noche, el Comité Científico, los ponentes y sus acompañantes visitaron las bodegas de Chivite en el Señorío de Avínzano, un insospechado paraje a pocos kilómetros de Estella, donde, aparte de la visita dirigida por D. Julián Chivite y de los vinos ofrecidos, se degustó una cena.

La apertura de la Semana, el día 16 de julio, sirvió de primer homenaje a D. José María Lacarra. En ella intervino D. Ángel Sesma Muñoz con una semblanza de quien había sido su maestro y amigo, para dar paso, luego, a la conferencia inaugural. Antes, había intervenido la Sra. Alcaldesa de Estella, Dña. Begoña Ganuza, con las siguientes palabras:

Ilustrísima Señora Directora General de Cultura, doña María Camino Paredes Giraldo, don Juan Carrasco, vicepresidente del Comité Científico de la Semana de Estudios Medievales, don Ángel Sesma Muñoz, don Chris Wickham, distinguidos señores conferenciantes, señoritas y señores, semanistas, amigos y amigas.

Una vez más les damos la bienvenida a nuestra ciudad.

Este año tenemos un doble motivo para congratularnos. En primer lugar, por la celebración del centenario del nacimiento en Estella-Lizarra de don José María Lacarra gran historiador. Insigne medievalista de reconocido prestigio, su labor investigadora fue internacionalmente elogiada ypreciada, formando parte de prestigiosas instituciones. El profesor Lacarra es uno de los máximos referentes para los medievalistas españoles y podemos considerarlo como maestro de historiadores. En los antiguos gremios, maestro era aquel que después de una obra maestra era recibido en el cuerpo del gremio y podía enseñar su oficio. La obra maestra del profesor Lacarra fue toda su carrera y la capacidad de transmisión a sus alumnos, su capacidad de enseñar.

El segundo motivo es el tema elegido para desarrollar esta semana, las migraciones. Podemos entender como migración el movimiento o desplazamiento de los seres humanos por la superficie terrestre. Dicho así resulta tan frío como cualquier simple definición, pero en nuestro caso, podemos decir, que es casi el fundamento de nuestra propia ciu-

PRESENTACIÓN

dad. Somos una ciudad creada en torno a un Camino, el que llevaba a las gentes hasta Santiago de Compostela y que hoy, está declarado Patrimonio de la Humanidad.

En torno a este Camino fueron surgiendo pequeños núcleos de población a los que fueron llegando gentes de otros lugares y países, pero no solo para llegar a la tumba del Santo, sino para asentarse en busca de unas mejores condiciones de vida. Estas gentes provenientes de diversos lugares nos aportaron riqueza económica y por lo tanto mayor prosperidad, pero también trajeron nuevas formas de pensar, nuevas maneras de entender el mundo, pues aunque en su mayoría existía un nexo común, como la religión, las costumbres, los alimentos, las historias, las leyendas se sumaron al sustrato de la población existente, de los primitivos estelleses.

Nuestro pasado no sólo lo conocemos a través de la labor callada de la búsqueda de documentos escritos, sino también gracias a la arqueología y a otros elementos como la toponimia y los apellidos que nos permiten incluso acercarnos al lugar de origen de los que fueron nuestros nuevos vecinos. Vecinos que, por otro lado, fueron atraídos, en muchos casos mediante el otorgamiento de nuevas leyes, los Fueros, cuya propia evolución nos permite conocer el crecimiento de nuevas villas o ciudades y por lo tanto un crecimiento demográfico gracias a las bonanzas económicas y a la movilidad de la población. Nuestra ciudad conserva aún antiguos apellidos provenientes de la pervivencia de aquellos pobladores que vinieron de más allá de los Pirineos, incluso parte de nuestro culto mariano nos indica la influencia franca en nuestra ciudad, Virgen del Puy, Rocamador, San Martín, etc. Sin olvidarnos de la rica comunidad judía, cuyas tradiciones hemos podido conocer y que no nos han dejado a pesar del transcurrir del tiempo, como así lo han dejado ver las Jornadas de Cultura Sefardí que se celebran desde hace 14 años en nuestra ciudad.

Hoy en día nuestra ciudad ha vuelto a ser lugar de acogida, nuevas gentes han acudido a enriquecer con su presencia la vida de nuestra comunidad. Una vez más somos una ciudad que recibe de manera generosa el aporte de nuestros nuevos vecinos que con su trabajo contribuyen a nuestra prosperidad y con sus costumbres a darnos a conocer a una manera más abierta de entender el mundo que nos rodea.

Aunque en este caso se trata de un viaje temporal, es mi deseo y el de la ciudad que todos ustedes se sientan acogidos durante esta semana por una ciudad que les recibe con los brazos abiertos, pues estamos, como

PRESENTACIÓN

siempre, dispuestos aprender y gracias al conocimiento ser cada vez más libres.

Muchas gracias

Intervino asimismo en la sesión de apertura la Directora General de Cultura – Institución Príncipe de Viana, del Gobierno de Navarra, Dña. Carmino Paredes Giraldo, con las siguientes palabras:

Ilustrísima alcaldesa de Estella-Lizarra doña Begoña Ganuza, Vicepresidente del Comité Científico de la Semana de Estudios Medievales de Estella-Lizarra, don Juan Carrasco Pérez, miembros del Comité Científico, profesor don Ángel Sesma Muñoz, don Chris Wickham, ponentes, semanistas, querida familia Lacarra, amigos todos, bienvenidos una vez más a esta hermosa ciudad que tan afectuosamente nos acoge, como siempre ha sido característica de su hospitalidad, no en vano surgió como ciudad gracias al Camino de Santiago y, por lo tanto, contó desde el principio con el aporte de nuevas gentes que aquí acudieron a asentarse y a enriquecer nuestra comunidad con su trabajo y con su aporte cultural, propiciando un clima de diversidad del que nos debemos de enorgullecer.

Este año, junto con el tema específico de la Semana, se celebra el centenario del nacimiento del ilustre estellés don José María Lacarra, historiador que supo llevar el nombre de esta ciudad por todos los escenarios en los que la cultura ha tenido un gran protagonismo. Don José María Lacarra ha ocupado y sigue ocupando en la actualidad una posición privilegiada, en el amplio panorama de los estudios medievales que tanto le deben, por dos razones fundamentales: primero, por la calidad y singularidad de su obra, dotada de unas características de erudición que le hacen fácilmente identificable y, segundo, por haberle tocado investigar y escribir en una época y en un contexto verdaderamente clave para el conocimiento de nuestra historia.

Este es un buen momento para mostrar el afecto y admiración hacia tan gran figura del panorama de las Letras españolas y digo Letras, en el sentido literario, para destacar también el buen hacer de un historiador cuidadoso con el estilo, de tal manera que su obra se lee con la claridad del buen docente que fue.

Durante el transcurso de esta semana, la número XXXIV, se hablará y debatirá de un tema de candente actualidad, las migraciones humanas. Casi toda la historia de la humanidad es la historia de las

PRESENTACIÓN

migraciones. Todos somos descendientes de emigrantes. Desde los mismos orígenes del hombre, grupos de población se han desplazado de un lugar a otro en busca de alimentos, mejores tierras o un clima más benigno. Muchos fenómenos históricos están estrechamente ligados con la emigración: Guerras, «Conquistas» y «descubrimientos», colonización, esclavitud, tráfico de esclavos, racismo. Todos estos elementos conforman nuestra historia, provocando en el caso de la época que ustedes nos enseñarán, un complejo cambio histórico que llevará al asentamiento del feudalismo.

De los cambios que se vivirán en estos siglos surgirán entidades como el Reino de Pamplona, que luego se denominará Reino de Navarra. El aporte de nuevos pobladores, produjo una mejora de las condiciones de vida, diversificando la economía y por lo tanto creando riqueza, con un progresivo desarrollo urbano, convirtiéndose las ciudades y las Villas en ganglios vitales del Reino, centros donde se gestionaba la administración, donde confluye la riqueza, donde residen los poderosos, esto es, los militares, los burócratas, los propietarios rurales, los artesanos.

La tasa de urbanización expresará el peso numérico de la vida urbana dándonos una idea de la capacidad del sistema económico de producir alimentos en abundancia, para alimentar no solo a los productores, sino también a cierto tipo de personas –los ciudadanos– que se ocupaban en su mayoría del comercio, la artesanía, los servicios, etc. La expansión de las áreas urbanas y las noticias de nutridas inmigraciones a las ciudades nos informan del continuo desarrollo urbano que reclama cada vez más gente.

La Edad Media, tantas veces ignorada bajo la homogeneidad de los órdenes sociales estables, concordantes con rígidos estamentos y con la cosmovisión obedientemente compartimentada por la sociedad, no deja de ser, en realidad, un periodo que encubre diversas fisuras a través de las que se ha tratado de imaginar, buscar, idealizar e, incluso, luchar por un mundo diferente. El espacio ideal puede ubicarse en una geografía alejada, la sociedad justa e igualitaria puede ser alcanzada, el goce del mundo ideal puede ser saboreado en los modelos de vida alternativos e, incluso, profecías y visiones nos pueden acercar al conocimiento del mundo perfecto venidero surgiendo así la utopía.

Se trata quizás, de un rostro poco conocido de la Edad Media, si bien constituyó una faceta pura, viva, ilusionada y combativa para conseguir o soñar una sociedad justa. Desde este punto de vista, podemos entender el desplazamiento, la migración, como una búsqueda de una utopía que

PRESENTACIÓN

en el mundo cristiano medieval solo se puede buscar en Cristo y así una de las migraciones más importantes serán las peregrinaciones, en torno a las cuales y gracias a las mismas, surgirán núcleos de población como la que nos acoge, Estella-Lizarra.

La progresiva creación de estructuras urbanas, apenas existentes anteriormente conformadas por hombres «libres, frances e ingenuos», aportó un nuevo dinamismo a la vez que un novedoso concepto de riqueza, creando una diversidad favorable para el progreso del reino. Y es que como decía el profesor don José María Lacarra «peregrinación, comercio, reconquista y repoblación son fenómenos que aparecen frecuentemente confundidos como manifestación de esta inquietud que agita a los hombres del Occidente cristiano».

La Alta Edad Media es una época de cambios, migraciones, mezcla de etnias y culturas e intentos de asentamiento de pueblos y fundación de reinos. La capacidad de fusión que unos pueblos tuvieron con otros, aumentaron, entre otras cosas, los legados culturales. Incluso un pueblo como el Vikingo hizo algunas aportaciones a la cultura como el arte, la artesanía, la tecnología naval, los viajes de exploración. Cuando se asentaron en otros territorios, en estos se benefició el comercio gracias a nuevas técnicas agrícolas y a su perspicacia mercantil.

Las migraciones tienen consecuencias directas e indirectas tanto en los países o áreas de emigración como en los de inmigración y en ambos casos, pueden tener efectos tanto positivos como negativos. Los negativos son producidos muchas veces por la intransigencia y el temor al extraño, los positivos, son el enriquecimiento económico y el cultural, pues el intercambio de ideas, el conocimiento de otras experiencias, nos hace a todos más libres, más receptivos, más abiertos a lo que nos rodea y solo, desde el conocimiento, podemos entender y asumir que las diferencias no nos separan sino que nos complementan.

Espero y deseo que su estancia en esta ciudad sea provechosa en todos los aspectos y que cuando acaben esta migración temporal vuelvan a su lugar de residencia más sabios. Esta ciudad siempre supo acoger al visitante y ofrecerle su hospitalidad y afabilidad, que disfruten de ella.

Muchas gracias.

A la sesión de apertura siguió la habitual recepción ofrecida por el M.I. Ayuntamiento de Estella, en la Casa de Cultura Fray Diego de Estella.

Concluidas las sesiones científicas el día 20 de julio, en la clausura oficial de las Semanas, el vicepresidente del Comité Científico, D. Juan

PRESENTACIÓN

Carrasco Pérez, que sustituyó al presidente en el acto, anunció el tema de la XXXV Edición de la Semana de Estudios Medievales, prevista para julio de 2008: *La Historia Medieval hoy. Percepción académica y percepción social*. La Sra. Alcaldesa de Estella, Dña. Begoña Gánuza, nos despidió con las siguientes palabras:

Excmo. Consejero de Cultura y Turismo-Institución Príncipe de Viana, don José Ramón Corpas, don Juan Carrasco, vicepresidente del Comité Científico de la Semana de Estudios Medievales, ponentes, seministas, amigos y amigas, hoy procedemos a la clausura de esta semana de intensa actividad cultural, estoy persuadida de que, durante estos intensos días, Estella-Lizarra ha ratificado con creces su condición hospitalaria.

Al empezar esta Semana les comentaba como nuestra ciudad ha sido siempre destacada por su capacidad de acogida, una ciudad que siempre se ha señalado por la manera generosa con que ha sabido integrar a todos aquellos que han contribuido a nuestro crecimiento.

Como saben Estella-Lizarra creció como sociedad urbana al calor de las peregrinaciones, pero acogió asimismo asentamientos permanentes de pobladores extranjeros. Tales pobladores, como ya comentamos y ustedes saben, favorecieron el pujante desenvolvimiento de la vida urbana. El flujo de gentes nuevas, trajeron nuevas formas de ver y entender y una mayor riqueza cultural, fiel reflejo de lo producido durante esta semana en la que ustedes se han convertido en nuestros vecinos.

La diversa procedencia de los ponentes, de diversos países europeos, debe de destacarse como prueba de la amplitud de miras de la Semana y de su calidad científica han quedado pruebas abundantes en sus intervenciones. Gracias a todos ustedes por dejarnos participar de su sabiduría.

Esta ciudad espera con gratitud y con los brazos abiertos una nueva edición de esta Semana, que se ha convertido en un evento cultural de carácter internacional y de la que estamos muy agradecidos. Al igual que en las fiestas, iniciamos la cuenta atrás para poder recibirlas el año que viene y volver a mostrarles nuestra hospitalidad.

Muchas gracias

PRESENTACIÓN

Seguidamente intervino en la clausura el Consejero de Cultura y Turismo «Institución Príncipe de Viana», Don Juan Ramón Corpas Mauleón con las siguientes palabras:

Buenos días.

Ilustrísima alcaldesa de Estella y querida amiga, Begoña Gánuza, distinguido y querido vicepresidente del Comité Científico de la Semana de Estudios Medievales, Juan Carrasco Pérez, distinguidos miembros del Comité Científico, respetados ponentes, estimada familia Lacarra, amigos.

Hoy clausuramos la trigésimo cuarta edición de la semana de estudios medievales de Estella; una Semana que comenzó su andadura en el año 1963 gracias al impulso de José M^a Lacarra y Ángel Martín Duque, y no quiero dejar de mencionar a Paco Beruete y a Pedro M^a Gutiérrez Eraso, que también fueron el alma de aquellas primeras Semanas.

Precisamente este año se cumple como saben el centenario del nacimiento de D. José M^a Lacarra, estellés, medievalista de reconocido prestigio internacional, y gran innovador en el ámbito de los estudios de la Edad Media en España, y por ello, porque la Semana de Estudios Medievales no ha querido pasar por alto esta efeméride, hemos realizado aquí, en su sede, en su casa y dentro de la comunidad científica a la que perteneció, un merecido homenaje a su obra y a su figura.

Y debo decirles que por causa ajena a su voluntad, hoy, D. Ángel Martín Duque, presidente del Comité Científico de la Semana y discípulo de D. José M^a, no ha podido acompañarnos esta mañana, muy a su pesar y muy a pesar de todos nosotros, precisamente en esta edición que para él especialmente adquiere un profundo significado e importancia.

La temática de esta Semana, consolidada por su calidad, gracias al buen hacer de su Comité Científico y a la presencia de grandes expertos en el mundo medieval, es un hecho incontestable porque una de las características de esta Semana es el rigor y la búsqueda de las realidades pasadas en cuestiones de eterna actualidad en el devenir humano.

Si la edición del pasado año 2006 se dedicó al mercado inmobiliario y los paisajes urbanos, la de este año se ha centrado en el fenómeno migratorio, sus causas, sus circunstancias y consecuencias; todas ellas igual de presentes e influyentes de forma más o menos patente, pero evidente siempre, desde que el hombre es hombre y a lo largo de todas las épocas y edades en las que los estudiosos han indagado en nuestra Historia.

PRESENTACIÓN

Somos hijos de los que vinieron y padres de quienes se irán. Aquellos que nos precedieron trajeron consigo sus anhelos, su patrimonio, no sólo material, sino el que acaso es más importante, su patrimonio inmaterial cuyo acervo cultural constituye el legado más valioso.

Legado, como aquel que nos dejó el profesor Lacarra, en sus textos y estudios. Dedicado a la docencia y la investigación, supo compaginar el rigor de la búsqueda documental con la generosidad de su magisterio y con la actitud reflexiva tanto individual como colectiva que favorecía el intercambio de ideas, la aportación de iniciativas y la libertad para pensar, el mayor legado que un intelectual- y él lo fue en el más amplio sentido de la palabra- que nos pudo dejar.

No quiero ni debo extenderme más, simplemente permítanme dejar constancia de mi reconocimiento personal, como estellés y como amante de la Historia y de la Cultura, a D. José M^a Lacarra y también a esta Semana que él tanto influyó a crear.

A continuación procedió a leer un breve texto remitido al efecto por el presidente del Comité Científico D. Ángel Martín Duque, que pese a no poder acudir al acto por un imprevisto de salud, no había querido dejar de mostrar el gran respeto y admiración que sentía hacia su maestro, D. José María Lacarra, con las palabras siguientes:

Considero un privilegio poner voz al sentimiento de Don Ángel que dice lo siguiente:

Como ven ustedes, están dedicadas a José María Lacarra y a la escuela de medievalistas que desde su figura ha nacido en toda España, y singularmente en nuestra tierra.

Aunque en circunstancias personales nada propicias de momento para hilvanar la exposición de la conferencia que se me había recomendado sobre la obra de don José María Lacarra, no renuncio a trazar ahora algunas breves pinceladas sueltas de quien, al cabo de casi veinte años de su fallecimiento, sigue viviendo en mi memoria como mi entrañable maestro. Bastantes de mis discípulos pueden dar fe de mis frecuentes alusiones a su figura, sus estudios históricos y los múltiples aspectos de su forma de ser y pensar.

En vida todavía de don José María Lacarra y a indicación suya el profesor Emilio Sáez me encargó que escribiera sobre él una extensa semblanza publicada en la revista «Anuario de Estudios Medievales» (6,

PRESENTACIÓN

1969, pág. 651-665), preparada principalmente a partir de las largas conversaciones mantenidas a esos efectos con el propio interesado. En esa primera aproximación biográfica se inspiró casi exclusivamente el prof. Luis García de Valdeavellano para componer su discurso de recepción y elogio de don José María en la Real Academia de la Historia (1972). Con posterioridad me volví a referir de diversas formas a su personalidad y su obra, por ejemplo en la extensa entrada que se le reservó en la «Gran Enciclopedia de Navarra» (1990).

Alumno todavía de sexto y séptimo curso de Bachillerato, tuve casualmente noticia de su instalación en Zaragoza, su noviazgo y su matrimonio a través de los comentarios tan divertidos como respetuosos de unas amigas que eran discípulas precisamente de su esposa doña Esperanza Ducay, catedrática de Lengua Griega en el Instituto Femenino Miguel Servet. Se opinaba que había llegado a la Universidad zaragozana un joven Catedrático muy competente, una persona un tanto tímida, pero que, sin embargo, iba a demostrar una excepcional capacidad de organización y relación social.

No tardé en conocerlo personalmente en junio de 1944 al comparecer ante él para rendir cuenta de mis conocimientos de Historia en uno de los variados exámenes orales de aquella larga y minuciosa Reválida de Bachillerato ante tribunales integrados exclusivamente por profesores universitarios, un duro y provechoso portazgo para la entrada en la Universidad. Fue aquella una coincidencia circunstancial, pero por diversos azares no pasaría mucho tiempo hasta que tuve la fortuna de establecer con él lazos más estrechos e imperecederos de relación personal con motivo de la preparación de mi tesis doctoral y mis servicios como su Profesor Adjunto. Aunque en 1958 me instalé en Pamplona, esa relación se mantuvo e incluso se reforzó mediante mis frecuentes escapadas de fin de semana a Zaragoza y también en una asidua correspondencia epistolar. Conservo a este respecto una copiosa colección de cartas de don José María, auténtico maestro también en esta variante de prosa narrativa.

Aquellos años cuarenta no habían sido tan estériles y tenebrosos como con frecuencia son rememorados por quienes no los sufrieron. Ante el cúmulo de escaseces, obligada sobriedad y fuerte trabajo, la sociedad española en su conjunto articuló ingeniosos mecanismos de supervivencia, acertó a ajustar prudentemente a cada momento sus formas de expresión más oportunas, y en la intimidad nunca se ensombrecieron los horizontes de libertad y esperanzas que alimentan la alegría de vivir. En este sentido fueron los medios universitarios y centros de reflexión los principales reductos invulnerables de esa libertad que, como aseveraba

PRESENTACIÓN

San Isidoro, nada ni nadie puede llegar a arrebatarnos mientras nos quede un aliento, porque «donde perece la libertad, fenece también todo lo demás» (Ubi libertas periit, una ibi perierunt et omnia, Etim., 27.32). Hace un par de lustros, en una ponencia de la 25^a Semana de Estudios Medievales, me atreví a situar a Don José María precisamente como arquetipo de profesores universitarios de la que consideré generación de 1940, los «supervivientes» que supieron afrontar las dificultades sin mengua de su dignidad y salvaguardaron los valores de la tradición universitaria que en los años veinte había buscado con empeño la regeneración intelectual del país y cuya figura más representativa había sido el profesor Claudio Sánchez Albornoz, maestro de don José María Lacarra. Las aportaciones historiográficas de uno y otro fueron, sin embargo, muy distintas, las del primero con excesivos afanes de erudición, derivaciones ensayísticas, cierta propensión al dogmatismo incluso en las cuestiones menos relevantes como, por ejemplo, los «malabarismos genealógicos» en torno a los primeros reyes navarros. En mi opinión don José María fue el mejor medievalista español del siglo XX, por la variedad de sus temas de estudio, la selección crítica de sus informaciones bibliográficas y documentales, la prudencia de sus hipótesis de trabajo e incluso la claridad y elegancia de su estilo narrativo.

* * *

En mi larga trayectoria profesional, por lo demás poco o nada descolante, ha latido fuertemente el legado irrenunciable, que tuve el inapreciable honor de recibir del profesor José María Lacarra durante más de un tercio de siglo de magisterio, relación personal, intimidad y colaboración, hasta sus últimas miradas y palabras –«muchas gracias»– en la emocionada despedida de un anochecer del cinco de agosto de 1987 pocas horas antes de su fallecimiento. Desde entonces lo he seguido sintiendo muy «dentro de sí mismo», «cada día mucho más» y, «aunque muerto físicamente», «lo continúo viviendo». He intentado primar siempre la voluntad de infundir su espíritu en la historiografía sobre Navarra, con todas mis limitaciones personales aunque sin los rígidos mimetismos ni las miradas provincianas que él mismo rechazaba como el auténtico historiador sin fronteras que siempre fue. He procurado así servir ante todo y con los mayores desvelos a cuantos me ha deparado la fortuna ofrecer alguna ayuda desde que hace casi medio siglo quedé prendado por la sociedad de esta entrañable encrucijada histórica, una Navarra para mí igualmente acogedora en todas sus variadas muestras de expresión humana, cultural y popular. De ella he recibido mucho más de lo que modestamente haya podido aportar y de lo que desde un principio

hubiese podido soñar. En este último recodo de una apasionada experiencia vital, las sucesivas promociones de alumnos, todos diferentes y creo que igualmente respetados y amigos, siguen constituyendo mi único mérito, si alguno tengo, y en todo caso su crecimiento profesional y sus realizaciones han sido mi mejor corona, mi mayor satisfacción y orgullo personal.

En ellos mi maestro, nuestro gran maestro común, entrevió ya la germinación de una «escuela navarra» de medievalistas. Mas a este grupo de personas de muy variados talantes y edades sólo cuadraría la calidad de «escuela» entendida no como círculo ideológicamente monolítico y metodológica y conceptualmente estacionario, sino más bien lo contrario, es decir, radicalmente plural en todos los aspectos, abierto, dinámico, acrisolado en la mutua comprensión, la tolerancia, el trabajo bien acabado y la colaboración que generan lazos indelebles de compañerismo y auténtica amistad.

Finalizado el texto de D. Ángel Martín Duque, el Señor Consejero retomó su discurso para finalizar el acto de clausura:

Deseo anunciarles, ante todo, que al finalizar este acto, se les hará entrega a todos ustedes, en nombre de D. Ángel y del Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno de Navarra, de un ejemplar de su libro dedicado al estudio de la figura de Sancho Garcés III el Mayor de Pamplona.

Es un libro cuyo nacimiento he compartido con ilusión con D. Ángel, que por motivos de salud, no ha podido ser presentado públicamente y por tanto qué mejor lugar que éste para darlo a conocer a sus compañeros, sus amigos, sus alumnos y en este homenaje a su maestro D. José M^a Lacarra.

Se trata de una obra de gran importancia ya que quedaban todavía en la penumbra perfiles y aspectos concretos de esta figura histórica de Navarra y de España; estaba pendiente una reflexión sobre los cimientos sociales y las pautas ideológicas del giro histórico que él significó.

Esta obra ofrece una visión renovada sobre Sancho el Mayor incorporando a lo ya aceptado hipótesis fecundas y valoraciones acertadas y justas.

Por eso, y haciendo hoy aún más presente a D. Ángel, aragonés de nacimiento y vocación, y navarro de adopción y convencimiento –una situación inversa a la de su gran maestro D. José M^a Lacarra– les hace-

PRESENTACIÓN

mos entrega de este magnífico libro, que sin duda alguna va constituir una obra de consulta ineludible para entender la historia de nuestra Comunidad y el devenir de todos los reinos hispanos.

Y ya para terminar, quiero reiterar el agradecimiento que nuestro vicepresidente ha hecho explícito, antes de nada al Comité Científico de la Semana, al Ayuntamiento de Estella, representado por su alcaldesa, a la Asociación de Amigos del Camino de Santiago, tan importante en la vida cultural de nuestra ciudad desde hace más de medio siglo, al Museo Gustavo de Maeztu, al Centro de Estudios de Tierra Estella y a todos aquellos que año a año, colaboran en hacer realidad esta extraordinaria Semana; y por supuesto muchas gracias a todos ustedes por su presencia e interés.

Declaro clausurada la XXXIV edición de la Semana de Estudios Medievales de Estella y les emplazo para la XXXV.

Muchas gracias.

En el Centenario de José María Lacarra. Semblanza

J. Ángel Sesma Muñoz

El mes de mayo pasado se cumplieron cien años del nacimiento en Estella de don José María Lacarra, uno de los más destacados medievistas del siglo XX, renovador de los estudios históricos en España y sin duda el mejor historiador del viejo reino de Navarra. Reino de Navarra al que dedicó muchas páginas con lúcidas reflexiones y sólidas investigaciones que explican a los navarros lo que realmente son, lo que no pueden dejar de ser y que lo primero que no deben perder es su pasado, porque el pueblo que conoce su historia es un pueblo sabio y seguro de su futuro. Y hasta ahora las gentes de Navarra lo han sido.

A los miembros del Comité Científico de las Semanas de Estudios Medievales de Estella, creadas a mediados de los años sesenta por iniciativa de don José María, nos pareció oportuno ofrecer la edición de este año de su centenario como homenaje al maestro y orientar la reunión a tratar los problemas de los movimientos y asentamientos de las poblaciones europeas en la Alta Edad Media, tema que abordó en muchos de sus trabajos, y hacerlo, además, dilatando los horizontes y ampliando las visiones, tal como siempre aconsejaba. Las conferencias de la Semana se han organizado, y estamos seguros de que así lo van a comprobar, recogiendo las esencias universales de la humanidad y huyendo de la exclusión y la territorialidad.

Y mis compañeros del Comité Científico y el Departamento de Cultura del Gobierno de Navarra me otorgaron el enorme honor, simplemente por ser uno de los últimos discípulos directos de Lacarra, de hacer, a manera de prólogo, una breve semblanza del maestro, que es lo que he empezado a hacer y trataré de continuar, centrándome sobre todo en su magisterio, en su capacidad de investigar y enseñar a interpretar la historia.

A manera de divisa, de lema, quiero recordar una definición en negativo, que muchos clásicos sabemos de memoria:

La Historia no es res nullius sobre la que todos creen tener derechos, ni dehesa de concejo a la que todos pueden enviar a pastar su ganado, ni tarea fácil para la que todos pueden sentirse preparados¹.

Estas rotundas y bien expresadas ideas, expuestas por don Claudio Sánchez Albornoz, las escucharía el joven José María Lacarra a mediados de los años veinte del siglo pasado cuando entró a formar parte del grupo de colaboradores de don Claudio en el Centro de Estudios Históricos en la calle Almagro de Madrid. Y ese es el espíritu que acompañó siempre al profesor Lacarra en su trato con la Historia, el mismo que procuró transmitir a sus discípulos en sus largos años de magisterio.

No es tarea fácil, porque la historia es una ciencia que exige un aprendizaje, el conocimiento de un método, el manejo de unos instrumentos y la continuada reflexión y estudio para ejercerla como profesión; no es un bien mostrencos que puede ser llevado y traído a voluntad, apropiado por unos y reclamado por otros, sino una verdad inasible que exige honestidad para poder aproximarse poco a poco y llegar a vislumbrar sus contornos, nunca en su totalidad ni como dogma; tampoco es un huerto donde cada uno puede ir a recoger pellas de arcilla para modelar con ella los argumentos que convienen en cada momento sin más regla que la voluntad y sin más objetivo que satisfacer unas ambiciones.

Y esto lo tiene ya claro Lacarra en su juventud, y lo manifiesta y expone, lo enseña, como cuando desde Madrid interviene en el agrio debate suscitado en la primavera de 1930 en Pamplona en torno a la creación de un Centro de Estudios Históricos de Navarra y defendía la necesidad de investigar «objetivamente, ... nuestra interesantísima historia», son palabras textuales, sin caer en el «carácter subjetivo, personalista y apriorístico» con que era tratada por algunos, posiblemente los que menos preparación tenían, y reclamaba, en medio de una bulla visceral, que no se mezclase la HISTORIA con la ÉTICA ni con la POLÍTICA, negando rotundamente que la HISTORIA tuviera que servir para hacer PATRIA. «Hasta cuando –exclamaba en *La Voz de Navarra*– seguiremos involucrando la historia con la política», hay que estudiar los hechos, decía, sin prejuicios de ninguna clase, y aceptar el resultado de nuestros análisis². Y lo mismo mantenía medio siglo después, a sus 77 años de edad, cuando

1. Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ, «Una lanza por la Historia», *Ensayos de historiología*, Madrid, Ed. Júcar, 1974, p. 27.

2. Ángel GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, «Historia a secas o también ha de hacer patria. La polémica en torno a la creación de un Centro de Estudios Históricos en Pamplona (1930)», en *Usos públicos de la Historia*, Zaragoza 2002, pp. 123-139.

todavía con entusiasmo manifestaba su enorme respeto por la historia y mostraba su íntima satisfacción por el trabajo bien hecho y por haber actuado siempre, cito textualmente, «según las creencias, frente a quienes sólo se mueven por intereses»³.

Lacarra vivió inmerso en la Historia y en el estudio de la Historia. Su vida no puede entenderse sin su vocación de medievalista y su profesión de profesor de historia, de la misma manera que su historiografía, construida durante sesenta años, crece y evoluciona en paralelo a los acontecimientos que habrían de marcar su trayectoria vital. Y ambas, vida y obra, observadas a los veinte años de su fallecimiento, siguen ofreciendo la imagen de coherencia y honestidad ampliamente reconocidas por cuantos lo conocieron.

Nacido en Estella el 24 de mayo de 1907 en el seno de una familia de tradición de juristas, fue el cuarto hijo de Victoriano Lacarra, abogado y fo-ralista estellés. Muy joven se trasladó a Madrid a estudiar Letras, manteniendo el compromiso de cursar también la carrera de Derecho. Licenciado con premio extraordinario en 1928 y doctorado en 1933, ingresó en el cuerpo de archiveros del estado en 1930 y se licenció en Derecho en 1933. Durante el curso 1933-34 becado por la Junta de Ampliación de Estudios tuvo la oportunidad de consultar los archivos y bibliotecas de París, asistir a los cursos de la Sorbona y de los prestigiosos institutos de investigación, así como conocer a los grandes maestros franceses, Lot y Halphen, entre otros⁴.

A su regreso, con veintisiete años había concluido su periodo de formación, orientado su carrera profesional, como archivero y como profesor universitario en la cátedra de Sánchez Albornoz y como investigador colaboraba en las actividades del *Centro de Estudios Históricos* y en la redacción del *Anuario de Historia del Derecho Español*. En el cuarto número de esta revista había publicado, en 1927, con 20 años por tanto de edad, su primer trabajo de investigación, la edición crítica del Fuero de Estella, abriendo una de las líneas de trabajo que irá prolongando con rigor durante toda su vida: la edición y estudio de textos jurídicos de las antiguas instituciones navarras⁵.

3. Entrevista publicada en el *Diario de Navarra* del día 18 de marzo de 1984, firmada por Inés Artajo.

4. Los datos biográficos de esta primera etapa en la semblanza de Lacarra publicada por Ángel J. MARTÍN DUQUE en el *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 6 (1969) y la voz correspondiente en la *Gran Enciclopedia Navarra*, redactada igualmente por Martín Duque, uno de los primeros discípulos de don José María.

5. Puede verse la introducción que he preparado para el vol. I de la *Obra Dispersa de José María Lacarra, 1927-1944*, Gobierno de Navarra, Pamplona 2007.

Como cierre de esta etapa de formación y maduración estaba previsto que en los primeros meses de 1936 opositara a la cátedra de Historia de la Universidad de Murcia, iniciando con ello una nueva fase del *cursus honorum* que le esperaba en el mundo académico. Pero en lugar de comenzar un nuevo proyecto, la guerra civil que durante tres años rompió la vida de los españoles le dejó a él en Madrid, trabajando, como archivero del estado, para salvar todo lo posible del patrimonio artístico, bibliográfico y documental tremadamente amenazado. Tarea profesional, callada, desarrollada con coherencia y honestidad, pero en medio de una irracionalidad impenetrable para su mente equilibrada.

Pero inmediatamente después, como si hubiese encerrado en un paréntesis los tres años de guerra y depositado sus vivencias en un archivo sellado de su memoria, Lacarra reanuda la línea interrumpida de su vida y en noviembre de 1940 tomó posesión de la cátedra de *Prehistoria e Historia de España de las edades Antigua y Media e Historia de España* de la Universidad de Zaragoza que acababa de ganar en dura oposición. Tenía 33 años, hacía apenas año y medio que había salido de Madrid tras haber permanecido en la capital al servicio de la República y llegaba a una universidad que se había proclamado fiel a la dictadura franquista desde el primer momento.

No pudo ser fácil su instalación en Zaragoza. Llegaba a su plaza con un excelente currículo, pero con un pasado cuanto menos sospechoso para las autoridades académicas y, sobre todo, constituyendo una presencia molesta para el grupo de profesores auxiliares, políticamente muy asentados por la reciente victoria de su bando, que además de ver obstaculizadas sus aspiraciones a ocupar la cátedra verían con horror que Lacarra era discípulo y estrecho colaborador de Sánchez Albornoz. Pero además de éste, para él quizá fueran mayores problemas la escasez de material para reemprender sus investigaciones y la pérdida de contacto con sus maestros y amigos, algunos represaliados y depurados, otros exiliados cuando no muertos.

Sólo como mera ilustración que permita hacernos una idea del nuevo ambiente en el que Lacarra se encontró, diré, por ejemplo, que un año antes de su llegada, el claustro de la Facultad de Letras, con su decano al frente, se había manifestado abiertamente dispuesto a luchar para, cito textualmente, «la extirpación total y absoluta de esa Institución (la llamada Libre de Enseñanza) y la separación de sus hombres de la enseñanza» y que la inmensa mayoría de sus profesores contribuyeron en los años 39 y 40 a exaltar el ambiente universitario con lecciones cuyos títulos muestra su tendencia: «Aragón en la vieja España Imperial», «Los reyes del

Yugo y las Flechas», «La Religión, el Idioma y el Arte como creaciones del alma popular española» o «La juventud combatiente y el Fuero del Trabajo». El rector de la Universidad, por su parte, había convocado un acto académico para, como decía la convocatoria, «solemnizar la Victoria de los Ejércitos del Generalísimo Franco» en el cual el catedrático de Filosofía del Derecho, don Miguel Sancho Izquierdo, pronunció la conferencia «Necesidad del Alzamiento Nacional y significación, en este orden, de la Victoria»⁶.

Sin ningún género de dudas, en la pequeña y cerrada vida universitaria zaragozana de los primeros años cuarenta, el aislamiento y la soledad de don José María pudieron alcanzar niveles insopportables. La correspondencia con sus viejos amigos Luis Vázquez de Parga y Luis García de Valdeavellano y la acogida de un pequeño núcleo de católicos liberales zaragozanos, con el notario Palá Mediano al frente, agrupados en la Sociedad Económica de Amigos del País, le sirvieron de apoyo.

Pero también la fuerza de carácter y la solidez de la preparación universitaria de Lacarra contribuyeron a conseguir su adaptación. La búsqueda de nuevos anclajes con que estabilizar su vida y volver a desarrollar la profesión le permitieron afrontar la situación con firmeza. En los primeros años de estancia en Zaragoza diseñó el borrador completo para reconstruirse académica y personalmente y al cabo de unos pocos cursos tenía trazado un itinerario completo que ya no tendría necesidad de alterar.

Zaragoza, ciudad y universidad, fueron un destino mucho más definitivo y agradable de lo que pudo tal vez pensar en un primer momento. La buena comunicación con Madrid y la cercanía con Pamplona le aportaban grandes ventajas y le evitaban inconvenientes; históricamente, Navarra y Aragón constituyan un escenario homogéneo, con una historia compartida, sobre el que poder desarrollar su programa de investigación; la universidad zaragozana, cuatro veces centenaria, en ese momento provinciana y avejentada, debía dar el estirón necesario para acoger a la juventud de un enorme distrito y para ello necesitaba contar con profesorado capaz y preparado. Lacarra era consciente de ello y estaba dispuesto a colaborar.

Y junto a sus proyectos profesionales, trazados con agilidad, en los años siguientes dio el paso definitivo que confirmaba la intención de fijar su futuro en Zaragoza. En 1943 contrajo matrimonio con Esperanza Du-

6. Juan José CARRERAS ARES, «Epílogo: la Universidad de Zaragoza durante la Guerra Civil», en *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid 1983, pp. 433-434.

cay, zaragozana, licenciada en Historia, discípula de don Pascual Galindo y catedrática de Griego en el Instituto Miguel Servet. Arranque de las actividades en la cátedra, realización de los primeros proyectos investigadores y formación de la familia con el nacimiento de sus tres primeras hijas, se fueron concretando mientras la sociedad española se iba también sereñando y la fase más dura de la depuración intelectual daba paso, a partir de 1945, a un periodo de cierta reconstrucción.

La redacción del libro «Las peregrinaciones a Santiago de Compostela» con Luis Vázquez de Parga y Juan Uría, la puesta en marcha de la Institución Príncipe de Viana en la Diputación de Pamplona, la creación en Zaragoza del Centro de Estudios Medievales de Aragón que se incorporaría al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la aparición del primer número de la revista «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», son los hitos que marcan el futuro profesional de don José María y están en marcha ya en 1945. A partir de aquí y hasta su jubilación del profesorado en 1977, una larga y constante carrera de logros debidos siempre a su esfuerzo y trabajo

Treinta y siete cursos en la universidad de Zaragoza, diecinueve de ellos como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, entre 1949 y 1967, y dos como vicerrector. Director de los Cursos de Verano de Jaca desde 1954 y un trabajo continuado publicando estudios, dos centenares de artículos, monografías y libros, cada vez más profundos sobre la historia medieval de Navarra y Aragón le fueron convirtiendo en una referencia en el medievalismo español y abriendo las puertas de los principales centros de investigación internacionales. Primero, en los años cuarenta y cincuenta, Lacarra y la cátedra de Zaragoza se constituyeron en los puntos de atención y encuentro para el medievalismo peninsular. La organización en 1947 de la reunión en Jaca con el título de «La reconquista española y la repoblación del país», cuyas actas se publicaron un par de años más tarde, significó el primer paso para coordinar la investigación de los medievalistas y la introducción en el horizonte teórico de los investigadores universitarios de la Edad Media las nuevas concepciones que superaban los años oscuros padecidos en el decenio anterior; la celebración al año siguiente en Puigcerdá del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos, seguido después del de Roncesvalles, abrieron la posibilidad de coincidir con especialistas europeos, medievalistas, filólogos, historiadores del arte y de la literatura. El planteamiento y organización nos demuestran todavía hoy la visión abierta y pluridisciplinar que siempre sostuvo don José María, así como su preciosa y obsesiva intuición de que la investigación española debía conocer las corrientes europeas y tratar

de aplicarlas al caso hispano, porque además de enriquecerse con sus aportaciones, conseguiría hacerse comprensible a los ojos continentales.

Después, estos contactos con la historiografía europea y el serio y prolongado trabajo de investigación hicieron de Lacarra la referencia española para el medievalismo internacional. En 1950 fue invitado a participar en el *Congreso de Ciencias Históricas* de París y en los sucesivos de Roma y Estocolmo. Fue elegido representante español en la *Comisión Internacional de Historia Urbana*, ponente en varias semanas del *Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo* de Spoleto, presidió en 1958 las sesiones dedicadas a la Reconquista Española en la Universidad de Tejas y ya en los años sesenta desplegó una enorme actividad participando en las más importantes y prestigiosas reuniones de medievalistas europeos y americanos. Fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Toulouse, por la de Deusto, Zaragoza y Navarra, dictó cursos en las universidades de Poitiers, Burdeos, Toulouse, Berkeley, Coimbra, Lisboa, Oporto, etc. En España, el máximo reconocimiento le llegó en 1970, al elegirle la Real Academia de la Historia como Académico de Número, leyendo su discurso de ingreso sobre «El juramento de los Reyes de Navarra» el 26 de noviembre de 1972⁷.

En Zaragoza, desde noviembre de 1940, don José María puso en marcha el proyecto que vio nacer junto a Sánchez Albornoz y fue capaz de llevarlo a las máximas consecuencias. Introdujo como premisas una constante preocupación metodológica y una insuperable voluntad de independencia y libertad para el historiador. En esto segundo, aparte de sus convicciones personales, la preocupación se centraba en alcanzar la profesionalización historiográfica, lo que implicaba unir el ejercicio de la historia a la universidad y a la carrera universitaria, y exigirse siempre la superioridad intelectual sobre los representantes de las instituciones civiles y políticas, sin permitir que volvieran situaciones pasadas en que el poder impusiera sus criterios y el historiador estuviera a su servicio, como lacayo o portavoz de sus intereses. Mantuvo su independencia en los años cuarenta y cincuenta y la fortaleció en los siguientes; torcía el gesto, de vez en cuando, a mediados de los setenta y podemos imaginar lo que pensaría ante muchas de las circunstancias que pueden observarse últimamente.

En cuanto al primero de los puntos señalados, la preocupación metodológica, la sencillez y claridad de sus planteamientos no podrán nun-

7. Publicado en Madrid, 1972. Hay una reedición en José María LACARRA, *Dos discursos académicos*, Biblioteca Básica Navarra, prólogo J. Ángel Sesma, Pamplona 2002.

ca pasar de moda, aunque las exigencias que imponen no permiten ser optimistas. Se apoya en la prioridad dada a las fuentes, tomadas en el sentido más amplio, como instrumento fundamental para obtener información del pasado y llegar a comprender e interpretar los hechos y las sociedades. La localización, transcripción, análisis y valoración, aplicando técnicas y métodos propios y su confrontación con fuentes paralelas, constituyen los pasos imprescindibles para emprender la construcción científica de la historia. Y este método, impulsado por Sánchez Albornoz y los historiadores del Derecho en los principios del siglo XX, se presentaba como alternativa a la simple erudición, el ideologismo y la retórica que eran, desde hacía tiempo, las fórmulas habituales con que se hacía la historia⁸. Y así debería seguir siéndolo.

Lacarra, en este aspecto, es uno de los más claros eslabones entre esos viejos maestros pioneros y la nueva historia desarrollada en el marco universitario que a partir de la década de los sesenta fueron haciéndose cargo de la renovación profunda de nuestra historiografía. En este sentido, creo que don José María es maestro directo o referente reconocido de los medievalistas españoles de los últimos cincuenta años.

Pero hay una cosa más que quiero resaltar, y con ella iré acabando. Todo esto lo logra Lacarra a pesar de que permaneció siempre fiel a sus orígenes. No sólo no quiso perder su fuero navarro y sus raíces estellesas, sino tampoco quiso abandonar Zaragoza y su modesta pero cada vez más prestigiada universidad, cuando pudo irse a Madrid; ambas cosas le garantizaban su libertad y confirmaban su esencia. Mantuvo su principal atención historiográfica fijada en Navarra y Aragón, porque desde ese escenario periférico, fuera de los dos centros tradicionales, Castilla y Barcelona, estaba al margen de presiones y obligaciones; con la primera línea marcada por su maestro, supo evolucionar y estar atento a los temas de mayor novedad y a las inquietudes de método surgidas en Europa, incorporando la economía, la demografía, lo social y las mentalidades, las ideas políticas y la historia de las instituciones como elementos necesarios para el estudio de las sociedades y el poder. Su intensa atención al pasado y a su presente le permitió contemplar la historia en la larga duración, introduciendo lo medieval en el desarrollo de la sociedad actual, eliminando las barreras que aislaban los siglos medievales del mundo contemporáneo. Su experiencia y sus convicciones históricas le facilita-

8. Muy interesantes al respecto las reflexiones de Ignacio PEIRÓ MARTÍN, «Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX», en *Historiadores de la España medieval y moderna*. Zaragoza 2000, pp. 7-28.

ron la ruptura de los rígidos esquemas nacionales, olvidar la tradicional atención sobre el «carácter nacional» de la historia, da igual que sea de españoles, catalanes o vascos, para plantear la investigación de la historia regional de ámbito universal. Y estoy seguro que hoy lo seguiría haciendo, y dejándose de «pamplinas» y de «músicas celestiales» seguiría diferenciando simplemente la buena historia de la mala.

Creo haber hablado de vocación, trabajo, coherencia y honestidad como características de la personalidad de don José María. No quiero dejar de citar otra que lo define, la discreción. Si su historiografía, visiblemente se apoya, sobre todo, en la obra dispersa, de artículos y pequeñas monografías concisas y precisas de modesto aspecto exterior y gran peso interior, hace unos años⁹, al reflexionar sobre el magisterio de Lacarra, sentí y lo puse por escrito, que esa timidez o cierto desentendimiento que algunos le achacaban, era simplemente modestia y discreción; que nunca quiso subirnos a sus hombros para que lo considerásemos un gigante, sino que lo que siempre hizo fue ponerse a nuestro lado para que quien quisiera le acompañase y pudiera hablar, verle afanoso rebuscar en catálogos de novedades bibliográficas o interpretar los documentos, disfrutar con la historia, respetándola y nunca manipulándola, siempre encontrando el lado gozoso de entender el pasado y explicarlo a los demás.

9. «El discreto magisterio de don José María Lacarra», en *Historiadores de la España medieval y moderna*, Zaragoza 2000, pp. 69-87.

La cristalización de la aldea en la Europa Occidental (800-1100)

Chris Wickham

En 1982, Robert Fossier anunció que «el nacimiento de las aldeas» tuvo lugar en Europa Occidental a partir del siglo X. Definió su terminología, describiendo «lo esencial de las funciones de la aldea [como] un régimen jurídico ubicada en el centro de un territorio (*terroir*), y por encima todo eso que garantiza su supervivencia (*durée*), la iglesia, el cementerio, el castillo». No añadió concentración del hábitat pero seguro que se hallaba implícito, ya que formaba explícitamente parte de la caracterización menos contundente que había plasmado en su libro escrito junto con Jean Chapelet dos años antes. Reconoció que esta caracterización era «provocadora», aunque, indudablemente, perduró en el tiempo. Esto se debe en parte a que Fossier, lo cual resulta poco habitual para un historiador de esa época, conocía la arqueología y era capaz de manipular sus resultados con eficacia; en parte, porque se trataba de una gran idea, fácilmente citable, y también fácil de asimilar con respecto al modelo de «revolución feudal» que estaba tomando forma en esos años en Francia. La historia podía empezar a finales del siglo X, y podíamos dejar de preocuparnos por los acontecimientos anteriores¹.

Podría dedicar toda una conferencia a discutir y criticar estas caracterizaciones, ya que siguen siendo fuertes e interesantes. No solamente en Francia sino en otros lugares se han expresado opiniones análogas. El historiador alemán Karl Siegfried Bader, un historiador institucional pero atento a la geografía de los poblamientos, pensó en 1957 que un «“echtes” Dorf», una «auténtica» aldea, tenía que tener «las casas colocadas las unas

1. R. FOSSIER. *Enfance de l'Europe, X^e-XII^e siècles* (París, 1982), pp. 191-7, cita pp. 191-2; cf. J. CHAPELOT y R. FOSSIER, *Le village et la maison au Moyen Âge* (París, 1980), pp. 139-50.

junto a las otras en un único complejo...», así como prados y suministro de agua comunes. Historiadores ingleses como Chris Taylor y Chris Dyer, ciertamente muy influenciados por la arqueología, también consideraron la aldea inglesa como algo nuevo después del año 1000 (parte de un largo desarrollo que empezó hacia el año 850), y que por encima de todo se caracterizó por una nucleación de los poblamientos; Dyer considera a las pequeñas aldeas y al poblamiento disperso como «no-aldeas»². Pero también existen voces contrarias. Fred Schwind en Alemania presenta con convicción los poblamientos concentrados activos de la Renania Carolingia como aldeas. El mismo Fossier ha sido criticado en Francia –y es interesante que lo es sobre todo por los arqueólogos Elisabeth Zadora-Rio en 1995 y Edith Peytremann en 2003, que en base al renacimiento arqueológico medieval de las dos últimas décadas en ese país, pueden apuntar que de los elementos materiales de Fossier, todos salvo el castillo son arqueológicamente visibles en la temprana Edad Media³. En España, en particular, la imaginería del año 1000 tiene menos poder numínico, y es tras el año 711, la fecha simbólica española más importante, que José Angel García de Cortazar vio «el triunfo de la aldea», otra gran idea, que tuvo tanto éxito en el mundo castellano y catalano-parlante similar al que tuvo Fossier en Francia, como muestran estudios recientes realizados, entre otros, por Lluís To y Juan José Larrea. García de Cortázar quería decir, utilizando esta frase, sobre todo la creación de territorios centrados en poblamientos y no en fincas como había sucedido en el imperio romano; la aldea era una comunidad de campesinos independientes o dependientes, de mayor o menor tamaño, con un grado mayor o menor de dispersión del hábitat, que estaba dotada de una identidad basada

2. K.S. BADER, *Studien zur Rechtsgeschichte des mittelalterlichen Dorfes*, 3 volúmenes. (Köln, 1957-73), I, pp. 21-2 (el libro no se pronuncia con respecto a una fecha que marque el inicio de «la» aldea); C. TAYLOR, *Village and farmstead* (London, 1983), pp. 117-33; C. LEWIS, P. MITCHELL-FOX y C. DYER, *Village, hamlet and field* (Macclesfield, 1997), pp. 90-5, 191, 198-201; C. DYER, «Villages and non-villages in the medieval Cotswolds», *Transactions of the Bristol and Gloucestershire archaeological society*, CXX (2002), pp. 11-35; para más información sobre el proceso de concentración de poblamientos en Inglaterra, D.M. HADLEY, *The Vikings in England* (Manchester, 2006), pp. 110-18.

3. F. SCHWIND, «Beobachtungen zur inneren Struktur des Dorfes in karolingischer Zeit», en H. JANKUHN et al. (eds.), *Das Dorf der Eisenzeit und des frühen Mittelalters* (Göttingen, 1977), pp. 444-93; E. ZADORA-RIO, «Le village des historiens et le village des archéologues», en E. MORNÉT (ed.), *Campagnes médiévales* (París, 1995), pp. 145-53; E. PEYTREMANN, *Archéologie de l'habitat rural dans le nord de la France du IV^e au XII^e siècle*, 2 volúmenes. (Saint-Germain-en-Laye, 2003), I, pp. 93-101, 357-9 (de maneras menos explícita). Un argumento fuerte en la misma dirección está también en R. FRANCOVICH y R. HODGES, *Villa to village* (London, 2003).

en el territorio agrícola situado en torno al poblamiento; y estas aldeas ya pueden verse al norte de España en torno al siglo IX, cuando nuestra documentación empieza⁴. Asimismo en Italia no se discute el hecho de que estas aldeas forman parte del paisaje del siglo VIII; el principal tema de debate a lo largo de estos últimos años ha sido si las aldeas antes del periodo de *incastellamento*, que empezó alrededor del año 950, ya eran poblamientos concentrados, como el llorado Riccardo Francovich y su escuela defendía, o si por el contrario los poblamientos eran a veces más dispersos y existía una mayor variabilidad⁵.

Estas diferencias no solamente proceden del lenguaje. *Village*, aldea, *Dorf*, *villaggio* sino que poseen campos de significados ligeramente diferentes, eso es cierto, y tradiciones históricas y geográficas diferentes presentan diferentes maneras de ver las cosas, por ejemplo, un paisaje de *hamlets* o *écart*s como algo asimilable –o no– a un paisaje compuesto por «auténticas» aldeas; sin embargo, existen desacuerdos tanto dentro de una misma lengua como entre diferentes lenguas. Las diferencias dependen más de las metanarrativas nacionales, dado que el papel desempeñado por la aldea y el paisaje rural es diferente en cada tradición historiográfica. Esta cuestión daría para otra conferencia de gran interés, ya que nunca está de más advertir a un grupo de historiadores internacional –como lo es éste– que tus compañeros de otros países habrían decidido partir de presuposiciones diferentes, que parecen tan obvias para ellos como lo son las tuyas para ti. Pero ahora, quisiera centrarme en las propias aldeas. Personalmente, estoy completamente de acuerdo con García de Cortázar, o Schwind, o Zadora-Rio: en mi opinión las aldeas ya existían en el año 800, e incluso yo diría que antes del año 600 en gran parte de la Europa occidental. Yo parto de la definición básica de aldea, al igual que García de Cortázar, como la creación de territorios formados por pueblos, que veo como el cambio más importante que le haya ocurrido al paisaje rural después de la caída del imperio romano en Occidente, y lo he defendi-

4. J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, *La sociedad rural en la España medieval* (Madrid, 1988), pp. 17-27 (es el más condensado de sus numerosos trabajos y uno de los más explícitos); cf. L. TO FIGUERAS, «Habitat dispersé et structures féodales dans l'Espagne du nord au Moyen Âge central», en B. CURSENTE (ed.), *Flaran 18. L'habitat dispersé dans l'Europe médiévale et moderne* (Toulouse, 1999), pp. 121-44; J.J. LARREA, «Cadres de vie en Espagne chrétienne», en P. BONNASSIE y P. TOUBERT (eds.), *Hommes et sociétés dans l'Europe de l'An Mil* (Toulouse, 2004), pp. 137-62. Desde una perspectiva diferente, véase también S. REYNOLDS, *Kingdoms and communities in western Europe, 900-1300* (Oxford, 1984), pp. 101-38.

5. Véase, para una buena introducción a los debates, G.P. BROGIOLO *et al.* (eds.), *Dopo la fine delle ville* (Mantova, 2005).

do en otras publicaciones⁶. Aunque tiene que reconocer que se trata de una cuestión de definición: si tu definición es ante todo un poblamiento concentrado como con Dyer, o una comunidad sumamente articulada y definida judicialmente como con Fossier, tienes tanta razón con respecto a tu enfoque y fecha de inicio como yo. Por lo tanto, tras haber presentado mi propia definición, sigo queriendo reconocer la fuerza de los cambios privilegiados por los demás. De ahí mi título y mi enfoque cronológico. La aldea puede haber «nacido», o «triunfado», antes del año 800, cuando empiezo, pero aún era, en gran parte de Europa occidental, bastante débil y a menudo amorfa. Sin embargo, hacia el año 1100, las aldeas eran comunidades mucho más coherentes, incluso a veces auténticos protagonistas activos. Es precisamente ese proceso de cristalización el que pretendo abordar a continuación.

Para hacerlo, necesito aclarar otros dos importantes factores. El primero, al igual que la gran variedad de tipos de aldeas que existen actualmente en Europa occidental entonces también existían grandes diferencias en cuanto al desarrollo rural de las sociedades entre los diferentes países, regiones e incluso micro-regiones. Me es imposible abarcárlas todas, por lo tanto tendré que insistir más en unas que en otras; en mis estudios de caso abordaré principalmente Renania, Borgoña, la región parisina, Lazio con Languedoc, y la zona norte de España, desde León hasta Pamplona. Ruego a los demás que me disculpen, pero son muchas las diferencias a tener en cuenta, y ni tan siquiera estos casos serán discutidos en detalle. La otra distinción que quiero hacer es conceptual. Existe una auténtica diferencia entre diferentes *elementos* de lo que podríamos llamar el tipo ideal de aldea, y al menos tres de estos elementos presentan historias en gran parte diferentes: el patrón de poblamiento, la estructura territorial y la acción colectiva. Antes de seguir adelante, cada uno de estos tres elementos necesita una breve caracterización.

Es muy importante para la sociabilidad de la aldea el hecho de que el poblamiento sea concentrado o disperso. No acepto la proposición de que una comunidad de aldeas no pueda existir sin un núcleo, tal y como algunos lo han argumentado, en gran parte porque he tenido la ocasión de estudiar comunidades bastante dinámicas y agresivas en el «hinterland» de Lucca en el siglo XII, cuyas casas estaban ubicadas de manera dispersa a través de todo el territorio de la aldea⁷; sin embargo, la natu-

6. C. WICKHAM, *Framing the early middle ages* (Oxford, 2005), pp. 465-518.

7. C. WICKHAM, *Comunità e clientele nella Toscana del XII secolo* (Roma, 1995), e.g. pp. 150-63, 178-9 (cf. pp. 64-78 sobre los modelos de poblamiento).

raleza de esta sociabilidad era por supuesto diferente a la encontrada en un poblamiento extenso y articulado, y la historia de cómo o si los poblamientos en cada región adquirieron una mayor concentración en nuestro periodo (o una menor concentración, aunque esto era más bien raro, excepto quizás en parte de Cataluña⁸) es importante para esta cuestión. En cuanto a la estructura territorial, la mera existencia de confinaciones entre aldeas es evidente en nuestra documentación escrita cuando es lo suficientemente densa, porque en los mapas aparecen de manera rutinaria identificados como estando *in villa* (o *vicus*, o *locus*) en los textos; pero la importancia de tales confinaciones varía de manera considerable. Por ejemplo, los conflictos entre aldeas por cuestiones de límites son prácticamente inexistentes fuera de la Península Ibérica antes del año 1000, como lo veremos más adelante, pero son mucho más comunes hacia el año 1100 en toda Europa, y las razones de estas diferencias y desarrollos son cruciales para la difusión de la identidad colectiva de cada aldea. Además, los límites de la aldea se ven a su vez influenciados por otros dos tipos de división espacial: el desarrollo de las parroquias, y de los señoríos, ambos tomando forma solamente al final de mi periodo. Cuando estos tres tipos de confinación coincidían, el territorio situado dentro de dichos límites se transformaba en algo mucho más coherente. En cuanto a la acción colectiva, adopta diversas formas: la organización de la actividad silvo-pastoral comunal, la organización de la agricultura (las tierras comunes del Norte de Europa, la irrigación de las tierras secas del Sur), la justicia local, la construcción y el mantenimiento de una iglesia. Todos estos elementos podrían antedatrar el desarrollo de un ente reconocido, capaz de tomar decisiones en la aldea (el *concilium* o concejo de Castilla, el *consulat* del sur de Francia, la *comune* de Italia) en torno o a partir del año 1100⁹, pero cada uno de estos elementos aporta, a su manera, una identidad comunitaria.

No creo que el hecho de que estos tres elementos –el poblamiento concentrado, la importancia de las confinaciones, y la actividad local– fueran más importantes en el año 1100 en la gran mayoría de las zonas rurales de Europa occidental que en el 800 fuera objeto de un debate acalorado. Para Fossier, son todos necesarios para que «nazcan» las aldeas; para mí no; pero en lo que si estamos de acuerdo es que adquieren mayor relevancia. Es en medio de todo este conjunto de *distintos* desarrollos que la sociabilidad de la aldea llegó a cristalizar, y sus diferencias han de ser reconocidas en

8. TO FIGUERAS, «Habitat dispersé», pp. 128-40.

9. WICKHAM, *Comunità e clientele*, pp. 199-254.

cualquier análisis. Además, las distinciones en el seno de este conjunto se articularon de manera diferente en las diferentes regiones, y las diferencias regionales también han de ser analizadas. Por lo tanto, ahora investiguemos estas diferencias –o al menos algunas de ellas– antes de abordar a modo de conclusión las causas de dichos desarrollos.

* * *

Empecemos por Renania ya que esta zona junto con Bretaña constituye la mejor prueba de que existen aldeas activas, *villae*, al inicio de nuestro periodo. Las *villae* en Renania eran relativamente grandes. Los arqueólogos alemanes hablan de poblamientos con 100-200 habitantes durante el periodo Merovingio: de 6 a 12 casas, suponiendo que en cada casa vivían varias familiares nucleares, tanto libres como siervos. Pero hacia el año 800 estas cifras pueden convertirse en mínimas, para algunas de las *villae* del periodo Carolingio de la zona de Mainz, extensamente documentado en cartularios monásticos del periodo 750 a 840, habla de poblaciones de 300 a 600 habitantes, a tenor de los nombres que figuran en nuestros documentos. Estos eran en su mayoría poblamientos concentrados; la arqueología no resulta de tanta utilidad a la hora de buscar casas dispersas, pero en los documentos se habla de la *villa* y de su *marca*, la tierra que le rodea, y las casas rara vez están en la *marca*. Estas aldeas ya contaban con una coherencia social que se expresaba de manera informal en términos de actividad pública-grupos de testigos, rituales de la iglesia local, y algunas veces, un tribunal local público; pero todo esto era informal y tiene que deducirse, por ejemplo, de la regularidad de los testigos citados en los documentos. Desgraciadamente, no podemos trazar en detalle la historia de la aldea en Renania durante el resto de nuestro periodo ya que nuestras fuentes documentales desaparecen durante casi dos siglos después del año 900. Sin embargo, al menos podemos decir que aquí no aparece papel institucional alguno en las aldeas antes del siglo XII, ya que en esa época dichas aldeas dependían más de los señores, laicos o eclesiásticos, que lo que parecía ser en 800, porque un número menor de campesinos era propietario de las tierras y los derechos políticos de los grandes propietarios sobre su propio *Grundherrschaft*, sobre la inmunidad territorial de los señores eclesiásticos y sobre las tierras comunales habían aumentado. Las comunidades de aldeas se desarrollaron aquí a la par de la sumisión campesina¹⁰.

10. Véase en general, entre otros, Schwind, «Beobachtungen»; M. INNES, *State and society in the early middle ages* (Cambridge, 2002), e.g. pp. 105-11; T. KOHL, «Gemeinde vor der Ge-

El segundo ejemplo es el de Borgoña, más en concreto el Mâconnais, zona situada al sur de Borgoña y dominada por las cartas de Cluny. Por desgracia esta es una zona desprovista de arqueología medieval temprana, pero el trabajo de Georges Duby y de sus sucesores (y de André Déléage antes que él) nos brinda una clara idea de cómo eran las aldeas en esa zona. Las *villae* de los documentos, que aparezcan hacia finales del siglo IX, eran una vez más poblamientos junto con sus territorios; la tierra, cuando era alienada (generalmente a favor de Cluny), aparecía descrita de manera rutinaria como en el *pagus* de Mâcon, en el *ager* de A, en la *villa* de B, y algunas veces en el *loco ubi dicitur* C. Tal y como lo demostró François Bange, *agri* en Cluny incluía varias *villae*, hasta una docena, llegando a abarcar hasta unos 30 km² o más. No desempeñaban un papel social obvio, pero eran un marcador geográfico fuerte y consistente; siguieron utilizándose hasta poco antes de que cristalizaran las parroquias, probablemente hacia finales del siglo XI, ya que las parroquias en el Mâconnais, aunque eran más pequeñas que los *agri*, también incluían varias *villae*. La *villa* era la unidad básica y aparece citada en los textos casi universalmente. Los poblamientos en las *villae* probablemente tendían a estar poblados concentrados, dado que solo algunas veces se refieren a las casas como dependencias situadas en el *locus* subsidiario del territorio de la *villa*¹¹. Tales *villae* quizás se parecían al poblamiento excavado mas al norte en la valle del río Saône, en Genlis cerca de Dijon, donde fueron halladas más de veinte edificaciones en un emplazamiento del siglo VI, prueba de la existencia de al menos cuatro o más casas; las

meinde?», en A. GREULE y J. MEIER (eds.), *Die ländliche Gemeinde im Spätmittelalter* (Berlín, 2005), pp. 185-204; para una visión arqueológica de conjunto relativamente reciente, F. DAMMINGER, «Dwellings, settlements and settlement patterns in Merovingian southwest Germany and adjacent areas», en I. WOOD (ed.), *Franks and Alamanni in the Merovingian period* (Woodbridge, 1998), pp. 33-89, esp. pp. 59-60. Para más información sobre el señorío y la comunidad véase BADER, *Studien*, II, pp. 62-90, un análisis que no discute el factor tiempo, y en menor grado, incluso la diferencia geográfica.

11. Véase A. DÉLÉAGE, *La vie économique et sociale de la Bourgogne dans le haut moyen âge* (Mâcon, 1941), pp. 275-80; G. DUBY, *La société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise*, 2^a ed. (París, 1971), pp. 122-4, 288-95; F. BANGE, «L'*ager* et la *villa*», *Annales ESC*, XXXIX (1984), pp. 529-69. En cuanto a las casas *in loci*, véase, aparte de las listas de Déléage anteriormente mencionadas, A. BERNARD y A. BRUEL (eds.), *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, I (París, 1876), nn. 195, 200, 228, 301, 311, 428-9, 564, 634, 646, 681, 691, una lista que pretende ser exhaustiva hasta el año 950 (en este caso utilice la base de datos de Cluny de 800 a 1050 creada por Sarah Halton, a quien estoy muy agradecido). En casos de ausencia de datos arqueológicos, véase los espacios blancos en el mapa de Peytremann, *Archéologie*, I, p. 118.

villae del Mâconnais podrían ser tan antiguas como éste¹². Así, estas *villae* pueden ser consideradas como unidades de aldea al igual que en Renania. Pero eran extremadamente pequeñas, mucho más pequeñas que las de la zona de Mainz. A veces se encontraban solo a un kilómetro de distancia, y sus territorios, aunque a veces estaban formados por ricas tierras (en la actualidad gran parte de estas tierras son viñedos especializados), no podrían haber dado cobijo a un gran número de personas. Durante este periodo las *villae* nunca fueron el centro de ninguna acción colectiva visible; muchos terratenientes, incluso los pequeños, poseían tierras en varias *villae*; no había muchos terrenos comunales y la agricultura era sumamente individualista. Las comunidades empiezan aemerger junto con el desarrollo de las parroquias y territorios señoriales, reaccionando frente al señorío u organizando la parroquia; poco a poco las *villae* que albergaban a la parroquia se hicieron cada vez mayores, reduciendo las *villae* sin iglesias a comunidades subordinadas o provocando su abandono como centros de población¹³. Por lo tanto, podríamos concluir que en Mâconnais una sociedad formada por una aldea activa tendría que esperar hasta el siglo XII. Pero también sería un error descartar las *villae* del siglo X y principios del XI. Según Barbara Rosenwein las familias utilizaban diferentes estrategias de alienación para sus tierras en diferentes *villae*, con los Arlei de Merzé, por ejemplo, que conservaron gran parte de sus tierras en Merzé mientras que de manera simultánea dieron las de Flagy a Cluny en pequeñas parcelas durante todo un siglo; esto probablemente significa que las *villae* eran consideradas como diferentes desde el punto de vista social. Sarah Halton observó que aquellos que tenían propiedades en diferentes *villae* realizaban diferentes elecciones en cuanto a qué centro eclesiástico dar; algunas *villae* daban sobre todo a Cluny, mientras que otras daban más a la otra iglesia cuyos documentos perduran desde aquel periodo, St-Vincent de Mâcon¹⁴. Quizás en el siglo X las *villae* no eran focos de actividades colectivas, pero al menos poseían una identidad mensurable. Esto iba a sentar las bases de una mayor actividad futura.

12. I. CATTEDDU, «L'habitat mérovingien de Genlis (Côte-d'Or)», en C. LORREN y P. PÉRIN (eds.), *L'habitat rural du haut moyen âge (France, Pays-Bas, Danemark et Grande-Bretagne)* (Rouen, 1995), pp. 185-92.

13. DÉLÉAGE, *La vie économique et sociale*, pp. 368-405; DUBY, *La société*, pp. 227-33; BANGE, «*L'ager*», pp. 554-60.

14. B. ROSENWEIN, *To be the neighbor of Saint Peter* (London, 1989), pp. 69-74; S.E. HALTON, *The church and communities: Cluny and its local patrons 900-1050*, University of Birmingham PhD thesis, 2005, pp. 85-8.

Las tierras que rodean París, es decir Ile-de-France y Picardía hacia el norte, nos proporcionan un abanico más amplio de documentación. Para empezar cuenta con una arqueología reciente muy densa, aunque rara vez se trate de poblamientos enteros o aldeas aún ocupadas (y rara vez enteramente publicados). Según el detallado resumen de Edith Peytremann sobre esta cuestión, se produce un importante cambio en los modelos de hábitat rural en las décadas del 700, cuando los poblamientos llegaron a ser mayores y más concentrados. Esto podría ser una extensión de desarrollos, lejos del modelo romano de poblamiento disperso y hacia una red de pequeños centros, que ya son visibles hacia el año 550; pero las conclusiones a las que llega Peytremann muestran claramente que en el siglo VIII en la región parisina ya existía una red de poblamientos coherentes, una red que siguió existiendo en el siglo XII sin mayores cambios estructurales. Dichos poblamientos pueden llamarse aldeas, al igual que en Renania. Algunos, a veces desde tan temprano como el siglo VIII y extendiéndose en el siglo IX y X cuentan ya con iglesias identificables. Desde el 700 en adelante, estas aldeas van haciéndose más grandes y aumentan su actividad artesanal, sobre todo en el campo de los textiles y de la producción de metal¹⁵. Esto viene a respaldar el análisis positivo de la complejidad económica del periodo Carolingio defendida por historiadores como Pierre Toubert, Jean-Pierre Devroey y Olivier Bruand, y también socava la importancia que Fossier otorga al periodo posterior al año 950 para la coherencia espacial de la aldea¹⁶.

Aquí también la arqueología se enmarca en los documentos. El políptico de St-Germain-des-Prés de los años 820 muestra claramente algunas *villae* importantes: aproximadamente 550 habitantes en Palaiseau o Jouy, por ejemplo –dichas cifras siendo aproximadas ya que el recuento de hijas en el texto era incompleto¹⁷. No sabemos con certeza si los habitantes de estas *villae* vivían todos en el mismo sitio, pero la arqueología de la región nos aporta cada vez más pruebas como para que eso fuera así

15. PEYTREMANN, *Archéologie*, I, pp. 319-35, 354-9 («ruptura» en torno al año 700), 297-303 (parroquias), 345-51 (actividad artesanal). Véase para más información el importante conjunto de trabajos publicado por J.-M. YANTE y A.-M. BULTOT-VERLEYSEN (eds.), *Autour du «village»* (Louvain, en prensa), en particular los artículos de J. CHAPELOT, É. RENARD, É. PEYTREMANN, L. VERSLYPE; estos trabajos prestan especial atención a esta región e van más allá.

16. P. TOUBERT, *L'Europe dans sa première croissance* (París, 2004), pp. 68-217; J.-P. DEVROEY, *Économie rurale et société dans l'Europe franque (VI^e-IX^e siècles)* (París, 2003), pp. 101-45; O. BRUAND, *Voyageurs et marchandises aux temps carolingiens* (Bruselas, 2002).

17. A. LONGNON (ed.), *Polyptyche de l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés*, 2 vols. (París, 1895), nn. I, II.

hacia el año 800. La Ile-de-France es una de las pocas zonas de Europa donde las haciendas durante los siglos VII al IX eran por lo general grandes bloques de tierra, y no resulta siempre fácil diferenciar los límites de las haciendas de aquellos de las aldeas (en Palaiseau eran probablemente idénticos), pero tan pronto como se tienen pruebas de que las haciendas no eran bloques únicos, sobre todo en la zona oeste de París, empieza a ser claro que el principal significado de *villa* en los años 820, aquí como en otras regiones, es una aldea cuyas confinaciones eran reconocibles¹⁸. Por lo tanto, desde el siglo IX hasta el XII, esta era una zona con poblamientos bastante concentrados, con cierta coherencia económica, al igual que en Renania, aunque a diferencia de la zona del Rin, los campesinos rara vez eran propietarios de sus tierras, y por eso aldeas enteras dependían del mismo señor que ejercía sobre éstas un fuerte control –ya que esta zona es por supuesto una zona clave del *régime domanial classique* con reservas y servicios de trabajo, durante nuestro periodo.

Las pruebas con las que contamos en el siglo IX no nos permiten decir gran cosa con respecto a la actividad o la identidad colectiva de las poblaciones de dichas aldeas; asimismo, cabría deducir que estas aldeas que dependen de un solo señor, con reservas y servicios bastante uniformes, ya conocían la comunalidad en su sumisión. Mucho más tarde, en el siglo XII otra vez, esta zona se iba a convertir en el terreno de las franquicias de aldea, de las cartas de derechos redactadas a partir de las cartas de Lorris o Prisches, en las que se hablaba de comunidades muy activas, deseosas de crear sus propias instituciones, con cierta autonomía con respecto a sus señores¹⁹. Pero esto era en el contexto de la nueva territorialización de la *seigneurie banale* y de la parroquia, y también de la roturación de tierras, a menudo organizada colectivamente, y de la lenta instauración de una agricultura gestionada de manera colectiva: el elemento básico de una vieja historiografía francesa de la Edad Media central, de aldeas con identidades que con toda certeza se cristalizaron hacia el año 1100. ¿Qué es lo que ocurrió mientras? Por desgracia, y sorprendentemente, el siglo X no ha sido muy estudiado desde este punto de vista. El libro de Fossier sobre Picardía, una de las pocas tesis regionales francesas que

18. L. BOURGEOIS, *Territoires, reseaux et habitats. L'occupation du sol dans l'Ouest parisien du V au X^e siècle*, Thèse de doctorat, Université de Paris-I, 1995, I, pp. 404-14.

19. R. FOSSIER, *Chartes de coutume en Picardie (XI^e-XIII^e siècle)* (Paris, 1974); ÍDEM, «Les communautés villageoises en France du nord au moyen âge», en *Flaran 4. Les communautés villageoises en Europe occidentale du Moyen Âge aux Temps modernes* (Auch, 1984), pp. 29-53. El resumen más reciente sobre el desarrollo de la parroquia es de la mano de M. LAUWERS en J.M. YANTE y BULTOT-VERLEYSEN, *Autour du «village»*.

abordan tanto el inicio como el periodo central de la Edad Media, omite dicho periodo, en este caso como en el de Renania por falta de datos²⁰. No se conocen equivalentes al protagonismo de los campesinos de la vecina Normandía a mediados de los años 990, donde los *rustici* del ducado formaban un conjunto de *conventicula* que mandaba delegados a un *conventus* central, probablemente una réplica del *placitum carolinum*, antes de que fueran destruidos por un ejército ducal²¹. Los *conventicula* normandos podrían haber sido una especie de asamblea de aldea algo así como el *mallus* local de la Alta Edad Media; quizás hayan tenido equivalentes más al este siguiendo el Sena, en los alrededores de París; pero en este caso entramos en el terreno de las meras especulaciones. En las regiones situadas en el norte de Francia, en su conjunto, resulta difícil decir que haya existido una formalización de las acciones colectivas antes de finales del siglo XI. Pero, gracias a la arqueología, esta última actividad puede verse con mayor claridad como una actividad basada en antiguos modelos de poblamientos concentrados, en asociaciones religiosas entorno a las iglesias, y también en la sumisión colectiva ante un poder fondiario coherente lo que en muchos lugares dio paso a territorios de *seigneurie foncière* del tamaño de una aldea varios siglos antes de la equivalente territorialización de la *seigneurie banale*. En este caso también, existían bases informales a partir de las cuales las comunidades de aldea formalizadas del siglo XII pudieron desarrollarse.

Ninguna de éstas eran zonas de grandes cambios en los padrones de poblamiento durante el periodo que va del 800 al 1100, aunque si existió una tendencia a una mayor concentración del hábitat en Borgoña. Al contrario, la importante nucleación de poblamientos conocida como *incastellamento* en el sur de Europa, como en los clásicos estudios de Toubert sobre Lazio, o Monique Bourin, Laurent Schneider y Aymat Catafau sobre Languedoc, o Laurent Feller sobre el Abruzzo, ha tenido un efecto directo sobre la sociabilidad campesina. Lazio antes de finales del siglo X, antes de la gran ola de construcciones de poblamientos fortificados sobre colinas, fue una de las últimas regiones europeas en las que el campo estaba dividido en territorios fondiarios, *massae* o *fundi*, como en el imperio romano, con ninguna referencia discernible a aldeas; aquí el *incastellamento* no cristalizó una sociedad de aldeas, sino que más

20. R. FOSSION, *La terre et les hommes en Picardie jusqu'à la fin du XIII^e siècle* (París, 1968), pp. 439-45.

21. E.M.C. VAN HOUTS, *The Gesta Normannorum Ducum of William of Jumièges, Orderic Vitalis and Robert of Torigni*, II (Oxford, 1995), p. 8.

bien la creó prácticamente a partir de la nada. Los *castra* y *castella* del siglo XI tenían unas estructuras sociales bastante elaboradas, dominadas por *milites*, sus habitantes más militarizados (y casi aristocráticos), con sus propios tribunales castrales presididos por los *boni homines*, probablemente una *elite* local más importante; los hombres de estos *castella* prestaban juramento ante sus señores, y más tarde también ante el papa. Los *castella* de Lazio eran fácilmente controlables por los señores, como los abades de Farfa y Subiaco, o por los papas, y además durante los primeros cien años de su existencia empezaron a formalizar todo un conjunto de actividades locales, que no necesitaban estatutos locales (lo cuales aparecen bastante tarde en esta región, en el siglo XIII) para otorgarles forma institucional²².

En Lazio, la nucleación de los poblamientos fue tan rápida y original, y deliberadamente estructurada, que la identidad de la aldea empezó a cristalizarse simplemente a causa de ésta; normalmente era tarea de los señores, pero los señoríos –así como las confinaciones parroquiales, ya que estos *castella* tenían todos iglesias– simplemente se inscribían en las mapas de los nuevos límites castrales, de lo que se empieza a dar testimonio de manera explícita a finales del siglo X²³. Sin embargo, el *incastellamiento* no siempre fue tan total como en este ejemplo. Para empezar, la simple edificación de castillos no siempre implicaba cambios en el padrón de los poblamientos del sur de Europa; por ejemplo, en el norte de Italia era poco frecuente. Pero incluso en aquellas regiones donde proliferan las aldeas fortificadas, existían numerosos ejemplos, tanto en Italia como en el sur de Francia, de *castella* basados en poblamientos que existían antes en ese mismo lugar, con frecuencia en colinas, del siglo VII-VIII, o incluso anteriores. Las tres décadas de excavaciones a cargo del departamento de Francovich en Siena muestran que ésto es cierto para gran parte del sur de Toscana; en este caso, muchos nuevos *castella* eran solamente versiones algo más jerarquizadas que sus predecesores, quizás usando con más frecuencia la piedra en vez de madera en sus defensas²⁴. En Lan-

22. P. TOUBERT, *Les structures du Latium médiéval* (Rome, 1973), pp. 303-54, 1274-1313. La ausencia de aldeas era ante todo una de las características de la Campaña Romana, que jamás estuvo bajo ocupación lombarda; por el contrario más al norte la Sabina mostraba un patron más variado. La historiografía sobre el *incastellamiento* de Italia central desde 1973 es demasiado extensa para citarla; no obstante, el trabajo publicado por L. FELLER, *Les Abruzzes médiévales* (Roma, 1998), constituye un importante estudio monográfico paralelo.

23. TOUBERT, *Les structures*, pp. 860-7.

24. Véase el estudio de M. VALENTI, *L'insediamento altomedievale nelle campagne toscane* (Florencia, 2004).

guedoc, las *villae* de los siglos IX y X representaban una amplia variedad de tipos de poblamientos, pero algunos de ellos eran aldeas concentradas e incluso fortificadas; los *castra* del periodo posterior al año 1000 y sobre todo al año 1050 algunas veces se ubicaban en nuevos emplazamientos, pero, también en este caso, en lugares antes ocupados o algo más arriba en la colina que los anteriores poblamientos²⁵. En Lazio, la nucleación simplemente cristalizó la aldea; en Languedoc la situación era menos clara, ya que a veces había una clara continuidad de poblamientos, y aldeas identificables existían antes que los *castra* incluso cuando no había habido tal continuidad. Pero es al menos evidente que la identidad de aldea era algo relativamente informal en Languedoc en torno al año 900. Era más coherente que en Borgoña; las *villae* de Languedoc tenían sus propios territorios definidos, como lo confirman a veces los documentos de disputas, y sus habitantes a veces aparecen en grupos colectivos; pero no hay indicios claros de una actividad jurídica que gire en torno a las aldeas, o un liderazgo identificable. Habrá que esperar a que finalice el proceso de *incastellamento*, y también el de señoralización, en el siglo XII, cuando los *probi homines* de los nuevos *castra* empiezan a aparecer en los documentos desempeñando roles judiciales y para convertirse más tarde en representantes de las aldeas. Así, Languedoc se queda atrás con respecto a Lazio en la velocidad de cristalización de la identidad de aldea (por desgracia el sur de Toscana cuenta con demasiado pocos documentos para establecer comparaciones); los territorios divididos en aldeas ya existían en el año 900, sin embargo las colectividades organizadas en el seno de una aldea apenas existían en el año 1150²⁶. Asimismo, fue sobre

25. M. BOURIN-DERRUAU, *Villages médiévaux en Bas-Languedoc*, 2 volúmenes. (París, 1987), I, pp. 60-77; para la arqueología, véase (entre sus numerosos artículos) L. SCHNEIDER, «Territoires savants, territoires vécus dans l'ancienne Gothie», en *Peuples et territoires en Gaule méditerranéenne, Revue archéologique de Narbonnaise*, suppl. XXXV (2003), pp. 355-65, e ÍDEM, «Dynamiques spatiales et transformations de l'habitat en Languedoc méditerranéen durant le haut moyen âge (VI-IX s.)», en BROGIOLO *et al.*, *Dopo la fine delle ville*, pp. 287-312. Conviene apuntar que en el sur catalán de Languedoc, en Roussillon, el eje para la nucleación en su primera fase (siglos X y XI) no es el castillo sino la parroquia, en el proceso de *ensagrerament*, tal y como se acuña en catalán (aunque el término más utilizado para esos núcleos que giran en torno a la parroquia en Roussillon pasan a llamarse *cellera*, y no *sagrera*). No obstante estos cambios fueron similares a los resumidos en el texto, ya que las parroquias se fundaron a partir de aldeas ya existentes, más heterogéneas y variables. Véase A. CATAFAU, *Les celleres et la naissance du village en Roussillon (X^e-XV^e siècles)* (Perpiñan, 1998), argumentos sujetos a matices y vinculados a los datos arqueológicos más recientes en *Domitia*, VIII-IX (2007), pp. 43-70, 90-120 (artículos de J. KOTARBA, A. CATAFAU y O. PASSANIUS) y por CATAFAU en este volumen.

26. Para el siglo X, E. MAGNOU-NORTIER, *La société laïque et l'église dans la province ec-*

todo en el marco de la nueva red de poblamientos concentrados que surgió dicha identidad, ya que los *probi homines* eran los hombres más ricos de esas aldeas, y así como –también de vital importancia– los hombres que dirigían la justicia territorializada de los señores locales.

En realidad es en el norte de España, mi último ejemplo, donde encontramos los indicios más claros con respecto a la existencia de comunidades rurales coherentes en el periodo de los años 900-1050 (porque existen relativamente pocos documentos sobre el siglo anterior, salvo para alguna zona montañosa de los Pirineos y de la Cordillera Cantábrica). Esta vez, las bases de la cohesión comunitaria no eran necesariamente los poblamientos concentrados. Existen pruebas evidentes de que en Tierra de Campos, tal y como lo muestra Pascual Martínez Sopena, en el siglo X existen poblamientos relativamente dispersos, incluso en aquellas zonas donde la nucleación aparece documentada hacia el año 1100, como cerca de Melgar de Arriba y Galleguillos, sur de Sahagún; pero la aldea de Melgar del siglo X, con su población dividida en diferentes *villae* subordinadas, no obstante contaban con un *collacium* (932) o *concilium* (979), una colectividad que controlaba su propia propiedad y que facilitaba testigos para las transacciones jurídicas. Este *concilium* pudo tener su coherencia inicial en el *castellum* de Melgar, documentado en 959, pero no resultó en absoluto socavado por la dispersión del poblamiento en todo el territorio de Melgar²⁷. De igual manera, la fuerza de los hombres de Berbeia en la frontera entre Castilla y Álava, que defendieron la exención de su *concilium* y su jefe, el *potestas*, de la autoridad judicial de los *merinos* reales en, probablemente, 1012, bajo la dirección de los infanzones locales, no sufrió merma alguna por el hecho de que la comunidad estuviera dividida entre tres poblamientos, uno de ellos, con el significativo nombre de Barrio, que se hallaba claramente subordinado a Berbeia²⁸.

clésiastique de Narbonne (zone cispyrénenne) de la fin du VII^e à la fin du XI^e siècle (Toulouse, 1974), pp. 153-60, y BOURIN-DERRUAU, *Villages*, I, pp. 49-53, con diferentes matices; para el siglo XI, ibid., I, pp. 311-26.

27. P. MARTÍNEZ SOPEÑA, *La Tierra de Campos occidental* (Valladolid, 1985), pp. 106-25, 505-12; para pinceladas sobre modelos paralelos en periodos anteriores cuando la arqueología es aún incompleta, véase E. ARIÑO GIL y J. RODRÍGUEZ HERNANDEZ, «El poblamiento romano y visigodo en el territorio de Salamanca», *Zephyrus*, L (1997), pp. 225-43; A. VIGIL-ESCALERA GUIRADO, «Cabañas de época visigoda», *Archivo español de arqueología*, LXXIII (2000), pp. 223-52; A. AZKARATE GARAI-OLAUN y J.A. QUIRÓS CASTILLO, «Arquitectura doméstica altomedieval en la Península Ibérica», *Archeologia medieval*, XXVIII (2001), pp. 25-60.

28. A. UBIETO ARTETA, *Cartulario de San Millán de la Cogolla (759-1076)* (Valencia, 1976), nn. 67, 145; para las fechas véase R. PASTOR, *Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación de la formación feudal Castilla y León, siglos X-XIII*

Estos ejemplos, tan bien conocidos por los historiadores de Castilla, también pueden servir para enfatizar el hecho de que el nivel de actividades organizadas en esta región hacia el año 1000 y a menudo mucho antes era mucho mayor que en las otras regiones de Europa occidental. Existía una red de muy pequeñas *villae* que se extendía por León-Castilla y el Valle del Ebro (así como por Galicia y Cataluña); algunas veces funcionaban como comunidades independientes, otras veces se agrupaban en un único *terminum* o *territorium* perteneciente a una *villa* o *castrum/castellum* más importante (poblamientos polinucleares, como lo llama Larrea), pero en ambos casos tenían una actividad que tenía poco que ver con lo que sucedía al norte de los Pirineos. Nos encontramos con frecuentes referencias a un sustancioso grupo de habitantes de una sola *villa* que actuaban juntos para ceder o vender tierras o (como en Cataluña) para construir una iglesia. Esto en sí no requeriría la existencia de una comunidad organizada, pero crea un contexto para las escasas referencias a los *concilia* que poseemos; los vecinos estaban acostumbrados a actuar de manera colectiva. Los *concilia* tenían derecho a poseer tierras; por lo general solían controlar tierras de pastos colectivas; y podían representar a la comunidad en litigios contra señores o comunidades vecinas. Tenían la mayoría de las veces un liderazgo definido, y con frecuencia sus líderes eran miembros menores de la aristocracia militar, infanzones y similares: dichas personas pronto aspiraban a gobernar la comunidad directamente, y hacia el año 1100 a menudo lo hicieron estableciendo sus propios señoríos locales, aunque sin llegar a destruir la solidaridad de la comunidad al hacerlo. El siglo XII fue testigo de la aparición de concejos locales que obtenían franquicias de sus señores al igual que hicieron sus homólogos en el resto de Europa, pero en este caso las comunidades locales no acababan de constituirse²⁹.

(Madrid, 1980), pp. 40-3; I. ÁLVAREZ BORGE, *Poder y relaciones sociales en Castilla en la edad media* (Salamanca, 1996), pp. 36-7.

29. Para más información sobre los poblamientos véase LARREA, «Cadres de vie» (p. 144 sobre la *villa* polinuclear), y I. MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales en el Norte de la Península Ibérica (siglos VI-XIII)* (Salamanca, 2000), pp. 139-66. Para más información sobre los *concilia/concejos* véase, entre otros, PASTOR, *Resistencias*, sobre todo las páginas 20-112 (en las pp. 30-2 se mencionan las ofrendas colectivas en las parroquias); para Cataluña véase P. BONNASSIE y P. GUICHARD, «Les communautés rurales en Catalogne et dans le pays valencien (IX^e-milieu XIV^e siècle)», en *Flaran 4*, pp. 79-115, pp. 79-85); M.C. CARLÉ, *Del concejo medieval castellano-leonés* (Buenos Aires, 1968); J.M. MONSALVO ANTÓN, «Concejos castellano-leoneses y feudalismo», *Studia histórica. Historia medieval*, X (1992), pp. 203-43; P. MARTÍNEZ SOPENA, «Autour des *fueros* et des chartes de franchise dans l'Espagne médiévale», en M. BOURIN y P. MARTÍNEZ SOPENA (eds.), *Pour une anthropologie du prélèvement seigneurial*

Merecen especial atención los conflictos entre las aldeas y sus demarcaciones ya que empezaron muy pronto. Las *villae* de Benasa y Catamemas en Navarra lucharon por sus fronteras dos veces en los años 905 y 928, y los acuerdos a los que finalmente llegaron tuvieron como mediador al rey en persona. Existen litigios similares en el siglo X en Galicia, así como conflictos paralelos en torno a las confinaciones, aunque esta vez entre comunidades y señores vecinos, en León y Castilla; que yo sepa, no existen en Occidente litigios equivalentes a los de la España cristiana antes de los años 990s, fecha en la que empezaron a darse al norte de Italia³⁰. Las aldeas que quieren acudir a los tribunales o luchar para defender sus límites son entidades organizadas con una clara comprensión de la importancia que tienen los derechos territoriales. Esta división territorial no es inevitable. Algunas aldeas de Piemonte en el noroeste de Italia, por ejemplo, se las han arreglado sin confinaciones claramente definidas hasta el siglo XX; y decisiones jurídicas de aquella región en el siglo XIII dicen explícitamente que las tierras comunes podían ser *terrás mistas* entre dos comunidades³¹. Pero en España en el siglo X los derechos de las aldeas tenían que ser defendidos; eran importantes para la colectividad. Durante este periodo, mucho antes del desarrollo de los territorios señoriales, esto se debe probablemente al hecho de que las tierras comunes tenían especial importancia; la actividad pastoral organizada es una característica propia de la España cristiana en el siglo X, hasta un nivel sin parangón en otras regiones, y esta es en gran parte la razón subyacente que justifica la importancia de las demarcaciones entre aldeas. Pero el resultado también fue una comunidad de aquellas aldeas que cristalizaron mucho antes que en cualquier otra zona de la Europa latina.

* * *

Acabo de presentar una serie de estudios de caso de manera muy breve y esquemática, algo inevitable en una breve síntesis de este tipo. Sus implicaciones, si las hubiera desarrollado en detalle, hubieran sido objeto

rial dans les campagnes médiévales (XI-XIV^e siècles), I (París, 2004), pp. 211-37; y ahora W. DAVIES, *Acts of giving* (Oxford, 2007), pp. 193-207.

30. Véase A. UBIETO ARTETA (ed.), *Cartulario de S. Juan de la Peña*, I (Valencia, 1962), n. 14; C. WICKHAM, «Space and society in early medieval peasant conflicts», *Settimane di studio*, L (2003), pp. 551-85, esp. pp. 554-5, 575-82.

31. R. BORDONE, «“Promiscuità territoriale” e delimitazione del confine in Piemonte», y L. PROVERO, «Una cultura dei confini», *Reti Medievali Rivista*, VII (2006), a <http://www.dssg.unifi.it/_RM/rivista/saggi/Confini_Bordone> y <.../Confini_Provero>.

de un libro entero. Pero, si las analizamos de manera conjunta, en mi opinión ponen de manifiesto dos aspectos básicos anteriormente mencionados: que las aldeas cristalizaron, o al menos iniciaron su cristalización, en la gran mayoría de las regiones de Europa occidental durante el periodo que va del año 800 al 1100; y lo hicieron de manera muy diferente, con trayectorias diferentes. En algunas de las regiones mencionadas, las identidades colectivas eran muy débiles al inicio del periodo, como por ejemplo en Borgoña (también podría haber añadido el norte de Toscana), o inexistentes, como por ejemplo en Lazio; en otras regiones estas identidades aparecen de manera más marcada, aunque con una estructura bastante informal, como en Renania, Languedoc y quizás la región parisina; en el año 900 tan solo en una región, el norte de España, aparece una estructura definida. A partir del año 900 pero fueron aún más variadas las trayectorias de las aldeas, ya que estas se convirtieron en comunidades cada vez más activas y organizadas. La concentración de poblamientos sirvió de apuntalamiento para la cristalización de las aldeas en Lazio –y agregaría aquí también una gran parte de Inglaterra, aunque allí estuvo más asociado a un marcado fortalecimiento del poder de las haciendas de los aristócratas y la iglesia, que quizás antedató el cambio de los poblamientos. En Languedoc la concentración de poblamientos también fue crucial, aunque acompañada por un crecimiento del poder judicial y político de los señores, y en particular, por la creación de señoríos territoriales. En la región parisina y quizás en Renania, el desarrollo del señorío territorial fue el factor mas importante ya que los poblamientos ya eran lo suficientemente extensos en el año 800, y sus iglesias hacía ya tiempo que existían. Esto también fue cierto para Borgoña, aunque en este caso el desarrollo de territorios parroquiales también tuvo su incidencia, dado que surgieron bastante tarde, y también fomentaron una modesta concentración de poblamientos. A esto añadiría que la territorialización parroquial resultó ser aún más importante en aquellas regiones con un patrón de poblamientos disperso, como por ejemplo Anjou/Maine y el territorio de Lucca; en este último caso el poder señorial también era muy débil por lo que las parroquias resultaron ser el único motor de la territorialización en el año 1100 y posteriores³². En España, el control señorial (así como la apropiación aristocrática y monástica de la tierra pastoral) aumentó durante este mismo periodo, y esto modificó la estructura de las comunidades de aldeas; también crecieron las diferencias sociales, ya que las

32. WICKHAM, *Comunità e clientele*, pp. 78-92; para Anjou, D. PICHOT, *Le village éclaté* (Rennes, 2002), pp. 73-91, 104-12, 230-5, 288-300.

aristocracias tenían menos fuerza en el año 800 e incluso 900 en España que en cualquier otra región de Europa occidental (salvo Inglaterra, y también las regiones del norte de Europa, no abordadas aquí), sin embargo se hicieron mucho más fuertes hacia el año 1100. Asimismo, hacia el año 900 las aldeas organizadas ya se habían desarrollado, en gran parte debido a la importancia de las tierras comunales situadas en el norte de España, aunque no quisiera ignorar la probabilidad de supervivencia de formas tempranas de actividades colectivas de diferentes tipos; el cambio social sucesivo tan solo se superpuso a esta estructura precedente³³.

Por lo tanto, la cristalización de la aldea tuvo un amplio abanico de diferentes raíces. No podemos decir que fue el resultado sencillo de la señorrialización, como lo han venido afirmando dos generaciones de estudiosos franceses; cuando uno mira al desarrollo de las aldeas sobre el terreno, son demasiados los factores de igual importancia a tener en cuenta. En líneas generales, cabe reconocer que la jerarquización interna de la estructura de la aldea se inicia en el siglo IX o X en gran parte de Europa occidental, un reflejo de que las élites internas estaban surgiendo lentamente en varias (aunque no todas las) sociedades europeas, algunas de las cuales podrían formar el nivel más amplio de la clase señorial en el futuro: la señorrialización tenía raíces profundas. Sin embargo, el concepto de *encellulement* de Fossier puede considerarse como algo que va más allá de la mera creación de señoríos, como lo sabía ya Fossier, aunque insistió en los señoríos territoriales más que en ningún otro³⁴. Los sistemas políticos del siglo IX, en la gran mayoría de las regiones de Europa occidental, giraban más en torno a actividades públicas y colectivas de gran envergadura que en el siglo XII. En el año 800, las asambleas locales y reales eran importantes en casi todas las regiones, y el poder político derivaba de cargos oficiales y del *Königsnähe*—la propiedad del suelo era importante tan solo porque otorgaba a los agentes políticos los recursos

33. Para estas actividades colectivas véase por ejemplo MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales*, pp. 107-211; J. ESCALONA MONJE, *Sociedad y territorio en la alta edad media castellana* (Oxford, 2002), esp. pp. 221-31; S. CASTELLANOS Y I. MARTÍN VISO, «The local articulation of central power in the north of the Iberian Peninsula (500-1000)», *Early Medieval Europe*, XIII (2005), pp. 1-42. Estos estudios otorgan una gran importancia a la sociedad basada en los castros como puntos de articulación para las comunidades situadas en el noroeste de España, pero esto no socava el énfasis en este texto sobre la pequeña escala del poblamiento presente en las áreas aquí estudiadas.

34. FOSSIER, *Enfance de l'Europe*, pp. 288 ff., sobre todo la p. 288. Para más información sobre la progresiva jerarquización interna de las aldeas véase L. FELLER, *Paysans et seigneurs au Moyen Âge, VII^e-XV^e siècles* (París, 2007), pp. 73-81, para un correcto análisis.

suficientes para participar en los procesos políticos y no porque el control local fuera importante en sí, al menos en la mayoría de las regiones. Sin embargo en el año 1100, el poder central era mucho menor—la principales excepciones fueron Inglaterra y Castilla; y en prácticamente todas la regiones la dimensión local del poder era más preeminente, tanto para los señores como para los campesinos. Esto privilegió al señorío; pero también a la cooperación colectiva campesina (y por ende urbana) y a la formalización de esa cooperación. Las confinaciones locales adquirieron una mayor importancia como resultado de ello, incluso allí donde los señores apenas participaban en las acciones locales. En este nuevo mundo político las relaciones políticas y horizontales se consolidaron y acentuaron a nivel local; después dieron lugar a una reacción conjunta: el señorío territorial y la parroquia local no actuaron necesariamente como las *causas* de la cristalización de la aldea, pero todas actuaron entre sí dialécticamente. Aquí es donde los diferentes elementos de los cambios descritos en mis diferentes estudios de caso confluyen en un único proceso y donde la concentración de poblamientos, confinaciones, y actividad colectiva empiezan a operar de manera conjunta, nunca más de manera separada. Incluso ahora, a pesar de los debates de la última generación, la naturaleza de estos cambios políticos y sociales aún exigen un análisis profundo; pero el destino de la aldea y de su estructura interna, aparece como una cuestión al menos tan importante como cualquier otro cambio —o incluso más, dado que de ahí es de donde surgía la actividad del 90% de la población europea.

Los *Hispani*: emigrantes y exiliados ibéricos en la Francia carolingia. Realidad y mito historiográfico*

Luis A. García Moreno

«Nación siempre buena la de los godo, infinita salud,
pueblo elegido por el Señor, ínclita multitud, ¡salve!
Por cuantas naciones muchas vencisteis en guerras gloriosísimas
en otro tiempo: venced ya a los enemigos de Cristo
mediante el escudo de la fe, mediante los fuertes dardos de la salvación»¹

Así saludaba el sabio Alcuino a los esclarecidos godos que había conocido en la corte del gran Carlos. Entre ellos destacaban, sin duda, Witziza, el futuro reformador monástico Benito de Aniano, y Teodulfo, obispo de Orleans. Para el de York estos godos amigos suyos de la corte eran sobre todo gente de letras². Eclesiásticos cuyas armas espirituales habrían de vencer en la hora presente a los enemigos de la fe cristiana. Entre estos últimos indudablemente figuraban en primer plano los secuaces de Mahoma. Hacía dos generaciones éstos habían destruido el Reino de los godos, vencedor en otro tiempo sobre tantas naciones, entre las que destacaba la mismísima Roma. Tal y como el propio Alcuino había tenido ocasión de leer en la «Historia de los godos» del gran Isidoro³.

* El presente trabajo se inserta en el proyecto de investigación HUM-2006-05744/FILO financiado por el MEC.

1. ALCUIN, *Carm.*, 24 (ed. en MGH, *Poet.lat.aet.Carol.*, I, 244).

2. P. RICHÉ, Les réfugiés wisigoths dans le monde carolingien, en J. FONTAINE, C. PELLISTRANDI (edd.), *L'Europe héritière de l'Espagne wisigothique*, Madrid, 1992, 178 ss.

3. Isid., *Hist.Goth.*, 15 (ed. C. RODRÍGUEZ ALONSO, *Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla*, León, 1975, 194). Vid. L.A. GARCÍA MORENO, *Urbs cunctarum gentium victrix gothicis triumphis victa. Roma y el Reino visigodo*, en *Roma fra Oriente e Occidente* (= *Settimane di studio del Centro italiano sull'Alto Medioevo*, 49, 1), Espoleto, 2002, 240 ss.

Destruido el reino toledano en los aciagos años del 711 al 716 eran la Iglesia y la ciencia eclesiástica hispanogodas lo que tal vez más al margen había quedado de la catástrofe. Medio siglo después de que Alcuino escribiera las líneas que preceden a este artículo y muy lejos de la brillante Aquisgrán, en Córdoba la Patricia, esta vez un descendiente de la viejísima oligarquía municipal romana, Eulogio⁴, y su amigo Álvaro, un auténtico godo vástago del mismo rey Witiza († 710)⁵, afirmaban tal permanencia fundamental de la Iglesia goda y de la Fe de Cristo como instrumento escatológico para una más que próxima derrota del Islam y de los hijos de Ismael, seguida de una restauración gloriosa de los descendientes hispanos del bíblico Gog⁶. Pero el propio Álvaro, en un lance mucho más real y contemporáneo, también mezclaría el recuerdo de las antiguas glorias militares godas con sus hodiernas temibles armas espirituales e intelectuales. Se trató de la disputa que tuvo con el franco Badón, convertido en Eleazar el judío y venido a al-Andalus para predicar la fe de Moisés entre los atribulados súbditos cristianos del emir marwaní⁷.

Pero volvamos a los tiempos de Carlomagno. Pues es muy probable que cuando Alcuino redactara esa brillante salutación a los godos tuviera en mente algún éxito militar reciente protagonizado por algunos godos, y no precisamente en la incruenta lid de la polémica intelectual y religiosa. Pues resulta bastante improbable que un habitual de la corte de Aquisgrán no hubiera allí oido de las hazañas protagonizadas por el godo Juan y su gente en las proximidades de la hispana Barcelona.

Conocemos tal hecho bélico gracias a un decreto otorgado por el propio Carlomagno en Aquisgrán en marzo del 795. Del que se ha conservado una parte en copias de época bastante posterior⁸. Según ese texto Juan y

4. L.A. GARCÍA MORENO, En las raíces de Andalucía (SS. V-X): los destinos de una aristocracia urbana, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 65, 1995, 875 ss.

5. A. NEUBAUER, Hafs al-Qouti, *Revue des Études Juives*, 30, 1895, 65-69; D.M. DUNLOP, Hafṣ b. Albar – the last of the Goths?, *Journal of the Royal Asiatic Society*, 1954, 137-151; id., sobre Hafṣ ibn Albar al-Qūṭī al-Qūrtubī, *Al-Andalus*, 20, 1955, 211-213; P. VAN KONINGSVELD, Psal 150 of the Translation by Hafṣ ibn Albar al-Qūṭī (fl. 889 A.D.) in the Glossarium Latino-Arabicum of the Leyden University Library, *Bibliotheca Orientalis*, 29, 1972, 277 ss.

6. EULOG., *Mem. Sanct.*, 1, 30; Alv., *Indic.*, 21 (ed. J. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabiconum*, Madrid, 1973, I, 294 y II, 392). Vid. L.A. GARCÍA MORENO, Spanish Gothic consciousness among the Mozarabs in al-Andalus (VIIITH – XTh centuries), en A. FERREIRO (ed.), *The Visigoths. Studies in Culture and Society*, Leiden, 1999, 314 ss.

7. Alv., *Epist.*, 20 (ed. J. GIL, *Corpus*, I, [nota 6], 269-270). Vid. L.A. GARCÍA MORENO, Spanish Gothic consciousness (nota 6), 305 ss.

8. Editado y estudiado, entre otros, por R. D'ABADAL, *Catalunya Carolíngia*, II, Barcelona, 1952, 307-311 (la noticia está en pg. 310)

sus hombres habían obtenido una significativa victoria sobre una hueste agarena en el territorio barcelonés, en el paraje denominado «junto al Puente», tal vez una obra de ingeniería romana en la antigua Vía augústea cerca de la vieja colonia romana⁹. El triunfo militar viose acompañado de la obtención de un importante botín, que Juan entregó a Luis, hijo del emperador y soberano de Aquitania. Agradecido el piadoso en el futuro fue ahora generoso, pues que recompensó a Juan con dos cosas, de valor simbólico las unas, y más económicas las segundas. Las primeras consistieron en una serie de preciosos objetos de prestigio de entre los tomados a la hueste y jefes islámicos: un caballo de raza, una costosa cota de malla, y una espada al estilo indio, con empuñadura de marfil y pedrería¹⁰. Las segundas fueron un *villar* en el territorio de Narbona, que respondía al nombre de Fontejoncosa, «La fuente de los juncos». Constituía éste un *fiscus*, por ser de propiedad pública, que en esos momentos decíase estaba deshabitado. Por indicación del propio Luis de Aquitania Juan se encaminó a la corte de Aquisgrán, para allí obtener del propio Carlomagno la confirmación de estas donaciones. Cosa que Juan consiguió tras encomendarse *in manibus* al Arnulfino. Generoso este último donó también a Juan otros villares y *villae* de igual naturaleza fiscal. De éstos unas fincas se encontraban en las proximidades de la misma Fontejoncosa, mientras que otras se ubicaban en otros lugares de Septimania y habrían de ser ocupadas por Juan y sus hombres en virtud de una *aprisio*¹¹.

La confirmación de una y otras donaciones se hizo a título hereditario, quedando liberadas en el futuro del pago de todo censo con una única condición: que Juan y sus descendientes se mantuvieran como *fideles* –es decir, encomendados *in manibus*– del propio Carlos o de su

9. Para este hecho de armas en el contexto de la expansión carolingia en Cataluña *vid.* A.L. LEWIS, *The development of Southern French and Catalan Society, 718-1050*, Austin, 1965, 39 ss.; y P. SÉNAC, *Les Carolingiens et al-Andalus (VIIIe-IXe siècles)*, París, 2002, 60 ss.

10. Este regalo podría ser indicio de que entre Juan y el Carolingio había tenido lugar una práctica de amplia raigambre gótica, y que también se testimonia en las relaciones internacionales del emperador bizantino con soberanos «bárbaros»: la llamada «adopción por las armas» (*Waffenohnschaft*), que suponía la entrada del que la recibía en el séquito (*comitatus*) nobiliario del donante; *vid.* R. WENSKUS, *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der friibmittelalterlichen gentes*, Colonia-Viena, 1977, 28 y nota 77, y especialmente D. CLAUDE, Zur Begründung familiärer Beziehungen zwischen dem Kaiser und barbarischen Herrschern, en E.K. CHRYSOS, A. SCHWARZ (ed.), *Das Reich und die Barbaren*, Viena-Colonia, 1990, 36 ss.

11. *Vid.* A. DUPONT, L'aprision et le régime aprisionnaire dans le Midi de la France (fin du VIIIe –début du Xe siècles), *Le Moyen Âge*, 71, 1965, 183-188; C.J. CHANDLER, Between court and counts: Carolingian Catalonia and the *aprisio* grant, 778-897, *Early Medieval Europe*, 11, 2002, 29 ss.

hijo¹². Años después, en enero del 815, el viejo amigo de Juan, Luis, ya convertido en piadoso emperador, confirmó tales donaciones, mejorándolas con las *aprisiones* que Juan y los suyos habían hecho entre tanto. Esta vez, además, se concedió a Juan un total derecho jurisdiccional sobre sus hombres y las tierras que éstos ocupaban, debiendo servirse en el uso de la misma de la ley escrita (*lex*), que era propia de ellos, y al margen y con independencia del tribunal del conde o de cualquier otro magistrado público¹³.

Un documento posterior, de agosto del 834¹⁴, nos permite conocer tanto algunas circunstancias de la ocupación territorial realizada por Juan y sus hombres hacía ya casi cuarenta años antes, así como las resistencias que las mismas tuvieron que vencer de parte de gentes vecinas que decían sentirse perjudicadas por tales ocupaciones. Sobre todo tuvieron que doblegar la oposición de sucesivos ocupantes de la silla condal de Narbona. Pues éstos pretendían extender sobre *aprisiones* y aprisionarios sus derechos jurisdiccionales, reduciendo a los últimos al estatuto de encomendados propios en el mejor de los casos¹⁵. Según el deslinde de los términos de Fontjoncosa hecho en su día por el conde narbonés Saturnino la hacienda ocupaba una estimable extensión, que muy bien podía superar las tres mil hectáreas, correspondientes al actual término del pueblo de Fontjoncouse¹⁶.

Este mismo diploma de agosto del 834 ofrece muy interesantes datos referidos a la procedencia de Juan y de sus hombres. La indirecta afirmación que en el mismo se hace de que eran *spani*¹⁷ aparece confir-

12. El texto no deja lugar a dudas:...*dum nos (sic!) aut filii nostri fideles extiterint* (debemos corregir *nos* en *nostrorum/nostri*). Sobre el sentido especial de *fidelis* y la forma de su encomendación sigo a C.E. ODEGAARD, *Vassi and Fideles in the Carolingian Empire*, Cambridge (Mass.), 1945, 54 ss., y especialmente p. 57 en relación con este mismo caso de Juan.

13. Edición de R. D'ABADAL, *Catalunya* (nota 8), II, 320-321. *Lex* siempre se refiere a una «Ley escrita», mientras que el Derecho consuetudinario no escrito es denominado *consuetudo, usus y ritus* (clásicos son los pasajes de Isid., *Hist. Goth.*, 35 y *Etym.*, 5, 3, 3), *vid.* H. KRAUSE, *Gewohnheitsrecht*, en *Handwörterbuch zur deutschen Rechtsgeschichte*, I, Berlín, 1970, col. 1676.

14. Se trata de la declaración jurada de testigos en el pleito sostenido por Teodefredo, hijo del ya difunto Juan, frente al conde narbonés Leibulfo; está editado por PRIVAT, *Histoire du Languedoc*, II, 185-187, y repetido por R. D'ABADAL, *Catalunya* (nota 8), II, 442-444.

15. A. DUPONT, *L'aprision* (nota 11), 185-186 y 201; C.J. CHANDLER, *Between court and counts* (nota 11), 31.

16. *Vid.* A. DUPONT, *L'aprision* (nota 11), 186 nota 21.

17. Lo que se deduce de la frase: *occupavit Johannes cum omnem integritatem per suam aprisionem sicut alii ceteri Spani*; *vid.* A. DUPONT, *L'aprision* (nota 11), 187 y nota 26, que corrige opiniones anteriores que les hacían frances.

mada por la onomástica indubitablemente gótica que exhiben algunos familiares de Juan y algunos de sus hombres. Así el hijo y sucesor en el señorío del valiente Juan se llamaba Teudemero, y Wilimiro el hermano de éste. Mientras que otros tienen nombres como Ela, I(l)debono, Huitala, Ofoiolianes, Requesindo, Tremiro y Erme(ne)gildo. En total ocho personas de un total de diecisiete recordadas tienen antropónimos góticos.

Por todo ello no extraña que el origen hispanogodo de Juan y los suyos haya sido reconocido por casi todos los estudiosos que les han dedicado su atención, con la casi única salvedad de los autores de la «Historia del Languedoc»¹⁸. También todos ellos han señalado la posición social elevada de Juan y su familia. Motivo que explicaría que, a pesar de las dificultades y oposiciones recordadas en el diploma del 834, Fontejoncosa hubiera permanecido en posesión de la misma línea familiar hasta una fecha tan tardía como el 963, cuando la pareja compuesta por Juan y su mujer Odette donaron al obispo Aymerí de Narbona la hacienda ya convertida en toda una aldea¹⁹.

Más complejo resulta establecer el origen concreto, dentro de la antigua geografía hispanogoda, de Juan y su gente. El hecho mismo de la batalla *Ad pontem* podría inducir a buscar el solar originario del grupo en ese mismo territorio del nordeste peninsular, no muy lejos de Barcelona. Sin embargo algunos hechos apuntan hacia una dirección distinta. Me refiero concretamente a la advocación que tenía la iglesia principal y más antigua de Fontejoncosa según el citado documento de donación del 963. Era ésta la de santa Leocadia. Pues curiosamente los titulares de las otras dos iglesias posteriores de la aldea eran los santos Cristobal y Victor²⁰. Pues, mientras que estos dos últimos se encuentran ampliamente testimoniados en la hagiografía francesa, el caso de la conocida mártir toledana es muy distinto. El culto a santa Leocadia en modo alguno se testimonia fuera de la España goda antes de la catástrofe del 711. Incluso en esta última antes de esa fecha tampoco su culto había encontrado mucho eco lejos de la corte y de Toledo²¹. Concretamente en el territorio franco la mártir toledana sólo recibió un culto especial en Soissons. Sería

18. Citados por A. DUPONT, *L'aprision* (nota 11), 187 nota 26

19. Editado por PRIVAT, *Histoire du Languedoc*, V, 251-253. *Vid.* A. DUPONT, *L'aprision et le régime aprisionnaire dans le Midi de la France*, *Le Moyen Âge*, 72, 1966, 396.

20. Diploma editado por PRIVAT, *Histoire du Languedoc*, V, col. 252; *vid.* A. DUPONT, *L'aprision* (nota 11), 387.

21. C. GARCÍA RODRÍGUEZ, *El culto a los santos en la España romana y visigoda*, Madrid, 1966, 246-253.

en tiempos de Carlos el Calvo cuando esa ciudad de Soissons reivindicara la posesión de reliquias de la santa toledana. Una *translatio* de la que también tenemos noticias por fuentes mozárabes²².

Parece más que probable que la llegada a Soissons de las reliquias de santa Leocadia tuviera relación con alguna de las grandes rebeliones mozárabes de Toledo de la primera mitad del siglo IX²³. Pues curiosamente también se daría culto en Soissons a otros dos santos de origen toledano, aun menos conocidos que su mártir titular: san Eugenio I y san Ildefonso, obispos toledanos del siglo VII²⁴.

Sin embargo la fundación de la iglesia madre de Fontejoncosa debió tener lugar bastante antes de estos trasladados de reliquias a Soissons, muy probablemente en los primeros años del establecimiento allí de Juan y su gente. De este modo la advocación a santa Leocadia podría ser indicio del toledanismo de Juan y su linaje. En todo caso no dejaba de ser una afirmación gótica este recuerdo de la mártir de la antigua *urbs regia* del desparecido Reino godo de Toledo²⁵.

22. *Vid.* R. GUERRERO, Le rayonnement de l'hagiographie hispanique en Gaule pendant le haut Moyen Âge: circulation et diffusion de Passions hispaniques, en J. FONTAINE, C. PELLISTRANDI (edd.), *L'Europe héritaire* (nota 1), 153 ss. La noticia del traslado a Francia de las reliquias de la santa está en el llamado Pasionario de San Millán de la Cogolla transmitido por el manuscrito 39 de la Real Academia de la Historia de Madrid, que se fecha en el siglo XI.

23. Cabe destacar especialmente la que terminó en el 836 tras haberse mantenido rebelde al emir cordobés durante bastantes años (F.J. SIMONET, *Historia de los mozárabes de España*, Madrid, 1880, 309 ss.) y la que se inició en 852 y terminó en 857 (C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Orígenes de la Nación española*, III, Oviedo, 1975, 195-218). La dedicación a santa Leocadia de la Cámara Santa ovetense por Alfonso II es mencionada por vez primera por el Silense (s. XII), pero por ninguna de las fuentes del IX que hablan de las construcciones religiosas del rey Casto (C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Orígenes*, II, Oviedo, 1974, 649 ss.). Un interrogante sobre el contenido de la *translatio* –los restos mortales completos de la mártir toledana, sólo algunos u otro tipo de reliquias relacionadas con la misma, o una completa falsificación?– impone el hecho de que el obispo iliberritano Recemundo en su famoso «Calendario», escrito a principios del X, señale que el cuerpo de la santa estaba enterrado en Toledo, aunque bien es cierto que no se menciona su sepultura, como se hace en un parágrafo inmediato en el caso de santa Eulalia de Mérida (§ 12, 9, ed. en C. PELLAT, *Le Calendrier de Cordoue publié par R. Dozy*, Leiden, 1961, 178-179).

24. R. GUERRERO, Le rayonnement (nota 22), 153. No se puede olvidar que la iglesia de Soissons en el primer cuarto de siglo IX, y a pesar de las restricciones al trasiego de cuerpos de santos impuestas por el Concilio de Metz de 813, afanosamente buscaba por doquier éstos, de los cuales el más famoso sería el de san Sebastián traído de Italia en 826 por el abad Hiduin: P.J. GEARY, *Furta Sacra. Thefts of Relics in the Central Middle Ages*, Princeton, 1990, 40 ss.

25. No sería el único caso de iglesia dedicada a un posible santo hispanogodo y toledano por hispanos emigrados: en un documento del 996 se menciona una antigua iglesia dedicada a san Julián en la *Villanova* entregada como *aprisio* a Wimar y su hermano Radón por Lotario en el 834 (citado por A. CATAFAU, *Les hispani et l'aprision en Roussillon et Vallespir. Indices d'une croissance, fin VIIIe -début Xe siècle, Frontières (Perpignan)*, 2, 1992, 11).

Pero sería un error suponer un mismo origen geográfico, y toledano más concretamente, para todas las gentes que acompañaron a Juan y su familia desde España a su nuevo asentamiento septimano de Fontejoncosa. En el citado documento del 834 se menciona entre sus *homines* a un tal *Tamunno*. Un antropónimo que hay que relacionar con el conocido nombre eusquéérico de *Munnius*, bien testimoniado incluso ya en época goda en la Rioja²⁶ y abundante en tiempos de la Reconquista en Álava. Pero no sería éste el único nombre personal de resonancia vasca presente entre los primeros emigrantes hispanos acogidos en el Imperio franco. En el famoso *praeceptum pro Hispanis* del dos de abril del 812, al que me referiré más adelante, se señala por su nombre nada menos que a cuarenta y uno de los hispanos emigrantes, entre ellos muy probablemente el propio Juan y algunos de sus hombres, a los que conocemos también por otros documentos contemporáneos²⁷. Pues bien, entre los allí mencionados se encuentra *Asinarius*, un antropónimo latino muy bien testimoniado en los siglos VIII-IX en ámbito vasco-navarro y que traducía un antropónimo eusquéérico. Otros dos personajes citados en el documento tienen un nombre que denuncia su origen pirenaico occidental y vasco: *Roncariolus*, indudablemente relacionado con el valle de Roncal, y *Wasco*. Por el contrario al territorio catalán del extremo noreste apuntan los curiosos nombre de Calapodio y Parapario²⁸.

No sería el antes citado *Wasco* el único etnónimo utilizado como nombre personal por los hispanos citados en el documento del 812. Pues también figuran en el mismo un *Longobardus* y un *Castellanus*. El segundo no resulta descabellado considerarle oriundo del solar de la más vieja Castilla, en Álava y altísimo Ebro, pues ese topónimo aparece utilizado para dicho territorio en testimonios contemporáneos del di-

26. Así se llamaba un obispo de Calahorra de c. 587-614 (L.A. GARCÍA MORENO, *Prosopografía del Reino visigodo de Toledo*, Salamanca, 1974, nº 594).

27. Edición de R. d'ABDAL, *Catalunya* (nota 8), II, 313 (también en MGH, *Capit.*, 169). El edicto de Carlomagno está dirigido a los condes de Barcelona, Gerona, Elna, Narbona, Carcasona y Béziers (A. DUPONT, *L'aprision* [nota 11], 192 nota 44).

28. Parapario debe relacionarse con el topónimo bien testimoniado en la alta Edad Media de la sierra de Parapario, Parpers actualmente, por donde corría la vía romana de Mataró a la Roca (F. CARRERAS CANDI, Los castillos de Montalt, Ça Creu y Mata en la Maresma [siglo XII], *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 46, 1905, 311 ss.). Por otro lado Calapodio –un antropónimo abundantemente documentado entre los eunucos del palacio imperial de Constantinopla en el siglo VI– se testimonia como un topónimo –*Petrus de Calapodio*– en el testamento del gerundense Arnaldo de Llers del 30 de noviembre de 1164 (J. MARQUÉS CASANOVA, Colección diplomática del linaje de Llers, *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, 19, 1968, 225).

ploma carolingio citado²⁹. Y lo cierto es que esas tierras castellanas eran vecinas por occidente de las de donde procederían otros de los hispanos allí citados y que portan nombres de resonancia eusquérica, ya señalados anteriormente. Por su parte la presencia de un Longobardo apunta la heterogeneidad étnica, y mayor aún geográfica, que ofrecería la hueste comandada por Juan y su familia. Ambas cosas explicables en las particulares circunstancias en las que, a finales del siglo VIII, se habría formado la misma, u otras bandas guerreras de hispanos de los que desconocemos sus líderes. Pero de todo ello hablaré más adelante. Baste ahora comprobar que esa heterogeneidad étnica permitía que a las dichas huestes, mayoritariamente formadas por hispanos cristianos o muy escasamente islamizados y arabizados, se hubieran juntado algunos individuos con esas segundas características. Prueba de ello sería la presencia entre los hombres nominalmente mencionados en el documento del 812 de un Zoleiman, antropónimo de indudable raigambre árabe frente al cristiano y latino Salomón, o de un *Maurus*, que delataría su origen bereber³⁰.

La presencia de gentes procedentes de áreas pirenaicas más o menos eusquerizadas entre los hispanos citados en abril del 812 se vería aumentada dos años después por la figura del conocido conde aragonés Aznar Galindo³¹. Gracias a las noticias genealógicas y biográficas recogidas en las famosas «Genealogías de Roda»³² se sabe que este Aznar Galindo había sido expulsado de su solar familiar por su yerno García el Malo e Iñigo Arista,

29. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Orígenes* (nota 23), II, 593 ss.

30. No sería éste el único bereber aprisionario. En 801 una Maura y su hijo Audenaro venden una *aprisión* de sus *parentes* al abad de Arlés, el también hispano Castellano (documento citado por A. CATAFAU, *Les hispani* [nota 25], 13). El nombre del hijo si se corrige en Audemaro o en Ademiro sería germánico, indicio de que el padre era un hispanogodo (debe señalarse que el diploma posterior confirmatorio de la *aprisión* concedida a Aznar Galindo [*infra* nota 34] recuerda entre los hombres de éste a un Ademiro, que pudiera identificarse con el pariente de este Audemaro). La condición de este Ademiro era la de esclavo, lo que explicaría mejor su unión con una bereber.

31. *Vid.* C. HIGOUNET, *Les Aznar. Une tentative de groupement des comtés gascons et pyrénéens au IXe siècle*, *Annales du Midí*, 61, 1948, 9 ss. y C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Miscelánea de estudios históricos*, León, 1970, 353 ss.

32. Sobre dichos textos genealógicos el estudio fundamental, junto con edición y abundante comentario histórico, sigue siendo el de J.M^a LACARRA, *Textos navarros del Códice de Roda*, en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, I, Zaragoza, 1945, 193-283. Sobre el códice de Roda hay una importante reseña bibliográfica en M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Tres ciudades en el códice de Roda: Babilonia, Nínive y Toledo*, *Archivo Español de Arqueología*, 45-47, 1972-1974, 251 nota 1.

el fundador de la primera dinastía real navarra³³. El huido recibiría hacia el 825 asilo de Luis el Piadoso, que le hizo entrega del condado de Urgell-Cerdanya, junto con dominios fiscales en el mismo régimen de *aprisión* que los otros hispanos emigrados de la península en la anterior generación³⁴.

La presencia entre los hispanos emigrados de gentes oriundas de los Pirineos navarro-aragoneses y el que varios de ellos tuvieran antropónimos de carácter más o menos eusquérido no deben llevarnos a ver en los mismos prueba alguna de un supuesto irredentismo indigenista prerromano y antigótico. Ni en ellos ni menos todavía en el resto de los hispanos emigrados a tierras de la dulce Francia. Tal y como cierta errática y equivocadísima investigación propuso hace ahora algo menos de medio siglo³⁵. No voy a repetir aquí las numerosas razones que me llevaron a sostener con mucho fundamento los lejanísimos orígenes balto-godos del linaje de Aznar Galindo, rechazando cualquier interpretación indigenista y precristiana de la picante anécdota del adulterio de su hija Matrona. ¿Cuántas personas, antes y después de Cristo, aquí y acuya, han acudido a un pajar para copular no movidos por ningún esotérico ritual religioso sino en busca de calor y secreto?³⁶

No, no voy a repetir argumentos expuestos hace algunos años, y que ningún investigador hasta ahora se ha atrevido a rebatir. Entre otras cosas porque tamañas estupideces y facecias –como ya señaló el gran maestro Sánchez Albornoz³⁷– no deberían retener ni un minuto más de atención por parte de la historiografía española, aliniándose así con la foránea que jamás ha considerado oportuno ni citar ni desautorizar tamaño desvarío. Baste no más añadir aquí que hasta algunos de los esclavos que acompañaron en su exilio y emigración a nuestro Aznar Galindo exhiben también sin pudor alguno nombres de clara como el agua raigambre gótica:

33. *Genealogías de Roda*, §19.

34. Además de la nota de *Genealogías de Roda*, § 20, está el diploma de confirmación del 23.08.862 de la primitiva donación aprisionaria de Carlomagno (editada por TRAGGI, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, IV, Madrid, 1805, ap. 3, y un resumen con comentario en R. D'ABDAL, *Catalunya* [nota 8], II, 325-326).

35. Me refiero al trabajo de A. BARBERO, La integración social de los «hispanii» del Pirineo oriental al reino carolingio, en *Mélanges offerts à René Crozet*, Poitiers, 1966, 67-75; a veces el deseo de ser original o la rigidez dogmática conducen a tales yerros.

36. L.A. GARCÍA MORENO, Una hipótesis germanista en los orígenes de Aragón, en *Homenaje a Francisco Tomás y Valiente* (=Anuario de Historia del Derecho Español, 67), I, Madrid, 1998, 638-641.

37. Refiriéndose a las tesis marxisto-indigenistas de A. BARBERO y M. VIGIL sobre los orígenes de la Reconquista: C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, Observaciones a unas páginas sobre el inicio de la Reconquista, *Cuadernos de Historia de España*, 47-48, 1968, 341 ss.

Apila, Gomesindo, Ademiro, Sunila, Dulfobiezo y Tudila³⁸. Contados seis de un total de ocho ¡Nada más!

Porque lo cierto es que muchos de los cuarenta y un hispanos mencionados en el tantas veces citado diploma carolingio de abril del 812 tienen nombre gótico, como mínimo quince, es decir más del 30% del total. Una proporción plenamente comparable con la que ofrece la antroponimia conocida de las clases superiores del Reino godo de Toledo del siglo VII. Un nombre gótico llevan con orgullo los conocidos hermanos Wimar y Rado, que en 814 viajaron a la lejana Aquisgrán para obtener la confirmación de las propiedades concedidas como *beneficium* en otro tiempo a su padre en el *vicus Sirisidum*, en Vallespir. Ahora obtendrían otra nueva en el vecino Rosellón, que hasta nuestros días exhibiría en su topónimo el recuerdo del segundo de los hermanos³⁹.

Godos fueron también los nombres de los miembros conocidos del linaje de Suenildo, su hijo Adefonso, sus sobrinos Gomesindo y Duran, y sus nietos Ricalfo y Sumnoldo. Los cuales en el 847 conseguirían de Carlos el Calvo la confirmación de las *aprisiones* antiguamente concedidas a sus antepasados en el territorio de Narbona. Constituían todos ellos un linaje que ya Ramón d'Abadal consideró emigrado allí desde el Rosellón⁴⁰. La reconstrucción parcial de esta línea familiar a lo largo de nada menos que cuatro generaciones permite además observar cómo en el linaje se habían mantenido las típicas tradiciones onomásticas de la aristocracia goda⁴¹, ampliamente testimoniadas desde el siglo IV⁴².

38. *Per scriptura donationis, et illic evenit de patre suo Asenari Galindonis comite per sua ruptura et aprisione, per preceptum domini imperatoris, sicut ceteri Spani, et ruperunt ea servi sui bis nominibus Apila, Gomesindus, Ademirus, Franculinus, Sumila, Dulfobiezus, Tudila, Eugenius, vel alii plures servi sui (apud R. d'ABADAL, Catalunya [nota 8], II, 326).*

39. El diploma, entre otros, ha sido publicado por R. d'ABADAL, *Catalunya* (nota 8), II, 318-319. *Vid.* A. CATAFAU, Les *bispani* (nota 25), 9 ss., y C. DUHAMEL-AMADO, A. CATAFAU, Fidèles et aprisionnaires en réseaux dans la Gothie des IXe et Xe siècles, en *La Royauté et les élites dans l'Europe carolingienne (début IXe siècle aux environs de 920)*, Villeneuve d'Ascq, 1998, 446 ss. Aunque creo que se equivoca Catafau al considerar el *vicus Sirisidum* una *aprisión*; ciertamente en el texto se habla de que la hacienda donada era un antiguo *fiscus* real y que había sido puesta en cultivo por los donatarios, pero en absoluto se la califica de *aprisión*, sino de *beneficium*, el término normal para referirse a las entregas fundiarias a los poderosos *fideles*.

40. El diploma, entre otros, ha sido publicado por R. d'ABADAL, *Catalunya* (nota 8), II, 340-342

41. Pues estaban emparentados con el linaje del famoso conde barcelonés Bera (C. DUHAMEL-AMADO, A. CATAFAU, Fidèles et aprisionnaires [nota 39], 449 ss.), cuya reconstrucción es un ejemplo de las continuidades y discontinuidades entre la aristocracia goda y la carolingia: P. PONSICH, Bera I, comte de Barcelone et ses descendants. Le problème de leur juridiction comtale, en *IIe Congrès de la Féderation Historique du Languedoc*, Montpellier, 1980, 52-68, con tablas genealógicas.

42. L.A. GARCÍA MORENO, Prosopography and Onomastics: the case of the Goths, en K.S.B. KEATS-ROHAN (ed.), *Prosopography and History. Oxford Colloquium 2005*, en prensa.

Este último fenómeno también se comprueba en los nombres conocidos de otros hispanos emigrantes y aprisionarios en el mismo territorio de Elna. Me refiero a Wadamiro, su hijo Witigis y su nieto Recimiro⁴³. Curiosamente, y como posible indicio de su origen, en 858 se documenta en una de las aprisiones de la familia la presencia de una capilla dedicada a san Eugenio, muy probablemente el santo obispo toledano del siglo VII⁴⁴.

Baste, para terminar, recordar la abrumadora mayoría de antropónimos góticos testimoniados en otros hispanos emigrantes y aprisionarios en el territorio de Beziers, recordados en un diploma confirmatorio de Carlos el Calvo del 844⁴⁵. Sus nombres cantan por sí solos: Ildeérico y Ermenesilo, así como sus descendientes Ranemiro, Ansemundo, Aurifolio y Cixila.

No cabe duda que la mayoría de estos hispanos, emigrantes y aprisionarios, de finales del siglo VIII, descendían de familias de elevada posición social, antes y después de la caída del Reino godo de Toledo. Me baso para tal afirmación, de una parte, en la considerable extensión e importancia de las aprisiones concedidas. Además casi todos ellos fueron considerados *fideles* y no *vassi* de los soberanos arnulfinos, recibiendo no sólo aprisiones sino también algunos otros *beneficia*⁴⁶, tal y como era costumbre en su elevada posición social y política. Otros hechos más singulares avalan también esta hipótesis para casos como el de Aznar Galindo o Suenildo. Del primero ya he hablado antes hasta demasiado. Del segundo baste recordar que su linaje estaba emparentado con los de los poderosísimos Bera, un godo y conde de Barcelona en 801, y los llamados Guillermidas de Guellon y Tolosa, unos francos cuyos ancestros estaban emparentados nada menos que con los austrásicos Arnulfinos⁴⁷.

Quintila tenía por nombre uno de aquellos hispanos que en la primavera del 812 en Aquisgrán recibieron de manos de Carlomagno la confirmación de los privilegios concedidos a sus aprisiones⁴⁸. Hace ya mucho

43. El diploma fue publicado en la *Histoire du Languedoc*, II, ap. 150 (resumen y comentario en R. D'ABDAL, *Catalunya* [nota 8], II, 331). La existencia del diploma original con la donación se testimonia en la resolución del vizconde Riquelmo en el juicio entre Ricemiro, hijo de Witigis, y Daniel, un hombre del vizconde (*vid. C.J. CHANDLER, Between court and counts* [nota 11], 34 ss.)

44. En el diploma señalado en la nota precedente se recuerda la capilla dedicada a san Eugenio, al sur de Elna, cerca del curso del Tech (*vid. A. CATAFAU, Les hispani* [nota 25], 17).

45. El diploma, entre otros, ha sido publicado por R. D'ABDAL, *Catalunya* (nota 8), II, 335-337.

46. *Vid. supra* nota 39.

47. P. PONSICH, Bera I (nota 41), y C. DUHAMEL-AMADO, A. CATAFAU, *Fidèles et aprisionnaires* (nota 39), 449 ss.

48. Edición de R. D'ABDAL, *Catalunya* (nota 8), II, 313 (también en MGH, *Capit.*, I, 169).

tiempo el gran arabista aragonés Codera relacionó a este Quintila con el homónimo citado por el martirologio de San Juan de las Abadesas como fallecido en 778. Según un perdido manuscrito de Ripoll leído por Villanueva su muerte había tenido lugar en fatal lucha con los musulmanes, siendo en ese momento señor de la fortaleza de *Mochoronium*, Montgrony, en el Pirineo catalán⁴⁹.

Pero volvamos a Juan y a sus hazañas bélicas en las proximidades de Barcelona. De la lectura del documento del 795 se deduce con claridad que su victoria fue el fruto de su sola fuerza militar, con sus hombres vinculados a él por lazos de dependencia, tal como se desprende de la expresión *homines suī*⁵⁰. Estos últimos le seguirían en su emigración transpirenaica, asentándose en las aprisiones que Luis y su padre Carlomagno concedieron a Juan en territorio narbonés. Sin duda se trataba de una mesnada privada; los orígenes geográficos y étnicos de cuyos componentes eran muy diversos, a juzgar por los antropónimos que tienen, tal y como analicé en párrafos anteriores. Aunque prácticamente todos tenían en común su procedencia del solar hispánico del desaparecido Reino godo de Toledo. Por lo que bien podían ser denominados tanto *spani* como *goti*, tal y como hizo una capitular de Carlomagno de hacia el 801 al referirse a las gentes que se habían cobijado bajo su protección en Barcelona y Tarrasa, huyendo de la opresión agarena⁵¹. Todo lo cual plantea una para mí decisiva interrogante histórica: ¿en qué circunstancias y bajo qué condiciones se habían formado tales huestes privadas en al-Andalus de fines del siglo VIII, y se habían puesto a continuación bajo la soberanía del emperador franco, emigrando muchas de ellas a tierras ultrapirenaicas?

49. F. CODERA, Límites probables de la conquista árabe en la Cordillera Pirenaica, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 48, 1906, 308. En una muestra de ligereza crítica A. BARBERO (La integración social [nota 35], 70-72) confunde los nombres de Quintila, germánico y godo, con el de Quintiliano, de tal manera que así le vale para convertir a este señor de Montgrony en ejemplo de irredentismo indígena, prerromano, contra godos y árabes.

50. *Johannes ipse super ereticos sive Saracenos infideles nostros magnum certamen certavit in pago Barchinonense....et occidit de jamdictos infideles et cepit de ipsis spolia... et quantum ille cum homines suos in villa Fontejoncosa occupavit vel occupaverit...* (R. D'ABADAL, *Catalunya* [nota 8], II, 310-311). Desgraciadamente la documentación –carolingia e hispanoárabe– subsistente no permite precisar quiénes eran estos rebeldes o traidores (*infideles*) a Carlomagno. Lo más sencillo sería pensar que el gobierno carolingio consideraba una rebelión la resistencia de Zaragoza en 778, y especialmente el mismo asesinato de su antiguo aliado Suleimán ibn al-A'rabi y entrada de la metrópoli del Ebro en la obediencia cordobesa (781), cf. P. SÉNAC, *Les Carolingiens* (nota 9), 54 ss.

51.*Gotos sive Ispanos intra Brachinonam famosi nominis civitatem ver Terracium castellum habitantes..* (ed. R. D'ABADAL, *Catalunya* [nota 8], II, 415).

La historia de las relaciones de la mayoría de la población cristiana hispanogoda con las minorías musulmanas dominantes en la España de la segunda mitad del siglo VIII es muy difícil de reconstruir, desgraciadamente, por no decir imposible⁵². La finalización a partir del 753 de la preciosa «Crónica mozárabe» no puede suplirse por ninguna otra fuente, siempre posterior y anacrónica, sea del lado árabe y musulmán como del latino y cristiano, fuera éste mozárabe, astur o carolingio. Y, sin embargo, lo sucedido en esta media centuria en gran medida sería la explicación tanto de la consolidación de los reinos y principados cristianos del norte peninsular como de la gran y general rebelión mozárabe andalusí de mediados del siglo IX.

A guisa de una posible gran hipótesis explicativa debería adelantar algo en estas páginas. La Historia comparada induce a pensar que a mediados del siglo VIII la mayoría cristiana andalusí había curado una buena parte de las grandes heridas, especialmente morales y en sus grupos dirigentes laicos, inflingidas a la generación precedente por la conquista islámica y el estrepitoso derrumbe de la gran Monarquía goda de Toledo. Entre dichas heridas no habrían sido ni mucho menos las menores el descabezamiento de buena parte de su élite política y los matrimonios, más o menos forzados, de las viudas e hijas de aquélla con algunos prominentes invasores⁵³. Desgraciadamente para las esperanzas que esto último pudo hacer concebir en algunos linajes nobles de los vencidos tales enlaces matrimoniales obedecieron a unas reglas completamente distintas de las de la tradición jurídica y familiar romana y goda. De modo que, como demuestran las experiencias de Egilona, la viuda del rey Ruderico, y de Aisa la Goda, nieta del rey Witiza⁵⁴, tales matrimonios en absoluto supusieron para sus linajes la vuelta a un primer plano político sino más bien su subordinación a los linajes conquistadores y, a la larga, hasta su misma desaparición ideológica y política⁵⁵.

52. Lo que explica que el reciente libro de P. SÉNAC (*Les Carolingiens* [nota 9]) no se plantea este problema para mí crucial, no obstante los muchos méritos que su investigación tiene. Y tampoco este tema es analizado por el mucho más general libro de R. COLLINS (*La conquista árabe 710-797*, Barcelona, 1989). Y sin embargo las historias, entre otros, de los Banu Qasi, del linaje de los Galindos y Aristas, y del mismo Alfonso I (y antes su padre, el duque Pedro de Cantabria) resultan inexplicables si no se tienen en cuenta estos movimientos de rebelión de epígonos de la nobleza hispanogoda y la existencia de huestes privadas en torno suyo.

53. Algo de lo que informa con precisión la misma Crónica Mozárabe (*Cont.Hisp.*, 45 y 49, ed. J. GIL, *Corpus* [nota 6], I, 32 y 35).

54. *Cont.Hisp.*, 51, ed. J. GIL, *Corpus* (nota 6), I, 36-37 y F.J. SIMONET, *Historia* (nota 23), 202 ss.

55. Vid. P. GUICHARD, *Structures sociales «orientales» et «occidentales» dans l'Espagne musulmane*, París-La Haya, 1977, 142 ss.

Sin embargo el cambio generacional, a mediados de la terrible centuria, no sólo había supuesto el natural olvido y sutura parcial de aquellas terribles heridas, sino que accidentalmente éste se vio acompañado del surgimiento de muy graves divisiones étnico-religiosas y políticas en el seno de las minorías islámicas dominantes. Sinceramente creo que no puede ser una mera casualidad que las dos decisivas derrotas de las armas musulmanas en Poitiers y en Covadonga-Liébana se produjeran muy próximas en el tiempo, en el 732 y en torno al 736 respectivamente⁵⁶. Además ambas tuvieron lugar inmediatamente después de que se hubiera sustituido físicamente la generación víctima del gran *shock* del 711. La insustituible y contemporánea «Crónica mozárabe» testimonia la importancia simbólica que se concedió a ambas victorias por parte de las élites religiosas cristianas cordobesas y toledanas⁵⁷. Y lo cierto, por si faltase una prueba final de todo, es que una quincena de años después tendrían lugar la definitiva consolidación del naciente Reino de Asturias bajo Alfonso I⁵⁸ así como la constitución (752-759) de una nueva *Gotia* franca en la antigua Galia (Narbonense) del pasado visigodo⁵⁹.

La rareza y el anacronismo de las fuentes disponibles impiden saber si hubo otros intentos de rebelión en otros lugares de la antigua geografía goda. Sin embargo algunos hechos predisponen a una respuesta positiva a tal interrogante. Tales serían, por ejemplo, la expulsión de la guarnición musulmana de Pamplona algún tiempo antes del 755⁶⁰, o la extravagante noticia de la llamada «Crónica profética» sobre el encierro de los godos en algunas ciudades y su rebelión allí durante siete años al poder musulmán⁶¹. Posiblemente pudo estar relacionada con esa nueva e inquietante disposición a la rebelión de la mayoría cristiana peninsular el que la autoridad cordobesa decidiera por entonces acabar con la singular situación de semi-independencia de los descendientes de Teodemiro de Orihuela⁶².

56. Para esta fecha de la campaña de Covadonga *vid.* L.A. GARCÍA MORENO, Covadonga, realidad y leyenda, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 194, 1996, 372 ss.

57. *Cont.Hisp.*, 65 y 66, ed. J. GIL, *Corpus* (nota 6), I, 43 y 44.

58. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Orígenes* (nota 23), II, 159 ss.

59. A.L. LEWIS, *The development* (nota 9), 24 ss.

60. *Vid.* en último lugar J.A. FARO, Mª GARCÍA-BARBERENA, M. UNZU, La presencia islámica en Pamplona, en P. SÉNAC (ed.), *Villes et campagnes de Tarragonaise et d'al-Andalus (Vie-Xie siècles): la transition*, Tolosa, 2007, 101

61. *Alb.*, XVII, 3b (ed. J. GIL, *Crónicas Asturianas*, Oviedo, 1985, 183).

62. *Cont.Hisp.*, 48, ed. J. GIL, *Corpus* (nota 6), I, 34. El anónimo cronista fecha la enorme multa a Atanagildo al comienzo del gobierno de Abu-l-Jattar, en 743.

Por supuesto que para esa época el historiador espera que ese cambio de actitud de la mayoría cristiana se expresara también en términos religiosos. Y lo cierto es que se tienen testimonios de dos diferentes expectativas apocalípticas y anti-islámicas difundidas entre los cristianos hispanos en los dos últimos decenios del siglo VIII. Me refiero a la de Migecio, el controvertido y gran oponente del arzobispo Elipando de Toledo, hacia el 780⁶³, y a la de Beato de Liébana, contrincante espiritual de ambos, en el 800⁶⁴. Todo ello sin hablar de otros fenómenos religiosos que se produjeron en esos decenios finales del siglo VIII, y que en anteriores ocasiones yo mismo he defendido su íntima relación entre sí. Me refiero a la leyenda de los «Siete varones apostólicos», a los inicios del culto jacobeo con el gran himno del rey astur Mauregato, compuesto probablemente por el mismo Beato, y a la herejía adopcionista⁶⁵.

Estos tres últimos fenómenos en el fondo también se relacionan y explican por un hecho político-militar de gran trascendencia que tuvo lugar en la cristiandad latina por entonces, como fue el ascenso de los Arnulfinos austrásicos hasta conseguir la restauración imperial de Carlomagno en la navidad del 800 con el apoyo papal. Sin olvidar un hecho religioso externo que también habría tenido su influencia, al desencadenar una fuerte reacción en las iglesias occidentales: la crisis iconoclasta de la Iglesia bizantina, con sus tormentosos vaivenes a lo largo de la centuria que va de mediados del siglo VIII a mediados del IX.

Necesariamente son indicios de un fenómeno y expectativas más amplias las documentadas rebeliones de las mayorías cristianas, aliadas o no con muladíes, de Mérida y Toledo, dos ciudades de tanto valor simbólico en el imaginario colectivo heredado de la época goda. Sin duda el fracaso de todas ellas a la hora de lograr la destrucción del opresor y extranjero poder islámico y árabe-bereber empujaron a bastantes a solicitar la ayuda del que parecía el invencible campeón de la cristiandad occidental, a Car-

63. La figura de Migecio está falta de un estudio monográfico moderno. Desgraciadamente la información que tenemos de él y su doctrina procede de su máximo enemigo, Elipando de Toledo (Elip., *Epist.*, I, 12-13, ed. J. Gil, *Corpus* [nota 6], I, 77-78). Interesa aquí recordar que Migecio profetizó un inminente fin de los tiempos y nombró doce apóstoles (*PL*, 101, 1330CD). Cf. F.-J. SIMONET, *Historia* (nota 23), 264 ss

64. Elip., *Epist.*, 4,5 (ed. J. Gil, *Corpus* [nota 6], I, 92), *vid.* J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, Beato de Liébana y los terrores del año 800, en *Milenarismos y milenaristas en la Europa Medieval (IX Semana de Estudios Medievales. Nájera)*, Logroño, 1999, 93-100.

65. L.A. GARCÍA MORENO, La Iglesia en la España visigoda y postvisigoda: obispos y santos, en J. ANDRÉS-GALLEGU (ed.), *La historia de la Iglesia en España y el mundo hispano*, Murcia, 2000, 107-119; id., San Torcuato y sus compañeros. Los orígenes de una leyenda, *Europa (Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras)*, 0, 2000, 23-40.

lomagno. Una petición protagonizada no sólo por gentes y comunidades del nordeste hispánico, más próximo o incluso vecino al poderío franco, sino también por otras mucho más distantes. Tal y como testimoniaría en un segundo momento la famosa carta de los cristianos emeritenses al emperador⁶⁶.

No cabe duda que las esperanzas que las comunidades cristianas peninsulares pusieron en Carlomagno fueron de tal calibre en algunos casos que hasta algunos líderes islámicos, pero muladíes de origen hispanogodo, consideraron oportuno sumarse a las mismas, enfrentándose al poder cordobés. Aunque también es verdad que la herejía adopcionista puede considerarse un reflejo en el plano religioso de la repugnancia que para bastantes líderes cristianos hispanos suponía la alianza y hasta sumisión al monarca de los francos, los eternos enemigos de los godos⁶⁷. No sería tan fácil de borrar en muchos de ellos las invectivas y desprecios que hacia los mismos habían lanzado los dos grandes faros de la Iglesia hispanogoda, los obispos Isidoro de Sevilla y Julián de Toledo. Sin embargo otros eclesiásticos de origen godo emigrados al Reino franco antes o no mucho después del 778 pudieron ver en Carlomagno no tanto al monarca de los francos como al nuevo emperador de Roma, capaz de realizar esa monarquía ideal teocrática y unitaria para toda la Cristiandad propuesta por el mismo doctor hispalense hacía más de siglo y medio antes⁶⁸.

Como todos conocen muy de sobra al final todas esas expectativas más inmediatas terminaron con el fracaso de la gran expedición de Carlomagno a Zaragoza en el 778. Lo que posiblemente explicaría que fuera inmediatamente después cuando se alcanzara el punto más álgido de la herejía adopcionista, contemplada como una solución eclesiástica puramente hispanogoda. Sin embargo el monarca franco en los años sucesivos daría muestras de una inquebrantable determinación para consolidar su control sobre el territorio de la futura Cataluña vieja, iniciado con la toma de Gerona en 785 y apuntalado con la de Barcelona en 801. Unos hechos que acabaron por empujar a los hispanos, que más se habían comprometido con Carlomagno, a buscar refugio en sus dominios. Con

66. La petición de ayuda de los emeritenses es un poco posterior, del 828, testimoniándose por la conocida carta de respuesta de Luis el Piadoso (MGH *Eptst.*, V, 115-116). *Vid.* P. SÉNAC, *Les Carolingiens* (nota 9), 94 ss.

67. Sobre este odio «étnico» *vid.* H. MESSMER, *Hispania-Idee und Gotenmythos*, Zürich, 1960, 66 ss.; S. TEILLET, *Des Goths à la Nation Gothique*, París, 1984, 628 ss.

68. Tal pudo ser el caso de Jonás de Orleans (P. RICHÉ, *Les réfugiés wisigoths dans le monde carolingien*, en J. FONTAINE, C. PELLISTRANDI (edd.), *L'Europe héritaire* [nota 1], 182 ss.).

ello estos hispanos huídos del antiguo solar peninsular del Reino godo contribuirían también a consolidar el dominio franco en aquellas regiones más septentrionales y orientales de aquél, como eran Septimania y la misma Cataluña⁶⁹.

Sin duda este es el contexto histórico general en el que considero debe situarse y explicarse la emigración de los grupos de hispanos mencionados en el famoso edicto del dos de abril del 812, y que tantas veces he mencionado antes en estas páginas. Pues el mismo permite fechar el hecho en sí de su emigración en torno al 780, casi una generación antes. Una fecha que significativamente es contigua al fracaso de Roncesvalles. En los dos decenios sucesivos del siglo VIII tendrían lugar nuevas llegadas de emigrantes *hispani*, tanto en Septimania, la nueva Gotia del Imperio carolingio⁷⁰, como en los territorios reconquistados de Cataluña. Incluso en años posteriores, ya en la centuria novena, tuvieron lugar algunas nuevas emigraciones, aunque ya más hacia Cataluña que hacia Septimania. Por lo general, además, estas tardías emigraciones tendrían algún motivo más específico referido a sus protagonistas. Tal y como sería el caso de los mencionados huida y cobijo en territorio carolingio de Aznar Galindo en la década de los años veinte del siglo IX.

El asentamiento de estos hispanos emigrantes en sus nuevos hogares se hizo por regla general bajo el régimen de la *aprisio*. Lo que indudablemente constituía un atractivo para los mismos. No voy aquí a tratar en detalle en qué consistía, y cómo había surgido, esta última. De la misma estamos suficientemente informados por dos capitulares de Luis el Piadoso, de enero del 815 y de febrero del 816, así como por un edicto de Carlos el Calvo de junio del 844, que vino a confirmar para un caso concreto la primera capitular citada, aunque con algunas modificaciones menores⁷¹. Por su parte una abundante historiografía ha venido a analizar en los últimos cincuenta años los rasgos principales de la *aprisio*, sus áreas de implantación, y su evolución posterior⁷². Las aprisiones se documentan

69. *Vid.* A.L. LEWIS, *The development* (nota 9), 35 ss.; P. SÉNAC, *Les Carolingiens* (nota 9), 64 ss.

70. El carácter y origen carolingio de esta expresión ya fue señalado por J.A. MARAVALL, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1964, 106 ss.

71. Hay varias ediciones de esos documentos, la mejor y más fácil de manejar es la de los MGH *Capit.*, I, 261-264 y II, 258-260.

72. Me limitaré aquí a citar: I. DE LA CONCHA, *La «Presura». La ocupación de tierras en los primeros siglos de la Reconquista*, Madrid, 1946, 40 ss.; A. DUPONT, *Considérations sur la colonisation et la vie rurale dans le Roussillon et la Marche d'Espagne au IX^e siècle*, *Annales du Midi*, 57, 1955, 223-245; id., *L'aprision* (nota 11), 179-213; id., *L'aprision et le régime* (nota

especialmente en el Rosellón, con los valles del Tech y del Tet; en el país del Aude, de Joucou a Carcasona y hasta el Minervés; y en los territorios de Narbona y Béziers⁷³. Todas mostraron una clara tendencia a convertirse en plena propiedad alodial a partir del 850, siendo también generales las amenazas que tuvieron que superar para lograrlo de parte de condes y vizcondes, e incluso de mandatarios de éstos.

Por mi parte me voy a limitar a señalar aquí sólo unos pocos rasgos y elementos de la *aprisión* que la diferencian claramente de cualquier otra concesión fundiaria de tipo condicional o beneficial carolingia. Converdrá también señalar cómo se diferencian de las concesiones fundiarias otorgadas por los Carolingios contemporáneamente a comunidades monásticas asentadas en esos mismos territorios, con las que se han comparado más de una vez las aprisiones de esos *hispani* emigrantes, tanto desde un punto de vista político como especialmente económico⁷⁴.

El primer rasgo que conviene señalar es que la *aprisión* necesariamente se realizaba sobre una propiedad pública, habiendo formado parte previamente de un *fiscus*, o hacienda real. Evidentemente esta condición previa no debía estar nada clara en muchas ocasiones en los polípticos públicos. Máxime cuando éstos y la propiedad fundiaria habían sufrido tales avatares políticos a lo largo del siglo VIII tras la destrucción de la Monarquía goda. Los diplomas machaconamente aluden a que los hispanos aprisionarios se asentaron en terrenos yermos y deshabitados anteriormente. Aunque la verdad es que una atenta lectura de algunos de esos documentos muestra que eso en absoluto era verdad⁷⁵. De tal manera que tengo dudas a la hora de concluir si este último rasgo era una condición consustancial con la propia *aprisión*, o se trataba más bien de un medio para justificar y defender el particularísimo sistema por parte de sus beneficiarios y del poder real carolingio interesado frente a sus oponentes condcales y vizcondales.

También es indudable que la *aprisión* constituía un bien fundiario heredable, aunque no era susceptible de otro tipo de alienación o transmisión. Aunque esto último tenía una única excepción: la cesión a otro emi-

19), 375-399; A.L. LEWIS, *The development* (nota 9), 70 ss.; y C.J. CHANDLER, *Between court and counts* (nota 11), 19-44.

73. A. DUPONT, *L'aprision et le régime* (nota 19), 385.

74. Especialmente por parte de A. Dupont, *Considérations* (nota 72), 224 ss. y recientemente también por C.J. Chandler, *Between court and counts* (nota 11), 36 ss.

75. Si se hubiera tratado de un auténtico lugar deshabitado no se entienden las quejas de los vecinos por las aprisiones realizadas, tal como se pone de manifiesto en el pleito del 834 (*vid. supra* y nota 14).

grante encomendado al primer poseedor y beneficiario de la concesión⁷⁶. También caracterizaba al régimen aprisionario el verse libre de censos u otro tipo de impuestos a pagar a la autoridad condal⁷⁷.

Pero tanto su posesión como su transmisión por herencia estaban condicionadas a la escrupulosa observancia de una serie de obligaciones por parte de su beneficiario. Éstas tenían un marcado carácter militar, cuya gran importancia subjetiva para el poder real carolingio se reflejó en haber sido éste el primer punto a tratar en la capitular del 815. Dichas obligaciones militares consistían en la participación en las expediciones de vigilancia y guardia organizadas por el conde del territorio, y en el aprovisionamiento de forraje, vituallas y caballos a los emisarios reales en tránsito⁷⁸.

De hecho, y al correr de los años, es posible distinguir entre los hispanos aprisionarios aquéllos que eran de condición social elevada de los que no lo eran. La reciente historiografía ha solidado considerar originaria tal distinción, e incluso ha llegado a valorar la segunda de mayor significación histórica⁷⁹. Sin embargo un atento análisis de la capitular de febrero del 816 permite afirmar que en origen sólo hubo aprisiones de gentes de condición social alta⁸⁰. Serían éstos los *hispani* como Juan y la

76. Lo que se observa muy bien en el proceso recorrido por las aprisiones concedidas a Juan, como se ve en el documento citado *supra*, en la nota 13.

77. Los testimonios son numerosos, baste aquí el genérico de 815 (§ 1, ed. en MGH *Capit.*, I, 262), que se repite en todos los que confirman una anterior donación.

78. *Eo videlicet modo, ut sicut caeteri liberi homines cum comite suo in exercitum pergent, et in marcha nostra iuxta rationabilem eiusdem comitis ordinationem atque ad monitionem explorationes et excubias, quod usitato vocabulo wactas dicunt, facere non negligant, et missis nostris aut filii nostri quos pro rerum opportunitate illas in partes miserimus aut legatis qui de partibus Hispaniae ad nos transmissi fuerint paratas faciant et ad subversionem eorum veredos donent* (§ 1, ed. en MGH *Capit.*, I, 261-262).

79. Lo que constituye una de las líneas esenciales de las fundamentales investigaciones de A. Dupont citadas en nota 72.

80. Una primera y teórica lectura del texto permitiría concluir que el decreto de Luis el Piadoso tenía como primer objetivo impedir los abusos y usurpaciones de los hispanos *maiores et potentiores* sobre los *minores et infirmiores*, consistentes en expulsarles de sus aprisiones o convertirles en sus vasallos o encomendados. Sin embargo el texto establece una fundamental diferencia entre ambos grupos desde el punto de vista del título que ostentaban para su *possessio*: sólo los primeros habían obtenido del soberano franco, tras venir a palacio, sus apreciadísimos *praecepta regalia*, en los que se basarían para legitimar tal abuso y rechazar otros que los condes y sus hombres quisieran ejercer sobre ellos mismos. Curiosamente el emperador, tras considerar que tal abuso no era ni *iustum aut rationabilem*, establece una distinción muy clara en el título de *possessio* de unos y otros. De tal forma que los segundos, los inferiores, basarían aquél en prestar el *servitium* (militar etc.) al soberano *cum illo qui ipsum praeceptum accepit*, lo que en la práctica suponía reconocer una posición de

gran mayoría de los citados nominalmente en los documentos carolingios de la primera mitad del siglo IX. Todos ellos se encontraban unidos al soberano franco por un específico y singular lazo de encomendación semejante al del resto de los notables del Reino franco, siendo así *fideles* y no *vassi* del monarca⁸¹.

Juan y las personas como él descenderían de antiguos *potentiores* hispanogodos, y habrían emigrado a los dominios carolingios al frente de un nutrido grupo de gentes dependientes suyas. Con frecuencia, tal y como recuerda la capitular del 816⁸², habrían sido capaces de atraer a nuevos emigrantes hispanos una vez asentados en sus nuevas posesiones. Y no sería extraño que trataran de convertir a estos segundos en sus propios esclavos, siguiendo el modelo de las normalizadas relaciones sociales de dependencia que habían existido en la gran propiedad de finales de la época goda⁸³. Sólo habría sido en un segundo momento cuando llegaran por propia iniciativa hispanos de inferior condición. Lógicamente éstos se convertirían de inmediato en *vassi* del conde o vizconde, o en *vassi regios*. En este último caso el soberano franco trataría de aplicarles el mismo régimen de *aprisio* de los primeros hispanos *potentiores*, aumentando así el número de sus hombres en unas áreas periféricas donde el poder condal estaba al acecho de arrinconar la presencia del monarca⁸⁴.

Tanto este carácter de *potentiores* de los hispanos emigrantes y apriisionarios originarios y primeros como el que la *aprisio* se hiciera en compañía de sus grupos familiares y de un cierto número de dependientes suyos explican que uno de los beneficios principales acordados por Carlomagno fuera la concesión de una especial inmunidad y jurisdicción propias, que en bastantes puntos se asemejaba a la de los monasterios de

subordinación de esos inferiores *homines* respecto de un poderoso, formando en su hueste privada al servicio del soberano.

81. En lo que sigue la fundamental distinción entre ambos vocablos señalada para estos primeros años carolingios por C.E. ODEGAARD, *Vassi and Fideles* (nota 12), al igual que hace C.J. CHANDLER, *Between court and counts* (nota 11), 39.

82. *Hi vero qui poste a venerunt et se (...) paribus suis se commendaverunt* (ed. en MGH *Capit.*, I, 264), donde *pares* tiene que entenderse por «otros hispanos semejantes a los que habían recibido una *aprisio* mediante un diploma *regio*» (que eran hispanos *potentiores*); y todavía mejor en el decreto de Carlos el Calvo de 844, en sus § 4 y 5 (ed. en MGH *Capit.*, II, 259), en el segundo de los cuales se establece la pérdida de su *possessio* en caso de encromendarse a otro señor.

83. *Vid.* L.A. GARCÍA MORENO, From coloni to servi, *Klio*, 83, 2001, 198-212.

84. Este objetivo posterior de los Carolingios tratando de agrandar el régimen aprisionario ha sido, en mi opinión, muy bien visto por C.J. Chandler, *Between court and counts* (nota 11).

nueva fundación en lugares sobre propiedad pública y situados en los límites del Reino franco con el territorio andalusí. Como señala el edicto final del 844 de Carlos el Cavo sólo quedaban al margen de esa jurisdicción propia, en la que debería aplicarse su propia ley escrita (*lex*), las llamadas causas mayores, que se seguirían en el tribunal condal⁸⁵.

Ha habido quien, llevado de iluminadas visiones indigenistas, ha querido ver en este último hecho una prueba del carácter gentilicio y antivisigodo del medio social de donde procedían estos *hispani*⁸⁶. Pero nada más lejos de la realidad. Ya el mismo uso del término *lex* excluye tal fantasía, pues el mismo no puede hacer referencia más que a una ley o, mejor dicho, código de leyes escritas⁸⁷. Además en algún caso documentado queda patente que esa *lex* por la que se regían los hispanos aprisionarios no era otra que la del *Liber Iudicium* del desaparecido Reino godo de Toledo. En relación con esto último resulta particularmente reveladora la específica regulación de la herencia de las *aprisiones* que establece la capitular del 844 para el caso de muerte de su poseedor intestado, pero con descendientes o ascendientes directos⁸⁸. Pues dicho régimen hereditario sólo se explica teniendo a la vista los preceptos establecidos por el *Liber*⁸⁹. Y ello por no citar el contencioso, ya de edad avanzada (852), del aprisionario Odilón contra el abad de Caunes, que explícitamente se rigió por la *lex gothica*⁹⁰. En fin, la inmunidad jurisdiccional en las causas menores concedida a estos hispanos y sus dependientes concuerda plenamente con lo que sabemos que era la normal jurisdicción protoseñorial goda a finales del siglo VII, que tanto Carlos Petit como yo mismo hemos analizado en otras ocasiones⁹¹.

85. En su § 3 (ed. en MGH *Capit.*, II, 259).

86. A. BARBERO, La integración social (nota 35), 74 ss.

87. *Vid.* lo dicho *supra* en nota 13. A este respecto es también esclarecedor el diploma de enero del 815 a favor de Juan, donde textualmente se dice: ...et quicquid per lege judicaverint stabilis permaneat, et si extra legem fecerint per legem emendet (ed. en R. D'ABADAL, *Catalunya* [nota 8], II, 321), que excluye drásticamente cualquier otra cosa que no sea una ley escrita y codificada.

88. En su § 7 (ed. en MGH *Capit.*, II, 260).

89. En particular *L.V.*, 4, 2, 3 y 20. Lo que en 844 se prohíbe es la libre disposición de los bienes aprisionarios a falta de hijos y nietos, a semejanza de lo establecido en *L.V.*, 4, 2, 3, que en ello se diferenciaba de la 4, 2, 20, por lo que convenía aquí especificar el derecho a heredar de los *propinquai* del difunto.

90. Editado en *Histoire du Languedoc*, II, col. 287-288, *vid.* A. DUPONT, L'aprision et le régime (nota 19), 394.

91. C. PETIT, Consuetudo y Mos en la Lex Visigothorum, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 54, 1984, 249-25; *id.*, De negotiis causarum I, *ibidem*, 55, 1985, 223; L.A. GARCÍA

Es así que tenemos en las primeras y principales oleadas a hispanogodos de condición social elevada que emigran a tierras dominadas por los Carolingios y poniendo sus espadas y las de sus hombres al servicio del Imperio contra los enemigos exteriores de éste, y a cambio de una particularísima entrega de tierras, a título condicional pero transmisible, denominada *aprisio*. ¿No debiera todo ello conducirnos a buscar en el universo institucional godo el origen de la misma *aprisio* y de su singular función política y militar?

Lo cierto es que un tal origen godo fue ya propuesto, en los últimos años y entre otros, por P. Bonnassie y C. Duhamel-Amado⁹². A este respecto debe tenerse muy en cuenta que la *aprisio* carece por completo de precedentes o paralelos exactos entre los franceses. También es verdad que con ese exacto nombre y con tales características sólo se testimonia en Septimania y en la tradicionalmente llamada Marca hispánica, en unos años muy precisos y siempre en relación directa con *hispani* emigrados. En esas mismas fechas lo único parecido sería la *pressura* asturleonesa. Esta última muy posiblemente derive de una misma raíz lingüística que la *aprisio*, y como ésta también en su origen tenía una clara finalidad defensivo-militar, aunque muy pronto se transformó en un instrumento de repoblación y puesta en cultivo de nuevas tierras ganadas al enemigo o al yermo⁹³. En fin, en más de un documento se afirma de manera taxativa que el término *aprisio* era propio del uso lingüístico de los *hispani*, y no de ningún otro grupo étnico de los que se cobijaban bajo la nueva águila coronada por la Cruz del Imperio carolingio⁹⁴.

Pues bien, creo sinceramente que es posible encontrar en el Reino godo del siglo VII el precedente inmediato y gótico de la *aprisio*. Me refiero al conocido pasaje de la «Vida de san Fructuoso» –tan manido por Sánchez Albornoz en su brillante defensa del protofeudalismo visigodo– en el que se cuenta cómo un cuñado del santo solicitó del rey una propiedad fiscal⁹⁵ tras encomendarse *in praesentia regis*, como hacían en

MORENO, «Legitimate and illegitimate violence in Visigothic law», en G. HALSALL (ed.), *Violence and Society in the Early Medieval West*, Woodbridge, 1998, 55 ss.

92. P. BONNASSIE, *Catalunya mil anys enrera (Segles X-XI)*, I, Barcelona, 1979, 185 ss.; C. DUHAMEL-AMADO, A. CATAFAU, Fidèles et aprisionnaires (nota 39), 441.

93. *Vid.* en general el ya citado I. de la Concha, *La «Presura»*, (nota 72).

94. Tal como se señala en el diploma de Pipino de Aquitania confirmando uno anterior de su padre Ludovico Pío: ...quicquid Spani praedicto monasterio dederunt de hoc quod ex beremo traxerunt, quem adprisionem vocant (citado por R. D'ABDAL, *Catalunya* [nota 8], II, 330). *Vid.* C. DUHAMEL-AMADO, A. CATAFAU, Fidèles et aprisionnaires (nota 39), 441.

95. *Vit. Fruct.*, 3: uir ini quis sororis eius maritus, antiqui hostis stimulis instigatus, coram rege prostratus surgens subripuit animum eius ut isdem pars hereditatis a sancto

la segunda mitad del siglo VII los poderosos *fideles* del soberano toledano⁹⁶. Esa hacienda fiscal había sido administrada años atrás por el padre del famoso eremita en su calidad de duque provincial. Situada en el Bierzo estaba subexplotada, dedicada al pastoreo, aunque se ubicaba en un lugar de indudable interés militar desde tiempos antiguos, incluso tal vez imperial romanos⁹⁷. En tiempos más recientes Fructuoso había dispuesto de ella como si se tratara de una propiedad patrimonial suya, dotando con la misma su primera fundación monástica berciana, la de Compluto. Fructuoso, su padre y su cuñado pertenecían a la más alta nobleza goda, vinculándose el linaje del eremita nada menos que con el rey godo Sisenando († 636)⁹⁸. Significativamente el anónimo hagiógrafo dice que el cuñado de Fructuoso reclamó al rey la posesión de esa hacienda «a fin de realizar operaciones militares» (*pro exercendam publicam expeditiō nem*). Sin duda que la reclamación se fundamentaría en que el heredero directo del difunto duque, el monje Fructuoso, estaba inhabilitado para heredar ese *fiscus* al no poder cumplir con la condición de su servicio armado, como en otro tiempo había hecho su padre.

Como acabo de señalar D. Claudio Sánchez Albornoz basó en este pasaje de la *Vita Fructuosi* su teoría de la existencia en la Monarquía goda hispana de entregas de bienes fundiarios a título condicional y contra una prestación de índole militar por parte del beneficiario. Un beneficio protofeudal que según él habría tenido la denominación genérica de *stipendium*, un vocablo prestado del mundo eclesiástico por lo que sería de general utilización en los cánones conciliares⁹⁹. Mi interpretación del pasaje difiere en un cierto sentido. Pues el relacionar las tierras fiscales del Bierzo poseídas por el padre de Fructuoso, y transmitidas a éste, con la *aprisio carolingia*, y también con la *pressura* asturleonesa hasta cierto punto, restringe su valor como testimonio genérico de *beneficia* fundiarios entregados a los poderosos *fideles regis* del Reino godo del siglo

monasterio auferretur et illi quasi pro exercenda publica expeditione conferretur (ed. M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *La Vida de san Fructuoso de Braga*, Braga, 1974, 84).

96. L.A. GARCÍA MORENO, El Estado protofeudal visigodo: precedente y modelo para la Europa carolingia, en J. FONTAINE, C. PELLISTRANDI (edd.), *L'Europe héritière* (nota 1), 33.

97. *Vit.Fruct.*, 2 (ed. M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *La Vida* [nota 95], 82). Sobre el interés militar de este territorio en época goda *vid.* L.A. GARCÍA MORENO, Estudios sobre la organización administrativa del Reino visigodo de Toledo, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 44, 1974, 96 ss.

98. *Vid.* L.A. GARCÍA MORENO, *Prosopografía* (nota 26), nº 175.

99. De manera definitiva en C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, El «*Stipendium*» hispano-godo y los orígenes del Beneficio prefeudal, en ID., *Estudios Visigodos*, Roma, 1971, 352 ss.

VII. Se trataría de un *beneficium* muy particular, desplegado sobre tierras fiscales y con una ubicación de valor estratégico, pues la condición principal exigida a su poseedor era *exercendam publicam expeditionem*. Por supuesto que las particularidades militares de Septimania y del área pirenaica oriental de las famosas *Clausurae*, junto a los testimonios de su despoblamiento a finales del siglo VII¹⁰⁰, convierten en muy verosímil que ya antes del 711 se hubiera ensayado en estas regiones el régimen de la *aprisio pro exercendam publicam expeditionem*. Eso mismo explicaría la utilización un siglo después de vocablos distintos, aunque derivados de una misma raíz, para referirse a una misma herencia institucional goda en el Reino astur-leonés y en el Reino franco.

Sin embargo sirva de broche del presente capítulo esta referencia final al gran maestro del altomedievalismo español ausente. Con el mismo he pretendido también mostrar una razón más de por qué la antigua Septimania, convertida en la Gotia del Imperio de Carlomagno, conservó durante tanto tiempo y con tanto fervor tantas características étnico-culturales de su pasada pertenencia a la Monaqrúia goda hispana.

En Puerto Real, a 8 de julio de 2007, festividad de san Edgar

100. Sobre las *Clausurae* y su despoblación los testimonios de época goda fundamentales son: Iul., *Hist. Wamb.*, 11 (ed. J.N. HILLGARTH, *Sancti Iuliani Toletanae Sedis Episcopi opera*, I [Corpus Chtistanorum, *Series Latina*, 115], Turnholt, 1976, 228), y *CToledo XVII*, tomo regio (ed. J. VIVES, *Concilios Visigóticos e Hispano-romanos*, Barcelona-Madrid, 1963, 525). Sobre el vacío estratégico en la frontera septimana en época goda *vid.* E. JAMES, *Septimania and its Frontier: An Archaeological Approach*, en *id.*, *Visigothic Spain: new approaches*, Oxford, 1980, 241.

Paysans et habitats ruraux de la Marche Supérieure d'al-Andalus: les données des textes et de l'archéologie

Philippe Sénac

Si l'on compare le nombre d'études relatives aux habitats ruraux d'époque islamique en Aragon avec l'abondante bibliographie consacrée aux communautés paysannes et à leurs lieux de résidence dans le reste d'al-Andalus, il est clair que, pendant longtemps, ce thème de recherche n'a guère suscité d'intérêt particulier.

A la différence de la Catalogne, les publications concernant ce domaine s'avèrent en effet fort réduites et ce sont davantage les communautés mudéjares et les *exaricos* qui ont retenu l'attention des chercheurs, sans doute parce que la documentation des XII^e et XIII^e siècles se montrait moins indigente à leur égard¹.

1. A côté des divers *Simposios internacionales de Mudejarismo* régulièrement organisés à Teruel, on mentionnera F. MACHO Y ORTEGA, «Documentos relativos a la condición social y jurídica de los mudéjares aragoneses», *Revista de ciencias jurídicas y sociales*, t. V, 1922, pp. 143-160 et 444-464; E. DE HINOJOSA, «Mezquinos y exáricos. Datos para la servidumbre en Navarra y Aragón», *Obras. Estudios de investigación*, Madrid, 1948, pp. 245-256; J.M. LACARRA, «Introducción al estudio de los mudéjares aragoneses», *Aragón en la Edad Media*, n° 2, 1979, pp. 7-22; J.G. LIAZU, «Un aspect de la reconquête de la vallée de l'Ebre aux XI^e et XII^e siècles. L'agriculture irriguée et l'héritage de l'Islam», *Hespéris*, n° 5, 1964, pp. 5-13 et «La condition des musulmans dans l'Aragon chrétien aux XI^e et XII^e siècles», *Hespéris*, n° 9, 1968, pp. 185-200; M.T. LEDESMA RUBIO, «Los mudéjares y el cultivo en la tierra de Aragón», *III jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Saragosse, 1981, pp. 905-912, «La pervivencia del mundo islámico en Aragón: los mudéjares», *Historia de Aragón*, 1986, VI. 3, pp. 149-183, «Los mudéjares aragoneses: de la convivencia a la ruptura», *Simposio sobre destierros aragoneses*, Saragosse, 1988, pp. 171-188, «Marginación y violencia. Aportación a los mudéjares aragoneses», *Aragón en la Edad Media*, t. IX, 1991, pp. 203-224; W.C. STALLS, «Aragonese exarici in the twelfth century: their status and conditions of landholding», *Sharq al-Andalus*, n° 4, 1987, pp. 131-144 et *Possessing the Land. Aragon's expansion into Islam's Ebro Frontier under Alfonso the Battler (1104-1134)*, Leyde-New York, Cologne, 1995; M.B. BASANEZ VILLALUENGO, *La aljama sarracena de Huesca en el siglo XIV*, Barcelone, 1989 et, du même auteur, *Las morerías arago-*

A l'exception des travaux réalisés sur le site de *Los Zafranales* près de Fraga², les fouilles d'établissements ruraux d'époque islamique sont longtemps restées inexistantes et, en Aragon comme ailleurs, ce sont principalement les villes qui ont fait l'objet de travaux, à commencer par Huesca, Calatayud et surtout Saragosse, la capitale de la Marche Supérieure, bien éclairée par la publication récente des fouilles du *Paseo de la Independencia*³.

Les raisons d'une telle situation sont multiples et il n'est pas inutile d'en souligner quelques-unes avant de verser au débat l'apport de recherches archéologiques récentes menées dans la partie méridionale de l'ancien district ou '*amal*' de Huesca.

1. Une documentation écrite lacunaire

Une littérature arabe silencieuse

La première, déjà soulignée à diverses reprises par Claude Cahen, Miquel Barceló, Pierre Guichard et moi-même, réside dans la pauvreté des sources arabes relatives aux campagnes⁴. Issus de milieux urbains pour

nesas durante el reinado de Jaime II, Teruel, 1999; A. CONTE CAZCARRO, *La aljama de moros de Huesca*, Huesca, 1992; M. GARCÍA ARENAL, «Los mudejares en el reino de Navarra y en la Corona de Aragón. Estado actual de su estudio», *Actas del III Simposio internacional de Mudejarismo*, Teruel, 1986. D.F. THALER, *The Mudejars of Aragon during the Twelfth and Thirteen Centuries*, Princeton, 1973; B.A. CATLOS, *The Victors and the Vanquished. Christians and Muslims of Catalonia and Aragon, 1050-1300*, Cambridge, 2004; C. LALIENA CORBERA, *La Formación del Estado feudal. Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, 1996 et «La antroponimía de los mudejares: resistencia y acculturación de una minoría étnico-religiosa», M. BOURIN, J.M. MARTÍN et F. MENANT (dir.), *L'Anthroponymie: documents de l'histoire sociale des mondes méditerranéens médiévaux*, Rome, 1996, pp. 143-166.

2. F.J. MONTÓN, *Zafranales. Un asentamiento de la frontera hispano-musulmana en el siglo XI*, Fraga, Huesca, 1997, et «El poblamiento de la frontera hispano-musulmana en al-Andalus durante el siglo XI: Zafranales (Huesca)», *Archéologie Islamique*, n° 7, 1997, pp. 45-60.

3. J.L. CORRAL LAFUENTE, «Las ciudades de la Marca Superior de al-Andalus», *La ciudad islámica*, Saragosse, 1991, pp. 253-287; J.L. CEBOLLA BERLANGA, J.I. ROYO GUILLÉN, J. REY LANASPA, *La arqueología urbana en Calatayud. Datos para una síntesis*, Calatayud, 1997; J. SOUTO LASALA, «Calatayud: una madina en su contexto (siglos IX-X)», *Villa 1. De la Tarraconaise à la Marche Supérieure d'al-Andalus (IVe-XIe siècle)*, Toulouse, 2006, pp. 121-144. J.M. ORTEGA, *Anatomía del Esplendor: fondos de la sala de historia medieval*, Museo de Albarracín, Saragosse 2007; F.J. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, *La excavación arqueológica del paseo de la Independencia de Zaragoza*, Saragosse, 2006.

4. C. CAHEN, «La communauté rurale dans le monde musulman médiéval», *Les communautés rurales*. Recueils de la société Bodin, XLII, Paris, 1982, pp. 9-27; M. BARCELÓ *et alii*,

lesquels le monde rural forme un univers mal connu et souvent déprécié, les chroniqueurs et les géographes arabes se bornent à évoquer les villes, les champs, les jardins et les vergers qui les entourent, sans jamais mentionner les campagnes plus lointaines et, dans l'ensemble, les communautés rurales et leurs lieux de résidence n'apparaissent jamais.

A l'exception d'Ahmad al-Udhrî qui évoque des moulins à Bolea et des terroirs irrigués entre Saragosse et Zuera, d'al-Himyarî qui mentionne 3000 *qurâ* dans les environs de Fraga où se tenait le prêche du vendredi, et d'al-Qazwinî qui signale des habitats souterrains (*sarâdib*) près de Lérida et de Fraga dans lesquels les paysans venaient se réfugier en cas de menace, les auteurs arabes se bornent à célébrer en des termes souvent analogues la fertilité des sols et la richesse des productions agricoles aux abords des cités sans jamais étendre plus loin leur regard.

D'après leurs témoignages, on imaginerait volontiers les vastes étendues qui s'ouvraient au-delà comme vides d'hommes d'autant que les recueils de *fatwa*/s les ignorent et que les notices biographiques fournies par al-Khushanî, Ibn al-Faradhî ou Ibn Bashkuwâl ne mentionnent aucun juriste, savant ou homme célèbre issu de ces milieux ruraux. Phénomène aggravant, les sources arabes relatives à ces régions septentrionales n'utilisent jamais les termes de *qarya*, *day'a* ou *munya* que l'on emploie habituellement pour désigner les établissements ruraux puisqu'elles signalent seulement la présence de forteresses ou *husûn* relevant des principales cités de la Marche et dans lesquelles se regroupaient des populations rurales: ainsi, au sud de Huesca, Piracés est décrit comme un *bisn* très peuplé (*âbilun*) sans lequel on trouvait une grande mosquée (*al-masdjid al-djâmi'a*)⁵.

Des sources latines déformantes

A ce déficit documentaire vient s'ajouter l'aspect déformant de la documentation latine contemporaine de la reconquête et de la *repoplación*, en

Arqueología medieval. En las afueras del medievalismo, Barcelone, 1988; P. GUICHARD, *Les musulmans de Valence et la reconquête (XIe-XIIIe siècles)*, Damas, 1990-1991; Ph. SENAC, «Poblamiento, habitats rurales y sociedad en la Marca Superior de al-Andalus», *Aragón en la Edad Media*, t. IX, 1991, pp. 389-401 et «Peuplement et habitats ruraux dans la Marche Supérieure d'al-Andalus: l'Aragon», *Villages et Villageois au Moyen Age. Actes du XXIe Congrès des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur Public*, Paris, 1992, pp. 27-38.

5. AL-UDHRI, *Kitâb Tarsî' al-Akbbâr...*, Texte arabe édité par Abd al-'Azîz Al-AHWÂNÎ sous le titre *Fragmentos geográfico-históricos de al-Masâlik ilâ djamî' al-Mamâlik*, Madrid, 1965, p. 55. Traduction espagnole partielle par F. DE LA GRANJA, «La Marca Superior en la obra de al-Udhrî», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, t. 8, 1967, pp. 447-546.

partie regroupée par le regretté José María Lacarra⁶. Rédigés par des scribes et des moines qui ignorent tout de la civilisation du vaincu, les nombreux actes de donations ou les contrats de ventes conservés n'évoquent les habitats ruraux qu'au travers d'un vocabulaire stéréotypé et étranger aux réalités du peuplement, en ne faisant généralement allusion aux anciens habitats musulmans qu'au moyen des mots *castrum*, *castellum*, *villa*, *turris* ou *almunia*, sans jamais fournir d'information précise sur la morphologie des établissements et encore moins sur leurs occupants avant l'arrivée des guerriers chrétiens et l'installation des nouveaux *populatores*.

Les actes signalant des *hereditates* de *moros* se limitent à citer le nom de l'ancien propriétaire des lieux au moyen de la formule *qui fuit de* suivie du qualificatif *moro* et, à en croire les documents mentionnant ces musulmans, ces derniers formeraient des familles réduites composées d'un couple et de leurs enfants. A titre d'exemple, peu après la prise de Huesca, un acte de 1099 met en scène *Abdella*, *filius Abderramen*, sa femme *Chieli*, leurs fils, *Muça* et *Maumet*, et leurs filles *Almuneia* et *Zezi*; l'année suivante, en 1100, un document mentionne également *Abnala-bar*, sa femme *Adiri* et leurs enfants *Iucef*, *Alboneia*, *Fatima* et *Emal*⁷.

Au travers de la documentation latine, la paysannerie musulmane apparaît ainsi comme la copie conforme de la société chrétienne, à ceci près que des groupes entiers de *moros* figurent comme témoins dans les eschatocoles des transactions effectuées après la reconquête et que les actes du début du XIIe siècle relatifs à des secteurs plus occidentaux, comme à Cervera, dans la vallée du rio Alhama, commencent à évoquer des *consejos de moros* et des *aljamas*, qui rappellent les conseils d'anciens ou de *shuyûkhs*, indices probables d'une forte cohésion communautaire en milieu rural⁸. Au nord de l'Ebre, dans la région de Huesca, de Barbastro, de Monzón, voire même de Lérida, ces modes d'organisation n'apparaissent jamais et si le mot *aljama* est bien utilisé dans la documentation aragonaise, pour la première fois entre 1063 et 1094, c'est pour évoquer des paysans chrétiens, à Monclús, sur le versant méridional des Pyrénées⁹.

6. J.M. LACARRA, *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro*, 2 vol., Saragosse, 1982-1985.

7. Ph. SENAC, *La frontière et les hommes (VIIIe-XIIe siècle). Le peuplement musulman au nord de l'Ebre et les débuts de la reconquête aragonaise*, Paris, 2000, p. 460.

8. Ph. SÉNAC, «El dominio musulmán: primeras investigaciones», *Historia de la ciudad de Logroño*, t. II, Logroño, 1995, pp. 19-33.

9. J.F. YELA UTRILLA, *Cartulario de Roda*, Lérida, 1932, documentos varios, série 3a, doc. n° XI, (1063-1094).

En somme, l'image de la paysannerie de l'ancienne Marche Supérieure que fournissent les sources latines ne correspond guère à celle que reflètent les documents relatifs à la basse vallée de l'Ebre, au Levant ou à l'Andalousie où prédominent des formes de peuplement rural fondées sur des structures claniques, tribales ou gentilices. L'impression dominante est davantage celle de campagnes dominées par la ville, soit par le biais d'un réseau de *busún* servant de relais au pouvoir, soit par la multiplication de biens *habús* (*alhobces*) gérés par les mosquées urbaines, comme celle d'*Iben Abtalib* à Huesca qui possédait des maisons en ville et des biens à Banastas, Yéqueda, Chimillas, Nueno et Sabayès¹⁰, soit encore par la profusion de domaines connus sous le nom d'*almunias* ou de *rahales* qui appartenaient à de riches citadins occupant des charges religieuses, juridiques et militaires comme l'indiquent par exemple les noms des *almunias* de *amil*, *çaalmedina* ou *Yben Alfachi*.

A lui seul, un document de 1092 en signale plusieurs dizaines autour de Monzón¹¹ et, comme on a déjà eu l'occasion de le souligner, les noms portés par ces établissements, tels Binaced ou Binéfar, reflètent bien la nature privée de ces domaines puisqu'à la différence des toponymes gentilices de la région de Valence, ils ne sont pas formés du préfixe *beni*, transcription de *banū* ou de *banî*, mais du préfixe *ibn*, fils de, et c'est d'ailleurs sous cette forme qu'ils apparaissent dans les sources latines sous la forme *Avinaced* et *Avinéfar*. Ils ne désignent donc pas des villages (*qurâ*) mais des exploitations privées dont l'étendue peut-être très conséquente: à titre d'exemple, en 1097, quelques années après la chute de Monzón, un certain *Galefon sarracenus* vendait une partie de ses biens aux chrétiens et un immense domaine de plusieurs km² situé au nord de la bourgade porte encore aujourd'hui le nom de *Galefon*¹². Pour souligner encore cette différence, on ajoutera enfin que l'on ne trouve au nord de l'Ebre aucune trace de grands refuges édifiés par des communautés paysannes connus sous le nom d'*albacares* et que le souvenir toponymique d'anciens établissements de tribus maghrébines ne se manifeste

10. Ph. SÉNAC, *La Frontière et les hommes...*, pp. 252-254.

11. A. UBIETO ARTETA, *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra*, Saragosse, 1951, doc. n° 10 (1092).

12. A. UBIETO ARTETA, *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*, Saragosse, 1951, doc. n° 50 (1097). Le seul toponyme susceptible de se rapporter à des formes d'organisation sociale de cet ordre est le val de *Beniema* mentionné au sud de Huesca vers 1103-1104, mais il s'agit peut-être d'une erreur de transcription: C. LALIENA CORBERA, *Documentos Municipales de Huesca, 1100-1350*, Huesca, 1988, doc. n° 2 (1103-1104).

qu'aux abords de l'Ebre, comme à *Manzil Barbar*, près de Saragosse, à Velilla del Ebro ou à Mequinenza¹³.

Il convient enfin de retenir le fait que, dans ce monde rural, ce sont principalement les châteaux, les forteresses et les *busún* qui ont retenu l'attention des chercheurs, dans une perspective souvent castellologique, à la suite des travaux de Cristobal Guitart Aparicio, Fernando Galtier Martí, Philippe Araguas, Bernabé Cabañero Subiza et Juan Souto Lasala, sans doute parce que les sites fortifiés constituaient les vestiges les plus fréquents et les mieux conservés¹⁴.

En somme, entre l'Antiquité et le temps de la *reconquista*, les archéologues se sont assez peu intéressés aux établissements ruraux et il n'est pas inutile de souligner que cette lacune concerne également toute la période wisigothique¹⁵, même si quelques travaux récents comme les premiers colloques de la série *villa*, la réunion intitulée *Primeras jornadas de arqueología medieval en Aragón*, ou encore l'enquête menée par Carlos Lalíena et Julián Ortega dans la vallée du río Martín sont venus éclairer ces *Dark Ages*¹⁶. Ce déséquilibre est d'autant plus sensible que le thème du village dans l'Occident chrétien comme dans le monde méditerranéen s'est profondément renouvelé depuis quelques décennies¹⁷ et

13. Ph. SENAC, *La Frontière et les hommes...*, pp. 228-229.

14. C. GUITART APARICIO, *Castillos de Aragón*, Saragosse, 1986. J. SOUTO LASALA, *Fortificaciones islámicas en la Marca Superior de al-Andalus: período omeya. Testimonios de las fuentes escritas en lengua árabe*, thèse de doctorat inédite, université de Saragosse, 1986; plus récemment, A. CASTAN, *Torres y Castillos del Alto Aragón*, Huesca, 2005.

15. En 1985, à Huesca, lors du premier congrès d'archéologie médiévale espagnole, Carlos Escó avait dressé un tableau des recherches en soulignant la maigreur des informations et l'ampleur du champ de recherche (C. ESCO, «La arqueología medieval en Aragón. Estado de la cuestión», *Actas del I congreso de arqueología medieval española*, Saragosse, 1986, pp. 19-64, et quelques années plus tard J.L. CORRAL LAFUENTE formulait le même constat: «Arqueología medieval e industrial en Aragón», *Estado actual de la arqueología en Aragón*, Institución Fernando el Católico, Saragosse, 1990, pp. 309-322. L'auteur y soulignait «el desprecio por los materiales medievales».

16. Ph. SENAC (éd.), *Villa 1. De la Tarraconaise à la Marche Supérieure d'al-Andalus (IVe-XIe siècles): les habitats ruraux*, Toulouse, 2006, et *Villa 2. Villes et campagnes de la Tarraconaise et de la Marche Supérieure d'al-Andalus, VIe-XIe siècles*, Toulouse, 2007; *Primeras jornadas de arqueología medieval en Aragón: balances y novedades*. Teruel, 2006; C. LALIENA et J. ORTEGA, *Arqueología y poblamiento. La cuenca del río Martín en los siglos V-VIII*, Saragosse, 2005.

17. Parmi les publications les plus marquantes on retiendra *Villages et villageois au Moyen Age*, Paris, 1992; *Morphogénèse du village médiéval*, Montpellier, 1993; C. LORREN et P. PÉRIN (dir.), *L'habitat rural du haut Moyen Age*, Paris, 1995; M. BERTHE et B. CURSENTE (éd.), *Villages pyrénéens. Morphogénèse d'un habitat de montagne*, Toulouse, 2001; R. FRANCOVICH et R. HODGES, *Villa to Village*, Londres, 2003; B. CURSENTE (dir.), *Habitats et territoires du sud*, Comité des travaux historiques et scientifiques, Paris, 2004; J. LEFORT, C. MORRISSON et J.P.

c'est la raison pour laquelle, après avoir étudié l'ensemble du peuplement musulman au nord de l'Ebre entre le río Aragón et le río Segre dans le cadre d'une thèse d'Etat relative à la frontière, on a décidé de développer un programme de recherche mené avec l'appui de la *Casa de Velázquez* et de la *Diputación General de Aragón* pour contribuer à une meilleure connaissance des communautés rurales de la Marche Supérieure, de leurs habitats et de leurs activités.

Du survey à la fouille archéologique

Pour mener à bien ce projet, on a donc réduit le champ d'observation en menant l'enquête au sein d'une région où abondaient les vestiges d'époque islamique, à savoir le territoire du *bisn* Gabarda, l'une des forteresses du district de Huesca. En tenant compte de la distance d'une quinzaine de kilomètres qui sépare cet établissement des *husún* les plus proches, Piracés et Tubo, ce territoire devait couvrir une superficie d'environ 80 km², ce qui correspond assez bien à l'étendue des territoires castraux de la région valencienne ou de l'Andalousie étudiés par André Bazzana, Patrice Cressier et Pierre Guichard¹⁸.

Il s'agit-là d'une région aride, austère, pauvre en couvert végétal où l'érosion a sculpté d'impressionnants reliefs tabulaires et des buttes témoins qui ont très tôt attiré les hommes comme en témoignent la présence de nombreux vestiges du Paléolithique et du Néolithique¹⁹. La romanisation de la région semble avoir privilégié des secteurs de moindre altitude, toutefois, à l'exception du site de Gabarda où des sondages ont révélé la présence d'un gros habitat d'époque ibère abandonné vers le milieu du Ier siècle après J.C, les vestiges de l'Antiquité et du haut moyen Age s'avèrent réduits et limités à de nombreux toponymes s'achevant en *en*, *eno* ou *ena*, dérivés des noms de propriétaires de grandes *villae* comme Marcén, Poleñino ou Sariñena²⁰.

SODINI (dir.), *Les villages dans l'Empire byzantin (IVe-XVe siècle)*, réalités byzantines, Paris, 2005. Plus récemment encore, diverses contributions consacrées au village en Espagne et en France ont été publiées dans les actes d'un colloque organisé à Poitiers sous le titre *Cinquante années d'études médiévales. A la confluence de nos disciplines*, Turnhout, 2006.

18. A. BAZZANA, P. CRESSIER et P. GUICHARD, *Les châteaux ruraux d'al-Andalus. Histoire et archéologie des busún du sud-est de l'Espagne*, Madrid, 1988.

19. A. DOMÍNGUEZ ARRANZ, M.A. MAGALLÓN BOTAYA, M.P. CASADO LÓPEZ, *Carta Arqueológica de España*, Huesca-Saragosse, 1984, pp. 40, 99, 113, 117, 133 et 160.

20. J.A. ASENCIO ESTEBAN et P. SILLIÈRES, «Gabarda, ville ibérique et ibéro-romaine d'Espagne citérieure (Usón, Huesca)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1995, XXXI, pp. 85-111;

Conformément à la méthode désignée sous le nom de *survey*, de *new archaeology* ou encore d'*archéologie extensive*, malgré les réticences autrefois formulées à l'égard de ce terme par Jean-Marie Pesez²¹, toute cette région a donc fait l'objet de prospections, de ramassages de surface, de fouilles et de sondages, et une demie douzaine d'établissements islamiques occupés au cours des Xe et XIe siècles ont ainsi été découverts et étudiés. Parmi ceux-ci figurent d'abord Gabarda, une table rocheuse de 72 m de long dépourvue de toute constructions sommitales à l'exception d'une citerne et de quelques silos et qui dominait un gros habitat en partie édifié sur des structures antiques²². Un autre établissement est le site de La Iglesieta, une petite fortification connue sous le nom de tour *d'al-qâ'id al-malik* (*alcaït Almelch*), construite en gros blocs de grès à bossages externes posés en boutisses et qui dominait d'une dizaine de mètres un vaste habitat rural situé en contrebas²³. Plus à l'ouest se trouvait encore Alberuela de Tubo, une vaste enceinte triangulaire présentant des tours d'angle, également construite en grand appareil à bossages mais non associée à un habitat²⁴. Les autres établissements découverts, comme Usón et Fraella, bien que de dimensions plus réduites, occupent également le sommet de petits reliefs gréseux surplombant quelques habitations pauvres en matériel.

Dans un troisième temps, en réduisant encore le champ de la recherche, la méthode a ensuite privilégié au sein de cet espace le site de Las Sillas, à Marcén, pour engager une fouille de longue durée et ce sont les premiers résultats de cette enquête en voie d'achèvement que l'on se propose maintenant de présenter. Préfaçant un catalogue d'exposition intitulé *Un village au temps de Charlemagne*, Georges Duby écrivait en 1988 que «ça n'est plus en furetant dans les bibliothèques et les dépôts d'archives que les historiens du Moyen Age peuvent espérer faire aujourd'hui

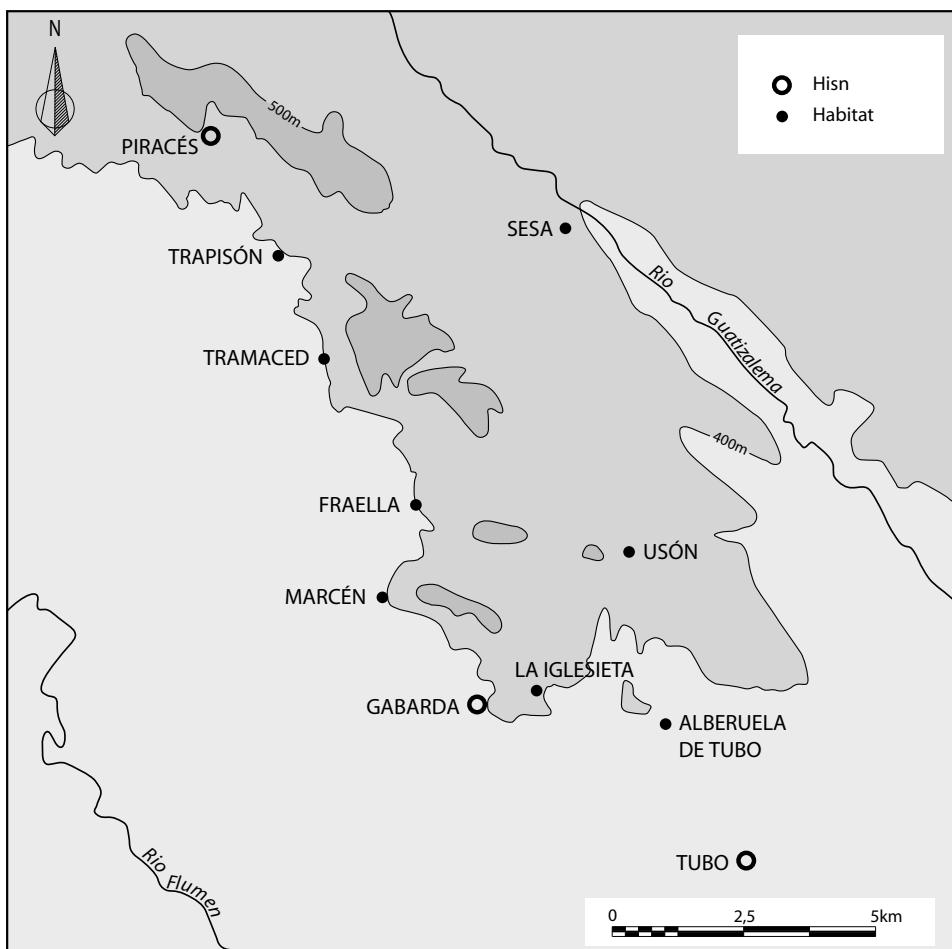
J.A. PAZ PERALTA, «El bajo imperio y el período hispano-visigodo en Aragón», *Estado actual de la arqueología en Aragón*, Saragosse, pp. 263-291

21. J.M. PESEZ, «Introduction», *Castrum 2. Structures de l'habitat et occupation du sol dans les pays méditerranéens. Les méthodes et les apports de l'archéologie extensive*, Rome-Madrid, 1988, pp. 129-135, et plus récemment *L'Archéologie. Mutations, missions, méthodes*, Paris, 1997, pp. 89-91.

22. Ph. SÉNAC, «Contribution à l'étude de la Marche Supérieure d'al-Andalus: les husûn et le système défensif de Huesca», *La Catalogne et la France méridionale autour de l'an mil*, Barcelone, 1991, pp. 269-281.

23. Ph. SÉNAC, «Une fortification musulmane au nord de l'Ebre: le site de La Iglesieta», *Archéologie Islamique*, n° 1, Paris, 1990, pp. 123-145.

24. Ph. SÉNAC, *La frontière et les hommes...*, pp. 244-246.



des trouvailles, c'est en fouillant le sol», et c'est dans cette perspective que l'on a interrogé le terrain pour tenter de combler les lacunes de la documentation écrite²⁵...

25. G. DUBY, «Préface», *Un village au temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VIIe siècle à l'an mil*, Paris, 1988, p. 15.

2. Le site de las Sillas

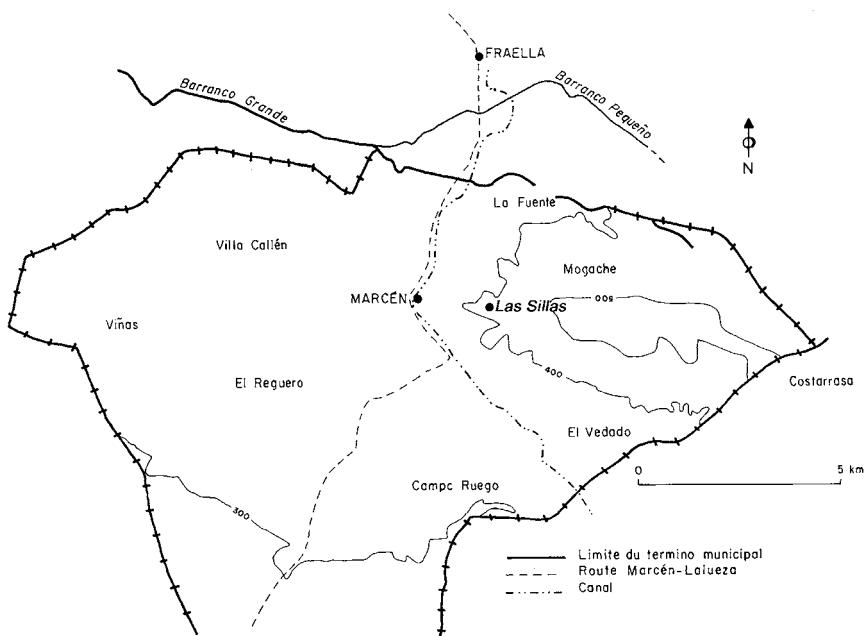
Les données des sources écrites

Le site de Las Sillas occupe le sommet d'une table rocheuse de 120 m de long, culminant à 420 m d'altitude, à une trentaine de kilomètres au sud-est de Huesca²⁶. Dominant la vallée du río Flumén, l'établissement est naturellement protégé par un à-pic d'une dizaine de mètres et, à l'est, par un fossé avivé de main d'homme sur une hauteur d'environ 4 m. Les prospections n'ont révélé aucune trace de fortification voisine ou de refuge défensif, en particulier sur le plateau de *Mogache* qui domine le site. Elles ont toutefois permis de localiser la source où les habitants s'approvisionnaient en eau: celle-ci se trouvait à près d'une cinquantaine de mètres au-dessus de l'établissement, sur le versant d'un petit vallon aujourd'hui voué à la culture de l'olivier. L'eau était recueillie dans une conduite creusée dans des blocs de grès reposant sur une maçonnerie appareillée et le site de *La Fuente*, à quelques centaines de mètres au nord, fut probablement un autre lieu d'approvisionnement en eau pour les habitants de las Sillas.

Comme dans l'ensemble de la Marche Supérieure d'al-Andalus, les sources arabes ne mentionnent ici que des *busún*, comme Piracés, Gábarda et Tubo, dont les premières mentions figurent dans la *Description de l'Espagne* du géographe Ahmad al-Râzî (889-955), puis chez le chroniqueur Ahmad al-Udhrî (1002-1085), sous les formes *Bitrah Shildj*, *Abarrada* et *Nubah*, c'est-à-dire des noms de lieux dérivés de toponymes indigènes antérieurs à la conquête. Le toponyme Marcén apparaît pour sa part à plusieurs reprises dans la documentation latine contemporaine de la reconquête aragonaise. En mai 1093, un document y mentionne d'abord une mosquée²⁷. Marcén apparaît ensuite dans une donation faite en novembre 1102 par le roi Pierre Ier au *senior* Lope Íñiguez, pour édifier des *bonas casas* à Marcén et mettre en valeur les terres environnantes.

26. Ph. SENAC, «Un habitat rural de la taifa de Saragosse: las Sillas, Marcén», *Archéologie islamique* n° 8-9, 1999, pp. 7-27; «Un village islamique de la vallée de l'Ebre (Xe-XIe siècles): Las Sillas (Marcén)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Madrid, 2005, t. 35-1, pp. 335-341 et «Un village de la Marche Supérieure d'al-Andalus au tournant de l'an mil: Las Sillas (Marcén)», *Cinquante années d'études médiévales. A la confluence de nos disciplines*, Turnhout, 2006, pp. 521-536.

27. A. DURÁN GUDIOL, *Colección Diplomática de la Catedral de Huesca*, Huesca, 1965, doc. n° 55 (1093): *Concedimus insuper prefate ecclesie Ihesu Nazareni mezquitas de Petrasilice et de Marcen.*



L'intérêt du document réside dans le fait qu'il précise le nom d'un ancien propriétaire musulman du lieu, *Galiet Ibern Zavazala* (sans doute Khâlid ibn Sâhib al-Sâla, «le fils du responsable de la prière») et qu'il atteste la présence d'un *tenente* à Marcén après la reconquête, le *senior Mango Eximenones* (Munio Jiménez)²⁸. La disparition précoce de ce personnage dans les textes et l'absence de toute mention postérieure de *tenencia* à Marcén laissent supposer qu'il devait s'agir d'une petite fortification dont il ne subsiste plus qu'un mur de courtine, à l'est de l'église paroissiale

28. A. UBIETO ARTETA, *Colección Diplomática de Pedro I de Aragón*, Saragosse, 1951, doc. n° 116 (1102): *In Dei nomine. Ego Petrus Sanchiz, Dei gratia rex. Placuit michi libenti animo et spontanea voluntate et facio hanc cartam donationis a te Lope Enneconis, et dono tibi in Marcen locum ubi et facias bonas casas et illa hereditate de Galiet Ibern Zavazala; et concedo tibi quantum et potueritis ibi compare in Marcen et exemplare; et quod habeas hoc donativum supra scriptum salvum et liberum et franchum et ingenuum ad tua propria hereditate, tu et filii tui et omnis generacio vel posteritas tua, salva mea fidelitate et de omni mea posteritate, per cuncta secula seculorum. Facta carta era millesima centesima XL. in mense novembri, me Dei gratia regnante in Aragone vel Pamplona et in Superarvi vel Ripacurtia, dompnus Petrus episcopus in Erunia, dompnus Stephanus episcopus in Osca, dompnus Raimundus episcopus in Barbastro, Adefonsus frater meus in Biele, senior Mango Eximenones in Marcen, senior Fortunio Garcez in Novales. Ego Sancius Garcez hanc cartam scripsi et hoc signum feci.*

San Pedro. Marcén apparaît encore en 1103, dans la délimitation d'un territoire castral voisin (La Iglesieta), avec mention d'un *casal* et d'un four entre Marcén et Gabarda²⁹, puis en 1105, lors de la donation du *castrum* d'Alcalá (Alcalá del Obispo) à la cathédrale de Huesca et à l'évêque Estebán³⁰. Bien que plus abondante, la documentation latine des XIIe et XIIIe siècles ne fournit guère d'informations complémentaires sur le site, à ceci près qu'à la différence d'autres établissements de la vallée du rio Flumén, elle ne mentionne pas la présence de *moros* demeurés là après la reconquête.

Les vestiges architecturaux et l'organisation spatiale

Les travaux réalisés ont permis de mettre en évidence deux secteurs de superficie inégale: le secteur I, à l'Est, et secteur II, à l'Ouest.

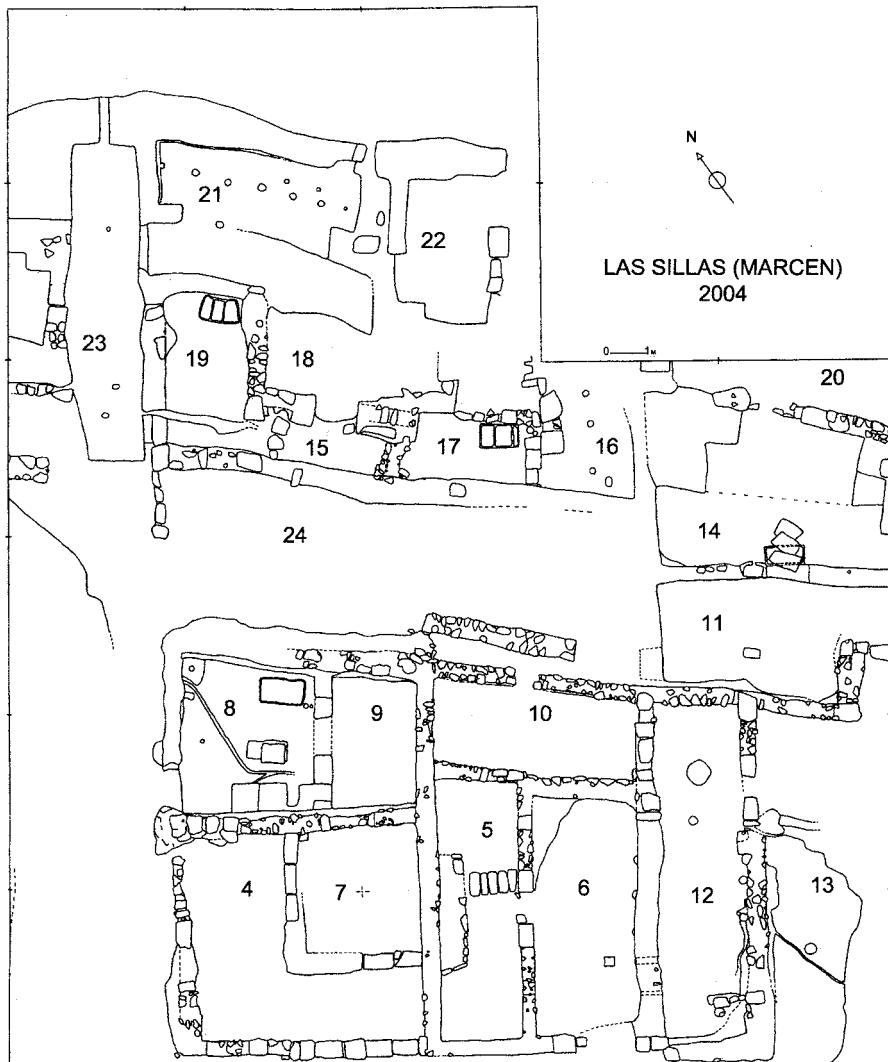
La partie orientale du site (secteur I), plus étroite, était délimitée par un long mur d'un mètre de large barrant la table rocheuse du Nord au Sud, au milieu duquel s'ouvrait une porte de 80 cm de large, surmontée

29. A. UBIETO ARTETA, *Colección Diplomática de Pedro I de Aragón*, doc. n° 130 (1103): *In Dei nomine. Ego Petrus Sancii, Dei gratia rex. Placuit mihi libenti animo et spontanea voluntate et facio hanc cartam donacionis ad te Santo Vita Bellito Crispo de Bescasa superior et dono tibi illam turrem de Alcait Almelch qui fuit neptus de Azube, senior de Gabarda, cum omnibus suis terminis et suis pertinentiis quod pertinent ad illam supra scriptam turrem, terminum scriptum et cognitum de illam pinnam qui est subtus Sudeto ad illo camino qui vadit a Saragena, aliam pinnam rotundam extreum salubrarem ex parte Carro freto; aliam bogam ad illum casalem de illo furno inter terminum de Gavarda et de Marcen, iuso in illo plano ad illa lacuna usque ad illa isola inter Mundote et Fundon de illo puialon, per totos tuos ganatos que fiant in tua comenda intrare et exire, ad erbalage et per tuos molendinos facere, et dono tibi istam supra scriptam hereditatem propter servicia quam mibi fecisti, obiuasti mibi cum CCC inter milites et pedones, cum totas armas ad Alcoraz, allit campal de Aragon et lorunz de Ossale, totos tuos parentes naturales, et concedo et confirmo tibi hoc donativum supra scriptum, ut habeas illum salvum et liberum et francum ad tuam propriam hereditatem per facere tuam totam voluntatem, tu et filii tui et omni generacio vel posteritas tua, per secula cuncta, salva mea fidelitate. Signum regis Petro. Facta carta era T.C.XL.I, in mense augusto, regnante Domino nostro Ihesu Christo et sub eius imperio ego autem Petrus Sancii Dei gratia regnante me in Aragone et Pampilonia et in Suprarvi et Ripacurcia, dominus Stephanus episcopus in Osca, dominus Poncius episcopus in Barbastro, dominus Petrus episcopus in Eruña, Adefonsus fratre meus in Biele, comes Sancius in Erro et Tafalla, senior Sancio Arcez in Alcala, abbas Galindus maiordomini rex Petrus num feci. Ego autem Sancius de lesero scriptor sub iussione domini mei regis hanc cartam scripsi et hoc signum feci.*

30. A. DURÁN GUDIOL, *Colección Diplomática de la Catedral de Huesca*, doc. n° 94 (1105).

d'un grand arc dont six claveaux de 57 cm de longueur ont été retrouvés. Cette porte s'ouvrait sur un passage soigneusement dallé, couvert d'une toiture faite de poutres et de torchis. De part et d'autre de celui-ci se trouvaient plusieurs bâtiments, dont une mosquée à plan rectangulaire d'environ 60 m² (10,20 m/6,10 m), associée à une cour recouverte de petits galets où une fontaine et un bassin d'ablution circulaire ont été découverts. L'analyse des pièces de bois qui recouvriraient l'entrée principale de ce secteur a permis d'identifier deux poutres comme du *pinus halepensis* et d'autres éléments comme des fragments de peuplier (*populus*) et de pin (*pinus*). Les parois de la mosquée étaient faites d'une maçonnerie de pisé très dure (*tapial/tâbiya*) qui reposait sur deux lits de gros blocs de grès rectangulaires, soigneusement assisés, et joints à l'aide d'un mortier de terre. L'épaisseur des murs Est et Ouest oscillait entre 75 et 80 cm d'épaisseur, tandis que celle des parois Nord et Sud n'excédait pas 60 cm. Dans les éboulis du mur Est (sans doute le mur de *qibla*), furent dégagés plusieurs éléments sculptés, parmi lesquels des fragments d'un arc outrepassé de 30 cm de rayon et des débris d'un *alfiz*. L'ensemble reposait sur une petite colonne couronnée par un chapiteau tronconique parfaitement lisse, d'environ 30 cm de hauteur, et dont la seule décoration était un mince bourrelet à la base. La hauteur de cet édifice demeure imprécise, de même que la nature de sa couverture, même si les dimensions des piliers centraux et des colonnes qui divisaient la pièce en deux nefs égales plaident en faveur d'une couverture assez lourde. Placés contre les murs Nord et Sud, les deux premiers étaient formés par des blocs carrés de 28 cm de hauteur, de 56 cm de côté, tandis que le troisième, au centre de la pièce, était plus petit (47 cm). Tous les trois soutenaient de grosses colonnes circulaires de 33 cm de diamètre, dont l'une supportait un lourd chapiteau décoré de motifs végétaux.

Vers l'Ouest, le secteur II était constitué par toute une série d'habitations semi-rupestres, organisées en quartiers séparés par des ruelles se coupant à angle droit dans la partie haute du site, ou serpentant à la manière de venelles entre les constructions jusqu'au bord de la falaise. Toutes ces constructions furent édifiées dans un même temps et s'étageaient le long de la pente depuis le sommet de la colline jusqu'au ravin ceinturant la plate-forme, ce qui prouve que les constructeurs cherchèrent à tirer profit de toute la surface disponible de la table rocheuse pour inscrire leurs habitations. La plupart étaient taillées dans la roche selon deux axes de tailles perpendiculaires (Sud-Est/Nord-Ouest et Sud-Ouest/Nord-Est). Les autres murs (de 46 à 60 cm de largeur) étaient édifiés au moyen de moellons sommairement équarris, un bloc de grès vertical venant conforter à intervalles réguliers la maçonnerie selon un procédé déjà observé dans



d'autres régions d'al-Andalus, comme à Vascos, en Castille³¹. La rareté des tuiles canal, en moyenne une par pièce, laisserait volontiers supposer que ces constructions étaient protégées par une couverture végétale. Il serait trop long de fournir ici une description détaillée des 52 constructions

31. R. IZQUIERDO BENITO, *Vascos: la vida cotidiana en una ciudad fronteriza de al-Andalus*, Tolède, 1999.

qui ont déjà été exhumées mais on retiendra que nombre de ces pièces étaient destinées à un usage artisanal. A titre d'exemple, l'ilôt A, qui formait une maison à plan rectangulaire d'environ 140 m², comprenait huit habitations dont trois seulement (5, 8 et 12) servaient de lieu d'habitations. La plus caractéristique était la pièce n° 5 (7,60 m / 2,20 m) où le foyer, associé à une longue estrade rectangulaire, était placé face à la porte, ce qui laisserait supposer que ces habitations étaient dépourvues d'autres ouvertures. Il en était de même dans l'habitation n° 10, caractérisée par une entrée en coude donnant accès à une ruelle, ainsi que dans la pièce n° 12, beaucoup plus longue (9,60 m / 2,30 m), où des latrines placées dans l'angle Sud-Est ont été découvertes. Ce quartier comprenait encore d'autres constructions taillées dans la roche, parmi lesquelles un pressoir associé à un silo à grains (pièce n° 8), et il était limité à l'Est par un appentis soutenu par de larges poteaux encastrés dans le sol rocheux. La fouille a également mis à jour de nombreux silos à orifice rectangulaire, de 1,80 à 2,60 m³ de volume, toujours fermés par trois dalles plates, soigneusement jointes. Ces structures taillées dans le sol rocheux, de forme évasées et à fond plat, avaient toutes été vidées de leur contenu et ce n'est qu'à l'intérieur de l'un des trois foyers de la pièce n° 12, à proximité d'une meule circulaire, que l'on a retrouvé quelques grains en cours d'analyse.

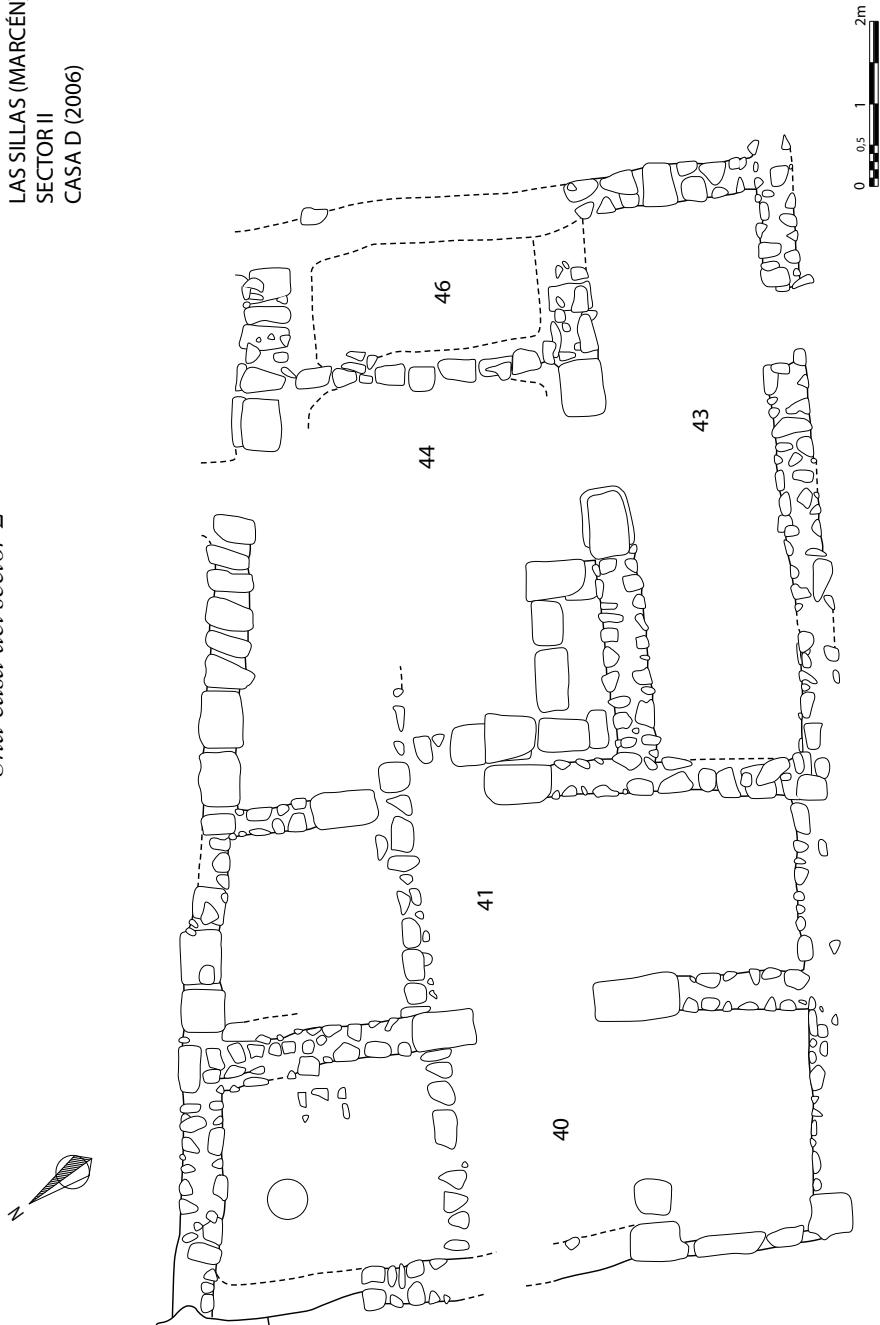
Le mobilier

Les travaux réalisés ont fourni un mobilier à la fois abondant, riche et varié puisqu'il comprend plus de 50 000 fragments de céramiques, plusieurs centaines d'ossements d'animaux, ainsi que des objets métalliques ou lithiques (pierres à aiguiser, mortiers, polissoirs, broyeurs, fragments de meules) et de nombreux fragments de verre appartenant à des petites fioles à décor bleu, des coupelles et des bouteilles. On mentionnera également la présence de perles de rosaire, de quelques objets ludiques, tels une pièce de jeu d'échecs et un petit dé en os, provenant tous deux du secteur I, ainsi que la découverte d'un bougeoir en terre crue dans le sol d'occupation de la mosquée. Les restaurations en cours concernent des objets métalliques (boucles, traverses, pince à épiler, couteaux, clous, fers à mulets), des bijoux (bagues, ...) et de nombreux clous. Plusieurs pesons de tisserands retrouvés dans les sols d'occupation du secteur II semblent indiquer l'existence d'une activité textile que des fusaïoles et des bassins découverts sur le rebord occidental de la plate-forme paraissent confirmer. Les fouilles ont également permis de collecter dans le secteur I une dizaine de monnaies s'échelonnant de l'Antiquité au début du XIV^e siècle.

Una casa del sector 2

LAS SILLAS (MARCÉN)
SECTOR II
CASA D (2006)

PHILIPPE SÉNAC



Il s'agit d'abord d'une monnaie ibérique de Huesca, sans légende, datée des environs de 150-100 av. J. C., de deux monnaies islamiques dont un fragment de dirham du règne d'Ahmad *al-Muqtadir*, le souverain de la taifa de Saragosse (1046-1081) et de plusieurs deniers de la fin du XIII^e et du début du XIV^e siècle, provenant d'un sol de réoccupation recouvrant partiellement les niveaux d'abandon de la cour de la mosquée. Parmi celles-ci figurent deux monnaies du roi Jacques Ier d'Aragon (1213-1276), un denier tournois du roi de France Philippe III (1270-1280), une monnaie du comte Ermengol X d'Urgel (1267-1314) et une pièce du roi Jacques II d'Aragon (1291-1327).

Le matériel céramique présente une écrasante majorité de tessons non glaçurés appartenant à une vaisselle de cuisine utilisée pour la cuisson ou le stockage des aliments et des produits liquides. Dans ce groupe dominent des marmites globulaires (*ollas*) à deux anses et fond convexe, présentant un décor incisé sur le haut de panse fait de stries et des vaugelettes, des *cazuelas*, des grandes cruches à eau à pâte claire (*jarras*), recouvertes d'un engobe blanchâtre et caractérisées par des décors peints à l'oxyde de manganèse sur le col et la partie haute de la panse, tout comme des récipients plus petits appelés *jarritas*, avec leurs couvercles (*tapaderas*). Les pièces non glaçurées les plus anciennes (milieu Xe siècle) sont des petits récipients à une anse, de 10 cm de hauteur, parfois décorés de stries incisées sur le haut de panse. Le matériel glaçuré, beaucoup moins abondant (entre 20 et 24 % selon les secteurs), est largement dominé par des *ataifores* ou grands plats à pied annulaire et lèvres convergentes d'une trentaine de cm de diamètre, décorés de jets courbes peints au brun de manganèse sur une glaçure *melado*. Certains comportaient des perforations permettant de les suspendre. Le reste du mobilier glaçuré comprend des fragments de *cuencos*, de *jarritas*, de *candiles*, d'*escudillas*, de *redomas* peintes à l'oxyde de manganèse ou de cuivre sur fond *melado*. Il serait trop long de dresser ici un tableau complet de l'ensemble du mobilier exhumé et on se limitera à souligner encore la présence de quelques fragments de plats à décor *verde manganeso* et de *cuerda seca parcial* sur des *jarritas* et des *jarros*. La présence de telles pièces de la seconde moitié du Xe siècle au sein d'un habitat rural atteste l'existence d'échanges avec la *madīna* où elles étaient fabriquées, même si leur fréquence reste limitée (2 à 3% du mobilier glaçuré).

La détermination des résultats ossements d'animaux découverts dans les foyers des sols d'occupation permet de mieux cerner l'alimentation des habitants du site. Les divers échantillons transmis au service de zootechnie de l'Ecole nationale de vétérinaires de Maisons-Alfort indiquent une large prédominance des petits ruminants dans l'alimentation paysan-

ne: chèvres et moutons (88,7%), porcs et sangliers (4,8%), bovins (3,2%), poules (1,6%) lapins (1,6%). Ces pourcentages ne présentent guère d'évolution tout au long de la période, à ceci près que les échantillons provenant des foyers d'époque taifale semblent indiquer un léger déclin de la part des petits ruminants dans la consommation d'aliments carnés (81%) et une plus grande variété dans l'alimentation.

Il est difficile de formuler des conclusions définitives à l'issue de cette brève présentation dans la mesure où l'étude du mobilier est encore en cours mais on peut déjà affirmer que cet habitat est bien une fondation islamique, même si la table rocheuse fut peut-être fréquentée pendant l'Antiquité comme le suggèrent une demi-douzaine de fragments de céramiques sigillées et une monnaie ibérique. Les datations faites au C14 sur les enduits et le bois de la charpente de la mosquée ont fixé la fondation des lieux autour de 940 (+20, -20), c'est-à-dire sous le règne du souverain Abd al-Rahmân III (929-961), sans doute à l'époque des Banû Shâbrit de Huesca. Pour le reste, les données de la documentation latine, la stratigraphie observée, le mobilier recueilli et la présence d'un fragment de *dirhbâm* de l'émir *al-Muqtadir* de Saragosse montrent bien que le site est contemporain de tous les autres établissements fouillés dans les environs et qu'il fut occupé de manière continue jusqu'au moment de la reconquête aragonaise. Passé cette date, les *populatores* chrétiens délaissèrent les lieux pour s'installer à quelques centaines de mètres en contrebas, au pied d'un *castillo* et de l'église San Pedro, suivant un phénomène de déperchement de l'habitat fréquent dans la vallée de l'Ebre. L'établissement fut alors définitivement abandonné et il ne fit l'objet d'une brève réoccupation partielle qu'à la fin du XIII^e siècle et dans les premières décennies du siècle suivant, comme l'indiquent les deniers évoqués précédemment et quelques fragments de bols à marli provenant de Paterna.

3. Un essai de synthèse

De ces données du terrain et des sources écrites que faut-il retenir et quels éléments peut-on verser au dossier de la paysannerie musulmane et de ses lieux de résidence ?

Il s'agit-là d'une question très délicate dans la mesure où, comme on le sait, il est souvent difficile de faire coïncider les données du terrain avec le vocabulaire des documents. Comme l'a bien montré Elisabeth Zadora Rio, le village des archéologues n'est pas celui des historiens et «la communauté rurale, telle qu'elle apparaît dans les sources écrites... n'est

évidemment pas directement accessible à l'archéologie»³². Mieux, comme le soulignaient François Bougard et Ghislaine Noyé dans un article récent, «il est difficile de passer de l'expression physique d'un habitat à la définition de sa catégorie, ou du plan d'une maison au statut de ses habitants»³³. Tout au plus peut-on avancer que la construction du site de Las Sillas ne fut pas l'objet d'une démarche empirique mais le résultat d'une conception d'ensemble soigneusement planifiée et réalisée en un même moment, sans que l'on puisse toutefois préciser si cette planification fut menée par une communauté paysanne organisée ou sous l'autorité d'un pouvoir, local ou régional.

En d'autres termes, savoir si cet établissement formait un domaine privé, à la manière d'une *almunia* ou d'un *rahal*, ou bien un village (*qarya*), est difficilement appréciable, même si un seul propriétaire musulman y est mentionné en 1102. La difficulté est d'autant plus grande que les vocables arabes relatifs à l'habitat se révèlent polysémiques, voire interchangeables³⁴. Une ville (*madīna*) peut-être qualifiée de lieu-dit (*balad*), terme souvent associé à des localités rurales et, à l'inverse, un même établissement rural peut figurer sous des appellations diverses, comme *bisn*, *qala'a*, *qasr* ou *sakbra*. Certains toponymes sont même déroutants voire intraduisibles, comme *bisn al-qasr* (Alquézar), «la forteresse du château» ou encore *bisn al-qulay'a* (Alcolea de Cinca), «la forteresse du petit château», à moins d'y voir un rapport d'antériorité de l'un par rapport à l'autre ou d'associer résolument le mot *bisn* à un territoire et non à un lieu³⁵.

32. E. ZADORA RIO, «Le village des historiens et le village des archéologues», *Campagnes médiévales. L'homme et son espace. Etudes offertes à Robert Fossier*, Paris, 1995, pp. 145-153, pp. 149.

33. F. BOUGARD et G. NOYE, «Archéologie médiévale et structures sociales. Encore un effort», *Liber Largitorius. Etudes d'Histoire médiévale offertes à Pierre Toubert par ses élèves*, D. BARTHÉLÉMY et J.M. MARTIN (éd.), Genève, 2003, pp. 331-346.

34. M. MÉOUAK, «Toponymie, peuplement et division du territoire dans la province d'Almería à l'époque médiévale: l'apport des textes arabes», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1995, t. XXXI, 1, p. 173-222. L'auteur écrivait justement que «vouloir faire l'analyse des modes d'occupation et des structures du territoire à l'époque islamique suppose que nous ayons à notre disposition une nomenclature capable de s'appliquer à la réalité, en entendant par réalité, celle imposée par le fait du terrain...c'est-à-dire savoir si la mention textuelle reflète la situation rencontrée sur l'établissement par l'archéologue». Sur la notion de *qarya*: C. MAZZOLI-GUINTARD, «La *qarya* d'al-Andalus n'est-elle qu'une localité rurale dépendante? Le village dans al-Andalus dans le *Livre de Roger d'al-Idrīsī* (vers 1154)», *Château et village, Actes des 2^e rencontres internationales d'Archéologie et d'Histoire en Périgord*, Bordeaux, 2003, pp. 83-101.

35. Au sujet des controverses suscitées par ce mot: V. DALLIERE-BENELHADJ, «Le "château" en al-Andalus: un problème de terminologie», *Habitats fortifiés et organisation de l'espace en*

En somme, pour l'historien du peuplement, les données de l'archéologie soulèvent souvent plus d'interrogations qu'elle n'apportent de réponses et il est clair que la fouille de Las Sillas, tout comme celle de tous les autres sites des environs, laisse en suspens bien des points, comme si nous nous trouvions là, non pas «en las afueras del medievalismo», mais «en los límites de la arqueología rural». Parmi ceux-ci figurent le statut juridique et le nombre des habitants, l'identité de l'autorité ou des hommes qui préludèrent à la construction des lieux, le lien qu'entretenait ce site avec le *bisn* voisin, et surtout les circonstances de sa fondation. Au-delà de ces réserves, et en tenant compte du fait qu'en archéologie ce qui n'apparaît pas est tout aussi important que ce que l'on découvre, le croisement des sources écrites et des enquêtes de terrain permet cependant de formuler trois conclusions...

Une paysannerie libre et faiblement militarisée

On retiendra d'abord que le soin apporté à la construction de l'établissement, la qualité de la mosquée, le savoir faire dans la taille du rocher, la dimension des habitations et la densité du mobilier découvert tendent à rejeter l'image «misérabiliste» de groupes paysans démunis et dominés par la ville. Les habitants de Las Sillas étaient plus probablement des paysans libres pratiquant la céréaliculture, la culture de l'olivier, l'élevage et des activités de tissage et il est même séduisant d'observer qu'ils occupaient leurs loisirs à des activités ludiques représentées ici par des pièces d'échecs, un dé à jouer et des petits jetons. Sans doute la plupart des céramiques glaçurées proviennent-elles d'ateliers urbains, à plus forte raison celles décorées de *verde manganeso* ou de *cuerda seca*, mais les données de la fouille semblent plutôt indiquer un degré élevé d'autosuffisance et un lien tenu avec la ville.

L'extrême rareté des monnaies découvertes sur tous les sites fouillés au cours de cette enquête montre surtout que ces populations rurales étaient faiblement monétarisées et qu'elles n'utilisaient le numéraire qu'en de rares occasions, pour le versement de l'impôt ou l'achat de denrées. C'est sans doute là que l'on perçoit le mieux l'ampleur des changements qui se produisirent avec la *repoplación* puisque si deux monnaies islamiques

Méditerranée médiévale, Lyon, 1983, p. 63-67; R. AZUAR, «Una interpretación del hisn musulmán en el ámbito rural», *Revista de Estudios Alicantinos*, n° 37, 1982, pp. 33-41 et A. BAZZANA, P. CRESSIER et P. GUICHARD, *Les châteaux ruraux d'al-Andalus...*

seulement ont été découvertes sur l'ensemble de la zone fouillée, plus d'une demi-douzaine furent collectées dans l'espace momentanément ré-occupé à la fin du XIII^e siècle et au début du XIV^e siècle. A l'échelle de l'ensemble du territoire étudié, le fait qu'il s'agisse presque toujours de *dirhams* volontairement coupés en quatre fragments conduirait même à supposer que le volume des transactions était réduit et que ces quarts de dirhams avaient pris la place des anciens *fulūs* de l'époque omeyyade.

L'absence absolue d'armes sur tous ces établissements montre enfin qu'il s'agissait de groupes paysans peu militarisés et l'absence de traces de combats ou d'incendies dans les sols les plus tardifs conduit à supposer que ces populations délaissèrent ces lieux bien avant l'arrivée des troupes aragonaises. S'il n'est pas exclu qu'une partie des populations se réfugia alors dans certains *husún*, comme Piracés qui résista pendant plus de six mois au roi Pierre Ier (1103), et s'il est vrai que d'autres ruraux demeurèrent dans la région comme l'avait montré José María Lacarra, il n'empêche que la réponse la plus fréquente à la pression féodale fut la fuite vers le sud. Les documents ne signalent guère de conversions et la présence d'un *caballero bene armato* dans plusieurs villages où se trouvaient des musulmans, tout comme la mention d'une population exclusivement composée de *moros* à Antillón au XII^e siècle alors qu'aucun n'y résidait auparavant, conduiraient cependant à émettre l'hypothèse que la crainte de soulèvements demeurait présente et que des regroupements forcés de populations se produisirent. Les décennies suivantes indiquent même une radicalisation du pouvoir à l'égard de ces communautés comme le montre l'expulsion de *moros* à Ponzano en 1195, à Buñales en 1251, à Fañanas en 1292 et à Antillon et Lascellas en 1298³⁶.

Islamisation des campagnes et lignages muwallads

On observera par ailleurs que l'absence de mobilier islamique des VIII^e et IX^e siècles, qu'il s'agisse de monnaies ou de céramiques, et l'apparition de tous les établissements étudiés dans le courant de la première moitié du X^e siècle conduisent à supposer que l'islamisation des campagnes fut plus tardive qu'on ne l'admet généralement et que ce n'est pas avant le milieu du X^e siècle qu'elle s'amplifia, conformément à la courbe proposée par Richard Bulliet dans son livre *Conversion to Islam in the*

36. Ph. SENAC, *La Frontière et les hommes...*, p. 510.

*Medieval Period*³⁷. A la manière de cercles successifs, l'islamisation débute par le contrôle des villes, puis par la mise en place d'un réseau de *busîn* et enfin par la construction de nouveaux habitats ruraux. En ce sens, le site de Las Sillas, avec sa mosquée, son plan régulier et ses grandes maisons pluricellulaires à une ou plusieurs entrées coudées, peut être interprété comme la matérialisation de ce processus d'acculturation, à la manière d'un foyer d'attraction pour des populations jusque-là essaimées dans de petits noyaux de peuplement encore mal contrôlés, et il n'est pas inutile de souligner que ce phénomène se produisit au moment même où, de l'autre côté de la frontière, se développait la *congregatio hominum* connue sous le nom d'*incastellamento*³⁸.

Si la date exacte et les circonstances dans lesquelles surgirent alors tous ces établissements demeurent méconnues, il est néanmoins permis d'observer que ces fondations se produisirent à l'époque où, peu après la défaite de Simancas (939), le calife Abd al-Rahmân III décida d'accorder une plus grande autonomie aux gouverneurs des marches en divisant ces régions en lots qu'il confia à des grands lignages locaux, parmi lesquels, dans la région de Huesca, les Banû Shabîr³⁹. L'islamisation des campagnes se serait donc produite ici non sous l'effet de contingents arabes ou berbères, mais sous l'influence de ces grandes familles *muwallads*, qu'il s'agisse des Banû Qasî ou des Banû Shabîr et il n'est pas inutile de souligner que le grand appareil des murailles observé à Alberuela, La Iglesieta ou Piracés, apparaît bien comme la réplique d'un modèle urbain, à savoir la muraille de Huesca édifiée en 875 par le gouverneur *muwallad* 'Amrûs ibn 'Umar ibn 'Amrûs, sous le règne de l'émir Muhammad Ier, puis restaurée au début du Xe siècle par un autre *muwallad*, Muhammad al-Tâwil. La présence d'un tel appareil sur d'autres sites de la Marche Supérieure tenus par des chefs muwallads, comme à Barbastro ou au Castell formos de Balaguer, conduirait même à supposer qu'il s'agit là d'une technique d'origine régionale, par opposition aux maçonneries de tapial du sud de l'Aragon contemporaines de la «reconquête omeyyade» et des Banû Tûd-jîb, comme à Maluenda, Calatayud ou Daroca.

37. R.W. BULLIET, *Conversion to Islam in the Medieval Period: an Essay in Quantitative History*, Cambridge-Londres, 1970.

38. P. TOUBERT, *Les structures du Latium médiéval*, 2 vol., Rome, 1973; Ph. SENAC, «Châteaux et peuplement en Aragon du VIIIe au XIe siècle», *L'Incastellamento*, Rome, 1998, pp. 123-140.

39. IBN HAYYAN, *Al-Muqtâbas V*, texte arabe édité par P. CHALMETA, F. CORRIENTE et M. SUBH, Madrid-Rabat, 1979, pp. 296-297; traduction espagnole sous le titre *Crónica del califa 'Abdarrâhmân III an-Nâsîr entre los años 912 y 942 (al-Muqtâbis V)*, par M.J. VIGUERA et F. CORRIENTE, Saragosse, 1981, p. 328.

Savoir si ces nouvelles fondations entraînèrent le déclin des anciens îlots de peuplement indigènes reste une question délicate mais il est clair que l'entreprise d'islamisation fut couronnée de succès. On objectera que certains documents latins de la fin du XI^e siècle et du début du XII^e siècle signalent parfois au sein de listes d'habitats ruraux de la vallée du rio Flumén des toponymes associés à l'expression *ecclesias que ibi sunt vel fuerint*⁴⁰ mais aucun indice ne permet de confirmer la présence de communautés mozabares dans ces régions à la fin du XI^e siècle. Il s'agit plus vraisemblablement de formules liées au problème de la perception de la dîme dans ces terres nouvellement conquises et qui furent l'objet d'âpres querelles entre l'abbé de Monteragón et l'évêque de Huesca jusqu'à un accord survenu vers 1103-1104⁴¹. Les traces de groupes mozabares en milieu rural ne se manifestent que dans des secteurs plus septentrionaux, comme en Ribagorce à la fin du X^e siècle, à Castillonroy, Aguinaliu et Juseu, ou au nord-ouest de Huesca au milieu du XI^e siècle, dans les environs de Puibolea⁴².

Un modèle de peuplement?

En guise de conclusion, on reviendra finalement sur le fait que les données concernant le monde paysan dans ces régions frontalières d'al-Andalus coïncident assez mal avec le schéma de peuplement proposé par André Bazzana, Patrice Cressier et Pierre Guichard dans leur étude consacrée aux *châteaux ruraux d'al-Andalus* et dans laquelle le château n'était plus seulement perçu comme la matérialisation d'un pouvoir, mais comme l'expression de communautés rurales organisées⁴³. Sans remettre en cause la validité de ce schéma fondé sur l'image d'un semis de petits

40. A titre d'exemple: A. Duran Gudiol, *Colección diplomática de la catedral de Huesca*, Saragosse, 1965, vol. 1, doc. n° 55 (1093).

41. C. LALIENA CORBERA, *Documentos municipales de Huesca, 1100-1350*, Huesca, 1988, doc. n° 2 (1103-1104).

42. Ph. SENAC, *La Frontière et les hommes...*, pp. 123-127. Un document de l'année 1058 signale la prise du *castrum* de Puibolea avec l'aide de plusieurs chrétiens du lieu: A. UBIETO ARTETA, *Cartulario de San Juan de la Peña*, Saragosse, vol. I, 1962, doc. n° 145 (1058).

43. A. BAZZANA, P. CRESSIER et P. GUICHARD, *Les châteaux ruraux d'al-Andalus...*; Voir également A. BAZZANA et P. GUICHARD, «Châteaux et peuplement dans la région valencienne», *Flaran 1. Châteaux et peuplement en Europe Occidentale du Xe au XVIIIe siècle*, 1980, pp. 191-198, et P. BONNASSIE et P. GUICHARD, «Les communautés rurales en Catalogne et dans le pays valencien (IXe-milieu XIVe siècle)», *Flaran 4. Les communautés villageoises en Europe occidentale du Moyen Age aux temps modernes*, 1982, pp. 79-115.

hameaux (*alquerías*) gravitant autour d'un refuge collectif⁴⁴, les recherches menées au nord de l'Ebre révèlent que ce modèle s'applique mal à la situation de la Marche Supérieure puisque, sur ces confins septentrionaux de la Péninsule, aux lisières des terres soumises aux chrétiens, et dans un milieu dominé par des populations d'origine *muwallad*, la présence du pouvoir, régional ou local, se révèle plus sensible, comme si la frontière était «un lieu de surinvestissement de la puissance publique» pour reprendre l'expression de Pierre Toubert⁴⁵.

Loin de se composer d'habitats ouverts de petites dimensions établis dans des secteurs irrigués, le peuplement rural prend davantage ici la forme de sites perchés et fortifiés, soit par suite de la proximité de la menace chrétienne, soit à cause de la nature du relief ou des activités agricoles, soit du fait de l'absence de populations berbères ou arabes dans ce secteur, comme en témoignent al-Udhrî et al-Himyârî, soit encore parce que, établis sur le rebord des plateaux, ils visaient à contrôler les habitats de la vallée du río Flumén.

On objectera que de tels établissements ruraux ont pu exister mais que les prospections ne les ont pas repérés compte tenu de la disparition totale de leurs traces ou de la permanence d'un habitat sur ces sites, et c'est peut-être là qu'il convient d'intégrer à l'enquête tous ces toponymes régionaux s'achevant en *en*, *ena* ou *eno* qui ont perduré jusqu'à nos jours, en se demandant s'il ne s'agirait pas là des vestiges d'une première phase de peuplement rural. Etablis à l'emplacement ou à proximité d'anciennes *villae* antiques dont ils auraient conservés le nom des propriétaires, ces lieux continuèrent probablement d'être occupés de manière plus ou moins résiduelle pendant tout le haut Moyen Age, ce qui expliquerait leur réapparition dans les documents de la fin du XIe siècle.

Il ne s'agit évidemment là que d'une hypothèse de travail mais ce qu'attestent en revanche clairement l'archéologie et les textes c'est que, dans les campagnes de la Marche Supérieure comme dans l'Andalousie de Manuel Acién Almansa ou le *Gharb al-Andalus* de Christophe Picard, la *fitna* de la fin du IXe siècle et les premiers temps du califat omeyyade furent bien, sous des formes distinctes, le temps d'une profonde mutation.

44. Une telle critique serait d'autant plus mal venue que les auteurs de cet important ouvrage précisaiennt en conclusion que ce schéma n'était pas unique et que d'autres modes de peuplement avaient pu coexister, en particulier autour des villes (p. 298).

45. P. TOUBERT, «Frontière et frontières: un objet historique», *Castrum 4, Frontière et peuplement dans le monde méditerranéen au Moyen Age*, Rome-Madrid, 1992, pp. 9-17.

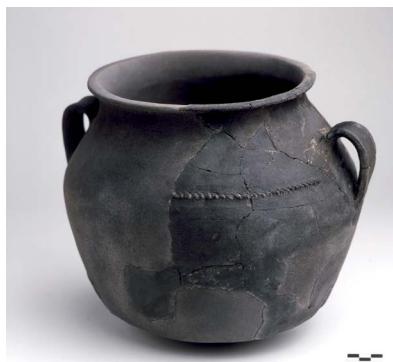


Sector II. UA 10: una puerta en codo.



Ataifores (s. XI).

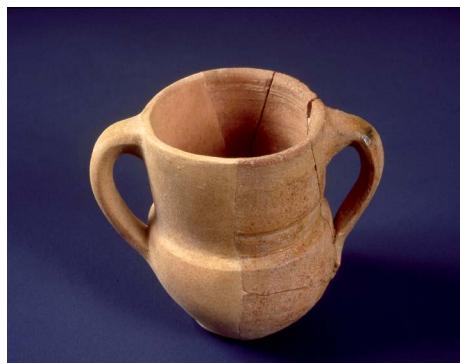




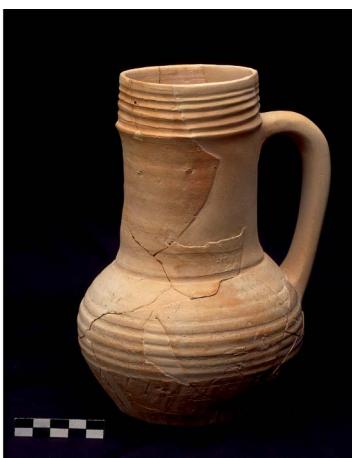
Ollas y orzas (s. X-XI).



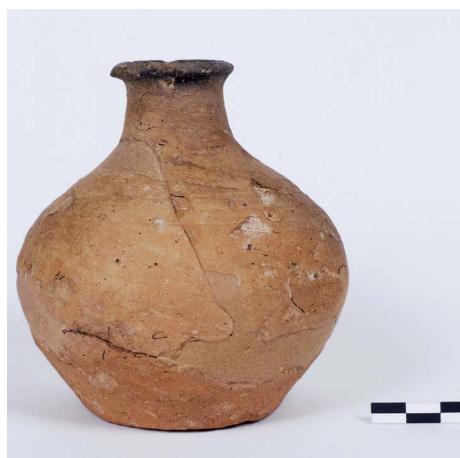
Redoma (s. XI).



Jarrita (s. XI).



Jarrito (s. XI).



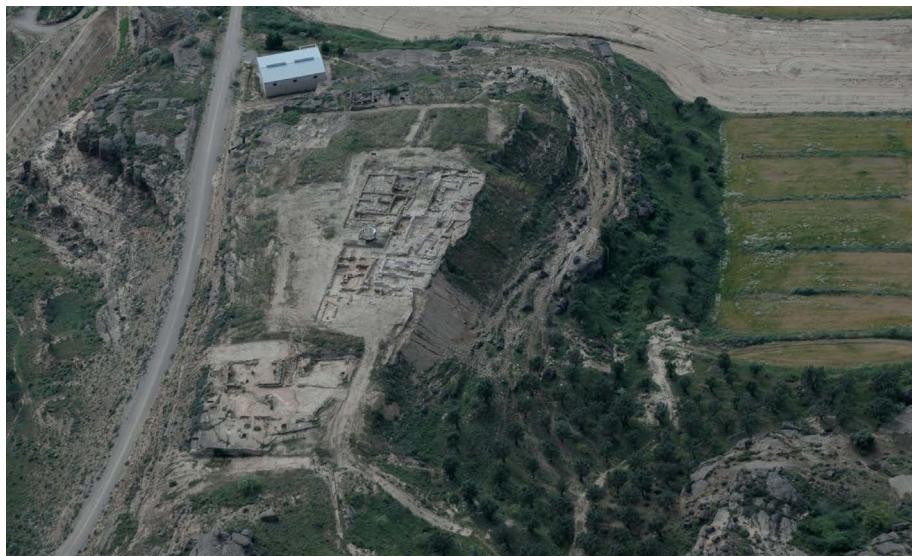
Limeta (s. XI).



Candil (s. XI).



Pesa de telar (s. XI).



El yacimiento de las Sillas



Arco de la mezquita (s. X).



Tapadera (s. XI).



Capitel de la mezquita (s. X).



Candelabro (s. X).

Movimientos de población y organización del poblamiento en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica (ca. años 700-1050)

José Ángel García de Cortázar

El objetivo de mi ponencia es analizar los procesos de población y poblamiento desarrollados sobre un espacio de figura casi rectangular de unos 100.000 kilómetros cuadrados desde finales del siglo VII a mediados del siglo XI. Los límites físicos de tal rectángulo están constituidos por el mar Cantábrico al norte, el río Duero al sur, los macizos del Sistema Ibérico al este y el océano Atlántico al oeste. Los límites temporales de mi atención van de los años finales del reino hispanogodo, entre 680 y 711, y los años en que, una vez instalada en el trono de León la dinastía navarra en la persona de Fernando I el Magno, éste inició sus campañas de conquista al sur del río Duero. Esta cronología recuerda que el tema de mi ponencia se inserta en el marco de la transición entre la Antigüedad y el feudalismo, dato que condiciona la interpretación que los historiadores hacemos de aspectos concretos de la población y, sobre todo, del poblamiento.

De los dos apartados del tema, la atención al primero, a la población, ha tenido en la historiografía española un recorrido más largo que el segundo y, durante mucho tiempo, se centró, sobre todo, en el debate sobre la existencia, magnitud, modalidades y consecuencias de lo que Claudio Sánchez Albornoz bautizó como «despoblación y repoblación del valle del Duero». La atención al segundo, al poblamiento, ha sido más reciente. Sólo desde hace unos veinte años, se viene considerando el poblamiento como «fósil director» para el conocimiento de las estructuras de la sociedad asentada en el cuadrante noroccidental de la Península. En los dos casos, la escasez de fuentes es tan constrictiva que la lectura de la mayor parte de los cada vez más numerosos trabajos relativos a estos temas deja

en el lector la sensación de que las interpretaciones suministradas por los autores siguen siendo «altamente especulativas»¹.

Esas interpretaciones están condicionadas por cuatro factores. Tres de ellos son de carácter conceptual y derivan de las respectivas posiciones adoptadas por los distintos investigadores en tres debates historiográficos: a) el de la transición (¿evolución?/¿mutación?) de la sociedad antigua a la sociedad feudal, lo que implica una toma de postura sobre los rasgos definidores de la sociedad hispanogoda; b) el de la caracterización (¿indígena?/¿romanizada?) de la sociedad de la zona montañosa cantábrica, donde, a comienzos del siglo VIII, se produjo la primera resistencia documentada al dominio islámico en la Península; c) el de la definición (¿continuidad?/¿ruptura?) de los procesos analizados respecto a los de etapas históricas anteriores, en cuya evaluación los autores no siempre declaran con suficiente rotundidad si, con el empleo de esos vocablos, tratan de diagnosticar localización de establecimientos físicos, formas de ordenación del espacio, pautas culturales o relaciones de poder de las poblaciones asentadas en el territorio que estudian.

Por su parte, el cuarto factor condicionante de las investigaciones relativas al tema que nos ocupa ha sido la propia índole de las fuentes disponibles. Para antes del año 711, esto es, para el período hispanogodo, las fuentes escritas son fundamentalmente normativas (tanto civiles como eclesiásticas) y, en menor medida, epigráficas (sobre pizarra) y arqueológicas, siendo estas dos últimas escasas y de datación titubeante. Para después de 711, las fuentes escritas islámicas son tardías con respecto a los acontecimientos de que informan y casi siempre narrativas, mientras que las cristianas, y ello a partir del año 800, son mayoritariamente de carácter epistolar y administrativo y, excepcionalmente, narrativas. En los dos casos, la construcción y explotación de las fuentes arqueológicas resultan todavía incipientes e inseguras mientras que el aprovechamiento de las topónimicas suscita desconfianza.

1. I. MARTÍN VISO, «Central places and the territorial organization of communities: the occupation of hilltop sites in early medieval northern Castile», en W. DAVIES, G. HALSALL y A. REYNOLDS (eds.), *People and Space in the Middle Ages 300-1300*. Turnhout 2006, p. 167.

Movimientos de población: hispanogodos, árabes, bereberes en «la despoblación y la repoblación del valle del Duero»

En el año 711, el espacio del Cantábrico al Duero estaba ocupado por una población que constituía una fracción de la sociedad hispanogoda. Ésta se ajustaba al modelo de sociedad de tipo antiguo en proceso de decadencia desde finales del siglo II. Ello quería decir, entre otras cosas, que, pese al reconocimiento de una autoridad de tipo público, los vínculos de relación privada habían progresado en beneficio de los miembros de las aristocracias, especialmente, en las áreas periféricas respecto al poder central de Toledo. Una de ellas era el cuadrante noroeste de la Península. Aquí, a mediados del siglo VII, y, en parte, probablemente, para controlar la acción de esas aristocracias, el monarca visigodo procedió a crear los ducados de Asturias y Cantabria, sobre cuya realidad operativa tampoco existe unanimidad entre los investigadores², que contribuirían a dar mayor consistencia a la presencia administrativa del poder visigodo en el área más septentrional de nuestro espacio de estudio. El resto de éste, más o menos, entre la Cordillera Cantábrica y el río Duero, seguía repartido entre los ducados de Gallaecia, Cartaginense y Tarraconense.

En la primavera del año 711, grupos de árabes y bereberes cruzaron el estrecho de Gibraltar, derrotaron al rey Rodrigo en la batalla de Guadalete y, en el plazo de tres años, realizaron una serie de exitosas campañas por toda la Península Ibérica, cuyo resultado fue el control total del territorio del antiguo reino hispanogodo. Para sustraerse a él, algunos grupos de dirigentes huyeron y se refugiaron en los valles de las montañas del norte entre la Cordillera Cantábrica y el mar. Por su parte, para asegurar su control, los invasores ocuparon las plazas más estratégicas y se dispersaron en bolsas de población por el conjunto de la Península, tendiendo a instalarse en espacios que reproducían sus nichos ecológicos de partida.

Así, los árabes se establecieron en los valles del Ebro y el Guadalquivir, esto es, en territorios caracterizados por la presencia de ciudades y por

2. Las bases de nuestro conocimiento sobre cada uno de los dos se limitan a unos datos prosopográficos. Ellos «hacen muy posible el que con anterioridad al 683 se creasen dos nuevas provincias o ducados en el norte peninsular»: L. GARCÍA MORENO, *Historia de España visigoda*. Madrid 1989, p. 334. El tono de la frase es suficientemente expresivo del grado de convicción historiográfica al respecto de la aparición de los ducados de Asturias y Cantabria. Un tono semejante es el utilizado por P.C. DÍAZ MARTÍNEZ, «La Hispania visigoda» (pp. 257-611), en lo que constituye la síntesis extensa más reciente sobre ese período histórico: P.C. DÍAZ MARTÍNEZ, C. MARTÍNEZ MASA y F.J. SANZ HUESMA, *Hispania tardocristiana y visigoda*. Madrid 2007, pp. 443-444.

tierras que respondían a una dialéctica oasis/desierto. Los bereberes, en cambio, buscaron las estribaciones de las cadenas montañosas, tanto de la Cordillera Cantábrica como del Sistema Central, en definitiva, espacios en los que podían continuar con su dedicación tradicional al pastoreo de ganado ovino y caprino. Según esa distribución, una vez concluidas en 714 las campañas de reconocimiento y control del territorio por parte de los musulmanes, el cuadrante noroeste de la Península apenas conoció la presencia árabe y sí, en cambio, la de los bereberes.

Casi treinta años después de estos acontecimientos de 711 a 714, los bereberes instalados al norte del Sistema Central siguieron el ejemplo de sus hermanos de sangre del norte de África y participaron en un amplio movimiento de revuelta contra el valí árabe de Córdoba. Como motivos del mismo se mezclaron, de un lado, los efectos de una serie de años de sequía, que habían afectado a la ganadería de los bereberes, y, de otro, sobre todo, la convicción por parte de éstos de que los árabes no cumplirían nunca las promesas de igualdad social y política que habían sido el sueño para su conversión al Islam. La forma que tomó la revuelta fue, según la fuente árabe que la recogió, un movimiento de repliegue de la mayor parte de los efectivos bereberes hacia el valle del Guadaluquivir, desde donde el valí facilitó su reembarque hacia el norte de África³.

El abandono del territorio del valle del Duero por parte de los bereberes animó al hijo del último duque visigodo de Cantabria, al que la crónística posterior consideraría como Alfonso I del reino de Asturias, a realizar una serie de campañas, cuyo efecto, además de estimular la salida de los norteafricanos hacia el sur, ha sido valorado de muy diferente manera. De hecho, la partida de los bereberes y las campañas de Alfonso I están en el quicio del debate sobre «la despoblación y la repoblación del valle del Duero».

El primer término de ese binomio, el movimiento de población conformado por la marcha de los bereberes, ha constituido un verdadero agujero negro en nuestra historiografía. La posición de los investigadores ha sido, salvo las excepciones a que me referiré a continuación, la de estimar que los bereberes llegaron en 711 y se marcharon treinta años después sin dejar la menor huella. De hecho, casi todos los investigadores hemos interpretado en sentido maximalista los párrafos de la crónica que se refieren al repliegue de los bereberes, dando por bueno que o no

3. G. GOZALBES BUSTO y G. GOZALBES CRAVITO, «Nuevas perspectivas sobre la revuelta bereber del 122/740», en *Homenaje al prof. Jacinto Bosch Vilà*. Granada 1991, pp. 205-217.

quedó ninguno o que los que quedaron se difuminaron en el conjunto de la población que, pese al peligro que suponían las incursiones de castigo organizadas por el poder islámico de Córdoba y el cristiano de Asturias, permanecieron en el territorio del valle del Duero.

Esta opinión casi unánime sobre el nulo papel representado por la población bereber en el cuadrante noroeste de la Península sólo había conocido una voz disonante, la del filólogo arabista Jaime Oliver Asín⁴. La tesis de éste, explicitada en 1973, era que la presencia bereber en algunos de los territorios de nuestro espacio y en otros de la Península no había sido meramente episódica sino que había dejado huellas indelebles. Estas huellas derivaban de (y eran visibles en) la conservación y traslado del norte de África a la Península de tres tipos de elementos: la religión, la estructura social y la toponimia. En cuanto a la primera, frente a la idea dominante de que los bereberes llegados con Tarik en 711 eran grupos ya islamizados, Oliver Asín sostenía que debieron ser mayoritariamente cristianos. Para él, «habiendo tenido que ser lenta la adopción del Islam por los norteafricanos, por fuerza tenía que ser cristiana una gran parte de las masas de invasores del 711 e incluso de otras emigrantes en fechas o épocas posteriores»⁵. Esta circunstancia religiosa, que tendría su proyección en la difusión y popularidad del culto a San Cipriano de Cartago en la zona cantábrica, contribuiría a explicar que parte de los bereberes progresase hasta el norte de la Península escapando así de las zonas dominadas por los árabes, ellos sí intensamente islamizados.

Por lo que se refiere a la estructura social, los bereberes habrían mantenido en su emigración a la Península la que era característica en sus lugares de procedencia. Esto es, la de unos grupos dotados de fuertes vínculos de cohesión clánica. Ella habría sido determinante a la hora de organizar su instalación en el nuevo territorio, donde los bereberes habrían procurado establecerse en bolsas de población dotadas de sólidos lazos de parentesco. En su proceso de instalación, los bereberes utilizarían con frecuencia un sistema de reparto de las tierras ocupadas, el quinto, cuya huella topográfica más clara y significativa sería el vocablo «Quintana» y otros de su familia («Quintanilla», «Quinta», «Quintans», «Quintela»). Todos ellos vendrían a ser una traducción al romance bien del término árabe *jums* (plural, *ajmas*), «en el sentido de tierras conquistadas que, habiendo venido a ser propiedad del Estado en una quinta parte, pasan a ser

4. J. OLIVER ASÍN, «En torno a los orígenes de Castilla: su toponimia en relación con los árabes y los beréberes», en *Al-Andalus*, XXXVIII (1973), pp. 319-391.

5. J. OLIVER ASÍN, «En torno a los orígenes de Castilla», ob. cit., p. 380.

cultivadas por colonos mediante el pago de una porción de los frutos», o bien, más probablemente, «de la institución de derecho consuetudinario de aparcería al quinto o *jimasa*, en la que figura el *jammas*, que en castellano creo se traduce exactamente por quintero, afecto a cualquier propietario»⁶.

Por fin, la difusión de una toponimia característica por parte de las bereberes habría dejado, entre otras, huellas tan abundantes como las propias de «Quintana» y su familia de vocablos, tan significativas como las de unos cuantos nombres que reproducen los de otras tantas tribus o fracciones de las mismas o tan llamativas como el propio corónimo «Castilla», que no derivaría de tierra de castillos, según la etimología más difundida, sino de la Qastilya, comarca al sur del país de Túnez. La propia existencia de una Madinat Castella (hoy Medina de Pomar) vendría a corroborar, a través de una construcción sintáctica sólo explicable por el árabe, la verosimilitud de la interpretación en clave bereber del propio nombre de Castilla. Por si ello fuera insuficiente, Oliver Asín encuentra, en el territorio originario de la más Vieja Castilla, numerosos topónimos, más o menos transparentes, de origen árabo-bereber⁷.

Sin pronunciarse ni sobre el número de los instalados ni sobre la cuantía de los que abandonaron el territorio a mediados del siglo VIII, Oliver Asín subrayó el vigor de la presencia bereber y lo prolongado de sus efectos, al menos, topónimicos. Las conclusiones de su estudio produjeron una muy pasajera commoción. De hecho, los historiadores no solamente no las aceptaron sino que, salvo alguna excepción como la de Juan Zozaya⁸, ni siquiera mencionaron, ni mencionan, su existencia⁹.

6. J. OLIVER ASÍN, «En torno a los orígenes», ob. cit., pp. 352-353.

7. Las simples lecturas de los nombres de origen bereber, que se trasladarían más tarde a la toponimia, propuestas por Jaime Oliver no siempre fueron compartidas por los especialistas: H. de FELIPE, *Identidad y onomástica de los bereberes de Al-Andalus*. Madrid 1997, p. 28.

8. J. ZOZAYA, «711-856: los primeros años del Islam andalusí o una hipótesis de trabajo», en *Cuadernos Emeritenses*, 15 (1988), dossier sobre *Ruptura o continuidad. Pervivencias preislámicas en al-Andalus*, pp. 85-142.

9. No lo hacen los investigadores interesados en la historia de la primitiva Castilla, como E. PASTOR DÍAZ DE GARAYO, *Castilla en el tránsito de la Antigüedad al feudalismo. Poblamiento, poder político y estructura social del Arlanza al Duero (siglos VII-XI)*. Valladolid 1996, o como I. MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la Península Ibérica (siglos VI-XIII)*. Salamanca 2000, ni algunos de los historiadores de la España musulmana, como E. MANZANO, *Conquistadores, emires y califas. Los Omeyas y la formación de Al-Andalus*. Barcelona 2006. O ni siquiera estudiosos de la toponimia de la misma zona estudiada por Oliver Asín, como es el caso de I. HORCH, *Zur toponymie des valle de Mena / Castilla und des*

Parece como que las consideraran producto de un ingenioso ejercicio de búsqueda de etimologías en un terreno tan sumamente resbaladizo como el de la toponimia. Veinte años después de que Jaime Oliver expusiera sus ideas, un historiador que estudió en 1994 el comienzo de la presencia musulmana en España, Pedro Chalmeta, al resumir las formas de instalación y reparto de la propiedad desarrolladas por árabes y bereberes en la Península en el siglo VIII, se esforzó por deslindar y matizar las responsabilidades de unos y otros en dichos procesos¹⁰. La controvertida acogida que tuvieron sus opiniones respecto al papel de los bereberes la ha sintetizado el propio Chalmeta en el prólogo a una segunda edición de su obra, donde recuerda haber sido criticado «por cometer la imperdonable falta de seguir los textos y hablar de bereberes cada vez que las fuentes así lo hacen inequívocamente, en vez de etiquetarlos como «romano-visigodos»¹¹.

Las propuestas de Chalmeta sobre las formas que regularon el encuentro entre bereberes e hispanogodos, esto es, las modalidades y efectos de los pactos y las capitulaciones con sus secuelas en el reparto de las tierras, han servido en el año 2006 para que dos investigadores recogieran con absoluta convicción, defendieran con argumentos y levantaran la cartografía de aquellos topónimos en «Quintana» y derivados que Jaime Oliver Asín proponía como indicio seguro de la instalación bereber en el valle del Duero y sus límites septentrionales. Esos dos investigadores han sido Luis Serrano-Piedacasas¹² y David Peterson¹³. De los dos, el primero, al seguir la pista de las «quintanas» como huella del quinto bereber, ha establecido un mapa de la significativa presencia de los norteafricanos en el cuadrante noroeste de la Península. Por su parte, el segundo ha

valle de Ayala / Álava. Sprachhistorische und Sprachgeographische Studien. Francfort 1992. Bien es verdad que, concretamente, E. MANZANO, *La frontera de al-Andalus en época de los Omeyas*. Madrid 1991, p. 189, sí se pronunció sobre la arabización de abundantes topónimos y antropónimos que aparecen en la documentación medieval de León, Zamora y Salamanca. Respecto a ellos, expresa sus reservas de considerarlos como ‘mozárabes’ y le parece más exacto estimarlos como ‘arabizados’.

10. P. CHALMETA, *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*. Madrid 1994.

11. P. CHALMETA, *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*. Jaén 2003, p. 19. En adelante, citaré por esta edición.

12. L. SERRANO-PIEDECASAS, «El *mal al-hums* como factor de reordenación espacial y social tras la conquista», en J.Mª Mínguez y G. DEL SER (eds.), *La Península en la Edad Media. Treinta años después. Estudios dedicados a José-Luis Martín*. Salamanca 2006, pp. 323-346.

13. D. PETERSON, *Frontera y lengua en el Alto Ebro, siglos VIII-XI*. Tesis doctoral presentada en la universidad de Burgos, noviembre de 2006, inédita.

relacionado los establecimientos humanos y los comportamientos políticos diferentes a un lado y otro de una frontera que separa la Bureba de la Rioja alta con las formas (conquista/pacto) con que los hispanogodos fueron sometidos por los conquistadores, fundamentalmente, bereberes, y que viene a refrendar la hipótesis del quinto (y del dominio bereber) en el cuadrante noroccidental.

Esa misma convicción es la que ha llevado a ambos investigadores a predicar que el origen de la toponimia y la antropónimia documentadas en los textos de los siglos IX y X tuvo que ver con la ‘arabización’ experimentada en el siglo VIII más que con una ‘mozarabización’ presuntamente desarrollada en la segunda mitad del siglo IX y principios del X. Ello vendría a demostrar, sin duda, que la presencia árabe y, sobre todo, bereber, en el cuadrante noroeste de la Península habría sido más prolongada de lo tradicionalmente admitido y, desde luego, no habría quedado liquidada a mediados del siglo VIII por el efecto combinado de la revuelta y el repliegue hacia el sur de los bereberes y las campañas de Alfonso I de Asturias. En cualquier caso, si, desde el punto de vista de los movimientos de la población, los indicados son los frutos más significativos de las investigaciones respectivas de Serrano-Piedecasas y Peterson, hay que reconocer que ni uno ni otro se han internado, de momento, en el tema de la organización de las estructuras del poblamiento.

Pese a esas recentísimas propuestas, la nula atención prestada de hecho hasta el pasado año 2006 a las tesis de Oliver Asín ha dejado el tema de los movimientos de población circunscrito permanente y exclusivamente al debate sobre «la despoblación y la repoblación del valle del Duero». El tema quedó ya planteado hace tiempo en los siguientes términos: dado que, desde mediados del siglo VIII, los musulmanes, en concreto, los bereberes, desaparecieron del cuadrante noroeste de la Península, el estudio de los movimientos de población en esta zona tiene que centrarse en resolver las cinco cuestiones siguientes: 1) ¿Cuál fue la cuantía y la composición social de los hispanogodos que, a raíz de la entrada e instalación de los musulmanes en la Península entre 711 y 714, huyeron presuntamente a refugiarse en las montañas del norte?; 2) ¿Cuál fue la cuantía y composición social de los hispanogodos que, a raíz de la marcha de los bereberes y de las campañas de Alfonso I de Asturias por el valle del Duero de mediados del siglo VIII, decidieron refugiarse en los territorios del norte?; 3) ¿Cuáles fueron las consecuencias, si hubo alguna, de la marcha de esos pobladores en los efectivos demográficos de la cuenca del Duero y en sus formas de organización del espacio?; 4) ¿Cuál pudo ser, si hubo alguna, la influencia de la llegada de los fugitivos

del sur durante el siglo VIII entre los pobladores de las montañas del norte?; y 5) Dado que, desde mediados del siglo IX, las fuentes escritas del reino de Asturias comienzan a dar señales de actividad agraria y ganadera y ordenación política en muchas localidades del valle del Duero, ¿cuál fue la procedencia de los protagonistas de esa actividad y sus pautas de funcionamiento?

De las cinco cuestiones sobre movimientos de población en estudio, la primera es la que menos controversia ha suscitado. Recordemos su enunciado: *¿cuál fue la cuantía y la composición social de los hispanogodos que, a raíz de la entrada e instalación de los musulmanes en la Península entre 711 y 714, huyeron a refugiarse en las montañas del norte?* La respuesta casi unánime ha sido que fueron miembros de la aristocracia laica, más que de la eclesiástica, quienes huyeron, quizás del propio Toledo pero, desde luego, de las tierras del Duero para refugiarse en los valles de la Cordillera Cantábrica. Su destino más verosímil fueron las tierras foramontanas (vistas desde la meseta del Duero) de los ducados de Asturias y Cantabria, aunque consta igualmente su llegada a Galicia. En aquellas tierras septentrionales, gentes como el propio Pelayo o Pedro, duque de Cantabria, tenían vínculos familiares y poseían bienes fundiarios. La cuantía de los fugitivos debió ser muy escasa: apenas los círculos más reducidos de algunos grandes de la aristocracia y, tal vez, algunas comunidades monásticas. Las facilidades dadas por los musulmanes a la población conquistada según los pactos, las noticias sobre continuidad de las autoridades eclesiásticas en las ciudades ahora controladas por árabes y bereberes y las propias dificultades a una instalación en tierras ajenas abonan la idea de que, en esos años, de 711 a 714, los movimientos de población de sur a norte debieron afectar a un número limitado de personas.

La segunda cuestión a debate, a diferencia de la primera, ha sido una de las que ha estado en la base de las opiniones encontradas sobre «despoblación y repoblación del valle del Duero» y ha servido de fundamento a amplias discusiones. Recordemos su enunciado: *¿cuál fue la cuantía y composición social de los hispanogodos que, a raíz de la marcha de los bereberes y de las campañas de Alfonso I de Asturias por el valle del Duero de mediados del siglo VIII, decidieron refugiarse en los territorios del norte?* Para empezar, habrá que recordar que la idea de ese movimiento de población del sur meseteño al norte montañoso aparece avalada por una brevíssima narración cronística y un silencio de cien años de las fuentes escritas cristianas.

La referencia cronística se halla en dos textos elaborados en torno al año 883. La llamada *Crónica de Alfonso III*, en sus dos versiones (*Rotensis*

y *ad Sebastianum*) y la *Crónica Albeldense*¹⁴. De las dos, la primera crónica, que responde, sin duda, a un propósito historiográfico más deliberado y regio, contrapone, de un lado, la actividad depredadora de Alfonso I en el valle de Duero, donde *multas civitates bellando cepit* [relación nominativa de veintinueve localidades ocupadas por el rey] *seu castris cum villis et viculis suis* dominados por los musulmanes y de donde llevó consigo a la población cristiana a la *patria* (del reino de Asturias) y, de otro, la *populatio* de una serie de comarcas de la zona montañosa del norte cantábrico. Por su parte, la *Crónica Albeldense* limitó la acción de Alfonso I, que, según aquélla, *victor invasit* las *urbes* de León y Astorga y *Campos quem dicunt Goticos [= Tierra de Campos] usque ad flumen Dorium eremavit et Christianorum regnum extendit*.

La lectura de los dos textos cronísticos, en especial, el primero, invita a establecer un correlato entre el desmantelamiento poblacional del valle del Duero y el estímulo a la instalación de los recién llegados en las tierras septentrionales. Por su parte, la ausencia absoluta de fuentes escritas que informaran de lo que aconteció en el valle del Duero entre mediados del siglo VIII y mediados del siguiente parecía avalar la idea de que, en la primera de las fechas, se había producido un yermo completo, que sólo cien años más tarde, y por obra de colonizadores del norte, empezaría a volver a la vida. Ésta, por lo demás, parecía quedar certificada a partir de entonces por las noticias de hallazgos de viejas iglesias y aldeas abandonadas que los documentos posteriores al año 850 empezaron a proporcionar.

Este conjunto de datos, que abundaba en una traducción estrictamente demográfica de vocablos como *eremavit* o *populavit*, sirvió a unos cuantos autores, empezando por Claudio Sánchez Albornoz¹⁵, para defender la tesis de que lo que había sucedido a mediados del siglo VIII en el valle del Duero había sido una radical despoblación. A ella había colaborado de forma deliberada la actividad depredadora de Alfonso I de Asturias, quien, gracias a ella, había construido un «yermo estratégico» que, dotado de una profundidad de 200 kilómetros, ponía a su reino a resguardo de

14. J. GIL, J.L. MORALEJO y J.I. RUIZ DE LA PEÑA, *Crónicas Asturianas*. Crónica de Alfonso III (Rotense y «A Sebastián»). Crónica Albeldense (y «Profética»). Oviedo 1985.

15. Éste, a su vez, se inspiraría en parte en una propuesta (que, en el conjunto de su obra, resultó contradictoria) del historiador portugués Alejandro Herculano y, probablemente, también por la formulación de Turner sobre el papel de la frontera en la historia de los Estados Unidos de América. Si creemos en premoniciones, cabría recordar que Sánchez Albornoz nació en 1892, el mismo año en que el historiador americano formuló sus tesis.

las amenazas de los musulmanes¹⁶. Frente a la opinión de Sánchez Albornoz se alzó en seguida la de Ramón Menéndez Pidal, quien propuso para el vocablo *populare* un significado menos estrictamente demográfico y más relacionado con la organización de un territorio. Podríamos decir, en resumen, que lo que, para Sánchez Albornoz, era «despoblación y repoblación del valle del Duero», para Menéndez Pidal, era «desorganización y organización del valle del Duero». En otras palabras, el segundo pensaba que, de resultas de las campañas de Alfonso I, pudieron llegar a tierras de Galicia, Asturias y Cantabria algunos grandes señores y altos eclesiásticos con sus servidores más inmediatos mientras la mayor parte de la población campesina quedaría anclada en su terruño del valle del Duero¹⁷.

La discrepancia entre las dos interpretaciones se saldó inicialmente a favor de la propuesta de Sánchez Albornoz pero, desde finales de los años setenta del pasado siglo, se abrió paso franco la de Menéndez Pidal: la mayor parte de la población del valle del Duero no se había movido; únicamente, se habían desorganizado sus autoridades y, con ello, tal vez, sus marcos de encuadramiento social. La opción, cada vez más mayoritaria, por esta interpretación, hoy decididamente triunfante¹⁸, tuvo dos consecuencias lógicas. Una, de carácter instrumental: si los textos no proporcionaban noticias sobre lo que había acontecido en el valle del Duero entre, más o menos, los años 750 y 850, había que tratar de buscarlas a través de los registros arqueológicos. Con enorme lentitud, empezó a despegar una arqueología medieval de los asentamientos del valle. Sin entrar de momento en mayores profundidades interpretativas, sus primeras catas sirvieron ya para asegurar que había existido una continuidad de la población en los cien años en discusión¹⁹.

16. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, en muchos de sus trabajos, especialmente, en *Despoblación y repoblación del valle del Duero*. Buenos Aires 1966.

17. R. MENÉNDEZ PIDAL, «Repoblación y tradición en la cuenca del Duero», en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Madrid 1955, I, pp. XXIX-LVIII.

18. J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «La repoblación del valle del Duero en el siglo IX: del yermo estratégico a la organización social del espacio», en *Actas del Coloquio de la V Asamblea general de la Sociedad Española de Estudios Medievales* (Jaca 1988), sobre el tema *La Reconquista y Repoblación de los reinos hispánicos. Estado de la cuestión de los últimos cuarenta años*. Zaragoza 1991, pp. 15-40.

19. Recuérdese, por ejemplo, el trabajo de C. DE LA CASA, *Las necrópolis medievales de la provincia de Soria*. Valladolid 1992. La conclusión del autor, a partir de los registros arqueológicos, fue terminante en apoyo de la continuidad de la población en el valle. Un historiador portugués, en la senda de la opinión que tradicionalmente había mantenido la mayoría de sus compatriotas, llegaba a idéntico resultado por la vía de la toponimia: A. de A. FERNANDES, «Oposición topográfica a doctrina do despovoamento do Norte de Portugal nos

La segunda consecuencia lógica de la respuesta dada a la cuestión sobre el abandono o la permanencia de la población en el valle del Duero fue de carácter conceptual. Si, prácticamente, la totalidad de la población se había mantenido en el valle, resultaba pertinente abrir una tercera cuestión: *¿qué efectos había producido la marcha de algunos pobladores hacia el norte en la población que quedó en la cuenca del Duero y en sus formas de organización del espacio?* La respuesta a la pregunta fue variable a tono con la distinta imagen y valoración que cada historiador se hizo de la salida de una parte de la población y de la permanencia de otra. Así, los que pensaban que la proporción en número y calidad social de los que abandonaron el valle había sido importante optaron por entender que la parte que se quedó no pasó de conformar una población administrativamente desorganizada y demográficamente residual. Estaría constituida por escasos grupos de familias dedicadas a la agricultura de largas barbecheras y la ganadería de ganado menor, actividades ambas que se compaginaban con una alta inestabilidad de las células de población²⁰. Por el contrario, los investigadores que estimaban que la huida del valle sólo había afectado a una minoría numéricamente irrelevante completaron su interpretación defendiendo que la gran mayoría de la población siguió sujeta a unas pautas de funcionamiento precisas, sobre cuyo contenido las opiniones volvieron a ser discrepantes²¹.

A reserva de entrar más a fondo en este punto en la segunda parte de mi ponencia, la dedicada al poblamiento, puedo anticipar aquí dos ideas. Primera: las discrepancias se basaban en las diferentes opiniones mantenidas por los investigadores sobre el modelo social dominante en los siglos VII y VIII en el valle del Duero. ¿Era la *villa* esclavista tardorromana y visigoda?, ¿era la aldea autónoma con su comunidad de aldea?, ¿o era la comunidad de valle, de tradición indígena, más o menos jerarquizada desde un castro rector?²² Segunda: por encima de estas discrepancias,

séculos VIII-X», en *IX Centenário da dedicação da Sé de Braga. Congresso Internacional*. Braga 1990, I, pp. 225-282.

20. J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Del Cantábrico al Duero», en J. A. GARCÍA DE CORTÁZAR y otros, *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*. Barcelona 1985, pp. 43-83.

21. J.M. LIZOAIN, «Del Cantábrico al Duero: siglos VIII-X: propuestas historiográficas», en *II Jornadas Burgalesas de Historia. Burgos en la Alta Edad Media*. Burgos 1991, pp. 653-714, hizo un excelente resumen de las posiciones al respecto.

22. F.J. LOMAS, «Vigencia de un modelo historiográfico. De las sociedades gentilicias en el Norte peninsular a las primeras formaciones feudales», en M^aJ. HIDALGO, D. PÉREZ y M.J.R. GERVÁS (eds.), *«Romanización» y «Reconquista» en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*. Salamanca 1998, pp. 103-116.

existía unanimidad respecto a un punto: las gentes que habitaron el valle del Duero entre los años 750 y 850 se habrían mantenido al margen de los respectivos poderes que se fortalecían tanto en el sur (emirato de Córdoba) como en el norte (reino de Asturias).

El reflejo de esta circunstancia en las respectivas fuentes es significativo: mientras las asturianas silencian por completo la presencia de población en el valle, las cordobesas la reconocen. La explicación de ese comportamiento contradictorio puede radicar en el hecho de que la autoridad más fuerte, la cordobesa, no tenía inconveniente en reconocer la existencia de aquellos poderes situados en su periferia porque sabía que podía dominarlos siempre que lo deseara. En cambio, al poder más débil, el asturiano, interesaba mucho crear el imaginario de que el espacio del valle del Duero estaba despoblado o, al menos, desprovisto de gente que pudiera ejercer derechos sobre el territorio hasta que aquéllos no fueran sancionados por la autoridad de la monarquía asentada en Oviedo. A falta de una población residente depositaria de derechos, a partir de mediados del siglo IX, la apropiación de espacios del valle del Duero en virtud del ejercicio de la *presura* por parte de colonizadores procedentes del norte resultaba totalmente legítima²³.

El progresivo éxito de la opinión que sostiene la idea de un valle del Duero que, al margen de la cuantía de los efectivos demográficos, mantuvo una población con unas pautas estructuradas de funcionamiento, probablemente, alteradas por los acontecimientos pero, a la postre, operativas, ha ido restando interés a la cuarta de las cuestiones enunciadas arriba. La recuerdo: *¿cuál pudo ser, si hubo alguna, la influencia de la llegada de los fugitivos del sur durante el siglo VIII entre los pobladores de las montañas del norte?* La respuesta que Carmen Díez Herrera y yo dimos hace algunos años fue que la emigración de los cuadros administrativos hispanogodos a los valles septentrionales de la cordillera Cantábrica habría estimulado una aculturación de signo «mediterráneo» de la sociedad norteña, lo que facilitó la instauración del feudalismo en un medio caracterizado hasta entonces por una lenta e incompleta asimilación de las pautas de romanización y cristianización que, por su parte, habían tenido mejores y más tempranos frutos en el lado sur

23. E. PEÑA BOCOS, «Las presuras y la repoblación del valle del Duero: algunas cuestiones en torno a la atribución y organización social del espacio castellano en el siglo IX», en *Repoplación y Reconquista. Actas del III Curso de Cultura Medieval*. Aguilar de Campoo 1993, pp. 249-259. J.J. SÁNCHEZ BADIOLA, *La configuración de un sistema de poblamiento y organización del espacio: el territorio de León (siglos IX-XI)*. León 2002, pp. 266-271.

de la Cordillera²⁴. Hoy, tras las nuevas, y algunas, como las de Gijón²⁵, contundentes muestras de la fortaleza de la presencia romana a orillas del mar Cantábrico, no podemos minusvalorar la importancia de aquélla pero sigo pensando que la llegada de los emigrantes del Duero en el siglo VIII contribuyó a recordarla y a actualizarla después de un largo período en que las circunstancias (entre los siglos V y VIII) habían propiciado su olvido o debilitamiento²⁶. Ello sin contar con que las huellas de aquella presencia en los territorios de Cantabria o del litoral vizcaíno y guipuzcoano, aun existentes, siguen siendo escasamente significativas. En cuanto a las halladas en Álava, concretamente, hace poco en Velegia, estamos a la espera de una justa valoración de un material que tiene visos de absolutamente excepcional.

Aun con estos matices sobre el valor de la tradición romana²⁷ (y el silencio absoluto de las fuentes escritas de época visigoda) en la zona entre la cordillera Cantábrica y el mar, la opinión hoy mayoritaria niega relevancia a la posible emigración entre 711 y 714 o, en general, entre 711 y 750 de gentes del valle del Duero hacia las montañas del norte. La resistencia a aceptar cualquier sombra de difusionismo cultural contribuye

24. J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR y C. DÍEZ HERRERA, *La formación de la sociedad hispano-cristiana del Cantábrico al Ebro en los siglos VIII a XI. Planteamiento de una hipótesis y análisis del caso de Liébana, Asturias de Santillana y Trasmiera*. Santander 1982, pp. 19-67.

25. C. FERNÁNDEZ OCHOA y A. MORILLO, *La tierra de los astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturias*. Gijón 1999; C. FERNÁNDEZ OCHOA, F. GIL SENDINO y A. OREJAS, «La villa romana de Veranes. El complejo rural tardorromano y propuesta de estudio del territorio», en *Archivo Español de Arqueología*, 77 (2004), pp. 197-219.

26. C. DÍEZ HERRERA, «Hacia la Edad Media: ¿advenimiento de nuevas formas de organización social y territorial?», en J.R. AJA, M. CISNEROS y J.L. RAMÍREZ (coords.), *Los cántabros en la Antigüedad. La historia frente al mito*. Santander, en prensa (a aparecer en diciembre de 2007), ha vuelto sobre la hipótesis que enunciamos y tratamos de argumentar hace veinticinco años. De sus nuevas conclusiones, selecciono el dato de que la autora vuelve a insistir en nuestras premisas de antaño (gradiente de culturización entre las comarcas «cántabras» que se documentan en los siglos VIII y IX) pero introduciendo el significativo matiz de que mientras la Liébana sería un territorio plenamente integrado en el ámbito socio-cultural visigodo [y formaría parte del núcleo constitutivo del reino astur], las Asturias de Santillana y la Trasmiera serían espacios organizados por y desde el naciente núcleo político ovetense. Así, las diferencias visibles en el grado de aculturación no serían producto exclusivamente de la distinta influencia de los llegados después del 750 sino, más bien, resultado de las bases de partida anteriores a 711, aunque esas mismas bases podrían explicar receptividades diferentes respecto a los posibles fugitivos llegados del sur y refugiados en las montañas cantábricas entre 714 y 770.

27. I. BANGO, «La cultura artística de la monarquía astur, la última manifestación de la Antigüedad», en *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón 1995, pp. 171-187.

a restar importancia a algunos casos que la atestiguan, entendiendo que la influencia de los pocos llegados del sur en la sociedad que los acogió sería limitada. Más aceptada resulta hoy la idea de que algunos movimientos sur-norte-sur en el sentido de los meridianos serían debidos a la existencia de grupos aristocráticos con intereses ganaderos a un lado y otro de la cordillera Cantábrica²⁸.

Con la idea dominante hoy no sólo de la permanencia mayoritaria de la población del valle del Duero en sus asentamientos anteriores al año 711 sino de la propia pervivencia de sus estructuras de organización del poblamiento y el espacio, resulta más fácil responder a la quinta de las cuestiones que la historiografía ha planteado y que puedo enunciar así: dado que, desde mediados del siglo IX, las fuentes escritas del reino de Asturias comenzaron a registrarlas, *¿cuál fue la procedencia de los protagonistas de la actividad agraria y ganadera y de la ordenación política visibles en muchas localidades del valle del Duero?* Por lo que acabo de decir, la procedencia parece clara: el propio valle del Duero, donde la mayor parte de la población instalada a mediados del siglo VIII había optado por la permanencia. Sin embargo, desde mediados del siglo IX, a esa población se añadieron gentes que, según los testimonios, llegaron bien del norte cantábrico o bien del sur andalusí y que, en algún caso, se movieron también en el sentido de los paralelos.

La estimación de la importancia de los movimientos de población entre, aproximadamente, los años 850 y 950, siempre muy insegura, se ha tratado de medir a partir de evidencias antropónimas y topónimas. Por lo que se refiere a las primeras, tres han sido los indicadores utilizados por los historiadores: el antropónimo+nombre de lugar, los nombres de persona de estructura o contenido árabe o arabizado y, de forma sólo incipiente, los nombres personales de procedencia regional reconocible. El primero sólo se ha ensayado a escala de algunos pocos espacios regionales y ha dejado ver, en general, movimientos poblacionales de corto radio entre aldeas contiguas o entre una aldea y otra que parece ejercer un cierto grado de capitalidad en la comarca.

Los nombres de estructura árabe o arabizada, que aparecen con cierta frecuencia, sobre todo, en documentos relativos al espacio de las actuales provincias de León, Zamora y Salamanca²⁹ más que de las provincias

28. J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR y E. PEÑA BOCOS, «La atribución social del espacio ganadero en el norte peninsular», en *Estudos Medievais* (Oporto), 8 (1987), pp. 1-27.

29. V. AGUILAR y F.R. MEDIANO, «Antropónimia de origen árabe en la documentación leonesa (siglos VIII-XIII)», en *El reino de León en la Alta Edad Media*, VI, León 1994, pp. 497-633.

castellanas, aunque no es desconocido en los alrededores de Burgos, han servido de pista para tratar de calibrar una presunta presencia mozárabe en el valle del Duero entre mediados del siglo IX y finales del siglo X³⁰. Sin entrar en el debate sobre el significado y las aplicaciones del propio vocablo «mozárabe», en el tema de la onomástica arabizada, las opiniones, como sintetizó Gregorio Cañero³¹, se han movido casi siempre con ambigüedad y, a veces, pendularmente, entre el reconocimiento de la existencia de una «riada» de emigrantes fugitivos del sur andalusí y la estimación de que, a la postre, se trató de una minoría, inferior incluso a la constituida por los judíos. Si esta última propuesta era ya hegemónica hace ocho años³², más lo va a ser si triunfan las opiniones de «arabización» vía bereber en el siglo VIII y no de «mozarabización» de la onomástica, de las que hemos hablado más arriba.

La disminución de la importancia que antes se otorgaba a los movimientos de emigración de cristianos del sur andalusí al reino de Asturias no debe hacer olvidar dos hechos. Uno, que esos movimientos tuvieron lugar especialmente a partir de mediados del siglo IX cuando, en Al-Andalus, cristalizó una cultura árabe e islámica que agobiaba a los cristianos; y dos, que, por esa misma razón, los protagonistas de tales movimientos fueron, fundamentalmente, grupos de monjes que, por ser más sensibles a la amenaza de extinción de su universo cultural, optaron por escapar del emirato cordobés. Cuando esos monjes llegaron a los reinos cristianos del norte, los reyes de Oviedo y, en menor medida, desde 910, los de León, les encargaron la tarea de creación, recuperación o consolidación de algunos centros monásticos. Las huellas de su acción han quedado en la historia de los monasterios de San Julián de Samos, San Martín de Castañeda, San Miguel de Escalada, Sahagún o Cardeña.

El estudio de la difusión de nombres personales de procedencia regional reconocible como indicadora de movimientos de población tiene una larga tradición como simple muestreo pero sólo desde hace poco más de diez años ha comenzado a abordarse con carácter sistemático. Los

30. J.J. SÁNCHEZ BADIOLA, «Mozarabismo y poblamiento en el León altomedieval: el Valle de Ardon», en *La Península Ibérica en torno al año 1000*. VII Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez- Albornoz. León 2001, pp. 311-322.

31. G. CAÑERO, «Los mozárabes en el reino de León. Planteamiento historiográfico», en *Codex Biblicus Legionensis. Veinte Estudios*. León 1999, pp. 39-50.

32. G. CAÑERO, «Los mozárabes leoneses y los espacios fronterizos», en *La Península Ibérica en torno al año 1000*, ob. cit., pp. 229-254. Su conclusión es terminante (p. 252): «puede afirmarse la existencia de mozárabes en las tierras durienses septentrionales, pero nunca como masificación, «riada», sino más bien como una minoría».

primeros ejemplos de aplicación de ese método trataron de identificar y evaluar la llegada de pobladores francos al norte de la Península a partir de mediados del siglo XI. Ya Marcelin Defourneaux hace medio siglo utilizó algunas muestras de ese tipo para detectar la presencia de franceses en España en los siglos XI y XII³³. Pero fue la empresa colectiva dirigida por Pascual Martínez Sopena en 1995 la que hizo una indagación sistemática de la antroponimia del norte de España desde el cabo de Creus hasta el de Finisterre en una cronología que iba del siglo IX al XIII³⁴.

En el volumen que reunió sus contribuciones, al margen de la de Juan Ignacio Ruiz de la Peña, que trató precisamente de fijar el valor de «la antroponimia como indicador de fenómenos de movilidad geográfica», a propósito de la presencia de franceses en Oviedo³⁵, todos los autores recogieron, en sus respectivas áreas de estudio, una lista de los nombres más usuales. El estudio de esas listas permite detectar significativos stocks de nombres regionales. Uno de los más característicos, por su limitado número de nombres, es el de procedencia pirenaica. Sólo siete nombres masculinos (García, Sancho, Eneco, Fortún, Lope, Jimeno y Aznar) se emplearon para nombrar al 70% de los varones registrados en la documentación del monasterio de Leire entre los años 920 y 1160³⁶. Cuando, en un pueblo situado a diez kilómetros al este de Burgos, de nombre Villavasscones, aparece en el año 955 un conjunto de propietarios cuyos nombres reproducen en buena medida los del elenco indicado, podemos pensar legítimamente que se trata de una bolsa de emigrantes que han llegado del norte pirenaico o sus cercanías.

El aprovechamiento de los datos topónimicos para el estudio de posibles movimientos de población ha tenido una trayectoria historiográfica más larga que la de la antroponimia. Ya en los años 1930, y a partir de un análisis de topónimos, Joseph Piel propuso dos interpretaciones relevantes para nuestra historia de los movimientos de población en el noroeste peninsular. La primera fue que la toponimia de la franja galaico-portuguesa basada en antroponimia latina expresada en genitivo debía datarse en época romano-sueva. Y la segunda fue que la toponimia germáni-

33. M. DEFOURNEAUX, *Les français en Espagne aux XI et XII siècles*. París 1949.

34. P. MARTÍNEZ SOPENA (coord.), *Antroponimia y Sociedad. Sistemas de identificación hispano-cristianos en los siglos IX a XIII*. Valladolid/Santiago de Compostela 1995.

35. J.I. RUIZ DE LA PEÑA, «La antroponimia como indicador de fenómenos de movilidad geográfica: el ejemplo de las colonizaciones francesas en el Oviedo medieval (1100-1230)», en P. MARTÍNEZ SOPENA (coord.), *Antroponimia y Sociedad*, ob. cit., pp. 133-154.

36. J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Antroponimia en Navarra y Rioja en los siglos X a XII», en *Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez Fernández*. Valladolid 1991, pp. 175-191.

ca de aquella franja había sido resultado de la instalación de población neo-goda en tiempos de la Reconquista. Sin embargo, cuarenta años más tarde, en 1976, el investigador modificó esta segunda interpretación y atribuyó aquella toponimia germánica a una repoblación estratégica que los visigodos habrían realizado presuntamente a finales del siglo VI para controlar el espacio suevo³⁷. De esa forma, la pervivencia de cualquiera de los dos tipos de topónimos venía a confirmar la continuidad de la población, al menos, en el margen occidental del valle del Duero.

Por su parte, los investigadores portugueses, que, desde Alberto Sampaio, salvo Sousa Soares, mostraron siempre su relucuencia a aceptar la tesis de la despoblación de su territorio en el siglo VIII, también dedujeron de la toponimia la continuidad del poblamiento. La tesis, defendida también por Pierre David a través del estudio de la hagiotoponimia³⁸, encontró su refrendo en las investigaciones de Avelino de Jesús da Costa sobre la organización de la red parroquial³⁹. Por el contrario, Sánchez Albornoz utilizó los registros topográficos como argumento decisivo en su tesis de la «despoblación (a mediados del siglo VIII) y la repoblación (desde mediados del siglo IX) del valle del Duero»⁴⁰. Para él, en efecto, el absoluto vacío documental existente entre 711 y 850 en el valle del Duero y las noticias de hallazgo de restos de iglesias y lugares desiertos a partir de la segunda de aquellas fechas eran pruebas irrefutables del doble proceso de despoblación y repoblación.

En los años ochenta del siglo XX, estas dos vías interpretativas (la toponimia como apoyo de la tesis de la continuidad de la población; la toponimia como apoyo de la tesis de la despoblación) iban a ser, respectivamente, defendidas de forma más sistemática y deliberada por dos investigadores. A favor de la continuidad poblacional, al menos, en el espacio entre el Duero y el Sistema Central, lo hizo Ángel Barrios⁴¹. Al servicio

37. J. PIEL, *Os nomes germânicos na toponímia portuguesa*. Lisboa 1936. J. PIEL y D. KREMER, *Hispanogotisches Namenbuch. Der Niederschlag des Westgotischen in den alten und heutigen Personen- und Ortsnamen der Iberische Halbinsel*. Heidelberg 1976.

38. P. DAVID, *Études historiques sur la Galice et le Portugal du VI^e au XII^e siècle*. Lisboa 1947.

39. A. de J. da COSTA, *O bispo D. Pedro e a organização da diocese de Braga*. Coimbra 1959, 2 vols; y del mismo, «Povoamento e colonização do território Vimaranense nos séculos IX a XI», en *Actas do Congresso Histórico do Guimaraes e Sua Colegiata*. Guimaraes 1981, III, pp. 135-196.

40. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, en varias obras, singularmen, en *Despoblación y repoblación*, ob. cit.

41. Á. BARRIOS, «Toponómastica e Historia. Notas sobre la despoblación de la zona meridional del Duero», en *En la España medieval*, II, *Estudios en memoria del profesor Salvador de Moxó*, pp. 115-134; y del mismo autor, «Repoplación de la zona meridional del Duero.

de la hipótesis albornociana de despoblación-repoblación lo hizo Gonzalo Martínez Díez⁴², autor que, con frecuencia, ha utilizado un argumento circular para prescindir de las referencias documentales cuando éstas se refieren a un espacio y una fecha que no concuerdan con las predicadas por la tesis de Sánchez Albornoz⁴³.

En apoyo de su argumentación, Gonzalo Martínez utilizó las conclusiones que le sugería el análisis de un elenco de 1.737 topónimos mayores, referentes a núcleos de poblamiento, casi todos, del territorio de la actual provincia de Burgos, para los que, en muchos casos, proponía la fecha de su primera mención documental entre los siglos IX y XIII. El autor distribuía aquel total de 1.717 nombres de lugar en cinco categorías, según su posible origen. Para 37 de ellos, renunciaba a establecerlo por tratarse de «topónimos de etimología desconocida o muy dudosa»; consideraba que 260 eran topónimos derivados de nombres personales, mientras que 32 eran «anteriores a la repoblación», en su mayor parte, prerromanos, y 24, localizados en el extremo oriental del territorio estudiado, correspondían a un «hipotético origen vasco». Por fin, el resto, esto es, unos 1.350 topónimos respondían a nombres descriptivos de accidentes del relieve, composición del suelo o de la vegetación, además de 180 hagiotopónimos y unos pocos etnotopónimos o gentilicios (del tipo Asturianos, Báscones, Gallegos, Lebaniegos). A los efectos que aquí nos interesan, Gonzalo Martínez hacía un rotundo balance: «prácticamente, no llegan a media docena los topónimos que no se explican desde la repoblación o desde el baluarte de resistencia [=las tierras de la orla montañosa septentrional que no conoció la despoblación]»⁴⁴.

La argumentación de Gonzalo Martínez no conmovió a los defensores de la continuidad de la población en el valle del Duero. Uno de ellos, Ernesto Pastor, frente a la identificación entre estrato toponímico y estrato de poblamiento, característico en el planteamiento de aquél, propuso que los topónimos registrados en la documentación del valle del Duero desde el siglo IX no obedecían a la aparición absoluta de los núcleos de población nombrados sino, precisamente, a la progresiva puesta en

Fases de ocupación, procedencias y distribución espacial de los grupos repobladores», en *Studia Historica*, Historia Medieval, III, pp. 33-82.

42. G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Pueblos y alfores «burgaleses» de la repoblación*. Valladolid 1987.

43. Véase al respecto la crítica de E. PASTOR DÍAZ DE GARAYO, «Estructura del poblamiento en la Castilla condal. Consideraciones teóricas», en *Burgos en la Alta Edad Media*, II Jornadas Burgalesas de Historia (1 a 4 de mayo de 1990). Burgos 1991, pp. 633-651; y del mismo autor, *Castilla en el tránsito*, ob. cit., pp. 69-74.

44. G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Pueblos y alfores*, ob. cit., 393-424. La frase entrecomillada en p. 401.

marcha de un nuevo modelo de poblamiento en la región. Habían sido los habitantes de ésta, hablantes de un idioma proto-romance, que se había colado ya en los textos de las pizarras visigodas⁴⁵, los que, al constituir nuevas entidades de poblamiento, más agrupadas que las anteriores, las bautizaron sin necesitar el apoyo de los presuntos colonizadores del norte cantábrico⁴⁶. Precisamente, el reducido número de etnotopónimos, apenas un 1% del total de la lista proporcionada por Gonzalo Martínez, no vendría a avalar, como, en su momento, quiso Pérez de Urbel, la tesis de la repoblación por parte de emigrantes del norte sino, justamente, lo contrario, esto es, lo excepcional de las bolsas de gentes que del exterior llegaron al valle del Duero.

En esta línea de defensa de la tesis de la continuidad poblacional en el valle, el investigador portugués Almeida Fernandes volvió en 1990 a combinar sobre la base de un pormenorizado análisis de una abundante toponimia, de un lado, la tesis de Piel sobre la cronología atribuible a la toponimia de base antropónima latina, y, de otro, frente al propio Piel, la hipótesis de que la toponimia germánica de la franja galaico-portuguesa había sido producto de la instalación de pueblos de ese origen en los siglos V y VI⁴⁷. El resultado de la combinación fue, como el título de su trabajo expresó de forma terminante, la «oposición topográfica a la doctrina de la despoblación»⁴⁸. Para aquel momento, la «oposición arqueológica» había progresado también lo suficiente. Entre una y otra y los escasos testimonios escritos de procedencia árabe, nos permiten establecer *las siguientes conclusiones sobre los movimientos de población en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica entre los años 700 y 1050*.

Primera: a finales del siglo VII, en los últimos años de existencia del reino visigodo, la población de ese amplio territorio de unos 100.000 kilómetros cuadrados se caracterizaba por una débil densidad y una distribución en pequeños núcleos de carácter rural, siendo muy escasas las localidades que podían estimarse urbanas, algunas de ellas sedes episcopales, que, en cualquier caso, también estaban poco pobladas y habían

45. I. VELÁZQUEZ, *Las pizarras visigodas (Entre el latín y su disgregación. La lengua hablada en Hispania, siglos VI-VIII)*. Madrid 2004. La autora completa y renueva la edición de la obra aparecida en 1989.

46. E. PASTOR DÍAZ DE GARAYO, «Estructura del poblamiento en la Castilla condal. Consideraciones teóricas», ob. cit.

47. A. de A. FERNANDES, *Parroquias suevas e dióceses visigóticas* (Viana do Castelo 1968), reed. Arouca 1997.

48. A. de A. FERNANDES, «Oposição topográfica», ob. cit.

experimentado, entre los siglos IV y VII, una considerable reducción de su recinto de época romana⁴⁹. Dentro de un panorama semejante, una cierta desigualdad caracterizaba el reparto espacial de la población. Ésta parecía más densa en algunas comarcas de la antigua *Gallaecia* y menos en la mayor parte del resto del territorio, siendo especialmente escasa la población en el territorio comprendido entre el mar Cantábrico y la cordillera Cantábrica.

Segunda: en los años 711 y siguientes, la invasión árabo-bereber produjo dos efectos demográficos. En primer lugar, provocó la emigración de algunos pocos miembros de la aristocracia laica de la zona toledana hacia el norte de la Península. En mayor número, pero siempre muy relativo, otros miembros de aristocracias residentes ya en el valle del Duero pero con vínculos familiares o intereses patrimoniales en las zonas montañosas del norte refluieron hacia éstas. En segundo lugar, grupos de bereberes se instalaron en lugares del cuadrante noroccidental y, probablemente, lo hicieron aplicando el sistema de quintero de las tierras, lo que, según una hipótesis desechada hasta los últimos meses, daría origen a una toponimia de «quintanas» en cuanto calco del vocablo árabe *jumms*. Seguramente, no todas las que la toponimia actual registra como tales deben su origen a esa circunstancia. Como en otras situaciones históricas, por puro mimetismo, una vez que se produjo el hecho que le dio origen y comenzó a nombrar un tipo de forma de explotación, la denominación acompañó a aquella forma en su expansión.

Tercera: en los años 740 a 750, la rebelión bereber contra los árabes y las campañas de Alfonso I de Asturias, que trató de debilitar el poder islámico instalado en León y Astorga y en la zona de Tierra de Campos, propiciaron el abandono del valle del Duero por parte de algunos pobladores, tanto bereberes como hispanogodos. Ni en uno ni en otro caso, la salida de pobladores, unos hacia el sur, otros hacia el norte, fue demográficamente significativa. En especial, la segunda fue muy minoritaria y, si la hubo, cabe interpretarla, más que la de los años 711 a 714, como el repliegue a sus posesiones montañosas de propietarios que tenían interés tanto en ellas como en las tierras llanas de la meseta del Duero.

Cuarta: en la segunda mitad del siglo VIII, la población instalada en los diferentes espacios del cuadrante noroccidental de la Península co-

49. La situación no era nada original. Al contrario, parece un rasgo común del espacio occidental europeo en la más Alta Edad Media. Para Francia, véase, por ejemplo, M. FIXOT, «Le réseau urbain du VII^e au XI^e siècle», en G. DUBY (dir.), *Histoire de la France urbaine. I. La ville antique*. París 1980, pp. 123-143.

menzó a vivir un proceso de crecimiento, cuyos mecanismos estudiaremos en la segunda parte de esta ponencia pero respecto a los que podemos adelantar ya que tuvo en la formación de la red de aldeas uno de sus indicios, consecuencias y factores más relevantes. La creación de nuevos núcleos por efecto de la desestructuración tanto de la antigua comunidad de valle como de la vieja *villa* tardorromana y visigoda fue acompañada del bautismo de los nuevos lugares resultantes con nombres que bien recordaban el de uno de sus propietarios originarios o bien el de algún santo elegido como protector o, más frecuentemente, el de un elemento (topográfico, mineral, animal o vegetal) característico del paisaje en que surgía la nueva entidad de poblamiento.

Quinta: en los siglos IX y X, este proceso de crecimiento iniciado probablemente a mediados del siglo VIII se hizo progresivamente más vigoroso. A la vez, el definitivo encuadramiento de las gentes del cuadrante noroeste en la formación política constituida por el reino de Asturias (hasta 910) y León (desde esa fecha) y la multiplicación de las informaciones escritas permiten reconocer la existencia de unas líneas de relación dominantes en el sentido de los meridianos. De esa forma, en unas ocasiones, la lengua, en otras, las relaciones comerciales, en otras, los intereses ganaderos fueron marcando la existencia de sólidos vínculos humanos entre Galicia y el condado portucalense, entre Asturias y León, entre Cantabria y Castilla, entre Vizcaya y Álava y la Castilla más oriental y la Rioja. La configuración territorial de los marcos de encuadramiento, los condados (Liébana-Pernía; Saldaña-Monzón; Castilla) y obispados (León, Palencia, Burgos), así como la de los primeros grandes dominios monásticos (Sahagún y Covarrubias en el siglo X; Oña y San Millán a comienzos del siglo XI) refrendaban la dominancia de la línea norte-sur sobre la línea este-oeste.

Sexta: esta última constatación no debe hacer olvidar que algunas noticias más esporádicas nos recuerdan la existencia de movimientos de población en el sentido de los paralelos. Casi podríamos decir que si las relaciones norte-sur parecen basarse, sobre todo, en la economía y la lengua, las relaciones este-oeste lo hacen aparentemente más en los aspectos del poder y la cultura. Es como si cada una de las grandes áreas territoriales constituyera un espacio económico-social norte-sur para cuya integración conjunta las relaciones de poder tenían que actuar en el sentido este-oeste. Los indicios son abundantes desde mediados del siglo VIII y continuaron en los dos siguientes. Los más expresivos fueron recogidos por las crónicas y sólo hay que recordar los nombres de Fruela I, Alfonso II, Nepociano, Alfonso III en los siglos VIII y IX o los de las familias Herramel y Vela o los reyes Sancho el Craso y Bermudo II en el siglo X. Los

movimientos en el sentido de los paralelos se intensificaron desde 1025, con la intervención de Sancho III el Mayor en el reino de León y, desde 1037, con la instalación de su segundogénito, Fernando I el Magno, cabeza de la dinastía «navarra», en el trono leonés. Por supuesto, en todos estos casos, los movimientos de población afectaron a un conjunto de personas reducido en número pero significativo en su calidad social e influencia política.

Y séptima: después de lo dicho hasta aquí, el balance final del análisis de los movimientos de población en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica entre los años 700 y 1050 debe subrayar ante todo una imagen: la del crecimiento de la población asentada en las distintas comarcas, especialmente, en las del valle del Duero⁵⁰. En el marco de ese proceso global es en el que se entienden tanto la sistemática ganancia de pequeños nuevos espacios cobrados al bosque mediante la roturación como los movimientos de población de muy corto radio que fueron factor y consecuencia de cambios en las pautas de asentamiento de la población. Es momento, por ello, de entrar en la segunda parte de mi ponencia, la que se ocupará del poblamiento y la organización del territorio.

Organización del poblamiento: de la desestructuración de la villa esclavista y el valle autóctono a la configuración de las aldeas en un marco territorial jerarquizado que algunos historiadores, en abierta discrepancia con otros, consideran pervivencia del *castrum*

Los balances sobre los temas de población y poblamiento en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica en los siglos VII a XI, elaborados en los últimos quince años⁵¹, en lo que se refiere a la primera, la

50. Más adelante, dentro del apartado de «poblamiento», volveremos sobre este punto del «crecimiento», que, muchas veces, se presenta como un expediente cómodo que, a lo que parece, no se estima necesario ni explicar ni demostrar.

51. Me refiero, por orden de publicación, a los de J.M. LIZOAIN, «Del Cantábrico al Duero», ob. cit.; J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «El poblamiento rural entre el Cantábrico y el Duero (siglos V-X). Balance y perspectivas de un viejo debate historiográfico en el umbral del siglo XXI», en A. FUENTES DOMÍNGUEZ y J. LÓPEZ QUIROGA (eds.), *El poblamiento rural en el norte de la Península Ibérica (siglos V-X)*. Madrid, en prensa; J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Estructuras del poder y el poblamiento en el solar de la monarquía asturiana (años 711-910)», en *La época de la monarquía asturiana*. Actas del Simposio celebrado en Covadonga (8-10 de octubre de 2001). Oviedo 2002, pp. 415-450, en particular, pp. 435-446; y Á. BARRIOS e I. MARTÍN VISO,

población, coinciden en el dato sustancial: la historiografía española ha aceptado plenamente la idea de permanencia de la población en el valle del Duero entre los siglos VII y IX. El viejo binomio albornociano «despoblación/repoplación» sólo puede interpretarse en los términos sociales y políticos de desorganización/organización de los modelos de funcionamiento de la sociedad. Especialmente, en su segundo término, la antigua «repoplación» (esto es, la nueva «organización») hay que entenderlas como el proceso en virtud del cual las gentes y las tierras del valle del Duero quedaron encuadradas dentro de la monarquía asturleonesa. En palabras aún más contundentes, «la supuesta ‘repoplación’ no es sino la apropiación feudal de las explotaciones campesinas preexistentes»⁵².

Esta unanimidad de los autores en el ámbito de los estudios de la población empieza a tener un correlato en el de los referentes al poblamiento aunque en un sentido sensiblemente diferente. En este caso, la unanimidad se refiere al reconocimiento explícito de la diversidad de procesos y situaciones que debieron darse en la historia del poblamiento norpeninsular entre los siglos VII o, más exactamente, IV y XI. En este punto, hay que reconocer que se ha pasado de una situación en que cada investigador creía tener la clave del modelo de funcionamiento en esa transición a otra en que, con más prudencia y humildad, empiezan a reiterarse por doquier expresiones del tipo de las que Ángel Barrios e Iñaki Martín Viso utilizaron en sus «reflexiones» sobre el poblamiento: «no fue un proceso homogéneo en el tiempo y en el espacio, por lo que se originaron situaciones muy diversas, que deben ponerse en relación con estadios de articulación social muy variados en cada región»⁵³.

La frase, en su deliberada y realista inconcreción, no puede ser más concreta y precisa. En una palabra, los investigadores hemos propuesto toda clase de opiniones al respecto del poblamiento porque hemos entendido que sus manifestaciones fueron enormemente variadas y variables pero, tal vez, también porque no hemos sabido o podido ser su-

⁵²«Reflexiones sobre el poblamiento rural altomedieval en el norte de la Península Ibérica», en *Studia Historica, Historia Medieval*, 18-19 (2000-2001), pp. 53-83.

⁵³ J.A. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, «El Páramo leonés. Entre la Antigüedad y la Alta Edad Media», en *Studia Historica, Historia Medieval*, 14 (1996), pp. 47 y 90.

⁵⁴ Á. BARRIOS e I. MARTÍN VISO, «Reflexiones sobre el poblamiento rural», ob. cit., p. 68. La idea expresada en el texto ronda a lo largo de todo el artículo. La misma sostuve mi convicción de que estamos en presencia de una sociedad pluriestructural cuyos desarrollos son forzosamente variados: J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, «La formación de la sociedad feudal en el cuadrante noroccidental de la Península Ibérica en los siglos VIII a XII», en *Initium. Revista catalana d'història del Dret* (Barcelona), 4 (1999), pp. 57-121.

ficientemente claros en la presentación de nuestros diagnósticos sobre los procesos⁵⁴. Por fortuna, contamos con un punto de llegada aceptado universalmente: a mediados del siglo XI, el rasgo fundamental del poblamiento era la existencia de una multitud de aldeas, aunque todavía discutamos los rasgos de su encardinación en estructuras territoriales. Todo lo demás, incluido el hecho de que, para algún investigador, esa multitud ya existiera en el punto de partida o, al menos, en el siglo VIII⁵⁵, son opiniones diversas amparadas, en buena medida, más por el modelo interpretativo que cada investigador tiene sobre el comportamiento global de la fracción regional de la sociedad que estudia que por las evidencias empíricas⁵⁶ que una información escrita reducida y poco expresiva y un uso todavía muy incipiente de los registros arqueológicos pueden proporcionar⁵⁷.

Sobre una montaña de titubeos y ambigüedades⁵⁸ y sobre bases de momento insuficientes y que sólo pueden ampliarse, como se está haciendo, por vía de los registros arqueológicos, se está construyendo nuestro conocimiento del poblamiento. Hasta ahora, se ha tratado, de un lado, de re-

54. J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Estructuras del poder y el poblamiento», ob. cit., pp. 435-436; J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Poblamiento y modelos de sociedad en la transición de la Antigüedad al feudalismo entre el Cantábrico y el Duero», en *Santuola* (Santander), VI (1999), *Estudios en homenaje al profesor dr. García Guinea*, pp. 501-511. Y del mismo, «El poblamiento rural entre el Cantábrico y el Duero», ob. cit.

55. J.A. QUIRÓS, «La génesis del paisaje medieval en Álava: la formación de la red aldeana», en *Arqueología y Territorio medieval* (Jaén), 13/2 (2006), pp.

56. Recojo aquí ideas que expuse al respecto en mi trabajo sobre «Estructuras del poder y el poblamiento», ob. cit., pp. 436-437. En general, cada investigador, como criterio para discernir una peculiar evolución del poblamiento en su respectiva área de estudio, ha manejado fundamentalmente ocho indicios: la tipología de las estructuras de asentamiento, la tipología de las necrópolis, la tipología de la cerámica, el grado de concentración (agrupado, laxo, disperso) de las unidades de poblamiento, el grado de articulación de las estructuras (sin ella; en torno a un espacio central vacío; en torno a un punto focal), el grado de itinerancia de los espacios de residencia y de producción, lo que obliga a conocer las variaciones en altitud (relativa) en relación con el soporte edafológico de los establecimientos (vega, ladera, monte: vega, campiña, páramo) y las variaciones en la altitud (también relativa) en relación con el soporte morfológico de los asentamientos (pico, castro, cabezo, espigón, cuesta, pie). En cambio, no todos los historiadores otorgan el mismo valor a cada uno de estos indicios ni, por supuesto, interpretan los resultados de sus posibles combinaciones en los mismos términos.

57. J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «El poblamiento rural entre el Cantábrico y el Duero», ob. cit., resumió y valoró las aportaciones arqueológicas existentes sobre el tema hasta 1999.

58. Di cuenta de unos y otras en «El poblamiento rural entre el Cantábrico y el Duero», ob. cit.

flexiones y propuestas generales, de las del tipo que José María Mínguez⁵⁹, Juan José García González⁶⁰ o yo mismo⁶¹ hemos elaborado en distintas ocasiones. Y, de otro, de catas regionales concretas de muy diverso apoyo conceptual y de fuentes, contra cuya extrapolación algunos investigadores nos previenen⁶², que, afortunadamente, se distribuyen ya con cierto equilibrio por todo el territorio en estudio. De este a oeste, poseemos ya tales catas para la Rioja⁶³, Guipúzcoa⁶⁴ Vizcaya⁶⁵, Álava⁶⁶ Cantabria⁶⁷, la Castilla

59. J.Mª MÍNGUEZ, «Ruptura social e implantación del feudalismo en el Noroeste peninsular (siglos VIII-X)», en *Studia Historica*, III (1985), pp. 7-32; «Innovación y pervivencia en la colonización del valle del Duero», en *Despoblación y colonización del valle del Duero. Siglos VIII-XX*. IV Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz. León 1995, pp. 45-79.

60. J.J. GARCÍA GONZÁLEZ e I. FERNÁNDEZ DE MATA, *Estudios sobre la transición al feudalismo en Cantabria y la cuenca del Duero*. Burgos 1999, en especial, el segundo de los trabajos recogidos en el volumen, con el título de «Antropología, Arqueología e Historia. La desestructuración de la cuenca del Duero en la transición de la Antigüedad a la Edad Media» (pp.37-152).

61. La más reciente, con referencias a las anteriores: J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Organización del espacio, organización del poder entre el Cantábrico y el Duero en los siglos VIII a XIII», en J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, *Del Cantábrico al Duero. Trece estudios sobre la organización social del espacio en los siglos VIII a XIII*. Santander 1999, pp. 15-48.

62. J. ESCALONA, *Sociedad y Territorio en la Alta Edad Media castellana. La formación del alfoz de Lara*. Oxford 2002, p. 223.

63. S. CASTELLANOS, «Problemas metodológicos en la investigación de la ocupación del territorio durante la Antigüedad tardía: el caso del Alto Ebro y la aportación de la *Vita Sancti Aemiliani*», en *Brocar*(Logroño), 19 (1995), pp. 27-50; del mismo, «Consideraciones en torno al poblamiento rural del actual territorio riojano durante la Antigüedad tardía», en *VII Semana de Estudios Medievales de Nájera* (29 de julio a 2 de agosto de 1996). Logroño 1997, pp. 331-342; S. CASTELLANOS e I. MARTÍN VISO, «The local articulation of central power in the north of the Iberian Peninsula, 500-1000», en *Early Medieval Europe*, 13/1 (2005), pp. 1-42.

64. E. BARRENA, *La formación histórica de Guipúzcoa. Transformaciones en la organización social de un territorio cantábrico durante la época medieval*. San Sebastián 1989.

65. I. GARCÍA CAMINO, *Arqueología y Poblamiento en Vizcaya (siglos VI-XII). La configuración de la sociedad feudal*. Bilbao 2003.

66. A. AZKARATE, J. NÚÑEZ y J. SOLAUN, *Materiales y contextos cerámicos de los siglos VI al X en el País Vasco*, en L. CABALLERO, P. MATEOS y M. RETUERCE (eds.), *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y continuidad*. Madrid 2003, pp. 321-370; A. AZKARATE, A. y J.L. SOLAUN, «Después del Imperio Romano y antes del año mil: morfología urbana, técnicas constructivas y producciones cerámicas», en *Arqueología de la Arquitectura*, 2 (2003), pp. 37-46; J.A. QUIRÓS, «La génesis del paisaje», ob. cit.; L. SÁNCHEZ ZUFIAURRE, *Técnicas constructivas medievales. Nuevos documentos arqueológicos para el estudio de la Alta Edad Media en Álava*. Tesis doctoral presentada en la Universidad del País Vasco. Vitoria, octubre de 2005, inédita.

67. J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR y C. DÍEZ HERRERA, *La formación de la sociedad hispanocristiana*, ob. cit.; C. DÍEZ HERRERA, *La formación de la sociedad feudal en Cantabria. La organización del territorio en los siglos IX al XIV*. Santander 1990.

del Ebro⁶⁸, la Castilla del Arlanzón⁶⁹, la Castilla del Arlanza y del Duero⁷⁰, Asturias⁷¹, León⁷², Tierra de Campos⁷³, Galicia⁷⁴ y norte de Portugal⁷⁵. En cada uno de esos espacios, desde hace unos quince años, la explotación del registro arqueológico es la que ha permitido realizar prometedores progresos, aunque, en ocasiones, ha suscitado optimismos exagerados⁷⁶. Aun siendo conscientes de ello, es evidente que la historia del poblamiento (y, por tanto, de la sociedad) de los siglos VII a X, también en España, será dominio de los historiadores con formación arqueológica o no será⁷⁷.

68. I. MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la Península Ibérica (siglos VI-XIII)*. Salamanca 2000.
69. J.J. GARCÍA GONZÁLEZ, «Fronteras y fortificaciones en territorio burgalés en la transición de la Antigüedad a la Edad Media», en *Cuadernos Burgaleses de Historia Medieval*, 2 (1995), pp. 7-69.
70. E. PASTOR DÍAZ DE GARAYO, *Castilla en el tránsito*, ob. cit.; J. ESCALONA, *Sociedad y Territorio*, ob. cit.
71. M. FERNÁNDEZ MIER, *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*. Oviedo 1999.
72. J.A. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, *Fortificaciones y feudalismo en el origen y formación del reino leonés (siglos IX-XIII)*. Valladolid 1995; del mismo, «Sobre los orígenes de la sociedad asturleonesa: aportaciones desde la arqueología del territorio», en *Studia Historica, Historia Medieval*, 16 (1998), pp. 173-197; J.J. SÁNCHEZ BADIOLA, *La configuración de un sistema de poblamiento*, ob. cit.
73. P. MARTÍNEZ SOPENA, *La Tierra de Campos occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo X al XIII*. Valladolid 1985.
74. M^ºC. PALLARES y E. PORTELA, «De la villa del siglo IX a la aldea del siglo XIII. Espacio agrario y feudalización en Galicia», en *Asturiensis Medievalia*, 8 (1996-1997), pp. 47-69; E. PORTELA y M^ºC. PALLARES, «Galicia, á marxe do Islam. Continuidades das estruturas organizativas no tránsito á Idade Media», en *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego. I. Historia*. Santiago de Compostela 1997, I, pp. 435-458; C. BALIÑAS, *Do mito a realidade. A definición social e territorial de Galicia na Alta Idade Media (séculos VIII e IX)*. Santiago de Compostela 1992.
75. J. LÓPEZ QUIROGA, *El final de la Antigüedad en la Gallaecia: la transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos V al X)*. La Coruña 2004.
76. J.Á. LECANDA, «De la Tardoantigüedad a la Plena Edad Media en Castilla a la luz de la arqueología», en *VII Semana de Estudios Medievales de Nájera*, ob. cit., pp. 297-329. El entusiasmo del autor oculta que, bajo un título ciertamente generoso, se extrapolan los datos obtenidos en el análisis de tres yacimientos (dos de ellos separados por cinco kilómetros) situados en el norte de la provincia de Burgos.
77. La cuestión es, remedando la pregunta de Miquel Barceló para al-Andalus, «¿qué arqueología para el Noroeste peninsular durante la Alta Edad Media?». Á. BARRIOS e I. MARTÍN VISO, «Reflexiones sobre el poblamiento», ob. cit., pp. 59 y 82-83. Véase también, en general, J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Organización social del espacio: propuestas de reflexión y análisis histórico de sus unidades en la España medieval», en *Studia Historica, Historia Medieval*, VI (1988), pp. 195-236.

El punto de partida: el poblamiento del noroeste peninsular en los siglos IV y V

Los vocablos que las fuentes romanas utilizaron para designar las entidades físicas y sociales de asentamiento que nos interesan fueron: *civitas*, *castrum*, *villa*, *villula*, *vicus*, *viculus* y *locus*. La articulación del conjunto se hacía bajo el modelo de la *civitas*, que incluía la *urbs* o núcleo urbano y un *territorium*, por donde, precisamente, se dispersaban las otras unidades mencionadas. Por lo que aconteció en el norte de la Península Ibérica, sabemos que los romanos aplicaron el modelo de la *civitas*, otorgándoles ese nombre, incluso, a espacios que carecían de una *urbs*. Era una forma de encuadrar poblaciones distribuidas en pequeñas unidades de poblamiento agrupado que carecían de la más mínima tradición urbana⁷⁸.

La opinión historiográfica mayoritaria es que, antes de la intervención romana, las unidades de poblamiento habían constituido conjuntos en que abundaban los asentamientos de altura, que se articulaban respecto a un *castrum* dominante, y habrían sido los romanos quienes habían estimulado (¿u obligado?) a un descenso de los establecimientos de la montaña a los valles o campiñas⁷⁹. Por supuesto, el desplazamiento de la población de posiciones elevadas a otras más bajas no fue completo pero tanto las *urbes* como las *villae* y la mayor parte de los *vici* se localizarían en las zonas bajas. Los ejemplos de aplicación de este modelo no sólo se han encontrado en lugares de reconocida tradición romana, como Lugo, León, Astorga o Palencia sino que es el mismo que puede observarse a orillas del mar Cantábrico con el complejo de Gijón y las *villae* de su entorno, de las que los hallazgos habidos en la de Veranes muestran la observancia de la pauta descrita⁸⁰.

78. J. SANTOS YANGUAS, «1985-1994. Un decenio fructífero en la investigación de las estructuras sociales indígenas del área indoeuropea de *Hispania*», en *Veleia* (Vitoria), 12 (1995), pp. 125-149; M³C. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, *Los astures y los cántabros vadinienses. Problemas y perspectivas de análisis de las sociedades indígenas de la Hispania indoeuropea*. Vitoria 1997.

79. C. FERNÁNDEZ OCHOA, «El impacto romano sobre el hábitat del Noroeste (Estado de la cuestión sobre los fenómenos de transición y articulación del territorio)», en *Actas del I Congreso peninsular de Historia Antigua*. Santiago de Compostela 1988, pp. 345-362.

80. C. FERNÁNDEZ OCHOA, «La ciudad romana de Gijón. Orígenes y dinámica histórica», en *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico*. Lugo 1999, pp. 1.109-1.125; C. FERNÁNDEZ OCHOA, F. GIL SENDINO y A. OREJAS, «La villa romana de Veranes. El complejo rural tardorromano y propuesta de estudio del territorio», en *Archivo Español de Arqueología*, 77 (2004), pp. 197-219.

La creación por parte de Roma de un sistema de vías de comunicación concebido a una escala continental influyó también sobre las pautas de poblamiento preexistentes. En unos casos, las afianzó, en otros, modificó, sobre todo, las de articulación del poblamiento y, especialmente, la definición de sus puntos de centralidad. En los siglos III a V, la crisis y las subsiguientes adaptación y reorganización del Imperio romano incidieron lógicamente sobre la estructura del poblamiento del noroeste de la Península⁸¹. Aunque la función de encuadramiento de la *civitas* no desapareció del todo, su supervivencia se hizo al precio de una disminución del papel de la *urbs*, tanto en su condición de coordinadora de un *territorium*, con modificación de sus funciones, como también en cuanto unidad de poblamiento con la reducción física de su caserío⁸². Pero se hizo, sobre todo, al precio de una revalorización del peso específico del poblamiento rural⁸³. Por lo menos, en cuatro sentidos: el fortalecimiento de las *villae*, una cierta recuperación del papel de los *castra* en altura, la multiplicación de los *vici* y un aumento del poblamiento disperso. Cada una de las cuatro tendencias exige una mínima explicación⁸⁴.

En primer lugar, *el fortalecimiento de las «villae»*. Las mejores pruebas de ello en nuestro espacio de estudio se hallan en las de Dueñas, Quintanilla de la Cueza y Pedrosa de la Vega, las tres en la provincia de Palencia, pero su presencia en Álava, norte de Burgos, Asturias, Galicia

81. J.M. NOVO GÜISÁN, *Los pueblos vasco-cantábricos y galaicos en la Antigüedad Tardía. Siglos III-IX*. Alcalá de Henares 1992; P. DE LA C. DÍAZ y L.R. MENÉNDEZ BUEYES, «The cantabrian basin in the fourth and fifth centuries: from imperial province to periphery», en K. BOWES y M. KULIKOWSKI (eds.), *Hispania in Late Antiquity*. Leiden 2005, pp. 265-297. El propio L.R. MENÉNDEZ BUEYES, *Reflexiones críticas sobre el origen del reino de Asturias*. Salamanca 2001, ha revisado con cuidado las opiniones de los altomedievalistas sobre el tema objeto de su atención (pp. 21-68) y ha defendido la continuidad romano-visigótica en los aspectos sociales y políticos del original *Asturorum regnum*.

82. J. LÓPEZ QUIROGA, *El final de la Antigüedad*, pp. 71-144.

83. J. de ALARCAO, «A paisagem rural romana e alto-medieval em Portugal», en *Conimbriga* (Coimbra), XXXVII (1998), pp. 89-119; ARIÑO GIL, E. y RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J., «El poblamiento romano y visigodo en el territorio de Salamanca. Datos de una prospección intensiva», en *Zephyrus*, L (1997), pp. 225-245.

84. En unos de sus últimos trabajos, J. ESCALONA, «Patrones de fragmentación territorial: el fin del mundo romano en la Meseta del Duero», en U. Espinosa y S. Castellanos (eds.), *Comunidades locales y dinámica de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía*. Logroño 2006, pp. 165-199, insiste en la necesidad de tener siempre presente la escala (geográfica, social) a la que sucedieron los distintos fenómenos que asociamos a la crisis del Imperio romano a fin de evitar generalizaciones que, de hacerse a partir de Hispalis o Tarraco, carecerían de sentido para el espacio duriense y, por supuesto, igual sucedería si hiciéramos la operación contraria.

y norte de Portugal ha sido también objeto de estudios. De éstos parece poder deducirse que las *villae* palentinas fueron de las más tempranas en su configuración mientras que las del área entre el Miño y el Duero fueron más tardías. López Quiroga atribuye a este retraso el hecho de que esas *villae* continuaran todavía activas durante «los siglos V y VI y hasta un momento difícil de calibrar con precisión, en torno al siglo VII»⁸⁵. Con menos concisión, tanto este autor como los restantes se manifiestan sobre dos aspectos decisivos. Uno, ¿realmente, durante época romana, la *villa* latifundista fue un modelo dominante o una excepción en el paisaje? Y dos, ¿qué era, en los siglos V a VII, una *villa*?

El simple vocablo sugería hace años tanto la idea del instrumento romano por autonomía de ocupación y organización del territorio rural como la imagen de una explotación latifundista en la que el propietario, residente en el complejo dominical, pondría en producción sus tierras con el trabajo de esclavos residentes en cobertizos próximos a la casa del *dominus*. Hoy se piensa, por el contrario, que la *villa* estrictamente «esclavista» sería menos frecuente que la *villa* «servil», en la que la fuerza de trabajo estaría aportada no tanto por esclavos sino por siervos e incluso colonos instalados en casas dentro del perímetro de la *villa*. A efectos de definición de un modelo de poblamiento, la forma que esta instalación podría tener debió ser muy variada. Para finales del siglo V, y en una misma región, coexistirían todas las modalidades que caracterizaron los sucesivos estadios del tránsito de la *villa* a la aldea. Desde la *villa* «esclavista» tradicional hasta el conjunto de pequeños *vici* y *viculi* localizados en el antiguo perímetro de la *villa* y dotados de una conciencia de su vieja pertenencia física y social a la misma⁸⁶, al margen de que ésta fuera producto de la existencia y ejercicio del control por parte de un propietario o, con mayor frecuencia, como se observa en el Páramo leonés, consecuencia de un poblamiento generado por las propias comunidades campesinas⁸⁷.

La recuperación del papel de los «castra» en altura en los siglos IV y V es otro de los temas a incluir en la definición del modelo de poblamiento. La imagen tradicional, en justo correlato con el establecimiento de las

85. J. LÓPEZ QUIROGA, *El final de la Antigüedad*, ob. cit., p. 259, con referencia en J. LÓPEZ QUIROGA y F.G. RODRÍGUEZ MARTÍN, «El “final” de las *villae* en Hispania (ss. V-VIII d. C.): I. La *pars urbana* de las *villae* y sus transformaciones», en *Portugalia*, Nova Série, XXI-XXII (2000-2001), pp. 137-190.

86. G. RIPOLL y J. ARCE, «Transformación y final de las *villae* en Occidente (siglos IV-VIII). Problemas y perspectivas», en *Arqueología y Territorio Medieval*, 8 (2001), pp. 21-54.

87. J.A. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, «El Páramo leonés», ob. cit., pp. 66-67.

villae en valles y llanos, era que, con ocasión de la conquista romana, se había producido una «masiva bajada de la población de los castros a la llanura». Para algunos autores, como Portela y Pallares, que se pronuncian sobre lo sucedido en Galicia, esa bajada se habría producido con carácter generalizado y efectos definitivos entre los siglos I a. C. y I d. C. Desde entonces, el *castrum* perdería su papel articulador de la población y quedaría relegado a su condición de elemento paisajístico de referencia, independientemente de que, en algún momento posterior, pudiera servir de espacio de refugio⁸⁸. La opinión de estos dos autores contrasta con la del resto de los estudiosos de nuestro espacio, incluso de los más próximos, como los que se ocupan de otras zonas de Galicia⁸⁹ o del norte de Portugal⁹⁰, para quienes, en mayor o menor grado pero siempre significativo, los *castra* continuaron jugando un papel. La misma opinión la sustenta la mayor parte de los investigadores del espacio de Castilla, para quienes el *castrum* mantuvo su condición de definidor de centralidad en la articulación del espacio hasta, por lo menos, mediados del siglo XI⁹¹.

Como sucedía con el vocablo *villa*, también la palabra *castrum* la hemos manejado los altomedievalistas con variados significados de empleo no siempre diáfano. El *castrum* aparece significando, al menos, cuatro cosas: una altura, un hábitat fortificado, un hábitat de altura, un espacio articulado con un referente visual que simboliza la jerarquización social de un entorno por el que se distribuyen variadas unidades de poblamiento. En cada caso, el dato a discernir es en qué momentos y por qué el *castrum* ha jugado los papeles implícitos en las tres últimas acepciones. En ese sentido, la impresión dominante es que los castros se reocupan siempre que se producen situaciones de inseguridad y crisis. Por tanto, en el siglo III, en el siglo V y en el siglo VIII, se habrían producido movimientos de retorno de la población asentada en valles y llanos a los castros de altura⁹². ¿Pero el significado fue idéntico o diferente?

88. E. PORTELA y M^aC. PALLARES, «Galicia á marxe do Islam», ob. cit.

89. C. BALIÑAS, *Do mito á realidade*, ob. cit., pp. 150-152.

90. J. LÓPEZ QUIROGA y M. RODRÍGUEZ LOVELLE, «Castros y *castella tutiora* de época sueva en Galicia y norte de Portugal: Essay de inventario y primeras propuestas interpretativas», en *Hispania Antiqua*, XXIII (1999), pp. 355-374.

91. Véase la descripción del proceso y justificación de la interpretación, sobre todo, en I. MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales*, ob. cit., y J. ESCALONA, *Sociedad y territorio*, ob. cit.

92. Puede seguirse un argumento semejante en E. PASTOR DÍAZ DE GARAYO, *Castilla en el tránsito*, ob. cit., aunque el autor fija en el siglo V el momento de la ruptura más significativa y, por tanto, del inicio del cambio de los patrones de asentamiento a favor de un poblamiento disperso, inestable y precario. Como tendremos ocasión de volver a ver, la cronología que

En las tres ocasiones, la impresión es que ya no volvió a reproducirse el modelo castreño de hábitat fortificado sino que los *castra* actuarian o bien como lugares de refugio de la población campesina del entorno, con la consecuencia de promover, en esos momentos, un fortalecimiento del poblamiento de altura⁹³, o bien como emplazamientos de vigilancia y control por parte de autoridades ajenas a las comunidades autóctonas. Esta segunda fórmula fue la escogida por los romanos en algunas de las hoces del Ebro en Álava y la Vieja Castilla, por los visigodos en relación con el reino suevo de Galicia o por los miembros de las aristocracias del reino asturleonés en su proceso de encuadramiento político o de sobreimposición señorial en los valles de los afluentes por la derecha del río Duero en los siglos IX y X⁹⁴. De momento, no poseemos evidencias arqueológicas suficientes que permitan deducir en qué casos estos ejemplos o momentos de reocupación de castros obedecieron a una simple utilización mecánica y funcional de un lugar elevado por parte de un poder ajeno a la comunidad o a un reconocimiento, por parte de aquel mismo poder, de que el *castrum* continuaba siendo un elemento operativo en la organización de las comunidades de valle autóctonas, cuya inercia de articulación podía aprovechar con mayor rentabilidad.

La tercera tendencia visible en nuestro espacio en los siglos V y VI sería la multiplicación de los «*vici*», pequeñas agrupaciones de población campesina. Por lo que hemos dicho hasta aquí sobre la *villa* y el *castrum*, es lógico deducir ese aumento en el número de *vici*, que fue paralelo a un fortalecimiento de su autonomía respecto a los modelos precedentes, fueran, en cada una de las regiones en estudio, la *villa* esclavista o la comunidad campesina con su referente del *castrum* o una combinación de las dos. En todos los casos, la falta de un registro arqueológico de carácter

el autor propone para esa ruptura en la zona entre los ríos Arlanzón y Duero se adelanta de uno a tres siglos respecto a la de la mayor parte de los investigadores que estudian otras zonas.

93. J. LÓPEZ QUIROGA, «Fluctuaciones del poblamiento y hábitat fortificado de altura en el noroeste de la Península Ibérica (ss. IV-X)», en I.C. FERREIRA FERNANDES (coord.), *Mil anos de fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*. Lisboa 2002, pp. 83-93; F.J. FERNÁNDEZ CONDE y M^aA. PEDREGAL, «Evolución histórica del territorio de Santo Adriano y génesis del poblamiento medieval», en *Studia Historica. Historia Medieval*, 16 (1998), pp. 129-172.

94. J.A. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, «Fortificaciones medievales en castros del noreste de Zamora», en *Primer Congreso de Historia de Zamora*. Zamora 1991, 3, pp. 347-364. Por supuesto, autores como Martín Viso y Escalona defienden que el papel de los castros en la configuración de las redes de asentamiento altomedievales debe revalorizarse.

monumental hace sumamente difícil seguir la pista de estos *vici*⁹⁵. Por ello, tanto su número como su relevancia los deducimos, más bien, de la necesidad de explicar el origen y la cuantía de las aldeas altomedievales que aparecen en los textos escritos de los siglos IX y X.

El aumento del poblamiento disperso, la cuarta de las tendencias reseñables en el hábitat de los siglos V y VI, ha dejado, por definición, todavía menores rastros, tanto en los textos como en el paisaje y, desde el punto de vista historiográfico, sólo desde hace veinte años⁹⁶, y de manera parsimoniosa, ha entrado en nuestra consideración⁹⁷. Todo este conjunto de circunstancias, y la falta de estudios microrregionales que puedan aliviar nuestra desinformación, ha hecho que el hábitat disperso se haya convertido casi en una pura expresión verbal. Estamos convencidos de su profusión, de sus formas en cuevas y casas aisladas, pero también en muchos *loca sacra*, creados *ex novo* o simplemente heredados de la religiosidad indígena y rebautizados en cristiano⁹⁸, pero no hemos medido su importancia en relación con las otras formas en ninguna de las zonas de estudio. En estas condiciones, el recurso incomprometido al hábitat disperso constituye uno de los elementos, sin duda, exacto pero no medido, que caracterizan las etapas de desorganización de la red de poblamiento.

95. A. AZKARATE y J.A. QUIRÓS, «Arquitectura doméstica altomedieval en la Península Ibérica. Reflexiones a partir de las excavaciones arqueológicas de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz», en *Archeología Medieval*, XXVII (2001), pp. 25-60.

96. J.A. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, «Habitats rupestres altomedievales en la meseta norte y Cordillera Cantábrica», en *Estudios Humanísticos* (León), 4 (1982), pp. 29-56, hizo unas primeras indagaciones que, unos años más tarde, adquirieron carácter sistemático para las regiones estudiadas por A. AZKARATE, *Arqueología cristiana de la Antigüedad tardía en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*. Vitoria 1988 y de L. A. MONREAL JIMENO, *Eremitorios rupestres altomedievales (El alto valle del Ebro)*. Bilbao 1989.

97. J. LÓPEZ QUIROGA y M. RODRÍGUEZ LOVELL, «L'habitat dispersé de la Galice et du nord du Portugal entre le V^e et le X^e siècle. Essai d'interpretation à partir de l'analyse microrégionale», en B. Cursente (ed.), *L'habitat dispersé dans l'Europe médiévale et moderne*. Toulouse 1999, pp. 97-119.

98. S.M. CASTELLANOS, «Consideraciones en torno al poblamiento del actual territorio riojano», ob. cit., pp. 331-342. Como sabemos, La Rioja y el Bierzo pasan, junto con las estribaciones de los Montes Obarenes, por ser algunas de las regiones más pródigas en eremitorios y hábitat rupestre del noroeste peninsular.

Las transformaciones intuidas en la oscuridad de los siglos VI a VIII: la configuración del poblamiento rural altomedieval

La entrada de los germanos en la Península Ibérica a comienzos del siglo V y las disputas por el control del territorio, que se prolongaron hasta la llamada batalla de Astorga del año 456 entre visigodos y suevos, han sido tradicionalmente los acontecimientos que han animado a hablar de perturbaciones sociales y, mucho más tarde, ha estimulado a valorar su posible incidencia en las estructuras del poblamiento. Sin resolver esta incógnita, en los años 1965 a 1978, los trabajos de Abilio Barbero y Marcelo Vigil plantearon, entre otras cuestiones, la discusión sobre las modalidades y el grado de presencia del poder visigodo en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica⁹⁹. Desde aquellos años, y frente a las tesis de los dos autores¹⁰⁰, ha ido creciendo la impresión de que el espacio de nuestro estudio, incluso el más septentrional, estaba integrado en el marco político regido desde Toledo por los reyes visigodos. O, por lo menos, lo estaba, sin duda, desde tiempos del rey Leovigildo (años 569-586)¹⁰¹.

Algunos hallazgos recientes, todavía de incierta valoración, localizados en un cerro en la orilla derecha del río Pas en su desembocadura en el mar Cantábrico, diez kilómetros al oeste de Santander, parecen corroborar aquella impresión¹⁰². A la vez, y desde hace quince años, los abundantes materiales encontrados por Agustín Azkárate y su equipo en Aldayeta, en las proximidades de la ciudad de Vitoria, que incluía un rico equipamiento guerrero de procedencia merovingia¹⁰³, pusieron sobre la

99. A. BARBERO y M. VIGIL, «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: Cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana», en la colectánea de sus trabajos *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*. Barcelona 1974, pp. 13-103.

100. Su más temprano debelador fue A. BESGA, *La situación política de los pueblos del norte en la España visigoda*. Bilbao 1983.

101. A. BESGA, «Apuntes sobre la situación política de los pueblos del norte de España desde la caída del Imperio romano hasta el reinado de Leovigildo», en *Letras de Deusto* (Bilbao), 26 (1996), pp. 79-115. El mismo autor ha profundizado en el conocimiento de los límites de esa integración en el caso de los territorios de Vasconia: Domuit Vascones. *El País Vasco durante la época de los reinos germánicos. La era de la independencia (siglos V-VIII)*. Bilbao 2001.

102. Los hallazgos localizados en la localidad de Mortera, en este caso, parecen «visigodos», no «aquitanos», y corresponderían a una cronología de finales del siglo VI.

103. A. AZKARATE, «Francos, aquitanos y vascones, testimonios arqueológicos al sur de los Pirineos», en *Archivo Español de Arqueología*, 66 (1993), pp. 149-176; el mismo autor nos ha ofrecido una breve síntesis puesta al día en su colaboración («El País Vasco en los siglos inmediatos a la desaparición del Imperio Romano») en P. BARRIUSO y J.Á. LEMA (eds.), *Historia del País Vasco*. San Sebastián 2004.

mesa la existencia de otros posibles factores de perturbación de parte de la sociedad del norte de España en los siglos VI y VII. Estos datos y la aceptación universal de la idea de que el poder visigodo fue menos capaz que el romano en las funciones de controlar el territorio, asegurar las vías de comunicación, garantizar la continuidad de las estructuras sociales y administrativas y mantener el modelo de *civitates* como eje de la organización del espacio han estimulado a los investigadores a pensar que los modelos de poblamiento anteriores debieron quedar también afectados inevitablemente durante los siglos VI a VIII.

¿En qué sentido? Al menos, en cuatro: contracción del espacio urbano o, en general, habitado en cualquier tipo de núcleo, reocupación de establecimientos de altura, multiplicación de los *vici* y triunfo de un hábitat disperso. Como se ve, en los cuatro aspectos, la historiografía sólo viene a refrendar, como si se tratara de previsibles secuelas, las líneas de tendencia que había detectado ya en los siglos IV y V. En estas circunstancias, y conocido el desenlace de la historia a mediados del siglo XI, la preocupación de los estudiosos se ha dirigido a tratar de fijar dos datos: a) la desestructuración de las formas del poblamiento antiguo; y b) la cronología de la ruptura del viejo patrón de poblamiento y su sustitución por el nuevo.

La desestructuración de las formas del poblamiento antiguo se caracterizó, según casi todos los autores, por una recesión de las áreas ocupadas, aproximadamente, hasta los siglos V y VI. Esta recesión se manifestó, en el mundo urbano, por una retracción del caserío y una intromisión del espacio rural (campos de cultivo, ganado) dentro del propio perímetro de las murallas de cada núcleo. Por su parte, en el mundo rural, como se evidencia al menos en Vizcaya y Álava, la recesión de las áreas ocupadas se acompañó de una concentración del hábitat en determinados enclaves emplazados en posiciones estratégicas, sin que estemos seguros sobre cuál fue la densidad, la distribución espacial y la posible jerarquización de las unidades menores de poblamiento¹⁰⁴.

El origen de estas últimas podía hallarse tanto en el proceso de desvertebración de las *villae* como en el de desarticulación de los *castra*. En el primer caso, cada villa habría generado varios pequeños núcleos de residencia, el del *dominus*, los de algunos *servi casati*, los de algunos colonos. Se trataría de unidades muy reducidas, cada una de las cuales podría contar con cuatro o cinco familias¹⁰⁵. Un poco mayores podrían ser

104. I. GARCÍA CAMINO, *Arqueología y Poblamiento en Bizkaia*, p. 376.

105. J.Mª MÍNGUEZ, «Continuidad y ruptura en los orígenes de la sociedad asturleonesa. De la *villa* a la comunidad campesina», en *Studia Historica, Historia Medieval*, 16 (1998), pp. 121-122.

los *vici*, que contaban con una mínima tradición de gestión comunitaria. En el caso de la desarticulación de los *castra*, el argumento más significativo habría sido el acceso a una situación de autonomía sociopolítica de los habitantes residentes en los pequeños núcleos que, desde la Edad del Hierro, habrían vivido vinculados al *castrum* en una forma de encuadramiento que tanto los romanos como más tarde los visigodos habían aprovechado¹⁰⁶. En uno y otro caso, el resultado final sería la aparición de una multitud de pequeñas células de población.

La cronología de la ruptura del viejo patrón de poblamiento y su sustitución por uno nuevo ha sido objeto de debate, aunque, de momento, las evidencias arqueológicas aducidas para justificar una u otra fecha no resultan aplastantes. Así, para Portela y Pallares, que se refieren a Galicia, las *urbes* se verían afectadas ya desde el siglo III por los vientos de crisis y cambio con la consiguiente reducción de su caserío. Más lentamente, se produciría la desarticulación orgánica de las *villae*, que daría lugar a la creación de unidades de residencia dentro de sus antiguos marcos. Por una u otra vía, el resultado sería la creación de pequeñas aldeas, que vendrían a unirse a los vicos ya existentes. Todo ello acontecería, sin mayores precisiones, entre los siglos IV y IX¹⁰⁷ en lo que, aparentemente, sería un proceso lineal.

Frente a la presunta linealidad del proceso, ya vimos cómo López Quiroga y Rodríguez Lovelle, a propósito del espacio del sur de Galicia, precisaban que la desarticulación de los modelos de *urbs* y *villa* se complementaría, en los siglos V a VII, con un cierto retorno al poblamiento de altura con reocupación de castros prerromanos. Incluso la población de las antiguas urbes se agruparía en las partes más elevadas de sus respectivos emplazamientos y, probablemente, aquéllas se convirtieron en escenario de una fragmentación de su propio caserío en unidades separadas¹⁰⁸. Esta última imagen la ha subrayado más tarde López Quiroga al sostener, para el espacio entre el Miño y el Duero, que, «entre los siglos V y principios del VIII, el castro constituiría un patrón de asentamiento fundamental cuyo significado no debería ser interpretado únicamente bajo el prisma de un hábitat «fortificado» de altura sino como un asentamiento de altura polifuncional (refugio de campesinos,

106. I. MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales*, pp. 91-96.

107. E. PORTELA y M^a C. PALLARES, «Galicia á marxe do Islam», ob. cit.

108. J.[ÓPEZ] QUIROGA y M. R[ODRÍGUEZ] LOVELLE, «Ciudades atlánticas en transición: la ciudad tardo-antigua y alto-medieval en el noroeste de la Península Ibérica (s. V-XI)», en *Archaeologia Medievals*, XXVI (1999), pp. 257-268.

sede de autoridades, instalación de lugares de culto cristianos) que nos estaría indicando el dinamismo, las fluctuaciones y las transformaciones que tienen lugar en el poblamiento rural tardo-antiguo del noroeste peninsular¹⁰⁹. Sería a partir del siglo VIII cuando aconteció la definitiva ruptura: la sociedad abandonó los asentamientos elevados y se organizó en la zona baja en aldeas.

La zona entre los ríos Arlanza y Duero, objeto de la atención de Ernesto Pastor¹¹⁰, mostró, durante los siglos I a V, los mismos rasgos reconocidos en la Gallaecia, aunque, a falta de *urbes*, los procesos más significativos fueron la desvertebración de las *villae* y una cierta reocupación de los establecimientos de altura. Lo más novedoso fue que, a partir de mediados del siglo V, con el dislocamiento de la red viaria romana, se produjo un abandono definitivo de la práctica totalidad de los núcleos existentes. Como se constata en Vizcaya, la población no sólo disminuyó con respecto a la etapa anterior sino que pasó a ocupar un menor número de núcleos cuyo encuadramiento y jerarquización, además, parecen inexistentes a ojos de Ernesto Pastor. De hecho, para este autor, el rasgo fundamental del poblamiento en los siglos VI y VII era su precariedad e inestabilidad. La situación se agravó todavía más en el siglo VIII. El resultado más llamativo fue la constitución de un hábitat disperso conformado por células de familias nucleares de reducida estabilidad.

Para un espacio, el de la Tierra de Roa, que está incluido en el más amplio que Ernesto Pastor estudió, otro investigador, en este caso, Escudero Chico¹¹¹, propuso soluciones parcialmente diferentes. Aunque estaba de acuerdo con que muchos de los asentamientos del siglo V, en especial, las *villae*, procedían de los dos siglos precedentes, estimaba que lo característico de aquella centuria fue la ocupación de espacios ligeramente más elevados que antes de modo que los núcleos de población controlaban el área de explotación. En los siglos siguientes, entre el VI y el VIII, las *villae* perdieron su identidad unitaria, el poblamiento tendió pero sólo ligeramente a la altura y, sobre todo, se produjo una amplia dispersión de asentamientos de reducidísimas dimensiones, inferiores a los 400 metros cuadrados. Pese a estos ligeros cambios, para Escudero Chico (en abierta discrepancia respecto a los postulados de Ernesto Pastor), la imagen dominante del período la constituyen dos elementos. De un lado, la continuidad física de los asentamientos. De otro, la continuidad de sus

109. J. LÓPEZ QUIROGA, *El final de la Antigüedad en la Gallaecia*, p. 263.

110. E. PASTOR DÍAZ DE GARAYO, *Castilla en el tránsito de la Antigüedad*, ob. cit.

111. J.S. ESCUDERO CHICO, *Organización del espacio y poblamiento*, ob. cit.

funciones en el marco de un sistema de articulación más complejo que el de los dos siglos anteriores.

Las distintas cronologías de ruptura de los viejos patrones de los asentamientos propuestas por los diversos autores se han ido matizando en los últimos diez años en dos sentidos. De un lado, a diferencia de contribuciones anteriores de los mismos autores¹¹², el vocablo «ruptura» tiende a ser sustituido por los de «cambio» o «transformación» y la cronología tiende a ser más laxa. Y de otro lado, esta cronología de ruptura o, al menos, de cambio, se ha ido fijando en dos momentos muy precisos. Uno de ellos es el siglo V; el otro, más subrayado por la mayoría de los autores, es el siglo VIII. Este segundo dato resulta altamente revelador, dado que es un tópico de nuestra historiografía que el espacio sobre el que nos pronunciamos, el cuadrante noroeste de la Península Ibérica, apenas conoció el establecimiento de los árabes y bereberes que entraron en España a partir del año 711.

Las características de las unidades de poblamiento resultantes y sus niveles de integración en marcos territoriales en los siglos VIII a XI

El tema enunciado en el título que precede concita más acuerdos que los anteriores respecto a los rasgos físicos de los núcleos y una visible convergencia en cuanto a las estructuras territoriales. Por lo que hace al primer punto, los historiadores vienen admitiendo explícita o implícitamente que fueron las circunstancias vividas por la Península Ibérica en el siglo VIII, con la crisis del reino visigodo y la invasión de los musulmanes, las que aceleraron el proceso de evolución interna del poblamiento rural tardoantiguo, que se observaba ya desde el siglo VII, con una desestructuración del poblamiento antiguo y el desarrollo masivo de un hábitat disperso. En algunas áreas, en especial, en el valle del Duero, los asentamientos llegaron a ser minúsculos; de hecho, a la escala de unidades familiares conyugales. Frente a ellos, los viejos elementos de referencia y cohesión, fueran las *villae* o los *castra*, habrían podido cobrar nuevo significado y función como asiento de centros religiosos o lugares fortificados.

112. Recuérdese, por ejemplo, J. LÓPEZ QUIROGA y M. RODRÍGUEZ LOVELL, «Un modelo de análisis del poblamiento rural en el valle del Duero (siglos VIII-X) a partir de un espacio macro-regional: las tierras galaico-portuguesas», en *Anuario de Estudios Medievales* (1997), 27/2, pp. 687-748.

Los destinos altomedievales de las tres *villae* excavadas en el territorio Gegione (Gijón), esto es, las de Tremañes, Veranes y Beloño, muestran lo que debieron ser los tipos más frecuentes de evolución. Para la primera, cuya área de excavación resulta demasiado restringida para pronunciarse sobre la evolución de las estructuras de habitación, sólo pudo certificarse la continuidad altomedieval de la ocupación tardoantigua. Para la *villa* de Veranes, en cambio, pudo observarse cambios significativos en los siglos VIII y IX. Primero, el pavimento de las estancias de la *villa* se excavó para dejar sitio a enterramientos y, en una segunda fase, los muros de aquélla se reutilizaron y adaptaron a la configuración de una iglesia. Por su parte, Beloño representa en el territorio gijonés el modelo de *villa* fortificada entre la Tardoantigüedad y el Altomedievo. Lo significativo es que este tipo de *villae*, dotadas de posibles elementos fortificados, con funciones defensivas pero también como arquitecturas de representación señorial, se sitúan a lo largo de la calzada que discurría entre Gijón, Lucus Asturum/Oviedo y León¹¹³. Ello sugiere que sus ocupantes debieron disponer de un específico valor económico y político-social.

Un poco por todos los territorios del noroeste de la Península Ibérica, las impresiones dominantes en torno a la evolución del poblamiento en los siglos VII y VIII son las de la aparición de una multitud de pequeños núcleos de residencia. Unos podían ser la *pars urbana* de la vieja *villa*; otros, los *viculi* y las *villulae*, diminutos lugares de morada de los dependientes¹¹⁴. La fortificación de uno de ellos o la instalación de una iglesia en otro constituyan factores de reordenación de las funciones y de formación de nuevos polos de capitalidad social, económica o política¹¹⁵. Los registros cerámicos estudiados en Álava confirman que el siglo VII y parte del VIII fueron una etapa de dominio de «sistemas de producción domésticos, de carácter esporádico o estacional y destinada preferentemente al autoconsumo o a una red de distribución muy local»¹¹⁶. Ello, en términos de poblamiento, parece abundar en la idea de una multitud de pequeños

113. A. GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, «Poder y poblamiento en el territorio Gegione (Asturias) durante el Altomedievo», en *Territorio, Sociedad y Poder* (Oviedo), 1 (2006), pp. 138-140.

114. E. PORTELA y M^ÁC. PALLARES, «La *villa* por dentro. Testimonios galaicos de los siglos X y XI», en *Studia Historica. Historia Medieval*, 16 (1998), pp. 13-43.

115. I. GARCÍA CAMINO y M.J. TORRECILLA, «Las iglesias, centros de poder y organización territorial (el papel de las iglesias en la reorganización del poblamiento en los casos de Bizkaia y Ayala: siglos IX-XIII)», en *V Congreso de Arqueología Medieval Española* (Valladolid 1999). Valladolid 2000, II, pp. 717-726.

116. J.L. SOLAUN, *La cerámica medieval en el País Vasco (siglos VIII-XIII). Sistematización, evolución y distribución de la producción*. Vitoria 2005, p. 401.

asentamientos y, en términos de jerarquía social, en una ausencia (o, al menos, una debilidad) de estratificación.

Las cuestiones que siguen en debate al respecto del conjunto de todas esas que podríamos denominar protoaldeas son, fundamentalmente, dos. La primera, ¿cuál fue el agente estimulador de la aparición de las aldeas? La segunda, ¿estas aldeas constituyen unidades sociopolíticas absolutamente homólogas o están encardinadas en una estructura territorial que dispone de una capitalidad no sólo meramente física [por el puro reconocimiento de la centralidad de localización espacial de una de las aldeas] sino también funcional o incluso social en el sentido de que se reconoce a la aldea-capital la condición de sede del poder que rige o administra al conjunto de las aldeas distribuidas por un territorio, denominado, por ello mismo, con un nombre que lo identifica en relación con los otros?

Por lo que respecta a la primera pregunta, los agentes del proceso de creación de aldeas, una respuesta que ha ido dejando progresivamente más insatisfechos a los estudiosos es la de atribuirlo genéricamente a un «crecimiento» que, muchas veces, ha aparecido como un verdadero *Deus ex machina* del proceso, que los investigadores no creían necesario o simplemente no sabían explicar¹¹⁷. Bajo ese paraguas general, se había ido generalizando la idea de que, entre los siglos VI y VIII, fueron los propios campesinos quienes, aprovechando la eliminación de la presión estatal o dominical, pudieron ampliar sus excedentes. Fracciones de éstos habían sido dedicados a la creación de iglesias e incluso a la fortificación de algunos emplazamientos. Otras fracciones sirvieron para incrementar su capacidad de crear instrumentos para la transformación de los productos, lo que se tradujo en la construcción de molinos y fraguas. El cumplimiento de muchos de esos objetivos exigió una concentración de esfuerzos. Ello explica que, en la mayoría de las regiones de nuestra zona de estudio, los historiadores hayan propuesto que, desde finales del siglo VIII y, sobre todo, durante los dos siguientes, el dato esencial de la historia del poblamiento debió ser la concentración del hábitat en forma de aldeas por iniciativa de los campesinos, hasta entonces, residentes mayoritariamente en asentamientos dispersos. Los núcleos, la mayoría de ellos inexistentes hasta entonces, fueron bautizados, en buena parte, en

117. J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Crecimiento económico y síntomas de transformación en las estructuras de la sociedad y del hábitat en el reino de Alfonso III de Asturias», en J. FERNÁNDEZ CONDE (ed.), *La época de Alfonso III y San Salvador de Valdediós*. Oviedo 1994, pp. 27-53.

un idioma, el de los campesinos, que ya no era el latín¹¹⁸. Un mundo de aldeas había nacido¹¹⁹.

En los últimos años, sin embargo, lo que parecía una cierta unanimidad en torno al papel protagonista de los campesinos en la creación de aldeas ha dejado paso a otra hipótesis más matizada. Concretamente, se ha abierto paso un modelo en que la comunidad campesina parece condicionada o «inspirada» por aristocracias regionales que actúan directa y, sobre todo, indirectamente, a través de las oligarquías comarcales. Una vez creadas las aldeas, serán las oligarquías locales de cada núcleo las que sustituyan a las comarcales en ese papel inductor de transformaciones. Ello inclinaría a tomar en consideración la continuidad de las aristocracias desde época romana. O, si hemos de ser cuidadosos, a admitir la existencia de una cierta diversidad de modelos sociales según áreas. Así, en Álava, mientras los investigadores de base documental escrita apenas señalan diferencias de comportamiento entre los distintos sectores del territorio, el estudiioso de sus registros cerámicos, José Luis Solaun, sugiere a partir de ellos una distinción entre una Álava occidental, integrada mayoritariamente por comunidades aldeanas que escaparían al control de las aristocracias locales, y una Álava nuclear, de la Llanada, con una mayor estratificación y diferenciación social¹²⁰.

118. I. VELÁZQUEZ, *Las pizarras visigodas*, ob. cit.

119. I. GARCÍA CAMINO, *Arqueología y poblamiento en Bizkaia*, ob. cit., propone, para los siglos VI a XI, un esquema que comparte algunos puntos con el que E. Pastor elaboró para el espacio del Arlanza al Duero: a) ruptura, en el siglo VI, de la estructura del poblamiento anterior con importante recesión de las áreas ocupadas y notable concentración del hábitat en enclaves estratégicos en beneficio de las élites aristocráticas locales; b) desde el siglo VIII, pero, sobre todo, en los dos siguientes, nueva transformación de la red de poblamiento: aumenta considerablemente el número de aldeas, lo que cabe atribuir a una fase de crecimiento que hay que relacionar con la desestructuración política y social que se produjo en el entorno pirenaico con la llegada de los musulmanes. Como sabemos, la conclusión (un mundo pletórico de aldeas en el siglo X) es unánimemente aceptada. En cambio, el papel de la aldea en la organización del espacio en ese mismo siglo continúa siendo objeto de discusión. Véase E. PEÑA BOCOS, «La aldea como espacio de poder. La Castilla del Ebro en torno al año mil», en *Los espacios del poder en la España medieval*, XII Semana de Estudios Medievales de Nájera (30 de julio a 3 de agosto de 2001). Logroño 2002, pp. 69-96.

120. J.L. SOLAUN, *La cerámica medieval*, ob. cit., p. 404. La propuesta de la existencia de un gradiente de situaciones regionales en los desarrollos sociales (J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR y C. DÍEZ HERRERA, *La formación de la sociedad hispanocristiana del Cantábrico al Ebro*, ob. cit) o una sociedad pluriestructural por serlo de transición (J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR, «La formación de la sociedad feudal en el cuadrante noroccidental», ob. cit.) ya es conocida. La exemplificación en el caso de Álava, puede verse en mi trabajo sobre «La sociedad alavesa medieval antes de la concesión del fuero de Vitoria», en *Vitoria en la Edad Media*. Actas del congreso conmemorativo de la fundación de la ciudad (Vitoria, setiembre de 1981). Vitoria 1982, pp. 87-114.

La segunda cuestión en relación con las aldeas en formación en el cuadrante noroeste de la Península que ha suscitado, tal vez, mayor número de estudios que el de su propia aparición y consolidación desde mediados del siglo VIII¹²¹, ha sido el de la encardinación de aquéllas en el marco de estructuras territoriales. En este aspecto, los historiadores, constreñidos por la falta de informaciones, ofrecen dos tipos de hipótesis que acaban convirtiéndose en respuestas: a) las aldeas, construidas desde el siglo VIII y de las que dan cuenta los documentos escritos particularmente desde el siglo X, llegaron a constituir en algún momento unidades de poblamiento homólogas y autónomas, esto es, sin ningún tipo de referente jerárquico entre ellas; y b) las aldeas estuvieron siempre integradas en algún tipo de marco territorial, aunque desconocemos tanto las dimensiones espaciales de los marcos, que serían, desde luego, heterogéneas, como sus funciones.

Respecto a estas últimas, los autores vuelven a discrepar: mientras para unos, como Julio Escalona, que subraya su pervivencia desde tiempos antiguos, la centralidad espacial tiene un contenido permanente de modo que el marco territorial sirve de soporte para todas las funciones (económicas, fiscales, judiciales, administrativas)¹²², para otros investigadores, como Ernesto Pastor¹²³, que otorga al marco de encuadramiento un valor histórico más fluctuante, tal marco vararía según cada una de las exigencias que contribuyen a dibujarlo. De ese modo, mientras los habitantes de una circunscripción determinada se vinculan a un núcleo central para el cumplimiento de una parte de sus obligaciones públicas, podían estar adscritos a otro centro territorial para el cumplimiento de las restantes.

Estas discrepancias en las interpretaciones de los historiadores parecen, en parte, un correlato de la posible variedad de comportamientos de los distintos espacios comarcales dentro de la amplia zona del noroeste de la Península Ibérica en los siglos VII a XI. Y, a su vez, esas posibles di-

121. Realmente, pocos han sido los investigadores que, como J.L. QUIRÓS, «La génesis del paisaje medieval», ob. cit., referida a Álava, han atribuido una cronología precisa a la formación de las aldeas, que aquel autor sitúa a mediados del siglo VIII. Lo habitual viene siendo una inconcreción al respecto, explicable porque, hasta el momento, la mayor parte de la investigación se ha desarrollado a partir de fuentes escritas que comienzan a aparecer desde el siglo IX.

122. J. ESCALONA, *Sociedad y Territorio*, ob. cit., p. 227.

123. E. PASTOR DÍAZ DE GARAYO, *Castilla en el tránsito*, ob. cit., pp. 214-215. En la misma opinión abundan otros autores. Para Navarra, espacio exterior a nuestra zona de estudio, lo hace: J.J. LARREA, *La Navarre du IV^e au XII^e siècle. Peuplement et société*. París-Bruselas 1998, pp. 258-264. Para Vizcaya, territorio que incluimos en aquélla, lo hace I. GARCÍA CAMINO, *Arqueología y Poblamiento*, ob. cit., pp. 338-339.

ferencias de comportamiento parecen estar relacionadas con el grado de continuidad de las circunscripciones de época tardorromana o visigoda, que, a su vez, resulta verosímil relacionar con la fuerza respectiva de los poderes sociales regionales autóctonos frente al impulso de encuadramiento que desarrolló la monarquía asturiana (desde el año 910, leonesa) o el propio condado de Castilla.

En general, las discrepancias de interpretación se han articulado en dos fases historiográficas. En la primera, la respuesta de los historiadores tendió a poner el acento en la propia aparición de las aldeas como resultado de la desvertebración de *villae* y comunidades de valle congénita al proceso de crecimiento interno y a descuidar los factores y marcos de encardinación territorial. O, más exactamente, a distinguir entre una primera etapa de creación de aldeas y una segunda de encuadramiento de las mismas, sobre todo, en los marcos administrativos creados por la monarquía leonesa¹²⁴. En una segunda etapa historiográfica, que se refería más precisamente a lo acontecido en el valle del Duero, y conforme iba afirmándose de forma indubitable la continuidad de la población en el mismo entre los siglos VII y IX, los investigadores empezaron a considerar que las nacientes aldeas surgían a la vida en marcos territoriales perfectamente definidos para sus agentes protagonistas en los siglos VIII a X, aunque fueran difíciles de captar por los historiadores.

A tenor de las diferentes opiniones de éstos, la impresión es que, tal vez, según tiempos y espacios, la dinámica de encuadramiento obedeció en nuestro espacio a una de cuatro posibles lógicas, que llamaremos la *inercia ancestral*, la *iniciativa campesina*, la *voluntad de la monarquía asturleonesa* y la *coerción por parte de las aristocracias*. En su respectivo despliegue, las cuatro se interferirían continuamente provocando la génesis de variados marcos de encuadramiento con funciones y contenidos diversos.

La tesis de *la inercia ancestral* basa su explicación en la pervivencia operativa del viejo sistema castral característico de la Edad del Hierro. Según aquélla, en la forma defendida por Iñaki Martín Viso, el territorio esta-

124. J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, «Del Cantábrico al Duero», en J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR y otros, *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*. Barcelona 1985, pp. 60-71, desplegó un epígrafe sobre «la creación de unidades aparentemente homólogas (las aldeas)». En la misma fecha, P. MARTÍNEZ SOPENA, *La Tierra de Campos*, ob. cit., pp. 118-125, individualizaría igualmente dos momentos en el proceso de encuadramiento: uno, la creación de las aldeas; otro, la encardinación de éstas en los marcos de organización territorial, en buena parte, estimulados por la monarquía leonesa, que utilizó con frecuencia los castros como referentes de dominio y vinculación.

ría ocupado por una población organizada en castros, de forma que cada uno de ellos disponía de un espacio subordinado compuesto por las tierras situadas en la llanura y en las tierras altas, sobre las que se procedía a una explotación económica de tipo extensivo, con predominio de la ganadería, aunque también existía una agricultura subsidiaria¹²⁵. El autor deduce este modelo de su análisis de las formas de asentamiento en dos espacios: uno situado en el occidente de Zamora, en la raya con Portugal; el otro, una pequeña comarca del alto Ebro, constitutiva de la Castilla primitiva. En ambos territorios, entre los siglos I y XII, serían rasgos comunes la continuidad social e institucional y la permanencia de la población. Y tal continuidad estaría basada en la pervivencia de una red de poblamiento asentada en un sistema castral ancestral que reflejaría la estructura segmentaria de la sociedad, por lo que se repetiría a escala de cada uno de los castros que constituía el marco de todas las competencias de la comunidad.

La evolución del modelo de asentamiento se caracterizaría por una lentísima desestructuración del antiguo sistema castral. Sólo después de la desaparición de la monarquía visigoda pudo apreciarse una evolución más rápida de la antigua estructura. De esa forma, aunque el castro continuó siendo el quicio vertebrador del poblamiento e incluso el centro de un dominio político que acabará plasmándose en el alfoz, de hecho, fue perdiendo su dominio económico del territorio en beneficio de las aldeas asentadas en el llano. Con el tiempo, pero sólo desde el siglo X, la colonización agraria protagonizada por los vecinos de estas aldeas precipitó la crisis de las estructuras indígenas, ancestrales, que durante tan largo tiempo habían dominado, desde los castros, la sociedad y el territorio del norte peninsular¹²⁶. A finales del siglo X, la ruptura de las comunidades de valle, indicio de la desintegración del modelo ancestral, había avanzado considerablemente en tierras de Cantabria, Álava o Castilla¹²⁷.

La segunda tesis, la de *la iniciativa campesina* como motor de encuadramiento de las aldeas en marcos territoriales, ha gozado de un seguimiento que llamaríamos «por omisión» o por falta de subrayado de

125. I. MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales*, ob. cit., p. 38.

126. M. FERNÁNDEZ MIER, *Génesis del territorio*, ob. cit., 204, es más prudente a la hora de perfilar la operatividad y funciones de estas unidades territoriales ancestrales, para las que considera que no existen pruebas que corroboren que aquellos espacios fueran percibidos y explotados por comunidades de tipo gentilicio, segmentario, aunque, por supuesto, sirvieran de marcos de referencia de unidades de asentamiento (*villae*, aldeas, iglesias) y de áreas de explotación agrícola.

127. J.A. GARCÍA DE CORTÁZAR y E. PEÑA BOCOS, «Poder condal y «mutación feudal» en la Castilla del año mil», en M^ÁI. LORING (ed.), *Historia social, Pensamiento...*, pp. 273-298.

las otras tres hipótesis. La tesis vendría a sostener que, en ausencia de coerciones políticas exteriores a las comunidades aldeanas que fueron surgiendo entre los siglos VIII y X, aquéllas, unas veces, por herencia de viejos marcos castrales, y otras veces, por decisiones de conveniencia del campesinado en relación con una deseable concentración de esfuerzos o con la reutilización de viejas vías de comunicación o de creación de nuevos itinerarios ganaderos, reconstruyeron o simplemente construyeron focos de centralidad espacial. De momento, como señalaba Julio Escalona en su estudio sobre el alfoz de Lara, sólo es posible constatar la existencia de tales focos y será «necesaria mucha más investigación antes de que se puedan precisar sus modalidades: ¿pago de tributos?, ¿prescindencias en trabajo?, ¿acceso desigual a los recursos a favor de las élites dirigentes?, ¿quizá un incipiente sometimiento a la tierra de los *minores* a favor de los *maiores*?». Lo que parece claro al autor es que, más tarde, en los siglos X y XI, el poder condal/regio asumirá elementos de dominación que eran propios de la antigua relación entre las cabeceras y las aldeas de su respectiva tierra¹²⁸.

La tercera tesis, la de *la lógica regia* como impulsora no tanto de la creación de aldeas como de su encuadramiento en los territorios del cuadrante noroccidental de la Península Ibérica en los siglos IX a XI es la que mejor se ha avenido tradicionalmente con los contenidos de las fuentes escritas. Al fin y al cabo, con el triunfo de la idea de la permanencia de población en el valle del Duero después de mediados del siglo VIII, los historiadores han aceptado que tales fuentes, tanto las narrativas oficiales de las crónicas como las administrativas particulares de los documentos privados, lo que hacen es marcar tiempos, espacios y comunidades que fueron sujetos del proceso de encuadramiento político y social de la población y los territorios del cuadrante noroccidental de la Península¹²⁹. Después, los registros arqueológicos han venido a confirmar esas presunciones.

Y lo han hecho, en este punto concreto, en buena parte, de la mano de los estudios de José Avelino Gutiérrez¹³⁰. Según este autor, el poder

128. J. ESCALONA, *Sociedad y Territorio*, ob. cit., pp. 221-223 y 226-227; del mismo, «Comunidades, territorios y poder condal en la Castilla del Duero en el siglo X», en *Studia Historica*, Historia Medieval, 18-19 (2000-2001), pp. 85-120.

129. C. REGLERO, «La ocupación de la Cuenca del Duero leonesa por el reino astur», en J. FERNÁNDEZ CONDE (ed.), *La época de Alfonso III*, ob. cit., pp. 127-150; J.Mª MONSALVO, «Espacios y fronteras en el discurso territorial del reino de Asturias (del Cantábrico al Duero en las Crónicas Asturianas)», en *Studia Historica*, Historia Medieval, 23 (2005), pp. 43-87.

130. J.A. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, *Fortificaciones y feudalismo en el origen y formación del reino leonés (siglos IX-XIII)*, Valladolid 1995; del mismo, «Sobre los orígenes de la sociedad

político asturiano, además de animar la creación de monasterios, que se convirtieron en nuevos polos de agregación de la población, promovió la reutilización de las prominencias de los castros, allá donde no seguían siendo puntos focales de las comunidades de valle, como asiento de torres y fortificaciones de control por parte de los delegados de la autoridad de Alfonso III. Más tarde, ya desde finales del siglo X, las torres se convirtieron en sede y referencia simbólica del poder de las aristocracias, que, tras renunciar al referente público de su gestión, las privatizaban en su beneficio¹³¹.

Por fin, la cuarta tesis, la de *la acción de las aristocracias comarcales* como motor de la creación de aldeas y de su articulación espacial, tuvieron o no un núcleo central de referencia, ha ido escalando posiciones en la historiografía hispana de los últimos años. El hecho es explicable por el paralelo ascenso de dos hipótesis opuestas: la inercia ancestral y la lógica real. Las dos predicaban la existencia de grupos comarcales que poseían un poder, cuyo origen sería, para la primera hipótesis, la cristalización de dinámicas sociales autóctonas, a la postre, confirmadas por el poder regio, y, para la segunda, la pura delegación de la autoridad real¹³². Por cualquiera de las dos vías, las aristocracias comarcales habrían obtenido un poder que, en los espacios en que no fuera disputado por el propio de la realeza, les permitiría utilizar las circunscripciones previas existentes, algunas de ellas, prerromanas, romanas o visigodas, como marcos de encuadramiento de las nacientes o nacidas aldeas.

En cambio, en aquellos otros espacios en que la autoridad regia asturleonesa (o la condal de Castilla) se hubiera impuesto claramente a los poderes de las aristocracias comarcales, las circunscripciones territoriales existentes no habrían mantenido sus dimensiones y funciones sino que habrían sido no sólo englobadas en marcos de encuadramiento mayores sino también modificadas en sus contenidos y elementos de vinculación

asturleonesa: aportaciones desde la arqueología del territorio», en *Studia Historica*, Historia Medieval, 16 (1998), pp. 173-197. Y, con una ampliación de sus planteamientos teóricos, del mismo, «Dominio político y territorio en la formación del feudalismo en el norte peninsular. Propuestas y reflexiones», en *V Congreso de Arqueología Medieval Española*, ob. cit., 2, pp. 629-655.

131. R. VÁZQUEZ ÁLVAREZ, «Castros, castillos y torres en la organización social del espacio en Castilla: el espacio del Arlanza al Duero (siglos IX a XIII)», en J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR (ed.), *Del Cantábrico al Duero. Trece*, ob. cit., pp. 351-373.

132. Respecto a esta oposición de interpretaciones, véase: J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, «La formación de la sociedad feudal», ob. cit., pp. 85-91, y del mismo, «Señores, siervos, vasallos en la Europa altomedieval», en *Señores, siervos, vasallos en la Alta Edad Media*. XXVIII Semana de Estudios Medievales (Estella, 16 a 20 julio 2001). Pamplona 2002, pp. 48-52.

interna para quedar sometidas a las nuevas circunstancias históricas¹³³. En uno y otro caso, al final, debió resultar decisivo el impulso de las jefaturas señoriales prefeudales, constituidas por las aristocracias de la comunidad¹³⁴ en camino de apropiación-usurpación del esfuerzo de aquélla y de orientación deliberada de su fuerza expansiva en el proceso de «formación del feudalismo», que tiene su arranque y, desde el punto de vista físico, se entiende como atribución social del espacio¹³⁵.

En este punto concreto, las discrepancias entre historiadores, como pueden ser las observadas entre la interpretación de Iñaki García Camino sobre la historia de Vizcaya¹³⁶ y la de Julio Escalona sobre la del alfoz de Lara¹³⁷, siguen siendo herederas de sus respectivas posiciones en el debate sobre la transición de la Antigüedad al feudalismo. Los «mutacionistas» abogan por una imagen dominante de creación de circunscripciones en relación con las nuevas circunstancias de los siglos IX a XI mientras que los «evolucionistas» reivindican el papel de la estructura territorial preexistente y la presencia de comunidades humanas arraigadas y organizadas en estrecha relación con el territorio que ocupan. Factor o consecuencia de estas circunstancias es una mayor atención por parte de los segundos a los aspectos de la articulación territorial. En especial, a los resultantes de la integración de los espacios regionales en la monarquía astur-leonesa en los siglos IX a XI, en cuyo proceso uno de sus rasgos dominantes sería la constante interferencia de las cuatro lógicas descritas, cada una de ellas dotada de fuerza desigual según tiempos y espacios.

El desenlace de la situación bajo el poder político astur-leonés confirmaría la existencia, con difusión muy desigual en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica, de tres niveles de articulación territorial¹³⁸: las circunscripciones mayores ejemplificadas en el *territorium* o en el *alfoz*, productos de la imposición (o del reconocimiento) de la autoridad del monarca o de sus condes; los marcos intermedios simbolizados por los centros de

133. J.J. LARREA, *La Navarre*, ob. cit., p. 264. A pesar de que, en sus propuestas interpretativas generales, discrepa de las posiciones de este autor, una idea semejante, con exemplificación en la desigual dimensión de los alfores castellanos según sean creación del siglo X o del XI, puede hallarse en J. ESCALONA, *Sociedad y Territorio*, p. 230.

134. L.R. MENÉNDEZ BUEYES, *Reflexiones críticas*, ob. cit., pp. 241-259 y 267, retrotrae su influyente papel a la propia etapa de transición a raíz de la crisis del Imperio romano.

135. E. PEÑA BOLOS, *La atribución social del espacio en la Castilla altomedieval. Una nueva aproximación al feudalismo peninsular*. Santander 1995.

136. I. GARCÍA CAMINO, *Arqueología y Poblamiento*, pp. 338-345.

137. J. ESCALONA, *Sociedad y Territorio*, ob. cit., pp. 229-230.

138. J. [LÓPEZ] QUIROGA y M. R[ODRÍGUEZ] LOVELLE, «Dominio político y territorio en Galicia...», ob. cit.

culto, monasterios e iglesias propias, en buena parte, en manos de las aristocracias comarcales, que, en algunos casos, vendrían a recordar, incluso, arcaicos marcos tradicionales; y los ámbitos menores constituidos por la *villa* en su polisémico valor de gran explotación y, cada vez más, de aldea, por cuyo control discutirán señores y comunidades campesinas. Dentro de éstas, se irán alzando, a su vez, las oligarquías aldeanas locales que actuarán de correa de transmisión entre los primeros y las segundas.

**Conclusión: pervivencia y crecimiento endógeno
de la población hacia la constitución de una red de
poblamiento basada en aldeas insertas en estructuras
territoriales ¿heredadas, recreadas o inventadas?**

Las interpretaciones actuales suscriben unánimemente la continuidad durante los siglos VII a XI de la población en el cuadrante noroccidental de la Península, esto es, tanto en el propio valle del Duero como en la orla de montañas que lo circunda. En otras palabras, rechazan la tesis albornociana de la «despoblación (en el siglo VIII) y la repoblación (desde el siglo IX) del valle del Duero». Esa idea de continuidad se refuerza con la exclusión de antiguas hipótesis que apoyaban la idea de aportaciones significativas de pobladores tanto del sur (mozárabes) como del norte (fugitivos del valle del Duero refugiados en las montañas cantábricas), aunque, en el último año, ha reaparecido con cierta fuerza la olvidada hipótesis que Oliver Asín propuso hace más de tres decenios sobre la permanencia de bolsas de población bereberes, tanto islamizados como, sobre todo, cristianos, en el cuadrante noroeste de la Península después de mediados del siglo VIII.

La población de todo el amplio cuadrante estudiado se caracterizaba por una desigual densidad, especialmente baja en la zona montañosa cantábrica y el valle del Duero y más elevada en comarcas de la antigua *Gallaecia*. Por todo el territorio, la ruptura de los patrones de asentamiento de época romana, prolongados mal que bien durante la etapa visigoda, tuvo su base en la desvertebración de las *villae*, en la desaparición del concepto de *civitas* con una *urbs* coordinadora de un *territorium*, pero también en la recuperación, por parte de los castros, de un papel como indicios de un poblamiento en altura y, a la vez, aunque esto es objeto de discusión, de una recuperación de viejas funciones ordenadoras del territorio que antes habían sido propias de la *urbs* y antes todavía (y, en ocasiones, a la par que aquélla en los territorios de la Cordillera Cantábrica) de las comunidades de valle, con grados muy desiguales de jerarquización interna.

Esta ruptura de los antiguos patrones de asentamiento estimuló el fortalecimiento de un hábitat disperso, constituido en parte por minúsculas unidades a escala de familia nuclear. A partir de esta situación, que el silencio casi impenetrable de las fuentes del siglo VIII, sólo permite imaginar, la impresión general es que ya desde esa centuria, y con ritmos regionales probablemente desiguales y, por supuesto, desconocidos, se fue creando un mundo de aldeas. Los factores que lo hicieron posible se han relacionado con un vago crecimiento de carácter endógeno, que, sin explicaciones precisas, habría impulsado a la población hasta entonces instalada en minúsculos asentamientos dispersos a concentrarse en pequeños núcleos.

El conjunto del proceso se desarrolló en el marco de unas estructuras territoriales cuyos rasgos han sido definidos por los investigadores, en buena parte, en función de su interpretación global de los caracteres de la sociedad que estudian. En líneas generales, las tesis que ponían el acento en que la conclusión del proceso se había caracterizado por la aparición de una red de aldeas homólogas y escasamente jerarquizadas hasta la imposición feudal pugnan con las que subrayan que el conjunto del proceso se desarrolló en el marco de estructuras territoriales operativas en la larga duración. En otras palabras, que, desde el principio hasta el final, cada una de las aldeas resultantes, más aún, cada uno de los núcleos de población, era consciente de su integración en un marco jerarquizado de organización del espacio. En este sentido, la recuperación del papel de los castros, no sólo como forma de poblamiento en altura sino también, y, sobre todo, como forma de encuadramiento histórico de los núcleos, sigue siendo objeto de predilección por una parte de la historiografía, sobre todo, la que se ocupa del ámbito de Castilla.

En el tema de las estructuras territoriales, dos son los puntos en que parece que los estudiosos tienden a converger. El primero es el reconocimiento de la posible existencia coetánea de varias dinámicas de encuadramiento (ancestral, campesina, real y aristocrática), cada una dotada de su propia lógica, que, por causa de la dinámica histórica estimulada por la construcción del reino asturleonés, de un lado, se desplegó con mayor energía en determinados espacios regionales, y, sobre todo, de otro, entró en visible interferencia con la lógica de las otras tres. El segundo es el reconocimiento, igualmente, de la existencia de procesos de jerarquización social tanto a escala de las comarcas como de las aldeas. En este sentido, el papel de las aristocracias regionales cada vez parece más relevante. Junto a él, se reitera igualmente el desempeñado por los castros. Pero, ¿estamos hoy de completo acuerdo sobre el significado social y el empleo que hacemos del vocablo «castro»?: emplazamiento en alto con valor de

espacio residencial / productivo (?), con valor de espacio refugio para una población asentada fuera de él, abajo (?), con valor de escenificación del poder ancestral, o del poder feudal (cuando éste lo ocupa o, incluso, cuando ya lo ha abandonado por haber pasado a residir en otros lugares) (?), con valor de territorio de una *civitas*, sea romana o sea de fundación asturleonesa (?), con valor de espacio de circunscripción, de alfoz (?).

El conjunto de nuevos interrogantes demuestra que estamos lejos de haber alcanzado el nivel de informaciones suficiente para pasar a decidir sobre «ruptura» o «continuidad» del modelo de asentamiento, aspecto en que la vieja y simplista formulación ha dejado paso a matices mucho más ricos. Incluso, como hemos visto, aunque admitamos la hipótesis de ruptura, las opiniones varían. Para unos investigadores, que van, con presupuestos parcialmente distintos, desde Sánchez Albornoz a López Quiroga y Rodríguez Lovelle o Iñaki García Camino, la ruptura hay que fecharla en el siglo VIII. Para otros, como Pallares y Portela, en tiempos más inconcretos, entre los siglos III y V. Para otros, como Ernesto Pastor, entre fines del siglo V y mediados del VI. Y, por fin, para otros, como Escalona y Martín Viso, el modelo se caracterizó por una continuidad, prácticamente, desde la Edad del Hierro hasta el siglo XI.

En contraposición con esta variedad de opiniones, los acuerdos sobre el punto de llegada de la evolución del poblamiento en los siglos IX y X parecen más fáciles: un poblamiento de aldeas, esto es, de hábitat concentrado en pequeños y numerosísimos núcleos fue surgiendo en el espacio de las antiguas *villae* (a su lado o sobre sus restos, en que se crearon nuevas *ecclesiae*) o de los *territoria* de los castros, sin que sepamos, con seguridad, si la *villa* y el *castrum* continuaron jugando un papel estructurador de la población o fueron sustituidos por otros marcos territoriales con valor político-social más en consonancia con la construcción del reino asturleonés.

Estas discrepancias entre las interpretaciones de los distintos autores sólo pueden explicarse pensando que: 1) se trata de diferencias generadas en las propias bases conceptuales de partida; 2) se trata de diferencias derivadas del empleo de distintos métodos, técnicas y fuentes (registros escritos, registros arqueológicos, antropología; crónicas cristianas, musulmanas, diplomas); 3) se trata de diferencias físicas y sociales enraizadas en los distintos escenarios escogidos por cada investigador, desde Galicia a Vizcaya, desde Asturias a la Sierra de la Demanda y el valle del Duratón, esto es, se trata de la existencia de modelos diferentes en su punto de partida (pongamos el siglo III) que evolucionaron descompasadamente y de los que cada estudioso sólo ha tratado de interpretar (y, tal vez, subconscientemente, extrapolar) el que ha investigado.

Migraciones campesinas y poblamiento en el Pirineo Central y Occidental (s. IX-XI)*

Fermín Miranda García

El análisis sobre un espacio y un tiempo tan amplios como los del Pirineo central y occidental en los tiempos altomedievales exige necesariamente un acotación física y cronológica más accesibles al estudio y la reflexión, al objeto siquiera de dotarle de una cierta coherencia. Parece en primer lugar imprescindible resistirse a la tentación de desbordar los límites físicos marcados por las sierras prepirenaicas y su inmediato piedemonte y, por tanto, a descender hacia las tierras del Ebro y del Cantábrico, tanto las ocupadas y/o repobladas por los poderes cristianos desde el siglo X (Rioja, Guipúzcoa) como las incorporadas desde el último cuarto del XI. Este es igualmente el lógico límite temporal aproximado, por cuanto la ruptura del frente con Al-Ándalus a partir de 1060-1070 y la conquista de nuevas comarcas hacia el Ebro marcan sin duda una cesura de primer orden y abren una etapa distinta en este terreno de los flujos migratorios, sustentada en buena medida sobre bases también diferentes.

Por otra parte, la información que las fuentes facilitan con anterioridad al siglo X y, en cualquier caso, a las décadas centrales del IX resulta, si no nula, apenas testimonial y nada digna de confianza.

Fuentes que, además, y para todo el periodo y espacio así definidos, se mueven entre las considerables dificultades planteadas –sobre todo en las comarcas más occidentales– por la escasez de documentación escrita y su paralela complejidad en la transmisión (especialmente para las áreas pamplonesa y aragonesa originaria, donde la mayor parte de los

* Este trabajo se inscribe en el marco del programa interuniversitario de cooperación transfronteriza *Resopyr 3*, financiado por la Comunidad de Trabajo de los Pirineos.

textos conservados muestran graves problemas de manipulación) y por los todavía muy limitados testimonios que proporcionan los trabajos arqueológicos, sin duda una de las principales asignaturas pendientes en este terreno, pese a estudios pioneros décadas atrás de los que se sigue haciendo uso casi exclusivo o de las ocasionales prospecciones actuales cuyos resultados se han dado a conocer¹.

Se trata de apenas medio millar de diplomas donde bucear en busca de información, procedentes casi siempre –como por otra parte ya resulta habitual para el conjunto de Occidente– de fondos originariamente eclesiásticos, y, en el caso del área pamplonesa, deben añadirse media docena de núcleos campesinos excavados y con resultados estudiados y editados. De ahí que, y sobre todo para las etapas más tempranas, el terreno de la hipótesis constituya el campo de trabajo fundamental.

Parecen indiscutidas –y no parece haber motivo para lo contrario– las propuestas hoy generalizadas² sobre el intenso grado de articulación territorial y del poblamiento existente en el período tardorromano e hispanogodo en las amplias cuencas prepirenaicas que jalonan estos espacios desde el corredor del río Arakil hasta los valles transversales ribagorzanos, y, en contrapartida, sobre el débil modelo de asentamientos instalado en los valles interiores de la cordillera. A esta apreciación contribuiría no solo la pervivencia de la toponimia tardorromana o de la propia época hispanogoda, sino la existencia, ya en el siglo IX, de un amplio y consolidado rosario de centros monásticos próximos a las entradas de esos valles interiores, y en la periferia por tanto de las tierras organizadas –en consonancia con las costumbres cenobíticas coetáneas–, señalado por san Eulogio en su famosa carta del 851 al obispo Wilesindo de Pamplona³.

Deberá en consecuencia asumirse que, en una etapa que cuando menos cabe remontar al siglo X en las áreas «pamplonesas» e incluso anterior en las «aragonesas», se produjo un proceso de asimilación de esos espacios periféricos y, al menos parcialmente, intramontanos, para modelos de articulación espacial mucho más sólidos, según parece constatar su

1. Sigue siendo de imprescindible cita la obra de C. JUSUÉ SIMONENA, *El poblamiento rural de Navarra en la Edad Media. Bases arqueológicas. El valle de Urraúl Alto*, Pamplona, 1988, cuyas propuestas metodológicas previas desbordan ampliamente el marco físico señalado en el título.

2. Entre otros autores, J.J. LARREA, *La Navarre du IV^e au XII^e siècle. Peuplement et société*, Bruselas, 1998, pp. 37-79, o J. PAVÓN BENITO, *Poblamiento altomedieval navarro. Base socioeconómica del espacio monárquico*, Pamplona, 2001, pp. 41-46.

3. Ed. J. GIL FERNÁNDEZ, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, 2, Madrid, 1975, 497-503.

regular presencia en la documentación de esa centuria y de la siguiente. Los sistemas de organización carolingios y postcarolingios, por un lado, y la presión fronteriza frente al Islam contribuyeron sin duda al necesario ordenamiento interno y la ocupación para la agricultura tanto en latitud como en altitud, incluso en comarcas ya densamente organizadas con anterioridad, y por tanto habrían favorecido los desplazamientos a corta distancia, difíciles con todo de rastrear en la documentación. Como testimonio excepcional, cabe recordar que junto a uno de esos monasterios «tempranos», el de San Pedro de Usún –en los límites meridionales del valle de Salazar–, cuya iglesia se consagró el año 829, había surgido no mucho después una población rural, que un siglo más tarde (924) fue entregada por el rey Sancho I Garcés al obispo Galindo⁴.

Las huellas particulares

Apenas desde finales del X, pueden rastrearse desplazamientos individualizados que no parecen responder a ocupaciones de zonas incultas, sino a movimientos de carácter singular o familiar hacia núcleos habitados y que cabe deducir con claridad a partir del locativo que en algunos –pocos– antropónimos remite a una procedencia distinta del lugar conocido de residencia de su portador. Se trata de poco más de media docena de testigos documentales. La mitad responden a mujeres, miembros quizás de la pequeña aristocracia, y desplazadas tal vez de sus tierras de origen por motivos matrimoniales, un modelo de alianzas familiares bien conocido para el conjunto de Occidente tanto de forma coetánea como para tiempos anteriores y posteriores, y que se convirtió en básico para el reforzamiento de las redes aristocráticas y su singularización social⁵; en ese sentido, la aragonesa Sancha Aznárez de Baón, que se mueve en el entorno de Araguás ca. 1025⁶, o la ribagorzana Oneca de Racié, en Valla-briga, ca. 1043⁷, no parecen distar mucho de diversos ejemplos anteriores

4. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Colección Diplomática de la catedral de Pamplona 829-1243*, Pamplona, 1997, núms. 1-2. Sobre la temprana vinculación monasterios/colonización en algunas de las comarcas pirenaicas aquí estudiadas ya llamó la atención J.J. LARREA, «Moins et paysans: aux origines de la première croissance agraire dans le Haut Aragon (IX^e-X^e siècles)», *Cahiers de Civilisation médiévale*, 33, 1990, 219-239.

5. J. MORSEL, *L'Aristocratie médiévale. Le domaine social en Occident (V-XV s.)*, París, 2005, pp. 63-73.

6. An. UBIETO ARTETA, *Cartulario de San Juan de la Peña*, I, Valencia, 1962, núm. 40.

7. Á. MARTÍN DUQUE, *Colección Diplomática de Obarra (siglos XI-XIII)*, Zaragoza, 1965, núm. 124.

recogidos en las «Genealogías de Roda» y relativos a la nobleza pirenaica de los siglos IX-X⁸.

No falta con todo, dentro de este mismo ámbito aristocrático, algún ejemplo masculino, entre los que destaca sin duda el caso de Galindo de Córdoba, un acomodado presbítero emigrado desde Al-Ándalus a las cercanías de Pamplona (Cordovilla) a finales del siglo X con buena parte de sus parientes (hermanos, sobrinos) y al que se ha relacionado genéticamente con alguno de los miembros de la alta aristocracia pamplonesa que, según los mismos textos rotenses, se habían trasladado a la capital andalusí un par de generaciones antes, con motivo de tensiones internas del entorno regio⁹.

Sin embargo, en lo que hace a los movimientos de miembros de la masa propiamente campesina, los datos resultan mucho menos indicativos y proporcionalmente más escasos si cabe. El presbítero Galindo de Salamaña, desplazado a Agüero a mediados del XI¹⁰; Oratón de Villacarli a Raluy ca. 1007¹¹; o, pocos años antes (991), García de Aguri (?), instalado en Apardués¹². No sólo resulta imposible establecer si ese locativo ajeno al lugar de habitación se corresponde con una emigración reciente o en generaciones pasadas; en algún caso ni siquiera podemos estar seguros de encontrarnos ante un auténtico fenómeno migratorio, como en el caso de un «excusado» devuelto por el rey García III Sánchez, en 1038, al ámbito de las propiedades de San Juan de la Peña en Catamesas, después de que su padre lo hubiera «trasladado» a la mandación de Ruesta. No parece tratarse tanto de un desplazamiento forzoso como de un simple cambio *ilegítimo* de jurisdicción señorial, desde el monasterio al rey a través de su tenente en Ruesta, sin que el campesino, ni obviamente su heredad, se hubieran movido hacia ninguna parte¹³.

¿Cabe suponer que estos escasos y en ocasiones dudosos testimonios constituyen el reflejo de una realidad igualmente anecdótica, y que los movimientos singulares a corta o media distancia resultaban tan poco frecuentes como las huellas que han dejado? En la medida en que el locativo

8. J.M. LACARRA, «Textos navarros del códice de Roda», *EEMCA*, 1, 1945, pp. 195-283.

9. A. CAÑADA, «Lucubraciones en torno a un documento milenario», *Príncipe de Viana*, 63, 2002, 339-344. Sobre el relieve de esas tensiones, cf. F. MIRANDA GARCÍA, «Imagen del poder monárquico en el reino de Pamplona del siglo X», *VI Congreso General de Historia de Navarra. Ponencias*, Pamplona, 2007, pp. 85-86.

10. An. UBIETO, *Cartulario Peña*, 140 (1057).

11. Á. MARTÍN DUQUE, *Colección Obarra*, 8.

12. Á. MARTÍN DUQUE, *Documentación medieval de Leire (s. IX-XII)*, Pamplona, 1983,

13. An. UBIETO, *Cartulario Peña*, 72.

como parte del nombre implique, en este tiempo y contexto social, una marca de singularidad del ajeno, cabría establecer una línea de reflexión en esa línea. Sin embargo, existen otros elementos igualmente habituales que pueden contraponerse. Así, la pervivencia de numerosos *nomina de raíz* pre-latina o singularidad evidente, que no necesitan acompañarse de locativos para identificar esa singularidad: Sancho/a, Bella, Oneca, García, nombres que se ven acompañados de locativos, son aquellos que por su paulatina frecuencia reclaman cada vez más ese tipo de auxilios. Sin embargo, el repertorio habitual en la documentación del siglo X y XI guarda todavía un muestrario lo suficientemente amplio como para que el hecho migratorio, en caso de existir, no necesite reflejarse para diferenciar al individuo, única circunstancia de relieve práctico en la denominación textual. Por otra parte, la existencia, igualmente aceptada en la mayor parte de los estudios, de comunidades de valle relativamente definidas –al margen de su valor «administrativo»¹⁴, con la consiguiente relación más o menos habitual entre los diferentes núcleos de población, habilita igualmente un cauce de conocimiento personal por encima del lugar de origen, del que podía por tanto prescindirse para la identificación en caso de traslados de residencia a corta distancia. Debe por tanto considerarse, con mayor probabilidad, la existencia de un flujo más o menos continuado entre aldeas cercanas, facilitado precisamente por un sistema de poblamiento que, como se ha comentado, se hallaba perfectamente articulado desde tiempos muy anteriores y en el que la participación señorial, aunque puede intuirse por las evidentes repercusiones socio-económicas que el movimiento comportaba, apenas puede constatarse.

Polos de atracción colectiva e impulso señorial

Esta participación puede sin embargo analizarse con mayor profundidad a través de diversos ejemplos centrados en movimientos de carácter colectivo –al menos en sus presupuestos iniciales– pero que la documentación solo muestra a partir de los inicios del siglo XI.

El contexto social en que se imbrican debe situarse sin duda en el relieve que C. Wickham otorga a la parroquia y a la señorrialización como uno, aunque no el único, de los elementos que contribuyen a articular la coherencia de la aldea y su término. También, a la importancia que atribuye a esa señorrialización en el proceso de consolidación de las

14. Por citar tan solo un ejemplo conocido, J.J. LARREA, *La Navarre*, pp. 242-263.

comunidades de aldea, bien como entidades con cierto peso institucional o, como sistemas de actuación comunitaria de hecho que vienen desde atrás¹⁵. Así pues, esos desplazamientos de carácter más o menos colectivo aparecerán relacionados de una u otra forma con los intereses señoriales y con el «espíritu» de comunidad aldeana, en unas ocasiones manifiestamente demostrados, y en otras evidentes en su propio desarrollo.

Aunque los ejemplos que más adelante se recogen con cierto detalle proceden de fondos eclesiásticos y, por ello mismo, aluden casi de modo sistemático a una intervención señorial del mismo carácter, la documentación no deja de transmitir desde fechas tempranas, siquiera a través de la manipulación documental (que en el peor de los casos refleja el modelo contemporáneo a esa manipulación o el que se recuerda de las fechas a que pretende remontarse), la función repobladora del espacio que se atribuye a la monarquía y a la aristocracia, laica o eclesiástica.

Así ocurre con numerosos documentos falsos o «recompuestos» en el siglo XI pero que se atribuyen al IX y el X. Por citar un ejemplo muy conocido, una falsificación procedente de San Juan de la Peña, elaborada quizás a finales del XI, atribuye a Fortún Garcés el Monje y Galindo Aznar de Aragón la repoblación de Labasal, Biniés, Tolosana y Orrios después de que los *sarraceni desperserant illo monasterio cum suos meskinos quando nondum adhuc erant illas villas populatas*¹⁶; más delante se analizará con cierto detalle un ejemplo muy similar en el otro extremo del arco geográfico aquí analizado, el condado de Ribagorza, en el entorno del año 1000. Otro tanto ocurre en el manipulado diploma que recoge la fundación de San Martín de Albelda por Sancho Garcés I en 924¹⁷. Pero también se les asigna la condición de «agentes» de una política de atracción en los espacios interiores, que se trasluce, siquiera de modo indirecto, a través de expresiones documentales como *ad populandum*¹⁸, *illi qui ibidem sunt uel qui adueniendi sunt*¹⁹, o *illi qui habitant uel habitaturi*

15. C. WICKHAM, «La cristalización de la aldea en la Europa Occidental (800-1100)», texto que firma en estas mismas actas y que supone un interesantísimo estado de la cuestión y punto de vista particular. A las obras e hipótesis en él planteadas, y al apéndice bibliográfico que cierra el volumen de actas nos remitimos para descargar estas notas de las referencias bibliográficas menos imprescindibles.

16. Año 892; An. UBIETO, *Documentos reales navarro-aragoneses hasta el año 1004*, Zaragoza, 1986, núm. 6.

17. *Íbid.*, núm. 12

18. Á. MARTÍN DUQUE, *Colección Obarra*, núm. 35 (1019).

19. *Íbid.*, núms. 1 (1002) y 14 (1010)

sunt²⁰, feminas et homines ibi habitantes uel habitaturos²¹, hominibus et feminis ibi habitantibus et habitaturis²²; al margen de que supongan igualmente una referencia a las futuras generaciones de habitantes. Más específicas son expresiones como *dedit terminos habitatoribus de illa población²³*, o *placuit ei ut populasset eam²⁴*. Se trata con todo de referencias genéricas, que no permiten conocer los mecanismos concretos de apropiación humana del espacio en lo que a los propios y necesarios desplazamientos implica, con los consiguientes acuerdos (o la ausencia de los mismos), entre propietarios y beneficiarios.

Contamos sin embargo con diversos casos documentados, bien que relativos todos ellos al siglo XI, en un marco social por tanto de mayor definición y estabilidad, y que ofrecen una información de cierta amplitud, cuyo análisis detallado permitirá quizás alcanzar un tipo de valoración a un tiempo más global y cercana en torno a las cuestiones que aquí interesan.

1. *Los dispersados de Raluy e imitaciones ribagorzanas de reagrupamiento.*

La compleja relación de Raluy, actualmente un despoblado en la ladera occidental del monte Turbón, con el monasterio de Obarra y su abad Galindo, ya ha sido estudiada con cierto detalle²⁵. Se trata aquí por tanto de destacar de modo especial una situación documentalmente bien conocida, y que permite situarse en la política de los poderes laicos (el conde Suñer de Pallars, consorte de Toda de Ribagorza) y eclesiásticos (el propio cenobio de Obarra) en relación con el proceso de recuperación del hábitat en una zona y momento concretos de esta sección oriental del Pirineo Central, o si se prefiere, occidental del Pirineo Oriental.

En efecto, las razzias de Abd al-Malik de 1006 habían dejado al parecer despoblado el núcleo y, bien como decisión espontánea del conde, bien por inspiración elocuente de la abadía, Suñer encomendó (1008)

20. Íbid., núm 35 (1019), e I. PUIG I FERRETÉ, *El cartoral de Santa María de Lavaix: El monestir durant els segles XI-XIII*, La Seu d'Urgell, 1984, falsos 7, p. 50

21. Á. MARTÍN DUQUE, *Colección Obarra*, 36 (1019).

22. An. UBIETO, *Cartulario Peña*, 37 (1016).

23. An. UBIETO, *Documentos reales*, 2 (964).

24. Íbid., 15 (905-925).

25. F. GALTIER MARTÍ, *Ribagorza, condado independiente. Desde los orígenes hasta 1025*, Zaragoza, 1981, pp. 154-160.

al abad y los monjes de Obarra la repoblación de Raluy, *quod gens paganorum destruxerunt ea et non habitant homines, quia fugierunt per diversa loca propter metu illorum. Ego suprascriptum comes, simul cum uxore mea, facimus carta de ipsu villare ermo et de suos terminos eisdem pertinentibus, [...] de quantum ab antiquo tempore fuit constitutu, omnia uobis donamus [...]. Et propter hoc facimus ut ipsi homines qui habitant inter gente pagana et per diversas locas, faciat eos venire ad ipsu villare et de heremo vastitatem ad culturam frugum faciat eam perducere*²⁶. La entrega de un caballo y de 100 sueldos y 25 mancos de oro por parte del establecimiento monástico debió sin duda de ayudar a la voluntad condal, pero en todo caso queda de manifiesto una dejación de obligaciones o, cuando menos, una delegación de responsabilidades por parte de la supuesta autoridad vicarial del monarca (*regnante Roberto rege*) en manos del señor local de turno con mayor relieve, en este caso Santa María de Obarra. En todo caso, el diploma venía a ratificar una situación que de hecho se producía desde un año atrás, cuando el obis-

26. Á. MARTÍN DUQUE, *Colección Obarra*, núm. 9

«In nomine Domini nostri Ihesu Christi et indiuidue sancte Trinitatis qui est unus et umerus Deus. Ego Suniarius gratia Dei comes, simul cum uxore mea, expunxit nos Deus et trina maiestas ut faciamus karta elemosinaria ad Deum Patrem omnipotentem et ad sancta Maria mater domini nostri Ihesu Christi ceterisque sanctis et ad seruientes illius qui modo sunt in cenobio qui nuncupatur Uuarra, id est Galindo abba, simul cum cuncta congregatiōne qui sunt in ipso cenobio tam qui modo ibi sunt quam qui adueniēnt sunt usque in futurum seculum. Nos supra nominati sic facimus karta de una uilla qui nuncupatur Lorrui, quod gens paganorum destruxerunt ea et non habitant ibi homines, quia fugierunt per diuersa loca propter metu illorum. Ego supra scriptus comes, simul cum uxore mea, facimus karta de ipsu uillare ermo et de suos terminos eisdem pertinentibus, aquis, aquarum [ductibus], paschuiis, estiuas, de quantum ab antiquo tempore fuit constitutu, omnia uobis donamus et firmamus in ipso cenobio. Et propter hoc facimus ut ipsi homines qui hauitiant inter gente pagana et per diuersas locas, faciat eos uenire ad ipsu uillare, et de heremo uastitatem ad culturam frugum faciat eam perducere. Ego Suniarius comes cum uxore mea facimus carta aliquid elemosinaria, aliquid propter uestro seruicio quod nobis fecistis, id est uno caballo colore rubio balzano in centum solidos, XX et V mancus de auro. Et est manifestum, si quis sane, quod fieri minime credo esse uenturum, quod si ego supra scriptus comes et coniux mea aut de filiis meis nec nullus succedens [comes] nec uicarios nec nulla fincta persona hominum de ipsa uilla supra nominata nec de ipsis homines qui ibidem habitant qui fuerunt aut sunt curiale[s] aut dominicales de comite, uos inquietare non presumat, sed stauilis et firmis permaneat in omni roboro et non disrupatur.

Facta karta in menso decembrio, anno post millesimo VIII. Regnante Roberto rege.

Signum Soniariu comite cum uxore sua qui hanc carta rogauit scribere et testes ad roborandum firmare. Signum Mirone filio Gelemundos. Signum Gamica filio Auriolo. Signum Ezone de Erbera.

Borrellus iudex rogatus scripsit sub die et anno quod supra.

Suniarius (*signo*)».

po Aimerico de Roda había vuelto a consagrar la iglesia local y la había puesto en manos monásticas (si se acepta como auténtico el diploma elaborado al efecto)²⁷. De ambos documentos puede desprenderse que el patrimonio de Obarra en Raluy tenía ya cierto peso, y parece evidente por los diplomas posteriores que la labor «encomendada» a la abadía de favorecer el regreso de los huidos (¿o de nuevos pobladores?) alcanzó cierto éxito, puesto que en los años siguientes, desde 1009 y hasta 1017, Obarra adquirió a diversas familias los pequeños predios que disfrutaban con anterioridad al ataque musulmán (la expresión de que los habían recibido en herencia de sus padres –*advenit de parentum nostrorum*– es la más habitual)²⁸.

Ello supone con toda seguridad el éxito en la puesta en cultivo de las heredades previas del monasterio, sin la que una política de expansión patrimonial no habría tenido mucho sentido, y por tanto el regreso de los campesinos dedicados a ello. De hecho, un diploma de ca. 1009 afirma que *illa villa erat erema de mauros et nos populauiimus eam*, y en torno a 1010 la presencia de un Aznar teniente en Raluy confirmante de un diploma condal apunta a la existencia de un pequeño castro (¿un delegado del abad?) que sin duda pudo colaborar en la confianza de los posibles inmigrantes. Pero también supone, lógicamente, el empleo de estas tareas repobladoras como medio para afirmar la autoridad del monasterio sobre los antiguos alodiales, que venden sus heredades, en general, por un precio de apenas 2 ó 3 sueldos (caso aparte del presbítero Raculfo, al parecer párroco y patrono de la iglesia mantenido en su puesto hasta el fin de sus días). Puesto que no se hace referencia a que habiten en otros lugares y se hubieran limitado a la venta de sus tierras, cabe especular sobre la posibilidad, ya sostenida por Fernando Galtier, de que su regreso y la venta consiguiente de la heredad, suponga su encomienda, ahora como arrendatarios, bajo la jurisdicción del monasterio, en condiciones que no se detallan en ninguna de las actas, pero que sin duda implicaban una condición de dependencia y, en consecuencia, una pérdida de la libertad jurídica²⁹.

27. *Íbid.*, 8.

28. *Íbid.*, 10, 11, 13, 21, 24.

29. No cabe recuperar aquí la vieja discusión de si trataba de campesinos libres o de miembros de la pequeña nobleza cuya situación les hizo aconsejable la pérdida de su condición; pero como señala J. MORSEL, *L'Aristocratie*, 178, no hay por qué suponer que la pérdida de la condición nobiliaria fuera tan difícil en determinadas circunstancias. Establecer la contrario tiene quizás, siguiendo a este autor, un componente importante de aplicación de criterios legales y sociales anacrónicos por posteriores.

No faltan, con todo, entregas a nuevos arrendatarios (y pobladores?) a partir de compras realizadas a los antiguos propietarios; así, Céntulo recibe, *ut serviat monasterium*, la heredad adquirida nueve años antes en Racons a Elidbertha y sus hijos³⁰, lo que implica que la compra no siempre suponía la encomienda a sus viejos detentadores y exigía la presencia de nuevos pobladores o la entrega de la heredad a otros arrendatarios.

Del éxito de la empresa son demostrativas otras adquisiciones del mismo tipo efectuadas por la abadía en localidades cercanas, y posiblemente igualmente afectadas por las campañas musulmanas, como Racons o incluso más alejadas, como Fantova³¹.

Interesa ahora señalar que la labor repobladora y tutelar de antiguas poblaciones y heredades alodiales de las tierras ribagorzanas no parece limitarse al mundo de los señores eclesiásticos, aunque estos sean los más conocidos porque son sus fondos documentales los que se han conservado.

Su incorporación con el tiempo al patrimonio de Obarra permite conocer que, en paralelo, o poco después, algunas familias de la aristocracia laica comarcana realizaban un proceso similar, como es el caso de Apón Galindo en Ballabriga, apenas a un km de Obarra (un total de 47 compras conocidas entre 1020 y 1045 aproximadamente y con unos precios que, en general, se mueven entre los 2 y los 14 sueldos³²), o el de Enardo, *fides et iudex* de Mayor de Ribagorza, y su mujer Sancha, en Benasque (25 km al norte, entre 1015 y 1020)³³. No puede establecerse hasta qué punto, sobre todo en el primer caso, esta *imitatio* se debe al éxito de la empresa monástica o a un impulso paralelo motivado por las mismas circunstancias que llevaron al proyecto del abad Galindo y al consentimiento del conde Suñer (o al encargo de Suñer con la aceptación exultante de Galindo).

2. *Los pobladores de Urranci*

Un km al norte de Irañeta (Arakil), en un abrigo bajo la Sierra de Aralar, a 4 km. del santuario de San Miguel de Excelsis, dependiente de la catedral de Pamplona, cinco fuegos de labradores regios se habían

30. Á. MARTÍN DUQUE, *Colección Obarra*, 16 (1010) y 34 (1019).

31. *Íbid.*, 12, 22, 31.

32. *Íbid.*, 92-101, 105-107, 109-110, 112-131.

33. *Íbid.*, 37-82.

instalado hacia 1075 en un «solar de Santa María» y con autorización regia emitida en ese año pasaron a depender de la catedral, con las correspondientes cargas, que no se especifican³⁴. El hecho de que el diploma se dirija expresamente a *uobis homines populatores que estis populati in Urranci in solare de Santa Maria* y les declare ingenuos de servidumbre regia y dependientes de Santa María de Pamplona apunta quizás a un movimiento inducido por los propios pobladores, tal vez procedentes de algún núcleo cercano (Irañeta?) y asumido como propio por el monarca y la seo pamplonesa. Se trataría así de la pervivencia fosilizada del modelo tradicional de apropiación de los espacios cercanos desde poblaciones ya asentadas, y del que queda aquí constancia porque supone, en este caso, un cambio de señor. Frente a la afirmación, acuñada en su momento por J.M. Lacarra³⁵, de que ratifica la presencia de campesinos ingenuos, alodiales, en la Pamplona de finales del XI, supone, por el contrario, la mejor evidencia de la señorrialización del territorio³⁶ sobre la base del acuerdo entre los respectivos señores, el previo, que autoriza el desplazamiento, y el futuro, que asume a sus nuevos dependientes. El propio traslado apunta sin duda a la «saturación» espacial de los aprovechamientos en la zona de origen y, en consecuencia, el escaso interés que el antiguo propietario –el rey en este caso– podía tener en la permanencia de las familias, y más allá de la proyección pública

34. Publ. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Colección Diplomática de la Catedral de Pamplona*. 829-1243, Pamplona, 1997, núm. 30.

«Sub diuina excellentia atque omnipotentis Dei gratia. Ego Santius rex et cum uxore mea Placentia regina facio hanc cartam uobis homines populatores qui estis populati in Urranci in solare Sancte Marie, uidelicet, uos Blasco Ortiz, Eneco Semenones, Fortun Sarrazinez, Sanso Gomic, Fortun Zamarra, ut sitis ingenui uos et filii uestri et omnis generatio uestra, ut non faciat ullum seruicum ad nullo homine de isto seculo de Urranci nec de quanto estis tenentes hodie de meo regali, nec in antea adquirere potueritis, nisi Deo et Sancte Marie et episcopo Belasio de Pampilona et omnibus successoribus eius per secula cuncta, amen.

Facta carta in era MCXIII^a, kalendas iunii, II^a feria, in Naiera, regnante Santio rex cum prelibata uxore sua Placentia regina in Pampilona et in Naiera uel Alaua. Adefonsus rex in Castella et Legione. Santius rex in Aragone. Velasius episcopus in Yrunia. Munius episcopus in Kalagorra. Fortunius episcopus in Alaua. Testes senior Scemeno Azenarez de Tafalia. Senior Fortunio Acenarez de Funes. Senior Santii de Arlas. Senior Garcia Santii de Sancti Stephani. Palatium regis: Senior Lope Uelasquiz de Matrice, maiordomusque poteckarius. Senior Eneco Santii, alferiz. Senior Lope...»

35. J.M. LACARRA, «Documentos para la historia de las instituciones navarras», *AHDE*, 11, 1934, pp. 487-503.

36. F. MIRANDA GARCÍA, «La población campesina del reino de Pamplona en el siglo XI. Variantes léxicas y ecuación conceptual», *I Congreso General de Historia de Navarra. 3. Comunicaciones. Edad Media*, Pamplona, 1987, pp. 117-127.

que implica para el soberano, en cuanto tal, la labor organizadora del territorio.

3. *Los repobladores de Urdaspal*

En el otro extremo del arco geográfico pamplonés (valle de Roncal), pero que se antoja muy similar en sus planteamientos ideológicos y de interés económico y social, se sitúa la propuesta realizada (1090) por el monasterio de Leire, a una familia con la que acordó la puesta en cultivo del espacio vinculado a la iglesia de Santa María de Ceveza³⁷, una dependencia del monasterio de Urdaspal (mencionado por san Eulogio a mediados del IX, en término actual de Burgui, 3 km aguas arriba del Esca), puesto bajo el dominio de la abadía legerense en 1085 por el monarca Sancho Ramírez. Aunque esta entrega había sido impulsada por el legado pontifical Frotardo, tras ella parece verse un propósito de articulación del hábitat similar al que veíamos, tres generaciones antes, en Obarra y Raluy, aunque el resultado parece en este caso más modesto, porque la imposibilidad de seguimiento documental del caso apunta a un fracaso.

37. Aunque la localización de Santa María de la Ceveza no ha sido posible, todavía hoy se conservan los restos del monasterio de Urdaspal. El diploma que recoge estos hechos fue publicado por Á.J. MARTÍN DUQUE, *Documentación medieval de Leire. Siglos IX-XII*, Pamplona, 1983, núm. 134

«(Crismón). In nomine domini Dei nostri. Ego Regimundus, abbas Sancti Saluatoris cenobii, et cuncta congregatio monachorum suorum, facimus cartam donationis tibi Cardello et filio tuo clero nomine Fortis, de ipsa ecclesia Sancte Marie de Zeueza que est in termino et in subiectione de Urdaspal. Et damus uobis predictam ecclesiam cum suis domibus ad construendum et ad edificandum, in seruicio et in fidelitate Sancti Saluatoris, ut habeatis de ipsis oblationibus quas Deus ibi dederit, medietatem et aliam medietatem reddatis nobis. Insuper damus uobis et omnibus hominibus qui ibi uenerint ad faciendum populationem et habitationem, quantum potueritis uel potuerint laborare de ipsis terris heremis et incultis, ut reddatur nobis fideliter ipsum decimum; et uos et alii homines qui ibi populauerint, per unumquemque annum reddatis nobis galetam et delcatam sine fraude. Si autem uos suprascripti Cardellus et Fortis, filius tuus, potueritis facere unum aut duos molinos et unum ortum, reddatis nobis medietatem; si autem nolueritis uel non potueritis facere, faciat qui potuerit per nostram licentiam et nostrum consilium. Si autem uenerit alias abbas uel alias prior, non illis faciat ullam murmurationem iniustum atque iniuriam, ita ut per unumquemque annum ueniant ad labores monasterii de Urdaspal quindecim dies, dando eis panem et uinum, et faciant quod eis preceptum fuerit, quinque dies in arare, et quinque dies in seccare, et quinque dies in cauare.

Facta carta in era MCXXVIII. Regnante rege Santio in Aragona et in Pampilona. Rege Adefonso in Castella et Gallitia. Domino Petro episcopo in Pampilona. Et alio Petro episcopo in Jacha et in Aragona. Senior Lope Garceiz in Rosta et in Arroncal.

Ego Regimundus abbas confirmo (*signo*) et laudo hanc cartam».

La concesión se efectuaba *ad construendum et ad edificandum predictam ecclesiam cum suis domibus* a «vosotros» (Cardiel y su hijo el clérigo Fortes –al que sin duda se ponía al frente de la iglesia–), y a *omnibus hominibus qui ibi venerint ad faciendam populationem et habitationem, quantum potueritis vel potuerint laborare de ipsis terris heremis et in cultis, in servitio et in fidelitate Sancti Salvatoris*, a los que se pedía también que hicieran «si podían» *unum aut duos molinos et unum bortum*, lo que implica sin duda un proyecto de roturación de tierras nuevas, muy acorde con el momento económico en toda Europa, pero que sirve también para señalar la importancia del término *populatio*, mucho más abarcador que el de *habitatio*.

Con todo y pese al tiempo transcurrido, el modelo económico de Urdaspal, repleto de obligaciones señoriales (rentas –*galleta* y *delcata*–, la mitad de los ingresos del molino y de la producción del huerto, corveas de quince días para Urdaspal, y, por supuesto, el pago de diezmos), muestra una imagen fosilizada mucho más cercana al ejemplo ribagorzano; los siguientes ejemplos que se anotan, situados por cierto a medio camino del arco temporal, se antojan bastante distintos.

4. Los aezcoanos de San Jaime de Aibar

Más innovador quizás en sus planteamientos y pretensiones aparece el caso de San Jaime de Aibar y los emigrantes aezcoanos atraídos por San Juan de la Peña, una generación antes³⁸.

38. Publ. An. UBIETO, *Cartulario de San Juan de la Peña*, 2, Valencia, 1963, núm. 136
«In nomine sancte Trinitatis. Hec est cartula donationis vel confirmationis quod fieri iussi ego Blasco, abba de Sancti Iohannis, cum iussione et voluntate Ranimiri regis, ad eos qui venerunt de Ezcuad ad populationem de Sancti Iacobi de Aibare. Dedi eis omne terminum ipsius Sancti Iacobi et locum ad habitacula construenda, ut habitent ibi, possideant, teneant, habeantque ipsi et filii eorum, et omnis generatio illorum quicquid potuerint laborare in terminum Sancti Iacobi, tam terras quam vineas, ortos, olerum, aquis, pascuis; omnia dedi eis ingenua. Et de omni labore frugum suarum, per singulos annos, ad Sancti Iacobi monasterio dent decimam; et sint tam ipsi quam omnis generatio illorum servi de Sancti Iohannis usque in seculum seculi. Si quis autem extraere eos voluerit de dominatione Sancti Iohannis, sit anathema in adventu Domini, et cum Iuda traditore habeat portionem, in secula seculorum, amen.

Facta carta donationis era TLXXXIII, regnante Domino nostro Ihesu Christo et sub eius imperio Ranimirus rex in Aragone et in Suprarbi et in Ripakorza, nepos eius Sancius rex in Pamplona, et abba Blasco in Sancti Iohannis, Iohannes episcopus in Irunia, Garsea episcopus in Aragone».

Aibar, con su término, habían formado parte de la compleja herencia recibida por Ramiro de Aragón de su padre Sancho III Garcés³⁹. En ese contexto, al parecer, se produce la ratificación por parte del príncipe aragonés de la donación efectuada con anterioridad a San Juan de la Peña, o a alguno de los cenobios que le dieron origen, del monasterio de San Jaime de Aibar⁴⁰, como una forma tal vez de vincular hasta donde fuera posible este espacio netamente pamplonés a las tierras aragonesas que constituían el núcleo central de los dominios de Ramiro.

En cualquier caso, en 1056 el abad del cenobio aragonés y un grupo indeterminado de emigrantes aezcoanos llegaban a un acuerdo para la repoblación (*«ad habitacula construenda, ut habitent ibi, possideant, teneant, habeantque ipsi et filii eorum, et omnis generatio illorum qui cquid potuerint laborare in terminum Sancti Iacobi, tam terras quam vineas, ortos, olerum, aquis, pascuis; omnia dedi eis ingenua»*) del término. Supone de hecho el desplazamiento colectivo a más larga distancia del que se tiene noticia para esta etapa y en estas tierras pirenaicas, unos 50 km en línea recta desde el valle de Aezkoa. La confluencia de intereses entre el cenobio y los pobladores parece enmarcarse en la evidente saturación coetánea de los espacios pirenaicos que reflejan todos los estudios⁴¹, y las posibilidades de aprovechamientos madereros que ofrecerían los bosques cercanos de la Sierra de Izco (todavía hoy conservados en parte), para los que sin duda los aezcoanos emigrantes estarían singularmente preparados. Sin embargo, las escasas obligaciones establecidas –tan solo el pago de diezmos–, apuntan en diversas direcciones no necesariamente excluyentes. Por un lado, a las dificultades de puesta en activo del espacio cedido. Todavía en 1080 Sancho Ramírez realizó una cesión patrimonial a San Juan de la Peña y a su dependencia de San Jaime⁴² para

39. Quizás el mismo año de 1035 en que murió Sancho. Cf. An. UBIETO *Cartulario Peña*, 66, para el documento de donación, y F. MIRANDA GARCÍA, «Monarquía y espacios de poder político en el reino de Pamplona (1000-1035)», *Ante el milenario del reinado de Sancho el Mayor. Un rey navarro para España y Europa. XXX Semana de Estudios medievales. Estella'2003*, Pamplona, 2004, pp. 43-70; también A. MARTÍN DUQUE, *Sancho III el Mayor de Pamplona. El rey y su reino (1004-1035)*, Pamplona, 2007, pp. 364-367.

40. Así lo establece como hipótesis A.I. LAPEÑA PAÚL, *El monasterio de San Juan de la Peña en la Edad Media (desde sus orígenes hasta 1410)*, Zaragoza, 1989, p. 65. Dada la complicada transmisión documental de estos documentos, no debe descartarse, con todo, que la donación inicial fuera establecida por el propio Ramiro y que manipulaciones diplomáticas posteriores atribuyesen el dominio a los tiempos de Sancho II ó III de Pamplona.

41. Vid. supra, n. 2-3.

42. Publ. M. ARIGITA Y LASA, «Documentos inéditos», *BCMN*, 2 (2ª serie), 1911, pp. 15-20. Otra versión, muy semejante, en Á. MARTÍN DUQUE, *Documentación Leire*, núm. 109.

que «*uestri populatores faciant ibi suas domos et egrediantur a claustro monasterii ubi nunc habitant*», prueba evidente del escaso desarrollo obtenido hasta entonces y de que el número de pobladores no debía de ser muy elevado (quizás por deserción también de algunos de ellos).

Pero esa reiteración en los esfuerzos regios y monásticos puede deberse también al emplazamiento de San Jaime, junto a un paso en el que ha dejado su nombre, cerca de las vías Jaca-Pamplona y Jaca-Aibar-Estella (que podría haber ido por el norte de Aibar y el mencionado término antes del desarrollo de Sangüesa). La propia intervención de la dinastía navarro-aragonesa sobre Sangüesa, en esas mismas comarcas, parece más destinada a fomentar la comunicación de Jaca con Estella que con Pamplona. Aunque no sea definitorio, el propio nombre parece remitir al impulso del fenómeno jacobeo propio de estas fechas y por tanto a una de las posibles vías de peregrinación (y sobre todo de comunicación con el sureste pamplonés) de esta zona.

Nos encontraríamos en ese caso ante un tipo de «promoción» de poblamiento situada sobre bases, al menos hasta cierto punto, diferentes, y más relacionadas con los esfuerzos reorganizadores del poblamiento

«In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Hec est carta quam ego, Sancius rex Aragonensium et Pampilonensium facio Deo et beato Iohanni baptiste de illo monasterio qui uscitatur Sanctus Jacobus de Aiuar quod dedit tritaus meus Sancius, cognomento Auarca, cum omnibus terminis suis, siluis, aquis, paludibus, ac pascuis, molendinis, cum exitu, et regressu, era TXXIII, presidente in Sancto Iohanne Transmiro abbatte et in Aragone Oriolo episcopo. Postea ecclesiam et domos pre innia uetustate ceciderant et suo termino iam uim homines patrie illius abstulerant. Et Sancius rex auus meus, quando ordinem et regulam beati Benedicti in Sancto Iohanne constituit, Deo et beato Iohanni et domno Paterno abbati libere reddidit. Nunc autem ego, Sancius, Rainimiri regis filius, do et confirmo uobis illum terminum de illo monte de Aiuar, sicut dedit tritaus. et auus meus et pater meus Rainimirus, per ad illam populationem uestram de Sancto Iacobo, et sicuti senior Eximino Fortuniones, et senior Liguar Enechones et Sancio Enechones, meo merino, me precipiente fecerunt.

Et insuper, addo uobis illo solano quod est supra monasterium uestrum Sancti Iacobi usque ob illo Osqueta, ut uestri populatores faciant ibi suas domos et egrediantur a claustro monasterii ubi nunc habitant. Et non solum nostra supra dicta omnia dono et confirmo uobis, sed etiam deo uolente, tantum quantum possint explicare uestri populatores tantum habeant terminum in illo monte de Aiuar. Si uero, quod fieri nimime credo, aliquis homo post obitum meum aliquid tortum voluerit facere monachis Sancti Iohannis in his omnibus supradictis causis, sit a sante ecclesie priuatus communione, et cum Dathan chore et Abiron et cum Iuda traditore perpetue subiaceat damnationi.

Facta carta sub era TCXVIII, Quadragesime tempore, in monasterio Sancti Iohanis Baptiste, presidente ibidem Sancio electo pro abbatte. Ego autem supradictus Sancius misericordia Dei rex qui hanc cartam facere iussi, propria manu roborare curau. Signum Sancii. Ego Petrus eiusdem regis filius huic donationi consentio et confirmans subscribo.

que, siquiera algunos años más tarde, llevarán a la conocida presencia en estas tierras pirenaicas de los primeros contingentes de población burguesa o franca de que se tiene plena constancia. Sin pretender asimilar a estos aezcoanos de origen con ese grupo social, circunstancias como el exclusivo pago de diezmos a modo de prestación económica, o la cierta singularidad de la trama social de aquellos valles de procedencia, cuya red de poblamiento parecía hallarse todavía en su fase genética, tampoco impiden apuntar hacia un terreno que, cuando menos, pudo contribuir a preparar las novedades posteriores, y con las que tiene relación la última noticia que aquí se recoge, la de los colibertos de Badostáin, casi paralela en el tiempo.

En todo caso, ni este nuevo esfuerzo de 1080 ni el del conde Sancho Ramírez, hermano ilegítimo del monarca, que confirmó en su nombre el privilegio en 1092, sirvieron para promover el despliegue de un centro cuya memoria como espacio de habitación campesina se pierde desde entonces, más allá de la conservación del topónimo hasta la actualidad. En este fracaso pudo tener también algún relieve el hecho de que a partir aproximadamente de 1063 (quizás tras la muerte de Ramiro de Aragón) y hasta 1076 el control de la tenencia de la «val» de Aibar, incluido por tanto San Jaime, quedó nuevamente en manos de la monarquía pamplonesa⁴³, y no parece que Sancho IV Garcés tuviera un espacial interés en promocionar el patrimonio del cenobio pinatense, muy vinculado a su primo Sancho Ramírez de Aragón, ni por tanto de su dependencia de San Jaime.

5. *Los colibertos de Badostáin*

En fechas cercanas a la ocupación del monasteriolo de San Jaime por un grupo de aezcoanos, cierto número de «colibertos» se habían instalado igualmente en Badostáin, apenas a media docena de kilómetros de Pamplona, la *civitas* episcopal y símbolo casi sagrado del reino al que daba nombre. Aunque el diploma que recoge el dato⁴⁴ y lo remonta hacia atrás

43. A. UBIEITO ARTETA, *Los «tenentes» en Aragón y Navarra en los siglos XI-XII*, Valencia, 1973, s.v. Aibar.

44. Á.J. MARTÍN DUQUE, *Documentación medieval de Leire (siglos IX-XII)*, Pamplona, 1983, núm. 45. El texto original fue manipulado con posterioridad y sus diversos editores han ofrecido fechas incluso más tempranas, pero no han discutido hasta ahora la autenticidad del apartado que aquí interesa. L. J. Fortún, autor del análisis más detallado, sitúa la recomposición con posterioridad a 1087, pero la donación comentada resulta, como se señala en el

en el tiempo aparece fechado en 1049, fue con toda seguridad rehecho bastante más tarde y, por los datos que aporta, la presencia de los mencionados colibertos en Badostáin debe situarse en el reinado de Sancho IV Garcés (1054-1076). En efecto, el texto alude a la entrega por parte del monje Aznar de una serie de bienes al monasterio de Leire entre los que se contaban unas heredades de Badostáin, junto a Pamplona, *quas amiserunt illi debitores qui dicuntur vulgali eloquio culliberti, qui recesserunt inde et abierunt.*

Ya se ha tratado en otros lugares sobre el sentido que en este contexto tiene el término *coliberto*⁴⁵, y que debe identificarse sin mucho margen de duda con los *francigenae* documentados en tierras navarras desde los años setenta del siglo XI, protagonistas de las primeras cartas forales (Estella ca. 1076-1077) y a los que la historiografía considera desde hace décadas⁴⁶ como impulsores del renacimiento urbano en el reino de Pam-

texto, bastante anterior (L. J. Fortún, *Leire, un señorío monástico en Navarra (siglos IX-XIX)*, Pamplona, 1993, pp. 411-413).

En los fragmentos que interesan, el largo diploma señala:

«(Crismón). In nomine sancte et indiuide Trinitatis, Patris et Filii et Spiritus Sancti. Hec est carta oblacionis quam ego Isinarius, monacus, scilicet inutilis nutu Dei seruus seruorum eius, moneo pingere in honorem Sancti Saluatoris Legerensis sanctarumque martirium ac uirginum Nunilonis et Alodie, et pro remissione cunctorum peccatorum meorum necnon et pro adipiscenda requie perpetua parentum meorum, ut maneat incorrupta in perpetuum, amen [...].

[...] Hec sunt ergo lucra: in uilla que appellatur Badoctain domus una cum cellario suo et curte et orreo, simul cum terris et uineis quas emi mutuis hereditatibus de Murubaren ab episcopo domino Fortunio; et illas hereditates quas amiserunt illi debitores qui dicuntur vulgali eloquio culiberti qui recesserunt inde et abierunt, quorum agros et uineas uel cuiuscunque modi possessiones inuenire possem in ista villa desuper scripta Badoctain, inienuauit mihi rex Sanctius prolis Garsie regis; et unam uineam quam comparaui paludem a seniore Lope Lopiç et egomet plantaui, et fuit precium uineae unus equus quem dedi illi militi [...].

Facta carta in era [MLXXXVII^a], VII. kalendas madii. Regnante rege Garsiano in Pamplonia et Nagela et Castella Belia. Ranemirus in Aragone. Frater Fredinandus in Leone. Episcopus dominus Gomiç in Kalagorra er Nagela. Episcopus dominus Sancius in Iruinia. Episcopus dominus Garsias in Alaua. Episcopus dominus Garsias in Aragone. Abbas Blasco in Sancro lohanne. Prior domno Galindo in Leior. Senior Acenari Fortunionis de Uarte, testis. [...].

45. F. MIRANDA GARCÍA, «Algunas propuestas sobre transformaciones sociales y renacimiento urbano en el reino de Pamplona (ca. 1050-1080)», *XVIII Semana de Estudios Medievales de Nájera*, Logroño, 2005, pp. 173-190.

46. Al trabajo pionero (1950) de J.M. LACARRA, *El desarrollo urbano de las ciudades de Navarra y Aragón en la Edad Media*, en el número 15-16 de *Pirineos* (reed. en tirada aparte de la Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1991) han seguido numerosas obras que resulta innecesario citar aquí.

plona y de sus consecuencias socioeconómicas bien conocidas. El empleo del término como una especie de comodín en otros ámbitos geohistóricos, carente de su viejo carácter vinculado al *libertus* bajoimperial, su mención en textos pamploneses posteriores de finales del siglo XI y comienzos del XII claramente unido a la presencia franca (Estella, Tudela), y contrapuesto a otros términos como infanzón, son algunos de los datos que se manejan para afirmar esa identidad, frente a las propuestas efectuadas por otros autores⁴⁷.

Así pues, cabe resumir que la expresión hace referencia a los miembros de un nuevo grupo social a los que en breve tiempo, y quizás por influencia ribagorzana, se denominará francos, por su condición ingenua (recuérdese que etimológicamente *franco* equivale a *libre*), que incluye entre otras libertades, su capacidad de adquirir propiedades inmuebles; o burgueses, como habitantes de los burgos, los barrios cercanos a las ciudades episcopales o los recintos castrales donde estas poblaciones tuvieron sus primeros acomodos. Cabe recordar que aunque las primeras menciones documentales del término *burgensis* aparecen en Occidente en los primeros años del siglo XI (Anjou, 1007), tanto este como el de *francus* sólo se impondrán sobre otras posibilidades (*advenae*, *francigenae*, el propio *collibertus* e incluso *ingenuus*⁴⁸) en la siguiente centuria⁴⁹.

Con estas perspectivas léxicas y sociales previas, debe intentarse un análisis del texto relativo a los colibertos de Badostáin en el marco que aquí interesa de un modelo sin duda novedoso de migración, distinto y distante de los ejemplos que se han visto hasta ahora, excepto, quizás el caso cercano en el tiempo de San Jaime de Aíbar, que se antoja similar en algunos aspectos.

El monje Aznar –o el escriba monástico que manipuló el texto– se refiere a los emigrantes como «aquellos *debitores* que se llaman en lengua vulgar *culiberti*. *Debitor* constituye una variante extraña, realmente ocasional, para designar a la población campesina, quizás porque basa exclusivamente la vinculación de dependencia sobre las cargas econó-

47. Nos remitimos al texto citado en la nota 45 para la explicación *in extenso* de estas cuestiones.

48. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Colección diplomática de la Catedral de Pamplona. 829-1243*, Pamplona, 1997, n.º 47 [año 1087].

49. Á.J. MARTÍN DUQUE, «La fundación del primer burgo navarro. Estella», *Príncipe de Viana*, 51, 1990, 323, efectúa un interesante recorrido léxico y conceptual de los diversos términos asociados al grupo social.

micas (el *débito*) sin recoger las de carácter social, jurídico o laboral⁵⁰. Precisamente por ello, ambos términos, *debitor* y *colibertus*, encajan a la perfección en la frase citada. Se trata de personas con obligaciones económicas respecto a las heredades que disfrutaban y a las que el texto hace referencia expresa, de individuos adscritos por tanto al mundo de los *laboratores*. No debe olvidarse que a los ojos de los feudales que observan surgir el mundo *franco*, este no forma un grupo diferente en sí mismo del campesino sino que, pese a sus peculiares caracteres jurídicos y económicos, sigue unido de algún modo al ámbito social del que surgió, siquiera por su no pertenencia al grupo nobiliario y por su capacidad productiva.

Pero para el escriba presentan un perfil exclusivo, precisamente el económico, y de ahí que necesite, para remachar esa distinción respecto a otros miembros del grupo, complementarlo con el de coliberto cuyas peculiaridades de indefinición permiten cuando menos, si no se le quiere atribuir de inmediato la identificación con la franquicia, una considerable flexibilidad.

Resultaría por tanto una definición, *sensu contrario*, de la libertad de cargas señoriales que privilegia a los francos. Al fin y a la postre, algunas de las primeras noticias que conocemos de burgueses instalados en villas navarras como Estella hacen referencia, precisamente, a sus obligaciones económicas por el disfrute de heredades ajenas; *debitor quod vocatur colibertus* constituye una precisión que, por ejemplo, hubiera encajado más que adecuadamente a Rogerio de Estella, cuando se comprometía en torno a 1106 a pagar un censo de dos sueldos por unas tierras propiedad del monasterio de Irache cuyo disfrute había comprado previamente a los mezquinos que las aprovechaban⁵¹.

No se trataría así de campesinos de condición servil que abandonaban Badostáin en busca de mejores perspectivas de futuro (¿la misma franquicia?), sino de francos a los que las propias características de sus obligaciones económicas sobre las heredades ahora abandonadas reconocía en su condición de tales. Podría decirse que es la palabra *debitor* la que necesita del apoyo terminológico de *coliberto* para que su contenido pueda apreciarse. En ese contexto, la afirmación de que *coliberto* es una acepción vulgar del *debitor* debe relacionarse con el nombre que los

50. F. MIRANDA GARCÍA, *La población campesina*, p. 121. En el marco cronológico del siglo XI apenas se ha encontrado otra mención del término.

51. J.M. LACARRA, *Colección Irache*, núm. 88

propios afectados se daban a sí mismos, arrastrada desde el mundo ultrapirenaico, de un entorno occitano o incluso más septentrional, del que procederían los pobladores de las tierras de Badostáin; no debe olvidarse que es el espacio franco el que mayor número de menciones ofrece del término, ajeno hasta entonces al mundo pamplonés, y también la zona de la que procederán los primeros *francigenae* de que se tiene noticia.

Pero el texto apunta algo más, especialmente interesante para situar la acción migratoria, o al menos acotarla, en el tiempo. Los colibertos habían abandonado sus heredades y la propia población, que habían sido entregadas al monje Aznar por el rey Sancho, hijo del rey García. Obviamente, el párrafo, que sin duda responde a una realidad, al margen de cuándo se introdujera en el diploma, nos sitúa en un tiempo anterior, bien a las pretensiones del diploma (1049), bien a la factura real del mismo (*post* 1087). La presencia del monje Aznar permite identificar al donante con el clérigo Aznar «de Larrasoña» situado en el círculo de Sancho Garcés IV (*rex Sanctius prolis Garsie regis*, probablemente señalado así para distinguirlo de su homónimo y sucesor *prolis Ranimiri*). Consejero de confianza del monarca, sólo en el entorno cronológico de este soberano pudo situarse la donación de los bienes abandonados, posiblemente como pago a sus servicios hacia la *familia regis*.

Una circunstancia se hace entonces evidente: los colibertos de Badostáin habían disfrutado de heredades regias, y por tanto, si la hipótesis aquí planteada tiene sentido, habían abonado por ese disfrute un censo que el monarca aceptaba como tal (*debitum*), hasta el punto de identificar aquellas tierras por la condición especial de sus poseedores.

Así pues, durante el reinado de Sancho Garcés IV el de Peñalén, no sólo habrían existido pequeños grupos de francos moviéndose por el territorio e intentando encontrar acomodo en él, sino que el propio soberano habría asumido esa realidad e intentado consolidarla con la aceptación e incluso práctica de esos nuevos vínculos económicos que definirán en adelante la distinta dependencia de los burgueses con los posibles propietarios eminentes de la tierra –cuando los hubiere–, en este caso el propio rey. Naturalmente, el vacío informativo hace imposible precisar desde cuándo habían permanecido las heredades en manos francas antes del abandono, ni los motivos que les impelieron a dejarlas; respecto a la primera cuestión, quizás haya que remontarse, cuando menos, a los años sesenta; sólo de este modo habría sido posible establecer la rentabilidad o utilidad del esfuerzo físico y económico volcado en una zona del territorio, la parte oriental de la Cuenca de Pamplona, habitualmente generosa en sus cosechas y, por tanto, la conveniencia o no de abando-

narlas en busca de un horizonte más próspero, como finalmente ocurrió al parecer.

Sea cual fuere la procedencia original, cabe interrogarse sobre su posible destino. Quizás los primeros asentamientos junto al Ega que darán lugar a Estella, los muros de Pamplona donde a finales de siglo parece plenamente constituida, aunque sin cobertura legal específica, una nueva comunidad burguesa o tal vez junto al paso del Arga, en la futura Puente la Reina donde algunos *francigenae* construirían molinos veinte o treinta años más tarde⁵².

También cabe resaltar la necesidad que debieron de tener estas primitivas poblaciones de mantener un modelo de economía agraria antes de poder desarrollar otro tipo de actividades que tradicionalmente asimilamos mejor con el entorno franco-burgués, como el comercio o la artesanía. Aunque la documentación muestra a francos-agricultores en villas como Estella y en fechas no muy posteriores⁵³, la reseña que hace el diploma de Aznar de Larrasoña resulta especialmente significativa de esta circunstancia.

Nada impide que, al igual que ocurrió poco después con otros lugares, Badostáin fuese, como quizás San Jaime de Aíbar, un proyecto fracasado, siquiera de carácter espontáneo pero consentido –si no promovido– por el monarca, en este caso como «protoburgo» de la *civitas* episcopal sometida al señorío del prelado y alternativo a ella⁵⁴. Este es quizás uno de los posibles motivos de la elección de Badostáin y de su protección por el monarca. No debe olvidarse que esta pequeña aldea constituye un punto muy adecuado de enlace entre las rutas que caminaban hacia el norte (hacia los puertos pirenaicos) y hacia el suroeste (el Ega, el Ebro y Nájera) desde la Cuenca de Pamplona, obviando así el paso de viajeros y mercaderes por la –para el rey– incómoda jurisdicción episcopal pamplonesa, con la que Sancho IV no siempre mantuvo una relación fluida⁵⁵.

52. Á.J. MARTÍN DUQUE, «La fundación del primer burgo navarro», p. 766.

53. Así, Rogerio de Estella, ca. 1106 (J.M. LACARRA, *Colección Diplomática de Irache, 1. 958-1222*, Zaragoza, 1965, núm. 88).

54. Acerca del señorío episcopal sobre Pamplona, Á.J. MARTÍN DUQUE, «El señorío episcopal de Pamplona hasta 1276», *Pirenaica. Miscelánea Ángel J. Martín Duque*, Pamplona, 2002, pp. 791-806 (*Príncipe de Viana*, 63). También, aunque centrado en fechas posteriores, pero con propuestas que se remontan en el tiempo vid. E. RAMÍREZ VAQUERO, *Pouvoir seigneurial sur les «villes» de Pampelune de la fin du XIII^e siècle au début du XIV^e siècle, «La ville au Moyen Âge, II. Sociétés et pouvoirs dans la ville»* (ed. N. COULET y O. GUYOTJEANNIN), París, 1998, pp. 231-232.

55. Sobre los obispos de Pamplona durante el reinado de Sancho IV, vid. J. GOÑI GAZ-TAMBIDE, *Historia de los obispos de Pamplona. I. Siglos IV-XIII*, Pamplona, 1979, 188-223.

Conclusiones

A la vista de los textos, citas y ejemplos recogidos, podrían apuntarse algunas reflexiones de carácter más general al objeto de establecer ciertos «modelos» de comportamiento o, cuando menos, algunas líneas habituales de actuación en el marco de los movimientos migratorios, singulares o colectivos, durante el periodo y el espacio estudiados.

En primer lugar, y en un abanico que recorre al menos desde comienzos del siglo X y hasta finales del XI, en que se cierra el análisis, la capacidad de las pequeñas instituciones monásticas situadas en las entradas de los valles pirenaicos interiores (Usún, Urdaspal), para convertirse en centros de convocatoria, al margen del éxito obtenido en esta labor. No parece osado plantear –y no es la primera vez que se hace– que este modelo se habría repetido como articulador del espacio interno de los valles, al vincular a centros comunitarios estables una población hasta entonces poco estructurada en sus modelos de poblamiento.

Se trataría con todo, tal y como señalan ejemplos posteriores relativos a espacios también interiores (Raluy) o propiamente prepirenaicos (Urranci), o incluso las escasas citas individualizadas que pueden interpretarse en el mismo sentido, de desplazamientos a corta distancia, desde áreas seguramente saturadas y de algún modo consentidos o alentados por las diversas instituciones laicas o eclesiásticas a las que, además, los textos atribuyen expresamente la función (re)pobladora, bien frente a los enemigos causantes del despoblamiento, bien ante la necesidad de ordenar el tejido del hábitat. Aunque resulta cierto que la documentación anterior al año 1000 no permite realizar en este terreno conclusiones tangentes, los ejemplos posteriores y su pertinente enlace con las citas previas no parece sugerir interpretaciones muy distantes.

En todo caso, los textos del siglo XI relativos a Raluy, Urranci y Urdaspal muestran una clara confluencia de intereses entre la población campesina que se instala en los solares o espacios abandonados, y las estructuras señoriales que aceptan, reciben o impulsan la repoblación, bien se trate del monarca (en el caso de Urranci), del señor laico (los señores ribagorzanos que «imitan» a Obarra), o las instituciones eclesiásticas (Obarra, catedral de Pamplona, Leire, San Juan de la Peña), al margen de las diferencias en los acuerdos establecidos sobre cargas y derechos de unos y de otros.

Supone casi siempre, por tanto, una múltiple base de conjunción de intereses y necesidades diversas, al estilo de las diferentes causas que, como menciona C. Wickham en estas mismas actas, impulsan el desa-

rrollo de la aldea. Por supuesto, el interés señorrial (evidente en el caso de Raluy, o de Urdaspal), pero también la presión campesina, bien que asumida e incluso favorecida por esos poderes señoriales (San Jaime, Urranci). El caso de San Jaime de Aibar anunciaría además la disponibilidad de esas mismas estructuras señoriales para acomodarse, cuando les resultase de interés, a relaciones más fluidas, con una menor carga de dependencia; y los colibertos de Badostáin supondrían en este terreno un colofón –y el comienzo de una nueva etapa–, que adelantaría en el tiempo al menos una generación sobre las propuestas tradicionales, la marea de novedades articulada en torno al fenómeno franco/burgués y su aprovechamiento por esos mismos poderes señoriales –la corona, las instituciones eclesiásticas–, en su beneficio político y social.

Ricordo di Riccardo Francovich

Gabriella Piccinni

Riccardo Francovich è stato per trent'anni mio collega nella facoltà di Lettere di Siena, un amico vero, un fratello. Avrebbe dovuto parlare al mio posto, in questo stesso momento, per dare il suo contributo a questo convegno parlando su «Incastellamento desde una perspectiva arqueologica», se non fosse scomparso il 30 marzo 2007, precipitato da una rupe vicino a Fiesole, presso Firenze, mentre, come continuamente faceva, cercava tracce del passato e imbastiva difese del territorio storico italiano. E' dunque con gratitudine e insieme profondo dolore che lo ricordo in questa sede.

Dire archeologia medievale, in Italia, significa dire soprattutto Riccardo Francovich, e dire Siena. E' accaduto infatti che negli anni della sua formazione non esistesse ancora, in Italia, una tradizione di archeologia medievale. La data di nascita della nuova disciplina è stata fissata dallo stesso Francovich al 1964, quando Gian Piero Bognetti, uno storico del diritto, pubblicò un saggio su *I rapporti pratici fra storia e archeologia*¹. Di questo processo di creazione dell'Archeologia Medievale Francovich, che si iscrisse all'Università di Firenze proprio un anno dopo, è stato il protagonista di maggior spicco fin da quando, nel 1974, con alcuni colleghi genovesi e torinesi, fondò la rivista «Archeologia medievale» che rapidamente divenne un punto di riferimento per chi voleva sperimentare un modo diverso di guardare alla storia del Medioevo. Francovich aveva

1. Si vedano G.P. BOGNETTI, *Appendice. I rapporti pratici tra storia e archeologia*, «Bollettino dell'Istituto di Storia della Società e dello Stato Veneziano», III (1961), pp. 67-77 e IDEM, *I rapporti pratici tra storia e archeologia*, in *Tecnica e diritto nei problemi della odierna archeologia* (Convegno internazionale organizzato dal CNR, Venezia Isola di San Giorgio 22-24 Maggio 1962), Roma 1964.

ventotto anni. E appena un anno dopo, nel 1975, la Facoltà di Lettere di Siena lo chiamò a insegnare la nuova disciplina.

In quelle prime, coraggiose, battute si intravedeva bene il delinearsi di una carriera di costruttore e ideatore che nasceva, quasi per un processo naturale, dalla curiosità che non lo ha fatto mai fermare, dal bisogno di conoscenza concreta dei contesti nei quali operare, dalla esplosività e complessità della sua personalità, dall'intelligenza acuta.

E' così potuto accadere che la sua storia di studioso divenisse paradigmatica dell'evoluzione dell'Archeologia medievale italiana dagli anni Settanta fino ad oggi, quando i metodi di scavo, il modello di parco archeologico e le esperienze di laboratorio informatico da lui elaborati all'Università di Siena, dove ha impegnato un trentennio operosissimo, hanno fatto scuola in Italia ed in Europa. E posso aggiungere che è solo per aver avuto professori come lui che la nostra facoltà è ritenuta, oggi, un centro di studi e di iniziative di primo piano in Italia.

Dei contributi della scuola di Francovich all'archeologia e alla mediavistica italiana ed europea si è discusso nel convegno organizzato a Siena dai suoi allievi nei giorni 15-16-17 novembre 2007 dal titolo: *Riccardo Francovich e i grandi temi del dibattito europeo. Archeologia, storia, tutela, valorizzazione, innovazione* nel quale viene messa a fuoco anche la sua influenza nel dibattito in Francia e in Spagna, paesi con i quali ha intessuto un dialogo davvero intenso. L'incontro si è tenuto nelle sale dell'ospedale di Santa Maria della Scala, un complesso del quale Francovich ha promosso lo studio e del quale diceva che «può essere l'ospedale medievale meglio studiato d'Europa», e se mai ce la faremo sarà certo anche per questa spinta, e per la sua tenacia e per la capacità persuasiva che ne è derivata.

Se si può ben dire che l'archeologia medievale –come dimostra quel saggio di Gian Piero Bognetti di oltre quaranta anni fa– è nata in Italia in un rapporto simbiotico con la storia, è giusto ricordare che anche Riccardo Francovich è nato come storico. Egli non è stato, perciò, un archeologo dell'età antica che abbia –un giorno– scoperto un interesse per l'età post-classica. Era uno storico del Medioevo che, molto presto, aveva scoperto la dimensione materiale e territoriale della storia.

Questa sensibilità non era nata sul nulla. Era figlia della scuola dei medievisti dell'Università di Firenze, in particolare di Elio Conti, che del territorio fiorentino conosciuto passo a passo aveva fatto la palestra nella quale esercitare la capacità di analisi delle trasformazioni dei territori italiani. Al suo maestro, Francovich ha pagato il tributo di riconoscenza per la sua prima formazione di storico proprio durante la sua ultima lezione

universitaria, che ha tenuto in un mio corso il 27 marzo, appena tre giorni prima della sua scomparsa, quando –stimolata dalle domande di un gruppetto di studenti di storia medievale dell’Università di Siena– avevo avuto l’idea di ripensare ad un percorso trentennale di collaborazione, e talvolta anche di conflitto scientifico, tra archeologi e storici² e gli avevo chiesto di ragionarne davanti a loro. Riccardo, in quell’occasione, ha ricordato la capacità del suo maestro di dischiudergli i segreti che erano scritti nella storia e nella toponomastica del territorio fiorentino, al quale dedicò infatti la sua tesi di laurea discussa nel 1971 sul tema dei castelli.

L’incastellamento si era profilato perciò fin dall’inizio come «il grande tema», che lo ha accompagnato in tutta la sua attività scientifica, impegnandolo –dopo quella prima ricerca condotta sulla documentazione scritta e sulle evidenze architettoniche– in molti scavi archeologici e momenti anche di intensissimo scambio storiografico, portandolo più volte, in trent’anni, ad entrare in una discussione storiografica di peso internazionale con la sua nota ma costruttiva *vis polemica*. Basta pensare al confronto con storici come Pierre Toubert, Chris Wickam, Aldo Settia. Certo è che Francovich aveva elaborato, con il tempo, con il progredire degli scavi e della riflessione, con il chiarimento delle cronologie, un modo suo di studiare i castelli, richiamando l’attenzione su quanto le forme di dominio signorile delle risorse (le miniere, le acque) avessero influito sui processi di trasformazione dei territori.

Dopo la sua prima formazione di storico, Riccardo Francovich si era scelto un secondo maestro in Andrea Carandini, archeologo classico che negli anni Settanta insegnava a Siena e che lo aveva aiutato a divenire uno degli «inventori» dell’archeologia medievale in Italia. Non caso a rendere esemplari le sue prime campagne di scavo fu un attento studio delle espe-

2. Scriveva lo stesso Francovich nel 1975, notando come allora fra i docenti di archeologia medievale, quattro fossero di formazione classicistica o fossero al medesimo tempo docenti di archeologia classica, due avessero una formazione storico-artistica, uno, pur provenendo da studi di preistoria, avesse una formazione altomedievistica, mentre soltanto il docente di antichità aveva una formazione medievistica, che «Questa semplice constatazione evidenzia da un lato la notevole indifferenza verso l’archeologia medievale che ha caratterizzato l’atteggiamento prevalente degli storici medievali per lo meno fino agli anni sessanta, dall’altro evidenzia il contributo degli archeologi classici alla crescita di interessi scientifici che devono ora essere fatti propri anche da una vasta gamma di studiosi, fra i quali gli storici, che, a mio giudizio, dovranno svolgere un ruolo fondamentale; infatti se è vero, come credo, che è di per sé un problema «storico » quello che spinge all’indagine archeologica10, lo è ancor più per quei secoli in cui il rapporto fra ricerca archeologica e fonti scritte rappresenta una fase imprescindibile», R. FRANCOVICH, *Archeologia medievale e istituzioni (nota informativa)*, «Archeologia Medievale», II, (1975), pp. 399-410.

rienze più innovative esistenti all'epoca: tra queste, insieme alle avanzate metodologie di scavo stratigrafico affinate dagli archeologi britannici³, proprio lo scavo della villa schiavistica di Settefinestre⁴, nell'Etruria romana, diretto da Carandini. Anche da questo confronto con gli antichi-isti la dimensione storica della ricerca archeologica è uscita ribadita, ad esempio nei gruppi di ricerca di archeologia urbana, che «ha la funzione di costruire la documentazione materiale per potere, non riscrivere, ma scrivere per la prima volta la storia delle città», e dove gli archeologi postclassici –ha scritto– «sono riusciti ad imporre la dimensione storica della ricerca archeologica e dove gli archeologi classici hanno percepito la rilevanza dei mutamenti teorici della pratica archeologica»⁵.

Partita da quelle premesse storiche e archeologiche e da quei maestri, negli anni '80 e '90 la scuola senese di Archeologia Medievale creata da Riccardo Francovich ha dato un apporto originale. Francovich riconosceva i tratti di una evoluzione della disciplina che si è intrecciata con quella sua propria: «Oggi –ha ammesso proprio durante quella sua ultima lezione universitaria– in qualche caso scaverei in un altro modo» e gli studenti, attentissimi, sembravano comprendere il peso del cambiamento delle metodologie, delle prospettive scientifiche e degli interessi nel corso della formazione di uno studioso. Egli era consapevole che l'archeologia medievale è nata e poi cambiata in appena qualche decennio, anche perché, e quando, ha cercato l'apporto delle scienze esatte; e in questo campo sappiamo quanto sia stato, tra gli umanisti italiani, pionieri, innovatore testardo, motore di iniziative a livello europeo, catalizzatore di finanziamenti importanti come quello che gli ha garantito un sostegno essenziale per il grande progetto sull'*Archeologia dei paesaggi medievali*⁶.

L'originalità dell'apporto della scuola senese sta senza dubbio nell'impiego massiccio di analisi tecnico scientifiche nello scavo, nell'uso della

3. «In Italia molto più faticosamente, muovendosi nelle complesse maglie “ideologiche” di un idealismo strumentale, è stato possibile raggiungere alcune prospettive di ricerca consolidate in Inghilterra, dove la disinvolta attività di “riconversione” di interi centri storici, piuttosto della loro conservazione-trasformazione materica (tale mi appare talvolta l'ipocrisia delle scelte “conservazionistiche”), ha imposto un consistente e pragmatico investimento in conoscenza, che è tanto più profonda quanto più è incisiva la capacità analitica dello “stratigrafo” archeologo o architetto»: R. FRANCOVICH, *Nota introduttiva. Archeologia e restauro dei monumenti*, a cura di R. Francovich, R. Parenti, Siena, 1988.

4. Ad esso ha fatto riferimento lo stesso Francovich, *Ibidem*

5. *Ibidem*

6. R. FRANCOVICH, M. VALENTI, *Archeologia dei Paesaggi Medievali. Relazione al Progetto (2000-2004)*, Siena, 2005.

aerofotointerpretazione per la schedatura dei siti di altura, nell'applicazione su larga scala del GIS alle analisi statistico-quantitative, in un «Laboratorio di Informatica Applicata all'Archeologia Medievale», che non ha uguali in Europa.

Riccardo, in questi ultimi anni, voleva che tutta l'archeologia medievale fosse «messa in rete», che i risultati delle ricerche fossero resi pubblici e diffusi sempre più attraverso gli strumenti mesi a disposizione dal progresso tecnologico, perché tutti devono poter ragionare sullo straordinario incremento di dati che il lavoro di ricerca rende disponibili. Anche su questo terreno Riccardo ha fissato procedure e metodi che si sono affermati come veri e propri standards, in Italia e fuori d'Italia, non ultime la documentazione e la gestione on line delle campagne di scavo.

Gli chiedevo spesso se, in un rapporto costi-benefici, valeva la pena tutto questa inserzione di tecnologia nella ricerca, se con tutti questi dati a disposizione oggi capiamo davvero qualcosa di più della storia del Medioevo. Sì, secondo lui valeva la pena. Riccardo ha rivendicato all'archeologia di aver cambiato molto, proprio in questo modo, nella conoscenza delle fasi di transizione tra tardo-antico e alto medioevo. Oggi –dicevachi rilegge le fonti scritte alla luce dell'archeologia e con il dato quantitativo straordinario messo a disposizione dalla rivoluzione digitale è in grado di fornire letture del tutto nuove di quella stagione. L'archeologo, prima chiamato ad inserire i propri dati in un quadro interpretativo fornito dagli storici, può oggi andare a monte e modificare quel quadro interpretativo di partenza. Questa era, e rimane, la sfida di Riccardo, dell'archeologia medievale, la sua «rivoluzione».

Uno studioso della statura di Richard Hodges, in un profilo di Riccardo Francovich uscito su «Medieval Archaeology» dopo la sua morte, osserva che nessuna regione d'Europa può vantare una costellazione di scavi altomedievali del rilievo di quella diretta e pubblicata da Francovich e dal suo *team* dal 1980 ad oggi. Le acquisizioni scientifiche che ne sono scaturite hanno animato un vigoroso dibattito a livello internazionale perché –sono ancora parole di Hodges– si tratta di acquisizioni tali da sfidare «the received historical paradigm».

Da quell'ultima sua lezione del 27 marzo abbiamo tratto due ulteriori lezioni: che il lavoro integrato è sempre vincente, tanto che si tratti di scienza e archeologia quanto di archeologia e storia, e di altro; e che, alla fin fine, storici e archeologi fanno lo stesso mestiere. Una cosa che, del resto, Riccardo Francovich aveva capito benissimo fin dalla sua prima lezione universitaria, nel novembre del 1975, quando, come giovane neolaureata in Storia medievale, mi chiamò a collaborare al suo corso.

Ho avuto dunque la possibilità di condividere con Riccardo la sua prima lezione e, dopo trent'anni, la sua ultima lezione. E capirete quanto tutto questo tuttora mi emozioni.

Il laboratorio informatico e i cantieri di scavo diretti da Riccardo sono stati per anni il luogo d'elezione di un legame vitale tra didattica e ricerca. Riccardo Francovich non è stato solo un bravo archeologo né solo un innovatore, è stato un vero docente che ha fatto delle stanze della facoltà di Lettere di Siena il cuore del proprio lavoro, riversandolo, condividendolo e facendolo crescere nei laboratori e nelle aule di lezione; i suoi allievi lo hanno amato; ed è stato uno studioso che per intelligenza, energia, passione, capacità organizzative non è facile sostituire. L'Università di Siena è consapevole di avere un dovere, che è quello di non disperdere il patrimonio costruito in questi anni e sa che per far questo può contare, oltre che sulla grande dedizione degli allievi, sulla collaborazione di studiosi di prestigio italiani e stranieri, come lo stesso Richard Hodges che si è impegnato ad seguire la scuola senese nella delicata e imprevista fase di transizione. Un'originalità del lavoro di Riccardo Francovich è consistita infatti nell'apertura dei laboratori senesi, dei cantieri di scavo, del dottorato, dei master a larghi settori dell'archeologia medievale italiana ed europea, come possono testimoniare più generazioni di allievi di varia provenienza che li hanno frequentati e che da essi si sono arricchiti. Il dottorato di Archeologia Medievale fondato da Francovich è confluito quattro anni fa in una più ampia «Scuola di dottorato» molto particolare che ha coordinato insieme, pur in tre sezioni distinte, storici del medioevo, archeologi ed archivisti: la scuola è oggi, purtroppo, solo intitolata al suo nome⁷.

E' evidentissimo che Riccardo non avrebbe mai potuto ottenere tutto quello che ha ottenuto se non fosse stato anche un grande divulgatore, che sapeva coinvolgere nelle sue imprese intere comunità. «Occorre spiegare quotidianamente alle gente il significato del proprio lavoro e la portata storica delle scoperte fatte», sosteneva Francovich in un'intervista destinata agli studenti, perché il lavoro dell'archeologo serve «non solo a capire il passato, ma a costruire il presente e il futuro». Proprio perché la ricerca non può sottrarsi al confronto con la società, Riccardo sapeva intessere, cocciuto, e con una pazienza insospettabile in un impetuoso come lui, l'eterno e complesso dialogo tra intellettuali italiani e amministrazioni locali sul terreno della tutela e della valorizzazione, convincendo, comprendendo, imponendo, aiutando.

7. Si tratta della Scuola di dottorato di ricerca «Riccardo Francovich: Storia e Archeologia del Medioevo, Istituzioni e Archivi», attiva presso l'Università degli Studi di Siena.

Gli scavi più importanti aperti in Toscana –e l’elenco è troppo lungo per poter essere ripercorso passo passo, anche se debbono essere ricordate almeno quelli di Scarlino, Montarrenti, Rocca San Silvestro, Poggibonsi, su su fino ai più recenti interventi condotti nel cuore di grandi città medievali come Firenze e Siena, dove ha lasciato il suo segno indelebile anche negli scavi sotto la cattedrale e nell’antico ospedale– sono stati sempre seguiti dalla creazione di parchi archeologici, percorsi museali, centri espositivi e dalla produzione di prodotti multimediali, in questo modo animando la vita culturale, intervenendo nella salvaguardia dei beni culturali e nella stessa pianificazione del territorio.

Riccardo credeva ad una tutela condivisa del patrimonio storico e culturale italiano, aperta al contributo dell’Università, degli Enti locali, dei professionisti e dei volontari, rifiutava il dirigismo burocratico dello Stato e delle Soprintendenze italiane che esercitano contemporaneamente il ruolo di controllori (come responsabili della tutela) e controllati (come attori di ricerca). «Era sinceramente convinto, come molti medievisti, che la soluzione migliore fosse la scelta di un policentrismo nel quale le Università e gli Enti locali trovassero un proprio spazio operativo, quantomeno nella costruzione degli archivi, per i quali aveva indicato, con alcuni suoi progetti, la strada da percorrere: dall’Atlante dei siti d’altura toscani a quello dei paesaggi medievali fino alla sua ultima battaglia affinché il Ministero per i beni e le attività culturali finanziasse, in convenzione con le Università, censimenti sistematici dei beni archeologici a scala regionale»⁸. Per lui i beni culturali non erano patrimonio dello Stato, bensì della Nazione.

In queste battaglie nel campo della tutela dei beni culturali Riccardo riversava non solo la sua competenza di studioso ma anche una inesauribile passione politica, che aveva respirato sin da bambino nel suo ambiente familiare, che era quello degli intellettuali del Partito d’Azione fiorentino.

Nelle ultime settimane di vita Riccardo aveva visto la sua linea iniziare a trovare ascolto a livello centrale. Era stato infatti chiamato dal governo italiano a far parte del Comitato di settore del Ministero per i Beni e le Attività culturali, e ne era molto orgoglioso. Nella prima riunione aveva proposto un innovativo progetto di valutazione e censimento dei Beni culturali italiani.

8. GIAN PIETRO BROGIOLO, *Quali prospettive per l’Archeologia Medievale italiana dopo Riccardo Francovich?*, Relazione introduttiva all’assemblea straordinaria della SAMI tenutasi a Firenze il 25-5-2007.

La medievistica e l'archeologia europee hanno perso un maestro, la cultura italiana un interprete sempre impegnato dei bisogni della valorizzazione del suo patrimonio, l'Università di Siena un docente e un ricercatore dalla personalità esplosiva e complessa, qualche volta scomoda, mai scontata, sempre presente, la città di Siena un conoscitore della sua storia e un tenace interlocutore degli enti locali.

L'église comme centre organisateur de l'habitat en Languedoc, Roussillon et Catalogne, VIIIe-XIe siècles

Aymat Catafau

Je remercie les organisateurs de ce colloque en hommage à José María Lacarra de m'avoir invité à parler de peuplement, de peuplement autour des Pyrénées, sur ses deux versants, nord et sud, dans la période qui précède et englobe le processus de féodalisation.

Le but de cette conférence est d'examiner quel rôle a joué le bâtiment de l'église dans la concentration de l'habitat entre le VIIIe et le XIe siècle. L'approche historiographique «classique» privilégiait le XIe siècle comme période de «condensation» des formes villageoises concentrées: les formes classiques, institutionnalisées, celles des villages castraux à travers le processus d'*incastellamento*, dont aurait dû nous parler ici le regretté Riccardo Francovich, et celle des villages ecclésiaux dont les «*sagreres*» ou «*celleres*» catalanes et roussillonnaises constituent une sorte de modèle achevé¹. Toutefois cette vision est doublement nuancée, utilement remise en cause parfois, à travers les travaux historiques et surtout archéologiques récents. Ce sont ces travaux qui me fournissent ici l'occasion de traiter à nouveau d'un thème que j'ai déjà beaucoup exploré. Les fouilles menées en Languedoc et en Roussillon, les opérations préventives majeures, comme celles menées sur la ligne du TGV-Méditerranée² ont renouvelé et parfois bouleversé nos connaissances sur l'habitat et les structures territoriales dans le sud-est de la Gaule pour les Ve-Xe siècles. De nombreux travaux, historiques et archéologiques, ont enrichi notre connaissance des premiers temps de la paroisse dans le Midi de la France. Enfin, du côté de

1. Sur les *sagreres* et *celleres*, on se reportera au dernier ouvrage paru: V. FARIAS, R. MARTÍ i A. CATAFAU, *Les sagreres a la Catalunya medieval*, Girona, 2007.

2. Odile MAUFRAS, *Habitats, nécropoles et paysages dans la moyenne et la basse vallée du Rhône (VIIe-XVe s.)*, 2006, 473 p.

la Catalogne, les recherches sur les communautés rurales du haut Moyen Âge ou sur les actes de consécrations d'église, les publications systématiques de sources (la *Catalunya carolingia*), les inventaires de vestiges monumentaux (la *Catalunya romànica*), les cartographies historiques (les *Atles dels comtats de la Catalunya carolingia*) nous fournissent le matériau indispensable pour aborder la question du peuplement, des formes d'habitat et des églises. C'est à partir de ces travaux, pour la plupart publiés, que j'ai tenté une vision de synthèse pour faire le point sur ce que les dernières années nous ont apporté en matière de peuplement et d'habitat pour les VIIIe-XIe siècles dans le Midi de la France et la Catalogne, et en particulier au sujet de l'église, du cimetière et de la paroisse dans leur relation avec les formes d'habitat.

L'intitulé de cette communication, en accord avec le cadre de cette semaine d'Estella, bouscule un peu les bornes chronologiques qui délimitent habituellement les travaux d'historiens. Comme Chris Wickham l'a fait pour l'Antiquité tardive et le haut Moyen Âge, dans sa synthèse monumentale³, les historiens du Moyen Âge cherchent aujourd'hui à sortir d'une périodisation trop contraignante. En effet, malgré toutes les précautions oratoires des auteurs affirmant qu'elles ne sont que des indications chronologiques, les dates repères du Moyen Âge apparaissent comme trop dictées par l'histoire politique. En matière de structures de peuplement, il y a déjà longtemps que ces périodisations traditionnelles ont été bouleversées. Grâces en soient rendues à l'archéologie, qui, fouillant des vestiges de la vraie vie, rencontre des sites où les habitants n'ont pas eu le bon goût de s'installer ou de déménager à la chute de Romulus Augustule, au baptême de Clovis, au couronnement de Charlemagne ou à l'avènement d'Hugues Capet. Par ailleurs, nous le verrons, les échelles temporelles très différentes entre histoire et archéologie ont aussi contraint à assouplir les bornes chronologiques trop strictes.

Une des particularités de l'approche que je propose est de mêler des informations tirées de l'archéologie et de l'histoire⁴. Ce rapprochement entre les deux disciplines n'est pas nouveau, et on a pu souligner

3. Chris WICKHAM, *Framing the early middle ages. Europe and the Mediterranean. 400-800*, Oxford University Press, 2005, 990 p.

4. Une conférence d'historien sur ce sujet doit nécessairement débuter par une mise en garde: les données archéologiques dont l'utilisation est indispensable au traitement de la question sont issues de travaux publiés ou communiqués en séminaire. N'étant pas moi-même spécialiste d'archéologie, je n'en conserve que les informations qui peuvent m'être utiles. Les interprétations erronées ou abusives de ces données seraient de ma seule responsabilité, quoique parfaitement involontaires.

déjà les différences de point de vue entre elles. Les datations absolues sont en archéologie données sous forme de «fourchettes» amples, qui ne peuvent que difficilement être mises en relation avec les faits politiques, institutionnels, voire même sociaux. Ces «fourchettes» amples s'étendent souvent sur plus d'un siècle... les datations (par ^{14}C ou autres méthodes scientifiques, les estimations avancées d'après le contexte) écrasent donc dans une perception immédiate, dans un instant unique, ce qui a pu être le résultat de trois ou quatre générations de présence humaine (pensons par exemple aux «zones d'ensilage» des IXe-XIe siècles dans le Midi de la France).

Les différences d'approche vont au-delà des questions de chronologie, car la caractérisation des vestiges découverts par l'archéologie est souvent elle-même objet de discussions: quel sens donner aux notions de «permanence», de «continuité» ou d'abandon? Quelle interprétation donner de formes d'habitat ou de constructions qui semblent misérables, telles que les maisons de terre et de torchis, les fonds de cabane, surtout quand on doit les mettre en rapport avec des trouvailles d'objets mobiliers classiquement associés à la notion d'abondance, et même de luxe, ou à l'appartenance aux groupes aristocratiques (métaux, armes, métaux précieux, parures, grand gibier, produits importés, monnaies d'or, etc).

Une autre question est posée à l'archéologie à propos de la représentativité des sites: l'archéologie des villages disparus est-elle représentative de la totalité des villages ? L'archéologie impossible (ou difficilement possible) au sein des habitats actuels ne nous prive-t-elle pas des sites pouvant offrir les meilleurs exemples de continuité?

Comment interpréter l'absence de vestiges, en particulier pour des époques où les restes conservés, mis à part les sépultures, sont toujours très fugaces? Comment en particulier comprendre le grand «vide» d'une longue période comme le VIIIe siècle qui du point de vue archéologique reste quasiment inconnue, ou invisible, dans le Midi ?

Une fois ces éléments pris en compte, il ne me semble pas qu'il faille considérer le dialogue entre les deux disciplines comme une succession d'impossibilités ou d'obstacles, au contraire beaucoup des limites ou des divergences que nous avons pointées peuvent être mises à profit pour enrichir notre démarche, en nous contraignant, nous historiens, à tirer profit de temporalités, de rythmes et de faits que les textes écrits ne perçoivent pas ou passent sous silence. De manière un peu schématique, on peut dire que l'archéologie met davantage en valeur les continuités et les évolutions complexes, nuancées, souvent très localisées, quand l'histoire insiste davantage sur les ruptures, les changements et recherche même

systématiquement à dater et à caractériser ces évolutions en termes d'explications économiques, sociales ou politiques. La confrontation des deux disciplines nous semble être un moyen de tempérer par la modestie naturelle de l'une (l'archéologie de terrain) les trop catégoriques certitudes de l'autre (l'histoire), mais aussi de tenter de réinscrire les résultats de la fouille dans un cadre explicatif historique. De ce programme ambitieux, cette conférence ne veut être qu'une petite expérimentation, en raison des compétences limitées de son auteur, surtout en matière archéologique.

I. L'habitat du haut Moyen Âge, avant le VIIIe siècle, dans la zone méridionale de la Gaule et dans le nord-est de la Péninsule: apports récents de l'archéologie

Afin d'examiner les évolutions de l'habitat et du peuplement entre le VIIIe et le Xe siècle et la place particulière qu'y tient l'église, il ne me semble pas inutile de commencer par une sorte d'état des lieux de nos connaissances sur le peuplement et l'habitat au début du VIIIe siècle dans le Midi de la France et la Catalogne. Je m'appuierai essentiellement sur les résultats publiés des fouilles du TGV-Méditerranée, et sur les recherches de Laurent Schneider, Claude Raynaud, Jérôme Kotarba et Olivier Passariu, entre autres.

La situation du peuplement et des structures d'habitat en Languedoc entre le IVe et le VIe siècle est très mouvante, caractérisée par un ensemble d'évolutions qui donnent naissance à une «nouvelle géographie rurale»⁵. Après un long temps de permanence des *villae*, marquées souvent par des restructurations, dans des cadres conservés (la *villa*) dont la destination est éventuellement transformée (de la production à la gestion), la période est caractérisée par des abandons nombreux, parfois systématiques, compensés par la naissance de nouveaux établissements, dont de nombreux sites perchés tel celui du Roc de Pampelune, dans l'Hérault, ont d'emblée la dimension de nouveaux centres. Pourtant ces sites perchés disparaissent pour la plupart avant le VIIIe siècle.

5. Laurent SCHNEIDER, «Structures du peuplement et formes de l'habitat dans les campagnes du sud-est de la Gaule entre Antiquité et Moyen Âge (IVe-VIIIe s.)», *Gallia*, n°64, 2007, (sous-presse).

Après la villa

La situation du Languedoc méditerranéen contraste sensiblement avec celle observée en Midi-Pyrénées et plus encore en Aquitaine lors des opérations d'archéologie préventive récente sur les grands tracés routiers, où, conformément à ce que suggèrent les sources écrites, la *villa* antique continue à être occupée, avec des aménagements, jusqu'au VI^e siècle inclus.

En Languedoc, la *villa* comme grand domaine se délite sans disparaître tout à fait. Son centre est occupé, ou ré-occupé, avec ou sans interruption aux siècles suivants (et comment s'en étonner, puisque ces établissements antiques sont à la fois toujours bien situés, et de très riches gisements de matériaux de remploi). Après que ce centre domaniale se soit transformé de «centre d'exploitation» en «centre de gestion»⁶, le territoire de la *villa* devient le lieu de localisation géographique des terres, des habitats, des droits et des hommes dans les actes écrits.

Savoir quand prend place ce phénomène de «territorialisation de la *villa*» ainsi que l'a justement défini C. Wickham⁷ est délicat, mais les actes des IX^e-X^e siècles montrent cette territorialisation comme achevée, omniprésente, hégémonique. Il faut donc penser que c'est avant le IX^e siècle que les hommes des campagnes adoptent le cadre territorial de la *villa* comme unité de définition de leur espace⁸. L'adoption de ce cadre territorial n'est pas un fait mineur ; on peut supposer que ce phénomène témoigne :

- du délitement des autres cadres territoriaux antiques (*civitas*)
- de l'inscription de la *villa*-territoire dans le vécu des hommes des Ve-VIII^e siècles.

6. L. SCHNEIDER, «Structures du peuplement...», *op. cit.*

7. C. WICKHAM, *Framing the early middle ages...*, *op. cit.*

8. On pourrait s'interroger sur le rôle des rédacteurs de chartes dans cette normalisation de la localisation des biens fonciers, en particulier au travers de l'adoption de formulaires dès les temps carolingiens, formulaires qui insèrent la *villa* dans les emboîtements gigognes des espaces. On lira à ce propos les travaux de M. Zimmermann, «Glose, tautologie ou inventaire? L'énumération descriptive dans la documentation catalane du X^e au XII^e siècle», *Cahiers de linguistique médiévale*, n° 14-15, 1989-1990, p. 309-338, et ceux réunis par Benoît Cursente et Mireille Mousnier, *Les territoires du médiéviste*, P.U. Rennes, 2006. Pierre Chastang met en lumière le rôle des rédacteurs des cartulaires dans la constitution d'une logique de dossiers dans l'organisation des cartulaires et leur classement par *villa*, cf. Pierre Chastang, *Lire, écrire, transcrire. Le travail des rédacteurs de cartulaires en Bas-Languedoc (XI^e-XII^e siècles)*, éditions du CTHS, 2001.

Les raisons du succès de cette *villa*-territoire sont avant tout concrètes. Autour du centre d'exploitation, partout, la *villa* a polarisé un espace qui, quel que soit son statut (statut de la terre, statuts très divers des propriétaires ou des exploitants de la terre), est défini comme celui «de la *villa*». Il y a beaucoup de chances que ce cadre territorial, pour être adopté aussi unanimement, ait correspondu à une réalité définie de manière très pragmatique. Le territoire de la *villa* est avant tout un territoire logique, naturel et familier. On peut être d'accord avec C. Wickham pour souligner l'opposition entre une forme «standardisée», «normalisée», uniformisée, celle de la *villa* romaine, tout autour de la Méditerranée, du nord au sud et d'ouest en est de l'Empire, et la diversité «naturelle» qui existait sans doute auparavant et qui s'impose à nouveau après la fin de la *villa*-centre d'habitat. Cette diversité prend la forme, en matière d'habitat, de hameaux, villages, habitats dispersés ou semi-dispersés, et elle se manifeste aussi au travers des statuts juridiques multiples des hommes et des systèmes d'exploitation. La pérennisation de la *villa* comme cadre territorial ne peut s'expliquer que par son adaptation aux réalités locales⁹ et surtout par l'effet de la durée, de la longue période de cinq, six ou sept siècles qui a inscrit la *villa* dans le paysage et lui a donné les bases de sa permanence au moins territoriale, bien après la disparition du système politique, économique et social qui lui avait donné naissance.

Le semis d'habitat dispersés, semi-dispersés, semi-groupés ou d'autres formes hésitantes entre concentré et dispersé, paraît de moins en moins comme une absolue originalité du haut Moyen Âge. Les cartes de distribution de l'habitat rural dans l'Antiquité, pour le Midi de la Gaule, révèlent, à côté de l'omniprésence de la *villa*, de taille certes variable, mais toujours établie sur des modèles architecturaux et économiques similaires, l'existence d'un habitat, ou au moins de formes d'occupation de l'espace beaucoup plus variées: des fermes isolées, des *vici*, petits ou moyens centres ruraux, des occupations à courte durée de vie parfois, mais qui révèlent une plus grande souplesse et adaptabilité des

9. La permanence de la *villa*-territoire peut même refléter son adaptation à des réalités antérieures à la conquête romaine: dans quelle mesure les découpages en *villae* ne sont-ils pas calqués sur un donné géographique et historique antérieur ? Cela est, au moins, possible dans les secteurs où le relief montagneux délimite des entités territoriales telles que les petites vallées, c'est d'ailleurs dans ces secteurs que les confins des *villae* aux IXe-XIe siècles sont définis par les reliefs et aussi par des monuments mégalithiques (dolmens appelés *arcae*) ou des roches gravées anciennes, peut-être héritages de découpages archaïques.

formes que ce que l'on aurait pu déduire de la vision triomphante du «système de la *villa*»¹⁰.

En règle générale les opérations archéologiques ont confirmé une tendance à la continuité ou une reprise de l'occupation médiévale sur beaucoup des sites de *villae*. Ainsi que nous l'avons dit, les résultats des travaux du TGV-Méditerranée amènent à souligner les cas de réoccupation, et par là même à remettre en cause l'idée d'une césure brutale entre Antiquité tardive et haut Moyen Âge, mais en même temps on ne peut qu'être frappé par l'image des établissements ruraux des VIe-VIIe siècles: n'occupant plus qu'une partie, souvent très faible, de la superficie des sites antiques, les habitats d'époque «mérovingienne» ont pour trait commun des méthodes de construction fruste, un recul généralisé de l'emploi du mortier et de la tuile, sans parler des matériaux et techniques de luxe. Pourtant l'emploi de la pierre se maintient souvent et confère à ces habitats méridionaux bien des traits communs avec ceux des siècles précédents.

La connaissance de l'habitat du VIIIe siècle reste principalement perçue à travers ses rapports avec ce qui l'a précédé: la *villa*; les diverses formes qu'a pu prendre cette succession ont été modélisées par L. Schneider: «occupation superposée contractée», «occupation dédoublée», «occupation en nébuleuse», «occupation déplacée et site-relais». Cette vision schématisée a le mérite de tenter une théorisation de situations dont la diversité et la mouvance semblaient jusque là les seuls traits communs.

Les nouvelles formes de l'habitat rural méridional du haut Moyen Âge

Par rapport au nord de la France, en particulier par rapport aux régions d'entre Seine et Rhin, le Midi semble dépourvu des «grands» villages du haut Moyen Âge du type de ceux de Serris ou Villiers¹¹ découverts lors

10. N'ayant pas choisi de traiter ici des «métropoles» nous n'aborderons pas les questions liées à l'évolution des centres urbains d'origine antique durant les premiers siècles du Moyen Âge, il est vrai que cette question, déjà très débattue, est plus en relation avec celle des pouvoirs qu'avec le peuplement rural.

11. François GENTILI, «L'organisation spatiale des habitats ruraux du haut Moyen Âge. L'apport des grandes fouilles préventives. Deux exemples franciliens: Serris "Les Ruelles" (Seine-et-Marne) et Villiers-le-Sec (Val-d'Oise)», *L'archéologie médiévale en France depuis trente ans, Dossiers Archéologie et sciences des origines*, n° 314, juin 2006, pp. 36-39.

de vastes opérations de décapages archéologiques. Les formes même de l'habitat caractéristiques des Ve-VIII^e siècles (voire même postérieures) pour le nord de la Gaule, les bâtiments sur poteaux de bois, plus ou moins allongés (les plus grands souvent du type de la maison-mixte) associés aux «fonds de cabane» ne se retrouvent pas de manière aussi systématique en Languedoc, pas plus qu'en Roussillon ou Catalogne. Les «fonds de cabane» ne sont pas inconnus dans ces régions, mais ne s'accompagnent pas de constructions sur poteaux de bois. La tradition de construction sur solin de pierre, parfois même en murs de pierre à double parement et blocage de petit appareil est encore bien attestée aux VI^e-VII^e siècles sur de nombreux sites, un bel exemple s'en trouve à Ansigan (Pyrénées-Orientales, France. Ill. n° 1).

Pour ne rien faciliter, dans tout le Midi de la Gaule, la datation des vestiges archéologiques des VIII^e-XI^e siècles pose de grands problèmes. La période antérieure est nettement caractérisée, entre autres par le maintien d'importations de céramiques méditerranéennes, amphores et vases en provenance d'Afrique du Nord et même du Proche Orient, mais ces courants d'importation prennent fin au VIII^e siècle. À cette époque, les autres éléments mobiliers de datation se raréfient, les tombes deviennent vides d'objets de parure, et les productions céramiques locales sont mal distinguées. Malgré des efforts récents, le VIII^e siècle apparaît souvent comme un «blanc» dans les chronologies des sites fouillés. Des travaux récents ont amélioré notre connaissance des productions céramiques méridionales¹², on connaît ainsi beaucoup mieux les traceurs chronologiques des Xe-XI^e siècles, que l'on différencie assez bien de ceux des siècles suivants, mais les VIII^e-IX^e restent encore flous. L'utilisation des méthodes de datation absolue reste la seule solution dans bien des cas, une solution qui n'est pas encore assez développée, en partie en raison de son coût, en partie à cause de ses résultats souvent considérés comme discutables ou fragiles. La multiplication de ces datations absolues en relation avec des séries homogènes de mobilier, sur des sites à courte durée d'occupation permettra d'établir progressivement des échelles chronologiques plus précises, aux «fourchettes» resserrées.

L'archéologie n'offre cependant pas une vision exacte du peuplement du haut Moyen Âge, même quand elle procède de façon systéma-

12. C.A.T.H.M.A., «Céramiques languedociennes du haut Moyen Age (VIIe-XIe s.)», *Archéologie du Midi Médiéval*, 11, 1993, p. 111-228 et Olivier PASSARIUS, «La céramique d'époque carolingienne en Roussillon», *Archéologie du Midi Médiéval*, C.A.M.L., t. 19, 2001, pp. 1-29.

tique. La comparaison entre les informations fournies par des prospections systématiques et les sondages d'évaluation archéologiques révèle, sur le tracé de la LGV à travers la plaine du Roussillon, que les sites du haut Moyen Âge sont souvent soit imperceptibles au travers de la collecte de surface, soit confondus dans le «bruit de fond» de gisements voisins, proto-historiques, antiques ou médiévaux¹³. Sur une dizaine de kilomètres de tracé à travers la plaine du Roussillon, trois petits sites ruraux d'époque wisigothique et deux d'époque carolingienne ont été découverts et partiellement fouillés, alors qu'ils n'avaient pas été détectés lors des prospections (Ill. n° 2); en revanche, sur de grands tracés routiers ou autoroutiers, en Toulousain et en Aquitaine, ces sites du haut Moyen Âge sont restés absents¹⁴. Dans ces régions, la survivance jusqu'à nos jours d'un habitat dispersé sous forme de fermes, ayant pour beaucoup des origines médiévales et évitées par les trajets routiers, a pu faire supposer aux archéologues que les vestiges du haut Moyen Âge devaient se trouver sous les constructions actuelles, ou à proximité immédiate. Dans la plaine du Roussillon la prédominance d'un habitat concentré, où les mas isolés ne sont plus que résiduels, laisse accessible les habitats abandonnés.

Ormis ces spécificités régionales, ou micro-régionales, la vision de l'habitat du haut Moyen Âge que nous avons est bien souvent tributaire des opérations préventives en relation avec les grands travaux d'aménagement, dont les choix d'implantation, à l'écart des habitats actuels, peuvent reproduire des «vides» dans le réseau de l'habitat d'époques plus anciennes. Plus encore, par définition, cette archéologie est encore presque exclusivement celle des habitats abandonnés, disparus, délaissés. Il est temps de compléter cette vision par la connaissance archéologique des centres villageois actuels, des habitats «permanents», ayant perduré au moins depuis le Moyen Âge central, qui permette d'explorer leurs origines dans le premier millénaire de notre ère. Les riches données fournies par une archéologie inserrée dans le tissu du bâti actuel à Lunel-Viel¹⁵ (fouilles Claude Raynaud) montrent la complexité des situations concrè-

13. Jérôme KOTARBA, «Les sites d'époque wisigothique de la ligne LGV», et Céline Jandot, «Les sites ruraux médiévaux des Vignes de l'Espérance (Banyuls-dels-Aspres, Pyrénées-Orientales)» *Domitia*, n° 8-9, pp. 43-70 et 71-88.

14. Information orale Florent Hautefeuille, Séminaire d'Archéologie Médiévale Méridionale, Montpellier, 14 juin 2007.

15. Alexandrine GARNOTEL, Claude RAYNAUD, «Groupés ou dispersés? Les morts et la société rurale en Languedoc oriental (IVe-XIIe siècles)», *Archéologie du cimetière chrétien*, GALINIÉ (H.), ZADORA-RIO (E.), dir., Tours, 1996, pp. 139-152.

tes, même dans le cas d'une occupation sans solution de continuité depuis l'Antiquité.

Une autre perspective de recherche est celle de l'archéologie programmée, qui se portant vers des sites parfois à l'écart de tout grand projet immobilier ou d'aménagement, effectue ses choix selon des critères scientifiques. Les travaux menés depuis plusieurs années par Laurent Schneider et son équipe sur les sites d'habitat perché fortifiés, sur tout le pourtour méridional du Massif Central et le piémont des Pyrénées ont permis de mettre en évidence l'existence de sites de peuplement nouveaux, perchés et fortifiés, qui sont parfois des centres importants, comme celui du Roc de Pampelune, créés hors des périodes dite de «refuge» et de troubles. Ces sites témoignent plutôt d'une recomposition des territoires et de l'émergence de nouveaux réseaux de pouvoir, peut-être politiques et sans doute ecclésiastiques, à en juger par l'importance du complexe religieux du Roc de Pampelune¹⁶. Pourtant le site du Roc de Pampelune, créé à la fin du Ve siècle, occupé jusqu'au milieu du VIe siècle au moins, est abandonné avant l'époque carolingienne (comme la plupart des sites perchés de même nature) et ne participe pas à la restructuration de l'habitat des VIIIe-XIe siècles qui est au cœur de notre propos.

La diversité des situations et des formes empêche de tracer, même à grands traits, un tableau exact du peuplement, mais les fouilles permettent de dégager les caractères de l'habitat rural du haut Moyen Âge dans les régions du Midi de la Gaule: un habitat constitué de constructions sommaires certes, mais où la pierre n'est pas aussi rare que dans le Nord de la France, et où elle se combine avec la terre crue souvent, tout autant qu'avec le bois. Ces habitats sont souvent constitués de plusieurs entités voisines, parfois organisés en noyaux de quelques structures (maisons, fonds de cabane, fosses, silos) groupés et peu distants d'un autre groupe de constructions de même type. Suggérés par les prospections, de tels ensembles ont été fouillés, au moins partiellement (c'est le cas des sites de Baixas et de Banyuls-dels-Aspres, déjà cités). Une des particularités de ces sites est de posséder des équipements individuels de conservation (silos) et de transformation des aliments (fours) ou des métaux (forges). En revanche, alors que les sites du très haut Moyen Âge, d'époque mérovingienne ou wisigothique, semblaient conserver quelques traits caractéristiques d'une certaine consommation ostentatoire (vaisselle importée,

16. Laurent SCHNEIDER, «Nouvelles recherches sur les habitats de hauteur de l'Antiquité tardive et du haut Moyen Âge en Gaule du Sud-Est: le cas du Roc de Pampelune (Hérault)», *Les Nouvelles de l'Archéologie*, n° 92, 2003, pp. 9-16.

verre, monnaies d'or), à partir du VIII^e siècle ces marqueurs du luxe sont absents, même si l'on ne saurait parler de misère, car le fer par exemple est assez abondant sur ces habitats, loin de l'image de pénurie que suggéraient parfois les sources écrites¹⁷. La présence de nombreux silos des IX^e-XI^e siècles, dont nous reparlerons dans notre dernière partie, suggère des excédents agricoles en quantité non négligeable, au moins périodiquement, et la faune peut aussi se révéler assez abondante dans les rejets culinaires (porcs, capridés, par exemple au site du Camp del Rey à Baxas).

Dans un système de peuplement en grande partie déstructuré par la fin des *villae* et la régression des grands centres urbains antiques, la paroisse a joué le rôle d'un ciment social et géographique d'autant plus fort qu'elle a su s'insérer dans les trames anciennes, récupérant à son profit le cadre territorial de la *villa*. La paroisse, de création récente, assez neuve et souple, assez peu formalisée au départ, a pu s'adapter aux formes nouvelles et changeantes de l'habitat, elle les a aussi influencées. L'église, et à la fin de la période que nous étudions, le cimetière, sont les formes concrètes que prend le fait religieux dans les campagnes, on verra que ces deux éléments jouent un rôle non négligeable dans l'évolution du peuplement.

II. Trois nouveautés dans les campagnes du haut Moyen Âge: l'église, la paroisse et le cimetière

Un colloque réuni à Toulouse et publié récemment a permis de faire le point sur nos connaissances à propos des paroisses méridionales. Mais la paroisse ne recouvre qu'imparfaitement, et trop institutionnellement, notre sujet, puisque l'église comme bâtiment est, on le verra, présente dans le paysage architectural des campagnes du haut Moyen Âge, de manière beaucoup plus fréquente et précoce que ne l'est la paroisse. Le cimetière, en revanche, nous ramène en partie à la définition institutionnelle de la paroisse, encore que là aussi les réalités se soient révélées récemment plus complexes qu'on ne le pensait.

Les travaux historiques et archéologiques des dernières décennies ont mis en lumière un certain nombre de faits aujourd'hui incontestables.

17. A. CATAFAU, «Consolidation de la romanité et apports germaniques (414-1027)», *Nouvelle Histoire du Roussillon*, Jean SAGNES (dir.), Perpignan, 1999, pp. 77-104.

bles. Le premier point, qui devrait être le point de départ de toute réflexion, est d'ordre démographique. Autant le nombre des nécropoles, leur répartition, que les traces nombreuses d'habitat contestent l'image d'une récession démographique dramatique et d'un recul massif des terres cultivées durant les Ve-VIIe siècles. L'image de la «crise» démographique des Ve-VIIe siècles peut être fortement nuancée, même dans les régions du Midi. Les premières églises rurales se sont insérées dans un réseau de peuplement déjà dense, qui a connu, certes des adaptations, des redistributions à l'échelle locale, mais qui n'a pas été bouleversé en profondeur. E. Zadora-Rio souligne la distinction nécessaire entre trois phénomènes et trois chronologies: celle de l'habitat, celle de l'église et celle de la paroisse¹⁸.

L'église, un bâtiment commun dans les campagnes méridionales

L'église en tant que bâtiment est toujours difficile à identifier dans les sites fouillés du haut Moyen Âge, d'autant que pour cette époque sa pérennité est moins grande qu'on ne l'aurait cru. Les églises sont, comme les habitats, susceptibles d'être abandonnées et de disparaître. Au Xe siècle seulement, la fixation du cimetière auprès de l'église, un cimetière dont l'émergence est tardive, rend pérenne dans presque tous les cas l'édifice ecclésial. Sa relation avec l'habitat s'en trouve alors renforcée, on y reviendra.

Après une étape marquée par un certain foisonnement des créations d'édifices de culte, aux statuts souvent mal définis, et dont l'immense majorité n'avaient pas le rang de paroisse, la phase de foisonnement qui caractérise les Ve-VIIe siècles, l'époque suivante, aux VIIIe et IXe siècles, apparaît comme un moment de mise en ordre, celui de la réorganisation carolingienne. Les fonctions paroissiales fermement définies, les territoires paroissiaux délimités entraînent le déclassement et même l'abandon d'un certain nombre d'églises rurales. Le maillage administratif et religieux des paroisses opère une sélection dans les lieux de culte, dont l'habitat subit les conséquences. La hiérarchisation de l'habitat apparaît en partie au moins

18. Elizabeth ZADORA-RIO, «L'historiographie des paroisses rurales à l'épreuve de l'archéologie», *Aux origines de la paroisse rurale en Gaule méridionale (IVe-IXe siècles)*, sous la direction de C. Delaplace, Actes du colloque international de Toulouse, 21-23 mars 2003, Éditions Errance, 2005, p. 15-23.

comme une conséquence de ce reclassement hiérarchique des églises¹⁹. La réapparition du terme de *villa* à l'époque carolingienne, qui s'affirme comme cadre géographique d'inscription des terres, des habitats et des hommes, s'accompagne de l'émergence au sein de chaque *villa* d'une église qui prend les fonctions paroissiales. Bien entendu la superposition de la structure territoriale de la *villa* et de celle de la paroisse, ainsi que la correspondance d'une église paroissiale et d'une *villa* ne sont pas systématiques: autant de territoires, autant de cas, autant d'exceptions, mais, en règle générale, les *villae* qui, au cours du IXe-Xe siècle ne sont pas associées à une église, sont celles qui disparaissent aux siècles suivants. On peut supposer que leur existence n'était plus d'ailleurs que formelle, et qu'elles ne représentaient que des reliques d'un ancien découpage territorial, déjà en partie occulté, aux marges des *villae* fermement territorialisées, dotées d'un ou plusieurs habitats et d'au moins une église.

Dans les campagnes du haut Moyen Âge, le semis des églises est plus dense et plus ancien qu'on ne le pensait. Alors qu'aux premiers temps chrétiens c'est le baptistère qui distingue l'église paroissiale, à partir du IXe la fonction paroissiale est matérialisée par le cimetière. Malheureusement, rares sont les fouilles d'églises rurales et *a fortiori* de cimetières paroissiaux ruraux. L'exemple de Vilarnau (com. de Perpignan, P.-O.) confirme cependant qu'une église citée seulement au XIIIe siècle, mais associée à une *villa* mentionnée au XIe siècle, est déjà en place, sur son plan «définitif», dès la fin du IXe siècle ou le début du Xe, entourée de quelques tombes, embryon d'un cimetière paroissial utilisé jusqu'au XVe siècle²⁰. L'église avec son cimetière définit le centre paroissial, qui devient, progressivement, souvent, le centre de l'habitat, centre aussi du territoire de recrutement du cimetière, la paroisse.

Entre nécropole et cimetière, l'évolution des traditions funéraires dans le haut Moyen Âge

L'archéologie récente a montré que le processus de rapprochement des tombes et du lieu de culte rural n'était pas linéaire. La période des

19. E. ZADORA-RIO, «L'historiographie des paroisses rurales...», *op. cit.*, et «Territoires paroissiaux et construction de l'espace vernaculaire», *La paroisse, Médiévales*, n° 49, pp. 105-120.

20. Olivier PASSARIUS, *Vilarnau. Étude archéologique d'un village et d'un cimetière paroissial en Roussillon (IXe-XVe s.)*, Thèse de doctorat de nouveau régime, E. ZADORA-RIO dir., Université François Rabelais, Tours, 2006, 4 volumes, 913 pages.

«nécropoles de plein champ», sur un modèle directement hérité de l'Antiquité tardive, se prolonge jusqu'au VIIe siècle. Mais dès avant on note l'existence de petits groupes de sépultures «isolées», c'est-à-dire hors des nécropoles, dont rien, ni dans leur structure ou leur recrutement, ne permet de faire des «sépultures d'urgence» (elles sont alignées, sans doute bien signalées en surface car ne présentent pas de recoupements) ni des «sépultures d'exclusion» ou de relégation²¹. Ces petits ensembles funéraires isolés, réunissant de quelques unités à quelques dizaines de sépultures, sont situés à proximité d'habitats, généralement en limite des zones spécialisées des habitats (secteurs d'activités artisanales ou de stockage). On a pu être tenté de rapprocher cette dissémination des sépultures de celle de l'habitat, mais on constate l'existence de zones funéraires isolées même dans des régions d'habitat concentré (à Dassargues²²) comme on a pu aussi le vérifier dans au nord de la Loire (à Villiers et Serris). L'image qui s'impose est celle d'un «entre deux» où, alors que les inhumations en nécropoles commencent à s'étioler et que celles auprès des églises restent exceptionnelles, les vivants choisissent d'enterrer leurs morts non pas n'importe où ni n'importe comment, car ces zones funéraires présentent d'indubitables signes d'organisation (tombes orientées, alignées, resserrées, non recoupées donc signalées), mais en des lieux souvent proches de l'habitat, voire de vestiges antiques, choisis pour des raisons inconnues de nous et groupées selon des critères peut-être familiaux ou sociaux. Le nombre, la fréquence et le traitement de ces tombes, tout à fait semblables aux autres, tend à faire douter dans la plupart des cas les explications de zones de relégation ou d'exclusion, qui étaient avancées par les chercheurs il y a peu encore.

La période des VIIIe-Xe siècles est donc celle d'une multiplication des lieux de culte, en même temps que celle d'une première sélection, entre les églises qui deviennent centre d'un territoire paroissial et les autres, dont certaines disparaissent, celles auxquelles est associé un cimetière, et les autres. L'habitat, après une longue période d'occupation ou de réoccupation des sites antiques, connaît aux VIIIe-Xe siècles une nouvelle phase de créations. Le regain de la *villa*, de plus en plus territoire de référence, s'accompagne dans beaucoup de cas de la mention d'une église associée à l'un des lieux d'habitat qui y existent, lieu d'habitat qui prend dès lors une place prééminente dans le réseau du peuplement.

21. Frédérique BLAIZOT, «Ensembles funéraires isolés dans la moyenne vallée du Rhône», *Habitats, nécropoles et paysages...*, O. MAUFRAZ (dir.), *op. cit.*, chapitre 20, pp. 281-338.

22. A. GARNOTEL, C. RAYNAUD, «Groupés ou dispersés?...», *op. cit.*

Communautés d'habitants et construction des églises, les origines des paroisses pyrénéennes

Aux IXe-Xe siècles les actes de consécration des églises catalanes constituent des témoignages précieux sur la naissance du réseau paroissial, en particulier dans la zone pyrénéenne.

Ces actes attestent de l'existence de communautés rurales fortement structurées, cohérentes, engagées ensemble dans la construction et la dotation de leurs bâtiments religieux. Les actes de consécration des églises catalanes sont souvent l'occasion pour des groupes d'hommes, généralement entre 10 et 30 individus, nommément cités, souvent précédés du nom de leur diacre ou de leur prêtre, d'affirmer leur rôle dans la construction de la «nouvelle» église qu'ils dotent aussi souvent de terres et de revenus, afin d'obtenir sa consécration par l'évêque²³. La communauté des habitants préexiste à la communauté des paroissiens. Ce qui définit cette communauté d'habitants est un territoire, celui de la *villa*, mais est-ce déjà un village? On peut en douter, surtout dans les vallées pyrénéennes où l'habitat n'apparaît jamais comme concentré, mais égréné en plusieurs petits écarts disposés le long de la pente ou du cours de l'eau, en «*veï-nats*» d'en bas, du milieu, d'en haut... Ces hommes, chefs de famille sans doute représentatifs des familles vivant dans le ressort de la future église paroissiale, ont choisi un lieu pour y bâtir le lieu de culte collectif. Parfois il est dit qu'il s'agit d'une reconstruction, d'autres fois on mentionne explicitement une construction nouvelle... Quelle valeur a l'affirmation de la construction du lieu de culte *ex nihilo*? On peut, bien souvent, penser qu'il ne s'agit que d'une formule toute faite, ayant pour fonction de valoriser l'œuvre des constructeurs, des fondateurs. L'un des *topoi* de la fondation ecclésiastique n'est-il pas la «fondation *ex heremo*, «dans le désert» ?

Aussi quand Michel Zimmermann évoque, à la suite de Pierre Bonnassie, le «front pionnier» et les «paysans-défricheurs» à l'origine de ces constructions d'églises²⁴, peut-être doit-on modérer la part de «conquête» ou «reconquête» des terroirs que supposent ces visions, et leur préférer, comme le même M. Zimmermann ne manque pas de le souligner, l'idée de la constitution d'une communauté d'habitants. La base d'existence de cette communauté est territoriale, sa manifestation collective est la

23. Michel ZIMMERMANN, «La consécration des églises en Cerdagne aux Xe et XIe siècles. Une territorialisation de la foi», *Études Roussillonnaises*, t. XXI, 2005, pp. 65-85.

24. M. ZIMMERMANN, «La consécration des églises...», *op. cit.*

construction ou reconstruction d'un lieu de culte pour tous, que l'on souhaite voir accéder au statut paroissial. Les «libertés paysannes» s'expriment souvent par l'exercice du droit de patronage des habitants, c'est-à-dire de leur liberté de choisir eux-mêmes, en leur sein, le desservant de leur paroisse, et parfois par le droit de disposer de la dîme. Les actes de consécration évoquent souvent le statut de l'église, *baptismalis* et *cimiterialis* : l'église devient le centre d'un territoire dont tous les habitants, quelle que soit la forme de leur habitat, seront enterrés au même lieu. L'évêque confère à l'église son statut et ses fonctions paroissiales et il la dote de son territoire. Là encore, les termes sont trompeurs, car le territoire que l'évêque accorde à l'église, quel est-il sinon celui où vivent les constructeurs ? Le territoire vécu des habitants-constructeurs de l'église préexiste à celui de la paroisse. La communauté se définit par le territoire qu'elle occupe. Au-delà de ce territoire, plus ou moins nettement défini, sinon borné, d'autres territoires sont ceux des communautés voisines. Ce territoire vécu est sans doute plus directement perceptible dans les hautes vallées pyrénéennes, où le relief définit des unités géographiques ramassées, autour des cultures, des pâturages et de l'habitat des paysans qui y vivent et forment, «naturellement» des entités territoriales, et par la suite communautaires, beaucoup plus précoces, délimitées et structurées que dans l'immense majorité des secteurs de plaine, où les limites sont imprécises, changeantes, disputées...

Accorder à l'église son territoire paroissial revient donc, pour l'évêque, à faire correspondre, à superposer l'échelon administratif et le territoire vécu. Est-ce aussi simple? Sans doute pas. L'histoire mouvementée des découpages paroissiaux tels que Florent Hautefeuille les a reconstitués dans le Quercy nous apprend que, derrière l'apparence des limites immuables, intangibles, se cache toute une diversité de cas: disparitions, annexions, morcellements, ou redécoupages de limites des paroisses²⁵. Dans le cas de nos églises catalanes pyrénéennes, on ne peut qu'imaginer les rivalités de territoires, de vallées, les initiatives venant prendre de court telle ou telle autre communauté voisine... tout un non-dit dont l'écho peuple pour des siècles l'histoire délicate des conflits de bornage et de voisinage.

De la naissance des communautés rurales et de la mise en place des paroisses, dans le cadre territorial des *villae*, témoignent aussi les actes

25. Florent HAUTEFEUILLE, *Structures de l'habitat rural et territoires paroissiaux en bas Quercy et haut Toulousain du VIIe au XIVe siècle*, thèse nouveau régime, dir. Maurice Berthe, Toulouse, 1999, 10 vol., 2548 p.

de vente, d'échange ou de donation des IXe-Xe siècles, tels qu'ils ont été étudiés par Lluís To il y a déjà vingt ans²⁶. La publication en cours de l'ensemble des textes antérieurs à l'an mil pour toute la Catalogne permet de confirmer la précocité de certains phénomènes²⁷. Dans les actes cléricaux de donation ou d'échange de *villae*, actes antérieurs à l'an mil, mais parfois antérieurs à 900, la *villa* est souvent mentionnée avec son église, une église dont le vocable du IXe ou du Xe siècle est, sauf exception, celui que l'église conserve durant tout le Moyen Âge²⁸. Bien entendu déduire de là la continuité *in situ* du bâtiment ecclésial est risqué, et même l'archéologie n'a pas toujours la possibilité de trouver les traces de cette continuité, comme à Dassargues²⁹. Cependant, l'impression est que la règle la plus fréquente est l'ancienneté des églises romanes, plongeant leurs racines dans le Xe ou même le IXe siècle. L'archéologie et l'histoire de l'art vérifient souvent l'antériorité d'une église par rapport à ses premières mentions textuelles. Certains actes des IXe et Xe siècles, émanant de clercs et concernant des *villae* entières et leurs églises, emploient dès cette époque le terme de «paroisse» pour désigner le territoire sur lequel s'exercent les droits des églises qu'ils donnent, léguent ou échangent. L'emploi du mot paroisse est assez exceptionnel à cette époque en Roussillon pour être souligné³⁰.

26. Lluís To FIGUERAS, «El marc de les comunitats pageses: villa i parroquia en les diocesis de Girona i Elna (final del segle IX - principi del XI)», *La Catalogne et la France méridionale autour de l'an Mil*, Barcelone, 1991, pp. 212-239.

27. INSTITUT D'ESTUDIS CATALANS, *Catalunya carolingia*, vol. IV: *Els comtats d'Osona i Manresa*, 3 tomes, 1999, vol. V: *Els comtats de Girona, Besalú, Empúries i Peralada*, 2 tomes, 2003, vol. VI: *Els comtats de Rosselló, Conflent, Vallespir i Fenollet*, 2 tomes, 2006.

28. Quelques exemples tirés des documents réunis dans *Catalunya Carolingia*, vol. VI, n° 328, a. 951: «ista omnia ... dono... pro ipsas ecclesias Sci Petri et Sci Johannis apostolis qui sunt fundatas in comitatu Russillionense, in villa Pacano, et pro ipsas primitias et decimas...», n° 391 a. 959: «pro ipsa parrochia que vocant villa Bruliano et pro ipsas ecclesias qui in ipsa villa sunt fundatas id est Sci Johannis et Sce Marie Virginis», n° 393 a. 959: «pro... ipsa parrochia quem vocant Trasserra vel pro ipsa ecclesia qui ibidem est fundata in honore Sci Saturnini martyris Christi». Ces deux derniers documents ajoutent à cette mention de paroisse celle des prémices et des dîmes. Dans les actes des Archives Départementales des Pyrénées-Orientales, fonds François de Fossa, n° 97, a. 1001: échange de la «villa Roderadi que vocant Monteschabri... pro ipsas ecclesias Sci Stephani et Sci Martini, cum ipsa parrochia».

29. Alexandrine GARNOTEL, Claude Raynaud, «Groupés ou dispersés?...», *op. cit.*

30. J'ai pu noter la diffusion tardive dans les actes du terme de paroisse pour désigner le territoire; on lui préfère pendant les IXe-XIe siècles dans la plupart des actes le terme d'*adjacencia*, dans les formules de localisation des biens: «in adjacencia ecclesie ...». Les actes issus des clercs, cités dans la note 28, constituent ainsi une exception remarquable et sans doute significative.

Des églises anciennes et nombreuses, des territoires paroissiaux en cours de définition dès les IXe-Xe siècles, des pratiques funéraires qui évoluent: quelles sont les conséquences de ces évolutions sur l'organisation de l'habitat et la structuration du peuplement aux IXe-XIe siècles.

III. Aux IXe-XIe siècles: multiplication des attestations écrites et archéologiques des mutations de l'habitat

L'évolution de l'habitat aux IXe-XIe siècles commence par le renforcement d'une tendance déjà ancienne: celle de la diffusion de l'habitat semi-groupé, de sa mobilité. Les textes des IXe-Xe siècles montrent une multiplication des habitats en petits noyaux, du type hameaux, que l'on trouve sur les territoires des *villae*, disséminés autour du centre du peuplement, où se trouve généralement l'église.

Ces éléments textuels sont à rapprocher de faits archéologiques qui s'affirment nettement dans les fouilles récentes. D'abord, la multiplication d'habitats semi-groupés ou isolés construits *ex nihilo* aux IXe-Xe-XIe siècles, occupés durant une ou deux générations, et abandonnés définitivement. Ensuite, la présence, souvent à distance moyenne des églises (hors du cimetière) de vastes zones d'ensilage des IXe-XIe siècles³¹, encore mal interprétées, ainsi que les preuves, souvent précoce aussi de l'installation de constructions et en particulier d'habitats à proximité du bâtiment de culte ou du cimetière. Ces éléments convergent avec la vision suggérée par les textes d'une attraction du stockage agricole et de l'habitat dans l'environnement des églises sans doute dès avant l'an mil.

Le dernier trait à souligner est bien entendu une mutation beaucoup plus fondamentale, celle qui conduit les hommes, dans un souci de défense et de protection, à grouper leurs récoltes et leurs maisons tout près de l'église, sur le cimetière lui-même. Ce processus semble connaître ses prémisses au Xe siècle avant sa formalisation juridique sous la forme de la «*sagrera*» et de la «*cellera*», et connaît son essor au cours du XIe siècle. Ce déplacement entraîne la disparition de nombreux noyaux secondaires d'habitat et conduit au XIIe siècle à la constitution d'habitats villageois très concentrés en certaines régions.

31. En Languedoc, la datation de ces zones d'ensilage débute au Xe siècle et se prolonge jusqu'au XIIe siècle.

L'image du peuplement des IXe-Xe siècles dans les textes

La multiplication des textes à partir du IXe siècle, surtout pour la Catalogne, fournit des données nombreuses sur le peuplement. Il faut cependant essayer de se prémunir de «l'effet de sources» qui pourrait trop vite faire interpréter ce foisonnement textuel comme une «renaissance» ou une «expansion démographique», ou comme l'ouverture partout de «fronts de colonisation», de «défrichements» et de «nouveaux établissements». Les campagnes méridionales des VIIe-VIIIe siècles sont loin d'être désertées, on l'a vu, et les nombreuses nécropoles, pour ne prendre que cet exemple, témoignent d'une densité d'occupation parfois assez forte – très difficile à évaluer, et sans doute très variable selon les lieux. Gardons-nous donc d'être obnubilés par la «propagande» carolingienne, souvent née d'une vision cléricale, et en particulier monastique, de l'installation dans le «désert» et du défrichement... Les établissements monastiques sont à la fois à l'origine de cette vision idéologique, de sa mise en forme écrite dans les actes et de la conservation des archives (chartiers et cartulaires) qui ont transmis jusqu'à nous cette image trop souvent prise pour argent comptant.

Pourtant, une fois faites ces réserves, on doit essayer de prendre la mesure de ce qui change dans le peuplement aux IXe-Xe siècles. On peut tenter de mesurer la part de l'habitat créé à cette époque, au travers d'indices onomastiques ou archéologiques. On peut aussi essayer de connaître la date d'abandon des sites, leur mobilité.

Dans les textes d'époque carolingienne, quelques traits fondamentaux caractérisent l'habitat et le peuplement. Tout d'abord, comme on l'a vu, la *villa* est généralement associée à l'existence d'une église. Les cas où une *villa* citée à l'époque carolingienne n'a pas d'église dans les sources, ou dans les vestiges architecturaux conservés, sont rares. Pour le Roussillon, où l'étude exhaustive en a été faite, ces *villae* sans église ont toutes disparu avant le XIIe siècle. Elles sont parfois localisées par les historiens sur le territoire de villages actuels, qui auraient absorbé ces *villae* éphémères. Certaines peuvent porter des toponymes d'origine anthroponymique qui situent leur création à l'époque de la conquête franque³².

Dans le foisonnement des toponymes cités par les sources des IXe-Xe siècles, peut-on reconnaître les lieux d'habitat secondaire créés à l'épo-

32. Cf. la *Villa Bechona*, que l'on propose de localiser à Sorède, dans le piémont des Albères, citée en 1017, n'est plus mentionnée par la suite, on ne trouve dans les chartes que la mention d'une *Vallis Begonis* en 1141.

que carolingienne? Dans les textes concernant le Roussillon, certains indices permettent d'attribuer la création de certains toponymes à l'époque carolingienne, ce sont les formes:

- *villa* + qualificatif (du type *villa nova*, *villa longa*, etc.),
- *villa* + diminutif (du type *villare*, *villula*, etc.),
- *villare* + anthroponyme (parfois anthroponyme germanique),
- d'autres toponymes que ceux dérivés de *villa* suggérant un lieu habité: constitués sous la forme «*casa* + substantif» (le substantif étant parfois de forme «germanique»), le mot *casa* pouvant être remplacé par *cabana*, *cabanil*, ou toute autre forme d'indication de maison.
- des toponymes formés d'un seul nom de personne ou dérivant d'un nom de personne de forme «germanique» attesté aux IXe-Xe siècles en Catalogne³³.

Pour prendre la mesure de la diversité des formes qu'a pu revêtir ce foisonnement de nouveaux petits pôles d'habitat s'insérant dans une structure de *villae* préexistantes³⁴, il convient d'ajouter à cette liste les villages appelés «d'amont et d'avall». L'exemple de Saint-Feliu en Roussillon est à la fois révélateur, mais aussi exceptionnel, puisque chacun des deux pôles, amont et avall, distants d'un kilomètre à peine, a donné naissance à son église et à sa paroisse, dont aucune n'est dédiée à Saint-Félix, vocabulaire originel de la grande *villa* qui s'est conservé dans chacun des villages géminés mais qui n'a laissé aucune trace d'église, sinon en un lieu-dit isolé. Certains des lieux de peuplement qui se sont aujourd'hui conservés autour d'une église paroissiale (comme Thuir, avec son église Saint-Pierre et sa *cellera*) sont désignés lors de leur première mention aux IXe-Xe siècles par l'épithète «d'amont» ou «d'avall» (*superiore* ou *subteriore*): ces mentions renvoient bien entendu à un autre pôle d'habitat peu distant, le plus souvent disparu très tôt, sans église mentionnée, et n'ayant parfois pas laissé de mention directe dans nos textes.

33. Cf. Jordi Bolòs et Josep MORAN, *Repertori d'antropònims catalans* (RAC), Barcelona, 1994, vol. I, 760 p.

34. Cela permet de constater que les *villae*, en tant qu'entités territoriales héritées de l'époque antique ou tardo-antique, sont de taille suffisamment importante pour qu'y apparaissent, au moment de l'explosion des *villares*, des noyaux de peuplement dédoublés. Certaines de ces *villae* sont peut-être divisées en deux ou plusieurs parties, durablement fixées parfois par des paroisses différentes.

On peut faire la remarque qu'un grand nombre des toponymes mineurs qui n'utilisent pas le terme *villa* ou ses dérivés sont mentionnés lors des désignations de confronts de *villae*: on peut en déduire qu'ils se trouvent dans ce cas dans les périphéries, près des limites. Les territoires des *villae* et a fortiori ceux des paroisses sont délimités aux IXe-Xe siècles: les bornes sont parfois fixées (ou réinstallées) à cette époque, ainsi que le disent plusieurs textes³⁵. Dès lors on peut comprendre que ces lieux habités servent, en périphérie des *villae*, de repères territoriaux: on les cite apparemment comme limites inclusives, donc appartenant à la *villa* qu'ils servent à délimiter.

À propos de l'aspect que pouvait avoir le peuplement dans une paroisse du début du XIe siècle, située certes au piémont des Aspres, donc peut-être susceptible d'avoir conservé plus longtemps son aspect d'habitat éclaté –ainsi qu'en témoigne le maintien de mas plus nombreux qu'en plaine, dont au moins un reprend le nom d'un ancien «écart»— on peut citer le jugement de 1019 concernant l'église Sainte-Colombe, dont les paroissiens se voient déposséder par le comte³⁶. Les quarante chefs de famille qui signent l'acte sont répartis à peu près également entre trois pôles d'habitat: *Pug Boscha*, *Querubi* et *Coniunta*. Ce dernier lieu est habituellement identifié avec le village médiéval et actuel de Sainte-Colombe, puisque dès 917 il est fait mention de la *villa Coniunta* citée avec son église Sainte-Colombe³⁷. Pourtant en 1019 encore, *Coniunta* apparaît lui-même divisé en trois lieux de peuplement: le *Vilar de Coniunta*, le *Pug de Coniunta* et la *Brugada*³⁸ de *Coniunta*. Un autre habitant, lui aussi dit «*habitator in parrochia de Sancta Columba*», habite un lieu appelé *Camps*. Ce sont donc au moins cinq ou six lieux de peuplement différents, séparés, qui existent en 1019 sur le territoire d'une seule paroisse (Ill. n° 3).

En ces IXe-Xe siècles, la relation entre l'église et l'habitat est encore souvent peu formalisé, souple. Les deux réalités, celle de la *villa* et celle

35. A. CATAFAU, «Le vocabulaire du territoire dans les comtés catalans nord-pyrénéens (IXe-XIIe siècles)», *Les territoires du médiéviste*, Benoît CURSENTE et Mireille MOUSNIER (dir.), P.U. Rennes, 2006, 129-149.

36. F. MONSALVATGE I FOSSAS, *Noticias Historicas*, t. 15, pp. 243-246. Pour une étude plus complète de ce document, voir A. CATAFAU, «Paroisse et *cellera* dans le diocèse d'Elne (Xe-XIIe siècles)», *Cahiers de Saint-Michel de Cuxà*, t. XXX, 1999, pp. 91-100.

37. *Marca Hispanica*, appendix, n° 117.

38. Est-ce une mauvaise graphie pour *Burgada*? À la même époque on trouve un *burgo* cité dans les limites de la paroisse de Perpignan, en 1025, *Marca Hispanica*, appendix, n° 199.

de la paroisse tendent à se superposer, mais imparfaitement. On trouve quelques *villae* où n'existe pas d'église (la sélection se fera dans le siècle suivant: redécoupées ou absorbées par les territoires paroissiaux ces *villae* sans églises disparaissent), on trouve des *villae* avec deux églises (*cf.* les cas de Rivesaltes ou de Pézilla-la-Rivière où ces deux églises subsistent, d'autres exemples où l'une des deux disparaît, comme à Torreilles), certains *villares* où est citée une église aux IXe-Xe siècles deviennent des villages et des paroisses au XIe-XIIe siècles. Pourtant les signes de la fixation de l'habitat par l'installation d'églises se multiplient dans ces IXe et Xe siècles. En Roussillon, en particulier dans les piémonts montagneux des Albères, mais aussi en Vallespir et en Conflent, ou, comme l'a fait remarquer J. Bolòs, dans le comté d'Urgell (vallée de Castellbó) et bien sûr dans le piémont de la Montagne Noire, autour d'Aniane³⁹, des églises sont fondées par les monastères (et parfois par les églises cathédrales) au cœur des domaines qu'ils reçoivent en donation des souverains carolingiens ou des aristocrates locaux. Beaucoup de ces églises sont des centres religieux et économiques. Leur rôle quant au «défrichement» reste cependant à nuancer, car les terres qui dépendent d'elles sont parfois occupées dès avant l'installation des moines, comme le montre le texte d'un plaid de l'abbaye d'Arles-sur-Tech qui évoque en 832 des «*pagenses illius loci*» qui ont voulu faire des aprisions sur les terres attribuées au monastère⁴⁰.

39. Laurent SCHNEIDER, *Monastères, villages et peuplement en Languedoc central: les exemples d'Aniane et de Gellone (VIIIe-XIIe siècles)*, Thèse nouveau régime, Aix-en-Provence, 1996, 612 p.; Aline Durand, *Les Paysages médiévaux du Languedoc (X^e-XII^e siècles)*, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1998, 491 p.; Anne PARODI, *La plaine du Languedoc oriental au haut Moyen Âge (du IV^e siècle à la fin du XI^e siècle): textes et archéologie de l'espace rural*, thèse nouveau régime, Université Paris-I, 1992, 860 p.

40. Ce texte, très important pour l'histoire du peuplement, a été mal compris par André CONSTANT, «Peuplement et mise en valeur du territoire au sud du diocèse d'Elne (massif des Albères-Vallespir) du IXe siècle au XIe siècle: entente ou rivalités?», *Elne. Ville et territoire. L'historien et l'archéologue dans sa cité. Hommage à Roger Grau*, Marie GRAU et Olivier POISSON (dir.), Elne, 2003, pp. 91-103, qui l'interprète ainsi: «... sic veniebant *pagenses loci illius et volebant aprisiones facere in ipsa eius terminia*». Les aprisionnaires accusés sont donc anonymes et qualifiés de «païens» dans le procès. Il s'agit peut-être d'un groupe de colons dirigés par un aprisionnaire plus important...» (note 33, p. 97, l'auteur écrit d'ailleurs par erreur «*pagienses*», le texte est édité dans *Cat Car*, vol. VI, n° 17). Ces *pagenses* sont bien des «paysans», et non des «*pagani*», des païens... dont on ne voit pas très bien ce qu'ils faisaient en Vallespir au IXe siècle. Ces «paysans» sont ceux qui vivent là-même, «*illius loci*», qui ont déjà fait des aprisions (le mot de *pagenses* aurait pu à la rigueur être interprété et traduit par «habitants du *pagus*» ce qui ne ferait que redoubler l'idée de leur origine locale, et non celle de «colons» amenés là par un puissant)... Au sujet des aprisions et des *Hispani* en Roussillon et Languedoc, on se reportera au texte de Luis García Moreno dans ce même volume, et pour le cas particulier d'Arles à A. CATAFAU, «Les *Hispani* et l'aprision en Roussillon et Vallespir.

Ces *cellae* monastiques et épiscopales deviennent le cœur de petits territoires de mise en culture, le centre de noyaux de peuplement, et par la suite des villages dont certains gardent dans leur nom le souvenir de leur origine (Celleneuve dans l'Hérault, Saint-Jean-Laseille dans les Pyrénées-Orientales)⁴¹.

On est constraint de constater l'inadaptation des informations tirées des quelques textes parvenus jusqu'à nous pour toute tentative d'évaluation statistique: la liste que j'ai pu tenter d'établir de tous les toponymes mineurs, qui peuvent correspondre à des lieux habités sans église attestés par les sources écrites en Roussillon aux IXe-XIe siècles, ne s'élève guère à plus de 120 noms de lieux d'habitat secondaire pour un total de 122 *villae* et noyaux villageois⁴². Or quelques éclairages exceptionnels (Trouillas, Sainte-Colombe, Thuir, Laroque-des-Albères), sans doute révélateurs de la réalité, donnent à imaginer, pour chaque territoire paroissial des IXe-XIe siècles, la présence de trois à cinq noyaux de peuplement secondaires... Sur 230 églises rurales conservées ou existant en Roussillon au XIe s.⁴³, on peut estimer un nombre d'au moins 600 habitats

Indices d'une croissance, fin VIII^e-début X^e siècle», *Frontières*, n° 2, Université de Perpignan, 1992, pp. 7-20.

41. On relève d'assez nombreux exemples de *villae* où sont mentionnées de manière ancienne deux églises : si l'on prend le cas de Rivesaltes ou de Pézilla-la-Rivière (en Roussillon) on trouve dans chacune de ces *villae* deux églises anciennes, avec vocables anciens, avec des traces anciennes de sépultures (pouvant remonter à l'Antiquité tardive à Pézilla) et chacune de ces églises possède son cimetière au Moyen Âge. Dans chaque cas, une seule de ces églises regroupe les celliers puis l'habitat sur le cimetière, devenant centre du noyau villageois. Mais on relève aussi une phase d'occupation du cimetière par des silos à Saint-André de Rivesaltes, ce qui atteste d'un temps où la fixation de l'habitat a pu hésiter entre l'une et l'autre église. L'église Saint-André est par la suite restée en marge de l'agglomération qui commence à se constituer à partir du XIe siècle autour de l'église Sainte-Marie, devenue seule église paroissiale. L'église du centre villageois garde son cimetière pendant tout le Moyen Âge. C'est seulement à la fin du Moyen Âge qu'intervient la spécialisation cimétieriale de l'église située en périphérie.

42. D'après C. MARTINEZ et N. ROSSIGNOL, «Le peuplement du Roussillon, du Conflent et du Vallespir aux IXe et Xe siècles et au début du XIe siècle», *Annales du Midi*, t. 87, 1975, pp. 152-153, sont cités avant l'an mil: 64 *villae*, 44 «autres lieux», 4 *villares* qui sont des embryons de paroisses, 7 *cellae* devenues paroisses, 3 villages et paroisses autour de monastères. Si l'on compte, d'après l'inventaire des lieux habités réalisé par Pierre Ponsich, les noyaux de peuplement majeur cités aux IXe-XIIe siècles en Roussillon, les *villae* sont au nombre de 68 et les autres mentions de villages ou de paroisses sont au nombre de 118, on trouve en outre 28 *villares*, 9 *cellae*, 9 mas, *casa* ou *casa*, *cabana* ou *cabanil*, 2 cavernes (P. PONSICH, «Limits historics...», *op. cit.*).

43. Tableau des églises citées au XIII^e s. et disparues ou dont les vestiges architecturaux sont d'époque romane (voire antérieurs), par Pierre PONSICH , «Esglésies anteriors al 1300», *Catalunya Romànica*, vol. XIV, p. 60-68. La plupart peuvent être considérées comme exis-

secondaires, la plupart disparus sans laisser de trace écrite. Le Roussillon étant une région d'habitat villageois concentré (essentiellement en raison du regroupement ecclésial sous la forme des *celleres*⁴⁴), les sites de ces habitats ruraux ont été abandonnés. Parfois subsiste seule une église là où existait un petit village, une paroisse embryonnaire, parfois un mas là où existait un hameau. Mais ces cas de perdure sont souvent limités aux franges du comté: sur les piémonts des Albères et des Aspres, comme dans les comtés pyrénées voisins, où l'habitat dispersé en mas isolés est beaucoup plus fréquent.

Les *Atles dels comtats de la Catalunya carolingia*⁴⁵, dont la réalisation repose en partie sur la publication des volumes de la *Catalunya carolingia*, permettent un comptage rapide des indices du peuplement semi-groupé ou dispersé dans les sources écrites et une comparaison avec ce que nous avons relevé pour le Roussillon.

Le peuplement dispersé qui est perceptible à travers ces estimations rejoint l'image donnée par le comptage réalisé dans les sources roussillonnaises. Il est révélateur de l'importance, dans les sources écrites déjà, de l'habitat dispersé sous forme de hameaux, de petits noyaux de peuplement. Comme pour le Roussillon les toponymes de formation anthroponymique donnent des indications convergentes sur un fort taux de création et de renouvellement de ces hameaux, *villares*, *casae*, *cabanae*, aux IXe-Xe siècles. Dans certaines régions, comme le comté de Besalú, celui d'Osona ou celui d'Urgell, les habitats troglodytiques du haut Moyen Âge sont assez fréquemment mentionnés dans les textes (11 mentions de grottes habitées citées parmi les lieux de peuplement secondaire dans le comté d'Osona), et les vestiges archéologiques en sont plus nombreux encore⁴⁶. Le rapport entre *villae* et églises est très

tant au début du XIe siècle ou succédant à des églises existant en l'an mil. Toutes n'ont pas été paroissiales, mais la plupart ont eu au moins un temps la fonction cimétiale et donc une partie des fonctions paroissiales.

44. A. CATAFAU, *Les celleres...*, op. cit.

45. Jordi Bolòs, Victor HURTADO, *Atles del comtat de Besalú (785-988)*, Barcelona, 1998, 95 p.; IDEM, *Atles dels comtats d'Empúries i Peralada (780-991)*, Barcelona, 1999, 93 p.; IDEM, *Atles del comtat de Girona (785-993)*, Barcelona, 2000, 101 p.; IDEM, *Atles del comtat d'Osona (798-993)*, Barcelona, 2001, 125 p.; IDEM, *Atles del comtat d'Urgell (788-993)*, Barcelona, ed. Dalmau, 2006, 143 p.

46. Cf. la communication de Jordi Bolòs, «Grottes habitées, ermitages troglodytiques et châteaux bâtis dans des grottes et des abris sous roche en Catalogne, durant le haut Moyen Âge», Journées de Saint-Martin-Viel (Aude), *Habitat troglodytique et sites rupestres*, les 30 juin et 1er juillet 2007, à paraître. Je remercie Jordi Bolòs de m'en avoir communiqué le texte en primeur.

*Données statistiques sur le peuplement des comtés catalans
(sources écrites seulement)*

comté	<i>villae</i>	églises	<i>villares</i> et lieux de peuplement secondaire*	mas	<i>casae</i>	Lieux- dits avec anthropo- nyme germani- que	sous total autre que <i>villa</i>	rapport autres lieux/ <i>vil- lae</i>
Empúries Peralada	71	120	32	—"	11	38	81	1,14
Girona	77	82	51	16	10	54	125	1,62
Besalú	97	77	65	33	10	56	163	1,68
Osona	164	120	106	12	70	161	348	2,12
Urgell	84	128	14 (<i>ii</i>) + 90	3	19	83	209	2,48

Informations tirées de: J. Bolòs, V. Hurtado,
Atles dels comtats de la Catalunya carolingia, éd. Dalmau, Barcelone.

* La catégorie «lieux de peuplement secondaire» n'a été utilisée par les auteurs que pour le comté d'Urgell, comté montagnard sans doute propice à des formes de regroupement plus larges qu'un simple mas, mais pas qualifiées de «*villares*».

** De nombreux mas existent bien entendu dans le comté d'Empúries Peralada, mais ce premier atlas de la série ne les avait pas encore pris en compte lors du dépouillement des textes. Le rapport de l'habitat semi-groupé ou dispersé par rapport aux *villae* pour ce comté en est bien entendu faussé. Il devait sans aucun doute se trouver au niveau des comtés voisins, Girona et Besalú.

variable selon les sources. Il est évident qu'un texte comme la consécration d'Urgell (datée faussement de 813, mais sans doute de la fin du Xe siècle) fournit une foule de noms d'églises que les sources éparses des autres comtés ne donnent pas toujours. Le rapport entre *villae* (ou lieux de peuplement majeurs cités aux IXe-XIe siècles) et églises semble bien devoir être établi autour de 1,5. Il est évident aussi que l'habitat très dispersé, celui des «manses», ou mas, et des *casae* ou *cabanae* est extrêmement sous-estimé par ces comptages. C'est pourquoi il m'a semblé justifié d'ajouter tous les toponymes de forme anthroponymique pouvant concerner des créations de la période carolingienne. La méthode est discutable, sans doute hasardeuse, mais, se référant à des sources écrites contemporaines, elle me semble pouvoir donner une idée de la dispersion de l'habitat aux IXe-Xe siècles. Tel quel, même incomplet et discutable, ce tableau donne une idée de la forte proportion de l'habi-

tat dispersé partout, avec une plus grande fréquence dans les régions montagneuses (Urgell). Plus intéressant pour notre propos, ces chiffres indiquent la grande part d'habitats nouveaux établis aux IXe-Xe siècles. Encore une fois, il faut à ce sujet rester prudent. Ce que les textes nous montrent, à savoir une grande diffusion et une grande mobilité de l'habitat semi-dispersé, n'est peut-être que la continuation de la réalité antérieure, celle des VIIe-VIIIe siècles, mais non documentée par les textes. Malgré tout, même si elle est en continuité avec la situation antérieure, l'image qui ressort de ces textes et de ces comptages est celle d'un dynamisme réel, sinon forcément d'un renouveau total.

Quelques éclairages plus précis permettent de savoir à quoi pouvait ressembler le peuplement au Xe siècle. Un tableau exact du peuplement des environs du monastère de Saint Joan de les Abadesses (comté de Besalú) est donné par l'acte du jugement de 913. On constate que la vallée qui forme l'alleu de l'abbaye, d'une superficie de 15 km², est constellée de 21 *villares*, distants de moins d'un kilomètre en moyenne les uns des autres (Ill. n° 4). Une seule église dessert ces *villares*: l'église paroissiale Sant Filibert, dépendance du monastère de Sant Joan de les Abadesses, dans le même noyau de peuplement, qui constitue le 22ème lieu habité de la vallée, son chef-lieu décentré à l'ouest. Dans cette vallée ravagée par la révolte d'Aizo en 826-827, le comte Guifré el Pelós fonde un monastère féminin en 885, plaçant à sa tête sa fille Emma, dans le but de la repeupler et de la mettre en valeur. Dans ces lieux de peuplement on cite entre 5 et 45 chefs de familles⁴⁷. La densité très élevée de cette population est à souligner. Cette densité est peut-être exceptionnelle, en raison d'une politique volontariste d'installations favorisées par le comte, il n'en reste pas moins que le réseau serré des *villares* contraste avec la présence d'une seule église. Les conditions de l'établissement de cet «alleu de Sant Joan» expliquent sans doute cette «anomalie».

Les habitats créés et disparus aux IXe-XIe siècles d'après l'archéologie

L'archéologie laisse apparaître un foisonnement de nouveaux habitats, souvent sans aucun lien avec l'occupation antique ou tardo-anti-

47. Ramon ORDEIG, *Catalunya carolingia*, vol. IV, *Comtat d'Osona*, doc. n° 119. Bonne présentation et étude dans J. BOLÒS et V. HURTADO, *Atles del comtat d'Osona...*, op. cit., pp. 94-95.

que⁴⁸. Une grande partie de ces sites est abandonnée dans le courant du Xe siècle ou au début du XIe siècle, supposant une profonde restructuration de la campagne roussillonnaise. L'étude de ces sites –habitats ou hameaux–, de la chronologie de leur création et de leur abandon, permet de reposer la question de la formation villageoise, par l'analyse d'un de ses effets indirects qui est celui de la désertion de ces habitats ruraux. Ces sites sont en effet situés souvent à quelques centaines de mètres d'une église, déjà dotée d'un cimetière et d'un territoire paroissial pour partie confondu avec celui de la *villa*.

Autour de Vilarnau, sur la commune de Perpignan, les prospections archéologiques ont montré qu'au Xe et au début du XIe siècle apparaît une nouvelle trame d'habitats qui s'installe sur les terrasses en partie dépeuplées depuis la fin de l'Antiquité⁴⁹ (Ill. n° 5). Les prospections de surface ont permis de percevoir clairement ce renouveau qui se manifeste par la création de sites reliés entre eux par des chemins dont certains sont encore utilisés. La réorganisation de la partie sud de la campagne de Vilarnau n'a plus de lien véritable avec l'héritage antique, effacé par cinq siècles de déprise agraire. Seules les grandes voies de circulation ont subsisté (voie Domitienne ou «chemin de Charlemagne» et route longeant la bordure de la terrasse vers la mer). Ces vieux axes majeurs constituent, pendant ce premier Moyen Âge, la nervure de la nouvelle organisation territoriale en fixant sur leurs abords, parfois durablement, des installations humaines. C'est le cas pour le site de Vilarnau avec la construction d'une église en bordure de la route reliant l'ancienne *Ruscino* à la mer.

48. Cette partie doit beaucoup, pour ses exemples roussillonnais, à Olivier Passarrius, en particulier à sa contribution à notre article commun «La restructuration du peuplement aux Xe-XIe siècles. L'apport de l'étude des habitats ruraux abandonnés à la chronologie de la formation du village», *Activités, échanges et peuplement entre antiquité et Moyen Âge en Pyrénées-Orientales et Aude*, actes de la journée d'étude du 1er juin 2006, travaux réunis par Aymat Catafau, *Domitia*, n° 8-9, p. 89-120.

49. Olivier PASSARIUS, Pôle Archéologique Départemental des Pyrénées-Orientales, docteur en Histoire, a étudié Vilarnau dans sa thèse: *Vilarnau, étude archéologique d'un village et d'un cimetière paroissial...*, op. cit., en cours de publication, et a fouillé et publié le site de Baixas et sa céramique: Olivier PASSARIUS, «Etude d'un établissement rural d'époque carolingienne et de son mobilier (Camp del Rey, Baixas)», mémoire de D.E.A., Université de Toulouse-le-Mirail, Toulouse, 2000, 212 p., Olivier PASSARIUS, Aymat CATAFAU, «L'habitat rural autour de l'an mil. L'exemple du site du Camp del Rey (commune de Baixas, Pyrénées-Orientales)», *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxà*, Journées Romanes de Saint-Michel de Cuxà, t. 32, Prades, 2001, pp. 109-132, Olivier PASSARIUS, *El Camp del Rey: un habitat des Xe-XIe siècle*, Document Final de Synthèse, Service Régional de l'Archéologie, Association Archéologique des Pyrénées-Orientales, Perpignan, 2004, 96 p.

Position stratégique doublement intéressante puisqu'elle fait coïncider la proximité d'un axe de circulation important à une localisation géographique intéressante, en bordure de la falaise qui domine la basse plaine alluviale de la Tet (la Salanque).

De récentes prospections et des fouilles menées sur la commune de Baixas, à environ 10km au nord-ouest de Perpignan, dans la plaine du Roussillon, offrent un éclairage intéressant sur la nature de l'habitat du haut Moyen Âge, sur ses formes, son statut et sur son lien supposé avec le sanctuaire. Le lieu de Baixas est cité pour la première fois en 843 (*villa Baixanum*) et l'église, dédiée à saint Étienne, apparaît dans la documentation dès 925⁵⁰. Une grande partie du territoire communal de Baixas a fait l'objet de prospections archéologiques qui ont montré l'existence, à l'ouest du village actuel groupé autour de l'église Saint-Étienne, deux sites archéologiques (Ill. n° 6). Le premier⁵¹, déjà détruit par un lotissement, couvre une superficie d'au moins 800m². Les prospections de surface ont permis de collecter un lot assez important de céramiques, datées des Xe-XIe siècles. À 450m au sud, et à 500m de l'église villageoise, un autre site a été découvert et fouillé pour partie: le site du *Camp del Rey/Las Sitges*⁵² qui couvre une superficie d'environ 1 hectare et demi. La fouille du site du Camp del Rey a permis d'approcher la morphologie d'un habitat des IXe-Xe siècles où la maison est au cœur d'un système de dépendances: fosses (artisanales?), silos, four de cuisson dans une fosse. L'intérêt du site est renforcé par sa faible durée d'occupation, bien circonscrite entre l'extrême fin du IXe siècle et la première moitié du Xe siècle par plusieurs datations radiocarbone et par l'étude du mobilier céramique, particulièrement abondant.

On connaît aussi en Catalogne des sites du Xe siècle, qui montrent à quoi ressemblait l'habitat et même comment s'organisait une exploitation rurale. La fouille désormais célèbre du Mas B de Vilosui par Jordi Bolòs⁵³

50. Pierre PONSICH, «Limits historics i repertori toponímic dels llocs habitats dels antics "països" de Rosselló, Vallespir, Conflent, Capcir, Cerdanya, Fenollèdes», *Terra Nostra*, n°37, 1980, p. 27.

51. Il s'agit du site de la Barrère I, à environ 400m de l'église médiévale.

52. Lieu-dit intéressant qui signifie «Les silos» en catalan. En effet, de nombreux silos en bon état de conservation ont été retrouvés bouchés et vides sur ce site. Leur découverte fortuite lors de travaux agricoles au cours des siècles passés a sans doute donné naissance à ce toponyme.

53. Jordi Bolòs (éd.), *Un mas pirinenc medieval: Vilosiú B (Cercs, Berguedà)*, coll Espai/Temps, n° 26, Lleida, 1996, 151 p.

reste un modèle de tentative de reconstitution d'un cadre de vie et de travail paysan du Xe s.

On peut résumer en quelques points ces informations sur l'habitat et le peuplement aux IXe-Xe siècles:

- Les IXe et Xe siècles sont caractérisés par l'existence, et sans doute la création de multiples lieux de peuplement secondaires⁵⁴ (fermes, fermes groupées, hameaux, habitats groupés ou semi groupés).
- Un grand nombre de ces habitats, ceux que l'archéologie a pu reconnaître, sont apparus après la période wisigothique et ont cessé d'être occupés entre le milieu du Xe siècle et le milieu du siècle suivant.
- Le nombre de ces habitats créés aux IXe-Xe siècles et disparus autour de l'an mil est sans doute beaucoup plus important que ce que l'archéologie et même les prospections permettent aujourd'hui d'en percevoir.

Une mutation de l'habitat et du peuplement au tournant de l'an mil: l'église et le cimetière comme centres du regroupement villageois

Les données des textes et surtout celles de l'archéologie imposent une remarque nécessaire, qui n'est pas sans conséquences historiques. En effet, la chronologie des abandons semble ne recouvrir qu'imparfaitement le «modèle historique» du regroupement des celliers sur le cimetière, puis des habitants autour de celui-ci, en un mot de la *cellera*, dans laquelle j'ai proposé de voir le moteur essentiel de la formation des villages concentrés dans la plaine du Roussillon⁵⁵. Plus important les données des textes et de l'archéologie confirment la précocité de formes de regroupement de l'habitat ou des récoltes dans l'environnement plus ou moins large des églises, parfois même sur le cimetière, avant les dates généralement

54. Le terme de «secondaires» signifie qu'ils sont situés à l'intérieur d'une entité territoriale et d'une circonscription fiscale ou religieuse de taille supérieure, dénommée le plus souvent par le terme *villa* (puis paroisse ou *adjacencia*) et dépendant d'une église située dans ce ressort.

55. A. CATAFAU, *Les celleres et la naissance du village en Roussillon (Xe-XVe siècles)*, Presses Universitaires de Perpignan-Editorial Trabucaire, Perpignan, 1998, 717 p.

admises pour la formalisation juridique des «*sagreres*», dans la troisième décennie du XIe siècle.

En effet on rattache la naissance et la formation des *celleres* à la stricte chronologie de la Paix et Trêve de Dieu en Catalogne, et en particulier en Roussillon (concile de Paix et Trêve de Toulouges, 1027), et en aux dates admises depuis Pierre Bonnassie pour la mutation féodale en Catalogne et les violences seigneuriales contre les paysans qui l'accompagnent, soit les décennies 1020-1040. Pourtant, après les fouilles de Baixas, entre autres habitats disparus, et de Vilarnau (exemple trop rare de village et de cimetière fouillé), il faut admettre que des disparitions d'habitats comme certaines des installations de silos et de maisons dans le périmètre du cimetière ou dans son environnement immédiat peuvent être sensiblement antérieures à 1020, et s'amorcer dès les années 950-1000.

Un premier signe du changement des relations entre l'église et les activités profanes réside dans la multiplication des «grandes zones d'ensilage isolées», isolées de l'habitat, mais souvent assez proches des églises, comprenant souvent plusieurs centaines de silos. De tels secteurs exclusifs d'ensilage de masse sont attestés en Languedoc (Saint-Jean d'Aureilhan, Le Garrissou à Béziers, l'Ermitage à Paulhan, Saint-Jean de Vareilles) et en Roussillon (Taxo d'Avall), et progressivement des exemples similaires sont identifiés dans le couloir rhodanien, en Aquitaine et en Midi-Pyrénées. Certains de ces sites sont associés à l'établissement d'un groupe aristocratique (les aprisionnaires d'Aureilhan), ou au siège d'un pouvoir public (Taxo d'avall, résidence des vicomtes de Roussillon au XIe-XIIe siècles), d'autres sont liés à des églises au statut paroissial, ou dépendant de monastères.

Laurent Schneider et Christophe Pellecuer voient dans ce rapprochement des récoltes autour de l'église aux IXe-Xe siècles, la genèse d'un espace fiscal lié à l'institution de la dîme avec peut-être une centralisation des stocks de céréales à proximité du sanctuaire⁵⁶. On peut aussi s'interroger sur le rôle des immunités, dont bénéficient à partir de l'époque carolingienne les grands établissements ecclésiastiques mais aussi de puissants fidèles royaux, dans la genèse de ces espaces de stockage massifs, dont le statut précis reste difficile à définir, comme d'ailleurs leur chronologie (certains semblent remonter au VIIIe siècle, d'autres se prolongent

56. Christophe PELLECUE, Laurent SCHNEIDER, Premières églises et espace rural en Languedoc méditerranéen (Ve-Xe siècles), *Aux origines de la paroisse rurale...*, op. cit., pp. 98-119.

jusqu'au XIe siècle ou XIIe siècle). Il convient toutefois de souligner leur proximité de l'église (toujours dans un rayon de quelques centaines de mètres du lieu de culte) en même temps que la différence entre cette zone large et celle beaucoup plus étroite du «cimetière-refuge» de trente pas (parfois 12 ou 15, rarement 60). L'interprétation de ces zones d'ensilage doit rester prudente: des secteurs d'habitat, occupés pendant quelques générations seulement, peuvent générer un nombre de silos tout à fait conséquent: c'est le cas au Camp del Rey, à Baixas, où le nombre des silos reconnus est supérieur à une centaine. Si toute trace d'habitat avait disparu, les silos subsistant seuls, on aurait sans doute été tenté de faire de ce site une «zone d'ensilage isolée ».

Quelques textes donnent des indices précoces de regroupement autour de l'église, antérieurs à la chronologie «classique» de la *cellera*. En 945-946, un document mentionne la vente d'un *sacrarium* près de l'église (*ad domum Sancti Juliani*) de Vallventosa sur la commune de Corbère. Les vendeurs soulignent le fait qu'il porte une construction au-dessus du sol et qu'ils l'ont édifiée eux-mêmes⁵⁷. En 976, plusieurs *sacrarii* sont cités près de l'église⁵⁸ de Brouilla. Un document de 988 est plus précis: dans le don de l'alleu de Coustouges sont inclus l'église Sainte-Marie, son cimetière et les maisons qui sont autour⁵⁹. À «Thuir d'avall», on a déjà évoqué l'acte qui signale dès 960 une petite butte (un *puig*) où se trouvent des maisons près de l'église Saint-Pierre (premier vocable de l'église paroissiale)⁶⁰. Dans les environs de l'église Saint-Saturnin dans la *villa* de *Petracalce*, appelée aussi de *Tapias*, au bord de l'Agl, entre Rivesaltes et Pia, près de la *villa* *Ortolanes*, en 961, se trouve un alleu comprenant plusieurs maisons non loin du cimetière⁶¹. Dans ce cas, les maisons se

57. A. CATAFAU, *Les celleres ...*, *op. cit.*, pp. 59-61.

58. ...*ipso sacrarios qui sunt propre Sancto Johanne* (A. CATAFAU, *Les celleres...*, *op. cit.*, p. 61).

59. A. CATAFAU, *Les celleres...*, *op. cit.*, p. 62. Voir aussi, à propos du caractère douteux de ces textes et des critiques qui leur sont faites: A. CATAFAU, «Les *celleres* du Roussillon: mises au point et discussions», *L'église au village*, *Cahiers de Fanjeaux*, n° 40, 2006, pp. 18-40.

60. «*in eodem termino dono... campos II et ipso pugo cum ipsas casas qui est ad ipsa ecclesia sci Petri... et affrontat ipse unus campus... in terra... in ipsa ecclesia... in terra... in via qui pergit in vico Elna*», a. 960, Ramon D'ABADAL, «Com neix i com creix un gran monestir pirinenc avans de l'any mil. Eixalada-Cuixà», *Analecta Montserratensis*, VIII, 1954-1955, appendix, n° 88.

61. «*aludem ... in comitatu Rossilionense... in villa quae dicitur Petracalce... id est casas, curtes et ortos et ortalibus et ipse ferraginele et ipse campus qui finitur in ipso cimiterio Sci Saturnini, et terras et vineas cum illorum verdegariis*», a. 961, R. D'ABADAL, «Com neix i com creix...», *op. cit.*, appendix, n° 89.

fixent non loin de l'église et du cimetière, mais pas au contact d'elle, le regroupement apparaît encore lâche, pas vraiment concentré, resserré.

En Catalogne, les découvertes de silos aux abords immédiats de l'église, dans le cimetière, sont très fréquentes. Olivier Passarrius, qui a fait l'inventaire de ces mentions⁶², note qu'on en retrouve autour de l'église de Sant Cebrà de Valldoreix (Sant Cugat del Vallès), à Sant Joan de Matadepera toujours dans le Vallès occidental, dans et autour de l'église de Sant Menna (Sentmenat, Vallès) et de l'église de Sant Salvador de Polinyà (Vallès) où l'église du Xe siècle est construite sur les vestiges d'un habitat du haut Moyen Âge. Dans ce dernier cas, les auteurs catalans mettent en relation ces structures avec la mention de *sagrers* dans les textes, en 1054 et en 1057, dans la *sagrera* de Sant Salvador de Polinyà et devant la porte de l'église. Pour les archéologues, le *sagrer* est un terme qui pourrait s'appliquer aussi bien aux silos mentionnés et découverts devant l'église qu'aux celliers en élévation décrits par les textes. Le *sagrer* mentionné dans la *sagrera* ou le cellier que l'on retrouve dans les *celleres* roussillonaises pourrait être un terme générique pour définir toute structure (cellier, silo) vouée au stockage de denrées⁶³. Cette hypothèse permettrait de concilier plus aisément les mentions de celliers dans les textes aux uniques silos, souvent, que l'archéologie met au jour lors de la fouille des abords d'églises. L'apparition tardive du silo dans la documentation roussillonnaise au XIIIe siècle⁶⁴, alors que son existence est clairement avérée par l'archéologie dès le haut Moyen Âge, pourrait trouver ici un début d'explication.

L'église de Vilarnau semble déjà construite à la fin du IXe siècle. À sa construction, l'église semble isolée au milieu du plateau mais autour d'elle s'installe rapidement un premier cimetière, sans organisation visible, aux tombes anthropomorphes creusées dans le substrat, fermées par des meules ou des planches de bois (Ill. n° 7). Le cimetière de la fin du IXe ou du Xe siècle s'étend tout autour de l'édifice et les tombes les plus lointaines n'en sont jamais éloignées de plus de 30 m. L'image fournie

62. Exemples réunis par Olivier Passarrius dans «La restructuration du peuplement aux Xe-XIe siècles...», *op. cit.*, qui cite les références suivantes: Guàrdia, Cortés 2004, pp. 1063-1069. Roig i Buxó 2004, pp. 1070-1076. Roig i Buxó, Coll i Riera 2004, p. 1081.

63. Contrairement à ce que croit pouvoir comprendre Carole Puig, «Construction et stockage des denrées agricoles dans le diocèse d'Elne entre le XIe et le XIVe siècle», *Elne. Ville et territoire. L'historien et l'archéologue dans sa cité. Hommage à Roger Grau*, Marie Grau et Olivier Poisson dir., Elne, 2003, p. 105-117.

64. J.-A. BRUTAILS, *Étude sur la condition des populations rurales du Roussillon au Moyen Âge*, Paris, 1891, réédition Genève, 1975, 314 p.

par l'archéologie est celle d'un embryon de cimetière paroissial, d'une communauté liée à un sanctuaire, à un même lieu de sépulture; l'aire de recrutement du cimetière définisait sans doute le territoire paroissial. En revanche on n'a pas, pour ces premiers temps de l'église, connaissance d'habitats dans son périmètre proche.

L'environnement immédiat de l'église de Vilarnau évolue durant la seconde moitié du Xe siècle ou au tout début du XIe siècle avec l'installation d'un habitat sur les franges du cimetière. Il en subsiste une quarantaine de silos creusés dans le terrain géologique et trois fosses excavées dans lesquelles ont été reconnus des lambeaux de sols et des foyers (Ill. n° 8). L'installation de ces maisons et silos se fait en lisière du cimetière, peut-être au milieu des tombes, à un moment où l'espace des morts et celui des vivants n'est pas clairement délimité: une tombe datée des premières décennies du XIe s. est recoupée par un silo, alors même que le corps n'était pas totalement décomposé, les os déplacés étant encore pour certains en connexion anatomique⁶⁵ (Ill. n° 9). L'archéologie ne permet cependant de saisir la réalité qu'avec une certaine amplitude chronologique. Dans les environs de Vilarnau, les campagnes systématiques de prospection montrent que ce regroupement autour de l'église coïncide, grossso modo, avec l'abandon de nombreux noyaux de peuplement – fermes isolées ou hameaux – situés dans la campagne proche. Ce phénomène ne semble pas propre à cette zone d'étude et de récents travaux ou des recherches en cours témoignent de cet état de fait en Roussillon, celui d'une profonde restructuration de l'occupation du sol à partir de la seconde moitié du Xe siècle et jusqu'au début ou à la première moitié du XIe siècle. Les résultats des prospections pédestres sont à ce point explicites: la plupart des sites médiévaux découverts dans les vignes de la plaine – ceux qui ne sont pas en relation avec une église ou un château – sont généralement datés des IXe-XIe siècles et ne se prolongent pas au-delà de cette période.

Il n'est aujourd'hui plus possible de rejeter l'existence d'une certaine forme de concentration de l'habitat autour de l'église avant les années 1020-1030⁶⁶. Les fouilles de Vilarnau montrent bien l'installation dès le milieu ou la fin du Xe siècle de silos et d'un habitat, certes modeste et pro-

65. Il s'agit du silo SI330 et de la sépulture US317. Cf. Olivier PASSARIUS, «Le rôle de l'église dans la structuration du noyau villageois de Vilarnau d'Amont (Perpignan-Pyrénées-Orientales)», *Cahiers de Fanjeaux*, Collection d'Histoire religieuse du Languedoc au Moyen Âge, n° 40, Éditions Privat, 2006, pp. 41-68.

66. A. CATAFAU, «Les celleres du Roussillon: mises au point et discussions», *L'église au village*, *Cahiers de Fanjeaux*, n° 40, 2006, pp. 18-40.

bablement peu structuré, en marge du cimetière et à l'intérieur du rayon théorique de trente pas défini par les conciles. Cette image fournie par la fouille de Vilarau concorde avec celle d'une campagne qui subit autour de l'an mil une profonde déstructuration marquée, si l'on s'en tient aux premiers résultats des études en cours, par un abandon d'habitats isolés ou de hameaux, abandons sans doute assez systématiques. La population déplace alors son habitat à l'emplacement actuel de nos villages, à proximité de l'église, là où la fouille est, et sans doute restera à jamais dans la plupart des cas, improbable.

Conclusion

Au moment de faire le bilan de cette tentative sans doute trop ambitieuse de synthèse et de réflexion, résumons quelques apports des recherches récentes concernant le rôle joué par l'église dans la concentration de l'habitat.

Avant le VIII^e siècle la situation peut être caractérisée à grands traits ainsi: la précocité des églises, leur mobilité aussi aux premiers temps du Moyen Âge, leur localisation souvent sur des sites antiques ou non loin d'eux, parfois après des siècles d'interruption de l'occupation. En matière de peuplement, la *villa* d'héritage romain disparaît en tant que centre domanial, en revanche son nom, son territoire et ses limites semblent se maintenir, de sorte qu'elle est dès les premiers actes écrits du IX^e siècle le cadre naturel, immédiat, de localisation. L'habitat, en revanche, est extrêmement mobile, peu stable, peu formalisé. Il est aussi beaucoup plus sommaire dans sa construction, même si la pierre est moins rare dans le Midi que dans le nord de la France. Le peuplement est largement dispersé, et, compte tenu d'une période de vie courte des sites, les vestiges en sont assez nombreux et attestent d'une occupation de l'espace continue dans certaines régions, malgré des zones de raréfaction du peuplement. Dans ce cadre, les églises rurales elles-mêmes sont plus fréquentes que l'on ne pouvait l'imaginer. C'est aussi dès avant le VIII^e siècle que les modes d'inhumation commencent à se transformer, annonçant le passage de la nécropole de plein champ au cimetière, avec un temps d'hésitation ou de liberté, où des groupes de tombes sont installées non loin des zones habitées.

À partir du IX^e siècle les mentions d'habitat dispersé se multiplient, la *villa* est le cadre hégémonique de localisation des biens, les églises sont associées à ces *villae*, la paroisse se constitue, autour de communautés humaines qui se définissent par leur territoire d'habitat. Progres-

sivement une ou deux églises par *villae* où sont établis deux à quatre ou cinq noyaux d'habitat dispersé en moyenne, dessinent la trame d'un habitat semi-dispersé où l'église devient un des pôles de fixation de l'habitat, autour du cimetière, avant l'an mil. Les *villae* dépourvues d'église, comme les noyaux d'habitat qui n'en possèdent pas non plus, sont les plus affectés par les disparitions, surtout dans le cas de régions de plaine où la concentration de l'habitat est forte à partir du XIe siècle. Le processus de concentration des récoltes, annoncé par les grandes zones d'ensilage du haut Moyen Âge, est renforcé entre 950 et 1050 par la fonction de refuge du cimetière, qui fixe autour de l'église les dépôts de récoltes et un habitat d'abord lâche, qui, en certains cas cristallise en village concentré.

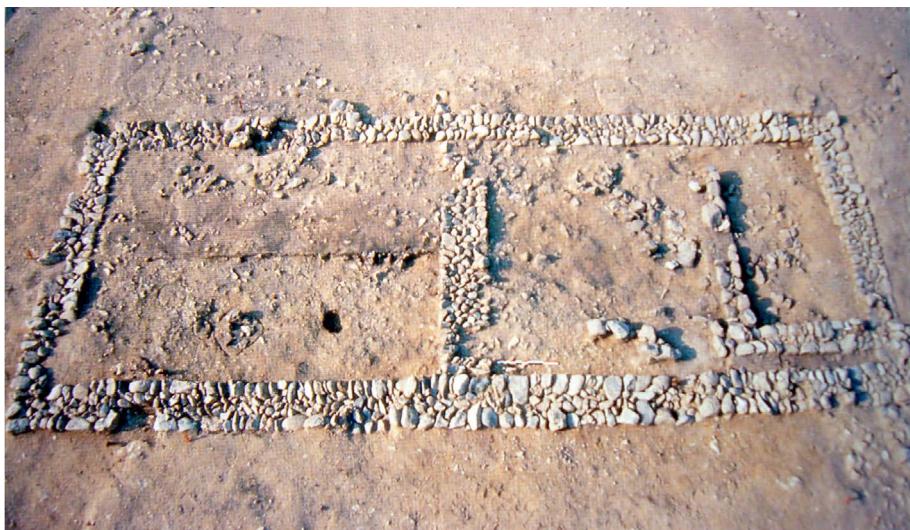
Il me paraît nécessaire cependant d'apporter un contrepoint au rôle de l'église dans la concentration de l'habitat dont j'ai voulu mettre en lumière ici les étapes, hésitantes, et très progressives, mais qui risquent malgré tout de donner une impression d'inéluctabilité, de quasi déterminisme. Il y a longtemps déjà une question malicieuse de Pierre Toubert, me demandant de creuser davantage les relations entre mas et *cellera* m'a conduit à observer la relation complexe entre ces deux formes emblématiques de l'habitat médiéval en Catalogne: le mas, comme exemple parfait de l'habitat dispersé, la *sagrera* ou *cellera* comme paradigme de l'habitat concentré. Lluis To a montré comment l'encadrement social, seigneurial et religieux, peut fonctionner très bien avec une forme d'habitat dispersé⁶⁷. De même j'ai pu mettre en lumière comment la *sagrera* et les celliers concentrés sur le cimetière n'excluent pas le maintien et même le développement d'un habitat très dispersé⁶⁸. Les mas éloignés de l'église et distants entre eux, disséminés sur le territoire de la paroisse possèdent cependant leurs celliers concentrés autour de l'église. Cette vision, celle d'une concentration des récoltes compatible avec une dispersion de l'habitat maintenue et même augmentée, doit être rapprochée d'une autre réalité: celle du passage des *celleres* sous le contrôle des seigneurs, ecclésiastiques puis laïcs, très rapidement dès les XIe-XIIe siècles, que j'ai pu appeler la «seigneurialisation des *celleres*».

67. Lluis To, «Le mas catalan du XIIe siècle: genèse et évolution d'une structure d'encadrement et d'asservissement de la paysannerie», *Cahiers de civilisation médiévale (Xe-XIIe siècles)*, Université de Poitiers, Centre d'Etudes Supérieures de Civilisation Médiévale, XXXVIIe année, n°2, avril-juin 1993, p. 151-177.

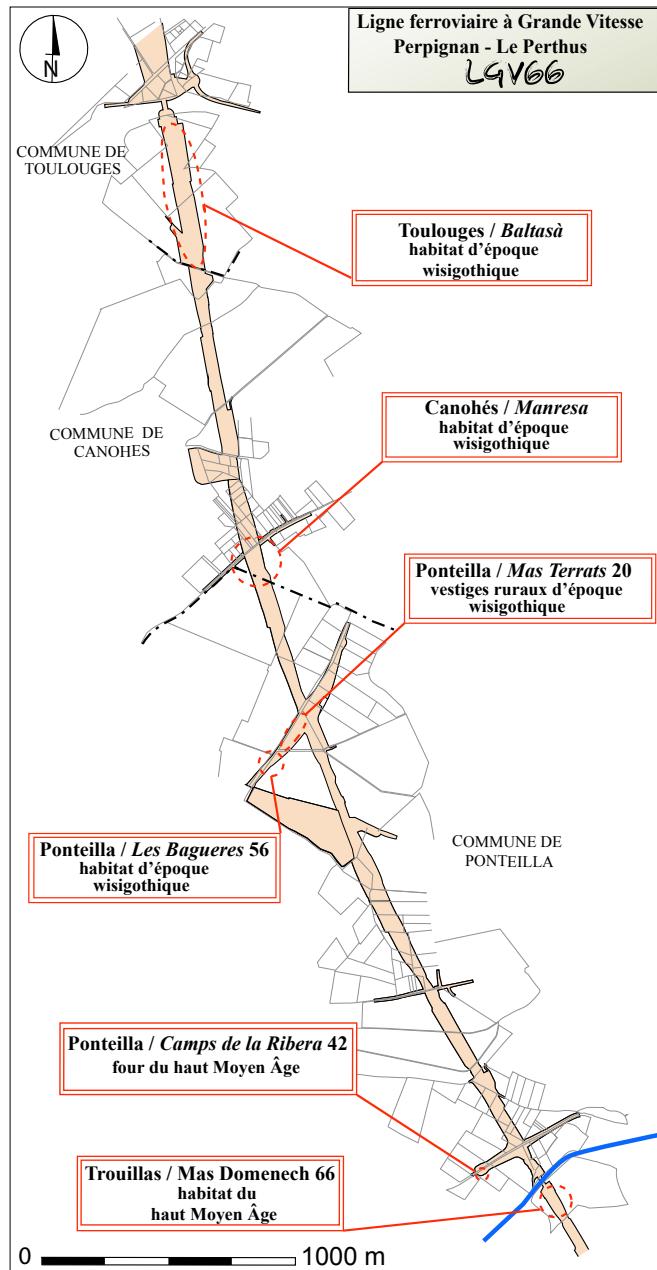
68. A. CATAFAU, «La *cellera* et le mas en Roussillon au Moyen Âge: du refuge à l'encadrement seigneurial», *Journal des Savants*, 2, 1997, pp. 333-361.

Reste la question que l'on se posera sans doute: le tournant de l'an mil doit-il toujours être considéré comme un moment décisif des mutations sociales et de celles de l'habitat: oui, sans doute, mais avec des chronologies et des modalités assouplies, élargies. J'ai souligné en introduction et je terminerai en répétant la difficulté (la pertinence?) de mettre en relation causale des faits de nature politique et des données archéologiques... Ni les échelles de temps, ni les interprétations des zones d'incertitude ne se recoupent et ne se complètent parfaitement. Il me semble qu'il nous faut accepter l'idée qu'un certain flou subsiste, tant dans les formes que dans les chronologies, et que les modèles, tels celui de *l'ensagrerament*, et peut-être celui de *l'incastellamento*, possèdent des vertus heuristiques et interprétatives, mais en aucun cas ne fournissent la grille d'explication parfaite d'une réalité historique qui reste, je le répète, toujours plus mouvante et complexe que nos théories.

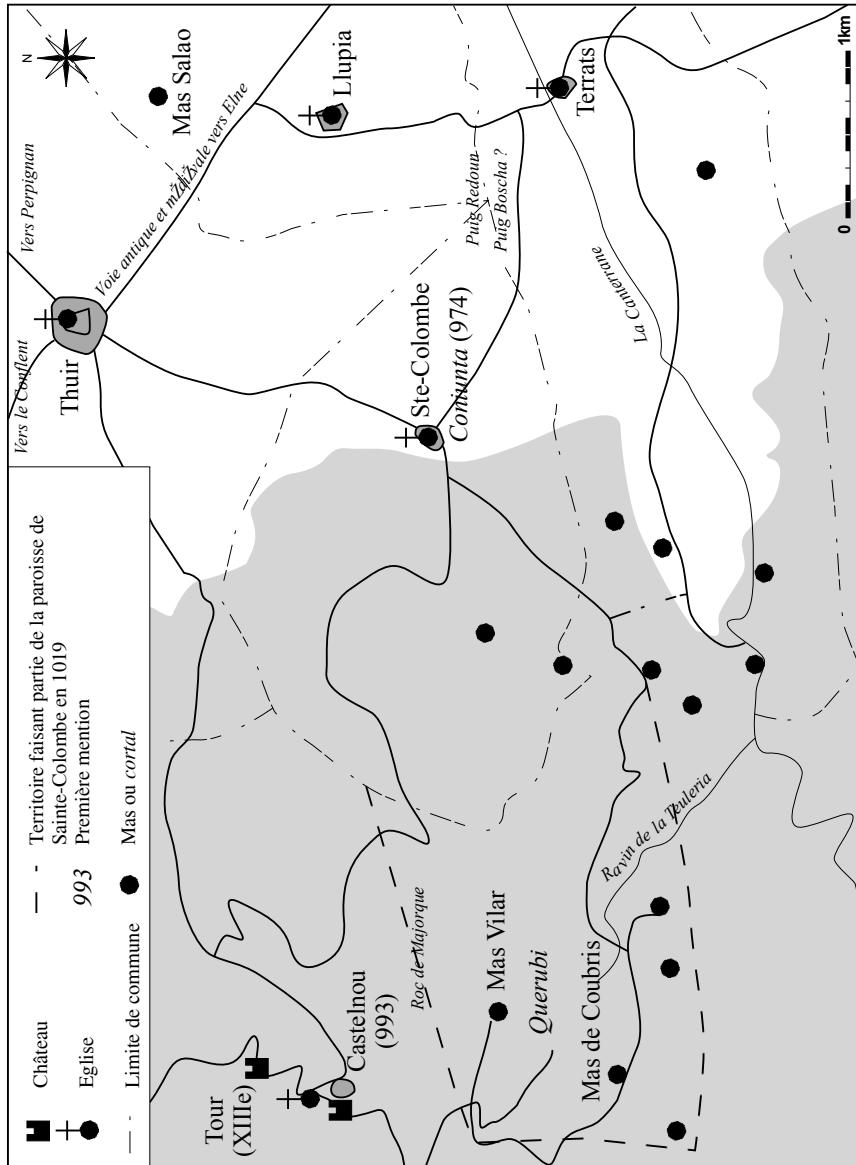
Ill. n° 1: Maison d'époque wisigothique, murs de pierre, Ansignan (Fenouillèdes, Pyrénées-Orientales) VIIe siècle (Cliché Jérôme Kotarba)



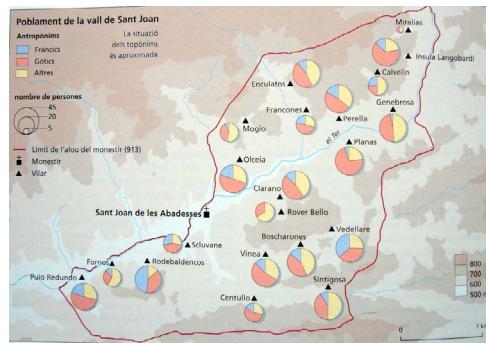
Ill. n° 2: Les sites du haut Moyen Âge sur la ligne du TGV – Roussillon (Jérôme Kotarba)



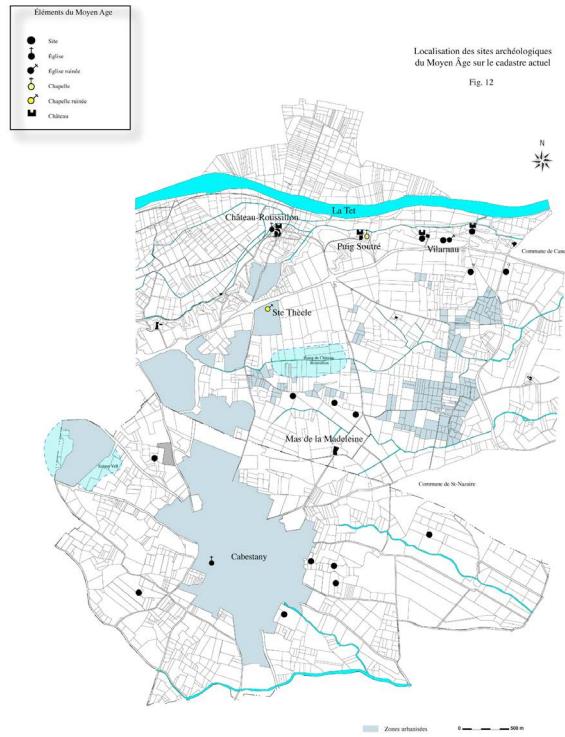
*Ill. n° 3: Paroisse de Sainte-Colombe (Roussillon, Pyrénées-Orientales)
localisation des habitats dispersés en 1019 (Carte O. Passariu)*



Ill. n° 4: Le peuplement de la vallée de Sant Joan de les Abadesses (Besalú) en 913 (Jordi Bolòs, Victor Hurtado, ed. Dalmau)

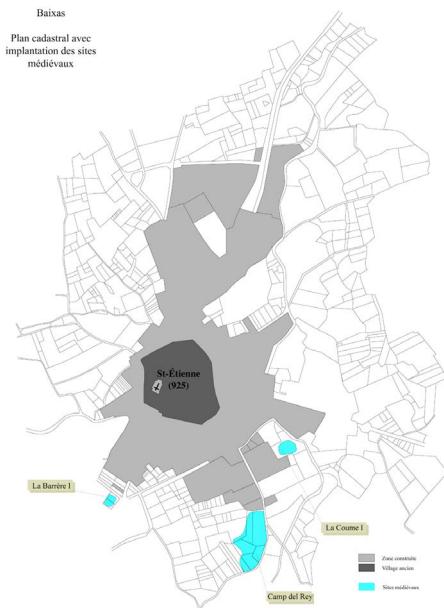


Ill. n° 5: Les habitats du haut Moyen Âge autour de Vilarnau (Roussillon, Pyrénées-Orientales) (Carte Olivier Passarrius)

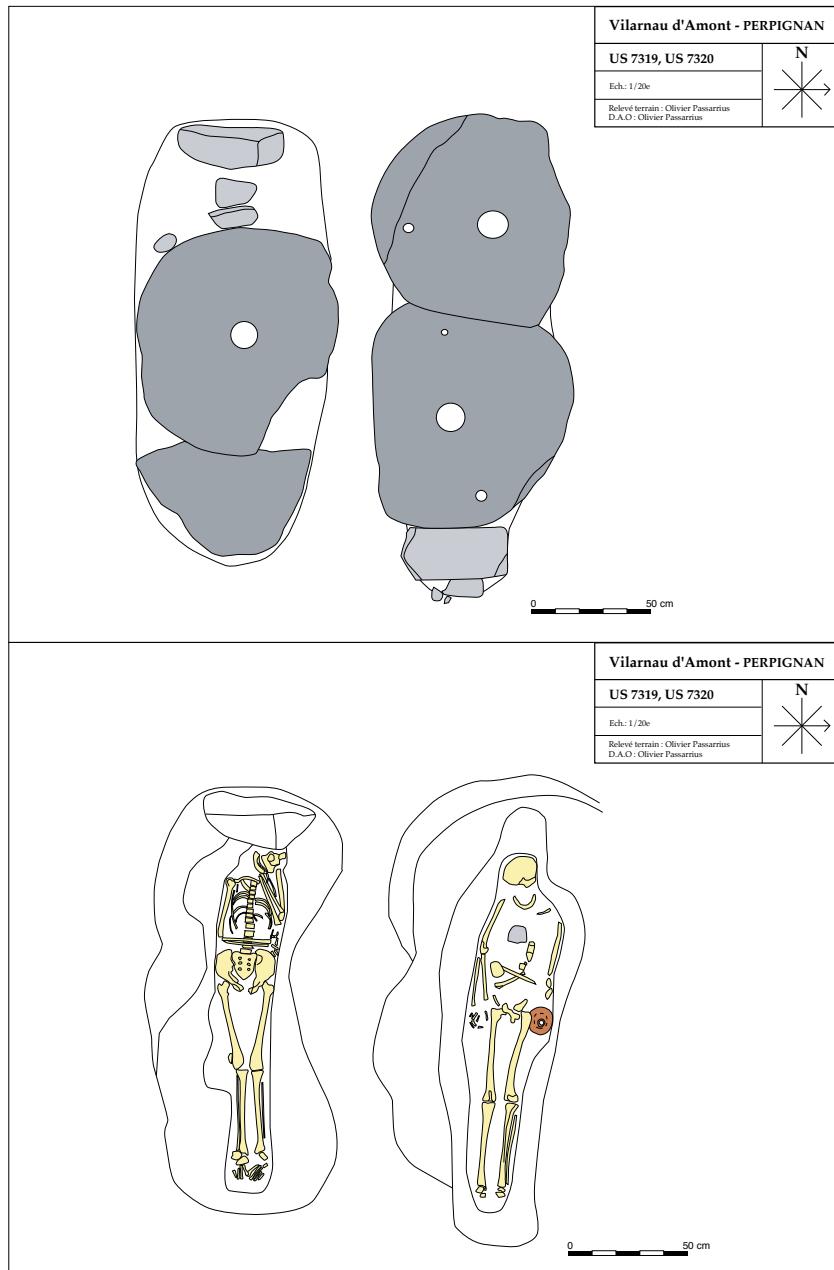


Sources : Plan de préfecture 1997 constitutif par A. Solàfora avec la collaboration d'A. Ponsatí.
Tracé en rouge : 200 mètres au sud par le Bureau d'Archéologie et du Patrimoine

*Ill. n° 6: Les habitats du haut Moyen Âge autour de Baixas
(Roussillon, Pyrénées-Orientales) (Carte Olivier Passarrius)*



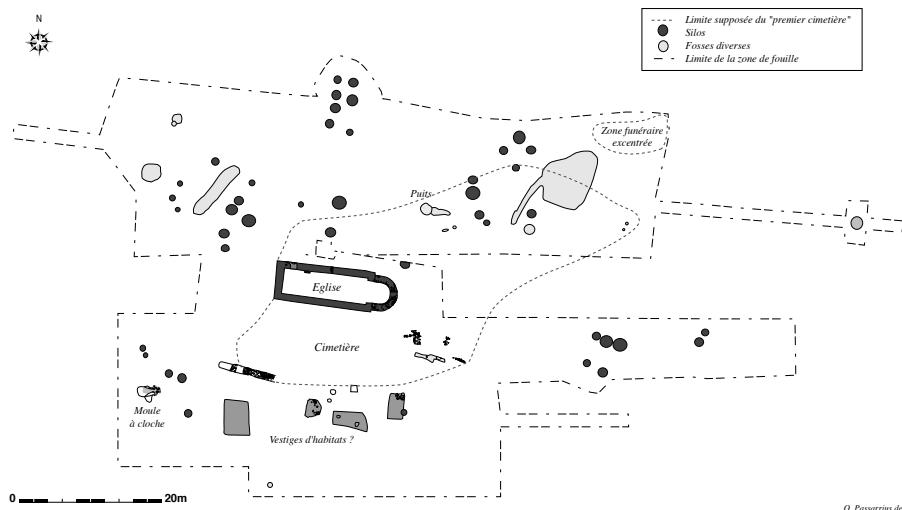
Ill. n° 7: Premières tombes du cimetière de Vilarnau couvertes avec meules, fin IXe - début Xe s. (Cliché et dessins O. Passarrius)



Ill. n° 7: b



Ill. n° 8: Premiers habitats autour et dans le cimetière de Vilarnau (Fouilles et plan Olivier Passarrius)



Ill. n° 9: Inhumation recoupée par un silo du début du XIe siècle
(individu en connexion anatomique)
dans le cimetière de Vilarnau (fouille, étude et
cliché Olivier Passarrius et Richard Donat)



VILARNAU
D 247
317 327

Une société en expansion? Entre Seine et Rhin à la lumière des polyptyques carolingiens (780-920)

Jean-Pierre Devroey¹

1. Les saisons changeantes des temps carolingiens

La période de deux générations qui correspond aux règnes de Pépin III et de Charlemagne (751-814), est considérée depuis longtemps comme le temps d'une renaissance, intellectuelle et artistique, marquée par des succès militaires et des réalisations politiques et culturelles sans précédents en Occident depuis la fin de l'Antiquité. Sur le plan militaire et politique, l'expansion de la lignée des Pippinides démarre évidemment plus tôt, à partir de son berceau austrasien, par la domination de la Neustrie au VII^e s. et, ensuite, par la consolidation du pouvoir royal franc dans les royaumes et les duchés orientaux comme la Thuringe, l'Alémanie et la Bavière, dans les régions centrales et méridionales de la Gaule et l'Aquitaine, puis dans les conquêtes extérieures du royaume d'Italie, du Nord-Est de la Péninsule ibérique, de la Frise et de la Saxe.

La réussite politique des Carolingiens est apparue longtemps comme un intermède d'à peine un siècle, brillant et éphémère, avant le retour de la civilisation occidentale à la division, à l'anarchie et à la violence, avec le regain des invasions et la décomposition de l'empire franc. Comme l'écrit Richard Sullivan, ces conceptions qui traversent toute l'historiographie de

1. La matière de cette communication a fait l'objet de plusieurs conférences données aux universités de Kyushu et de Nagoya en janvier 2005 ainsi que devant la Classe des Lettres de l'Académie royale de Belgique. J.-P. DEVROEY «Économie et société rurales du Haut Moyen Âge occidental: lecture dynamique des sources, compréhension dynamique de la société», dans *Bulletin de la Classe des Lettres de l'Académie royale de Belgique*, 6^e série, 17, 2006, pp. 77-99; en japonais: *Kyūshū-Rekishikagaku*, 33 (2005), pp. 41-64. La problématique et la bibliographie ont été remises à jour pour la Semaine d'Estella.

l'époque carolingienne jusqu'à nos jours, sont associées à une vision de l'histoire en mouvement visant à montrer quand et comment une société fragmentée, désorganisée et anarchique s'est transformée en structures unifiées, en fondements institutionnels et culturels, en une civilisation holistique qui présenterait certains aspects caractéristiques de la modernité². C'est enfin et surtout le produit d'un *corpus* de sources écrites d'une ampleur et d'une singularité exceptionnelles, dont la production incarne la «Renaissance carolingienne» avec une série d'autres réalisations culturelles et artistiques. Les souverains carolingiens légifèrent sur des matières politiques, religieuses, économiques et sociales dans plusieurs centaines de capitulaires. Ils interviennent dans la vie économique du royaume, rénovent la monnaie, font rédiger des instructions pour le «bon gouvernement» de leur patrimoine ou du Palais, donnent l'ordre de rédiger des descriptions extraordinairement détaillées des biens du fisc royal et des grandes abbayes dans des polyptyques. Au travers du célèbre capitulaire *de villis*, la seigneurie carolingienne apparaît comme une «vaste entreprise, ferme et manufacture tout à la fois» gérée rationnellement par Charlemagne, un «grand homme d'Etat, grand propriétaire foncier et grand agronome»³. L'ordre carolingien est donc fortement associé à la production de normes au travers de documents comme les capitulaires et les polyptyques qui organisent le monde avec des concepts et des outils qui présentent des analogies tant avec la rationalité des Romains (qui leur sert de source d'inspiration) qu'avec la modernité contemporaine.

L'impression puissante de réalité et de rationalité, dégagée par ces sources, explique que tant d'historiens soient tombés sous leur charme. Mais ils effectuent ainsi un double transfert: 1) dans un univers de représentations qui donne un primat au texte et à la norme sur la pratique; 2) dans la partie centrale du monde Franc: un « cercle magique» inscrit par une *Europe des polyptyques et des palais* ancrée solidement entre la Loire et le Rhin et prolongée dans les terres de conquêtes franques de la fin du VIII^e siècle, au nord de l'Italie lombarde et à la Saxe. A oublier, comme l'écrivait joliment Marc Bloch, que ces régimes étaient des «monarchies absolues tempérées par le désordre», on en viendrait à tirer au cordeau tout le monde franc. Cette «séduction» carolingienne s'est manifestée très

2. R. SULLIVAN, «The Carolingian Age: Reflections on its place in the history of the Middle Ages», dans *Speculum*, 64 (1989), pp. 267-306.

3. M. BLOCH, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 2^e éd., 2 vol., Paris, 1968, 1, p. 77. R. GRAND, R. DELATOUCHE, *L'agriculture au Moyen Âge, de la fin de l'Empire romain au XVI^e siècle*, Paris, 1950, p. 325.

tôt. Le X^e siècle s'est déjà représenté lui-même comme «post-carolingien», avec la nostalgie d'un supposé âge d'or de l'unité franque. A l'est et à l'ouest du monde franc, le mythe du régime politique carolingien comme expérience du bon gouvernement et d'un pouvoir hégémonique, renforcé par le prestige de son successeur ottonien, a fourni un modèle de développement sous la forme des capitulaires dans le Wessex d'Alfred (†899) et d'Æthelstan (†940), ou pour l'adaptation de la *Loi des Bavarois* qui a servi de base au premier droit écrit hongrois au début du XI^e siècle⁴.

Ce tableau historiographique a brusquement changé lorsque, sous l'influence de Georges Duby, s'est progressivement imposée une vision très négative de l'économie et de la société européenne avant l'an Mil. Les polyptyques qui étaient jusque là comptés comme un des principaux marqueurs de la «prospérité» carolingienne ont été considérés comme un miroir déformant et dissimulant des réalités matérielles catastrophiques illustrées plus fidèlement par les données archéologiques. Celles-ci ont été interprétées comme le témoignage d'une crise généralisée de l'Occident qui a signifié à partir du V^e siècle une montée irrésistible des escapes incultes et une sorte de «retour» à l'Âge du fer en termes d'habitat et de style de vie, de techniques de production et de rendement de l'agriculture et de l'élevage. Ce retournement coïncide paradoxalement avec la valorisation des paysans, de l'économie rurale et de la vie des campagnes comme thèmes de recherche prioritaires pour l'histoire médiévale. Dans les sociétés préindustrielles, neuf hommes sur dix étaient des paysans-cultivateurs rappellent avec force Georges Duby et Jacques Le Goff au début des années soixante. L'économie rurale est devenue un objet historique en soi.

Les thèses «catastrophistes» diffusées à partir des premières recherches de Georges Duby ont été discutées, nous y reviendrons dans un instant, dès les années soixante à l'occasion des études menées en Allemagne, en Italie et en Belgique sur les polyptyques et le système domanial. A partir des années quatre-vingt-dix, l'intérêt des médiévistes s'est déplacé chronologiquement vers le passage de l'Antiquité au Moyen Âge (V^e-VII^e), sous l'influence notamment du programme de recherche soutenu par l'ESF sur *La transformation du monde romain* et du succès rencontré parmi les spécialistes de l'Antiquité par le concept d'Antiquité tardive. Ces recherches sont marquées à nouveau par la domination des ques-

4. J.-P. DEVROEY, *Économie rurale et société dans l'Europe franque (VI^e-IX^e siècles)*, 1, *Fondements matériels, échanges et lien social*, Paris, 2003, p. 14.

tions politiques et culturelles (au sens large) sur l'étude de la civilisation matérielle et par un regain d'intérêt marqué pour les problématiques de circulation et de demande examinées un demi-siècle plus tôt par Henri Pirenne dans son célèbre *Mahomet et Charlemagne*. Les questions liées à la production agricole et à son organisation dans les campagnes ont été largement ignorées par ces programmes de recherche. La publication successive des livres de Peregrine Horden et Nicholas Purcell (*The Corrupting Sea*, 2000), de Michael McCormick (*Origins of the European Economy*, 2001), de Chris Wickham (*Framing the Early Middle Ages*, 2005) et de Jean-Pierre Devroey (*Économie rurale et société*, 2003 et *Puissants et misérables*, 2006) marque un nouveau tournant avec le retour en force de l'histoire économique et la volonté d'employer des chronologies, des angles de vue et des aires géographiques originaux: la relation entre les populations et l'environnement en Méditerranée durant trois mille ans (Horden et Purcell), l'économie et les communications au sein et entre l'Occident et l'Orient romain entre 300 et 900 (McCormick), l'économie et la société en Europe et autour de la Méditerranée (du Danemark à l'Égypte) entre 400 et 800 (Wickham), l'Europe franque (Devroey). La culture matérielle et le système social au sens large ont désormais retrouvé leur place dans l'histoire culturelle grâce à Julia Smith (*Europe after Rome*, 2005)⁵.

2. Les polyptyques et la réalité dynamique de l'économie et de la société rurale

La notion de «réalité dynamique» de l'économie et de la société rurale a été introduite par Adriaan Verhulst en 1984⁶. Elle s'inscrit dans le prolongement des recherches inspirées par sa fameuse leçon de Spoleto de 1965 sur *La genèse du régime domaniale classique* qui vont battre

5. P. HORDEN, N. PURCELL, *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, Oxford, 2000. M. McCORMICK, *Origins of the European Economy. Communication and Commerce*, Cambridge, 2001. C. WICKHAM, *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford, 2005. DEVROEY, *Économie rurale et société dans l'Europe franque*. ID., *Puissants et misérables. Système social et monde paysan dans l'Europe des Francs (VI^e-IX^e s.)*, Bruxelles, 2006. J. SMITH, *Europe after Rome. A New Cultural History 500-1000*, Oxford, 2005.

6. A. VERHULST, «L'histoire rurale de la Belgique jusqu'à la fin de l'Ancien Régime (Aperçu bibliographique 1968-1983)», dans *Revue historique*, 550 (1984), pp. 419-437, aux pp. 432-437.

en brèche les thèses catastrophistes défendues par Duby et ses émules. Le régime domanial est «une réalité dynamique dont les transformations continues du VII^e au X^e siècle révèlent une adaptation constante aux facteurs politiques et économiques, laquelle a eu comme résultat une grande diversité du régime domanial selon les lieux et le temps»⁷. Il n'est donc pas un héritage du système antique de la *villa* qui a disparu entre le V^e et le VII^e s. C'est une création originale qui a servi d'instrument aux élites du pouvoir franc à partir du VII^e s. pour accompagner, en augmentant leurs ressources matérielles, leur expansion territoriale et politique en Occident. Verhulst fait le lien entre ces innovations et les signes de reprise économique et démographique qui marquent l'éveil du Nord-Ouest de l'Europe. En rupture avec les thèses «catastrophistes», la grande propriété carolingienne se profile sur fond de développement rural, d'expansion économique et de défrichements⁸.

Cette réévaluation coïncide avec un effort considérable de relecture et d'édition critique des inventaires fonciers carolingiens. Les principaux noms qui y sont associés à partir du début des années 1970 sont ceux de François-Louis Ganshof et Yoshiki Morimoto à propos du polyptyque de Saint-Bertin⁹, d'Adriaan Verhulst à propos des inventaires de Saint-Bavon et de Saint-Pierre de Gand¹⁰, de Ludolf Kuchenbuch et à nouveau de Morimoto, sur le polyptyque de Prüm¹¹. Les années 1980 et 1990 ont vu

7. A. VERHULST, *L'histoire rurale de la Belgique*, p. 435.

8. A. VERHULST, «La genèse du régime domanial classique en France au Haut Moyen Âge», dans *Agricoltura e mondo rurale in Occidente nell'alto medioevo*, Spoleto, 1966 (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 13), pp. 135-160. Cet article fondateur est prolongé par d'autres contributions importantes: Id., «La diversité du régime domanial entre Loire et Rhin à l'époque carolingienne», dans *Villa-Curtis-Grangia. Landwirtschaft zwischen Loire und Rhein von der Römerzeit zum Hochmittelalter*, éd. W. JANSSEN & D. LOHRMANN, München-Zürich, 1983 (Beihefte der Francia, 11), pp. 133-148 et Id., «Étude comparative du régime domanial classique à l'est et à l'ouest du Rhin à l'époque carolingienne», dans *La croissance agricole du Haut Moyen Age. Chronologie, modalités, géographie*, Auch, 1990, (Centre culturel de l'abbaye de Flaran, Dixièmes Journées internationales d'histoire, 9, 10, 11 septembre 1988), pp. 87-101. Tous ces textes sont republiés dans Id., *Rural and urban aspects of Early Medieval Northwest Europe*, Aldershot, 1992 (Variorum Collected Studies).

9. *Le polyptyque de l'abbaye de Saint-Bertin (844-859). Édition critique et commentaire*, éd. F.-L. GANSHOF, Paris, 1975. Y. MORIMOTO, «Essai d'une analyse du polyptyque de l'abbaye de Saint-Bertin (milieu du IX^e siècle). Une contribution à l'étude du régime domanial (classique)», dans *Annuario dell'Istituto giapponese di cultura*, 1 (1970), pp. 31-53.

10. A. VERHULST, «Das Besitzverzeichnis der Ganter Sankt-Bavo-Abtei von ca. 800 (Clm 6333)», dans *Frühmittelalterliche Studien*, 7 (1971), pp. 193-234.

11. L. KUCHENBUCH, *Bäuerliche Gesellschaft und Klosterherrschaft im 9. Jahrhundert. Studien zur Sozialstruktur der Familia der Abtei Prüm*, Wiesbaden, 1978 (Vierteljahrschrift

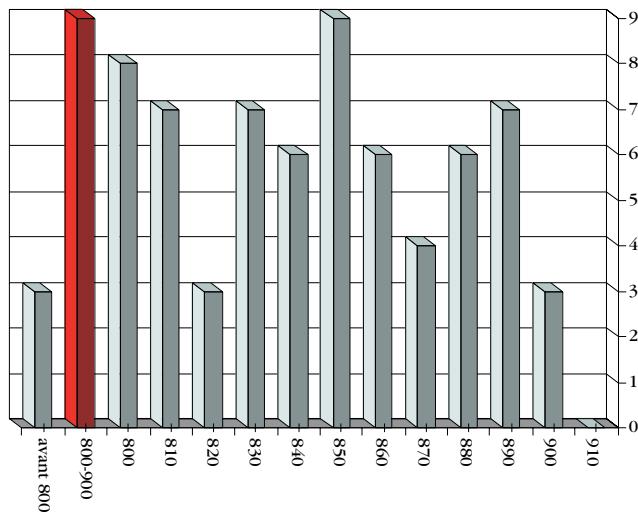
l'étude systématique et la réédition des principaux polyptyques francs, principalement par Dieter Hägermann et ses élèves, par des médiévistes italiens et par moi-même¹².

Dans leur forme classique, les plus anciens polyptyques francs remontent vraisemblablement au VIII^e siècle. Ils décrivent les composantes de chaque seigneurie (réserve et tenures paysannes), énumèrent les obligations des tenanciers et détaillent parfois leur nom et la composition de leur famille. Une trentaine de polyptyques carolingiens nous sont parvenus sur un total d'environ quatre-vingt documents attestés entre 780 et 920. Ils ont été rédigés majoritairement dans les régions situées entre la Seine et le Rhin (Saint-Germain-des-Prés, Saint-Remi de Reims, Prüm) et dans le royaume d'Italie (Santa Giulia de Brescia, Bobbio). Dans la plupart des cas, les objets principaux des documents concernent l'inventaire de la mense conventuelle des grands monastères bénédictins (en particulier après 816/817) et l'organisation de la contribution logistique des paysans dépendants aux besoins de l'État (ost, transports lourds, etc.) par la médiation de ces institutions religieuses.

für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte. Beihefte, 66). Y. MORIMOTO, «Sur la copie de Césaire (1222) du polyptyque de l'abbaye de Prüm (893)», dans *Bulletin de la Faculté des sciences économiques de l'Université de Kyushu*, 46 (1981), pp. 91-127 (en japonais avec un résumé français).

12. Parmi les études les plus significatives: D. HÄGERMANN, «Anmerkungen zum Stand und den Aufgaben frühmittelalterlicher Urbarforschung», dans *Rheinische Vierteljahrsschriften*, 50 (1986), pp. 32-58; Id., «Quellenkritische Bemerkungen zu den karolingerzeitlichen Urbaren und Güterverzeichnissen», dans *Strukturen der Grundherrschaft im frühen Mittelalter*, éd. W. RÖSENER, Göttingen, 1989, pp. 47-73.; J.-P. DEVROEY, «Problèmes de critique autour du polyptyque de l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés», dans *La Neustrie. Les pays au nord de la Loire de 650 à 850*, Sigmaringen, 1989, pp. 441-465 (Beihefte der Francia, 16/1). Parmi les éditions de sources, les plus importantes sont *Inventari altomedievali di terre, coloni e redditi*, éd. A. CASTAGNETTI, M. LUZZATI, G.F. PASQUALI & A. VASINA, Roma, 1979 (Fonti per la storia d'Italia, 104); *Das Prümmer Urbar*, éd. I. SCHWAB, Düsseldorf, 1983, (Rheinische Urbare 5); *Le polyptyque et les listes de cens de l'abbaye de Saint-Remi de Reims (IX^e-XI^e siècles)*, éd. J.-P. DEVROEY, Reims, 1984 (Travaux de l'Académie Nationale de Reims, 163); *Le polyptyque et les listes de biens de l'abbaye Saint-Pierre de Lobbes (IX^e-XI^e siècles). Édition critique*, éd. J.-P. DEVROEY, Bruxelles, 1986 (Commission royale d'Histoire, série in-8°); *Das Polyptychon und die Notitia de Areis von Saint-Maur-des-Fossés. Analyse und Edition*, éd. D. HÄGERMANN & A. HEDWIG, Sigmaringen, 1990 (Beihefte der Francia, 23); *Das Polyptychon von Saint-Germain-des-Prés. Studienausgabe*, éd. D. HÄGERMANN, K. ELMSHAUSER & A. HEDWIG, Köln-Wie-
mar-Wien, 1993.

Nombre de polyptyques attestés ou conservés par décennie (800-920)¹³



Ce courant de recherches est tributaire d'une tradition d'étude des documents de gestion de la grande propriété foncière issue des travaux de Karl Lamprecht et de ceux de Charles-Edmond Perrin. Perrin lui-même avait une vision traditionnelle du grand domaine carolingien comme une structure statique, héritée de l'Antiquité, et déjà en pleine dégénérescence dès le début du IX^e siècle. Son étude nouvelle et sans préjugés des sources a montré le parti qui pouvait être tiré de l'étude des techniques d'élaboration des polyptyques. À partir de l'exemple de Prüm (893) et des inventaires fonciers lorrains des X^e-XII^e siècles, Perrin a pu montrer comment des commissions itinérantes ont pu recueillir sur le terrain les éléments de la coutume domaniale locale en se servant de formulaires établissant le canevas des enquêtes par un jeu de questions et de réponses¹⁴. L'étude de la disposition géographique des descriptions locales et l'examen des formules utilisées permettent non seulement de reconstituer la manière dont ces enquêtes ont été menées à bien mais également de mettre en évidence des différences régionales ou des ruptures de style indicatrices

13. Voir l'annexe 1 en fin d'article.

14. C.-E. PERRIN, *Recherches sur la seigneurie rurale en Lorraine d'après les plus anciens censiers (IX^e - XII^e siècle)*, Paris, 1935.

d'ajouts postérieurs dans le texte et d'étudier les techniques de gestion de l'espace dans ces grandes propriétés foncières¹⁵. Ces techniques d'analyse spatiale et stylistique permettent de tirer une image dynamique de textes qui apparaissent, à première vue, comme des instantanés. Elles ont été employées dans trois directions principales:

1. La recherche des ajouts dans un texte et leur exploitation systématique pour analyser l'évolution des régimes d'exploitation foncière (Perrin, Kuchenbuch, Morimoto)¹⁶.
2. La détermination de la nature des textes seigneuriaux et du point de vue dominant (selon l'expression forgée par Dieter Hägermann) qui a présidé à leur élaboration. Ces techniques ont notamment permis de préciser la nature de certains textes comme les fragments de comptes domaniaux de Saint-Martin de Tours, d'identifier les divers usages des inventaires seigneuriaux, de confronter des parties différentes au sein du même texte (description, sommes partielles et sommes globales) pour étudier les logiques d'exploitation et de domination au niveau local et central (Morimoto) ou de comparer des textes émanant d'institutions différentes dans la même zone géographique (Kuchenbuch, Goetz)¹⁷.
3. L'exploitation de versions successives des polyptyques pour étudier l'évolution du régime domanial entre le IX^e, le X^e et parfois le XI^e siècle comme dans le pays rémois (Saint-Remi de Reims)¹⁸ ou dans le royaume d'Italie (Saint-Colomban de Bobbio)¹⁹.

Toutes ces recherches ont contribué à mettre en lumière la diversité géographique et morphologique de la propriété de la terre et des rapports

15. J.-P. DEVROEY, «Gérer et exploiter la distance. Pratiques de gestion et perception du monde dans les livres fonciers carolingiens», dans *Les élites et leurs espaces: mobilité, rayonnement, domination (VI^e-XI^e s.)*, éd. P. DEPREUX, F. BOUGARD, R. LE JAN, Turnhout, 2007, pp. 49-65.

16. L. KUCHENBUCH, *Bäuerliche Gesellschaft*. H.-W. GOETZ, «Herrschaft und Raum in der frühmittelalterlichen Grundherrschaft», dans *Annalen des historischen Vereins für den Niederrhein*, 190, 1987, pp. 7-33Y. MORIMOTO, «Un aspect du domaine de l'abbaye de Prüm à la fin du IX^e et pendant la première moitié du X^e siècle. Essai d'une utilisation dynamique du polyptyque», dans *Strukturen der Grundherrschaft im frühen Mittelalter*, Göttingen 1989, pp. 266-284.

17. L. KUCHENBUCH, *Bäuerliche Gesellschaft*, pp. 236-244.

18. J.-P. DEVROEY, «Seigneurs et paysans au cœur de l'ancien empire carolingien de part et d'autre de l'An Mil», dans *Hommes et sociétés dans l'Europe de l'An Mil*, éd. P. BONNASSIE & P. TOUBERT, Toulouse, 2004, pp. 253-271.

19. V. FUMAGALLI, «Coloni e signori nell'Italia Superiore dall'VIII al X secolo», dans *A Giuseppe Ermini*, Spoleto, 1970, pp. 423-446 (Studi Medievali, 3^a s., 10, 1969).

sociaux de production éclairés par les polyptyques. La sérieuse objection de principe présentée par Robert Fossier à propos de l'exemplarité des polyptyques –les grands polyptyques ne représenteraient guère plus qu'un % du territoire du royaume des Francs– perd de sa pertinence puisque la vision dynamique de ces sources a permis d'y dégager l'existence de types d'exploitation et de structures «non-domaniales» (non classiques) en voie d'inclusion dans la grande propriété ecclésiastique. Par contre, un autre champ de recherche, la question de la nature et des limites des redevances imposées aux ruraux, est demeurée à l'état embryonnaire: 1) pour quels motifs et sur quelle assiette le paysan dépendant était-il imposé (pour des services et des charges publiques, pour les droits d'entrée et d'usage des vacants, etc.)?; 2) qu'elle était la part des richesses produites par l'activité des paysans qui échappait, totalement ou partiellement, aux redevances seigneuriales ordinaires ou à la dîme ?: vraisemblablement, l'exemption concernait certains des espaces les plus fertiles, comme les jardins, ou une partie des vacants, du *saltus* et de la sylve.

Les polyptyques et les capitulaires portent l'empreinte de pratiques et d'actions de portée plus générale initiées par les souverains carolingiens, limitées dans leur emprise géographique (comme l'introduction de la corvée de labour dans la moitié nord du monde franc), ou d'application plus large (comme la dîme paroissiale). Toutefois, l'absence de ce type d'outil de gestion de la grande propriété foncière et, plus largement, celle de toute trace de l'existence d'un grand domaine de type classique (la *villa* bipartite et son système agraire fondé sur les relations entre seigneurs et paysans) dans beaucoup d'autres régions comme le Midi de la Gaule et le Nord de la Péninsule ibérique impose une démarche comparatiste pour déterminer notamment si le dynamisme de l'économie rurale attesté par les polyptyques a été un fait régional, associé à l'expansion du système domanial dans le cœur du royaume franc et les régions conquises à la fin du VIII^e s. ou un phénomène plus général lié au dynamisme des campagnes en Occident.

3. Le renouvellement de la problématique historique et la question de la croissance de l'économie rurale

Les principaux protagonistes européens des recherches sur l'histoire rurale du Haut Moyen Âge occidental se sont retrouvés à Flaran en 1988 pour débattre dans cette perspective comparatiste de *La croissance agricole du Haut Moyen Age*, de sa chronologie, de ses différentes modalités

et de sa géographie²⁰. Flaran marque durablement les esprits en insistant sur la diversité temporelle et géographique de la croissance agricole en Europe qui ne peut pas se ramener à une séquence chronologique ou à un facteur causal unique.

Un des problèmes principaux des historiens est la périodisation et la vision du processus historique comme le passage d'une étape à une autre de la «civilisation». Cette vision est très marquée par l'évolutionnisme darwinien et par la théorie allemande des étapes ou systèmes de production (*Stufentheorie*) qui est un produit de l'économie politique et du matérialisme du XIX^e s. On s'est demandé à Flaran si le Haut Moyen Âge s'inscrivait dans une très «longue» Antiquité tardive qui s'achèverait à l'aube de l'an Mil avec l'effondrement définitif de l'esclavagisme (Guy Bois, Pierre Bonnassie)?; Ou s'il fallait plutôt découper cette longue séquence chronologique (plus de 500 ans!) en trois phases: fin du système antique, système domanial, transition vers le système féodal (Josep M. Salrach)? Une des conclusions les plus intéressantes des débats a été la diversité régionale des périodes de démarrage et des rythmes de croissance en Occident entre le VII^e et le X^e s. Le changement de perspective géographique et de chronologie opéré en 2005 par Chris Wickham permet de poser un constat identique à propos de la «crise» et de la fin du système antique de la *villa* en Occident. Les modes d'occupation des sols et le peuplement des campagnes ont fortement évolué à des rythmes et selon des modalités différentes au plan régional à partir du V^e s. Si dans les zones les plus exposées de l'Empire, comme le Nord de la Belgique actuelle, des événements militaires ont entraîné un abandon synchrone des *villae*, la fin du système de la *villa* varie fortement partout en Europe. Les abandons de *villae* sont concentrés en deux groupes chronologiques: Autour de 400 dans le Nord, au VI^e s. dans la Méditerranée. C'est trop tôt ou trop tard pour un lien causal avec les invasions barbares et la défaite consécutive du système politique et des aristocraties de style romain. Dans le Nord de la Gaule, le réseau de peuplement évoluait déjà vers les structures typiques du Haut Moyen Âge dans le dernier siècle (IV^e s.) de gouvernement romain. Les Francs se sont installés à partir des décennies centrales du V^e s. dans un paysage qui était déjà «déromanisé» pour l'essentiel de sa culture matérielle²¹. Les régions frontalières de l'Empire

20. *La croissance agricole du Haut Moyen Age. Chronologie, modalités, géographie*, Auch, 1990 (Centre culturel de l'abbaye de Flaran, Dixièmes Journées internationales d'histoire, 9, 10, 11 septembre 1988).

21. WICKHAM, *Framing the Early Medieval History*.

fonctionnaient plus comme des zones d'interaction réciproque que des limites²². Au niveau des centres d'exploitation aristocratiques, le décalage chronologique entre le Nord et le Midi s'explique d'après Wickham par des facteurs sociaux, comme en Aquitaine où une aristocratie de style romain s'est maintenue au pouvoir jusqu'au VII^e s.

Les débats de Flaran ont également été le point de départ d'une réflexion historique et théorique sur le concept de croissance et de décroissance dans le contexte de l'histoire économique du Haut Moyen Âge occidental²³. Dans ces nouvelles perspectives de recherche, sept remarques méthodologiques s'imposent:

1. Il faut tout d'abord dissiper un malentendu persistant entre historiens et économistes, entre la croissance quantitative des premiers (plus d'hommes, plus de terres défrichées) et la croissance qualitative des seconds. La notion de produit brut *per capita* qui sert d'outil de mesure aux économistes n'a guère de sens dans des économies précapitalistes profondément inégalitaires, sur lesquelles pesaient, à des degrés divers, destructions de richesse ou dépenses somptuaires de l'aristocratie.
2. La croissance est un concept de la science économique, alors que «le syncrétisme de la vie rurale rend toute distinction entre économie et sociologie plus vaine que dans d'autres domaines»²⁴. Pour Pierre Bourdieu, le paysan conjugue sa vie au passé et au présent futur. Il cherche certes à se prémunir contre l'avenir mais, de son point de vue, toute prévision est «inutile, voire dénuée de sens et impossible»²⁵. Il faut étudier la «croissance» en gardant à l'esprit la signification générale de ce concept dans le langage actuel: «un processus complexe d'évolution en longue durée»²⁶. On devrait alors préférer le concept de développement à celui de «croissance» en réservant ce dernier terme et son contraire, la «décroissance» à des phénomènes d'intensification ou de diminution de la pression agraire ou du travail productif.

22. C. R. WHITTAKER, *Frontiers of the Roman Empire*, Baltimore, 1994.

23. Première élaboration par J.-P. DEVROEY, dans la table ronde conclusive, *La croissance agricole du Haut Moyen Âge*, pp. 193-194. Ces points sont développés dans J.-P. DEVROEY, *Puissants et misérables*.

24. H. MENDRAS, *Sociétés paysannes. Eléments pour une théorie de la paysannerie*, 2^e éd., Paris, 1995.

25. P. BOURDIEU, «The Attitude of the Algerian Peasant Toward Time», dans *Mediterranean Countrymen*, éd. J. PITTR-RIVERS, Paris-La Haye, 1964, pp. 55-72, aux pp. 60-64.

26. F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, t. 3, Paris, 1979, p. 739.

3. La notion même de «croissance» n'a pas de sens, si on ne sait pas d'où l'on part. Pour mesurer l'étendue de la reprise agricole avant l'an Mil, il conviendrait d'évaluer plus finement, au niveau local et régional, les fluctuations et l'étendue du recul des terres cultivées en Occident à partir du III^e siècle AD²⁷. L'ensemble de la période doit être analysée en termes de croissance et de décroissance de l'occupation des sols par l'agriculture. Aujourd'hui encore, une vision finaliste et déterministe du développement amène à envisager la succession des systèmes économiques non pas comme des processus complexes et dynamiques avec des phases de croissance et de décroissance, mais comme un enchaînement linéaire de «révolutions» économiques successives suivies de périodes de blocage technique et de saturation démographique, dans une perspective d'explication à fondements malthusiens.
4. A partir du V^e siècle (et, on l'a dit, avec des évolutions régionales décalées), le système médiéval de peuplement et d'exploitation du sol est marqué par une forte rétraction des zones cultivées et une discontinuité dans l'emplacement, la typologie et la taille des exploitations agricoles, accompagnant de nombreuses désertions. Cela signifie que la «croissance» du Haut Moyen Âge a été précédée par une phase de rétraction et de décroissance dont il importeraient aujourd'hui de mesurer l'intensité. La discontinuité (surtout fonctionnelle et souvent topographique) de l'habitat qui accompagne la fin du système antique n'a pas signifié l'interruption de l'occupation des sols. Les terroirs ont conservé leur vocation agricole, mais les superficies cultivées se sont rapidement et très fortement contractées au profit de l'inculte, tandis que les populations rurales se regroupaient dans des villages relativement articulés, allant d'ensembles d'une à deux dizaines de familles (au Nord d'une ligne passant par les bouches du Rhin) à des agrégats plus lâches d'habitation (en Allemagne du Sud, dans le Nord de la France et en Angleterre). L'équilibre dans la trilogie *ager-saltus-silva* a été profondément bouleversé au profit des friches herbeuses et des espaces boisés. Cette évolution profonde des paysages ruraux de l'Occident n'est ni totalement synchronique, ni précipitée²⁸.
5. La croissance pour qui? Pour le paysan ou pour le maître ? Est-il imaginable de penser en même temps, en termes de progrès ou

27. DEVROEY, *Économie rurale et société*, pp. 21-39.

28. DEVROEY, *Économie rurale et société*. WICKHAM, *Framing the Early Middle Ages*.

de recul, l'allégement des charges de la paysannerie au début du Moyen Âge, l'intensification de l'économie domaniale entre le VII^e et le IX^e siècle ou la pauvreté matérielle relative du style de vie des élites entre le VI^e et le XII^e siècle ? Pour les paysans, l'alternative n'a-t-elle pas été de mieux manger ou de moins travailler ? Moins d'échanges entre producteurs et non-producteurs, signifie-t-il plus ou moins de bien-être pour les paysans²⁹? Chris Wickham répond positivement à cette interrogation. L'appauvrissement et l'affaiblissement durable des outsiders à partir du V^e siècle a produit une autonomisation du monde paysan qui n'a toutefois pas amélioré les conditions de vie des paysans, notamment leur accès à des biens de consommation de qualité dont la production se rétracte avant de disparaître en Occident avec la fin du système antique. La marge de consommation libérée par son déclin a peut-être été mise à profit par les paysans pour manger plus, mais elle s'est principalement traduite par une diminution de l'intensité du travail emmenée par la rétraction des superficies cultivées et des surplus disponibles, la simplification des outils et des techniques agricoles, la diminution de la taille des ménages et le recul de la population rurale. Ester Boserup explique que le développement des technologies agricoles est conditionné par la pression démographique³⁰. Pour Wickham, l'évolution des campagnes du Haut Moyen Âge montre que le modèle de la pression démographique de Boserup a pu fonctionner en sens inverse! Plus simple est la technologie, moins les paysans travaillent! Des sociétés rurales moins intensives et développées ont pu adopter des attitudes de régulation de la population, contrôle des naissances et mariage tardif justifiant le recul démographique observé au début du Haut Moyen Âge³¹.

6. Quel sens donner à la «croissance» dans un système social qui semble en ignorer (ou en refouler) le concept ? Nous devons garder en mémoire que c'est seulement à la fin du XVIII^e et au début du XIX^e siècle que des savants comme Adam Smith et Charles Darwin ont introduit les idées de changement, de croissance et de progrès continu et indéfini dans le fonctionnement des systèmes sociaux. Une perspective évolutionniste offre-t-elle la meilleure voie de

29. C. WICKHAM, «Mutations et révolutions aux environs de l'an mil», dans *L'An Mil. Rythmes et acteurs d'une croissance, Médiévales* (1991), pp. 27-38, à la p. 37.

30. E. BOSERUP, *The conditions of agricultural growth*, London, 1965.

31. WICKHAM, *Framing the Early Middle Ages*, p. xx.

compréhension des sociétés pré-industrielles ? Ou faut-il cesser, comme le pense Claude Lévi-Strauss, d'imaginer le progrès comme un processus permanent, nécessaire et irréversible ? Pour la théologie politique du Haut Moyen Âge, l'idéal à l'apparence du *statu quo*. Rien ne doit bouger, dans une société qui doit demeurer stable, dans sa conformité à l'ordre terrestre voulu par Dieu. Toutefois, cette idéologie de la stabilité du Monde est en même temps en contradiction avec la valorisation chrétienne du travail et de l'activité productrice qui suppose un monde plus généreux dans la distribution des richesses. Sans oublier que l'individu se préoccupe égoïstement d'améliorer son statut et ses richesses.

7. La question de la croissance interpelle aussi le concept «d'économie paysanne» qui postule, en rupture avec les thèses d'économie politique des «Classiques», une recherche de l'équilibre entre travail et consommation dans l'activité productrice des paysans cultivateurs. D'après le sociologue français Henri Mendras, un système de cultures équilibré et une économie autarcique n'ont jamais été remis en question par le paysan cultivateur: ce sont pour lui des «données comparables à celles de la nature, qu'il peut aménager, utiliser plus ou moins efficacement, mais qu'il ne saurait songer à modifier (...). Pour parler en termes imagés, l'ordre éternel des champs était fait d'un éternel retour des choses»³². Gardons-nous toutefois de tomber dans l'illusion qui ferait des sociétés paysannes, des sociétés «froides» (du point de vue de l'anthropologue), statiques et immobiles ! Les cycles végétaux et animaux paraissent immuables. Que penser, dès lors, de l'impact sur les sociétés rurales qu'ont pu avoir la diffusion de nouvelles espèces de céréales et l'adoption de rotations triennales, multipliant les récoltes et réglant différemment le nombre des labours et la durée des jachères ? Ici encore, toute généralisation doit être précédée de l'analyse précise de l'introduction d'une nouvelle culture ou d'une nouvelle technique dans une société rurale donnée. La propagation du seigle en Occident durant le premier millénaire n'a pas modifié le système technique établi, mais il a permis d'ensemencer certaines friches et d'accroître ainsi la superficie des terres ensemencées. La diffusion de la rotation triennale et de la culture attelée lourde entraîne au contraire des changements systémiques dans les zones d'agriculture tempé-

32. H. MENDRAS, *La fin des paysans, suivi d'une réflexion sur la fin des paysans vingt ans après*, Paris, 1984, pp. 73 et 112.

rée associées à des friches herbeuses³³. La forme de la parcelle a une «influence décisive sur le rendement: pour une même surface, quand la longueur du champ est quadruplée, le temps de labour est réduit d'un tiers»³⁴. La diffusion des «longues raies», ces champs de forme rectangulaire allongée dans un rapport de 1 à 10 dans les zones de préférence de l'économie domaniale entre Seine et Rhin n'est pas une simple question de morphologie ou de géographie agraire. Elle influence directement la productivité du travail.

4. Acteurs et modalités de la croissance

Attribuer le développement économique à des facteurs endogènes ou exogènes est une question idéologique et pas seulement technique. A propos des modalités de la croissance, Pierre Bonnassie, Adriaan Verhulst et Pierre Toubert ont exposé des modèles alternatifs à Flaran qui divergent surtout à propos de la géographie de la croissance du Haut Moyen Age et des acteurs qui la détermine: action politique, roi et seigneurs dans le Nord-Ouest de l'Europe et le royaume d'Italie d'après Verhulst et Toubert; dynamisme et autonomie de la paysannerie libre dans le Sud de l'Europe pour Bonnassie³⁵.

4.1. *Une croissance rurale déterminée par la pression aristocratique*

Les idées avancées à Flaran par Adriaan Verhulst et Pierre Toubert privilient l'hypothèse d'une intensification de l'exploitation de la paysannerie dépendante par l'aristocratie. Les ambitions politiques des élites du

33. M. MITTERAUER, *Warum Europa? Mittelalterliche Grundlagen eines Sonderweg*, München, 2003.

34. MENDRAS, *La fin des paysans*, pp. 103-104.

35. P. BONNASSIE, «La croissance agricole du Haut Moyen Age dans la Gaule du Midi et le Nord-Est de la péninsule ibérique: chronologie, modalités, limites», dans *La croissance agricole du Haut Moyen Age. Chronologie, modalités, géographie*, Auch, 1990, pp. 13-35; réédité dans P. BONNASSIE, *Les sociétés de l'An Mil. Un monde entre deux âges*, Bruxelles, 2001 (Bibliothèque du Moyen Âge, 18), 6, pp. 169-197. A. VERHULST, «Etude comparative du régime domanial classique à l'est et à l'ouest du Rhin à l'époque carolingienne», dans *La croissance agricole du Haut Moyen Age. Chronologie, modalités, géographie*, Auch, 1990, pp. 87-101; réédité dans A. VERHULST, *Rural and Urban Aspects*, IV.

pouvoir et le style de vie de beaucoup de petits seigneurs ont certes reposé sur l'exploitation d'une grande part de l'humanité mais, dans le long terme, cette pression extérieure se serait révélée stimulante. Elle s'inscrit selon eux dans le contexte d'une amélioration de l'économie rurale dans son ensemble et de la situation matérielle des paysanneries européennes. La haute aristocratie a joué un rôle mobilisateur dans l'essor agraire en encadrant les paysans, en stimulant le défrichement d'espaces incultes et la création d'églises et de monastères intégrés dans leur politique de puissance.

Les modalités de la croissance doivent être reliées à la problématique des rapports entre villes et campagnes et, plus largement encore, à la manière dont les activités productives des paysans s'intègrent au fonctionnement global de l'économie médiévale. La vision d'une économie carolingienne plongée dans l'autarcie et la stagnation énoncée par Henri Pirenne dans le célèbre *Mahomet et Charlemagne* (1937), a été battue en brèche par des travaux consacrés aux rapports villes-campagnes et au poids du secteur agricole et du dynamisme du monde rural dans la croissance de l'économie européenne à partir du VII^e s., avec les travaux de Volpe, de Violante et de Fumagalli sur l'Italie du Nord³⁶ et ceux de Despy sur le Pays mosan³⁷. Pierre Toubert a enrichi ce modèle en 1988 en montrant comment le système domanial a pu canaliser le dynamisme des campagnes au profit des élites du pouvoir, par la mise en œuvre d'un principe de centralité étendu à tous les types de transferts économiques et de contrôle social. En somme, le système domanial, qui fut considéré jadis comme la meilleure illustration du caractère prioritaire conféré par les économies primitives à l'autoconsommation, est caractérisé aujourd'hui par ces historiens comme un des principaux leviers du passage à une économie d'échanges stimulée notamment par une demande de biens de consommation agricoles suscitée par les dépenses des élites du pouvoir³⁸.

Des médiévistes comme Devroey ou Toubert reconnaissent un poids très important à l'initiative et à l'action raisonnée des couches dirigeantes de la société carolingienne³⁹. Cette idée était déjà très présente de-

36. C. VIOLENTE, *La società milanese nell'eta precomunale*, Bari, 1953.

37. G. DESPY, «Villes et campagnes aux IX^e et X^e siècles: l'exemple du pays mosan», dans *Revue du Nord*, 50, 1968, pp. 145-168.

38. P. TOUBERT, *L'Europe dans sa première croissance. De Charlemagne à l'an mil*, Paris, 2004, pp. 18-23.

39. J.-P. DEVROEY, «Réflexions sur l'économie des premiers temps carolingiens (768-877): grands domaines et action politique entre Seine et Rhin», dans *Francia*, 13 (1986), pp. 475-488.

puis 1965 dans les travaux de Verhulst, mais le grand médiéviste belge l'a combattue dans les conclusions de son ultime livre publié en 2002: «L'interférence du roi avec les matières économiques, bien qu'importante sous les Carolingiens, ne peut pas être appelée sans détour "politique économique" ou être attribuée à un "semi-dirigisme"; car ces interventions manquaient d'un plan général et de vues à long terme. Elles étaient souvent inspirées par des situations concrètes et demeuraient fortuites et pragmatiques (...). Il serait exagéré de considérer ces efforts comme l'expression de ce qu'on pourrait appeler une "politique agraire"»⁴⁰. Au fond, les objections de Verhulst soulèvent deux questions fondamentales: la première –la structure de l'offre et de la demande de biens de consommation et de travail– touche à l'analyse économique classique; la seconde –les interactions entre économique et politique– touche à la sociologie dans ses préoccupations théoriques les plus larges. Dans le débat commencé au début des années 1920 sur la tendance générale de l'économie carolingienne entre Pirenne (crise et stagnation) et Dopsch (croissance et dynamisme), Verhulst donne implicitement raison au second. Il nuance son propos en insistant sur deux caractères fondamentaux: l'inégalité et la diversité régionale du développement de l'Occident; le caractère cyclique des économies européennes du VII^e au XI^e siècle. Mais, il reste fondamentalement «pirennien» (et fidèle aux catégories des Classiques) dans sa conviction qu'il faut rechercher les fermentes décisifs du développement médiéval en dehors des «petits mondes» ruraux dans le secteur de la vie urbaine et des échanges.

De la même manière que la notion d'économie d'échanges constitue un progrès conceptuel sur les catégories classiques de l'économie politique, Pierre Toubert a complété son analyse des structures de l'échange en utilisant la notion d'économie des transferts ou d'économie des relations (*Bezugswirtschaft*) forgée au début du XX^e siècle par l'économiste allemand Richard Passow⁴¹. Le système social animé par le principe de centralité est fondé sur l'importance des transferts: transferts entre cultivateurs et propriétaires du sol réglés par la coutume ou le contrat; transferts de main-d'œuvre ou de produits agricoles ou manufacturés entre la part des paysans et la réserve; transferts interne à la seigneurie ou d'une seigneurie à l'autre où se résolvait encore pour

40. A. VERHULST, *The Carolingian Economy*, Cambridge, 2002, pp. 126-131.

41. R. PASSOW, «Die grundherrschaftlichen Wirtschaftsverhältnisse in der Lehre von den Wirtschaftssystem», dans *Jahrbuch für Nationale Ökonomie und Statistik*, 112 (1919). TOUBERT, *L'Europe dans sa première croissance*, pp. 216-217.

une bonne part l'activité d'échanges; transferts publics, enfin, «découlant d'un système d'institutions qui reposait largement, lui aussi, sur le transfert de droits utiles par la puissance publique au profit de ceux-là même qui concentraient d'autre part dans leurs mains la puissance économique». La domination médiévale (*Herrschaft*) est fondée sur un principe d'action réciproque (une autre manière de parler de «transfert») imbriquant étroitement et de manière absolue la concession d'un droit à agir, d'une chose ou d'une dignité avec une obligation de service. L'idée d'une économie des transferts peut, je crois, être reliée à la manière dont Georg Simmel a caractérisé le système de domination hiérarchique féodal comme une pyramide où la relation entre supérieurs et inférieurs repose sur l'échange entre service et obligation, c'est-à-dire sur un transfert fonctionnant dans les deux sens de la hiérarchie, du haut vers le bas et du bas vers le haut⁴².

Pour répondre aux objections de Verhulst sur le rôle de l'ordre institutionnel dans l'économie du Haut Moyen Âge, il faut relire les polyptyques du IX^e siècle en ayant un œil sur les relations entre le religieux et le politique. Au début de son règne, le gouvernement de Louis le Pieux († 840) parachève la «renaissance» idéologique carolingienne dans un programme de réforme de la société chrétienne fondé sur l'idée d'unité essentielle entre l'Église et l'État. Dans ce programme d'action chrétienne figure au premier plan une réforme de la société ecclésiastique traduite par une série de textes destinés à apporter la régularité et la stabilité dans la vie des communautés religieuses⁴³. Ces réformes sont complétées par des mesures visant à inventorier les richesses et à définir les charges de toute nature imposées aux monastères. Une part importante des ressources des grandes institutions ecclésiastiques (produits agricoles et artisanaux, hommes, animaux et moyens de transport) était en effet mobilisée, directement ou indirectement, pour le service royal. Ces transferts de produits, de services et de main-d'œuvre participent à ce que nous appelons la «logistique» du pouvoir central carolingien, c'est-à-dire à l'ensemble des moyens et des méthodes d'organisation mis en œuvre pour maintenir et maîtriser l'espace franc et assurer le fonctionnement de la *res publica* chrétienne. Dans le cas des secteurs qui nous sont accessibles dans la documentation écrite (presque exclusivement les grands monastères de la partie centrale

42. G. SIMMEL, *Sociologie. Études sur les formes de la socialisation*, Paris, 1999.

43. J. SEMMLER, «*Renovatio Regni Francorum*. Die Herrschaft Ludwigs des Frommen im Frankenreich 814-829/30», dans *Charlemagne's Heir. New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814-840)*, éd. P. GODMAN & R. COLLINS, Oxford, 1990.

du royaume franc), les transferts touchent principalement trois domaines: 1° l'approvisionnement matériel de l'armée en grains, en viande, en armes et en équipements; 2° la messagerie (y compris des transports légers) et les charrois lourds; 3° les travaux publics⁴⁴. Plus largement, le «siècle» d'expansion continue des Carolingiens, des premiers succès emportés par Charles Martel jusqu'au début des guerres civiles entre Louis le Pieux et ses héritiers est caractérisé par d'importants transferts de richesse entre et au profit des élites du pouvoir, royauté, aristocratie laïque (sécularisation, bénéfices) et églises (fondations et donations), avec d'ailleurs des flux en tout sens, entre spoliations et générosités nécessaires.

Dans l'analyse macroéconomique (du point de vue de la demande et de l'offre), le modèle que nous proposons met l'accent sur l'importance des transferts institutionnels, c'est-à-dire sur une demande interne qui pèse directement sur le secteur de production agricole et est stimulée par la consommation (et la destruction de biens) par le pouvoir central et l'aristocratie. Dans ce domaine, les analyses de Jinty Nelson, de Timothy Reuter et de Karl Leyser sur la guerre comme ressource et dépense sont importantes⁴⁵. Pendant un long siècle de guerres d'agression quasi permanentes (710-820), l'ost franc est certainement la source la plus importante des dépenses couvertes par les prélèvements sur la production agricole, dans le cadre de l'économie de transferts contrôlée par l'aristocratie. Les richesses foncières et les profits de la guerre (butin, tribut) sont redistribués par le roi entre le Trésor, l'Église, l'aristocratie laïque et sa propre suite. Une fraction des richesses produites à l'intérieur ou spoliées à l'extérieur était absorbée par les échelons inférieurs de la pyramide aristocratique dans le cadre des transferts réglés par la relation réciproque entre dons et services personnels. Les dépenses de la guerre et la consommation des élites quant à elles pesaient en dernière analyse presque exclusivement sur la paysannerie, soit directement sur les paysans libres propriétaires

44. J.-P. DEVROEY, «*Ad utilitatem monasterii. Mobiles et préoccupations de gestion dans l'économie monastique du monde franc (VIII^e-X^e s.)*», dans *Le monachisme à Byzance et en Occident du VIII^e au X^e siècle. Aspects internes et relations avec la société*, Maredsous 1993 (*Revue Bénédictine*, 103), pp. 224-240. Id., *Puissants et misérables*, pp. 570-579.

45. J. L. NELSON, «The Church's Military Service in the Ninth Century: a Contemporary Comparative View», dans *Studies in Church History*, 20 (1983), pp. 15-30. T. REUTER, «Plunder and Tribute in the Carolingian Empire», dans *Transactions of the Royal Historical Society*, 35 (1985), pp. 75-94. Id., «The Recruitement of Armies in the Early Middle Ages: What Can We Know?», dans *Military Aspects of Scandinavian Society in a European Perspective, AD 1-1300*, Copenhagen, 1997. K. LEYSER, «Early Medieval Warfare», dans *The Battle of Maldon*, London, Rio Grande, 1993, pp. 87-108.

affligés par la charge du service militaire personnel ou des taxes de remplacement et des amendes, soit indirectement sur les autres paysans dans le cadre de la médiation et de la domination seigneuriale.

La fin du VIII^e siècle, en particulier, doit être considérée comme une période d’alourdissement considérable des prélèvements de toute sorte, en matières premières et en capital humain, opérés par les outsiders sur les habitants des campagnes. Entre 770 et 800, nous assistons à des innovations cruciales, sur fond d’augmentation généralisée de la pression fiscale exercée sur les campagnes: l’introduction de la corvée collective de labour et le recours aux charrois lourds pour le transport des denrées agricoles et le train de l’armée franque, l’imposition de la dîme paroissiale et de nouvelles taxes partiaires sur l’usage des vacants. En multipliant les labours, la diffusion de l’assoulement triennal sur les réserves à la fin du VIII^e s. a également contribué à augmenter la demande de bovins de travail. Deux exemples de ces phénomènes d’intensification tirés des archives judiciaires illustrent cette évolution.

1) En 800, des paysans de la région du Mans (vraisemblablement des libres dépendants) font appel à Charlemagne lui-même pour fixer une règle uniforme en matière de services de travail et de corvée de labour. Dans certaines seigneuries, «on travaillait toute la semaine, dans certaines, la moitié, dans certaines deux jours». L’empereur fixe un nouveau barème (dont les résultats peuvent être relevés dans le polyptyque de Saint-Germain-des-Prés) au prorata des exploitations et de leur équipement. Le taux normal de prélèvement du travail est fixé à trois jours par semaine. Il est réduit durant les semaines de labour d’après l’équipement bovin de l’exploitation: un jour pour l’exploitation complète (avec un attelage de quatre bovins), deux jours de labour pour les attelages incomplets, deux jours de labour et un jour de travail manuel pour ceux qui labourent avec d’autres bêtes associées aux leurs⁴⁶.

2) En 804, des propriétaires fonciers d’Istrie (des membres de l’aristocratie autochtone) se plaignent au plaid de Rijana de l’introduction par le duc Jean de pratiques inconnues du temps de la domination byzantine: élévation du niveau des taxes foncières, réquisition de fourrage, imposition de services de travail à la cour seigneuriale et dans les éléments de la réserve, livraison de céréales par tête de bovin, dîme des brebis et des agneaux, transports fluviaux et jusqu’à Venise, sans compter les exactions commises par le duc et ses hommes pour ses chiens et ses chevaux. Un

46. Analyse et commentaires, DEVROEY, *Puissants et misérables*, pp. 539-540.

seul exemple: la taxe d'usage des vacants est passée d'un pour cent à dix pour cent sur les ovins⁴⁷!

La pression exercée par l'aristocratie franque sur les campagnes dé passe donc les régions d'implantation du régime domanial classique, même si les formes prises par cette intensification et le poids total du pré lèvement ont certainement varié très fortement entre des niveaux élevés (jusqu'à la moitié du capital disponible⁴⁸ dans le Nord-Ouest de l'Europe et les nouveaux royaumes conquis par les Carolingiens) et des niveaux beaucoup plus modérés (dans le Midi de la Gaule et la Catalogne, par exemple). Comment, dans le cadre d'une économie de subsistance dominiée par les exploitations rurales familiales, cette intensification sans précédent depuis plusieurs siècles s'articule-t-elle avec la productivité du travail rural? La demande a été stimulée dans le monde paysan par une poussée démographique, encore modeste, mais régulière. Cette croissance de la population a pu trouver un exutoire dans le gonflement de la demande de services de travail et dans un mouvement à très long terme de reconquête des espaces incultes gonflés par la déprise agricole massive de l'Antiquité tardive et du début du Moyen Âge. Sans tomber dans des clichés misérabilistes, il y avait également une marge considérable d'amélioration de l'environnement de vie familial et donc d'emploi des surplus agricoles par les paysans pour une vie meilleure. Ces phénomènes sont repérables dans l'archéologie de l'habitat rural. Dans la moitié nord de la France, à partir de la moitié du VII^e siècle, les bâtiments sont plus nombreux et les techniques de construction plus variées avec la diffusion des édifices sur solins en pierre et le recul général des édifices simplement excavés. Il faudra être également très attentif dans le futur aux résultats de la paléodémographie pour vérifier dans quelle mesure il est possible de tabler sur une amélioration relative de la salubrité des populations humaines en Occident à partir du VII^e siècle⁴⁸.

À côté de ces facteurs endogènes et de ces opportunités de développement autonome de la paysannerie, il faut également examiner la manière dont l'économie paysanne s'encastre dans le système social dans son ensemble. Dans les zones de développement du système domanial, des grands propriétaires investissent dans le secteur agricole, directement, dans le cadre de stratégies d'autarcie visant à assurer le quotidien

47. Analyse et commentaires, DEVROEY, *Puissants et misérables*, pp. 475-477.

48. DEVROEY, *Économie rurale et société*, pp. 21, 77. E. PEYTREMAN, *Archéologie de l'habitat rural dans le Nord de la France du IV^e au XII^e siècle*, 2 vol., Paris, 2003 (Mémoires de l'Association française d'archéologie mérovingienne, 13), t. 1, pp. 354-359.

(par exemple, les constructions de moulins et de brasseries pour le traitement des céréales) et à se procurer des matières rares ou spécifiques comme le vin, le sel ou l'huile (par une politique d'implantation dans les régions propices soutenue par les donations du roi et de l'aristocratie), et, indirectement, par la constitution de gisements de travail spécialisé et leur reproduction sociale (par la transmission héréditaire), assurées en favorisant l'existence d'exploitations agricoles familiales (les manses), bien équipées en travailleurs expérimentés et en bovins de trait et de travail. Le déploiement du système de culture attelée lourde, associant une charrette à des attelages plus puissants, repose partiellement sur ces investissements aristocratiques (par exemple par la concession de bovins de travail aux paysans). En même temps, les taux d'intensité du travail ont été augmentés par la contrainte extérieure qui se manifeste en particulier dans le secteur de la grande culture céréalière. Même dans le cadre de la grande exploitation seigneuriale, cette intensification du travail par la corvée n'a pas de portée universelle, comme le montre bien la diversité des formes domaniales en Italie du Nord. Le caractère dynamique et la plasticité des structures sociales dans les campagnes et les signes d'expansion vont à l'encontre des clichés historiographiques d'une économie refermée sur elle-même ou d'un système social figé par les contraintes domaniales. Il faut aussi noter que la dynamique de droits et d'obligations générée par l'intensification de la pression seigneuriale a contribué à éclore ou à renforcer la dimension collective dans la vie quotidienne et dans l'organisation sociale interne des petits mondes ruraux dominés: solidarité des voisins associés dans l'exécution des corvées et des charrois lourds qui mobilisent les attelages bovins de plusieurs exploitations familiales, rythmes communs imposés à la vie agricole par le déroulement des services et des livraisons fixés par la coutume domaniale, régulation de l'accès et de l'usage des vacants et des communs dans le cadre de l'établissement de la seigneurie (notamment en les réservant aux tenanciers des manses), obéissance collective à un seigneur commun et à ses intermédiaires, etc.

4.2. Une croissance déterminée par les paysans-cultivateurs autonomes

Avec un déroulement chronologique et des prémisses différents, un second modèle de la croissance du Haut Moyen Âge s'est développé à partir des travaux de Pierre Bonnassie sur les sociétés méridionales. L'an Mil apparaît comme «une aube, celle de la plus vigoureuse phase d'expansion qu'ait peut-être jamais connue l'Europe», mais elle est précédée

d'une phase d'expansion progressive qui s'amorce suivant les régions au VIII^e et au IX^e siècle. La Catalogne est le lieu d'une première croissance agricole dans laquelle les petits paysans libres jouent un rôle de premier plan. Dans cette terre de pionniers où domine la micro-propriété, «la grande propriété apparaît (...) sous la forme d'îles (ou plutôt d'archipels) dispersés dans une mer d'alleux»⁴⁹.

Bonnassie rompt avec l'idée bien ancrée selon laquelle une société rurale laissée à elle-même retournerait à une sorte d'équilibre naturel, un état de «survivance paysanne» débarrassée du poids et du stimulus des surplus à produire pour les dominants. Comme il le fait observer, un monde paysan n'est pas un monde sans esclaves, sans stratification et sans tensions sociales. «La marche vers la liberté accompagne (conditionne) les conquêtes agraires». Bonnassie rejoint ici un des thèmes importants des historiens français des campagnes: l'importance des défrichements⁵⁰. Ils ont constitué de tout temps «le fait capital de l'action de l'homme sur le paysage végétal». La conquête de l'inculte à partir des grands défrichements du XI^e et du XII^e siècle est considérée comme la frontière la plus avancée du dynamisme agraire⁵¹. Le rôle de moteur de la croissance agraire revient à l'initiative individuelle des petits producteurs paysans, à la conquête de la terre et à leur désir de liberté. L'essentiel de l'expansion agraire du Haut Moyen Âge a été l'œuvre des paysans cultivateurs.

Pour Pierre Bonnassie, une compréhension plus fine des conditions de la «seigneurialisation» (pour ne pas parler de «féodalisation») des sociétés médiévales nécessite l'étude de la propriété foncière et des structures agraires préexistantes. Le Latium était, bien avant l'*incastellamento* des XI^e-XII^e siècles, une région caractérisée par la prépondérance de propriétés foncières de grande dimension. La diversité culturelle a également son poids. L'aristocratie romaine, insérée depuis longtemps dans les cadres de l'administration pontificale, semble avoir précocement mûri (par rapport aux élites aristocratiques d'autres régions de l'Europe méridionale),

49. BONNASSIE, *La croissance agricole*. Ces idées sont remises en contexte dans Id., *Les sociétés de l'An Mil*, pp. 81-83 et Id., «Lazio e Catalogna: abbozzo di un confronto tra due realtà sociali dell'Europa meridionale nei secoli X e XI», dans *Un incontro senese in onore di Pierre Toubert*, Roma, 2003, pp. 39-56.

50. BONNASSIE, *Les sociétés de l'An Mil*, p. 83. C. HIGOUNET, «Les forêts de l'Europe occidentale du V^e au XI^e siècle», dans *Agricoltura e mondo rurale in Occidente nell'alto medioevo*, Spoleto, 1966 (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 13), pp. 343-398.

51. V. FUMAGALLI, «Colonizzazione e insediamenti agricoli nell'Occidente altomedievale: la Valle Padana», dans *Quaderni storici*, 14 (1970), pp. 319-338, aux pp. 319-326.

non seulement en s'armant de capacités de gestion, mais également en prenant conscience de l'importance de contrôler et d'encadrer les activités de conquête et d'amélioration du territoire et en étant fréquemment le promoteur de ces initiatives. En Catalogne au contraire, la dynamique de l'expansion agraire a échappé presque totalement à une aristocratie qui n'a réussi à reprendre la situation en main au début du XI^e siècle qu'à la faveur d'un coup de force imposant son propre contrôle par des moyens extra-économiques et la violence pure et simple⁵².

4.3. *Un mode de production paysan?*

Avant de conclure, nous devons rendre compte d'une dernière direction de recherches. L'idée de faire des sociétés paysannes un sujet d'étude en soi a fait son chemin lentement parmi les médiévistes. Chris Wickham a été l'un des premiers parmi les médiévistes à la mettre en application, tant au niveau des méthodes qu'à celui de la synthèse. La nature d'agriculteurs de subsistance des paysans du Haut Moyen Âge est une prémissse essentielle de ses recherches: s'il y a eu un mouvement économique réel à cette période, «il se fondait sur un réseau d'échanges basé sur [des économies] de subsistance, avec les débuts seulement de spécialisations régionales (...). C'est la spécialisation progressive de l'agriculture européenne qui a permis [entre le XI^e et le XIII^e siècle] un changement qualitatif dans les structures fondamentales de l'économie médiévale, par la mise en réseaux d'aires régionales mutuellement dépendantes, liées entre elles par l'échange de biens de consommation de masse»⁵³. Cette manière de penser les structures de la société médiévale dans leur ensemble à partir des cultivateurs-paysans constitue un retournement idéologique complet par rapport à d'autres dichotomies sociales utilisées par les historiens (seigneurs et paysans, oppresseurs et opprimés, exploiteurs et exploités, etc.). Ces dichotomies sous-entendent plus ou moins explicitement une domination d'une classe ou d'un système sur un autre, alors que le concept de «société paysanne» table sur une autonomie plus ou moins large des campagnes préindustrielles par rapport au système économique et social englobant. Il a fallu attendre l'apparition d'intellectuels «organi-

52. P. BONNASSIE, *Lazio e Catalogna*, pp. 52-53.

53. C. WICKHAM, «European Forests in the Early Middle Ages: Landscape and Land Clearance», dans *L'ambiente vegetale nell'alto medioevo*, Spoleto, 1990 (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 37), pp. 479-548.

ques» (au sens de Gramsci) liés à la paysannerie, à la fin du XIX^e et dans le courant du XX^e s., comme Alexandre Chayanov (opposant à la politique stalinienne de collectivisation forcée déporté et décédé en Sibérie en 1939) ou Henri Mendras (auteur de *La fin des paysans*), pour voir se dégager cette théorie du «mode de production paysan», repris ensuite par des anthropologues ou des économistes non conformistes comme Ester Boserup ou Marshal Sahlins.

Wickham s'est saisi de l'idée de diversité géographique pour proposer des schémas fonctionnels qui prennent en compte la possibilité de facteurs exogènes et l'idée d'autonomie (relative) des sociétés paysannes. Pour trouver les matériaux nécessaires à ses recherches, il s'est détourné des régions centrales du monde franc pour s'intéresser à des zones périphériques de l'Europe médiévale où les collectivités rurales peuvent être analysées comme telles, parce qu'elles n'ont pas été directement dominées et organisées localement par des aristocraties puissantes. Dans ce modèle d'autonomie des sociétés paysannes, la communication entre dominants et paysans cultivateurs fonctionne sur un mode restreint dans ses acteurs, ses formes et ses réseaux. Les élites du pouvoir (voire les franges inférieures de la noblesse) y sont distantes, sinon absentes du terrain rural, et les interactions se situent quasi exclusivement à la périphérie des deux mondes par le biais d'une petite élite rurale à assise locale. Ces mondes paysans ne se replient pas sur eux-mêmes, dans un rapport avec leur environnement naturel strictement réglé par l'autosubsistance et la couverture des besoins primaires. La production agricole et l'échange interne sont stimulés par les générosités nécessaires qu'entraînent, au cœur même des sociétés rurales, des pratiques sociales comme le patronage, l'hospitalité, l'alliance matrimoniale, le crédit ou la résolution des conflits. Moins il y a de hiérarchie et d'autorité stable et héritée, voire imposée par la violence, dans une société, plus les leaders doivent gagner par la générosité, la nourriture ou le charisme⁵⁴. Ces sociétés à base paysanne (*peasant-based*) sont donc caractérisées par la prépondérance des paysans cultivateurs, contrôlant (en partie ou en totalité) leurs propres terres et leur processus de travail dans la production et la consommation des richesses.

54. C. WICKHAM, «Problems of comparing rural societies in early medieval Western Europe», dans *Transactions of the Royal Historical Society*, 6th ser., 2 (1992), pp. 221-246. Id., «Rural Society in Carolingian Europe», dans *The New Cambridge Medieval History*, éd. R. McKITTERICK, t. 2, c.700-c.900, Cambridge, 1995, pp. 510-537. Id., «Society», dans *The Early Middle Ages. Europe 400-1000*, éd. R. McKITTERICK, Oxford, 2001 (Short Oxford History of Europe), pp. 60-94.

L'antithèse de ce modèle est l'autre grand système social du Haut Moyen Âge et du Moyen Âge classique, le système féodal. Celui-ci est basé sur la domination du capital foncier et humain constitué dans les campagnes, et le contrôle de l'organisation des terroirs et de la production agricole par les élites aristocratiques. Dans les régions où ce modèle prédomine, la création de richesse n'est plus tournée prioritairement vers la consommation matérielle et sociale des communautés paysannes, mais vers la satisfaction des besoins politiques et sociaux des élites extra-paysannes. Vers 800, on peut dire qu'une logique aristocratique domine dans les régions centrales et dans les secteurs primordiaux de l'économie franque: la production de biens de consommation agricoles. L'originalité du système d'économie domaniale tient, par contraste avec la période suivante, à l'importance de la contrainte économique et de l'encadrement des travailleurs (l'orientation de la production vers la céréaliculture, la corvée, etc.) dans les rapports sociaux de production⁵⁵. Cette considération finale de Wickham ne tranche pas la question du rôle du paysan et de ses choix personnels comme facteur de croissance ou de changement dans les sociétés médiévales. Elle inscrit toutefois la logique des rapports entre paysans et non-producteurs dans le schéma général de «petits mondes paysans» encastrés ou inclus par le monde extérieur des outsiders.

Les réponses apportées par les historiens sont sans doute en partie idéologiques. La diversité de la documentation régionale a également des effets de «révélation et d'occultation» liés à leur contenu et à la masse des sources conservées. Ne faut-il pas chercher dans l'extraordinaire richesse de la documentation écrite du royaume d'Italie, confrontant des milliers d'actes privés, des inventaires et des contrats fonciers, une des racines du jugement nuancé porté par les médiévistes italiens à propos des ressorts de l'évolution des campagnes transalpines? Pour la très longue période qui nous concerne ici, il n'est pas possible de suivre un ordre strictement chronologique. Selon la formule de Marc Bloch, nous devons partir de ce qui est «le moins imparfaitement connu» et pratiquer un comparatisme prudent et modeste dans ses ambitions de synthèse et de compréhension dans le temps et dans l'espace⁵⁶.

55. C. WICKHAM, «Overview: Production, Distribution and Demand II», dans *The Long Eight Century*, Leiden, 2000, pp. 345-377 et ID., «The Carolingian Economy. Book Review», dans *English Historical Review*, 2003, pp. 743-745.

56. M. BLOCH, «The Rise of Dependent Cultivation and Seigniorial Institutions», dans *The Cambridge Economic History of Europe*, 1, *The Agrarian Life of the Middle Ages*, Cambridge, 1942, pp. 224-277, à la p. 226. M. BOURIN, P. MARTÍNEZ SOPENA, «Prologue», dans *Pour une*

On ne peut pas lier la croissance rurale du Haut Moyen Âge à une forme spécifique seulement (grand domaine –micro-propriété– autonomie des paysans-cultivateurs) d'organisation sociale de la production. L'allègement des charges publiques et privées qui pesaient sur la paysannerie a créé les conditions d'un mieux-être, condition préalable d'un essor démographique et d'une augmentation globale du volume de la production. Celle-ci a été dans un premier temps le résultat d'une extension des surfaces cultivées. Dans l'Europe franque, les signes de la croissance agricole se sont multipliés partout à partir du VIII^e siècle.

En réalité, c'est la même hypothèse qui est au cœur des différents modèles de développement fondés sur la pression (exogène) de l'aristocratie ou sur le dynamisme (endogène) des paysans individuels ou de la «société paysanne». Le Moyen Âge apparaît comme le point de départ d'une société occidentale dont les rapports sociaux de production reposent jusqu'à la révolution industrielle sur la famille nucléaire dans le cadre de l'exploitation familiale, sur la coordination du travail des paysans par les outsiders et sur la communauté des paysans cultivateurs assemblés en villages. Les «progrès» enregistrés dans les campagnes européennes n'ont pas un caractère soudain, «révolutionnaire», mais sont le lent produit d'une intensification des pratiques agricoles. La diffusion de nouvelles techniques va de pair avec les innovations institutionnelles et sociales. La condition des non-libres s'est détachée définitivement de l'esclavage, lorsque leur maître les a dotés d'une tenure héritable et leur a permis de fonder un véritable foyer conjugal. Avec les défrichements, des hôtes libres ont pu constituer des nouveaux manses, tandis que des paysans libres choisissaient d'apporter leurs terres à un Grand en échange d'une tenure, pour échapper aux responsabilités de l'homme libre (les réquisitions effectives pour le service militaire et l'impôt...) et bénéficier de l'immunité et de la protection de leur nouveau maître. Toutes ces transformations ont fait du paysan et de sa famille, avec son savoir-faire, ces animaux et ces outils agricoles, l'acteur essentiel de la vie économique du Haut Moyen Âge. Après l'an Mil, l'urbanisation de l'Europe marque une nouvelle césure avec le passage d'économies régionales relativement autarciques à une économie d'échanges à l'échelle de l'Occident régie par la division régionale du travail.

anthropologie du prélèvement seigneurial dans les campagnes médiévales (XI^e-XIV^e siècles).
Réalités et représentations paysannes, Paris, 2004, pp. 15-16

De nouvelles perspectives de recherche devraient examiner, le plus concrètement possible (c'est-à-dire en relisant les sources et en comparant les situations de terrain!), le rôle joué dans le développement des campagnes par les motivations individuelles des paysans, par les pratiques communautaires et par les solidarités interpersonnelles d'une part, par la diversité culturelle des aristocraties régionales, la systématisation des terroirs, les impératifs de production, la discipline et les contraintes imposées par des maîtres disposant d'un pouvoir solide et disposés à s'en servir d'autre part. L'accent doit être mis sur les interactions multiples entre seigneurs et paysans et sur la diversité régionale de la société rurale du Haut Moyen Âge. Des symboles mêmes du pouvoir ou de l'initiative aristocratique dans le Nord Ouest de la *Francia*, comme la construction d'une église ou d'un moulin, ne sont-ils pas le fruit de groupements autonomes de paysans en Catalogne? Dans les sociétés européennes d'aujourd'hui où la paysannerie, en tant que mode de vie de production, a complètement disparu depuis la «fin des paysans» au début du XX^e siècle, nous ne sommes sans doute pas libérés des préjugés des Agronomes de la fin du XVIII^e s. qui voyaient dans les pratiques communautaires des simples paysans, «un frein aux initiatives génératrices de progrès»⁵⁷.

57. R. DELATOUCHE, «Élites intellectuelles et agriculture au Moyen Âge», dans *Recueil d'études sociales publié à la mémoire de Frédéric Le Play*, Paris, 1956, pp. 147-157, à la p. 155.

ANNEXE 1

Les polyptyques antérieurs à 920 attestés dans le monde franc

#Annappes:	description isolée ou d'un groupe de domaines
Augsbourg:	polyptyque conservé
Arras:	document connu seulement par une mention

#Annappes (domaines royaux autour d') (c. 800)

– Saint-Vaast (866)

Augsbourg – Évêché (c. 800)

Autun – Saint-Symphorien (avant 853) ?

Autun – Saint-Andoche (858)

Avenay (842-869)

Bobbio – San Colombano (862, 883, c. 900, Xe/XIe)

Brescia – Santa Giulia (905/906)

Cambray – Évêché (874)

Chartres – Saint-Père (IXe)

Domaines royaux dans la région de Coire (Chur) (c. 920)

Cormery (description de la villa d'Antogné) - 801

Fleury-sur-Loire (avant 814)

Fontenelle (Saint-Wandrille) (787)

Freising – #Bergkirchen (842)

Fulda (peu avant 830)

Gand – Saint-Bavon (c. 800)

Gand – Saint-Pierre (825/835)

Gorze – Saint-Gorgon (avant 899)

Hautvillers (après 853)

Le Mans – Évêché (avant 814)

#Limonta (835)

Lobbes (868/869, 889, Xe)

Lorsch (c. 800)

Lorsch – Reichsurbar (830/850)

Lucca – Évêché (2e moitié du IXe, 890/900)

Lyon (avant 810)

Marmoutier (fin IXe-début Xe s.)

Marseille – #Chaudol (c. 740)

Marseille – Église cathédrale et abbaye Saint-Victor (813-814)

Marseille – #Ager Columbaris (818)

Marseille – # Marciana (835)

Marseille – # Ager Donnustes (848 ou 863)

Marseille – # Vallée Ovacina (870)

Marseille – # Ager Massiliensis (Fin du IXe)

Migliarina (IXe)

Montier-en-Der (avant 845)

Orbais (853)

Prüm (893)

Reichenau (IXe s.)

Reims – Évêché (803-814)

Reims – Évêché (816-835)

Reims – Évêché (842-882)

Reims – Évêché (842-882), biens situés en Auvergne

Reims – Évêché (842-882), biens situés en Aquitaine

Reims – Évêché (842-882), biens situés en Thuringe

Reims – Saint-Remi (IXe, Xe,, XIe)

Saint-Amand-les-Eaux (867-avant 872)

Saint-Bertin (Sithiu) (844/859)

Saint-Sauveur de Stenetland (Saint-Bertin) (867)

Saint-Claude (820)

Saint-Denis (831, 854) ?

Saint-Germain-des-Prés (822/829)

Saint-Pierre-des-Fossés (après 867)

Saint-Riquier (831)

Saint-Trond (870)

Salzbourg – Indiculus Arnonis – Bavière (vers 788)

Salzbourg – Breviarium Urolfi (c. 814)

Salzbourg – #Niederaltaich (841)

Sens - Saint-Pierre-le-Vif (pour le prieuré de Mauriac)

Sens – Saint-Pierre-le-Vif, Saint-Jean et Saint-Remi (847)

Soissons – Notre-Dame (858)

Saint-Michel de Staffelsee (Augsbourg) (c. 800)

Tortona – San Lorenzo (IXe ?)

Toul – Saint-Epvre (838-847)

Tours – Saint-Martin (804)

Tours – Saint-Martin (856)

Werden (après 890)

Wessobrunn (IXe)

Wissembourg (avant 818/819)

Les mouvements migratoires en Italie durant le haut Moyen Âge: déplacements contraints, négociés ou spontanés?

Laurent Feller

Les déplacements des populations du haut Moyen Âge sont constants. Qu'il s'agisse de grands changeant de résidences ou, à l'opposé du spectre social, de paysans changeant de tenures ou encore quittant une région après avoir vendu leurs terres, les hommes et les femmes bougeant sont nombreux. Il faut, pour aborder cette question varier les angles d'approche et les points de vue. La première interrogation porte sur la nature même des phénomènes entrant dans le cadre du sujet¹. On considérera ici deux ordres de faits très différents et largement disjoints, les rapports de causalité de l'un à l'autre étant pour le moins distendus voire inexistant: le premier axe met en cause en effet les rapports de pouvoir à l'intérieur d'un cadre politique donné. Le second, en revanche, est en partie déterminé par les relations de propriété et les choix en matière d'habitat à l'intérieur d'une structure économique fortement évolutive.

Le premier thème recouvre les déplacements de l'aristocratie dans le cadre du gouvernement de l'empire carolingien et ottonien. Ils font partie d'une stratégie de contrôle du territoire et de substitution des élites les unes aux autres en même temps qu'ils répondent aux besoins politiques et sociaux des membres de la noblesse d'empire². Ce phénomène, socialement et politiquement essentiel, est impossible à mesurer en termes démographiques. Il concerne cependant un cercle beaucoup plus vaste

1. R. COMBA, «Emigrare nel medioevo. Aspetti economico-sociali della mobilità geografica nei secoli XI-XVI», dans *Strutture familiari, epidemie, migrazioni nell'Italia medievale*, R. COMBA, G. PICCINI et G. PINTO (éd.), Naples, 1984, pp. 45-74.

2. L. FELLER, «Crises et renouvellements des élites au haut Moyen Âge: mutations ou ajustements des structures?» dans *Les élites au haut Moyen Âge*, F. BOUGARD, L. FELLER et R. LE JAN (éd.), Turnhout, 2006, pp. 5-21.

que les seules familles dont on retient les noms et qui jouent un rôle dans la vie politique. Il concerne aussi des notables exerçant de petites fonctions politiques et appartenant souvent ou normalement à la clientèle de grands. Les déplacements en cause s'effectuent à longue voire à très longue distance et touchent des noyaux familiaux entiers qui passent de Francie occidentale en Italie. Ils voient aussi le déplacement d'individus d'une région à l'autre en fonction de leurs intérêts et des nécessités de leurs carrières. Enfin, des mouvements inverses, de l'Italie vers d'autres parties de l'Europe carolingienne et post-carolingienne, quoique moins faciles à discerner semblent également s'effectuer.

Le deuxième angle d'attaque concerne la paysannerie. Selon un point de vue solidement ancré mais sans doute erroné, elle ferait preuve, durant le haut Moyen Âge, d'une grande stabilité pour des raisons juridiques aussi bien qu'économiques: par définition les non libres bougent peu, à moins que leurs maîtres ne mettent en œuvre de véritables politiques de peuplement. La majeure partie des paysans, d'autre part, est accrochée à la possession d'une parcelle de terre dont la jouissance limite ou empêche le désir de mobilité. Or, les diverses enquêtes menées sur ce thème depuis les années 1970, qu'elles soient le fait d'archéologues ou d'historiens des textes, ont montré que la réalité était très nuancée et que l'immobilité n'était jamais totale. L'analyse des textes laisse ainsi entrevoir de véritables entreprises de déplacements plus ou moins contraints des paysans, soit dans le cadre de la gestion ordinaire du domaine, soit dans le cadre de son expansion par le biais des défrichements³. Elle fait également voir la prise en mains de la population par la seigneurie dans le cadre d'entreprises pensées et coordonnées de construction d'habitat neuf, de regroupement des populations et d'organisation générale du territoire que l'on résume, depuis la parution de la thèse de Pierre Toubert sous le vocable *d'incastellamento*⁴. Il y a là un débat historiographique et méthodologique important, en cours depuis la fin des années 1980 mais rarement explicitement formulé. Il oppose les tenants d'une autonomie de la société paysanne durant le haut Moyen Âge à ceux qui, comme Pierre Toubert, estiment que les hiérarchies sont déjà suffisamment puissantes et englobantes pour que le leadership seigneurial

3. C. HAMMER, «Family and Familia in Early Medieval Bavaria», dans *Family forms in historic Europe*, R. WALL, J. ROBIN et P. LASLETT (éd.), Cambridge, 1983, pp. 217-248; L. FELLER, «La population abruzzaise durant le haut Moyen Âge: les conditions de possibilité d'une croissance démographique», dans *Demografia e società nell'Italia medievale*, R. COMBA et I. NASO (éd.), Cuneo, 1994, pp. 327-349.

4. P. TOUBERT, *Les structures du Latium médiéval. Le Latium méridional et la Sabine, du IX^e au XII^e siècle*, Rome, 1973 (BEFAR, n°221).

ne puisse pas être contesté de quelque manière que ce soit. L'initiative, en matière économique comme en matière de déplacements des populations, dès lors, ne pourrait venir que des seigneurs.

Un point d'application important de ce débat est constitué par la question de l'habitat dispersé. Pendant longtemps, historiens et archéologues, principalement français, ont estimé que la structure villageoise n'existe pas avant le X^e-XI^e siècle⁵ et que, auparavant, on ne pouvait vérifier l'existence que de nébuleuses d'habitats, sans polarisation ni centralité. Le village, quant à lui, compris à la fois comme un habitat groupé rassemblant une communauté dotée d'institutions, serait apparu au cours du gigantesque effort de prise en mains de la société et de l'espace par la seigneurie que la génération d'historiens active dans les années 1970 voyait se dérouler dans les années 950-1050⁶.

La documentation écrite éclaire en effet parfois la question des transformations de l'habitat rural. Elle permet de les rapprocher des politiques de peuplement mises en œuvre par la seigneurie, ainsi que de l'évolution de la propriété foncière et de l'exploitation rurale. L'*incastellamento* tel que l'a défini Pierre Toubert dans sa thèse consiste en effet en un vaste mouvement de mobilisation et de déplacement plus ou moins contraint des populations paysannes, articulé sur un remembrement général de la propriété foncière et la généralisation de l'exploitation paysanne dépendante. Dans ce cadre, la contrainte est bien souvent une évidence: les paysans ne sont pas les sujets de leur propre histoire, mais des objets que le seigneur déplace en fonction de ses propres intérêts –lesquels sont liés à une recherche manifeste de rationalité économique. À l'intérieur du domaine, les exploitations paysannes sont par définition dépendantes: elles peuvent donc être modifiées unilatéralement par le seigneur. Dans le schéma historique, ou dans la narration implicite des historiens français, il n'y a pas d'autonomie du monde paysan, parce que la seigneurie contrôle l'essentiel de la société rurale. Les initiatives, quelles qu'elles soient, ne sauraient avoir d'autre origine que la volonté du seigneur.

Or, les archéologues et certains historiens italiens et anglais, pour leur part –en particulier ceux appartenant au cercle du très regretté Riccardo

5. J.-M. PESEZ, *Archéologie du village et de la maison rurale au Moyen Âge*, Lyon, 1999 (Collection d'Histoire et d'archéologie médiévale), p. 345. E. ZADORA-RIO, «Le village des historiens et le village des archéologues», dans *Campagnes médiévales: l'homme et son espace*, E. MORNÉT (éd.), Paris, 1995, pp. 145-153 présente une problématique du village tout à fait différente et sans doute plus efficace d'un point de vue heuristique.

6. R. FOSSIER, *Enfance de l'Europe, X^e-XII^e siècles*, Paris, 1983 (Nouvelle Clio).

Franconvich-, ont découvert une autre réalité. Dès les années 1980, C. Wickham révoquait en doute le caractère général de l'*incastellamento*⁷. Les politiques foncières des seigneurs sont différencierées et dépendent d'un nombre élevé de facteurs économiques ou militaires. Elles doivent d'autre part tenir compte de l'existence d'un groupe extrêmement important, que ce soit du point de vue économique ou du point de vue social, de paysans propriétaires d'une partie au moins de leurs propres exploitations. Le remembrement existe, certes, mais dans les zones de peuplement ancien ou relativement dense, il s'opère par concertation et coopération entre les seigneurs et les plus aisés des alleutiers⁸. Le mouvement, dans ces conditions, ne saurait avoir été aussi brutal qu'on le pensait dans les années 1970 ni avoir toujours entraîné une coercition très importante, la recherche et l'établissement d'un consensus entre les élites paysannes et le seigneur pouvant être plus efficaces que l'application pure et simple de la violence.

Dans le même temps d'autre part, les recherches de terrain, fouilles et prospections, tendaient à montrer que le village existait, dans sa définition archéologique, dès le VII^e siècle. Ce qui se produit ensuite au X^e siècle, relève du réaménagement de l'espace et de la transformation des fonctions de sites déjà occupés plus que de la fondation pure et simple. On fortifie alors des sites déjà habités et le seigneur vient parachever et encadrer un mouvement enclenché depuis le VIII^e siècle, voire le VII^e siècle. C'est spontanément, sinon librement, que les paysans ont commencé à se regrouper en choisissant dès les plus hautes époques des sites perchés. Ils ont pu le faire en dehors du contrôle seigneurial⁹. Jusqu'à un certain point, donc, les ruraux sont libres de leurs mouvements. La faiblesse des structures d'encadrement, qu'il s'agisse de l'État ou de la seigneurie jusqu'au X^e siècle, est telle que des modèles de développement social et économique autonomes ont pu y voir le jour et prospérer durant

7. C. WICKHAM, *Il problema dell'incastellamento nell'Italia centrale: l'esempio di San Vincenzo al Volturno. Studi sulla società degli Appennini nell'alto medioevo. II*, Florence, 1985.

8. L. FELLER, *Les Abruzzes médiévales. Territoire, économie et société en Italie centrale du IX^e au XII^e siècle*, Rome, 1998 BEFAR, 300, pp. 227-239.

9. R. FRANCOVICH, «L'incastellamento e prima dell'incastellamento», dans *L'incastellamento*, M. BARCELLO et P. TOUBERT (éd.), Rome, 1998, pp. 13-21 et, plus récemment, les synthèses contenues dans: R. FRANCOVICH, «Changing structures of settlement», dans *Italy in the Early Middle Ages*, C. LA ROCCA (éd.), Oxford, 2002, pp. 144-167 et dans R. FRANCOVICH et R. HODGES, *Villa to Village. The Transformation of the Roman Countryside in Italy. c. 400-1000*, Londres, 2003; *Dopo la fine delle ville: le campagne dal VI al IX secolo (11° seminario sul tardo antico e l'alto medioevo. Gavi, 8-10 mai 2004)*, G. P. BROGIOLO, A. CHAVARRIA ARNAU et M. VALENTI (éd.), Mantoue, 2005.

le haut Moyen Âge. L'alleu enfin n'étant jamais totalement éradiqué des campagnes italiennes, l'existence d'une sphère d'autonomie paysanne est parfaitement imaginable. Une société paysanne sur laquelle ne s'exercent que des contrôles limités et qui n'est soumise qu'à des prélèvements minimes a pu exister de façon durable¹⁰.

Les résultats des fouilles archéologiques italiennes et ceux des «surveys», désormais accessibles à travers une série de publications très fortement problématisées, ont ainsi donné naissance à une nouvelle intrigue historique s'opposant vigoureusement à celle qui s'est construite dans les années 1970 – dominante pendant une bonne trentaine d'années. Face à la problématique de l'*incastellamento*, c'est-à-dire au thème d'un changement brutal atteignant l'Italie au X^e siècle et entraînant une redistribution rapide de sa population, une mobilisation et un déplacement vite organisé et achevé, l'archéologie italienne a construit une réplique extrêmement convaincante, puissante aussi bien dans la description que robuste dans les résultats qui sont proposés. Elle repose sur l'idée d'une mobilité constante des populations qui aurait abouti à la constitution de véritables villages dès le VII^e siècle, constamment accrus par migration et modifiés par les changements mêmes des structures de production. Après une phase chaotique, consécutive à la dislocation du système des *villae*, les habitants auraient tendu à rechercher la protection qu'offre le regroupement et le perçement. Ces habitats ont servi de centres d'exploitation aux *curtes* de l'époque carolingienne et, pris en mains par la seigneurie ont finalement été fortifiés. C'est ce que montrent les grandes reconnaissances opérées en Toscane dans les années 1980 et les fouilles achevées, comme celle de Montarrenti ou celles actuellement encore en développement comme celle de Poggibonsi¹¹.

La question des déplacements de population spontanés ou forcés recouvre donc plusieurs niveaux d'interrogation. Elle permet de s'interroger sur le fonctionnement concret des hiérarchies sociales et de poser la question véritablement essentielle du degré de liberté ou d'autonomie des populations paysannes. Elle implique de s'intéresser autant au mode de vie et de gouvernement des élites sociales qu'à l'interaction de ceux-ci avec la société paysanne.

10. C. WICKHAM, *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean (400-800)*, Oxford, 2005, pp. 263-267; pp. 535-550.

11. F. CAMBI, C. CITTER, S. GUIDERI et M. VALENTI, «Etruria, Toscana: la formazione dei paesaggi altomedioevali», dans *La storia dell'alto medioevo italiano*, R. FRANCOVICH et G. NOYÉ (éd.), Florence, 1994, pp. 183-216.

Sources

Comment percevoir la mobilité de la population, à travers quelle documentation, soumise à quel questionnement?

Les élites sociales

Pour ce qui est des grandes familles aristocratiques, leurs déplacements sont connus depuis longtemps et largement commentés parce qu'ils font partie de l'histoire politique à son plus haut niveau.

Ces gens ne voyagent pas seuls et les déplacements de population que le mode de vie itinérant de l'aristocratie entraîne ne sont pas négligeables. Leurs entourages et le personnel que ces grands personnages emmènent avec eux pour les seconder –et qu'ils laissent parfois sur place– sont également accessibles à notre connaissance et des enquêtes se sont développées à leur propos depuis le début du XX^e siècle. Utilisant largement la méthode prosopographique, elles permettent d'atteindre et de définir, à travers la question de l'identité ethnique des personnes, une partie des élites locales. À chaque fois, qu'il s'agisse de Schütte¹² dans les années 1910 ou, de façon beaucoup plus systématique, de Hlawitschka¹³ dans les années 1960, les auteurs s'interrogent sur le contrôle territorial et les modalités locales de l'exercice du pouvoir royal sur les territoires concernés. Or, celles-ci ne sont pas seules en cause dans la question des migrations ou des déplacements de population. Du point de vue quantitatif, et pour la formation de la géographie du peuplement, la question des groupes sociaux subordonnés et de leurs relations avec les élites sociales est tout aussi importante, voire plus importante.

Les groupes sociaux subordonnés

Si l'on descend dans l'échelle sociale et que l'on s'intéresse aux déplacements de la paysannerie, les chartes documentant les mutations foncières

12. L. SCHÜTTE, *Frankische Siedelung in den Abruzzen vor dem Jahre 1000*, Breslau, 1911.

13. E. HLAWITSCHKA, *Franken, Alemannen, Bayern und Burgunder in Oberitalien (774-962), Zum Verständnis der fränkische Königsherrschaft in Italien*, Fribourg-en-Brisgau, 1960 (Forschungen zur Oberrheinischen Landesgeschichte), 8.

res sont le premier recours. L'Italie d'entre VIII^e et XI^e siècle en fournit un très grand nombre: les transactions y sont très fréquemment et très normalement effectuées à titre onéreux et elles peuvent nous dire quelque chose sur les déplacements des hommes.

Les chartes donnent parfois le lieu d'origine de l'un ou de plusieurs des actants. Il est dans ces conditions possible, selon une méthode tout à fait ordinaire, de rendre compte de micro-déplacements et, plus intéressant, de les mettre en relation avec des politiques foncières, c'est-à-dire avec des groupes d'achat et de ventes de terres¹⁴. Cette indication peut s'avérer essentielle à la compréhension des transactions: on ne vend pas au même prix selon que l'on cherche à aller s'installer ailleurs ou que l'on désire simplement réaliser un bien pour une cause passagère. On ne vend pas non plus la même chose, au demeurant. La vente d'une exploitation tout entière a davantage de chances de signifier un départ que celle d'une simple parcelle. On ne vend pas non plus de la même manière, les partants étant enclins à exiger de la monnaie, alors que, dans les échanges strictement locaux, il est souvent possible de s'en passer. Bref, le départ peut entraîner des comportements économiques particuliers, qui passent par la connaissance du bien échangé, la mesure de sa valeur et le paiement de celle-ci au moyen d'espèces. Ces trois points sont moins essentiels, ou sont appréhendés différemment, si les transactions visent d'autres buts, comme le remboursement d'un emprunt, l'acquisition d'un animal de trait, ou la préparation de l'établissement d'un fils. Il est à noter enfin que les modalités des ventes opérées en cas de départ définitif ont davantage de chance de ressembler à des transactions de marché, permettant une mesure de la valeur du bien répondant à la fois à son utilité économique et au jeu de l'offre et de la demande. Le déplacement, lorsqu'il est attesté par une vente se situe dans le cadre d'une stratégie individuelle ou familiale qui, orientée sans doute vers l'ascension sociale, passe par la réalisation de gains lors d'opérations foncières.

Si l'on s'attache maintenant aux chartes de fondation d'habitats, le relevé des noms mentionnant une origine est un indice assez fort de déplacements et qui permet d'en mesurer l'ampleur. Il arrive en effet que les listes de noms contenus dans les chartes comprennent une mention de

14. Voir par exemple C. HIGOUNET, «Mouvements de population dans le Midi de la France du XI^e au XV^e siècle», dans *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 8, 1953, pp. 1-24 (= *Paysages et villages neufs*, Bordeaux, 1975, p.p 417-439); L. FELLER, A. GRAMAIN et F. WEBER, *La fortune de Karol. Marché de la terre et liens personnels dans les Abruzzes au haut Moyen Âge*, Rome, 2005 (Collection de l'EFR, n° 347).

l'origine géographique et il est loin d'être indifférent que telle charte de fondation d'un *castrum* près d'Isernia fasse mention d'un Dominique de Valva ou que la charte d'*incastellamento* de S. Angelo in Theodice fasse mention d'un Pierre de Gaète. Ces indications sont rares, toutefois, et le nombre de personnages à décliner un lieu d'origine est finalement peu élevé¹⁵.

Quelques textes narratifs, peu nombreux eux aussi, permettent d'autre part de comprendre dans quelles conditions et pour quelles raisons des déplacements collectifs sont organisés par des seigneurs. La chronique du Mont-Cassin ainsi que celle de Saint-Vincent-au-Volturne donnent ainsi des éléments contextuels et narratifs qui permettent une compréhension du phénomène «déplacement»¹⁶.

Les listes, enfin, et certains polyptyques ou documents proches de la forme polyptyque nous permettent de voir comment, dans la gestion de leurs terres, les seigneurs agissaient avec la population servile. Des interrogations adéquates, mais pas nécessairement simples, permettent d'en-trapcevoir les déplacements contraints à l'intérieur du grand domaine. Bons gestionnaires, les moines de l'époque carolingienne savent en effet mobiliser leur main d'œuvre pour ouvrir des fronts de colonisation et organiser la mise en valeur de terres incultes. Certaines chartes d'*incastellamento* et certains contrats collectifs des X^e et XI^e siècles passés avec des groupes de paysans décrivent pour leur part des situations de contrainte plus ou moins grande et permet d'envisager l'existence de déplacements forcés¹⁷.

Ce dernier groupe de textes met au cœur du propos la seigneurie et sa capacité de coercition parce que l'organisation et le contrôle de la mobilité des hommes constituent l'un de ses points d'action les plus importants.

L'ensemble documentaire que l'on peut ainsi questionner est limité et disparate. D'autre part, face à cette collecte finalement peu abondante et d'un usage délicat, se trouve désormais l'immense apport de l'archéologie médiévale italienne qui est, avant tout peut-être, une archéologie

15. *Chronicon Vulturnense del monaco Giovanni*, II, V. FEDERICI (éd.), Rome, 1938, FSI, n° 87, pp. 42-44; L. FELLER, «La charte d'incastellamento de Sant'Angelo in Theodice. Édition et commentaire», dans *Liber Largitorius. Etudes d'histoire médiévale offertes à Pierre Toubert par ses élèves*, D. Barthélémy et J.-M. MARTIN (éd.), Paris, 2003, pp. 87-110.

16. Voir: *Chronica Monasterii Casinensis*, H. HOFFMANN (éd.), Hanovre, 1984 MGH, SS, XXXIV, p. 179, *Chronicon Vulturnense* (= CV), II, p. 42 et p. 110.

17. CV, II, pp. 337-338, n° 176.

du peuplement. La synthèse entre le point de vue des historiens et celui des archéologiques est extrêmement difficile à opérer; aussi bien le biais problématique que je propose, celui d'une interrogation sur la coercition et l'autonomie dans les déplacements, est-il d'abord destiné à tenter d'intégrer les deux ordres d'explication et de description afin de mobiliser le plus possible les renseignements aujourd'hui disponibles.

La mobilité des élites.

Les migrations des élites sont, pour l'époque carolingienne et ottonienne, les mieux connues. Les souverains carolingiens ont, dans le processus de prise de contrôle de l'Italie, laissé en place les élites lombardes locales. Elles n'ont commencé à modifier cette attitude, mais avec beaucoup de nuances, que dans les premières années du IX^e siècle. À partir du premier séjour de Lothaire en Italie un véritable flux migratoire, concernant au premier chef le personnel de gouvernement local, s'établit. Des membres de la *Reichsadel*, les Supponides, les Unrochides, les Guidoneschi, par exemple, sans véritablement s'installer en Italie, y construisent des lieux de puissance, qui viennent s'ajouter à ceux qu'ils détiennent déjà ailleurs en Europe. Ainsi, les Unrochides disposent-ils au IX^e siècle de quatre bases territoriales entre lesquelles leurs possessions sont dispersées: en Flandre occidentale, en Lotharingie, en Alémanie et dans le Frioul¹⁸. Ces mouvements sont parfaitement connus et relèvent d'une gestion sophistiquée de l'espace impérial par une aristocratie qui construit ses modèles de comportement et ses stratégies familiales à l'échelle européenne¹⁹.

Leur politique se caractérise par sa double vocation politique et sociale: ces groupes familiaux monopolisent les charges locales les plus importantes, celles de comtes ou de duc, tout en conservant leur capacité à se mouvoir hors de l'Italie pour obtenir des charges encore plus prestigieuses dans l'entourage royal²⁰. Ils ne viennent pas seuls. Ils ont eux-mêmes un entourage, des fidèles et des clients et se déplacent, finalement, selon un modèle bien attesté depuis le très haut Moyen Âge. Ce modèle

18. R. LE JAN, *Famille et pouvoir dans le monde franc (VII^e-X^e siècle). Essai d'anthropologie sociale*, Paris, 1995 . pp. 74-76.

19. Ead., ibid., pp. 401-413.

20. S. COLLAVINI, «Spazi politici e irraggiamento sociale delle élites laiche intermedie (Italia centrale, secoli VIII-X)», dans *Les élites et leurs espaces: mobilité, rayonnement domination, VI^e-XI^e siècles*, Actes du colloque de Göttingen, mars 2005, sous presse (2007).

est finalement assez complexe et implique des transformations dans la conscience de soi des protagonistes. Le déplacement physique, la migration, n'est que l'un des éléments dans la constitution d'une élite sociale finalement assez unitaire parce qu'internationale.

Des personnalités comme le comte de Milan Leo, étudié jadis par D. Bullough sont, à cet égard, caractéristiques²¹. Actif entre 801 et 841, est d'abord vassal du comte du palais Hebroard à la suite duquel il appartient d'abord entre 812 et 814. Dans les années 820, on le trouve dans l'entourage d'Adalard et de Wala. Souvent employé comme *missus*, il est présent dans des chartes et assiste à des plaidys dans tout le royaume et est sans doute comte à Milan dès 823. Selon D. Bullough, ce n'est pas un Franc mais un Lombard qui a des alliances familiales en Francie. Il appartient à une forme d'aristocratie de service, dont la capacité administrative et professionnelle est réelle. Dans ce cas, le pouvoir politique et social de l'individu est clairement lié à sa capacité à entrer dans des réseaux de clientèle francs et à multiplier les alliances avec les nouveaux arrivants d'avantage qu'à sa loi d'origine. La substitution des élites n'a lieu que de façon modérée et s'accompagne autant d'un processus d'acculturation que d'un déplacement de personnel. Cependant, il y eut aussi du personnel de ce niveau d'origine franque ou alamanne.

Ainsi, à Asti, la nomination d'un comte alaman durant le règne de Lothaire a entraîné un flux migratoire qui a donné naissance à une communauté active et qui, réussissant bien dans ses affaires, s'est stabilisée durablement en Piémont²². Dans le Piémont en effet la minorité alamanne est parvenue à se maintenir au sommet de la société locale durant tout le IX^e siècle. L'Italie centrale propose d'autres exemples qui permettent de voir une articulation entre pouvoir régional et pouvoir local et de constater également l'instabilité des positions acquises après une migration²³. Ainsi, dans le duché de Spolète, on repère au IX^e siècle deux générations de migrants liés d'une manière ou d'une autre à la situation politique. Une première vague s'installe durant le règne de Lothaire et est constituée d'Alamans, ar-

21. D.A. BULLOUGH, «Leo qui apud Hlotarium magni loci habebatur» et le gouvernement du Regnum Italiae à l'époque carolingienne», dans *Le Moyen Âge*, 67, 1961, pp. 321-345; C. WICKHAM, *Early Medieval Italy. Central Power and Local Society (400-1000)*, Londres, 1981, pp. 54-55.

22. R. BORDONE, «Un attiva minoranza, etnica nell'alto medioevo: gli alamanni del comitato di Asti», dans *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, 54, 1974, pp. 1-57.

23. Sur ces sujets, l'étude classique de Hlawitscha demeure irremplaçable: E. HŁAWITSCHA, *Franken, Alemannen, Bayern ...*, cit. à la note 13.

rivés là dans des conditions analogues à celles qui ont permis l'installation de membres de ce groupe à Asti²⁴. La différence essentielle réside en ce que l'installation, ici, se fait à la campagne et non à la ville. Cette migration n'est pas limitée aux cercles du pouvoir comtal ou ducal, mais descend de façon capillaire jusqu'à l'échelon territorial le plus bas. C'est autour des gastalds qui, dans les Abruzzes, sont de très petits officiers, que ce peuplement s'organise. L'installation d'un gastald alaman dans le comté de Penne, Ammo, à partir des années 830, s'accompagne aussi de la fixation dans la région d'un groupe non négligeable d'individus qui, dans les années 830-850, font profession de loi alamanne et appartiennent à la noblesse. Tous ces hommes, et en particulier Ammo, investissent dans la région et se procurent des terres sur le marché, constituant ou consolidant des exploitations. Passées les années 850, ce groupe cesse de prospérer. La documentation à notre disposition pour les années 870 nous les montre s'appauvrissant et contraints d'entrer dans la clientèle du monastère impérial de Saint-Clément de Caauria alors nouvellement fondé.

Dans les années 850, un nouveau groupe, cette fois constitué de Francs, est venu d'abord se surimposer au précédent, puis se substituer à lui. Organisé de la même manière, autour de gastalds désignés par les ducs de Spolète, il comprend également un nombre important de moyens propriétaires qui cherchent à faire patrimoine en multipliant les achats et en pratiquant des politiques matrimoniales destinées à asseoir leur domination économique et, dans certains cas, à rendre possible leur insertion dans l'élite politique locale. La vague de migrants francs a dû bouleverser les positions acquises par les Alamans: ceux-ci, ayant perdu leurs liens avec le pouvoir politique, se voient réduits à leurs propres ressources sociales et économiques. Pour ceux qui en étaient dépourvus, ou qui en étaient insuffisamment pourvus, la régression sociale s'est opérée rapidement en moins d'une génération, les alliances de mariage avec des femmes de souche lombarde n'ayant pas permis la consolidation définitive des positions et donné aux membres de ce groupe la possibilité de reconquérir, d'une génération à l'autre, les positions acquises d'emblée par leurs parents. La perte d'un lien tenu mais réel avec le pouvoir lors du changement d'équipe intervenu au début du règne de Louis II fragilise considérablement la position de ces hommes, ce qui ne s'est pas produit, en revanche, à Asti.

24. L. FELLER, *Les Abruzzes médiévales...*, pp. 492-493, pp. 568-562.

Ces groupes viennent avec leurs propres lois et leurs propres coutumes, tout à fait compatibles avec les lois et les coutumes lombardes, mais formellement distinctes d'elles, et revendiquées à chaque occasion. Les rites qui accompagnent les mutations foncières, par exemple, ne sont pas identiques. Les Alamans accompagnent toute aliénation de la remise de la charte, de l'encrier et de la plume qui ont servi à l'écrire. Les Francs remettent une motte de gazon, des branches d'arbre, un gantelet. Les Lombards, pour leur part, se contentent de transmettre le document écrit. Au IX^e siècle, d'autre part, la perception de l'espace politique, d'autre part, n'est pas la même pour les Francs ou les Alamans que pour les Lombards. Les premiers, en effet, parlent (ou font parler les notaires) de comtés ou de *pagi*, lorsqu'il s'agit pour eux de localiser un bien, alors que les Lombards ne considèrent que le *territorium* de la cité dans laquelle ils se trouvent ou, encore plus simplement, le nom du *vicus* où ils demeurent²⁵.

D'autre part, en ce qui concerne les mariages, ils ne sont pas soumis au même régime juridique, les prestations effectuées au moment de l'union, c'est-à-dire les échanges matrimoniaux entre époux, étant sensiblement différents selon que l'on se marie selon la loi franque ou selon la loi lombarde, par exemple. Bref, au IX^e siècle, la migration s'accompagne d'une juxtaposition des populations qui, même si elles sont socialement proches, tendent encore à garder leur identité culturelle. Alamans et Francs sont assez peu mobiles à l'intérieur des régions où ils se sont installés. Leurs déplacements, de l'ordre de quelques kilomètres au plus, sont liés à leurs mariages. Lorsqu'ils sont plus importants, ils sont le signe de la fusion en œuvre des populations et de la dissolution du groupe de migration.

Au X^e siècle, le mouvement migratoire semble se poursuivre, scandé par les fluctuations de l'histoire politique mais on n'a pas de preuve qu'il ait eu la régularité et l'ampleur de celui du siècle précédent. En Sabine et dans les Abruzzes, les lignages comtaux qui apparaissent à partir du X^e siècle se sont installés soit à l'époque de Hugues de Provence, comme les Berardi des Marseilles soit à celle d'Otton I^{er}, comme les Attonides abruzzais. Ces derniers, au demeurant, sont d'origine lombarde. L'affirmation est cependant devenue formelle, les membres de ces groupes familiaux vivant désormais sous la loi lombarde sans aucune difficulté et pratiquant

25. A. SENNIS, «Narrating places: memory and space in medieval monasteries», dans *People and Space in the Middle Ages, 300-1300*, W. DAVIES, G. HALSALL et A. REYNOLDS (éd.), Turnhout, 2007, pp. 275-294: p. 290, n. 32.

les intermariages²⁶. La revendication d'appartenance à tel ou tel peuple est alors un marqueur social et un signe de distinction, non une revendication d'appartenance ethnique ou culturel.

Si l'on descend d'un cran dans la hiérarchie sociale et que, passant de l'aristocratie de rang comtal aux élites proprement locales, d'autres observations sont possibles. On entend par «élites locales» les officiers de rang inférieur, du type *sculdasius*, chargés localement de fonctions de police et du plus bas degré de la fonction judiciaire. Ces personnages peuvent parfois venir de loin, c'est-à-dire à partir des années 850 essentiellement de Francie, comme c'est le cas dans les Abruzzes. Le plus souvent, cependant, ils proviennent de la péninsule et semblent circuler à l'intérieur du royaume d'Italie, voire passer des principautés lombardes au royaume, induisant des déplacements de population peu importants quantitativement mais peut-être essentiels pour le contrôle du territoire.

Deux cas sont actuellement bien connus, celui du *sculdasius* Garibald de Longobardie, fils de Paul de et celui de Pierre de Niviano dit le Spolétin²⁷.

Garibald de Langobardie est connu grâce au cartulaire-chronique de Casauria. Selon cette source, il était originaire de la Marsica, contredisant de la sorte la revendication d'origine contenue dans sa dénomination²⁸ qui peut au demeurant renvoyer à la biographie de son père Paul, lui aussi dit «de Langobardie». Garibald est actif dans la Marsica entre 860 et 879. Il vend à cette date l'ensemble de ses biens pour 600 sous, ce qui fait de lui l'un des hommes les plus riches de la région à ce moment²⁹. La charte ne dit pas pourquoi il vend mais le fait qu'elle concerne son patrimoine complet et que celui-ci soit décrit et mesuré attentivement dans chacune de ses composantes est un signe à peu près certain que la vente s'effectue dans le cadre d'un départ. Garibald réaliserait ses biens fonciers dans la

26. L. FELLER, «Autour des archives du Mont-Cassin et du cartulaire de Pierre Diacre: la Morgengabe de Iesulfa, comtesse de Teano» dans *Retour aux sources. Textes, études et documents d'histoire médiévale offerts à Michel Parisse*, S. GOUGUENHEIM, M. GOULLET et L. MORELLE (éd.), Paris, 2003, pp. 473-484

27. Sur ce dernier, voir le remarquable dossier rassemblé et édité par F. Bougard: F. BOUGARD, «Pierre de Niviano, dit le Spolétin, *sculdassius*, et le gouvernement du comté de Plaisance à l'époque carolingienne», dans *Journal des Savants*, 1996, pp. 291-337; L. FELLER, «Les hiérarchies dans le monde rural du haut Moyen Âge: statuts, fortunes, fonctions», dans *Les Hiérarchies des élites*, D. LOGNA-PRAT et R. LE JAN (éd.), Turnhout, 2007, sous presse.

28. *Chronicon Casauriense*, éd. Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, II, 2, col. 319: *Garibaldus nomine, genere et habitatione Marsicanus...*

29. *Cartulaire de Casauria*, BnF, ms. Lat. 5411, fol. 112-112v°.

Marsica afin de pouvoir aller s'installer ailleurs: rien ne dit en effet qu'il ait eu la moindre intention de se faire moine, alors que certains membres de cette élite choisissent cette issue à la fin de leur vie. C'est notamment le cas du gastald Allo qui, d'ailleurs, ne cède pas son patrimoine au monastère mais le lui vend. Cela dit aussi, qu'il vende pour s'en aller interdit de le placer dans la très haute aristocratie qui, pour sa part, se déplace aisément sans avoir à aliéner pour s'installer de nouveau.

Le second personnage de ce niveau social est Pierre de Niviano, un autre *sculdasius*, sur lequel nous disposons, grâce aux archives de la cathédrale de Plaisance, d'un dossier extrêmement bien fourni. Installé à Niviano, il est appelé le Spolétin: il est impossible de dire s'il s'agit d'un sobriquet ou d'une véritable indication d'origine. Il affirme vivre selon la loi romaine mais dote son épouse en lui attribuant une *quarta*, c'est-à-dire qu'il utilise en cette occurrence le droit lombard, bien qu'il prétende vivre selon la loi romaine. Nommé à Niviano comme *sculdasius* dans les années 880, il n'y détient pas de patrimoine. Il passe alors sa vie à en construire un, et y réussit au demeurant fort bien. Ses terres passent à l'église de Plaisance parce qu'il n'a pas d'héritier direct et non, comme dans beaucoup d'autres cas connus, parce que celle-ci a réussi, à s'emparer de ses terres à la suite d'un processus d'endettement puis d'appauvrissement³⁰.

La mobilité de ces personnages et la possibilité qu'ils soient déplacés d'une région à une autre est sans doute l'une des caractéristiques du gouvernement de Louis II. On en a d'autres exemples, en nombre limité, comme par exemple en Alémanie, celui de Folkwin de Ranweil récemment étudié par Mme Bullimore. Cette mobilité là ne nourrit que des flux bien modestes, il est vrai. Elle n'en est pas moins importante dans une logique de contrôle des territoires et des populations par le pouvoir royal. Il y a là un point important dans l'organisation du gouvernement carolingien et post-carolingien en Italie: les élites locales sont apparemment souvent extérieures à la région qui leur est confiée, quel que soit le degré de leur responsabilité. Une relative mobilité semble être caractéristique de ce groupe qui, toutefois, une fois installé, s'empresse de faire patrimoine et demeure sur place suffisamment longtemps pour pouvoir faire souche. Le groupe disparaît au X^e siècle, lors de la dislocation des structures politiques carolingiennes. Il est alors absorbé par la seigneurie

30. L. FELLER, «Dette, stratégies matrimoniales et institution d'héritier: sur l'élite paysanne Lombarde au IX^e siècle.» dans *Revue Historique*, 2008, (en cours de publication).

et les notables locaux qu'étaient les hommes du niveau des *sculdasii* deviennent des agents seigneuriaux. Ils n'ont plus de raison de se déplacer, sauf à l'intérieur du cadre de la seigneurie territoriale.

Les déplacements des élites paysannes

On dispose parfois de renseignements fiables en ce qui concerne les élites paysannes. L'un des personnages sur lequel on a, en Italie centrale, le plus d'informations est Karol fils de Liutprand. Une trentaine d'actes, enchâssés dans un dossier de cent concernant un territoire de très petite dimension, celui du *Vicus Teatinus*, en fait mention entre 830 et 870³¹. Karol est un migrant. On sait de façon positive que, habitant le comté de Chieti dans les Abruzzes, il est en fait originaire du comté voisin de Valva, dont la frontière est à quelques kilomètres de son lieu de résidence final. Sa migration a dû se produire dès les années 830. Il est impossible de dire quelle ampleur elle a eue, les documents ne donnant pas davantage de précision que le comté d'origine. Dans les années 870, sa famille, quoique désormais sans lien patrimonial apparent avec ce territoire, entretient cependant le souvenir de ce lieu de naissance qui n'a plus d'autre importance que symbolique pour la famille.

Les femmes de cette famille, d'autre part, mentionnent souvent non pas le lieu de leur naissance mais le comté dont elles sont originaires lorsque celui-ci n'est pas celui du mari. Leur mobilité est réelle mais ne dépasse pas la trentaine de kilomètres. Les familles de paysans aisés semblent donc pratiquer aisément une exogamie géographique.

La population alleutière jouit au IX^e siècle d'une réelle liberté de mouvement vraisemblablement liée à sa capacité à s'insérer dans les échanges fonciers, que ce soit pour vendre avant de partir ou pour acheter au moment de s'installer ou encore lorsqu'il faut prévoir les mariages des fils. De tels déplacements, même de l'ordre de quelques kilomètres, ne sont possibles que si et seulement si réaliser son bien, c'est-à-dire vendre ses terres, est possible et si s'en procurer d'autres ailleurs, que ce soit par la procédure de l'*aprision* ou autrement, par achat, l'est également. Il faut aussi que les contreparties monétaires ou non offertes par le vendeur permettent l'acquisition d'une propriété ailleurs. Dans le cas de Pierre de Ni-

31. L. FELLER, A. GRAMAIN et F. WEBER, *La fortune de Karol*, cit. à la note 14. Mention de l'origine des acteurs: n° 85, 87, 88, 89.

viano, qui est un officier mais dont la fortune n'est pas supérieure à celle d'un alleutier, son beau-frère lui a prêté une somme d'argent: le départ de sa politique d'achat lui est donc fourni dans le lieu où il s'installe. On ne sait pas s'il avait lui-même beaucoup de biens avant son mariage.

La possibilité de constituer un patrimoine ailleurs que sur son lieu de naissance repose donc dans ce cas sur l'existence d'une forme de marché foncier. La mobilité est d'ailleurs aussi l'un des moyens d'échapper aux pressions exercées par la seigneurie foncière sur la propriété paysanne. Le dossier des Leopegisi de Cologno Monzese près de Milan montre ainsi une famille qui, entre 840 et 870, s'endette et s'appauvrit. Elle est contrainte de modifier les règles de dévolution du patrimoine d'une génération à l'autre, allant jusqu'à instituer une forme d'aînesse au détriment du partage égalitaire. Au bout du compte, si elle peut demeurer sur place, elle est en revanche contrainte d'entrer dans la dépendance économique, sinon dans la sujétion, du monastère de Saint-Ambroise de Milan. De pareilles observations peuvent être faites à propos des descendants de Karol qui gardent leurs terres mais perdent leur indépendance sociale et économique en restant sur place. La volonté et la capacité à se déplacer apparaissent ainsi comme l'un des fondements de la liberté juridique, ainsi que le soulignent, au X^e siècle, les clauses de la plupart des contrats agraires qui nous soient parvenus³².

En filigrane de destins comme ceux des Leopegisi ou de carrières comme celles de Pierre de Niviano se place aussi la question des relations de l'élite rurale avec les villes. Pierre de Niviano est en contact financier permanent avec des membres du clergé urbain de Plaisance avec lesquels il traite plusieurs fois. Les Leopegisi sont, pour leur part, des clients d'un très gros homme d'affaire milainais, le clerc Pierre. Celui-ci, du fait de la complexité de ses propres affaires, est amené à les abandonner et à laisser le monastère de Saint-Ambroise se rendre maître de leurs biens. Nous ne disposons pas d'indications sur le devenir des ces personnages après la cession d'une grande partie de leur patrimoine aux moines. Ils peuvent s'en être allés en ville. Ils peuvent aussi être demeurés sur place dans l'espoir de maintenir leur statut malgré la perte de statut qu'entraîne leur appauvrissement. C'est le choix fait, à Campori, par les Gundoaldi au

32. G. ROSSETTI, *Società e istituzioni nel contado lombardo durante il medioevo, Cologno Monzese: i secoli VIII-X*, Milano, 1968, pp. 101-122, L. FELLER, «Dette, stratégies matrimoniales...», cit. à la note 30.

VIII^e siècle³³: donner des terres à l'évêque de Lucques permet à une famille de gros alleutiers, détenteurs au départ d'une église privée, d'entrer dans la clientèle de l'évêque afin de consolider leur domination locale. Ils y parviennent partiellement mais, au VIII^e et au IX^e siècle, ne semblent pas s'être déplacés vers la ville de Lucques. Les relations avec la ville n'entraînent donc pas nécessairement, aux IX^e-X^e siècles, de désir de départ. Elles ne sont pas suffisamment intenses pour qu'il semble plus avantageux de partir y résider que d'y demeure. Le schéma de Plesner n'est pas encore en place: les élites rurales voient leur destin social sur place, non dans une aventure urbaine étayée par une fortune rurale³⁴. En revanche, à partir du XI^e siècle, les choses évoluent, du moins lorsque ces mêmes élites se voient amenées à devoir choisir entre leur pouvoir local et l'insertion dans la clientèle vassalique des évêques. C'est toute la problématique des *arimanni* et des *cives*: Gérard Rippe³⁵ puis Jean-Claude Maire Vigueur³⁶ ont montré la continuité sociale existant entre ces groupes au moment où, au XI^e et au XII^e siècle, ils s'engagent dans la vassalité épiscopale. Ce sont les mêmes hommes, ayant les mêmes droits et le même type de fortune qui dominent le *contado* et qui forment l'armature des *cives*. Leur *inurbamento* procède d'un choix stratégique destiné à leur permettre de continuer à jouir de leurs droits sur les biens communaux à la ville comme à la campagne.

Les esclaves et les paysans dépendants.

Toute autre est la problématique dès lors que l'on entre dans le monde de la dépendance et de la sujétion. Les esclaves, en effet, peuvent pour leur part être déplacés à volonté et il est certain que le pouvoir que les maîtres ont sur les non libres les amène à les mobiliser et à les déplacer. Ils le font de plusieurs manières.

À un premier niveau, si on se situe à l'intérieur du domaine, l'ouvroir, l'atelier domanial, qu'il soit ou non réservé aux femmes, crée mécanique-

33. C. WICKHAM, *The Mountains and the City. The Tuscan Appennines in the Early Middle Ages*, Oxford, 1988, pp. 64-67.

34. J. PLESNER, *L'émigration de la campagne à la ville libre de Florence au XII^e siècle*, Copenhague, 1934.

35. G. RIPPE, *Padoue et son contado (X^e-XIII^e siècle)*, Rome, 2003 BEFAR, n°317, pp. 178-188; pp. 347-408.

36. J.-C. MAIRE VIGUEUR, *Cavaliers et citoyens: guerre, conflits et société dans l'Italie communale, XII^e-XIII^e siècles*, Paris, 2003, pp. 230-234.

ment un pôle d'appel et de fixation de la main d'œuvre³⁷. Autour de cet atelier domanial existent des services de diverses nature dont, peut-être la *long house* de Poggibonsi, fouillée par Marco Valenti, peut nous offrir une image. L'installation d'un manoir, compris comme le centre de commandement d'un domaine, est en effet susceptible de transformer les conditions de son peuplement, parce qu'il attire à lui la population dépendante et aussi parce qu'il constitue nécessairement un lieu où peuvent se développer les échanges à l'intérieur du domaine. Du point de vue économique, la construction d'une grande maison comme celle de Poggibonsi au VIII^e ou au IX^e siècle signifie la prise en main de la production et de l'échange par la seigneurie, ce qui ne peut pas être sans conséquence sur l'organisation générale du peuplement. Le manoir, qui est également un bâtiment d'exploitation et de gestion, est aussi un pôle de regroupement relatif des populations: cela a sans doute été le cas à Montarrenti comme cela l'a été aussi à Poggibonsi³⁸.

Mais ce n'est pas là l'aspect le plus spectaculaire, quoique le mouvement capillaire ainsi organisé soit important. Les moines agissent très consciemment sur la répartition des hommes à l'intérieur des territoires qui leur appartiennent. Ils sont en effet en mesure d'évaluer la population de leurs domaines. Les listes établies à Farfa au début du IX^e siècle ou à Saint-Vincent-au-Volturne au milieu du siècle ont aussi pour utilité de permettre de comptabiliser le nombre des hommes et d'établir un rapport entre population et surface exploitée. Dans une moindre mesure, d'ailleurs, le polyptyque de S. Giulia di Brescia permet aussi le contrôle de la localisation et des déplacements de la main d'œuvre. De tels instruments, quelque rudimentaires qu'ils puissent être sont des outils de gestion de la population³⁹. Ce sont aussi des moyens de gérer le territoire:

37. J.-P. DEVROEY, «Les méthodes d'analyse démographique des polyptyques du haut Moyen Âge», dans *Acta Historica Bruxelliensa*, IV, Histoire et Méthode, 1981, 71-88; L. FELLER, «La population abruzzaise durant le haut Moyen Age: les conditions de possibilité d'une croissance démographique», dans *Demografia e società nell'Italia medievale*, R. COMBA et I. NASO (éd.), Cuneo, 1994, pp. 327-349.

38. *Lo scavo archeologico di Montarrenti e i problemi dell'incastellamento*, R. FRANCovich et M. MILANESE (éd.), Sienne, 1989; M. VALENTI, «Il villaggio altomedioevale di Poggio Imperiale a Poggibonsi. Dall'età longobarda all'età carolingia», dans *Il futuro dei Longobardi. L'Italia e la costruzione dell'Europa di Carlo Magno*, C. BERTELLI et G.P. BROGIOLI (éd.), Milan, 2000, pp. 194-200.

39. Voir P. TOUBERT, «Il sistema curtense: la produzione e lo scambio interno in Italia nei secoli VIII, IX e X», dans *Economia naturale, economia monetaria (Storia d'Italia Einaudi, Annali 6)*[= L'Europe dans sa première croissance, Paris, 2004, p. 145-218], éd., Torino, 1983, pp. 5-63.

détenir des listes de noms permet en effet de désigner ceux qui, éventuellement, pourraient partir. Il apparaît en effet que les moines, ou leurs intendants, organisent des déplacements d'hommes. Examinant la taille moyenne des familles dans l'un des domaines abruzzais de Saint-Vincent, j'avais pu montrer que l'un d'eux était peuplé d'un nombre très élevé de feux ne comportant qu'un seul nom, ce qui était une anomalie dans une liste où tous les habitants susceptibles de produire et de travailler étaient mentionnés⁴⁰. L'hypothèse la plus vraisemblable était que les enfants en très bas âge n'étant jamais inscrits, la liste élaborée par les moines parlait d'un groupe de jeunes ménages installés récemment sur une terre en cours de défrichement, et n'ayant pas encore d'enfants suffisamment âgés pour intéresser les compilateurs gestionnaires. La fraction du domaine concernée, constituée d'exploitations autonomes sans lien apparent avec une réserve, n'était sans doute pas encore séparée, du point de vue administratif, du reste du domaine.

Il existe, en Italie centrale, un véritable savoir-faire en matière de gestion de la main d'œuvre servile que l'on ne laisse pas s'entasser sur des tenures surpeuplées alors que des terres incultes peuvent encore être mises en valeur. La main d'œuvre est alors contrainte de participer à des opérations de mise en valeur de secteurs sous-peuplés ou incultes du domaine. Ce point n'est pas secondaire: s'il est avéré que les moines savent procéder de la sorte, comme ils semblent au demeurant l'avoir fait en Bavière, ainsi que l'avait indiqué C. Hammer en 1983⁴¹, alors l'organisation et le contrôle des déplacements collectifs font partie de la panoplie de leurs moyens de gestion de leurs terres. Ce fait est à relier à l'apparition ou à l'agrandissement de grandes maisons à l'intérieur de certains habitats. Il anticipe aussi sur la question de l'*incastellamento*: les seigneurs ont alors employé, dans une grande variété de contextes, toutes les ressources techniques à leur disposition et qu'ils avaient élaborées dans le cadre du grand domaine. Ces déplacements attestés ailleurs en Europe, notamment dans la région entre Seine et Rhin, montrent une attention réelle portée de la part des seigneurs à la question de la densité rurale et de l'organisation du peuplement.

40. L. FELLER, «La population abruzzaise...», cit. à la n. 37.

41. C. HAMMER, «Family and Familia in Early Medieval Bavaria», dans *Family forms in historic Europe*, R. WALL, J. ROBIN et P. LASLETT (éd.), Cambridge, 1983, pp. 217-248.

L'incastellamento

L'expérience du déplacement de population dut être cruciale durant le grand moment de la reconstruction des patrimoines et de rationalisation de la gestion seigneuriale que fut la période de l'*incastellamento*. Définissant et développant le concept, Pierre Toubert a toujours insisté sur le caractère rationnel des seigneurs en tant qu'agents économiques: ils agissent pour une fin qu'ils ont déterminée et dont ils définissent les moyens. D'autre part, pour lui, le leadership seigneurial ne fait aucun doute et il n'existe guère de place pour l'initiative paysanne spontanée. En particulier, les phénomènes de regroupement et donc de déplacement ne lui semblent pas pouvoir être expliqués autrement qu'en supposant un seigneur qui en serait le «premier moteur».

De fait, la lecture des chartes qu'il a utilisées ne semble guère laisser de doute ou de place à une autre interprétation. Ainsi, l'accord passé en 946 entre l'évêque de Velletri et le duc et consul Démétrius est un pur et simple pariage dans lequel il n'est même pas question des paysans. Soumis et dépendants, ils ne sauraient être des sujets de leur propre histoire. Ils sont donc déplacés, sans doute de force, dès l'instant que leur seigneur le décide. Il en va de même pour la charte de S. Andrea de Selci. C'est aussi l'impression que laisse la narration de Giovanni di Berardo lorsque, au XII^e siècle, il narre les modifications survenues au X^e dans l'organisation de l'habitat. L'abbé Adam, qui gouverne alors le monastère de Casauria, construit en effet entre 970 et 980 une série de *castra* afin de remembrer le territoire et de donner plus de consistances aux *villae* qui forment le territoire⁴². Là encore, on ne parle pas des paysans: seule compte l'action de prise en mains du territoire, la transformation des *villae* et des *casalia* en points forts. L'acte d'autorité est donc mis en avant et prime sur le reste. Et seule est rapportée par le chroniqueur l'action de remembrement des terres, concomitant à la fondation de nouveaux habitats. Dans son esprit, c'est en fait ce dernier point qui importe. Il va de pair avec une analyse particulière de la structure des exploitations paysannes qui se trouvent, avant le X^e siècle, liées de très près à l'habitat: pour Giovanni di Berardo, l'habitat rural de la période pré-castrale est dispersé, les maisons paysannes étant construites près des champs ou sur les champs dépendant de l'exploitation. Le chroniqueur décrit donc l'abandon brutal des habitats dispersés ainsi que le déplacement vers les hauteurs au fur et à mesure que se développe la volonté seigneuriale de rationalisation de

42. A.L. MURATORI, *Rerum Italicarum Scriptores*, II, 2, Milan, 1726, col. 775-776.

son espace. Implicitement, il indique que les structures des exploitations ont alors été profondément modifiées.

Les choses cependant ne pas peuvent se ramener un pur acte d'autorité. Ainsi, ce que l'on a vu plus haut sur le comportement économique des élites paysannes trouve ici un autre champ d'application. Les entrepreneurs de peuplement, quels qu'aient pu être leurs buts et quels qu'aient pu être aussi leurs moyens, ont nécessairement rencontré la disponibilité des alleutiers prêts à déplacer leur lieu de résidence si cela avait comme conséquence d'accroître la valeur de leur patrimoine et d'améliorer la gestion de leurs exploitations. La politique foncière des grands monastères d'Italie centrale consistant à céder des terres en *livello* contre de forts droits d'entrée en tenure ne pouvait que favoriser la constitution d'une convergence d'intérêts entre la partie la plus aisée de la paysannerie et les plus gros opérateurs fonciers, améliorant encore les conditions de la mobilité géographique⁴³. Celle-ci conduisait les habitants à se déplacer vers les plus prometteurs des habitats fondés par des seigneurs, leur faisant délaisser les formes dispersées d'habitat, abandonner rapidement les établissements dont la réussite était incertaine ou les amenant purement et simplement à refuser de s'y installer. Ainsi, par exemple, au tout début du XI^e siècle, deux monastères romains, celui des SS. Andrea e Giorgio sul Clivo Scauri et des SS. Alessio et Bonifacio sull'Aventino, confierent le soin de la construction et du peuplement du *castrum* de Mandria Camelaria, dans le Latium, à deux frères, Aliprandus et Stefanus de Imizza. Ils avaient pour tâche de rassembler des hommes, de peupler l'habitat, d'y établir des maisons et de construire le village⁴⁴. Il s'agit bien ici de faire venir des gens qui ne sont pas encore là, sans qu'il y ait moyen de savoir quelle était la région réservoir visée. Ce fut un échec. Les opérateurs ne parvinrent à convaincre de s'installer que deux marginaux et s'avérèrent incapables d'attribuer les autres parties de l'habitat. Ils abandonnèrent l'opération, détruisirent les deux maisons construites, emportèrent le matériel et s'en allèrent chercher fortune ailleurs.

Les entreprises menées par l'abbé Aligerne du Mont-Cassin dans les années 960 et rapportées par Léon d'Ostie dans sa chronique font, d'une certaine manière, écho à cet exemple, parce qu'elles montrent à quelle conditions la politique de peuplement peut réussir. Le chroniqueur du

43. L. FELLER, *Les Abruzzes médiévales*, pp. 233-241.

44. E. HUBERT, «Mobilité de la population et structure des habitations à Rome et dans le Latium (IX^e-XIII^e siècles)», dans *Demografia e società nell'Italia medievale (secoli IX-XIV)*, R. COMBA et I. NASO (éd.), Cuneo, 1994, pp. 107-124: p. 112.

Mont-Cassin rapporte en effet que l'abbé Aligerne, lorsqu'il décida de reconstruire l'abbaye, vers 950, entreprit aussi de repeupler les terres appartenant au monastère. Si on l'en croit, elles étaient, après des décennies d'abandon du monastère et de relative désorganisation de sa seigneurie, sous-peuplées. Pour ce faire, il se rendit dans des lieux où abondait la population, par exemple à Termoli, sur la côte adriatique à une centaine de kilomètres de l'abbaye. Là, il convoqua des réunions et persuada des hommes de venir à l'intérieur de la terre de Saint-Benoît pour y construire et y peupler des *castra*. Il n'est pas question de coercition ici mais seulement de négociation. Le repeuplement de la *terra*, de plus, qu'il ait donné lieu ou non à des fondations nouvelles, s'effectua tout entier sur la base du contrat, non de l'acte d'autorité⁴⁵.

Au rebours, l'abbé de Saint-Vincent, quant à lui, eut parfois recours à la contrainte. Constatant, à peu près au même moment, la dépopulation et les destructions subies par la terre de Saint-Vincent, il entreprit de faire venir des dépendants habitant le comté de Valva: c'étaient les descendants de ceux qui, déjà au IX^e siècle, avaient été déplacés à l'intérieur du domaine. Ici, l'abbé les mobilise à l'intérieur de la seigneurie et les fait glisser d'un domaine à un autre mais en les déplaçant sur une distance de plusieurs dizaines de kilomètres⁴⁶. Cette fois, la coercition est possible parce qu'il n'y a pas eu de changement de nature dans l'autorité exercée par l'abbé sur les hommes de ses dépendances abruzzaises. Enfin, les listes que les chartes de peuplement ou de fondation d'habitat nous transmettent montrent qu'une minorité des hommes concernés vient sûrement de comtés voisins.

Chris Wickham remarquait voici déjà plus de 20 ans que la politique de peuplement de Saint-Vincent-au-Volturne n'impliquait pas la construction systématique de *castra*⁴⁷. Le dossier assez consistant de chartes de peuplement qui nous est parvenu ne parle pas nécessairement, dans le cadre de cette politique de fondation de nouveaux habitats. Elles se limitent parfois à imposer comme lieu d'habitation un territoire prédéfini sans poser la question de la forme de cet habitat. Les contractants sont censés venir avec leurs familles et leurs animaux à l'intérieur de ce territoire et y élire domicile. Ainsi, par exemple, pour le *livello* collectif concédé à 17 hommes en 939 et concernant le terroir de l'église de Santa Maria in Oliveto, près de Venafro: le cadre de référence est ici non pas la *curtis*

45. *Chronica Monasterii Casinensis*, éd.Hoffmann, MGH, SS. XXXIV p. 179.

46. CV n. 176.

47. C. WICKHAM, *Il problema dell'incastellamento*, cit. à la note 7.

mais l'église, signe que l'on pourrait avoir, avant cet acte de peuplade, ce que Pierre Toubert a appelé un habitat centré mais qui, du point de vue archéologique est sans nul doute un village. Il est simplement consolidé par l'apport démographique: un des contractants vient sûrement du diocèse de Valva⁴⁸. L'origine des autres n'est pas connue. Mais il s'agit à l'évidence d'une entreprise de peuplade, puisque les habitants reçoivent l'autorisation de rassembler autant d'hommes qu'ils le voudront ou le pourront afin de cultiver la terre. Les *livelli* collectifs de Saint-Vincent, en règle générale, insistent sur la nécessaire mise en valeur des terres et non sur les relations de pouvoir. Celles-ci sont premières dans les chartes latiales que l'on a citées. Un autre exemple nous est fourni par la charte de S. Angelo in Theodice. Il existe là un groupe d'hommes dont on ne sait pas s'ils viennent de loin ou s'ils sont déjà regroupés autour de l'église dédiée à S. Angelo. L'un d'eux porte un surnom, Gaietanus, qui indique une origine différente et un déplacement récent probable de la région de Gaète à celle du Mont-Cassin⁴⁹. L'hypothèse la plus vraisemblable est que l'on est là dans une situation où le regroupement est déjà fait lorsque l'abbé s'avise de construire un mur autour de l'habitat et d'attribuer des lots de terre à l'intérieur de son périmètre aux habitants qui participent à ce contrat.

La volonté de renforcer le peuplement est manifeste dans nombre de documents: il faut accroître le nombre des hommes et, pour ce faire, mobiliser la seigneurie et tous ses moyens entre autres en faisant venir des hommes.

Parfois ces déplacements ont une ampleur surprenante. Il semble alors concerner les franges supérieures de la paysannerie: une charte de peuplement de Saint-Vincent au Volturne concerne un groupe de Francs qui, apparemment, sont nés en Francie⁵⁰ (*qui fuerunt nativi de finibus Franciae*) et viennent s'installer près du monastère. Elle concerne manifestement un groupe d'exploitants venus là avec leur *familia*, c'est-à-dire aussi bien leur parenté que leurs dépendants et leurs animaux. Les huit hommes qui prennent en *livello* une terre près d'Isernia sont exemptés de terrage, mais doivent au monastère les mêmes services que ceux dus par les autres hommes libres vivant sur les terres du monastère sans plus de

48. CV II, pp. 42-44.

49. L. FELLER, «La charte d'incastellamento de Sant'Angelo in Theodice. Édition et commentaire», dans *Liber Largitorius. Etudes d'histoire médiévale offertes à Pierre Toubert par ses élèves*, D. BARTHÉLEMY et J.-M. MARTIN (éd.), Paris, 2003, pp. 87-110.

50. CV II, p. 121, n° 112 (a. 962).

précision. D'après les autres chartes de Saint-Vincent, et d'après ce que l'on sait par ailleurs des coutumes du Mont-Cassin, il doit s'agir d'une forme de service à cheval, du type escorte ou *obsequium*⁵¹. Il est légitime de rapprocher ce groupe, venu de l'étranger, d'autres groupes socialement homogènes placés à la tête des *castra* lorsque ceux-ci sont fondés.

La capacité à se déplacer et la mobilité paysanne sont des atouts que le seigneur peut chercher à limiter. Il en tire avantage lorsqu'il s'agit de peupler: une fois la population attirée, il est nécessaire, parfois, de prendre des mesures pour qu'elle ne reparte pas. La circulation d'informations sur d'éventuelles meilleures conditions existant ailleurs peut amener à rigidifier les conditions et à empêcher toute mobilité ultérieure.

Ainsi, en 945, l'abbé de Saint-Vincent-au-Volturne installe, dans le *castrum* édifié près de son monastère, un groupe de quatre familles dont les chefs s'engagent à venir habiter sur place avec femme, enfants et bétail. Ils travailleront la terre et devront, comme terrage, le quart de leurs récoltes, ce qui à cette date est lourd: ce ne sont pas les meilleures conditions faites par des abbés à des paysans afin qu'ils s'installent sur leurs terres. Mais il y a plus: ils s'obligent, durant les 29 ans que dure le *livello*, à ne pas aller habiter ailleurs et acceptent une clause pénale invraisemblable de 50 livres. L'abbé a le droit de saisir sur eux tous les gages qu'il veut, jusqu'à leurs personnes, en cas de nécessité, c'est-à-dire en cas de départ anticipé. Enfin, au cas où ils voudraient tout de même partir et s'ils le faisaient sans l'aval de l'abbé, celui-ci pourrait les ramener de force et les présenter lui-même à un juge public. Ces dispositions très strictes renvoient à ce que l'on sait, pour la France de la même époque, des mouvements de fuite des paysans. L'un des faits louables du comte Géraud d'Aurillac a été, par exemple, de ne pas tirer vengeance de dépendants chassés qui fuyaient leur tenue parce qu'il les avait cédés en bénéfice avec leurs terres à un tiers⁵². La question de la mobilité, dans ces deux cas, se pose de manière analogue et il est clair que les seigneurs éprouvent quelques difficultés à fixer effectivement les hommes à la terre.

Les mouvements migratoires ont concerné, entre VIII^e et XI^e siècle un large éventail social. Les déplacements des aristocrates ont entraîné ceux d'une suite dont tous les éléments n'appartaient pas à une élite guerrière ou politique. Venus chercher fortune, ils ont eu des destins so-

51. Ibid., n° 95 (a. 950).

52. Odon de Cluny, *Vita S. Geraldii Auriliacensis*, II, 24. Commentaire dans J.-P. DE VROEY, *Puissants et misérables. Système social et monde paysan dans l'Europe des Francs (VI^e-IX^e siècles)*, Bruxelles, 2006 Académie royale de Belgique, p. 285.

ciaux nuancés, positifs en Piémont où ils ont fait souche et fait également fortune, plus différenciés en Italie centrale où, sauf exception, les lignées s'interrompent dès le début du X^e siècle. Les apports du X^e, pour leur part, n'ont concerné que le monde aristocratique. D'autre part, les déplacements concernent au IX^e des hommes qui cherchent une voie d'insertion dans l'élite sociale et économique. Cela passe par un déplacement et par la constitution d'un patrimoine, en s'appuyant sur des fonctions à caractère politique.

D'autre part, une assez grande liberté de mouvement caractérise la paysannerie italienne du haut Moyen Âge. Quelle qu'ait pu être l'ampleur de ses difficultés, elle n'a pas été totalement incorporée dans les seigneuries et les clientèles aristocratiques au temps de l'empire carolingien. À ce moment, comme durant les périodes précédentes, elle a, au contraire, toujours trouvé suffisamment de ressort et de dynamisme pour agir au mieux de ses intérêts. Seul le groupe des asservis, finalement, n'a pas pu faire autrement que de se déplacer sur ordre. Les libres, pour leur part, ou ceux qui se sont libérés tout seuls, comme le serf dont les scribes de Farfa nous disent, au début du IX^e siècle qu'il a fui en Sabine en abandonnant sa tenure⁵³, ont toujours fait preuve de mobilité durant la période qui va du VII^e au X^e siècle. Comme l'ont montré R. Francovich et ses élèves, le processus de regroupement des habitats a commencé bien avant le mouvement d'*incastellamento* et s'est produit souvent sur les sites mêmes où, par la suite, des fortifications ont été édifiées. Le meilleur exemple est sans doute fourni par le groupe des habitats toscans fouillés par l'équipe de Sienne⁵⁴. Franco Valenti montre une situation où, au bout du compte la carte des habitats est beaucoup moins fluide que celle du Latium. Reconnaissances et fouilles montrent finalement un habitat très stable durant le haut Moyen Âge et dont la croissance se nourrit d'apports extérieurs.

La mobilité paysanne, dans ce cadre, est liée à deux questions parallèles d'une part la propriété foncière et la forme que prend l'exploitation; d'autre part la force qu'a, ou non, la seigneurie. Si, aux VI^e et VII^e siècle la spontanéité des déplacements et des fondations ne semble pas faire

53. *Il Liber Floriger di Gregorio di Catino*, M.T. MAGGI BEI (éd.), Rome, 1984: p. 89: *Substantia Scamare qui fugit in Sabina*. Une trentaine de serfs sont défaillants pour d'autres raisons. Ils sont mentionnés par la phrase: *isti se extraniaverunt a servitio Sancte Marie*. Cela peut signifier un refus de payer les redevances ou d'exécuter les corvées autant qu'une fuite.

54. M. VALENTI, «La formazione dell'insediamento altomedievale in Toscana. Dallo spessore dei numeri alla costruzione di modelli», dans *Dopo la fine delle ville...*, G.P. BROGIOLO (éd.), Mantoue, 2005, pp. 191-220.

de problème, en revanche, le rôle de commandement de la seigneurie, renforcé dès le VIII^e siècle a pu gêner les mouvements. Ceux qui sont observables concernent des déplacements limités, s'opérant à l'intérieur d'une même région et ne dépassant pas, sauf exception, la centaine de kilomètres. D'autre part, la fluidité du marché de la terre est la condition essentielle à la mobilité géographique. Elle ne fait pas problème pour les grands. Un marché foncier actif est le facteur qui permet l'installation et la consolidation d'une élite politique villageoise du niveau d'un Pierre de Niviano et le départ d'un Garibald de Langobardie. Enfin, les chartes de peuplement et d'*incastellamento* du X^e siècle organisent et encadrent la mobilité des hommes, procédant tantôt par la contrainte, tantôt par la négociation. En fait, le caractère négocié et relativement consensuel des micro-déplacements semble bien avoir été une caractéristique de la mobilité paysanne de la fin du haut Moyen Âge, au moins en Italie centrale.

Ethnic diversity in East Central Europe and the beginnings of the economic change in the High Middle Ages

Christian Lübke

East Central Europe is rather a historical concept than a geographical unit, and that means that there are no permanent boundaries which might denote the scope of this particular historical region. This is in some extent in contrast to the public linguistic usage today, at least in Germany, where one may often meet the term «Central and Eastern Europe» (in German: *Mittel- und Osteuropa*) which corresponds with the political turn after 1989. Then, and in a discourse at the fields of culture and literature already some years before, some people in Poland, Czechoslovakia and Hungary expressed their feelings to be a part of Central Europe contradicting at the same time their classification as Eastern Europeans. As a matter of course people in the West usually had taken the Poles, Hungarian, Czechoslovaks etc. as such Eastern Europeans in the decades after 1945 when Europe had been divided into two blocks. Today, after the integration of many countries of the former socialist block into the EU these states are often taken for East Central Europe¹.

The concept of East Central Europe in the historical sciences is quite different. More than fifty years ago (1952) in the view of the Polish historian Oskar Halecki who then lived in the United States, East Central Europe consisted of «the numerous peoples which in both medieval and modern times» lived between Germany on the one hand and the Ottoman and Russian Empires on the other hand. Halecki perceived their lands as the «Borderlands of Western Civilization»² emphasizing in such a way their

1. For more information see e.g. Christian LÜBKE, *Mitteleuropa, Ostmitteleuropa, östliches Europa: Wahrnehmung und frühe Strukturen eines Raumes*, in: Die «Blüte» der Staaten im östlichen Europa im 14. Jahrhundert, ed. Marc Löwener, Wiesbaden, S. 15-43.

2. Oskar HALECKI, *Borderlands of Western Civilization. A History of East Central Europe*, New York 1952.

distinction from the East, from Russia. To a good deal this view was the result of the political situation at that time, when the West had conceded these lands to Stalin and the Soviet Union. But discussions soon showed that Halecki's concept of East Central Europe was more than the appeal to history that resulted from the contemporary analysis and retrospect. Rather, its cogency was proved by the verification of its specific historical structures.

Nowadays some historians see the peculiarity of East Central Europe in the emergence of the modern nations in the 19th century when they began to fight for their national self-determination and independence against the Empires in Eastern Europe – the Habsburg Austro-Hungarian Empire, Russia, Germany and the Ottoman Empire whose monarchs did not agree to their wishes. The decline of the multinational states which had been characterized by their ethnic diversity and the emerging of the «small nations» between the Russians and the Germans with all the conflicts and wars of the 20th centuries would then determine East Central Europe that was perceived as «Europe in between» (in German: *Zwischen-europa*). This term was introduced by the Czech philosopher and statesman Tomáš Garrigue Masaryk³.

But Halecki had already shown that the historical structures are rooting much deeper. In the first place it was then the Hungarian historian Jenő Szűcs who outlined the long-term persistence of distinctive elements in the political, social and economic life of the whole region (which he, however, named Central Europe, in an essay about the «Three historical regions of Europe»⁴). First of all it was the 13th century when this part of Europe was attached to the West among others by far reaching economic changes, i.e. revolution in agriculture and emerging of a close meshed net of towns. This phenomenon was linked with the massive immigration of settlers from the West to the East, and it was accompanied by the introduction of new legal provisions which were summarized under the term «German law» (*ius teutonicum*). The frequent usage of this term, and the existence of many Germans in the historic lands of the Poles, of the Czechs and of the Hungarians in the 19th century led, in the view of the German historians of that time, to the perception that these high medieval changes had taken place due to the entrepreneurship and cultural activi-

3. Tomáš G. MASARYK, *Das neue Europa. Der slawische Standpunkt*, Berlin 1922.

4. Jenő Szűcs, *Vázlat Európa három történeti régiójáról*, Történelmi Szemle 1981, 3, pp. 313-359; in English: *The three historical regions of Europe*, in: Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae, 29/1983, pp. 131-184.

ties of the Germans. In the first half of the 20th century there was the common belief in Germany that their forefathers had colonized the East and that only German colonization had established the legal basis for their contemporary claims to the Eastern lands. Finally, the propaganda of the Nazi regime took advantage of this opinion that was used as an argument for the demand for «lebensraum» in East Europe⁵.

After World War II the losses of German countries in the East brought German historians partly to deal particularly with the German history of those lost lands, partly, however, it caused the critical analysis of German historiography. In general German historians more and more accepted the achievements of the research works which were carried out by their Slavic neighbours. Today, thanks to the internationalization of sciences and to comparing studies, it seems to be uncontested that the medieval social and economic processes in East Europe had not been forwarded mainly by the Germans but formed a part of the medieval colonization which - forging ahead step by step from West to East - seized whole Europe⁶. In the context of this insight modern research in Germany overcame the idea that this historical process rested upon a cultural superiority of the immigrants who in some regions completely replaced the inferior Slavs. In modern German historiography the term «Germania Slavica»⁷ is to signify the interaction of both German and Slavonic speaking people during the colonisation period when a process of linguistic unification and ethnic intermixture produced the «new German tribes» in the East (in German: «Neustämme»⁸, unlike the «old German tribes» = «Altstämme»

5. For more information about this position of German scholars see HACKMANN, Jörg, LÜBKE, Christian, *Die mittelalterliche Ostsiedlung in der deutschen Geschichtswissenschaft*, in: Historiographical Approaches to Medieval Colonization of East Central Europe. A Comparative Analysis against the Background of Other European Inter-Ethnic Colonization Processes in the Middle Ages, ed. Jan M. PISKORSKI, Boulder 2002, S. 179-219.

6. See Werner CONZE, *Ostmitteleuropa. Von der Spätantike bis zum 18. Jahrhundert*, ed. Klaus Zernack, München 1992; Klaus Zernack, «Ostkolonisation» in universalgeschichtlicher Perspektive, in: Universalgeschichte und Nationalgeschichten. Ernst Schulin zum 65. Geburtstag, ed. Gangolf Hübinger, Freiburg 1994, pp. 105-116.

7. Wolfgang H. FRITZE, *Germania Slavica. Zielsetzung und Arbeitsprogramm einer interdisziplinären Arbeitsgruppe*, in: *Germania Slavica* 1, ed. Wolfgang H. FRITZE, Berlin 1980, pp. 11-40; more about the emergence of that term: Christian LÜBKE, *Germania-Slavica-Forschung im Geisteswissenschaftlichen Zentrum Geschichte und Kultur Ostmitteleuropas e.V.: Die Germania Slavica als Bestandteil Ostmitteleuropas*, in: Struktur und Wandel im Früh- und Hochmittelalter. Eine Bestandsaufnahme aktueller Forschungen zur Germania Slavica, ed. Christian LÜBKE, Stuttgart 1998, pp. 17-29.

8. Walter SCHLESINGER, *West und Ost in der deutschen Verfassungsgeschichte des Mittelalters*, in: Festgabe für Paul Kirn zum 70. Geburtstag dargebracht von Freunden und Schü-

which lived in the West of the rivers Elbe, Saale and Enns) and by this means produced the German people as a whole itself. So the term «*Germania Slavica*» verbalizes the Slavic share in German history that until today gives its obvious evidence by the existence of a specific landscape of names (place-names and personal names), i.e. the historic German-Slavic contact-zone⁹; the Slavic place-names and particularly the Slavic-German mixed-names reflect the collaboration of German and Slavic individuals in the high medieval settlement activities (*aedificatio terrae*, «*Landesausbau*»). But research studies can only meet the requirements of a fair estimation of these interactions if they take into consideration the German-Slavic contacts in the centuries before and, above all, the Slavic preliminary conditions¹⁰.

It was in the context of this insight that researchers paid much more attention to the situation that already existed before the high medieval changes, i.e. to the history of the 6th to 11th century. The second phase of this particular period had always been very important for researchers in the Slavic lands and in Hungary, because Poland, Bohemia and Hungary, and moreover Rus' in the East, emerged in the 10th century. Consequently the appearance of their states around the year 1000¹¹ plays a tremendous

lern, ed. Ekkehard KAUFMANN, Berlin 1961, pp. 111-131; Karl BOSL, *Die Entstehung der ostdeutschen Neustämme*, in: Böhmen und seine Nachbarn. Gesellschaft, Politik und Kultur in Mitteleuropa, München-Wien 1976, pp. 166-175; Jürgen PETERSOHN, *Kolonisation und Neustammbildung. Das Beispiel Pommern*, in: Ostdeutsche Geschichts- und Kulturlandschaften, Teil III: Pommern, ed. Hans ROTHE, Köln-Wien, pp. 59-83.

9. In a sense the Slavic history of the lands which formed the Soviet occupation zone in Germany after 1945 and then the German Democratic Republic were something like a connective link to the Slavic States within the Soviet block, and this particular item of East Germany was intensively investigated by the historical sciences in the GDR. See e.g. Joachim HERRMANN, *Die Nordwestslawen und ihr Anteil an der Geschichte des deutschen Volkes*, Sitzungsbericht der Akademie der Wissenschaften der DDR 5/1972, Berlin 1973; *Die Slawen in Deutschland. Geschichte und Kultur der slawischen Stämme westlich von Oder und Neiße vom 6. bis 12. Jahrhundert*, ed. Joachim HERRMANN, Berlin 1985.

10. Unlike the research about the Slavs «in the West of (the rivers) Oder and Neiße» that was carried out in the GDR and that did not reach beyond this state frontier in the East studies in the Federal Republic about the same topic were predominately interested in the prehistory of the high medieval colonization and the emergence of the «new German tribes». For the first time this last concept of *Germania Slavica* studies was realized by the volume *Das Havelland im Mittelalter. Untersuchungen zur Strukturgeschichte einer ostelbischen Landschaft in slawischer und deutscher Zeit*, ed. Wolfgang RIBBE, Berlin 1987; newest: Hansjürgen BRACHMANN u.a., *Das Zisterzienserkloster Dargun im Stammegebiet der Zirzpanen. Ein interdisziplinärer Beitrag zur Erforschung mittelalterlicher Siedlungsprozesse in der Germania Slavica*, Stuttgart 2003.

11. A good overview about this time gives the book *Europe around the year 1000*, ed. Przemysław URBAŃCZYK, Warszawa 2001; much more voluminous: *Europas Mitte um 1000*.

role in the historical common memory of these nations. It had been in the 10th century that their dynasties became undisputed bearer of ducal power, and at the same time Christianity spread over their lands which were endowed with the institutions of the Christian church.

Research in the first phase, i.e. 6th to 9th centuries, for a long time was and in some extent still is a subject of speculations and hypothetic reconstructions, but time by time the basis of knowledge became more stable. This is due to the advancements in disciplines close to the historic sciences, mainly archaeology and linguistics, and besides them anthropological concepts proved to be very useful¹². The archaeological findings from Great Moravia in the 50ties of the 20th century can be perceived as something like the breakthrough for the research on the early history of East Central Europe. Such findings undoubtedly evidenced the formation of a first East European state-like organization in the 9th century which was characterized by the existence of a ducal dynasty and of effective organizational structures related to market, military, drafts and agriculture¹³. The Moravian Empire can be perceived as Slavic which is proved by the Slavic names of their princes and by the implementation of the Slavic language and Slavonic alphabet by the missionaries Kyrill and Method. But one must not forget that there were other ethnic elements, rooting from the Avars¹⁴ and other nomadic peoples from the step, and from the descendants of the late antique civilization in Pannonia.

It was the Polish historian Alexander Gieysztor who characterized the region in which the Moravian Empire emerged as a «grey zone»¹⁵. There

Beiträge zu Geschichte, Kunst und Archäologie, ed. Alfried WIECZOREK, Hans-Martin Hinz, Stuttgart 2000.

12. See e.g. Przemysław URBAŃCZYK, *Herrschaft und Politik im Frühen Mittelalter. Ein historisch-anthropologischer Essay über gesellschaftlichen Wandel und Integration in Mitteleuropa*, ed. Christian LÜBKE, Dittmar SCHORKOWITZ, Frankfurt 2007.

13. *Großmähren – ein versunkenes Slavenreich im Lichte neuer Ausgrabungen*. Ausstellung der Tschechoslowakischen Akademie der Wissenschaft im Museum für Vor- und Frühgeschichte, Schloß Charlottenburg, Berlin 1967/8; the role of the Moravian Empire as a pattern for the organizational structures of the later states in this region was particularly emphasized by the Czech historian Dušan TŘEŠTÍK, see e.g.: *Von Svatopluk zu Bolesław Chrobry. Die Entstehung Mitteleuropas aus der Kraft des Tatsächlichen und aus einer Idee*, in: *The Neighbours of Poland in the 10th Century*, ed. Przemysław URBAŃCZYK, Warszawa 2000, pp. 11-45.

14. For the Avars see Walter POHL, *Die Avaren, ein Steppenvolk in Mitteleuropa 567 - 822 n. Chr.*, München 2002.

15. Alexander GIEYSZTOR, *L'Europe nouvelle autour de l'an mil. La papauté, l'empire et les «nouveaux venus»*, Roma 1997; Alexander Gieysztor, *L'Europe chrétienne autour de l'an mille et ses nouveaux adhérents*, in: *Early Christianity in Central and East Europe*, ed. Przemysław URBAŃCZYK, Warszawa 1997, pp. 13-19.

are two reasons for such a perception. The first one is related to the political and cultural situation within the grey zone itself: There lived acephalous societies without hierarchic organization and without monarchic power, and their ways of life and material cultures were very similar. The second reason is related to the geopolitical situation of the region which was situated between the Roman Empires: the Frankish and Carolingian Empire in the West and the Byzantine Empire in the East; the lands lying inbetween had no political significance. But this situation was overcome in the 9th century, when individuals, groups and influences from outside penetrated the region and initiated the change of the relations which led into the period of state formation in East Central Europe¹⁶.

There were still other zones of ethnic diversity and cohabitation in Eastern Europe, amongst them the region where Germans and Slavs met each other in the course of the migrations of the Slavs to the West. Unfortunately written sources know very few about the German-Slav relations before the end of the eighth century¹⁷. But Slavic place-names show very clear that the Slavs crossed the rivers Elbe and Saale and settled in a region that extended up to some dozens of kilometres in the West of them. Some Slavic individuals even reached the Rhine, and smaller groups settled in the Upper Main region. Later, around 800, the Carolingians fixed the borders of their empire at Elbe and Saale. It is true that the Carolingians aimed to extent their supremacy over the Slavic tribes and societies in the East of those rivers, but they did not try to conquer them in the long term. As a result of the existence of Slavic people on both sides of the rivers there emerged marches which formed rather zones of exchange than dividing border-lands which would produce an ethnic and linguistic partition between Germans and Slavs. Quite the contrast the East of the Frankish Empire has to be perceived as a bi-lingual and bi-ethnic border-region that was called «mark» (march). Slavs living in this region became a part of the feudal system of the Franks and settled at the manors of the lords and of ecclesiastical institutions. Margrave Thakulf of the Sorabian

16. Christian LÜBKE, *Fremde im östlichen Europa. Von Gesellschaften ohne Staat zu verstaatlichten Gesellschaften (9. bis 11. Jahrhundert)*, Köln 2001; Christian LÜBKE, *Von Gesellschaften ohne Staat zu verstaatlichten Gesellschaften*, in: XVI Powszechny Zjazd Historyków Polskich, Pamiętnik, Tom I, Toruń 2000, pp. 137-146.

17. For an overview see Christian LÜBKE, *Die Erweiterung des östlichen Horizonts: Der Eintritt der Slaven in die europäische Geschichte im 10. Jahrhundert*, in: Ottonische Neuanfänge, ed. Bernd SCHNEIDMÜLLER, Stefan WEINFURTNER, Sigmaringen 2000, pp. 113-126; Christian LÜBKE, *Die Ausdehnung ottonischer Herrschaft über slawische Bevölkerung zwischen Elbe/Saale und Oder*, in: Otto der Große, Magdeburg und Europa, ed. Matthias PUHLE, Sigmaringen, pp. 65-75.

march was a characteristic representative of those regions. Thakulf was in office as «dux Sorabici limitis» in the middle of the 9th century. When he joined a war campaign of the Eastern Franks against the Slavs in Bohemia it was him whom the Slavs wanted to function as a negotiator, because he knew their language and customs¹⁸.

Some sources from that time show very clear that the Slavs were taken for common inhabitants of the lands in the East which formed a *patria*¹⁹ for both German and Slavic speaking individuals. Most of the Slavs in the scope of the Frankish feudal system had been welcomed by the landlords and were integrated into their estates and assimilated and christianized gradually, but in some regions like in Central Thuringia autonomous Slavic and pagan groups with their particular leaders existed still in the 12th century. Only clergymen sometimes took offence at the sight of such Slavs, but on the other hand they did not make efforts to convert them²⁰.

Talking about the ethnic diversity in East Central Europe one has to extend the perspective and take account of the far reaching trade that connected the «grey zone» with the Byzantine Empire and with the Caliphates of Bagdad and Cordoba. Since the end of the eight century the latest Scandinavian Vikings or that is to say Varangians or Rus' from Sweden regularly plied between the Baltic Sea in the North and the Black Sea and Caspian Sea in the South. On their ways they mainly used the Gulf of Finland and the rivers Neva, Volchov, Dnepr and Wolga. It is true that the Varangians frequently brought war and violence to the lands that were situated along their routes; and often they enslaved the native habitants living in the hinterland of the rivers²¹.

18. *Annales Fuldenses sive annales regni Francorum orientalis*, ed. Friedrich KURZE, in: *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores in usum schol.* 7, Hannover 1891; for further information about the *limes Sorabicus* see Lothar DRALLE, *Limes Sorabicus*, in: *Lexikon des Mittelalters*, vol. 5, München 1991, col. 1992 f.

19. The customs order of Raffelstetten from the beginning of the 10th century mentioned the «Slavs from this fatherland» (*Sclavi istius patriae*), i.e. Bavaria; see *Monumenta Germaniae Historica, Capitularia Regum Francorum* 2, no. 253, §§ 4, 6.

20. Bonifatius in a letter from 746/747 described the Slavs as *foedissimum et deterrum genus hominum* (*S. Bonifatii et Lulli epistolae*, ed. Michael TANGL, in: *Monumenta Germaniae Historica, Epistolae sel.* 1, ¹1955, no. 53, p. 150); see the comments by Erich DONNERT, *Studien zur Slawenkunde des deutschen Frühmittelalters vom 7. bis zum beginnenden 11. Jahrhundert*, in: *Jahrbuch für Geschichte der UdSSR und der volksdemokratischen Länder Europas* 8 (1964), pp. 289–358, here pp. 304 ff.

21. There is an immense number of publications on that topic; see e.g. *Oldenburg - Wolin - Staraja Ladoga - Novgorod - Kiev. Handel und Handelsverbindungen im südlichen und*

But one may not ignore the trade-aspect of their actions which after all helped to create a trade-system with particular rules that were accepted and used in vast territories. The best example for the functioning of this system is the spread of the two-armed folding scales and sets of standardised weights which were imported from the Islamic world²². This system functioned along with the establishing of such places where various ethnic communities lived together. In the last decades there was a remarkable increase of knowledge about such early medieval multi-ethnic settlements, particularly about the pre-urban settlements which arose at the coast of the Baltic Sea, like Haithabu, Reric (Groß-Strömkendorf), Birka, Wolin, Truso and Staraja Ladoga. But such places which were called *emporium* in the Latin written sources existed in the inlands as well. They formed something like ports of trade which were not under the direct control of the powerful men and such were very attractive to the foreign traders. In the light of only humble news from the written sources and of the increasing archaeological findings the emporia have to be considered as something like vanguards for the peaceful cohabitation of individuals who were distinguished by their ethnicity. And they can be perceived as portholes, by which not only the commodities found their ways into and out of the «grey zone», but also stimuli for the exchange. Such stimuli came in from the periphery since 9th century and were transmitted and spread by the transit trade that provided regional rulers by means to maintain strong armed retinues (in Oldrussian they were called *družiny*): silver coins from the muslim world, weapons and luxury goods. The equivalents which were brought into the far-reaching trade originated from tributes and taxes paid in food (grain) and products of the wood (honey, wax, furs), but the biggest profit was earned by the sale of slaves, principally war prisoners²³.

östlichen Ostseeraum während des frühen Mittelalters, Mainz 1988; *Wikinger-Waräger-Normannen. Die Skandinavier und Europa 800-1200*, ed. Else ROESDAHL, Berlin 1992 (Katalog zur XXII. Kunstausstellung des Europarates); Wladyslaw DUCZKO, *Viking Rus - studies on the presence of Scandinavians in Eastern Europe*, Leyden 2004.

22. Heiko STEUER, *Gewichtsgeldwirtschaften im frühgeschichtlichen Europa. Feinwaffen und Gewichte als Quellen zur Währungsgeschichte*, in: Der Handel der Karolinger- und der Wikingerzeit, ed. Klaus DÜWEL, Göttingen 1987 (Untersuchungen zu Handel und Verkehr der vor- und frühgeschichtlichen Zeit in Mittel- und Nordeuropa 4), pp. 405-527.

23. Christian LÜBKE, *Kriegsgefangene im mittelalterlichen Osteuropa. Ein Beitrag zur Frage der Ansiedlung slawischer Gefangener im Wendland in vergleichender Sicht*, in: Rundlinge und Slawen, ed. Wolfgang JÜRRIES, Lüchow-Danneberg 2004, pp. 78-89.

These were the economic structures that allowed the rise of the first Slavic empire in the horizon of the East-Frankish Empire: Great Moravia in the 9th century, then followed by the realms of the East-European princely dynasties since the 10th century, the Rjurikids in Old-Russia (i.e. Kievan Rus'), the Piasts in Poland, the Přemyslids in Bohemia and the Árpads in Hungary. But such powerful princes did not step out in the marches, i.e. in the immediate neighbourhood of the East-Frankish Empire and its subsequent kingdom ruled by the Saxon Ottones in 10th century, who for a time participated in this system. Quite the contrary the map of the Slavs between the rivers Elbe and Saale in the West and the Oder in the East shows a variety of autonomous tribes that only partly formed federations or were bound together by temporarily ruling princes²⁴. And there was not at all an ethnonym or a collective name for all the Slavs between the Empire at the one hand and the rising states of Bohemia and Poland at the other hand. One should designate them as «Polabian Slavs» (in German: Elbslaven) – a name that is derived from the Slavic name of the Elbe (Laba) and was used by Czech and Polish historians already in 19th century. It seems to be symptomatic for this part of the Slavic world, that the Polabians and their neighbours at the Baltic coast, the Pomoranians, preserved their archaic ways of life and their particular forms of political organisation. But it is remarkable, that of all Slavic peoples just these acephalous and «segmental» societies were able to keep not only their traditional pagan creeds but also their freedom from princely domination more successfully and longer than any others., i.e. till the 12th century.

This even came true though the Saxon rulers of Germany and of the Roman Empire did not pursue the retentiveness of the Franks related to the Polabians. Quite the contrary the beginning of a real, planned «Eastern policy» of the authorities in Germany towards their Slavic neighbours began with the reign of king Henry I (919-936)²⁵. It were the Hungarians who gave the reason for his actions. The Hungarians had crossed the Carpathians at the end of the 9th century and then occupied the Danube low lands, defeated the Moravians and Bavarians and started their raids against Italy, France and Germany. The land of the Daleminci, a Slavic tribe at the

24. The history of this particular region is posed in a chronological order by Christian LÜBKE, *Regesten zur Geschichte der Slaven an Elbe und Oder (vom Jahr 900 an)*, vol. I-V, Berlin 1984-1988.

25. Lothar DRALLE, *Zu Vorgeschichte und Hintergründen der Ostpolitik Heinrichs I*, in: Europa slavica - Europa orientalis. Festschrift für Herbert Ludat zum 70. Geburtstag, ed. Klaus Detlef GROTHUSEN u.a., Berlin 1980, pp. 99-126.

middle Elbe, became a basis for Hungarian attacks on Thuringia and Saxony which hit the possessions of the Saxon duke Otto and his son Henry, the later king. In this situation one can find the starting point of strategic plans to control the Polabian regions eastward of the Elbe and Saale rivers and even Bohemia, which came true in the phase of a nine years armistice between king Henry and the Hungarians. But after Henry had overcome all Slavic regions in the East of his kingdom and even defeated the Hungarians in 933 a coup d'état in Bohemia supplied the foundation for the further autonomous development of the Přemyslide Czech state: Vaclav of Prague who had been compliant to the Saxon supremacy fell a victim of his brothers ambush, and when Boleslav I seized the power he succeeded in joining the Czech tribes under the leadership of Prague. It is true the Přemyslide princes later on had to take an oath of fealty by times, but inside Bohemia they kept its right of self-government. The cult of the Christian martyr Vaclav soon played an important role in developing an ideology for the new state that mainly based on the power of the dynasty, on the existence of a national church under the bishop of Prague, on the efficiency of a military retinue and on the profits received from the trade with its central market place in Prague, the most important all over Central Europe. Later on the organisation of the services of all inhabitants of the land formed the economic basis of the ducal power. There were parallel systems in organising and administering the country under the rule of the Polish Piasts and the Hungarian Árpads.

The further development of the Slavic tribes in the North of the Ore-Mountains was completely different. Henry I and much more his son and successor Otto I (the Great) broke the resistance of the Polabians, gave the power in the conquered regions in the hands of their secular and ecclesiastical representatives and donated estates to their loyal nobles and the church; the bonds connecting the Eastern parts of Saxony, especially in the Harz mountain range, and of Thuringia with the lands East of the Saale grew gradually, and the new landowners in some cases took colonising measures. In this region the former elite of the Slavic tribal segments was set aside, if not killed. The notice of the Saxon chronicler Widukind from the late thirties of 10th century that margrave Gero killed almost thirty Slavic «principes barbarorum»²⁶ is often perceived as an evidence for the hostility between Germans and Slavs

26. *Widukindi monachi Corbeiensi rerum gestarum Saxonicarum libri tres*, ed. Paul HIRSCH, *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores in usum schol.* 60, Hannover 1935, II/20.

and for the planned eliminating of the Slavic elites. But at the same time Slavic rulers collaborated with the Saxon authorities and may have been integrated in the Saxon society. And in the North of Polabia, at the Baltic Sea, there existed the Abodrite-dynasty of the Nakonides who by times worked together with the dukes of Saxony and ruled continuously with some interruptions caused by pagan reactions. One of the Abodrite princes, Gottschalk whose name reflects his Christian education in Lüneburg, lived as an adventurer who fought against the Saxons, then belonged to the followers of the Anglo-Danish king Knut the Great, came back to his homeland, defeated the pagan reaction, promoted Christian mission and built a principality that was on the way to form an autonomous state before he lost his life in a new pagan reaction. One of his successors, Heinrich, ruled as a Christian prince over a pagan society. Later on, in the last decades of the 12th century, the Abodrite princes were partly integrated into the feudal system of Germany and became dukes of Mecklenburg²⁷.

In the 10th century Brandenburg at the Havel River and Meißen at the Elbe became the most important strongholds of king Otto, whose victories over the pagans (Hungarians and Slavs) formed a decisive reason for his coronation as a Roman Emperor in 961 and for the foundation of the archbishopric in Magdeburg in 968. Actually the new emperor and his Saxon followers were much more interested in dominion and tributes than in the conversion of the pagan Slavs to Christianity; the new ecclesiastical institutions like the bishoprics in Brandenburg and Havelberg were endowed among others with a tribute that was paid by Slavic tribes in silver – a fact that shows the participation of the Polabians in the transcontinental trade. They disposed of the Islamic silver coins which, however, they did not use in terms of the value of the coins. Silver objects were hacked in small pieces which were valued related to their weight. This was the reason why merchants always had the scales with themselves. The most important place for the influx of silver in the reach of the Polabian marches were Prague in Bohemia and Wollin at the mouth of the Odra. Trading activities in the region between these two places formed incentives for the potential Saxon nobles like the margraves Die-

27. Wolfgang H. FRITZE, *Probleme der abodritischen Stammes- und Reichsverfassung und ihrer Entwicklung vom Stammestaat zum Herrschaftsstaat*, in: Siedlung und Verfassung der Slaven zwischen Elbe, Saale und Oder, ed. Herbert LUDAT, Gießen 1960, pp. 141-219; Bernhard FRIEDMANN, *Untersuchungen zur Geschichte des abodritischen Fürstentums bis zum Ende des 10. Jahrhunderts*, Berlin 1986.

trich and Ekkehard who got deeply engaged in the Slavic regions²⁸ and stepped into contact with the Polish Piasts who tried to conquer Wollin and Silesia, a region that was traversed by the trade route from Prague to Cracow and Kiev.

When Otto's the Great son Otto II began his reign the whole region up to the Oder River was already integrated ecclesiastically into the German Church and administratively into the organisation of the marches. «Burgwards», in the centres of which Saxon military forces may have been stationed, began to spread from the South to the North, and churches and monasteries may have been built in the diocese of Starigard/Oldenburg²⁹ which was inhabited by the Abodrites. Germania Slavica then had reached an extension that got larger only in the second half of the 12th century. But it was rather reduced since 983, when an uprising of the Slavs in the North completely surprised the Saxon authorities and destroyed the signs of the imperial power and of the Christian church. Margraves and bishops had to flee from the sees in Starigard/Oldenburg, Brandenburg and Havelberg, where they could come back only in the mid of the 12th century³⁰.

So, at the end of the 10th century the Polabians in the North turned from a bundle of tribes into a strong and well-organised federation, whose members were called by a new name: Luticians³¹. It were undoubtedly paganism and hatred for the authorities of the Christian church and of the empire that gave the motives for their revolt; and it was a political organisation that grounded on public meetings in a pagan temple which bound together the individuals of the different tribes. Indeed, if compared with the new rising Christian states in Poland, Bohemia, Hungaria and Russia the political and social structures of the Luticians seemed to be archaic;

28. The whole context is best analysed by Herbert LUDAT, *An Elbe und Oder um das Jahr 1000. Skizzen zur Politik des Ottonenreiches und der slavischen Mächte in Mitteleuropa*, Köln 1971.

29. *Starigard/Oldenburg. Ein slawischer Herrschersitz des frühen Mittelalters in Ostholstein*, ed. Michael MÜLLER-WILLE, Neumünster 1991.

30. FRITZE, W. H., *Der slawische Aufstand von 983 - eine Schicksalswende in der Geschichte Mitteleuropas*, in: Festschrift der Landesgeschichtlichen Vereinigung für die Mark Brandenburg zu ihrem hundertjährigen Bestehen 1884-1984, ed. Eckart HENNING und Werner VOGEL, Berlin 1984, S. 9-55; Christian LÜBKE, *Religion und ethnisches Bewußtsein bei den Lutizen*, in: Świata 40 (1995), S. 70-90.

31. Wolfgang BRÜSKE, *Untersuchungen zur Geschichte des Lutizenbundes*, Köln 1955; Wolfgang Fritze, *Lutizen*, in: Lexikon des Mittelalters, vol. 6, München 1993, col. 23-25; see further Christian LÜBKE, *Forms of Political Organisation of the Polabian Slavs (until the 10th Century)*, in: Origins of Central Europe, ed. Przemysław URBAŃCZYK, Warsaw 1997, pp.115-124.

but they helped to preserve their ethnic identity and independence for more than 150 years. And, in opposition to the partly horrific reports of the Saxon chroniclers, the Pagans promoted the coming of Christian traders, and archaeological findings show that - compared with the neighbours - their country went not to waste with regard to culture and economy³².

It was the crisis caused by the Lutician uprising that intensified the military and strategic collaboration of the Empire at the one hand and the power in the rear of the Luticians at the other hand, i.e. the state of the Polish Piast dynasty. Prince Mieszko, who died in 992, repeatedly helped the German armies against the pagan Slavs, and his son Bolesław the Brave celebrated a magnificent reception of emperor Otto III in his capital Gniezno at Easter of the year 1000; Otto called him *cooperator imperii*, became the godfather of his youngest son and arranged the marriage of his successor Mieszko II. with an imperial princess, Richeza. As the Piasts had engaged themselves in the central and southern parts of Polabia and were in close contacts with the families of the margraves of Brandenburg and Meißen it seemed, as if the Saxons and the Poles would share control over the Polabian lands in the future, after having defeated the pagan reaction. But history went a completely different way when Otto, in the age of twenty one, died in 1002 and his successor Henry II. turned back sharply, entered into a league with the pagan Luticians and stepped into a war against Poland.³³ In a long perspective this decision determined the politics of his successors in relation to the princes of the new states, i.e. persistence in the imperial supremacy. Aiming at this the German Kings (and Roman emperors) made military expeditions against Poland until the late 12th century which were not successful in the most cases.

In the meantime wars against Poland that hit the Southern Polabian marches as well came to an end only in the fourth decade of the 11th century. But this was not the only reason why there was no prosperous development there; it seems as if the Saxon masters then mostly aimed at rapid and profitable plundering of their lands and of the Slavic inhabitants who permanently lived in the danger to be sold as slaves. This was the usual sentence for punishable Slavic dependants and the fate of war-pris-

32. Christian LÜBKE, *The Polabian alternative: paganism between Christian Kingdoms*, in: Europe around the Year 1000, ed. Przemysław URBAŃCZYK, Warsaw pp. 379-390.

33. This political turning point is a subject of discussion in the book *Otto III. – Heinrich II.: eine Wende?* Ed. Bernd SCHNEIDMÜLLER, Stefan WEINFURTER, Sigmaringen 1997; see in this book particularly: Knut GÖRICH, *Eine Wende im Osten: Heinrich II. und Boleslaw Chrobry*, pp. 95-167.

oners, and it seems as if the interdiction to sell Christians to infidels (esp. to Jews) often was broken. Anthropological research in the skeletons of graveyards of that time show that the Slavs, compared to their neighbours in the West of the Saale River, did not grow very old.

Conditions changed slowly since the last decades of the 11th century, what then might be an outcome of the general European economy: The rise of towns and the growing division of labour promised profits from agricultural activities. So the actions of Wiprecht of Groitzsch³⁴ may be characteristic for the new situation. Born around 1050 as a descendant of Slavs himself he had been a ward of Udo of Stade, who by times was margrave in Meißen. Wiprecht's rise began, when he exchanged his possessions in the land Belcsem left of the Elbe River for tenure in Groitzsch (south of Leipzig), where he came into conflict with other German nobles who possessed land there. Being supported by king Henry IV and by the Czech prince and king Vratislav, whom he had served with his sword before and whose daughter he married, Wiprecht successfully enforced his pretensions in bloody fights with his rivals. In times of the Saxon wars he acquired new feudal tenures and possessions from both the kings and from ecclesiastical lords. When in 1123 he became margrave in Lusatia and Meißen he already had acquired territories suitable for systematic colonization by means of settling colonists from Franconia and advancing pre-urban structures. As expiation for his bloody deeds he founded the first monastery East of the Saale in Pegau³⁵ (1096) that played an important role in his activities which were distinctive for a new era when the authorities of the Empire conquered the lands of the Slavs not aiming at tributes but at profits from the growing of cereals. Expectations for such profits became only reasonable with the division of labour and with the growth of the towns whose burghers paid money for the grain. Soon these interrelations became comprehensible and the lords and bishops began to invest into colonization.

It was some years later when for the first time missionary aims were linked with the idea of colonisation. Then, in the year 1108, the archbishop of Magdeburg and other magnates invited Saxons, Franks,

34. Hansjürgen BRACHMANN, *Groitzsch - Zentrum einer frühen Landesherrschaft im sorbischen Siedlungsgebiet östlich der Saale*, in: Lokalne ośrodki władzy państowej w XI-XII wieku w Europie Środkowo-Wschodniej, Wrocław 1993, pp. 187-201.

35. Hans PATZE, *Die Pegauer Annalen, die Königserherbung Wratislaws von Böhmen und die Anfänge der Stadt Pegau*, in: Jahrbuch für die Geschichte Mittel- und Ostdeutschlands 12, 1963, pp. 1-62.

and Lotharingians to take into possession the land of the pagans³⁶. At the same time the Polish prince Bolesław III Wrymouth successfully made war against the Pomeranians and planned to expand his superiority westward upon the Oder; for this purpose he favoured the missionary actions of bishop Otto of Bamberg in the region of the Oder mouth. But Bolesław came into conflict with the Danish king and with the German lords whose protection sought the Pomeranian prince Wartislav; in 1135 Bolesław had to take the Isle of Rugia and Pomerania as feudal tenures from emperor Lothar thus acknowledging the superiority of the empire over Slavic lands that had not been conquered yet³⁷.

The engagement of Saxon lords, of the Polish and German kings and of ecclesiastical dignitaries in Polabia and Pomerania were signs of the growing pressure upon the last pagan lands in the heart of Europe, where the Luticians had lost their power already in the second half of the 11th century, being followed partly by already baptised regional princes who ruled over pagan societies, however. The appeal from 1108 already contained the idea of a crusade not against those enemies of Christianity who threatened the Holy land but against the pagan neighbours in Central Europe. This idea was realised in 1147³⁸; but then the lords from Saxony, accompanied by the Danish king, in the first place aimed to prevent their rivals from the subjection and conversion of the pagans. Margrave Albrecht the Bear soon won the power over the region of the river Havel by a contract of inheritance with the last Slavic prince of Brandenburg, Pribislav; and duke Henry the Lion of Saxony subjugated the Abodrites since 1155; finally the Danes conquered the island of Rugia and destroyed the last pagan temple at Cap Arkona in 1168. Soon the new German, Danish and - in the East - Slavic rulers and their vassals took suitable actions to transform and colonise the conquered land by the help of monasteries (mainly founded by the Cistercians) and settlers from the West. The

36. *Urkundenbuch des Erzstifts Magdeburg*, Teil 1: 937-1192, ed. Friedrich ISRAEL, Magdeburg 1937, no. 193; see to this topic: Peter NEUMEISTER, *Die slawische Ostseeküste im Spannungsfeld der Nachbarmächte (bis 1227/1239)*, in: Zwischen Reric und Bornhöved. Die Beziehungen zwischen den Dänen und ihren slawischen Nachbarn vom 9. bis ins 13. Jahrhundert, ed. Ole HARCK, Christian LÜBKE, Stuttgart 2001, pp. 37-57.

37. Jürgen PETERSOHN, *Der südliche Ostseeraum im kirchlich-politischen Kräftespiel des Reichs, Polens und Dänemarks vom 10. bis 13. Jahrhundert. Mission, Kirchenorganisation, Kulturpolitik*, Köln 1979.

38. Friedrich LOTTER, *Die Konzeption des Wendenkreuzzugs. Ideengeschichtliche, kirchenrechtliche und historisch-politische Voraussetzungen der Missionierung von Elb- und Ostseeslawen um die Mitte des 12. Jahrhunderts*, Sigmaringen 1977.

eyewitness of these deep changes, the chronicler Helmold of Bosau then stroke the balance, that by the grace of God «the whole Slavic region between the Baltic Sea and the Elbe River has been transformed to a settlement region of the Saxons»³⁹.

By this means the Polabian marches formed the first stage where rules and measures of the whole economic and social transformation were proved. They were subsumed as «the German law» (*ius Theutonicum*) and then exported to other lands in East Central Europe, to Poland, Bohemia and Hungary, where they affected the conditions of life as well. Inasmuch as the settlers who immigrated from outside and who were welcomed as «guests» (*hospites*) they were endowed with privileges which were confirmed by documents. Thus ethnic diversity was made permanent and as legacy of the Middle Ages preserved until 20th century.

39. *Helmoldi presbyteri Bozoviensis cronica Slavorum*, ed. Bernd SCHMEIDLER, Hannover 1937 (Monumenta Germaniae Historica, Scriptores in usum scholarum 32), II/cap. 110.

Los vikingos en Inglaterra: un enfoque arqueológico

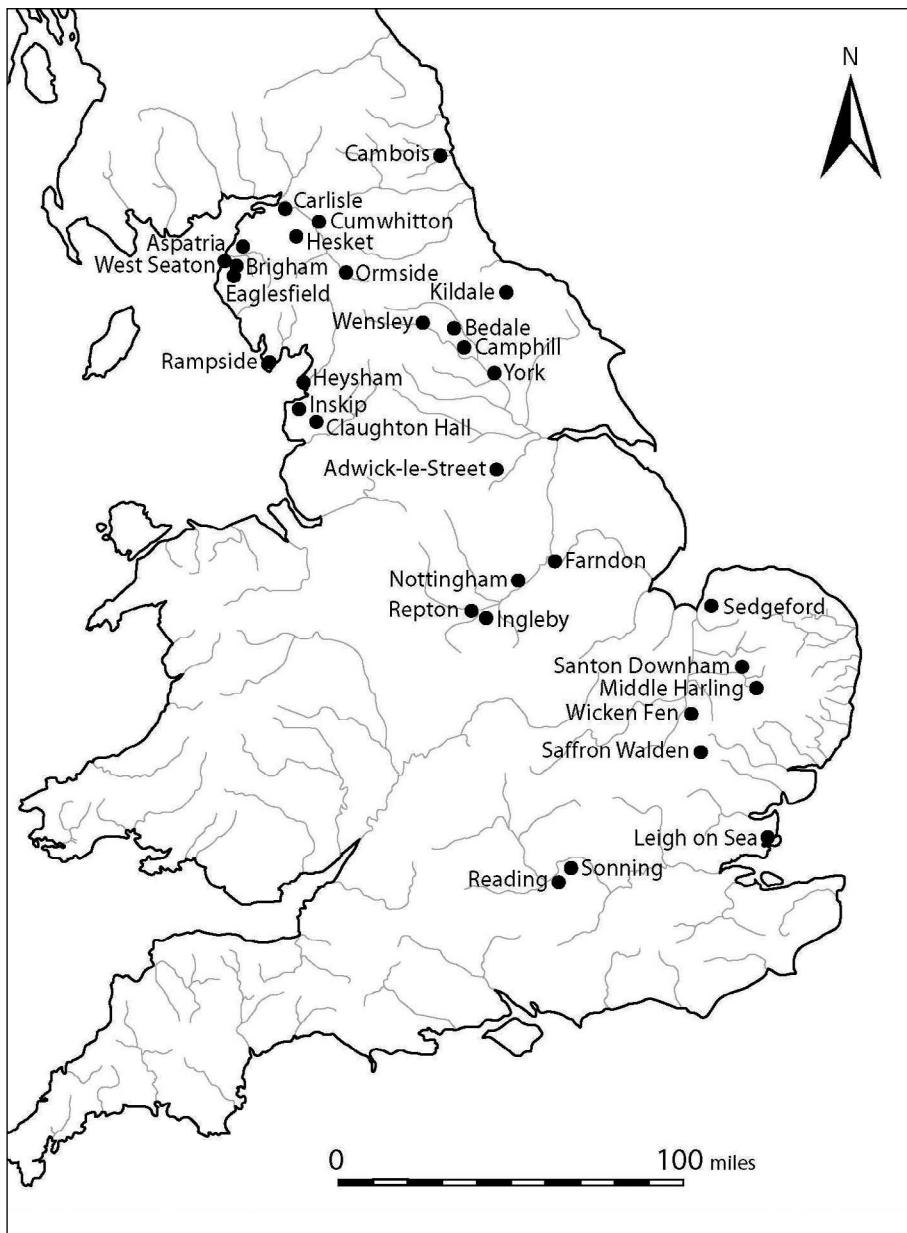
Dawn M. Hadley

En comparación con el estudio de los pobladores germánicos en Bretaña durante el período post romano, la contribución arqueológica al estudio de los vikingos en Inglaterra en los siglos IX y X ha sido insig- nificante. En parte, esto se debe a que la variedad de vestigios y empla- zamientos que pueden ser considerados incuestionablemente de origen escandinavo es limitada. Por ejemplo, enterramientos identificados como escandinavos sobre la base de la cremación e inhumación con ajuar (prácticas que los anglosajones habían abandonado tiempo atrás) sólo han sido localizados en unos 30 yacimientos, la mayoría de los cuales tienen solamente uno o dos enterramientos de este tipo [1]. Tradicionalmente, se considera que sólo tres asentamientos rurales tienen origen escandinavo, ninguno de los cuales presenta materiales característicamente escandina- vos; parece que fueron identificados principalmente como asentamientos posiblemente escandinavos porque se ubican en las altiplanicies en las que se supone que los escandinavos se establecieron. El análisis de la cultura material ha sido el pilar de los estudios arqueológicos sobre los vikingos, cuyas monedas, esculturas en piedra y joyería son los elemen- tos comúnmente estudiados, y han sido esenciales para la elaboración de mapas de distribución que supuestamente muestran los lugares donde los escandinavos se asentaron.

Aunque indudablemente restringidas por el limitado conjunto de da- tos, las contribuciones arqueológicas a nuestra comprensión sobre el im- pacto escandinavo en Inglaterra también se han visto disminuidas por una consistente falta de compromiso respecto a los recientes debates sobre la construcción de las identidades étnicas, y sólo ha existido una discusión limitada sobre el papel de la cultura material en expresiones de la identi- dad política y social. El enlace de la evidencia arqueológica con la agenda histórica también limitó de manera discutible los temas que normalmente

IMAGEN 1

Enterramientos identificados como escandinavos basados en la cremación e inhumación con ajuar



debían abordarse, mientras que la tendencia a percibir a los colonos escandinavos como una masa no diferenciada ha hecho que la diversidad del registro arqueológico sea desconcertante para muchos estudios que buscan un rasgo característicamente escandinavo en el registro material. En este trabajo, deseo abordar la contribución que puede brindar la arqueología a nuestra comprensión de la interacción y aculturación anglo escandinava, centrándome, de manera particular, en la cultura material del señorío y en las interrelaciones entre etnicidad y estatus social. Los textos escritos nos dicen que los escandinavos comenzaron a establecerse en algunas partes del norte y este de Inglaterra aproximadamente desde los años 870, no obstante, brindan pocas evidencias sobre los procesos de asentamiento y aculturación que siguieron, y sólo la evidencia arqueológica puede iluminar estos procesos.

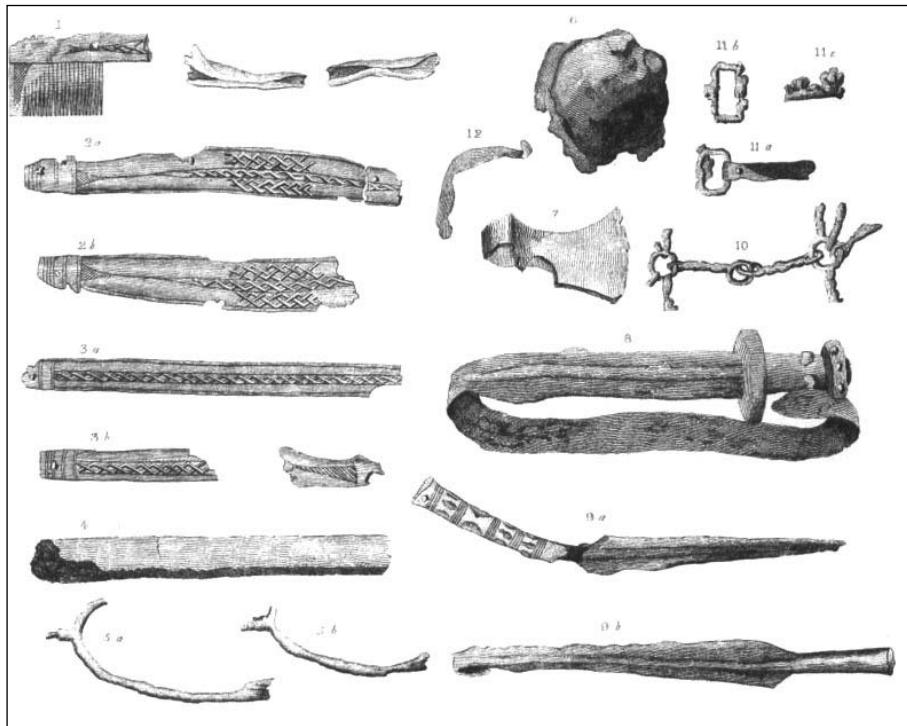
La evidencia funeraria

Varios estudios han catalogado las sepulturas de los escandinavos en Inglaterra identificándolas sobre la base de la cremación o inhumación con ajuar funerario; sin embargo, aparte de indicar las ubicaciones de las incursiones y de los asentamientos escandinavos, el corpus funerario ha sido poco aprovechado en los estudios sobre el impacto escandinavo [2]¹. Dada la existencia de recientes estudios acerca de la cualidad manipulable de la identidad étnica, ¿Acaso podemos estar seguros de que incluso este insignificante corpus funerario realmente incluye solamente sepulturas de escandinavos, dado que son pocas las sepulturas muy elaboradas y que muchas incluyen vestigios de fabricación no escandinava? Entre los estudiosos de las migraciones anglosajonas tempranas, existe la reciente e importante duda sobre si es factible, a partir de sus rituales funerarios, identificar a los grupos germánicos que llegan teniendo en cuenta la correlación entre rito funerario y lugar de origen. Se considera ahora que probablemente haya sido normalmente oscurecida por la «emulación de élite» de la población británica indígena respecto a los recién llegados². Sin embargo,

1. J.D. RICHARDS, «The case of the missing Vikings: Scandinavian burial in the Danelaw», en S. LUCY y A. REYNOLDS (ed.), *Burial in Early Medieval England and Wales*, London, 2002, pp. 156-70. J.C. GRAHAM-CAMPBELL, «Pagan Scandinavian burial in the central and southern Danelaw», en J.C. GRAHAM-CAMPBELL, R.A. HALL, J. JESCH y D.N. PARSONS (ed.), *Vikings and the Danelaw. Select Papers from the Proceedings of the Thirteenth Viking Congress*, Oxford, 2001, pp. 105-23.

2. S. LUCY, *The Anglo-Saxon Way of Death*, Stroud, 2000, pp. 173-81.

IMAGEN 2
Hesket-in-the-Forest (Cumberland)



aunque dicha perspectiva resulta aceptable para los siglos V y VI, parece poco probable que la emulación de élite sea un modelo relevante para explicar mucho, o absolutamente nada, sobre el corpus funerario aparentemente efímero, más bien limitado, tradicionalmente asignado a los escandinavos en Inglaterra. Más bien, considero probable que la mayoría, sino todo el pequeño corpus de inhumaciones y cremaciones elaboradamente equipadas que apareció durante un corto período, aproximadamente en los 900, en Inglaterra pertenece, en efecto, a los escandinavos. Los enfoques científicos actuales ofrecen la posibilidad de una prueba objetiva de esta afirmación. Los isótopos de oxígeno y estroncio fijados en los dientes durante la infancia provienen del agua que se bebe que, en sí misma, es regionalmente diferente sesgún la geología local, y por ende, el análisis de estos isótopos estables puede revelar el lugar de origen de una persona. Dicho enfoque demostró recientemente que un hombre sepultado con armas en Repton (Derbyshire), y una mujer con broches ovales característicamente escandinavos sepultada en Adwick-le-Street (Yorkshire) pasaron sus

primeros años en Escandinavia³. Así pues, en estos dos casos, a estas dos personas de origen escandinavo se les concedió un tipo de sepultura característica de las prácticas escandinavas contemporáneas. Las cremaciones en 59 túmulos en Heath Wood, Ingleby (Derbyshire) constituyen también, sin duda, un cementerio escandinavo, dado el radical contraste con las tradiciones anglosajonas del siglo IX⁴.

Sin embargo, esto no significa aceptar que dichas sepulturas fuesen un mero reflejo pasivo de la identidad escandinava. Varias características de las sepulturas de tipo escandinavo en Inglaterra indican que fueron construidas por grupos que se interesaban por temas diversos, e intentaban no sólo prestar atención a su pasado escandinavo, sino también a las circunstancias de conquista y asentamiento presentes. La mayor parte de ellas se ubicaban en asentamientos visibles en el paisaje, en la cima de las colinas, bajo túmulos, cerca de iglesias o en cementerios pre-existentes, y esto posiblemente sirvió para transmitir una reclamación de autoridad, posesión de tierras y estatus por parte de quienes construyeron y se relacionaron con estas expresiones funerarias⁵. Esta pretensión fue aparentemente reforzada por la inclusión, entre los objetos de la tumba, de armas, hebillas y monedas carolingias y anglosajonas como botines de guerra y como expresiones de estatus que hacían referencia a un repertorio internacional⁶. Como contraste, las inusuales características del cementerio en Heath Wood llevaron al excavador, Julian Richards, a deducir que había sido establecido en un momento de conflicto militar, probablemente a finales del siglo IX, cuando los escandinavos estaban en una situación precaria y buscaban apuntalarla a través de una expresión de filiación religiosa, política y militar: una declaración funeraria explícita de su condición de escandinavos⁷.

3. P. BUDD, A. MILLARD, C. CHENERY, S. LUCY y C. ROBERTS, «Investigating population movement by stable isotope analysis: a report from Britain», *Antiquity*, 78 (2004), 127-41. G. SPEED y P. WALTON ROGERS, «A burial of a viking woman at Adwick-le-Street, South Yorkshire», *Medieval Archaeology*, 48 (2004), 51-90.

4. J.D. RICHARDS, «Excavations at the Viking Barrow cemetery at Heath Wood, Ingleby, Derbyshire», *Antiquaries Journal*, 84, 23-116.

5. D. GRIFFITHS, «Settlement and acculturation in the Irish Sea region», en J. HINES, A. LANE y M. REDKNAP (ed.), *Land, Sea and Home*, Leeds, 2004, pp. 125-38. RICHARDS, «The case of the missing Vikings».

6. G. HALSALL, «The Viking presence in England? The burial evidence reconsidered», en D.M. HADLEY y J.D. RICHARDS (ed.), *Cultures in Contact: Scandinavian settlement in England in the ninth and tenth centuries*, Turnhout, 2000, pp. 259-76.

7. J.D. RICHARDS, «Pagans and Christians at the frontier: Viking burial in the Danelaw», en M.O.H. CARVER (ed.), *The Cross Goes North: processes of conversion in northern Europe AD*

Llama especialmente la atención que muchas de las sepulturas con ajuar funerario se ubiquen cerca de iglesias. Por ejemplo, las excavaciones de Martin y Birthe Biddle en Repton, donde el «gran ejército» vikingo pasó el invierno de 873-4, revelaron una serie de sepulturas con ajuar adyacentes a la iglesia [3]⁸. Una fosa común con aproximadamente 264 personas se localizó en un antiguo mausoleo, y todo el edificio fue sellado posteriormente con un túmulo cubierto de piedras bajas. Evidentemente, estos restos óseos fueron traídos de sus lugares originales de enterramiento en otro lugar, dada la escasez de pequeños huesos de las manos y de los pies, que normalmente se dejan de lado cuando los esqueletos se trasladan de lugar. La datación radiocarbónica del material óseo revela que algunos de los restos preceden probablemente a la estancia de los vikingos en Repton, y que el mausoleo habría sido utilizado previamente como osario, pero la presencia en el osario de monedas de los años 870 y de armas, indica claramente que la forma final del depósito fue establecida por los escandinavos. Existe una antigua referencia a que a finales del siglo XVII se veía la sepultura central de un guerrero, pero fue posteriormente destruida. El depósito parece constituir la evidencia de que los escandinavos utilizaron un antiguo monumento cristiano, quizá un antiguo osario de Mercia, que adoptaron como lugar para enterrar a algunos de sus propios difuntos. Además, parece haber sido más que una simple medida de emergencia en relación con una batalla, dado que hay pocos traumatismos por heridas en los restos óseos. Julian Richards describió este despliegue funerario como una forma de investir el nuevo orden con la autoridad del pasado⁹.

En este contexto, el conjunto funerario de Repton puede considerarse como parte de la estrategia vikinga de conquista política, mostrando una presencia muy visible en un importante monasterio real de Mercia, y recurriendo en el proceso al poder del lugar y de antiguas asociaciones¹⁰. El gran ejército fue responsable de derrocar al gobernante titular

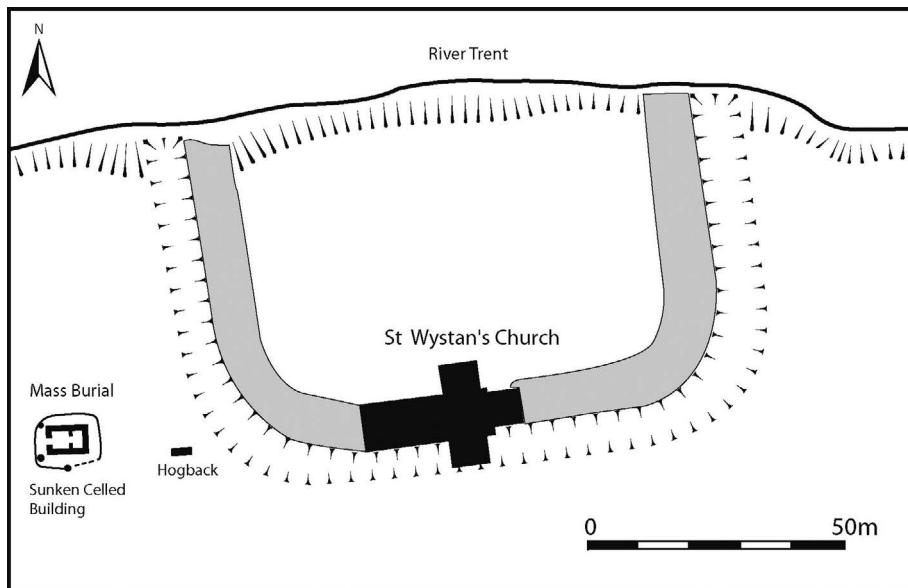
300-1300. Woodbridge, 2003, pp. 383-95. J.D. RICHARDS, «Excavations at the Viking Barrow cemetery at Heath Wood».

8. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton and the «great heathen army», 873-4», en J.C. GRAHAM-CAMPBELL, R.A. HALL, J. JESCH y D.N. PARSONS (ed.), *Vikings and the Danelaw. Select Papers from the Proceedings of the Thirteenth Viking Congress*, Oxford, 2001, pp. 45-96.

9. J.D. RICHARDS, «Boundaries and cult centres: viking burial in Derbyshire», en J.C. GRAHAM-CAMPBELL, R.A. HALL, J. JESCH y D.N. PARSONS (ed.), *Vikings and the Danelaw. Select Papers from the Proceedings of the Thirteenth Viking Congress*, Oxford, 2001, pp. 97-104.

10. D.M. HADLEY, *The Vikings in England: settlement, society and culture*, Manchester, 2006, pp. 12-15.

IMAGEN 3
Repton (Derbyshire)



de Mercia y reemplazarlo por alguien que habría sido un representante de la rama rival de la familia real de Mercia y con quien, años más tarde, el ejército compartió el control sobre el reino de Mercia¹¹. Se han encontrado sepulturas con armas cerca de iglesias en otros lugares, por ejemplo, en Wensley (Yorkshire), Kildale (Yorkshire) y Santon Downham (Norfolk), y se han encontrado armas vikingas durante las excavaciones modernas de tumbas en varios cementerios de iglesias, lo que sugiere la alteración de las sepulturas con ajuar¹². Lamentablemente, al contrario que en Repton, no tenemos contamos con fuentes escritas ni con otras evidencias arqueológicas que puedan brindar un contexto para estas sepulturas, sin embargo, éstas también reflejan, indiscutiblemente, la apropiación de centros preexistentes de poder local. Quizá también reflejan la utilidad del clero en los procesos de conquista escandinava, que veremos con mayor claridad cuando analicemos el registro numismático. Es difícil eludir la conclusión de que la Iglesia fue rápidamente adoptada por los

11. *Ibidem*, pp. 1, 12.

12. J.D. RICHARDS, «The case of the missing Vikings».

colonos en su repertorio de exhibición de estatus. Al hacerlo, los escandinavos estaban recurriendo a una forma ajena de sistema religioso, pero era una con la que los ejércitos encargados de las incursiones ya estaban bastante familiarizados. Los escandinavos debieron ser conscientes del papel integrador del Cristianismo en el apuntalamiento del señorío europeo occidental, brindándoles autoridad moral, política y legal¹³. Esto es casi afirmar que los escandinavos se convirtieron rápidamente al Cristianismo, y vale la pena tener presente que los clérigos muertos podrían haber tenido un valor estratégico¹⁴. No debemos presumir necesariamente una estrecha unidad de intereses entre los vikingos y los eclesiásticos en torno al 900, es más, en Repton, la evidencia arqueológica sugiere que un profundo foso fue construido a fines del siglo IX, incorporando la iglesia en su perímetro, y posiblemente fue necesaria la reconstrucción de partes de la iglesia para el establecimiento de los vikingos¹⁵.

Una segunda característica notable del corpus de sepulturas probablemente escandinavas es su tendencia masculina, mientras que los pocos ejemplos femeninos estaban comparativamente mucho menos equipados que sus correspondientes masculinos. Asumiendo que este patrón es representativo de lo que siempre será un registro funerario parcial, se puede sugerir que el énfasis en exhibir el simbolismo masculino fue una estrategia deliberada con miras a la reivindicación de tierras y estatus; y fue parte del proceso de renegociación del señorío masculino en el inicio de un turbulento período de guerra, conquista y cambio de régimen¹⁶. Por supuesto, a principios del período medieval, de manera rutinaria, el señorío tenía un cariz masculino, pero al mismo tiempo tendía a no ser exhibido de manera desproporcionada en los enterramientos de la temprana edad media, salvo durante períodos de considerable tensión social. Por ejemplo, Nick Stoodley sostiene que la mayor frecuencia en la señalización de sepulturas del género masculino respecto a las del género femenino en algunos cementerios del siglo V en Britania era producto de las circunstancias de migración¹⁷. De igual manera, en el siglo VII, con

13. D.M. HADLEY, *The Vikings*, pp. 29-54.

14. L. ABRAMS, «Conversion and assimilation», en D.M. HADLEY y J.D. RICHARDS (ed.), *Cultures in Contact: Scandinavian settlement in England in the ninth and tenth centuries*, Turnhout, 2000, pp. 135-53.

15. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton».

16. D.M. HADLEY, «Warriors, heroes and companions: negotiating masculinity in Viking-Age England», *Anglo-Saxon Studies in Archaeology and History* (2008).

17. N. STOODLEY, *The Spindle and the Spear: a critical enquiry into the construction and meaning of gender in the early Anglo-Saxon burial rite*, Oxford, 1999, pp. 80-1.

el surgimiento de jerarquías sociales más estables y con el origen de los reinos, un pequeño grupo de sepulturas sobresale por su ostentación, a menudo cerca de túmulos u otros elementos destacados en el paisaje prehistórico, y mostrando con frecuencia una marcada tendencia masculina¹⁸. Me gustaría sugerir, a pesar de lo limitado de mi corpus, que en el inicio de la conquista escandinava también hubo un creciente y deliberado énfasis en la exhibición funeraria masculina como medio para controlar el desorden social, y plantear reivindicaciones relacionadas con la tierra y el estatus. La tendencia masculina se extendió particularmente a las esculturas funerarias en piedra que proliferaron en el inicio de los procesos de asentamiento escandinavos; casi la totalidad de sus figuras seculares eran hombres [4]¹⁹.

Se puede sugerir que estas exhibiciones funerarias son expresiones de la identidad étnica, entrelazadas con el género. Mientras que los estudiosos se han familiarizado con la noción de que la identidad étnica se construye socialmente, con frecuencia se pasa por alto la naturaleza socialmente construida del género²⁰. Los hombres no siempre eran sepultados con armas o con complejos ajuares, incluso en Escandinavia y rara vez especialmente en Dinamarca, donde las sepulturas elaboradas eran, en todo caso, poco comunes antes del siglo X²¹. En el contexto de los asentamientos en Inglaterra, parece darse el caso de que sólo ciertos hombres escandinavos lucían sus atuendos de guerrero como parte del proceso de conquista. Las estrategias funerarias disponibles se muestran en dos sepulturas en Repton, sólo una de las cuales concuerda bien con el estereotipo de sepultura escandinava. La tumba 511 contenía una sepultura profusamente dotada, provista de una espada, un collar de cuentas y un martillo de Thor, hebillas, cuchillos, una llave, un colmillo de jabalí y el hueso de una grajilla; sin embargo, la tumba adyacente, y subsecuente, sepultura masculina (tumba 295) contenía únicamente un cuchillo de hierro²². Normalmente, esta última no hubiera entrado a formar parte del corpus de sepulturas escandinavas, especialmente porque las sepulturas

18. N. STOODLEY, «Burial rites, gender and the creation of kingdoms: the evidence from seventh-century Wessex», *Anglo-Saxon Studies in Archaeology and History*, 10 (1999), 99-107.

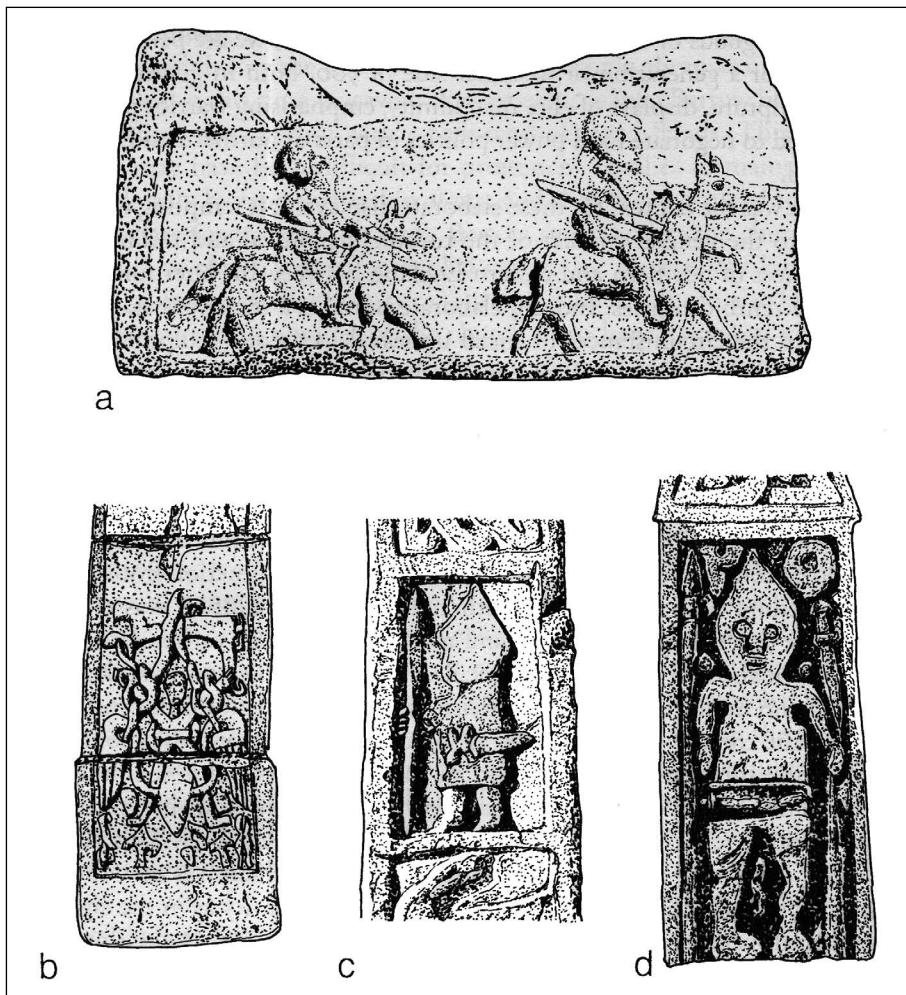
19. D.M. HADLEY, «Warriors, heroes and companions».

20. J.M.H. SMITH, «Introduction: gendering the early medieval world», en L. BRUBAKER y J.M.H. SMITH (ed.), *Gender in the Early Medieval World. East and West, 300-900*, Cambridge, 2004, pp. 1-19.

21. K. RANDSBORG, *The Viking Age in Denmark: the formation of state*, London, 1980. F. SVANBERG, *Death Rituals in South-East Scandinavia AD 800-1000*, Lund, 2003.

22. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton», p. 65.

IMAGEN 4
Las esculturas funerarias en piedra



con cuchillos no eran desconocidas en el último período de la Inglaterra anglosajona²³. Sin embargo, la sepultura 295 era claramente parte de la misma expresión funeraria que la 511; las dos sepulturas fueron cubiertas

23. D.M. HADLEY, *The Vikings*, pp. 246-9.

con un solo montón de piedras, mientras que un hoyo cuadrado de 30 cm. ubicado centralmente sugiere que fueron colocadas sobre la tierra al mismo tiempo²⁴. Además, el hombre sepultado en la tumba 295 presentó una firma isotópica de orígenes escandinavos²⁵, y esta sepultura, por ende, demuestra de manera incuestionable que, ni tener orígenes escandinavos, ni un enterramiento con un compañero escandinavo, cualifican necesariamente a un hombre para recibir sepultura con un ajuar de armas complejo.

La relación entre los hombres de estas dos tumbas en Repton no está clara. Quizá el hombre de la tumba 511 fuera el señor para el hombre de la tumba 295; de ahí la desigualdad en el trato al morir; ciertamente era por lo menos 15 años mayor²⁶. De manera alternativa, dado que uno de ellos ya había sido enterrado con una elaborada exhibición de armas, quizás no se consideraba adecuado o necesario consignar otro juego de armas, dado que el estatus para la segunda sepultura quedaba conferido por la proximidad a la sepultura del guerrero²⁷. El trato más elaborado recibido por el hombre de la tumba 511 puede deberse no sólo a su prestigio social, sino quizás también, a su forma de morir; había sido golpeado en la cabeza, y posteriormente murió a causa de un potente golpe de espada en la cabeza del fémur izquierdo, probablemente inflingido mientras yacía en el suelo. Murió violentamente y sus genitales fueron probablemente mutilados²⁸. Resulta tentador sugerir que la forma de morir habría sido un factor que dictó para este hombre una disposición funeraria más elaborada de la que la que recibieron otros enterrados en este cementerio. A este respecto, la ubicación, entre los muslos del hombre, de un colmillo de jabalí, con sus conocidas propiedades como amuleto y asociaciones con la fertilidad, también parece ser muy significativa. ¿Estuvo este hombre en particular investido con un mayor apoyo que sus contemporáneos hacia su masculinidad debido a la naturaleza de su muerte castrante?

Existen otras tres sepulturas con ajuar cerca de estas dos. Una de ellas contiene cinco peniques de plata y un anillo de oro, otra contiene un anillo de aleación de cobre, y la tercera contiene un cuchillo. Estas han

24. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton», p. 60.

25. P. BUDD, A. MILLARD, C. CHENERY, S. LUCY y C. ROBERTS, «Investigating population movement», 137-8.

26. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton», pp. 60, 65.

27. D.M. HADLEY, «Warriors, heroes and companions».

28. J.D. RICHARDS, «Pagans and Christians», p. 388.

sido etiquetadas como sepulturas vikingas por sus excavadores²⁹. Quizá lo sean, y de hecho se da la circunstancia de que la zona de sepulturas al norte del osario había sido utilizada primero como sepultura al inicio de la invernada del gran ejército en Repton, y habría tenido una particular relación con éste. Además, el hombre en cuya tumba se encuentran los peniques y el anillo de oro, presentó una firma isotópica escandinava³⁰. No obstante, estas sepulturas muestran, más bien, una concomitancia muy distinta con la condición de escandinavos, respecto a la del hombre enterrado en la tumba 511. El estatus de guerrero no constituye la identidad esencial. Al sur del osario, donde un grupo de sepulturas de hombres adultos data de una fecha posterior a la estancia de los vikingos, hay otra doble sepultura de dos hombres adultos, cada uno en su ataúd, pero en el mismo gran foso. Uno de ellos usa el citado anillo de aleación de cobre³¹. Esta sepultura presenta un paralelismo interesante con las tumbas 511 y 295, al lado norte del osario, y si los que se encuentran en la doble tumba del lado sur del osario *fueren* escandinavos, entonces, nuevamente, podemos observar un énfasis en la exhibición masculina, dado que dos hombres fueron aparentemente enterrados de manera simultánea en el mismo foso. En resumen, tras la conquista y asentamiento escandinavo en Inglaterra, la inhumación con ajuar no se llevaba a cabo simplemente como un conservadurismo cultural: a veces, cumplía un requisito coetáneo de expresión política; no obstante, es evidente que una serie de ritos funerarios se utilizaron simultáneamente, y que las expresiones de la calidad de escandinavos fueron diversas.

Lo que normalmente se pasa por alto en las discusiones sobre las prácticas funerarias escandinavas es cuán extenso es el registro funerario para la Inglaterra de los siglos IX y X, y cuán diverso es, con una amplia gama de tipos de tumbas y ocasionales ajuares como cuchillos, peines, monedas y joyería³². Este corpus aumenta cada año, pero el número de sepulturas con ajuares elaborados apenas cambia, y así, se puede concluir que muchos de los escandinavos, así como sus descendientes, se deben encontrar entre las sepulturas menos elaboradas del norte y este de Inglaterra. Es de dominio público que las sepulturas de las regiones en las que los escandinavos se asentaron son mucho más variadas que las que se encuentran en el sur

29. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton», pp. 65-6.

30. P. BUDD, A. MILLARD, C. CHENERY, S. LUCY y C. ROBERTS, «Investigating population movement», 137-8.

31. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton», p. 65.

32. D.M. HADLEY, *The Vikings*, pp. 246-53.

de Inglaterra e, incluso, que también se encuentran en mayor número de lugares, lo que refleja la falta de centralización de las sepulturas en los cementerios de las principales iglesias («monasterios»)³³. En el norte y este de Inglaterra, estas iglesias se debilitaron a causa de las incursiones escandinavas, y uno de los eventuales resultados fue la proliferación en estas regiones de iglesias locales y cementerios asociados³⁴. La variedad de las tumbas en estos cementerios puede servir para demostrar que no existe relación ni con el sexo ni con la edad de los muertos, lo que sugiere una combinación de estatus familiar, prestigio social y riqueza para determinar el rito funerario³⁵. En los contextos urbanos las prácticas funerarias normalmente eran más diversas y también las esculturas funerarias en piedra fueron más numerosas que en el campo. Así pues, es discutible que la identidad urbana fuera la preocupación más apremiante, y probablemente fue impulsada por las concentraciones de los grupos de élite y muchos recién llegados, con escasa o ninguna red social extensa, lo que llevó a mayores niveles de expresión funeraria competitiva que los que se deben encontrar en los cementerios rurales³⁶. Sería muy útil si, en su debido momento, el análisis isotópico pudiese aplicarse a este tipo de sepulturas no elaboradas. En un par de raras ocasiones en que así ha ocurrido (por ejemplo, en Black Gate, Newcastle-upon-Tyne), se identificaron personas de origen escandinavo³⁷. En resumen, el registro funerario más amplio sugiere que una diversidad de factores influyó en la expresión funeraria, siendo una rareza comparativa las expresiones abiertas de diferencia étnica.

Es difícil determinar el significado de los vestigios que se encontraron en muchas tumbas en los siglos IX y X, más difícil aún es estar seguros de su relevancia en las discusiones sobre el impacto escandinavo. Objetos como peines, cuchillos, joyería e incluso monedas podrían haber sido incluidos en las tumbas debido a su relación personal y bastante específica con el fallecido. Cabe señalar que los recuerdos de las personas y de los eventos con frecuencia se asociaban, en la mente de los cronistas y

33. J. BLAIR, *The Church in Anglo-Saxon Society*, Oxford, 2005, pp. 463-71.

34. D.M. HADLEY, *The Northern Danelaw: its social structure, c.800-1100*, London, 2000, pp. 287-9.

35. D.M. HADLEY y J.L. BUCKBERRY, «Caring for the dead in late Anglo-Saxon England», en F. TINTI (ed.), *Pastoral Care in Late Anglo-Saxon England*, Woodbridge, 2005, pp. 121-47.

36. D. STOCKER, «Monuments and merchants: irregularities in the distribution of stone sculpture in Lincolnshire and Yorkshire in the tenth century», en D.M. HADLEY y J.D. RICHARDS (ed.), *Cultures in Contact: Scandinavian settlement in England in the ninth and tenth centuries*, Turnhout, 2000, pp. 179-212.

37. D.M. HADLEY, «Warriors, heroes and companions».

adivinos, con objetos concretos, lo que hizo que Elisabeth van Houts los describiera como «ejes de la memoria» («pegs for memory»). Por ejemplo, ella señaló que la joyería podría haber sido valorada no simplemente por su valor económico sino también por vinculaciones personales previas³⁸. Aunque la evidencia que ella maneja pertenece a un contexto cristiano, sin embargo, podría ser un planteamiento útil respecto a las prácticas funerarias de los escandinavos paganos. En el muy reducido corpus de sepulturas de mujeres de tipo escandinavo, la mayoría contiene broches ovales. Éstos se consideran característicos de la vestimenta femenina escandinava, aunque, entre el conjunto de joyería femenina encontrada en los últimos años por los encargados de detectar metales en las regiones de los asentamientos escandinavos, los broches ovales son muy escasos. Esto llevó a sugerir que los broches ovales pasaron rápidamente de moda, e incluso Gabor Thomas sugiere que indica que existió una rápida asimilación cultural en el nivel de la vestimenta y el adorno personal³⁹. La joyería producida en las regiones de los asentamientos escandinavos combinaba estilos y formas escandinavas y anglosajonas para crear un nuevo tipo de accesorio de vestir de uso muy difundido⁴⁰. Podría ser que las tumbas femeninas con broches ovales sean simplemente tumbas muy tempranas del período inmediato al asentamiento, antes de que dicha moda se hubiera dejado de lado; como alternativa, es posible que la inclusión de broches ovales en las sepulturas fuese un arcaísmo deliberado, una mirada al pasado de las tradiciones escandinavas. A este respecto, llama la atención de manera particular que el «par» de broches ovales en la sepultura femenina en Adwick no concuerden entre sí, y sean de fechas diferentes, lo que indica que algunos de dichos broches circularon durante varias décadas (un patrón similar se encontró en las sepulturas escandinavas femeninas en Islandia)⁴¹. Un par de broches ovales, utilizados como cofre y que contenían un diente, se encontró entre los objetos

38. E. VAN HOUTS, *Memory and Gender in Medieval Europe, 900-1200*, Basingstoke, 1999, pp. 93-120.

39. G. THOMAS, «Anglo-Scandinavian metalwork from the Danelaw: exploring social and cultural interaction», en D.M. HADLEY y J.D. RICHARDS (ed.), *Cultures in Contact: Scandinavian settlement in England in the ninth and tenth centuries*, Turnhout, 2000, pp. 237-55.

40. K. LEAHY y C. PATERSON, «New light on the Viking presence in Lincolnshire: the artefactual evidence», en J.C. GRAHAM-CAMPBELL, R.A. HALL, J. JESCH y D.N. PARSONS (ed.), *Vikings and the Danelaw. Select Papers from the Proceedings of the Thirteenth Viking Congress*, Oxford, 2001, pp. 181-202.

41. G. SPEED y P. WALTON ROGERS, «Adwick-le-Street», 64-5. M. HAYEUR-SMITH, *Draupnir's Sweat and Mardöll's Tears. An Archaeology of Jewellery, Gender and Identity in Viking Age Iceland*, Oxford, 2004.

de la tumba que, de lo contrario, hubiese parecido ser una sepultura masculina, en Claughton Hall (Lancashire) [5]⁴². Quizá los broches ovales sirvieron como una especie de «eje de la memoria» («peg for memory») con connotaciones escandinavas específicas. También es significativo que entre el casi insignificante corpus de figuras femeninas en las esculturas de piedra del siglo X del norte de Inglaterra, estos broches ovales aparecen representados y, nuevamente, parecen representar un deliberado arcaísmo⁴³.

IMAGEN 5
Claughton Hall (Lancashire)



Muchos emplazamientos de sepulturas escandinavas continuaron utilizándose como lugares de sepultura. Por ejemplo, en Repton, poco se

42. B.N.J. EDWARDS, *Vikings in North-West England*, Lancaster, 1998, pp. 14-16.

43. T. EWING, *Viking Clothing*, Stroud, 2006, p. 45.

conoce del destino de la iglesia, pero los enterramientos continuaron llevándose a cabo a lo largo del siglo X en el lugar adyacente a la iglesia y sobre y alrededor del túmulo sobre el depósito de cuerpos. Estas últimas sepulturas eran todas de adultos y evidentemente de gran estatus puesto que tres personas fueron sepultadas con vestimentas decoradas con oro, algunas con cuchillos, y casi la mitad de las sepulturas tienen accesorios de hierro en el ataúd, lo que constituye una proporción considerablemente mayor que en cualquier otro lugar en Repton⁴⁴. Los arqueólogos sugieren que estas personas eran paganas, pero también es plausible que fuesen cristianos de gran estatus, dado que ni las sepulturas con vestimenta ni los objetos en las tumbas eran símbolos no cristianos. Si fuese así, la forma y el lugar de la sepultura marcó a estas personas y protegió sus tumbas de cualquier perturbación, que era una preocupación particular de los cristianos anglosajones del siglo X⁴⁵. La presencia de sepulturas sobre y contra el túmulo sugiere que continuó siendo un importante punto focal. Los arqueólogos han sostenido que la conexión con el túmulo fue como monumento conmemorativo de la fundación del asentamiento escandinavo⁴⁶, pero las connotaciones cristianas del mausoleo también habrían constituido un factor importante para atraer las sepulturas posteriores. De cualquier forma, algún nivel de memoria ancestral parece haber sido relevante para la generación de sepulturas en el túmulo. A la luz de los comentarios anteriores sobre las tumbas femeninas, podría considerarse significativo que la única tumba con filiaciones abiertamente escandinavas, en forma de cuentas de plata decoradas con filigrana de plata, sea la de una mujer⁴⁷.

Para resumir lo antes explicado, el registro funerario que he abordado no nos ofrece un índice del asentamiento escandinavo, más bien nos permite una visión de las respuestas escandinavas a las circunstancias del asentamiento. No todos los escandinavos se comportaron de la misma manera en cuanto a la sepultura de sus muertos. Tampoco debemos esperar que lo hubiesen hecho dado que provenían de diversas regiones con diferentes rituales funerarios; probablemente muchos habían participado antes en incursiones o se habían establecido anteriormente en

44. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton», pp. 85-6.

45. V. THOMPSON, «Constructing salvation: a homiletic and penitential context for late Anglo-Saxon burial practice», en S. LUCY y A. REYNOLDS (ed.), *Burial in Early Medieval England and Wales*, London, 2002, pp. 229-40.

46. M. BIDDLE y B. BIDDLE, «Repton», p. 86.

47. *Ibidem*.

regiones lejos de sus tierras de origen, y con seguridad, tuvieron un acceso muy diverso a los recursos, de forma que el despliegue de armas y joyería en las sepulturas no fue posible, aparentemente, para todos. Las sepulturas con objetos de más o menos la generación del 900, se caracterizaban por una propensión tanto a mirar hacia el pasado escandinavo, en el que la sepultura con ajuar y el uso de túmulos como monumentos funerarios eran comunes, aunque no universales, como también a mirar hacia las presentes circunstancias de conquista y asentamiento, recurriendo frecuentemente, a través de la ubicación de la sepultura y del ajuar, a declaraciones de señorío y poder anglosajones. Es discutible que, aunque en cierto sentido los escandinavos estaban expresando su diferencia étnica a través de sus estrategias funerarias, la principal preocupación fuese plantear reivindicaciones con respecto a la tierra y el estatus, y mezclarse con la sociedad de élite anglosajona (no obstante, es importante añadir que no estoy sugiriendo que esto se haya logrado rutinariamente, en absoluto, de una forma inicialmente violenta). También parece que las expresiones de identidad étnica no pueden ser fácilmente separadas ni del estatus de señorío, ni del género. Los estudios sobre los vikingos en Inglaterra difícilmente abordan la razón por la cual el corpus funerario es tan limitado, aceptando aparentemente que se trata simplemente de una peculiaridad del registro arqueológico. No obstante, ante el número cada vez mayor de sepulturas del siglo IX-X, el escaso número de tumbas acompañadas por elaborados ensamblajes de ajuares funerarios resulta más sobresaliente. Además, entre la primera generación de sepulturas datadas después de la llegada del «gran ejército» vikingo a Repton, sólo hay una sepultura elaborada, lo que refuerza el argumento de que a principios de la conquista y del asentamiento, se adoptó un conjunto de estrategias funerarias diferente. Aunque simple, nuestro marco analítico precisa ser tan adaptable como los mismos escandinavos.

Monedas

En lo que resta de este estudio, deseo explorar el proceso de asimilación de los líderes de los colonos escandinavos a través de la acuñación de monedas. Ha habido una serie de estudios previos que abordaron la historia numismática de las emisiones escandinavas (incluyendo cuándo, dónde y en qué cantidades se acuñaron las monedas), y el papel económico de la acuñación (incluyendo el análisis de la circulación monetaria), sin embargo, se ha prestado menos atención al impacto visual de las

monedas⁴⁸. Que esto pueda ser una línea de investigación provechosa ha sido demostrado por Anna Gannon en lo que respecta a la acuñación de monedas de la temprana Inglaterra anglosajona; ella utilizó un amplio enfoque histórico-artístico y demostró el rico significado de la iconografía numismática, sosteniendo que el arte podría haber sido utilizado conscientemente con fines didácticos en la Inglaterra anglosajona⁴⁹. El reconocimiento del papel didáctico del arte se ha extendido a las esculturas funerarias en piedra que proliferaron en el inicio de los asentamientos escandinavos en parte del norte y este de Inglaterra, y que incorporaron una serie de imágenes anglosajonas, escandinavas, cristianas, paganas y seculares. La yuxtaposición de escenas de la mitología pagana con el esquema cristiano ha sido interpretada como un apoyo didáctico en el proceso de conversión, con la mitología escandinava presentada en forma cristiana con el fin de hacer que los dos sistemas de creencia fuesen mutuamente inteligibles⁵⁰. Un conjunto de imágenes comparable aparece en las monedas, y deseo sugerir que estas imágenes fueron deliberadamente utilizadas como expresión de los estilos de la realeza de los nuevos gobernantes escandinavos, y fue también importante para los procesos de conversión al Cristianismo de los colonos.

Con pocas excepciones, incluyendo Hedeby (antes Dinamarca, ahora Alemania) y posiblemente Ribe (Dinamarca), los escandinavos no acuñaron monedas en sus tierras de origen hasta el siglo IX⁵¹. Así pues, la decisión de acuñar monedas en Inglaterra demuestra un importante cambio en su comportamiento. Es tentador considerar como inevitable que los escandinavos se embarcasen en la acuñación de monedas a medida que se iban apoderando de porciones de tres reinos ingleses. No obstante, la acuñación, por supuesto, no es *esencial* para una economía, y en las regiones donde los escandinavos se asentaron y no había una economía monetaria establecida (como Irlanda, la Isla de Man y las islas escocesas) éstos no la introdujeron de inmediato después de su asentamiento. Por ejemplo, en Dublín no se acuñaron monedas para un gobernante escandinavo hasta los años 990, lo que llama especialmente la atención dado que los miembros de la misma dinastía gobernaron sucesivamente

48. C.E. BLUNT, B.H.I.H. STEWART y C.S.S. LYON, *Coinage in Tenth-Century England*, Oxford, 1989.

49. A. GANNON, *The Iconography of Early Anglo-Saxon Coinage: sixth to eighth centuries*, Oxford, 2003.

50. R.N. BAILEY, *England's Earliest Sculptors*, Toronto, 1997, p. 93.

51. C. FEVEILE y S. JENSEN, «Ribe in the eighth and ninth century. A contribution to the archaeological chronology of north western Europe», *Acta Archaeologica*, 71 (1), 9-24.

en York y en Dublín, durante la primera mitad del siglo X; en la primera acuñaron monedas, pero en la segunda, no lo hicieron⁵². Otra razón por la que la adopción de la práctica de acuñación de monedas por parte de los escandinavos no era inevitable es que, por lo menos en Northumbria, la moneda indígena parece haberse dejado de acuñar por lo menos una década antes del asentamiento escandinavo, y la evidencia de la continuidad de la acuñación en Anglia del Este es incompleta⁵³. La idea de que una economía monetaria no era inevitable es respaldada también por el hecho de que una economía no monetaria siguió vigente en Inglaterra durante varias décadas después de que algunos gobernantes escandinavos comenzaron a acuñar monedas. Por ejemplo, un tesoro mezcla de monedas sajones orientales de acuñación vikinga procedente de Lincoln y York, y de dirhams árabes, se depositó a mediados de los años 920 en Thurcaston (Leicestershire), a pesar de que monedas fueron acuñadas a fines del siglo IX en Leicester, a sólo cinco millas, y de que el tesoro también es de una fecha posterior a la captura de Leicester en 918, por los pobladores de Mercia⁵⁴. Además, muchas de las monedas acuñadas en honor de los gobernantes escandinavos a fines del siglo IX y comienzos del X se encontraron depositadas deliberadamente en tesoros junto a monedas de una amplia gama de regiones, joyería, lingotes y «hack-silver» (piezas cortadas de una moneda o joya de plata, utilizadas como moneda), lo que sugiere que fueron utilizadas como objetos no monetarios⁵⁵. Está claro que los escandinavos fueron capaces de adoptar diversas estrategias económicas y que las modalidades de comportamiento de sus señores no siempre fueron inmediatamente adoptadas por todos los colonos.

Cuando se coloca junto a la evidencia funeraria antes mencionada, la acuñación de monedas parece ser otro medio para adaptarse a las formas de señorío anglosajón, y refleja que los escandinavos utilizaron uno de los recursos principales de la realeza cristiana romanizada.

52. J. SHEEHAN, «Social and economic integration in Viking-Age Ireland: the evidence of the hoards», en J. HINES, A. LANE y M. REDKNAP (ed.), *Land, Sea and Home*, Leeds, 2004, pp. 177-88. M. BLACKBURN, «The coinage of Scandinavian York», en R.A. HALL (ed.), *Aspects of Anglo-Scandinavian York*, York, 2004, pp. 325-49.

53. M. DOLLEY, «The Anglo-Danish and Anglo-Norse coinages of York», en R.A. HALL (ed.), *Viking Age York and the North*, London, 1978, pp. 26-31. M. BLACKBURN, «Expansion and control: aspects of Anglo-Scandinavian minting south of the Humber», en J.C. GRAHAM-CAMPBELL, R.A. HALL, J. JESCH y D.N. PARSONS (ed.), *Vikings and the Danelaw. Select Papers from the Proceedings of the Thirteenth Viking Congress*, Oxford, 2001, pp. 125-41.

54. *Ibidem*, p. 137.

55. J.C. GRAHAM-CAMPBELL (ed.), *Viking Treasure from the North-West. The Cuerdale hoard in its context*, Liverpool, 1992.

Al hacerlo, los gobernantes escandinavos utilizaron la escritura en sus monedas. No es imprescindible el uso de la escritura en un contexto numismático: las monedas de Hedeby con frecuencia evitaban la escritura en favor de imágenes visuales llamativas en forma de embarcaciones, monstruos, animales y viviendas. Las primeras monedas acuñadas allí, que eran copias de las monedas francas, rápidamente mutaron las inscripciones a patrones geométricos ilegibles basados en las inscripciones, pero que ya no eran escritura⁵⁶. La adopción del alfabeto latino y romano tampoco era imprescindible, puesto que los escandinavos tenían una escritura propia en forma de caracteres rúnicos, y la forma de escritura adoptada debió entonces representar una decisión deliberada. Podrían haberse utilizado caracteres rúnicos en las monedas. A manera de analogía, desde el siglo IV, en Escandinavia, los bracteos romanos se modificaron para incorporar caracteres rúnicos junto a las deidades y animales nórdicos, y las runas anglosajonas se utilizaron en siglos anteriores en las monedas conocidas como «sceattas»⁵⁷. Incluso en el inicio de los asentamientos, los escandinavos en Inglaterra utilizaban caracteres rúnicos para algunos propósitos, incluso en contextos informales como una marca de propiedad de un estuche de un peine de Lincoln, y en algunas esculturas del sur y noroeste de Inglaterra, aunque todas éstas datan del siglo XI o posteriores⁵⁸. Además, los caracteres rúnicos podrían haberse utilizado para representar el latín, tal como lo hicieron en piedras rúnicas escandinavas de fechas posteriores, y por supuesto a través del alfabeto romano también se pudo representar el antiguo alfabeto nórdico⁵⁹. Así pues, la decisión de utilizar juntos, tanto el alfabeto romano como el latino, fue deliberada, y se puede sostener que fue una declaración abierta de los escandinavos que estaban apropiándose de una cultura cristiana romanizada.

Fue preciso tomar decisiones sobre la forma de acuñación, la formulación que aparecería en las monedas, las imágenes empleadas y el peso estándar que se adoptaría. Tanto en Anglia del Este como en York, y también en varios centros del noreste del área central de Inglaterra, la

56. K. BENDIXEN, «Sceattas and other coin finds», en M. BENCARD (ed.), *Ribe Excavations 1970-76*, Esbjerg, 1981, pp. 63-101.

57. L. HEDEAGER, «Myth and art: a passport to political authority in Scandinavia during the migration period», *ANGLO-SAXON STUDIES IN ARCHAEOLOGY AND HISTORY*, 10 (1999), 151-6. J. CAMPBELL, *The Anglo-Saxons*, London, 1982, pp. 62-3.

58. K. HOLMAN, *Scandinavian Runic Inscriptions in the British Isles: their historical context*, Trondheim, 1996.

59. B. SAWYER, *The Viking-Age Rune-Stones*, Oxford, 2000.

fase más temprana de acuñación bajo el período de dominio escandinavo produjo monedas imitación de las del rey Alfredo de Wessex. El hecho de que constituía un prototipo fácilmente disponible para ser copiado habría sido un factor importante, y como Mark Blackburn señaló, no era en absoluto inusual que la primera acuñación de un estado implicase la emulación de monedas de un vecino exitoso, antes de adoptar diseños innovadores⁶⁰. Quizá también se tuvo la intención de producir una moneda que fuese aceptada por aquellos con quienes se deseaba comerciar en Wessex. En el caso de Guthrum de Anglia del Este, la paz que ambos gobernantes acordaron, y el hecho de que Guthrum se hubiese bautizado por sugerencia de Alfredo, habrían influido en la decisión de imitar la moneda del rey Alfredo. Muchas de las imitaciones incorporaron el nombre de Alfredo y copiaron los nombres de sus acuñadores y cecas. Sin embargo, no todas fueron meras copias⁶¹. Algunas, como por ejemplo las monedas acuñadas en Lincoln, tienen la imagen de Alfredo mas no su nombre, lo que sugiere que estaban utilizando la autoridad de una imagen regia, pero intentaban distanciarse hasta cierto punto del rey de Wessex. Durante mucho tiempo se pensó que las imitaciones de Alfredo eran copias sencillamente pobres y malas, dado que además fueron acuñadas con un peso estándar más liviano que el de los prototipos alfredianos. Así pues, se infirió a partir de ello la escasa calidad de las acuñaciones controladas por los escandinavos. Sin embargo, en un reciente e importante estudio, el experto en numismática Mark Blackburn demostró que las imitaciones acuñadas en Anglia del Este fueron consistentemente acuñadas con un peso uniforme y más liviano que las monedas de Alfredo, y que este peso estándar corresponde al estándar de peso tradicional de Anglia del Este, mientras que el estándar del peso alfrediano fue el producto de una reforma de la acuñación de monedas en torno a los años 880⁶². En otras palabras, la acuñación imitó la emisión de Alfredo pero también conservó una dimensión tradicional de Anglia del Este. Los argumentos sobre la incompetencia han sido ahora reemplazados por una comprensión de la continuidad ideológica y administrativa reflejada en estas emisiones de imitación.

A las emisiones de imitación les siguieron rápidamente las emisiones independientes en nombre de los gobernantes escandinavos. En el caso de Guthrum de Anglia del Este, en lugar de acuñar monedas con su anti-

60. M. BLACKBURN, «Expansion and control», pp. 127-8.

61. *Ibidem*, pp. 128-30.

62. *Ibidem*.

guo nombre nórdico, acuñó una emisión con el nombre que adquirió en el momento de su bautismo⁶³. Esta emisión con el nombre de Æthelstan es el único verdadero ejemplo de un rey escandinavo en Inglaterra que usó su nombre de bautismo en la acuñación de monedas; no obstante, existen otros posibles ejemplos de este fenómeno. El de otro modo desconocido rey Cnut de York utilizó el monograma *Karolus* en algunas de sus monedas; Mark Blackburn ha sostenido que aunque estas acuñaciones probablemente se basaron en las monedas del rey franco Carlos el Simple, también podrían indicar que Cnut fue uno de los vikingos que aceptó ser bautizado por Carlos en 897 e incluso quizás, que Carlos fue su nombre de bautismo. De igual manera, Blackburn sugiere que la palabra, que de otra manera sería incomprensible, *Ludo*, habría sido una abreviación de un nombre de bautismo (quizás *Ludovicus*) en algunas de las monedas de Siðric, quien gobernó York aproximadamente en 920⁶⁴. En el caso de Guthrum, y quizás también en los de Cnut y Siðric, la manipulación de nombres fue un elemento muy significativo de sus acuñaciones. El nombre del rey en una moneda fue un importante medio para garantizar la confianza en el valor de la misma, y el uso del nombre de bautismo, en lugar del nombre ancestral, sin duda fue una declaración firme de la adhesión al Cristianismo para el objetivo de construcción de la realeza escandinava en Inglaterra.

La acuñación de monedas dependía de acuñadores continentales. Esto se desprende de los nombres francos de los monederos en muchas de las monedas de Anglia del Este y York⁶⁵. Es debatible si hubo un flujo de entrada de acuñadores carolingios, o si la acuñación estuvo restringida a los descendientes de la primera generación de acuñadores continentales, o si más bien, los nombres carolingios llegaron a ser considerados como apropiados para quien desempeñaba esta profesión. Como fundamento de esta última idea, podríamos señalar que algunas de las monedas de Anglia del Este presentan antiguos nombres nórdicos o ingleses con una apariencia continental en su ortografía⁶⁶. Otra indicación de la presencia de acuñadores continentales se deriva del uso de un cuño de Quentovic (Francia) para una cara de las monedas acuñadas para el rey Cnut en York

63. *Ibidem*, p. 128.

64. M. BLACKBURN, «The coinage of Scandinavian York», pp. 330-1.

65. V. SMART, «Scandinavians, Celts and Germans in Anglo-Saxon England: the evidence of moneyers' names», en M. BLACKBURN (ed.), *Anglo-Saxon Monetary History*, Leicester, 1986, pp. 171-84.

66. *Ibidem*, pp. 174-7.

y para Guthrum en Anglia del Este⁶⁷. La influencia carolingia en las emisiones escandinavas también puede determinarse a partir de características tales como el monograma *Karolus* antes mencionado, la presentación del nombre de la ceca de York (*Ebraice civitas*) y el uso de inscripciones litúrgicas⁶⁸. Sin embargo, a pesar de toda esta evidencia de la influencia continental en la emisión de monedas escandinavas, cabe señalar que las influencias continentales no son aplastantes y que la acuñación no fue meramente derivativa.

La dimensión más resaltable de la acuñación son sus imágenes y alusiones cristianas. Por ejemplo, las emisiones de York de aproximadamente 895-905 incluían diferentes diseños de cruces, algunas incluían inscripciones litúrgicas («*Dominus Deus rex*» («El Señor es nuestro Rey»), «*Dominus Deus Omnipotens Rex*» («El Señor Todopoderoso es nuestro Rey») y «*Mirabilia fecit*» («Él hizo cosas maravillosas»)). En algunas de las monedas del rey Cnut, su nombre figura al final de los brazos de una cruz para leerlo a manera de una bendición (con la primera letra en la parte superior, la siguiente en la parte inferior y las dos restantes a izquierda y derecha respectivamente) y algunas, como hemos visto, habrían incorporado los nombres de bautismo de los reyes⁶⁹. Las monedas acuñadas en honor a santos, en lugar de reyes, también surgieron en las regiones controladas por los escandinavos. La primera de ellas fue acuñada en honor a San Edmundo, rey de Anglia del Este, quien fue asesinado por un ejército vikingo en 869. Sabemos que es una acuñación escandinava por los errores en las inscripciones. Además de ser una declaración cristiana, la moneda de San Edmundo también fue un medio para trazar un vínculo directo con el régimen anterior. El diseño de las monedas de San Edmundo fue similar a las del rey Edmundo, que incluían una A central por «*Anglorum*» («de los Anglos»)⁷⁰. Aproximadamente en 905 una moneda en honor a San Pedro surgió en York y casi seguidamente, una moneda en honor a San Martín se acuñó en Lincoln⁷¹. El anonimato de esta acuñación es sorprendente. Se ha explicado que las monedas de San Edmundo fueron elaboradas en una variedad de cecas y es posible que

67. M. BLACKBURN, «The coinage of Scandinavian York», p. 329. M. BLACKBURN, «Currency under the Vikings. Part 1. Guthrum and the earliest Danelaw coinages», *British Numismatic Journal*, 75 (2005), 18-43.

68. M. BLACKBURN, «The coinage of Scandinavian York», p. 331.

69. *Ibidem*, p. 330.

70. M. BLACKBURN, «Expansion and control», p. 127.

71. M. BLACKBURN, «The coinage of Scandinavian York», pp. 332-5. M. BLACKBURN, «Expansion and control», pp. 132-5.

su anonimato fuese un medio para conservar una fachada de unidad en un reino políticamente fragmentado, después de la muerte de Guthrum⁷². La acuñación de San Pedro podría haber sido posiblemente una emisión eclesiástica en algún vacío de poder secular en York, sin embargo, esto parece poco probable. Las emisiones eclesiásticas independientes eran sumamente raras en el período altomedieval, y las posteriores monedas de San Pedro fueron acuñadas durante el documentado reinado del rey Siðric, quien acuñó monedas en su propio nombre en el área central de Inglaterra, probablemente en Lincoln, pero también parece haber estado detrás de las monedas anónimas de San Pedro, en York⁷³. Es posible que la autoridad del santo patrón de York hubiese sido invocada en la acuñación, y de hecho no era inusual que los santos constituyeran puntos de referencia para las comunidades, aunque, a decir verdad, éstos tendían a ser santos locales. Aunque es difícil resolver el por qué se dío el paso hacia una acuñación anónima, de seguro fue otro medio para marcar un nítido contraste con las emisiones reales de Wessex y Mercia Occidental⁷⁴. Estas emisiones en las áreas de control escandinavo, sin duda sirvieron para presentar reivindicaciones de pertenencia a una comunidad más amplia de los estados cristianos de Europea Occidental, y al mismo tiempo, para marcar una diferencia e independencia.

Una notable y bastante distintiva expresión de diferencia respecto a las monedas de otros reinos de Europa Occidental es el uso del antiguo idioma nórdico en algunas de las monedas emitidas para Olaf Guthfrithsson en York aproximadamente en 940. En ellas, él es presentado como «rey» utilizando la antigua palabra nórdica CUNUNC, en lugar del término latino REX. Esta es una expresión bastante rara de identidad claramente escandinava en las monedas, y fue descrita como una declaración política manifiesta⁷⁵. Sin embargo, resulta significativo que estas monedas utilicen el alfabeto romano y no los caracteres rúnicos, con el objeto de ser más ampliamente comprendidas como un mensaje de desafío. Olaf Guthfrithsson era un aliado significativamente cercano del arzobispo Wulfstan de York, quien se unió a éste en por lo menos una de sus incursiones al sur, y es por ello que esta rara expresión de identidad escandinava debe

72. *Ibidem*, p. 132.

73. M. BLACKBURN, «The coinage of Scandinavian York», p. 335.

74. *Ibidem*, p. 331.

75. M. TOWNEND, *Language and History in Viking Age England. Linguistic relations between speakers of Old Norse and Old English*, Turnhout, 2002, p. 195; R.A. HALL, *Viking Age York*, London, 1994, p. 20.

ser ubicada en dicho contexto político⁷⁶. Es posible que el mensaje que se estaba comunicando tuviera más que ver con la distinción de Northumbria con relación a Wessex, que con la identidad escandinava.

Muchas de las imágenes que aparecieron en las monedas acuñadas en York a fines del siglo IX y comienzos del siglo X pueden tener múltiples interpretaciones, y es bastante posible que hubiesen sido escogidas precisamente por su potencial resonancia tanto para los colonos escandinavos como para los pobladores de Northumbria. Se incluyeron espadas en las monedas de San Pedro en torno a 920, y aunque éstas claramente tienen una asociación con la guerra, también existe una firme ideología cristiana relativa a la lucha por Cristo⁷⁷. En efecto, dicha interpretación se ha dado a las armas que aparecen en las esculturas del siglo X, donde algunos de los guerreros están inactivos y no blandiendo sus armas⁷⁸. Si el mensaje principal de las espadas en las monedas hubiese sido militar ciertamente podría haber sido expresado de manera más explícita haciendo que las armas fueran blandidas por una figura humana. Algunas veces, la espada es comparada con el martillo de Thor, y habría tenido la intención de establecer paralelismos entre las armas de la fe en los dos sistemas de creencias religiosas⁷⁹. El arco y la flecha de las monedas emitidas para Ragnald en los años 910 también habría tenido un significado militar, pero los arcos y las flechas también ocupan un lugar importante en la iconografía cristiana dado que los arqueros con frecuencia aparecían en las inscripciones de las esculturas en piedra⁸⁰. El ave que aparece en algunas de las monedas emitidas para Olaf Guthfrithsson aproximadamente en 940 ha sido interpretada como un cuervo, lo que tiene connotaciones de campo de batalla, y también ha sido vinculada con los cuervos de Odín. No obstante, el cuervo también tenía una asociación específica en Northumbria con el rey Osvaldo, que luego se convirtió en santo, y la elección de esta imagen podría haber aludido precisamente a Osvaldo⁸¹. Al respecto, cabe señalar que hay una cruz en el otro lado de la moneda. El ave también podría haberse considerado como un águila, la representación iconográfica tradicional de San Juan Evangelista. La mano o guante que aparece en algunas de las monedas de Ragnald ha sido interpretada como un símbolo pagano del dios Thor, sin embargo,

76. D.M. HADLEY, *The Vikings*, p. 50.

77. M. BLACKBURN, 'The coinage of Scandinavian York', p. 335.

78. V. THOMPSON, *Death and Dying in later Anglo-Saxon England*, Woodbridge, 2004, pp. 148-52.

79. M. BLACKBURN, 'The coinage of Scandinavian York', pp. 334-5.

80. *Ibidem*, p.334.

81. *Ibidem*, p. 336.

es posible que haya recibido la influencia de la acuñación de Eduardo el Viejo, «Mano de Dios» (*«Manus Dei»*), dado que además el puño de alguna de las manos o guantes tiene una cruz en él⁸². Las manos pueden ser símbolo de amenaza o también de espiritualidad, y los medios a través de los cuales se otorgan las bendiciones. En resumen, considero que las imágenes en las acuñaciones de York pueden tener muchos más significados de los que tradicionalmente se les han asignado, y aunque podríamos continuar debatiendo su significado, no puede dudarse de lo que Mark Blackburn describió como su «notable imaginación y vigor intelectual»⁸³. Aunque con frecuencia se ha discutido sobre la escultura como un medio para fomentar el proceso de conversión, la acuñación de monedas también habría tenido una función similar y, más aún, aparentemente la tuvo una generación antes que la escultura. La restricción de acuñar para los centros urbanos y la probabilidad de que por lo menos durante una generación una economía no monetaria habría continuado utilizándose normalmente en el campo, hacen surgir la posibilidad de que la moneda también sirviese para incentivar las nacientes identidades urbanas, donde, a juzgar por la diversidad de la cultura material, se mermó rápidamente la separación étnica de lo inglés y lo escandinavo⁸⁴.

Conclusiones

A lo largo de este estudio he prestado atención a las formas en que la cultura material y su uso son maleables. El sello indeleble de la actividad escandinava en Inglaterra se puede encontrar escasamente y esto, según sugiero, ha reducido los marcos interpretativos. Con frecuencia, el limitado corpus de evidencia arqueológica es utilizado simplemente para trazar los movimientos de los ejércitos vikingos e identificar las ubicaciones de los asentamientos escandinavos. No obstante, la capacidad de la evidencia arqueológica para iluminar los procesos de aculturación es inmensa, asumiendo que estamos lo suficientemente dispuestos a explorar la gama completa de evidencia disponible.

82. *Ibidem*, p. 334.

83. *Ibidem*, p. 329.

84. R.A. HALL, «Anglo-Scandinavian attitudes: archaeological ambiguities in late ninth-to mid-eleventh-century York», en D.M. HADLEY y J.D. RICHARDS (ed.), *Cultures in Contact: Scandinavian settlement in England in the ninth and tenth centuries*, Turnhout, 2000, pp. 311-24. Este capítulo fue traducido por Hilda Ascencio Pasache (Licenciada en Traducción e Interpretación de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón, Perú) y Israel Barandela.

Movimientos migratorios, asentamientos y expansión (siglos VIII-XI). Una aproximación bibliográfica

*Marcelino Beroiz Lazcano
Íñigo Muguet Moreno*

Los siglos VIII al XI han sido profundamente analizados por la historiografía medieval, y las más importantes obras de los más excelsos medievalistas han surgido de entre sus sombras documentales para alumbrar su conocimiento. En torno a estas fechas han amanecido igualmente interesantes debates conceptuales, incluso escuelas científicas ligadas a una determinada línea de interpretaciones, dedicadas a problemáticas sociales concretas, y enfrentadas en torno a la definición de ciertos términos. Todas esas interpretaciones se han realizado sobre los cimientos de una documentación dispersa y escasa, y sobre testimonios arqueológicos que se pueden adjetivar del mismo modo. Especialmente en los últimos treinta o cuarenta años se han exprimido las fuentes de información en torno a problemas y polémicas de corte social más que político. Por lo tanto, los medievalistas han extraído con pulso de cirujano cada uno de los datos contenidos en aquellos diplomas, para acabar de analizar un completo espectro de cuestiones sociales interrelacionadas, y que interactuaron en una evolución común.

Por todo ello, consideramos que una gran parte de los estudios realizados en los últimos años sobre Alta Edad Media, se ha ocupado de la temática que a esta Semana atañe, es decir, de los movimientos migratorios y de los asentamientos humanos. Obviamente, un movimiento migratorio termina con un asentamiento, y una secuencia completa del proceso exige el análisis de ambos aspectos. Por tanto, el enunciado de esta Semana se encuentra inmerso, de lleno, en el debate sobre el poblamiento altomedieval, cuyos protagonistas desde el punto de vista historiográfico se reparten por toda Europa, y discuten en la práctica totalidad de sus espacios geográficos. La citada escasez documental provoca que las problemáticas planteadas en muchos trabajos sobre estos siglos sean convergentes, y que bajo enunciados diversos los cuestionarios científicos

cos resulten análogos o complementarios. Los términos poblamiento, repoblación, hábitat, paisaje rural, asentamiento, migración, expansión..., esconden debates que atañen básicamente a la condición social de sus pobladores, a las relaciones establecidas entre ellos, y al indeleble nexo entre el hombre y la tierra (moldeada ésta en paisajes de carácter agrario, pastoril o montañoso).

Resulta muy complejo determinar qué estudios excluir de este repertorio bibliográfico, muy relacionado con aspectos ya analizados en la XXVIII Semana de Estudios Medievales de Estella, de título «Señores, siervos, vasallos en la Alta Edad Media». Ya entonces señalaba el autor de la oportuna bibliografía final, el profesor Fermín Miranda, cómo «ningún repertorio podría, ni siquiera de forma selectiva, alcanzar a reflejar una mínima parte de las posibilidades de estudio que se han generado en este terreno». Al igual que entonces, tratamos de que sea ésta una propuesta de recopilación bibliográfica, ordenada y actualizada (no se incluyen obras anteriores a 1980), sin ánimo de exhaustividad, pero que de algún modo pueda ofrecer el material necesario para un acercamiento profundo sobre el objeto de análisis de esta nueva «Semana».

Por último, en el centenario del prof. José María Lacarra, no nos queda si no unirnos al homenaje que esta Semana rinde a su memoria.

Repertorio bibliográfico

- AGUADÉ NIETO, S. «Transformaciones del poblamiento rural de Asturias durante la Alta Edad Media: La Villa», *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 35/104, 1981, pp. 621-666.
- «Formas del organización del espacio agrario en el espacio asturleonés durante la Alta Edad Media», *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 9, 1988, pp. 85-124.
- *De la sociedad arcaica a la sociedad campesina en la Asturias medieval*, Madrid, 1988.
- ALARCAO, J. de, «A paisagem rural romana e alto-medieval em Portugal», *Conimbriga*, Coimbra, XXXVII, 1998, pp. 89-119.
- ALVARADO PLANAS, J., *Espacios y fueros en Castilla-La Mancha (siglos XI-XV). Una propuesta metodológica*, Madrid, 1995.
- ÁLVAREZ BORGE, I., *El feudalismo castellano y el libro de las Behetrías: la merindad de Burgos*, León, 1987.

- «El proceso de transformación de las comunidades de aldea: una aproximación al estudio de la formación del feudalismo en Castilla (siglos X y XI), *Studia Historica. Historia Medieval*, 5, 1987, pp. 145-160.
- *Monarquía feudal y organización territorial: alfoces y merindades en Castilla (Siglos X-XIV)*, Madrid, 1993.
- *Poder y relaciones sociales en Castilla en la Edad Media. Los territorios entre el Arlanzón y el Duero en los siglos X al XIV*, Salamanca, 1996.
- *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media. Hampshire (Wessex) y el sur de Castilla, un estudio comparativo*, Logroño, Universidad de la Rioja, 1999.
- «Sobre la formación de la gran propiedad y las relaciones de dependencia en Hampshire (Wessex) y Castilla en la Alta Edad Media», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2001, pp. 21-64.
- «Estructuras de poder en Castilla en la Alta Edad Media: señores, sirvientes, vasallos», *Señores, sirvientes y vasallos en la Alta Edad Media: XX-VIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 269-308.

AMBLARD, L., GIRARD, A. y RAYNAUD, C., «Occupation du sol entre Lez et Vidourle: 1. L'habitat rural dans les cantons de Lunel et Mauguio (Hérault), du I^e siècle avant J.C. au X^e de notre ère», en *110^e Congrès national des sociétés savantes, Archéologie et histoire de l'Art*, París, 1985, pp. 139-160.

ANDERSON, P., *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, México, 1990 (*Passages From Antiquity to Feudalism*, 1974).

ARJONA CASTRO, A., «Geografía histórica e historia social de Zuheros: un hábitat rural fortificado en el sur de Córdoba en época musulmana», en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 1994, pp. 61-66.

ARJONA PADILLO, M.N., «Poblamiento de los pueblos de la comarca de la Subbética», en *Actas del II Congreso de historia de Andalucía, 4: Historia medieval I*, Córdoba, 1994, pp. 53-59.

AYALA MARTÍNEZ, C. de, «Relaciones de propiedad y estructura económica del reino de León: los marcos de producción agraria y el trabajo campesino (850-1230)», en VV.AA., *El reino de León en la Alta Edad Media*, León, 1994, pp. 135-408.

- AZKARATE, A., *Arqueología cristiana de la Antigüedad tardía en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Vitoria, 1988.
- «Algunas consideraciones sobre la Arqueología de Época Germánica en Euskal Herria», *Munibe*, 42, 1990, pp. 345-355.
- «The Western Pyrenees during the Late Antiquity. Reflections for a reconsideration of the issue», en *Il Territorio tra tardoantico e alto-medioevo. Metodi di indagine e risultati, Biblioteca di Archeologia Medievale*, Florencia, 1992, pp. 179-191.
- «Francos, aquitanos y vascones. Testimonios arqueológicos al sur de los Pirineos», *Archivo Español de Arqueología*, 66, 1993, pp. 149-176.
- BALIÑAS, C., «El desarrollo del poder real en la Europa atlántica: la Galicia asturiana y el Wessex anglosajón en el siglo IX», en *Poder y sociedad en la Galicia medieval*, Santiago de Compostela, 1992, pp. 21-45.
- *Do mito a realidad. A definición social e territorial de Galicia na Alta Idade Media (séculos VIII e IX)*, Santiago de Compostela, 1992.
- BANGE, F., «L'ager et la villa: structures du paysage et du peuplement dans la région mâconnaise à la fin du Haut Moyen Âge (IX^e-XI^e siècles)», *Annales ESC: économies, sociétés, civilisations*, 39:3, 1984, pp. 529-569.
- BANGO, I.G., «El camino jacobeo y los espacios sagrados durante la Alta Edad Media en España», en *Viajeros, peregrinos, mercaderes en el Occidente Medieval (XVIII Semana de Estudios Medievales, Estella, 1991)*, Pamplona, 1992, pp. 121-155.
- BARCELÓ, M., «La arqueología extensiva y el estudio de la creación del espacio rural», en *Arqueología medieval. En las afueras del medievalismo*, Barcelona, 1988, pp. 195-274.
- BARCELÓ, M. y TOUBERT, P. (eds.), *L'incastellamento: actes des rencontres de Gérone (26-27 novembre 1992) et de Rome (5-7 mai 1994). L'incastellamento: actas de las reuniones de Girona (26-27 noviembre 1992) y de Roma (5-7 mayo 1994)*, Roma, 1998.
- BARRAL I ALTET, X., «Quelques exemples d'habitat groupé en hauteur en Catalogne (X^e-XI^e siècles)», en G. NOYÉ (ed.), *Structures de l'habitat et occupation du sol dans les pays méditerranéens: les méthodes et l'apport de l'archéologie extensive* (Actes de la rencontre organisée par l'Ecole française de Rome, París, 12-15 noviembre 1984), 1988, pp. 85-96.
- BARIOS GARCÍA, A., «Toponómastica e Historia. Notas sobre la despoblación en la zona meridional del Duero», *En la España Medieval. Estu-*

- dios en memoria del profesor D. Salvador de Moxó, II-1, Madrid, 1982, pp. 115-134.
- *Estructuras agrarias y de poder en Castilla. El ejemplo de Ávila (1085-1320)*, Salamanca, 1983-84.
- BARTHÉLEMY, D., «Aux origines du *Laonnois féodal*, peuplement et fondations de seigneuries aux XI^e et XII^e siècles», *Mémoires de la Fédération des Sociétés d'histoire et d'archéologie de l'Aisne*, 26, 1981, pp. 64-71.
- *Les deux âges de la seigneurie banale: pouvoir et société dans la terre des Sires de Coucy (milieu XI^e-milieu XIII^e siècle)*, París, 1984.
- «La mutation féodale a-t-elle eu lieu?», *Annales ESC*, 47, 1992, pp. 767-775.
- *La société dans le comté de Vendôme. De l'an Mil au XIV^e siècle*, París, 1993.
- *La mutation de l'an mil a-t-elle eu lieu?: servage et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, París, 1997.
- «¿Revolución o mutación feudal? Una crítica», en C. ESTEPA, D. PLÁCIDO (eds.), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, 1998, pp. 117-129.
- *L'An mil et la paix de Dieu: la France chrétienne et féodale, 980-1060*, París, 1999.
- BASSET, S. (ed.), *The origins of the Anglo-Saxon kingdoms*, Leicester, 1989.
- BAUDREU, D., «Le terroir de Montreal (Aude) et son peuplement pré-castral: premiers résultats», en M. PARISSE y X. BARRAL i ALTET (eds.), *Le roi de France et son royaume autour de l'an Mil. Colloque internacional Hugues Capet 987-1987*, París, 1992, pp. 243-251.
- BAUDREU, D. y CAZES, J.-P., «Le rôle de l'église dans la formation des villages médiévaux. L'exemple des pays audiois», *Heresis*, 2, 1990, pp. 139-158.
- «Les villages ecclésiaux dans le bassin de l'Aude», en *L'environnement des églises et la topographie religieuse des campagnes médiévales (Actes du III^e congrès internacional d'archéologie médiévale, Aix-en-Provence, 1989)*, París, 1994, pp. 80-97.
- BAUDREU, D. y DAUZAT, M., «L'habitat médiévale de Saint-Andrieu (Fenouillet-du-Razès, Aude)», *Archéologie du Midi médiévale*, 3, 1985, pp. 27-40.

- BAZZANA, A., «Fortification et habitat: les structures», en A. BAZZANA, P. GUICHARD, J.M. POISSON (eds.), *Habitats fortifiés et organisation de l'espace en Méditerranée médiévale*, Lyon, 1983, pp. 161-175.
- «Maison-bloc, maison-enclos et maison agglutinante: caractères de l'habitat rural dans al-Andalus (IX^e-XIII^e siècle)», en L. FELLER, P. MANE, F. PIPOUNIER (eds.), *Le village médiéval et son environnement: Etudes offertes à Jean-Marie Pesez*, París, 1998, pp. 43-66.
- «Entre la montagne et la mer: réflexion sur l'organisation du peuplement médiéval (VIII^e-XI^e siècles) dans la province de Castellón», en *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Alicante, 2000, pp. 503-520.
- «Espace privé/espace public. Maisons, ruelles et jardins dans l'habitat andalou», en D. ALEXANDRE-BIDON, F. PIPOUNIER, J-M. POISSON (eds.), *Cadre de vie et manières d'habiter (XII^e-XVI^e siècle)*, Caen, 2006, pp. 293-306.
- BAZZANA, A., GUICHARD, P., «Un problème. Châteaux et peuplement en Espagne médiévale: l'exemple de la région Valencienne», *Châteaux et peuplements en Europe occidentale du X^e au XVIII^e siècle* (Premières journée internationales d'histoire, 20-22 septembre 1979), Auch, 1980, pp. 191-202.
- BAZZANA, A., GUICHARD, P. y POISSON, J.M. (eds.), *Habitats fortifiés et organisation de l'espace en Méditerranée médiévale*, Lyon, 1983.
- BECKER, C.J., «Viking-age settlements in western and central Jutland. Recent excavations. Introductory remarks», *Acta Archaeologica*, 1980, pp. 89-94.
- BENITO MONCLÚS, P., «Els homes de Sant Pol del veïnat del Sant Crist: gènesi, evolució de l'habitat i estructures dominicals d'un antic veïnat de Vilassar», *Fulls del Museu Arxiu de Santa Maria*, 41, 1991, pp. 14-24.
- BERTHE, M., «Les territoires des bastides: terroirs d'occupation ancienne ou terroirs de colonisation nouvelle», *Annales du Midi*, 102, 1990, pp. 97-108.
- BISSON, T.N., «The Feudal revolution», *Past and Present*, 142, 1994, pp. 6-42.
- «Lorship and Dependence in Southern France (1050-1200)», *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), Pamplona, 2002, pp. 413-438.
- BOIS, G., *La mutation de l'an mil. Lournand, village mâconnais de l'Antiquité au féodalisme*, París, 1989.

- «La croissance agricole du Haut Moyen Age: le Mâconnais au X^e siècle», en *La croissance agricole du Haut Moyen Age. Chronologie, modalités, géographie*. Flaran 10, 1988, Auch, 1990, pp. 37-52.
- BOLÒS MASCLANS, J., «L'habitat dispers a la Catalunya medieval», en X. BARRAL I ALTET (ed.), *Catalunya i França meridional a l'entorn de l'an mil*, 1991, Barcelona, pp. 261-268.
- «Poblament i societat: transformacions en el tipus d'habitat a Catalunya a l'Edat Mitjana», en R. AZUAR, J. MARTÍ OLTRA (eds.), *IV Congreso de Arqueología Medieval Española: sociedades en transición*, 1993, pp. 331-339.
- «El territori i els seus límits: el poble, la parroquia i el castell a l'edat mitjana», *Territori i societat a l'Edat Mitjana: història, arqueologia, documentació*, vol. 1, 1997, pp. 255-262.
- «Els pobles de Catalunya a l'edat mitjana: aportació a l'estudi de la morfogènesi dels llocs de poblament», *Territori i societat a l'Edat Mitjana: història, arqueología, documentación*, vol. 2, 1998, pp. 69-138.
- «Fortificaciones organización del territorio en la «Marca» o frontera catalana durante los siglos IX-XII», en P.L. HUERTA (ed.), *Actas del IV Curso de Cultura Medieval: Seminario, la fortificación medieval en la Península Ibérica* (Centro de Estudios del Románico, Aguilar de Campoo, 21-26 de septiembre de 1992), 2001, pp. 101-125.
- BOLOS, J. y BUSQUETA, J., *Territori i societat a l'Edat Mitjana: història, arqueología, documentació*, Lleida, 2000.
- BONASSIE, P., «Du Rhône à la Galice: genèse et modalités du régime féodal», en *Structures féodales et féodalisme dans l'Occident méditerranéen* (Roma, 1978), Roma, 1980, pp. 17-55.
- «Del Ródano a Galicia: génesis y modalidades del régimen feudal», en VV.AA., *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo*, Barcelona, 1984, pp. 21-65.
- *Cataluña mil años atrás (siglos X-XI)*, Barcelona, 1988.
- «La croissance agricole du Haut Moyen Age dans la Gaule du Midi et le Nord-Est de la Péninsule ibérique: chronologie, modalités, limites», en *La croissance agricole du Haut Moyen Age. Chronologie, modalités, géographie*. Flaran 10, 1988, Auch, 1990, pp. 13-35.
- *La Catalogne au tournant de l'an mil : croissance et mutations d'une société*, París, 1990.
- *Del esclavismo al feudalismo en la Europa occidental*, Barcelona, 1993.

- «Las comunidades rurales en Cataluña (siglos IX-XIII)», en P. BONNASIE, *Del esclavismo al feudalismo en europa occidental*, Barcelona, 1993, pp. 246-263.
 - «Le sacerdotes catalanes: la concentration de l'habitat dans le cercle de paix des églises en Catalogne et dans la France du Midi (fin Xe-XIe siècles)», en M. FIXOT, E. ZADORA-RIO (eds.), *L'environnement des églises et la topographie religieuse des campagnes médiévales* (Actes du III^e congrès internacional d'archéologie médiévale, Aix-en-Provence, 1989), París, 1994, pp. 68-79.
 - «Les inconstances de l'an mil», *Medievales: Langue, textes, histoire*, 37, 1999.
 - «El señorío banal y los cambios en la condición del campesinado libre», *La Edad Media a debate*, 2003, pp. 190-218.
- BONNASSIE, P., GUICHARD, P., «Les communautés rurales en Catalogne et dans le Pays Valencien (IX^e-milieu XIV^e siècle)», en *Les communautés villageoises en Europe Occidentale du Moyen Age aux Temps modernes*, Flaran 4, 1982, 1984, pp. 79-115.
- BONNASSIE, P. y TOUBERT, P. (eds.), *Hommes et sociétés dans l'Europe de l'An mil*, Toulouse, 2004.
- BOURIN, M., *Villes, bonnes villes, cités et capitales: études d'histoire urbaine (XII^e-XVIII^e siècle)*, Caen, 1993.
- «Hagiotoponymie et concentration de l'habitat: l'exemple des plaines de l'Orb et de l'Hérault», *Annales du Midi*, 102/189-190, 1990, pp. 35-41.
 - *Villages médiévaux en Bas-Languedoc: genèse d'une sociabilité (X^e-XIV^e siècle)*, París, 1987.
- BOURIN, M. y BOISSELLIER, S. (eds.), *L'Espace rural au Moyen Age: Portugal, Espagne, France: XII-XIV^e siècle: mélanges en l'honneur de Robert Durand*, Rennes, 2002.
- BOURIN, M. y FREEDMAN, P. (eds.), *Forms of servitude in Northern and Central Europe: decline, resistance and expansion*, Turnhout, 2005.
- BOURIN, M. y ROSENWEIN, B.H., «L'an mil en 2000», *Medievales: Langue, textes, histoire*, 37, 1999, pp. 5-11.
- «Repères bibliographiques sur l'an mil», *Medievales: Langue, textes, histoire*, 37, 1999, pp. 12-14.
- BOYER, R., DESIRAT, G., «Un habitat médiéval inédit: Arquinaut», *Provence historique*, 35-141, 1985, pp. 279-287.

- BRENNER, R., «Auges y declives de la servidumbre en Europa durante la Edad Media y la Edad Moderna», *Hispania. Revista española de Historia*, 192, 1996, pp. 173-201.
- BRESC, H., «Dominio feudale, consistenza patrimoniale e insediamento umano», en G. ZITO (ed.), *Chiesa e società in Sicilia. L'età normanna*, Turín, 1996, pp. 91-108.
- BROGIOLO, G.P. y CHAVARRIA ARNAU, A., *Aristocrazie e campagne nell'Occidente da Costantino a Carlo Magno*, Florencia, 2005.
- BROGIOLO, G.P., CHAVARRIA ARNAU, A. y VALENTI, M. (eds.), *Dopo la fine delle ville: le campagne dal V al IX secolo*, Mantua, 2005.
- BUR, M. (ed.), *Les peuplements castraux dans les Pays de l'Entre-Deux: Alsace, Bourgogne, Champagne, Franche-Comté, Lorraine, Luxembourg, Rhénanie-Palatinat, sarre* (Actes du colloque de Nancy, 1-3 octobre 1992), Nancy, 1993.
- CABOURET, M., «Quelques traits de l'évolution historique de l'habitat rural dans la Péninsule scandinave et plus particulièrement en Norvège: types de maisons et modes de groupement», *Hommes et terres du Nord*, 1, 1982, pp. 39-63.
- CABRERA, E., «Población y poblamiento, Historia Agraria, Sociedad Rural», en *La Historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)* (Actas de la XXV Semana de Estudios Medievales de Estella. 14 al 18 de julio de 1998), Pamplona, 1999, pp. 659-746.
- CAMBI, F., CITTER, C., GUIDERI, S. y VALENTI, M., «Etruria, Toscana: la formazione dei paesaggi altomedioevali», en R. FRANCOVICH y G. NOYÉ (eds.), *La storia dell'alto medioevo italiano*, Florencia, 1994.
- CAROCCI, S., «Señorío italiano, señoríos del Lazio, comunidades rurales», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Universidad de la Rioja, Logroño, 2001, pp. 65-90.
- CARRASCO, J., «Las primeras migraciones judías en el reino de Navarra (1076-1328)», en F. MIRANDA (ed.), *Movimientos migratorios y expulsiones en la diáspora occidental: Terceros encuentros judaicos de Tudela* (14-17 de julio de 1998), Pamplona, 2000, pp. 9-38.
- «Los inicios de la vida urbana en el Reino de Pamplona bajo la unión dinástica con Aragón (1076-1134)», en F.J. GARCÍA TURZA, I. MARTÍNEZ (eds.), *El Fuero de Logroño y su época*, Logroño, 1996, pp. 145-165.
- CARZOLIO DE ROSSI, M.I., «La gran propiedad laica gallega en el siglo XI», *Cuadernos de Historia de España*, 65-66, 1981, pp. 59-112.
- CASTELLANOS, S., «Problemas metodológicos en la investigación de la ocupación del territorio durante la Antigüedad tardía: el caso del Alto

- Ebro y la aportación de la *Vita Sancti Aemiliani*, en *Brocar*, Logroño, 19, 1995, pp. 27-50.
- «Consideraciones en torno al poblamiento rural del actual territorio riojano durante la Antigüedad tardía», en J.I. DE LA IGLESIA DUARTE (ed.), *VII Semana de Estudios Medievales: Nájera* (29 de julio al 2 de agosto de 1996), Logroño, 1997, pp. 331-342.
- CASTELLANOS, S. y MARTÍN VISO, I., «The local articulation of central power in the north of the Iberian Peninsula, 500-1000», *Early Medieval Europe*, 13/1, 2005, pp. 1-42.
- CASTILLO ARMENTEROS, J.C., «El poblamiento islámico de la campiña de Jaén: la época emiral y el tránsito a la califal», en V. SALVATIERRA CUENCA (ed.), *Hispania, al-Andalus, Castilla: Jornadas Históricas del Alto Gudalquivir*, 17, 1998, pp. 135-158.
- CATAFAU, A., *Hispani et aprisionnaires en Roussillon et Vallespir de la fin du VIII^e à la fin du X^e siècle*, 1991.
- *Les celleres et la naissance du village en Rousillon (X^e-XV^e siècles)*, Perpignan, 1998.
- «La maison rurale en Roussillon du IX^e au XV^e siècle. Une approche par les textes», en A. ROUSSELLE et M.-C. MARANDET (eds.), *Le monde rural et ses acteurs*, Perpignan, 1998, pp. 163-191.
- «Consolidation de la romanité et apports germaniques (414-1027)», en J. SAGNES (dir), *Nouvelle Histoire du Roussillon*, Perpignan, 1999, pp. 77-104.
- «Peuplement, églises et territoires en haut Conflent aux IX^e-XII^e siècles: quelques observations sur les plus anciens documents», en J. MAROTO y otros (eds.), *Medievalis Historia Pyrenaica*, II^e Congrès d'Histoire des Pyrénées, Gerona, 2005, pp. 227-254.
- CATAFAU, A. (ed.), *Activités, échanges et peuplement entre antiquité et Moyen Âge en Pyrénées-Orientales et Aude* (Actes de la journée d'étude du 1^{er} juin 2006. *Domitia*, nº 8-9), Perpignan, 2007.
- CATALO, J. y FALCO, J., «L'habitat rural médiéval de Vacquiers (Haute-Garonne)», en *Sites défensifs et sites fortifiés au Moyen Age entre Loire et Pyrénées* (Actes du premier colloque Aquitania, Limoges 20-22 mayo 1987), 1990, pp. 137-149.
- CAZES, J.P., «Un village castral de la plaine lauragaise: Lasbordes», *Archéologie du Midi Medieval*, 8-9, 1990-1991, pp. 3-25.
- CHAPELOT, J. y FOSSIER, R., *Les village et la maison au Moyen Age*, París, 1980.

- CHEYETTE, F., DUHAMEL-AMADO, C., «Organisation d'un terroir et d'un habitat concentré: un exemple languedocien», en A. BAZZANA, P. GUICHARD, J.M. POISSON (eds.), *Habitats fortifiés et organisation de l'espace en Méditerranée médiévale*, Lyon, 1983, pp. 35-44.
- CLARIANA, J.F., OROBITG, M. PORTILLO, T. y PREVOSTI, M., «Datos para el estudio del poblamiento rural altomedieval del Maresme (Barcelona)», *Actas de I Congreso de Arqueología Medieval Española*, 4, Zaragoza, 1986, pp. 569-585.
- COLARDELLE, M., «Charvines-les-Bains (Isère): l'habitat immergé de Colletières», *Histoire et archéologie*, 78, 1983, pp. 83-84.
- COLARDELLE, M., CHARLES, E., LEBOUTET, L., DANGREAUX, B., «L'étude dendrochronologique de l'habitat médiéval immergé de Colletière à Charvines (Isère): interprétations archéologiques», *Archéologie médiévale*, 13, 1983, pp. 131-154.
- COMBA, R., «Emigrare nel medioevo. Aspetti economico-sociali Della mobilità geografica nei secoli XI-XVI», en R. COMBA, G. PICCINI y G. PINTO (eds.), *Strutture familiari, epidemia, migrazioni nell'Italia medievale*, Nápoles, 1984, pp. 45-74.
- COMBA, R., PICCINI, G. y PINTO, G. (eds.), *Strutture familiari, epidemia, migrazioni nell'Italia medievale*, Nápoles, 1984.
- CORRAO, P., «Gerarchie sociali e di potere nella Sicilia normanna (XI-XII secolo). Questioni storiografiche e interpretative», *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 459-481.
- CRAWFORD, I.A., «War or peace. Viking colonisation in the northern and western isles of Scotland reviewed», en H.B. NIELSEN, P. FOOTE, O. OLSEN (eds.), *Proceedings of the eighth viking congress* (Arhus, 24-31 agosto 1977), 1981, pp. 259-269.
- CUADRADA, C., *El régimen feudal en el Maresme (s. X-XIV)*, Madrid, 1984.
- CURSENTE, B., *Les castelnaux de la Gascogne médiévale*, Burdeos, 1980.
- «Les castelnaux du Béarn (XII^e-XV^e siècles): essai de bilan», en *Cadres de vie et société dans le Midi médiévale. Hommage à Charles Higounet, Annales du Midi*, 102, 1990, pp. 73-84.
- «La société rurale gasconne au miroir des cartulaires (XI^e-XIII^e siècles) Notables du fisc ou paysans», en *Villages et villageois au Moyen Age*, París, 1992, pp. 53-65.
- «Les villes de fondation du royaume de France (XI^e-XIII^e siècles)», en R. COMBA y A.A. SETTIA (eds.), *I borghi nuovi*, Cuneo, 1993, pp. 39-54.

- «Eglise et habitat dans les villages gascons: quelques aspects topographiques (XI^e-XV^e s.)», en M. FIXOT, E. ZADORA-RIO, *L'environnement des églises et la topographie religieuse des campagnes médiévales* (Actes du IIIe congrès international d'archéologie médiévale, Aix-en-Provence, 28-30 septembre 1989), París, 1994, pp. 122-131.
 - *Du casal à l'ostau. Habitat, société, pouvoirs dans la Gascogne médiévale*, Toulouse, 1995.
 - «Puissance, liberté, servitude. Les casalers gascons au Moyen Âge», *Histoire et Sociétés Rurales*, 6, 1996, pp. 31-50.
- CURSENTE, B. (ed.), *L'habitat dispersé dans l'Europe médiévale et moderne. Flaran 18*, Toulouse, 1999.
- DAMMINGER, F., «Dwellings, settlements and settlement patterns in Merovingian southwest Germany and adjacent areas», en I. WOOD (ed.), *Franks and Alamani in the Merovingian period*, Woodbridge, 1998.
- DAVIES, W., «La comunidad local en las sociedades célticas en la Alta Edad Media», I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2001, pp. 91-114.
- DE MEULEMEESTER, J., BAZZANA, A. y MATTHYS, A., «Quelques aspects du peuplement médiéval du Valle de Ricote (Murcie, Espagne)», en G. DE BOE y F. VERHAEGUE (eds.), *Rural settlements in Medieval Europe: Papers of the «Medieval Europe Brugge 1997»*, Instituut voor het Archeologisch Patrimonium, 1997, pp. 39-54.
- DÉBAX, H., *Structures féodales dans le Languedoc des Trencavel (XI^e-XII^e siècles)*, Toulouse, 1997.
- DÉBAX, H. (ed.), *Les sociétés méridionales à l'âge féodal (Espagne, Italie et sud de la France, X^e-XII^e siècles). Hommage à Pierre Bonnaissie*, Toulouse, 1999.
- DE BOE, G. y VERHAEGUE, F. (eds.), *Rural settlements in medieval Europe: papers of the «Medieval Europe Brugge 1997» conference*, Zellik, 1997.
- DEBORD, A., «Motte castrale et habitat chevaleresque», *Mélanges d'archéologie et d'histoire médiévales en l'honneur du doyen Michel de Boüard*, 1982, pp. 83-89.
- «Remarques sur la notion de bourg castral», en *Cadres de vie et société dans le Midi médiévale. Hommage à Charles Higouet*, *Annales du Midi*, 102, 1990, pp. 55-61.

- DELAIGUE, M-C., «Ethnoarchéologie et habitat en Andalousie orientale», en A. BAZZANA, M-C. DELAIGUE (eds.), *Ethno-archéologie méditerranéen: Finalité, démarches et résultats*, 1995, pp. 53-68.
- «Castillos y organización del poblamiento en el territorio de Vélez Málaga», en R. DE BALBÍN y P. BUENO (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996), Zamora, 1997, pp. 619-625.
- DELAPLACE, C. (ed.), *Aux origines de la paroisse rurale en Gaule méridionale (IV^e-IX^e siècles). Actes du colloque international de Toulouse (21-23 mars 2003)*, París, 2005.
- DELPORTE, L., «L'habitat seigneurial dans le Pays d'Enghien: l'exemple de Bierghes et d'Oetingen», en J-M. CAUCHIES, J. GUISSET (eds.), *Du métier des armes à la vie de cour, de la forteresse au château de séjour: familles et demeures aux XIV^e-XVI^e siècles*, Turnhout, 2005, pp. 119-131.
- DEMOLON, P., «L'habitat du Haut Moyen Age dans le Nord de la France: réflexions socio-économiques», *Revue du Nord*, 71/280, 1989, pp. 165-175.
- «L'habitat rural du Haut Moyen-Age», *Septentrion*, 10/38, 1980, pp. 35-40.
- DERVILLE, A., «Les paysans du Nord: habitat, habitation, société», en *Villages et villageois au Moyen Age*, París, 1992, pp. 81-100.
- Despoblación y colonización del Valle del Duero: Siglos VIII-XX. Congreso de Estudios Medievales*, Madrid, Fundación Sánchez Albornoz, 1995.
- DEVROEY, J-P., *Études sur le grand domaine carolingien*, Aldershot, 1993.
- *Économie rurale et société dans l'Europe franque (VI^e-IX^e siècles). Fondements matériels, échanges et lien social*, París, 2003.
- DÍEZ HERRERA, C., *La formación de la sociedad feudal en Cantabria. La organización del territorio en los siglos IX al XIV*, Santander, 1990.
- «La organización social del espacio entre la cordillera Cantábrica y el Duero en los siglos VIII al XI: una propuesta de análisis como sociedad de frontera», en J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR (ed.), *Trece estudios sobre organización social del espacio en los siglos VIII a XIII*, Santander, 1999, pp. 123-155.
- DILCHER, G. y VIOLANTE, C. (eds.), *Strutture e trasformazioni della signoria rurale nei secoli X-XIII* (Atti della XXXVII settimana di Studio del Istituto storico italo-germanico in Trento), Bolonia, 1996.

- DÖRFLER, W., «Rural economy of the continental Saxons from the migration period to the tenth century», en D.H. GREEN y F. SIEGMUND (eds.), *The continental saxons from the migration period to the tenth century: An ethnographic perspective*, Suffolk, 2003, pp. 133-157.
- DUNIN-WASOWICZ, T., «Les grands fleuves et l'habitat humain dans la Bassse-Plaine européenne: la Vistule», en J.F. BERGIER (ed.), *Montagnes, fleuves, forêts dans l'histoire: Barrières ou lignes de convergence?* (XVI^e Congrès international des sciences historiques, Stuttgart, agosto 1985), 1989, pp. 181-197.
- «Changements dans la topographie de l'habitat slave au Moyen Age», *Revue du Nord*, 63/251, 1981, pp. 929-934.
- DURAND, R., «Habitats fortifiés et organisation des pouvoirs au Portugal», en A. BAZZANA, P. GUICHARD Y J. M. POISSON (eds.), *Habitats fortifiés et organisation de l'espace en Méditerranée médiévale* (Lyon, 1982), Lyon, 1983, pp. 69-75.
- «Villages et seigneurie au Portugal (Xe-XIII^e s.)», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 30, 1987, pp. 205-217.
- DURAND, M., «Archéologie du cimetière medieval au Sud-est de l'Oise. Relations avec l'habitat et évolution des rites et des pratiques funéraires du VI^e au XVI^e siècle», *Revue Archéologique de Picardie*, 1988.
- DURAND, A., *Les Paysages médiévaux du Languedoc (Xe-XII^e siècles)*, Toulouse, 1998.
- DYER, C., «Villages and non-villages in the medieval Costwolds», *Transactions of the Bristol and Gloucestershire archaeological society*, CXX, 2002, pp. 11-35.
- En torno al feudalismo hispánico. I Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz*, Ávila-Madrid, 1987.
- ESCALONA MONGE, «Algunos problemas relativos a la génesis de las estructuras territoriales en Castilla», en *Burgos en la Alta Edad Media*, Burgos, 1991, pp. 489-506.
- *Transformaciones sociales y organización del espacio en el alfoz de Lara en la Alta Edad Media*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1996.
- «De señores y campesinos a poderes feudales y comunidades. Elementos para definir la articulación entre territorio y clases sociales en la Alta Edad Media castellana», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Universidad de la Rioja, Logroño, 2001, pp. 115-156.

- «Comunidades, territorios y poder condal en la Castilla del Duero en el siglo X», en *Studia Historica. Historia Medieval*, 18-19, 2000-2001, pp. 85-120.
- *Sociedad y territorio en la alta edad media castellana*, Oxford, 2002.
- ESPINOSA U. y CASTELLANOS, S. (eds.), *Comunidades locales y dinámica de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía*, Logroño, 2006.
- ESTEPA DÍEZ, C., «El alfoz castellano en los siglos IX al XII», en *En la España Medieval*, 4, 1984, pp. 305-342.
- «Formación y consolidación del feudalismo en Castilla y León», en *En torno al feudalismo hispánico. I Congreso de Estudios Medievales*, Ávila, 1989, pp. 157-256.
- «Proprietà, evoluzione delle strutture agrarie e trasformazioni sociali in Castiglia (secoli XI-XII)», en G. DILCHER y C. VIOLANTE (eds.), *Strutture e trasformazioni della signoria rurale nei secoli X-XIII*, Bologna, 1996, pp. 411-443.
- «Comunidades de aldea y formación del feudalismo. Revisión, estado de la cuestión y perspectivas», en M.J. HIDALGO, D. PÉREZ y M.J. RODRÍGUEZ (eds.), *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, 1998, pp. 271-282.
- «Hombres de behetría, labradores del rey y Königsfreie: Propuestas para una historia comparativa en la formación y primera evolución del feudalismo europeo», en J. PÉREZ y S. AGUADÉ NIETO (eds.), *Les origines de la féodalité: hommage à Claudio Sánchez Albornoz: actes du colloque international tenu à la Maison des Pays Ibériques les 22 et 23 octobre*, Casa de Velázquez, 2000, pp. 137-159.
- «Labradores del rey y Königsbauern. Planteamientos y perspectivas para una comparación», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Universidad de la Rioja, Logroño, 2001, p. 157-202.
- ESTEPA, C. y PLÁCIDO, D. (eds), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, 1998.
- FARÍAS, V., «La sagrera catalana (c. 1025-c.1200): características y desarrollo de un tipo de asentamiento eclesial», *Studia Historica. Historia Medieval*, 11, 1993, pp. 81-121.
- FARÍAS, V., MARTÍ, R. y CATAFAU, A., *Les sagreres a la Catalunya medieval*, Gerona, 2007.

- FEDERICI-SCHENARDI, M., FELLNER, R., «Develier-Courtételle (Jura). Un habitat du Haut Moyen Age», *Helvetia archaeologica*, 30/118-119, 1999, pp. 48-57.
- FELLER, L., *Les Abruzzes médiévales. Territoire, économie et société en Italie centrale du IX^e au XII^e siècle*, Roma, 1998.
- *Paysans et seigneurs au Moyen Âge, VIII^e-XV^e siècles*, París, 2007.
- FELLOWS-JENSEN, G., «Conquests and the place-names of England with special reference to the viking settlements», *NORNA-Rapporter*, 17, 1980, pp. 192-210.
- FERNÁNDEZ CONDE, F.J. y PEDREGAL MONTES, «Evolución histórica del territorio de Santo Adriano y génesis del poblamiento medieval», *Studia historica. Historia medieval*, 16, 1998, pp. 129-172.
- FERNÁNDEZ MIER, M., «Transformación del poblamiento en la transición del mundo antiguo al medieval en la montaña asturiana (Península Ibérica)», *Archeologia Medieval*, 23, 1996, pp. 101-128.
- *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*, Oviedo, 1999.
- FÉVRIER, P-A., «Problèmes de l'habitat du Midi méditerranéen à la fin de l'Antiquité et dans le Haut Moyen Age», *Jarbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz*, 1982, pp. 208-247.
- FORTÚN, L.J., *Leire, un señorío monástico en Navarra (siglos IX-XIX)*, Pamplona, 1993.
- FOSNIER, R., «Étapes de l'aménagement du paysage agraire au pays de Montreuil», *Revue du Nord*, 244, 1980, pp. 97-116.
- «La naissance du village», en *Le roi de France et son royaume autour de l'an Mil. Colloque international Hugues Capet 987-1987*, París, 1992, pp. 219-221.
- FRANCOVICH, R., «L'incastellamento e prima dell'incastellamento», en M. BARCELO et P. TOUBERT (eds.), *L'incastellamento*, Roma, 1998, p. 13-21.
- «Changing structures of settlement», en C. LA ROCCA (ed.), *Italy in the Early Middle Ages*, Oxford, 2002, pp. 144-167.
- FRANCOVICH, R. y GELICHI, S. (eds.), *Monasteri e castelli fra X e XII secolo: il caso di San Michele alla Verruca e le altre ricerche storico-archeologiche nell'Italia occidentale*, Florencia, 2003.
- FRANCOVICH, R. y GINATEMPO, M. (eds.), *Castelli: storia et archeologia del potere nella Toscana medievale*, 2000, Florencia.

- FRANCOVICH, R. y HODGES, R., *Villa to village. The transformation of the Roman Countryside in Italy, c. 400-1000*, 2002, Londres.
- FRANCOVICH, R. y NOYÉ, G. (eds.), *La storia dell'alto medioevo italiano (VI-X secolo) alla luce dell'archeologia: Convegno internazionale (Siena, 2-6 dicembre 1992)*, Florencia, 1994.
- FREEDMAN, P.H., *Els orígens de la servitud pagesa a la Catalunya medieval*, Barcelona, 1993.
- «La servidumbre catalana y el problema de la revolución feudal», *Hispania. Revista española de Historia*, 193, 1996, pp. 425-446.
- «Seigneurie et paysannerie au Moyen Âge. Un portrait de l'historiographie américaine», *Histoire et Sociétés Rurales*, 2000, pp. 153-168.
- GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A., «Poder y poblamiento en el territorio Gegione (Asturias) durante el Altomedievo», *Territorio, Sociedad y Poder: revista de estudios medievales*, 1, 2006, pp. 129-156.
- GARCÍA CAMINO, I., *Arqueología y poblamiento en Vizcaya (siglos VI-XII). La configuración de la sociedad feudal*, Bilbao, 2003.
- GARCÍA CAMINO, I. y TORRECILLA, M.J., «Las iglesias, centros de poder y organización territorial (el papel de las iglesias en la reorganización del poblamiento en los casos de Bizkaia y Ayala: siglos IX-XIII)», en *V Congreso de Arqueología Medieval Española* (Valladolid, 1999), II, Valladolid, 2000, pp. 717-726.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A., «La serna, una etapa del proceso de ocupación y explotación del espacio», *En la España Medieval. Estudios dedicados al profesor D. Julio González*, Madrid, 1980, pp. 115-128.
- «La organización del territorio en la formación de Álava y Vizcaya en los siglos VIII a fines del XI», en *El hábitat en la historia de Euskadi*, Bilbao, 1981, pp. 133-155.
- «Espacio y poblamiento en la Vizcaya altomedieval: De la comarca al caserío en los siglos XI al XIII», *En la España Medieval. Estudios en memoria del profesor D. Salvador de Moxó*, Madrid, 1982, I, pp. 349-366.
- *La formación de la sociedad hispano-cristiana del Cantábrico al Ebro en los siglos VIII a XI. Planteamiento de una hipótesis y análisis del caso de Liébana, Asturias de Santillana y Trasmiera*, Santander, 1982.
- «Les communautés villageoises du nord de la Péninsule ibérique au Moyen Age», en *Les communautés villageoises en Europe occidentale du Moyen Age aux Temps Modernes. Flaran 4*, 1982, Auch, 1984, pp. 55-77.

- «Del Cantábrico al Duero», en *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*, Barcelona, 1985, pp. 43-83.
- *La sociedad rural en la España Medieval*, Madrid, 1988.
- «La progresión cristiana hasta el Duero. Repoblación y organización social del espacio en el Valle del Duero en los siglos VIII a XII», en F. MAILLO SALGADO (ed.), *España. Al-Andalus. Sefarad: Síntesis y nuevas perspectivas*, 1988, pp. 23-35.
- «La repoblación del valle del Duero en el siglo IX: del yermo estratégico a la organización social del espacio», *Actas del Coloquio de la V Asamblea General de la Sociedad Española de Estudios Medievales. La reconquista y repoblación de los reinos hispánicos. Estado de la cuestión de los últimos cuarenta años* (Jaca, junio 1988), Zaragoza, 1991, pp. 15-40.
- «Sánchez Albornoz y la repoblación del valle del Duero», en *Sánchez Albornoz a debate. Homenaje de la Universidad de Valladolid con motivo de su centenario*, Valladolid, 1993, pp. 33-44.
- «Sociedad rural y organización del espacio en la Castilla del año mil», en *Campagnes médiévales: L'homme et son espace. Etudes offertes à Robert Fossier*, París, 1995, pp. 613-625.
- «Poblamiento y organización social del espacio vasco en la Edad Media», *II Congreso Mundial Vasco*, San Sebastián, 1998, II, pp. 421-443.
- «Sociedad y organización social del espacio castellano en los siglos VII a XII. Una revisión historiográfica», en J. HIDALGO D. PÉREZ y J.R. GERVÁS (eds.), *Romanización y reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, 1998, pp. 317-337.
- «Poblamiento y modelos de sociedad en la transición de la Antigüedad al feudalismo entre el Cantábrico y el Duero», en *Sautuola, VI, Estudios en homenaje al profesor Dr. García Guinea*, Santander, 1999, pp. 501-511.
- «Organización del espacio, organización del poder entre el Cantábrico y el Duero en los siglos VIII a XIII», en J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR, *Del Cantábrico al Duero. Trece estudios sobre la organización social del espacio en los siglos VIII a XIII*, Santander, 1999, pp. 15-48.
- «Estructuras sociales y relaciones de poder en León y Castilla en los siglos VIII a XII: la formación de una sociedad feudal», *Il feudalesimo nell'Alto Medioevo, Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'alto Medioevo*, XLVII, 8-12 aprile 1999, II, Spoleto, 2000, pp. 497-568.

- «Señores, siervos y vasallos en la Europa altomedieval», en *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 15-73.
- *Investigaciones sobre historia medieval del País Vasco (1965-2005)*, Bilbao, 2005 (ed. A cargo de J.R. Díaz de Durana).
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A. (ed.), *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*, Barcelona, 1985.
- *Del Cantábrico al Duero. Trece estudios sobre la organización social del espacio en los siglo VIII a XIII*, Santander, 1999.
- GARCÍA DE CORTAZAR, J.A. y DÍEZ HERRERA, C., *La formación de la sociedad hispano-cristiana del Cantábrico al Ebro en los siglos VIII a XI. Planteamiento de una hipótesis y análisis del caso de Liébana, Asturias de Santillana y Trasmiera*, Santander, 1982.
- «La formación de los dominios monásticos en Cantabria (años 800-1200): Una primera pista para el estudio de la evolución histórica de una sociedad regional», en *Semana de Historia del monacato cántabro-astur-leonés. Monasterio de San Pelayo*, 1982, Oviedo, 1982, pp. 57-80.
- GARCÍA DE CORTAZAR, J.A. y PEÑA, E., «La atribución social del espacio ganadero en el norte peninsular en los siglos IX a XI», *Estudios Medievais*, 8, 1987, pp. 3-27.
- «El palatium, símbolo y centro de poder en los reinos de Navarra y Castilla en los siglos X a XII», *Mayurca. Homenatge a Alvaro Santa-maria*, 22, I, 1989, pp. 281-296.
- «Aldeas, aldeanos y señores en Castilla en los siglos X a XII: nuevas propuestas de análisis», en *Historia económica y de las instituciones financieras en Europa. Trabajos en homenaje a Ferran Valls i Taber-ner*, 1990, pp. 3497-3524.
- «De alfoces, aldeas y solares en la Castilla de los siglos IX a XI ¿Una formalización feudal del espacio?», en *Miscellània en homenatge al P. Agustí Altisent*, Tarragona, 1991, pp. 183-202.
- «Poder condal y modelos sociales en la Castilla del Ebro del año mil», en *Estudios dedicados a la memoria del profesor L. M. Díez de Salazar Fernández*, Bilbao, 1992, I, pp. 135-145.
- «Poder condal y ¿mutación feudal? En la Castilla del año mil», en M.I. LORING GARCÍA (ed.), *Historia social, pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al profesor Abilio Barbero de Aguilera*, Madrid, 1997, pp. 273-298.

- GARCÍA FÉRNANDEZ, E., *Santa María de Irache. Expansión y crisis de un señorío monástico navarro en la Edad Media (958-1537)*, Bilbao, 1989.
- GARCÍA GONZÁLEZ, J.J., «Fronteras y fortificaciones en territorio burgalés en la transición de la Antigüedad a la Edad Media», *Cuadernos Burgaleses de Historia Medieval*, 2, 1995, pp. 7-69.
- GARCÍA GONZÁLEZ, J.J. y FERNÁNDEZ DE MATA, I., *Estudios sobre la transición al feudalismo en Cantabria y la cuenca del Duero*, Burgos, 1999.
- «En el corazón de las comunidades locales: la pequeña explotación agropecuaria familiar de la cuenca del Duero en la transición de la Antigüedad a la Edad Media», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2001, p. 203-254.
- GARCÍA MORENO, L.A., «El hábitat rural disperso en la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía (siglos V-VII)», en *Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía (Antigüedad y Cristianismo: 8)*, Murcia, 1991, pp. 265-273.
- GARCÍA SANJUÁN, A., «El poblamiento rural en la tierra llana onubense durante la época islámica», en J. PÉREZ ENBID (ed.), *La Andalucía medieval. Actas, I Jornadas de Historia Rural y Medio Ambiente* (Almonte, 23-25 de mayo 2000), Huelva, 2002, pp. 115-128.
- GAUTIER DALCHÉ, J., «Reconquête et structures de l'habitat en Castille», A. BAZZANA (ed.), *Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au Moyen Age* (Colloque organisé par la Casa de Velasquez et l'Ecole française de Rome, Madrid, 24-27 novembre 1985), 1988, pp. 199-206.
- GENICOT, L., «Église, aristocratie et peuplement dans l'Italie au coeur du Moyen Âge», *Revue d'histoire ecclésiastique*, 86/3-4, 1991, pp. 371-378.
- *Comunidades rurales en el occidente medieval*, Barcelona, 1993.
- GENTILI, F., «L'organisation spatiale des habitats ruraux du haut Moyen Âge. L'apport des grandes fouilles préventives. Deux exemples franciliens: Serris «Les Ruelles» (Seine-et-Marne) et Villiers-le-Sec (Val-d'Oise)», *L'archéologie médiévale en France depuis trente ans. Dossiers de l'Archéologie et sciences des origines*, 314, juin 2006, pp. XX.
- GODIVEAU, H., «Peuplement et christianisation, enter pays de France et Beauce», *Médiévales: langue, textes, histoire*, 15, 1988, pp. 9-16.
- GÓMEZ BECERRA, A., «El poblamiento altomedieval en la costa de Granada», en *Studia historica. Historia medieval*, 13, 1995, pp. 59-92.

- «El litoral granadino en época altomedieval (siglos VII-XI): poblamiento, navegación y defensa», *Arqueología y territorio medieval*, 7, 2000, pp. 7-21.
- GRAMAIN-DERRUAU, M., »Castrum, structures féodales et peuplement en Biterrois au XI^e siècle», *Structures féodales et féodalisme dans l'Occident méditerranéen (X^e-XIII^e siècles). Bilan et perspectives de recherches* (Colloque internationa organisé par le Centre National de Recherche Scientifique e l'École Française de Rome. Rome, 10-13 octobre. 1978), 1980, pp. 119-134.
- GREULE, A. y MEIER, J. (eds.), *Die ländliche Gemeinde im Spätmittelalter*, Berlín, 2005.
- GUADAGNIN, R., «La villa carolingienne dans l'ancien Pays de France. De l'habitat dispersé antique aux villages de l'an mil (V^e-X^e siècle)», en *Un village au temps de Charlemagne: moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VII^e siècle à l'an mil* (Exposition. Musée national des Arts et traditions populaires, 29 noviembre 1988-30 abril 1989), 1988, pp. 112-142.
- «Archéologie de l'habitat rural du Haut Moyen Age. Etat de la recherche en Ile-de-France», en *Un village au temps de Charlemagne: moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VII^e siècle à l'an mil* (Exposition. Musée national des Arts et traditions populaires, 29 noviembre 1988-30 abril 1989), 1988, pp. 142-149.
- GUICHARD, P., «Orient et Occident: peuplement et société», A. BAZZANA, P. GUICHARD y J.M. POISSON (eds.), *Habitats fortifiés et organisation de l'espace en Méditerranée médiévale* (Table ronde tenue à Lyon les 4 et 5 mai 1982), Lyon, 1983, pp. 177-196.
- GUICHARD, P. y BAZZANA, A., «Structures du peuplement et organisation de l'espace», en A. BAZZANA y J.M. POISSON (eds.), *Histoire et archéologie de l'habitat médiéval. Cinq ans de recherches das le domaine méditerranéen et la France du Centre-Est*, Lyon, 1986, pp. 95-112.
- GUIRAUD, J.F., «Le réseau de peuplement dans le Duché de Gaète du X^e au XIII^e siècle», *Mélanges de l'École Française de Rome. Moyen Âge – temps modernes*, 94:2, 1982, pp. 485-511.
- GUTIÉRREZ, A., *Poblamiento antigüo y medieval en la montaña central leonesa*, León, 1985.
- HADLEY, D.M., *The Vikings in England*, Manchester, 2006.
- HAMEROW, H., «Migration theory and the migration period», en B. VYNER (ed.), *Building on the past: papers celebratins 150 years of the Royan Archaeological Institute*, Londres, 1994.

- HATCHER, J., «English serfdom and villeinage: towards a reassessment», *Past and Present*, 90, 1981, pp. 3-39.
- HENROTAY, D., LANSIVAL, R., «Un habitat rural du Haut Moyen Age à Frouard (Meurthe-et-Moselle)», *Revue archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 43-2, 1992, pp. 329-352.
- HIDALGO, Mª J., PÉREZ, D. y GERVÁS, J.R. (eds.), «Romanización» y «reconquista» en la Península Ibérica: nuevas perspectivas, Salamanca, 1998.
- HILTON, R.H., «Feudalismo o féodalité y seigneurie en Francia y en Inglaterra», en *Conflictos de clases y crisis del feudalismo*, Bardelona, 1988, pp. 139-154.
- HUBERT, E., «Patrimoines immobiliers et habitat à Rome au Moyen Age: la Regio columnae du XI^e au XIV^e siècle», en *Mélanges de l'Ecole française de Rome*, 101-1, 1989, pp. 133-175.
- «Mobilité de la population et structure des habitations à Rome et dans le Latium (IX^e-XIII^e siècles)», en R. COMBA e I. NASO (eds.), *Demografia et società nell'Italia medievale (secoli IX-XIV)*, Cuneo, 1994, pp. 107-124.
- HVASS, S., «Vorbasse. The viking-age settlement at Vorbasse, central Jutland», *Acta Archaeologica*, 1980, pp. 137-172.
- Il feudalesimo nell'Alto Medioevo, Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'alto Medioevo*, XLVII, 8-12 aprile 1999, II, Spoleto, 2000.
- INNES, M., *State and society in the early Middle Ages*, Cambridge, 2002.
- ISLA, A., *La sociedad gallega en la Alta Edad Media*, Madrid, 1992.
- JAMES, E., «The origins of barbarian kingdoms: the continental evidence», en S. BASSET (ed.), *The origins of the Anglo-Saxon kingdoms*, Leicester, 1989, pp. 40-52.
- JONES, G., *A History of the Vikings*, Oxford, 1984.
- JUSUÉ, C., *Poblamiento rural de Navarra en la Edad Media. Bases arqueológicas*, Pamplona, 1988.
- KIRCHNER GRANELL, H., «Migraciones, assentaments pagesos, espais agrícoles i l'arqueologia d'al-Andalus a Catalunya», *Musulmans i Catalunya, Ampurias*, 1999, pp. 113-142.
- KLIJN, H. DE, «Le site de Chalépont à Montalieu-Vercieu (Isère): une nécropole gallo-romaine à incinération et un habitat du haut Moyen Age», *Revue archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 41-2, 1990, pp. 275-288.

- La Península Ibérica en torno al año 1000. VII Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz*, León, 2001.
- LALIENA, C., *Estructura agraria y organización del poder en el Bajo Aragón en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Teruel, 1987.
- «La formación de la sociedad cristiana en el Pirineo central aragonés en los siglos VIII-IX», en Ph. SÉNAC (ed.), *Frontières et espaces pyrénéens au Moyen Age*, 1992, pp. 69-94.
 - «La sociedad aragonesa en la época de Sancho Ramírez (1050-1100)», en E. SARASA (ed.), *Sancho Ramírez, rey de Aragón, y su tiempo. 1064-1094*, Huesca, 1994, pp. 65-80.
 - *La formación del estado feudal: Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, 1996.
 - «Documentos sobre la servidumbre en la sociedad navarro-aragonesa del siglo XI», *Príncipe de Viana*, 25/211, 1997, pp. 371-392.
 - «Un mundo ancestral: Campesinos del Prepirineo aragonés en el siglo XI», *Aragón en la Edad Media*, 14-15, 2, 1999, pp. 831-846.
 - «El proceso de feudalización en Aragón durante los siglos XI y XII», En F. SABATÉ y J. FARRÉ (eds.), *El temps i l'espai del feudalisme: Reunió científica, VI Curs d'Estiu Comtat d'Urgell* (Balaguer, 11 i 13 de juliol de 2001), pp. 197-219.
 - «Las transformaciones en la estructura del poblamiento y el cambio social en los siglos XI y XII», en *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 179-208.
 - «Problemas historiográficos de la Alta Edad Media aragonesa: una revisión crítica», *Argensola. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, 113, 2003, pp. 13-36.
 - «Frontera y conquista feudal en el valle del Ebro desde una perspectiva local (Tauste, Zaragoza, 1086-1200)», *Studia historica. Historia medieval*, 23, 2005, pp. 115-138.
- LALIENA, C. y SÉNAC, Ph., *Musulmans et Chrétiens dans le Haut Moyen Age: aux origines de la Reconquête aragonaise*, París, 1991.
- LARREA, J.J., «La condición social del campesinado navarro-aragonés entre los siglos IX y XII: una revisión crítica», *En la España Medieval*, 2006, 29, pp. 383-409.
- «Cadres de vie en Espagne chrétienne», en P. BONNASSIE y P. TOUBERT (eds.), *Hommes et sociétés dans l'Europe de l'An Mil*, Toulouse, 2004, pp. 137-162.

- *La Navarre du IVè au XIIè siècle. Peuplement et société*, Bruselas, 1998.
 - *Peuplement et société en Navarre de la fin du monde romain à l'âge féodal (IVè-XIIè siècles)*, Toulouse, 1994.
 - «Toponimia y evolución del poblamiento altomedieval en la cuenca de Pamplona: los topónimos descriptivos», en E. RIPOLL PERELLÓ y Manuel F. LADERO QUESADA (eds.), *Congreso Internacional Historia de los Pirineos (Cervera, 1988)*, t. 2, Madrid, 1991, pp. 109-119.
 - «Moines et paysans: aux origines de la première croissance agraire dans le Haut Aragón (IX^e-X^e s.)», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 33, 1990, pp. 219-239.
- LARREA, J.J. y VIADIER, R., «Aprisions et presuras au début du IX^e siècle: pour une étude des formes d'appropriation du territoire dans la Tarraconaise du haut Moyen Âge», en Ph. SÉNAC (ed.), *De la Tarraconaise à la Marche supérieure d'Al-Andalus (IV^e-XI^e siècle). Les habitas rurales*, Toulouse, 2006, pp. 167-210.
- LASSURE, J.M., «Les mottes féodales et le peuplement de la haute vallée du Gers», *Châteaux et peuplements en Europe occidentale du X^e au XVIII^e siècle* (Premières journées internationales d'histoire, 20-22 septembre 1979), Auch, 1980, pp. 147-152.
- LAVELL, C. y BROWN, F., «Migration and early medieval», *British Archaeological Abstracts*, 21/1, 1988, pp. 130-170.
- LAZZARI, T. y SANTOS SALAZAR, I., «La organización territorial en Emilia en la transición de la Tardoantigüedad a la Edad Media (siglos VI-X)», *Studia Historia Medievalis*, 23, 2005, pp. 15-42.
- LECANDA, J.Á., «El poblamiento y la organización del territorio septentrional de Burgos en el siglo XI», en *Burgos en la Plena Edad Media*, Burgos, 1994, pp. 623-654.
- «De la Tardoantigüedad a la Plena Edad Media en Castilla a la luz de la arqueología», en J.I. de la Iglesia Duarte (Ed.), *VII Semana de Estudios Medievales: Nájera, 29 de julio al 2 de agosto de 1996*, Logroño, 1997, pp.297-329.
- LE JAN, R., *La société du Haut Moyen Âge. VI^e-IX^e siècle*, 2003, París.
- LEMANT, J.P., «Aspect du peuplement franc dans la haute vallée mosane», en M. OTTE y J. WILLEMS (eds.), *La civilisation mérovingienne dans le bassin mosan* (Actes du colloque international d'Amay-Liège du 22 au 24 août 1985), Lieja, 1986, pp. 121-152.
- LEVEAU, Ph., «La ville antique et l'organisation de l'espace rural: villa, ville, village», *Annales ESC*, 38-4, 1983, pp. 920-942.

- LIZOAÍN, J.M., «Del Cantábrico al Duero: siglos VIII-X: propuestas historiográficas», en *II Jornadas Burgalesas de Historia. Burgos en la Alta Edad Media*, Burgos, 1991.
- LOMAS, F.J., «Vigencia de un modelo historiográfico. De las sociedades gentilicias en el Norte peninsular a las primeras formaciones feudales», en M^a. J. HIDALGO, D. PÉREZ y M.J.R. GERVÁS (eds.), *«Romanización» y «Reconquista» en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, 1998, pp. 103-116.
- LLOVERA MASSANA, X., «El Roc d'Enclar (Andorra): un exemple d'habitat prefeudal al Pirineu oriental (segles IV-IX)», en *La vida medieval als dos vessants del Pirineu, comunitats pageses, estructures d'hàbitat, cultura material. El registre de dades arqueològic*, 1997, pp. 171-188.
- LÓPEZ ALSINA, F., *La ciudad de Santiago de Compostela en la Alta Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988.
- LÓPEZ QUIROGA, J., «Fluctuaciones del poblamiento y hábitat fortificado de altura en el noroeste de la Península Ibérica (ss. IV-IX)», en I.C. FERREIRA FERNANDES (ed.), *Mil anos de fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*, Lisboa, 2002.
- *El final de la Antigüedad en la Gallaecia: la transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos V al X)*, La Coruña, 2004.
- LÓPEZ QUIROGA, J. y RODRÍGUEZ LOVELLE, M., «Una aproximación arqueológica al problema historiográfico de la despoblación y repoblación en el valle del Duero, s. VIII-XI», *Anuario de Estudios Medievales*, 21, 1991, pp. 3-9.
- «Poblamiento rural en el Noroeste de la Península Ibérica (s. V-XI): una introducción al estudio del poblamiento rural entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media en Galicia a través de un análisis micro-regional», *Boletín de Arqueología Medieval*, 7, 1993, pp. 21-52.
- «Reflexiones sobre la evolución de la organización territorial diocesana y parroquial en el Norte de Portugal (s. IV-VIII)», en *Revista Portuguesa de História*, 31/2, 1996, pp. 19-63.
- «Un modelo de poblamiento rural en el Valle del Duero (siglos VII-X) a partir de un espacio macro-regional: las tierras galaico-portuguesas», *Anuario de Estudios Medievales*, 27/2, 1997, pp. 687-748.
- «L'hàbitat dispersé de la Galice et du nord du Portugal entre le V^e et le X^e siècle. Essai d'interpretation à partir de l'analyse microrégionale», en N. CURSENTE (ed.), *L'hàbitat dispersé dans l'Europe médiévale et moderne*, Toulouse, 1999, pp. 97-119.

- LORING, M^a.I., *Cantabria en la Alta Edad Media: organización eclesiástica y relaciones sociales*, Madrid, 1987.
- «La expansión de la servidumbre en el reino de Navarra a mediados del siglo XI: El ejemplo de Terrero», *En la España Medieval*, 12, 1989, pp. 45-61.
- «Dominios monásticos y parentales en la Castilla altomedieval: el origen del derecho de retorno y su evolución», en R. PASTOR, *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la Edad Media y Moderna*, Madrid, 1990, pp. 13-49.
- LORREN, C. y PÉRIN, P. (eds.), *L'habitat rural du haut moyen âge (France, Pays-Bas, Danemark et Grande-Bretagne)*, Rouen, 1995.
- LOVELLE, M.R. y QUIROGA, J.L., «El poblamiento rural en torno a Lugo en la transición de la antigüedad al feudalismo (ss. V-X)», *Cuadernos de estudios gallegos*, 47/113, 2000, pp. 53-76.
- MAGNUSSON, M., «End of an era», *Scandinavian Review*, 68-3, 1980, pp. 58-69.
- MARECHAL, J-F., «Colonisation et fortifications vikings et normandes: un problème», en *Châteaux et peuplements en europe occidentale du X^e au XVIII^e siècle* (Premières journées internationales d'histoire, 20-22 septiembre 1979), 1980, pp. 181-189.
- MARGUE, M., «Châteaux et peuplement dans le comté de Luxembourg (X^e-XIII^e siècles)», en M. BUR (ed.), *Les peuplements castraux dans les Pays de l'Entre-Deux: Alsace, Bourgogne, Champagne, Franche-Comté, Lorraine, Luxembourg, Rhénanie-Palatinat, sarre* (Actes du colloque de Nancy, 1-3 octobre 1992), Nancy, 1993, pp. 281-320.
- MARTIN, J.M., NOYÉ, G., «La conquête normande de l'Italie: pouvoir et habitat», en M. BALARD (ed.), *Etat et colonisation au Moyen Age et à la Renaissance* (Actes du colloque international, Reims 2-4 abril 1987), 1989, pp. 347-364.
- MARTÍN DUQUE, Á.J., «Señores y siervos en el Pirineo occidental hispano hasta el siglo XI», *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 363-412.
- «El Camino de Santiago y la articulación del espacio histórico navarro», en *El Camino de Santiago y la articulación del espacio hispánico: XX Semana de estudios Medievales* (Estella, 1993), Pamplona, 1994.

- MARTÍN VISO, I., «Poblamiento y sociedad en la transición al feudalismo en Castilla: castros y aldeas en la Lora burgalesa», *Studia historica. Historia medieval*, 13, 1995, pp. 3-45.
- «La creación de un espacio feudal: el valle de Valdivielso», *Hispania*, 196, 1997, pp. 679-707.
- *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la Península Ibérica (siglos VI-XIII)*, Salamanca, 2000.
- «La articulación del poder en la Cuenca del Duero: el ejemplo del espacio zamorano (siglos VI-X)», *Anuario de Estudios Medievales*, 31, 2001, pp. 75-126.
- «Pervivencia y transformación de los sistemas castrales en la formación del feudalismo en la Castilla del Ebro», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2001, p. 255-288.
- «La construcción del territorio del poder feudal en la región de Madrid», *En la España Medieval*, 26, 2003, pp. 61-96.
- «Una frontera casi invisible: los territorios al norte del Sistema Central en la Alta Edad Media (siglos VIII-XI)», *Studia Historica. Historia Medieval*, 23, 2005, pp. 89-114.
- «Central places and the territorial organization of communities: the occupation of hilltop sites in early medieval northern Castile», en W. DAVIES, G. HALSALL y A. REYNOLDS (eds.), *People and Space in the Middle Ages. 300-1300*, Turnhout, 2006.
- MARTÍN VISO, I. y BARRIOS GARCÍA, Á., «Reflexiones sobre el poblamiento rural altomedieval en el Norte de la Península Ibérica», *Studia historica. Historia medieval*, 18-19, 2001, pp. 53-83.
- MARTINELLI, B., «Toponymie et société. Contribution à l'étude de l'espace communautaire en Basse-Provence», *Études rurales*, 85, 1982, pp. 9-31.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G., *Pueblos y alfores «burgaleses» de la repoblación*, Valladolid, 1987.
- MARTÍNEZ GARCÍA, L., «El solar castellano en la Edad Media Central. De la participación de señores y campesinos en la pequeña producción familiar», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2001, p. 289-330.
- MARTÍNEZ LILLO, S., SÁEZ LARA, F. y MALALANA UREÑA, A., «Poblamiento y red viaria en la Marca Media: un comienzo de aproximación (ss. VIII-X)», en R. DE BALBÍN y P. BUENO (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*

- sular (Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996), IV, Zamora, 1997, pp. 537-554.
- MARTÍNEZ OCHOA, E.M.^a, «Aspectos de la ocupación del espacio en los valles de Ayala y del Bayas en los siglos IX a XI», en *Vitoria en la Edad Media*, Vitoria, 1982, pp. 695-710.
- MARTÍNEZ SOPENA, P., *La Tierra de Campos occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo X al XIII*, Valladolid, 1985.
- «La organización social de un espacio regional: la Tierra de Campos en los siglos X a XIII», en J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR (ed.), *Del Cantábrico al Duero. Trece estudios sobre la organización social del espacio en los siglo VIII a XIII*, Santander, 1999, pp. 437-474.
- «Poder, servicio y renta», en *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 183-217.
- MARTÍNEZ SOPENA, P. y CARBAJO SERRANO, M.^aJ., «Notas sobre la colonización de Tierra de Campos en el siglo X: Villobera», en *El pasado histórico de Castilla y León. I Edad Media*, Burgos, 1983, pp. 113-125.
- MAUFRAS, O. (ed.), *Habitats, nécropoles et paysages dans la moyenne et la basse vallée du Rhône (VI^e-XV^e siècles)*, París, 2006.
- MAURICI, F., *Castelli medievali in Sicilia. Dai Bizantini ai normanni*, Palermo, 1992.
- MAZZOLI-GUINTARD, Ch., «Les normands dans le Sud de la Péninsule ibérique au milieu du IX^e siècle: aspects du peuplement d'al-Andalus», *Annales de Bretagne et des pays de l'Ouest*, 103/2, 1996, pp. 27-37.
- MIGNOT, Ph., «Pratiques funéraires et peuplement rural médiéval. L'exemple de Froidlieu», en R. NOËL, I. PAQUEAY y J.-P. SOSSON (eds.), *Au-delà de l'écrit. Les hommes et leurs vécus matériels au Moyen Age à la lumière des sciences et des techniques. Nouvelles perspectives. Actes du Colloque international de Marche-en-Famenne* (16-20 octobre 2002), Turnhout, 2003, pp. 339-364.
- MÍNGUEZ, J.M^a., «Ruptura social e implantación del feudalismo en el Noroeste peninsular (siglos VIII-X)», *Studia Historica*, 3-2, 1985, pp. 7-32.
- *Las sociedades feudales, 1. Antecedentes, formación y expansión (siglos VI al XIII)*, Madrid, 1994.
- «Innovación y pervivencia en la colonización del valle del Duero», en *Despoblación y colonización del valle del Duero. Siglos VIII-XX*. IV Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz, León, 1995, pp. 45-79.

- «Sociedad esclavista y sociedad gentilicia en la formación del feudalismo asturleonés», en HIDALGO, M^a J., PÉREZ, D., GERVÁS, M.J.R. (eds.), *«Romanización» y «reconquista» en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, 1998, pp. 283-302.
 - «Continuidad y ruptura en los orígenes de la sociedad asturleonesa. De la villa a la comunidad campesina», *Studia Historica. Historia Medieval*, 16, 1998, pp. 89-127.
 - «La nueva ordenación del poblamiento en la cuenca septentrional del Duero en los inicios de la Edad Media», en *Homenaje a la profesora Carmen Orcástequi Gros (Aragón en la Edad Media, 14-15)*, Zaragoza, 1999, pp. 1027-1046.
- MIRANDA GARCÍA, F., «La población campesina del reino de Pamplona en el siglo XI. Variantes léxicas y ecuación conceptual», *I Congreso General de Historia de Navarra, Pamplona, 1986, Comunicaciones. Edad Media*, Pamplona, 1988, pp. 117-127.
- «Los judíos y el Camino a Compostela», *El legado de los judíos al Occidente europeo. De los reinos hispánicos a la monarquía española. Cuartos encuentros judaicos de Tudela* (Tudela, 11-13 de septiembre de 2000), Pamplona, 2002, pp. 11-21.
- MIRANDA GARCÍA, F. (ed.), *Movimientos migratorios y expulsiones en la diáspora occidental: Terceros encuentros judaicos de Tudela* (14-17 de julio de 1998), Pamplona, 2000.
- MONSALVO ANTÓN, J.M., «Concejos castellano-leoneses y feudalismo», *Studia Historica. Historia medieval*, X, 1992, pp. 203-243.
- MORRIS, C.D., «Viking and native in northern England. A case-study», en H.B. NIELSEN, P. FOOTE, O. OLSEN (eds.), *Proceedings of the eighth viking congress* (Arhus, 24-31 agosto 1977), 1981, pp. 223-244.
- MUNITA LOINAZ, J.A., *El monasterio de La Oliva en la Edad Media (siglos XII al XVI). Historia de un dominio cisterciense navarro*, Bilbao, 1995.
- MUSSET, L., «Les problèmes de la colonisation normande sur l'estuaire de la Seine», *Annuaire des cinq départements de Normandie*, 146, 1980, pp. 75-78.
- *Nordica et Normannica: Recueil d'études sur la Scandinavie ancienne et médiévale, les expéditions des Vikings et la fondation de la Normandie*, París, 1997.
 - «Essai sur le peuplement de la Normandie (VI-XII^e siècle)», en L. MUSSET, *Nordica et Normannica: Recueil d'études sur la Scandinavie an-*

- cienne et médiévale, les expéditions des Vikings et la fondation de la Normandie, París, 1997, pp. 389-402.
- NIELSEN, L.C., «Omgard. A settlement from the late iron Age and the viking period in west Jutland», *Acta Archaeologica*, 1980, pp. 173-209.
- NOYÉ, G., «Quelques observations sur l'évolution de l'habitat en Calabre du V^e au XI^e siècle», *Rivista di studi bizantini e neoellenici*, 25, 1988, pp. 57-138.
- NOYÉ, G. (ed.), *Structures de l'habitat et occupation du sol dans les pays méditerranéens: les méthodes et l'apport de l'archéologie extensive*, Roma-Madrid, 1988.
- OLLICH CASTANYER, I., «Problemàtica general de les estructures de l'habitat medieval a Catalunya i al Sud de França», en *La vida medieval a les dues vessants del Pirineu*, 1990, pp. 19-28.
- OURLIAC, P., «Le peuplement de la haute vallée de la Garonne vers l'An Mil», *Annales du Midi: Revue archéologique, historique et philologique de la France méridionale*, 102/189-190, 1990, pp. 121-135.
- PAGÈS, M., BOLÒS MASCLANS, J., «L'habitat concentrat a l'Edat Mitjana: Aportació a l'estudi de Bellver de Cerdanya i dels seus túNELS medievals», *Ilerda. Humanitats*, 48, 1990, pp. 107-118.
- PALLARES, M^a.C. y PORTELA, E., «De la villa del siglo IX a la aldea del siglo XIII. Espacio agrario y feudalización en Galicia», *Asturiensis Medievalia*, 8, 1996-1997, pp. 47-69.
- «Galicia, á marxe do Islam. Continuidades das estructuras organizativas no tránsito á Idade Media», en *Galicia fai douc mil anos. O feito diferencial galego. I. Historia*, Santiago de Compostela, 1997, I, pp. 435-458.
- PANERO, F., «Borghi nuovi di fondazione signorile nell'Italia centrosettentrionale. Controllo del popolamento e riorganizzazione dell'habitat nei secoli XII-XIV», en P. PIRILLO (ed.), *Semifonte in Val d'Elsa e i centri di nuova fondazione dell'Italia medievale*, Florencia, 2004, pp. 3-19.
- PARIS, P. «Une occupation du Haut Moyen Age: habitat et secteur artisanal dans la zone industrielle d'Allonne (Oise)», *Revue archéologique de Picardie*, 1-2, 1999, pp. 183-201.
- PASSARIUS, O., «La reestructuración del peuplement aux X^e-XI^e siècles. L'apport de l'étude des habitats ruraux abandonnés à la chronologie de la formation du village», en A. CATAFAU (ed.), *Activités, échanges et peuplement entre antiquité et Moyen Âge en Pyrénées-Orientales et Aude* (Actes de la journée d'étude du 1^{er} juin 2006. *Domitia*, n^o 8-9), Perpignan, 2007, pp. 89-120.

- PASSARIUS, O. y CATAFAU, A., «L'habitat rural autour de l'an mil en Roussillon. L'exemple du site du Camp del Rey (Baixas - Pyrénées-Orientales)», *Cahiers de Saint-Michel de Cuixà*, t. XXXII, 2001, p. 109-132.
- PASSINI, J., *Villes médiévales du Chemin de Saint-Jacques-de-Compostelle. De Pampelune à Burgos*, París, 1984.
- «L'habitat fortifié dans la Canal de Berdún, Aragón (X^e-XIII^e siècles)», en A. BAZZANA (ed.), *Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au Moyen Age* (Colloque organisé par la Casa de Velasquez et l'Ecole française de Rome, Madrid, 24-27 novembre 1985), 1988, pp. 91-98.
- PASTOR DÍAZ DE GARAYO, E., *Resistencias y luchas campesinas en la época de crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII*, Madrid, 1980.
- «Aproximación a la estructura del poblamiento alavés a finales del siglo XIII», en *II Congreso Mundial Vasco. Congreso de Historia de Euskal Herria*, San Sebastián, 1988, t. 2, pp. 509-533.
- «Sur la genèse du féodalisme en Castille et dans le Leon, X^e-XII^e siècles. Point de départ pour une histoire comparative», en H. ATS-MA, A. BURGUÍERE (ed.), *Marc Bloch aujourd'hui: histoire comparée et sciences sociales*, París, 1990, pp. 259-270.
- «Estructura del poblamiento en la Castilla condal. Consideraciones teóricas», en *Burgos en la Alta Edad Media. II Jornadas Burgalesas de Historia* (Burgos, 1990), Burgos, 1991, pp. 633-651.
- *Castilla en el tránsito de la antigüedad al feudalismo: poblamiento, poder político y estructura social del Arlanza al Duero (siglos VII-XI)*, Valladolid, 1996.
- PAVÓN BENITO, J., «Poblamiento medieval de Navarra», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, 1995, pp. 271-298.
- *Poblamiento altomedieval navarro. Base socioeconómica del espacio monárquico*, Pamplona, 2001.
- PEÑA BOCOS, E., «La aldea: un elemento de fijación, ordenación y atribución social del espacio en la Castilla altomedieval», en *Burgos en la Alta Edad Media. II Jornadas Burgalesas de Historia*, Burgos, 1990, Burgos, 1991, pp. 615-631.
- «Las presuras y la repoblación del valle del Duero: algunas cuestiones en torno a la atribución y organización social del espacio castellano en el siglo IX», en *Repoplación y Reconquista. Actas del III Curso de Cultura Medieval*, Aguilar de Campoo, 1993, pp. 249-259.

- «Ecclesia y monasterium, elementos de ordenación de la sociedad de la Castilla altomedieval», en E. SARASA, E. SERRANO (eds.), *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX)*, Zaragoza, 1993, t. III, pp. 379-398.
 - «El solar en el ámbito del obispado de Burgos en los siglos XI y XII: elemento de ordenación socioespacial y presión feudal», en *III Jornadas Burgalesas de Historia. Burgos en la Plena Edad Media*, Burgos, 1994, pp. 699-713.
 - *La atribución social del espacio en la Castilla altomedieval. Una nueva aproximación al feudalismo peninsular*, Santander, 1995.
- PEÑA PÉREZ, F.J., «Las comunidades de aldea en la Alta Edad Media. Precisiones terminológicas y conceptuales», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2001, p. 331-358.
- PÉREZ, J. y AGUADÉ, S. (eds.), *Les origines de la féodalité. Hommage à Claudio Sánchez Albornoz*, Madrid, 2000.
- PÉRIN, P., «À propos de publications étrangères récentes concernant le peuplement de la Gaule à l'époque mérovingienne: la question franque», *Francia (París): Forschungen zur westeuropäischen Geschichte*, 1981, pp. 537-552.
- PESEZ, J.M., *Archéologie du village et de la maison rurale au Moyen Âge*, Lyon, 1999.
- PEYTREMANN, E., *Archéologie de l'habitat rural dans le nord de la France du IV^e au XII^e siècle*, 2 vols, Saint-Germain-en-Laye, 2003.
- PICCINI, G., *I mille anni del medioevo*, Milán, 1999.
- PINO GARCÍA, J.L., «Poblamiento y organización social en la campiña de Córdoba durante la Edad Media», *Estudios de Historia de España*, 6, 2004, pp. 41-79.
- POISSON, J-M., «De la villa au castrum: l'habitat rural dans la châtellenie dauphinoise d'Albon de la fin de l'Antiquité au XII^e siècle», en L. FELLER, P. MANE, F. PIPONNIER (eds.), *Le village médiéval et son environnement: Etudes offertes à Jean-Marie Pesez*, París, 1998, pp. 571-586.
- POLY, J.P. y BOURNAZEL, E., *El cambio feudal (siglos X al XII)*, Barcelona, 1983, pp. 127-152.
- PROVERO, L., «Dinamica sociale e controllo signorile nel regno d'Italia (secoli IX-XII), *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 439-457.

- QUIRÓS, J.A., «La génesis del paisaje medieval en Álava: la formación de la red aldeana», *Arqueología y territorio medieval*, 13/2, 2006, pp. 49-94.
- RAMÍREZ VAQUERO, E., «Configuración e la sociedad medieval navarra: rasgos de un proceso evolutivo», en C. ERRO e Í. MUGUETA (eds.), *Grupos sociales en Navarra. Relaciones y derechos a lo largo de la historia. V Congreso de Historia de Navarra (Pamplona, 2002). Ponencias*, Pamplona, 2002.
- RAYNAUD, C., «De Vaunage en petite Camargue: paysage et peuplement en Languedoc de l'Antiquité tardive au Moyen Age», *La vida medieval als dos vessants del Pirineu, comunitats pageses, estructures d'hàbitat, cultura material. El registre de dades arqueològic* (Actes del 4rt Curs d'Arqueologia d'Andorra del 26 al 29 de setembre de 1994), Andorra, 1997, pp. 142-170.
- RETUERCE VELASCO, M., «Arqueología y poblamiento en la Meseta andalusí: el referente cerámico», en J.I. DE LA IGLESIA DUARTE (ed.), *VII Semana de Estudios Medievales: Nájera, 29 de julio al 2 de agosto de 1996*, Logroño, 1997, pp.8-13.
- REYES TÉLLEZ, F., «Las comunidades de aldea», en *El pasado Histórico de Castilla y León*, Burgos, 1983, I, pp. 199-207.
- «El alfoz de Rubiales en los siglos X al XII: un ejemplo de organización del territorio castellano a orillas del Duero», en M^a.I. LORING (ed.), *Historia social, pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al profesor Abilio Barbero de Aguilera*, Madrid, 1997, pp. 245-272.
- REYNOLDS, S., *Kingdoms and communities in western Europe, 900-1300*, Oxford, 1984, pp. 101-138.
- RIPOLL, G.M., «Transformación y final de las villaes en Occidente (siglos IV-VIII). Problemas y perspectivas», *Arqueología y Territorio Medieval*, 8, 2001, pp. 21-54.
- RÍU RÍU, M., «El paper dels castra en la redistribució de l'hàbitat al comtat d'Osona», *Ausa*, 102-104, 1982-83, pp. 401-409.
- «Nuevas bases para el estudio de la reconquista, la repoblación y la reorganización del territorio en Cataluña (ss. IX-XIV)», en *Actas del Coloquio de la V Asamblea General de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, Zaragoza, 1991, pp. 41-54.
- «Testimonios arqueológicos sobre el poblamiento del valle del Duero», en *Despoblación y colonización del Valle del Duero: Siglos VIII-XX. Congreso de Estudios Medievales*, Madrid, Fundación Sánchez Albornoz, 1995, pp. 81-102.

- ROBERTS, B.K., *Landscapes of settlement. From prehistory to the present*, Londres, 1996.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J., «El poblamiento romano y visigodo en el territorio de Salamanca», *Zephyrus*, L, 1997, pp. 225-243.
- RUIZ DE LA PEÑA, I., «La organización social del espacio asturiano en la alta Edad Media (718-1230)», en J.Á. GARCÍA DE CORTÁZAR (ed.), *Del Cantábrico al Duero. Trece estudios sobre la organización social del espacio en los siglo VIII a XIII*, Santander, 1999, pp. 413-436.
- SABATÉ I CURULL, F., «L'Expansió territorial de Catalunya (segles IX-XII): ¿Conquesta o repoblació?», en *Spai/Temps*, Lérida, 1996.
- *El territori de la Catalunya medieval. Percepció de l'espai i divisió territorial al llarg de l'Edat Mitjana*, Barcelona, 1997.
- SABOURIN, P., «Seigneurie, monastère et peuplement aux XI^e et XII^e siècles dans la région ardennaise», *Revue Historique Ardennaise*, 1993, pp. 35-51.
- SALRACH, J.M^a., «Conquesta de l'espai agrari i conflictes per la terra a la Catalunya carolíngia i comtal», en *Catalunya i França meridional a l'entorn de l'anny Mil*, Barcelona, 1991, pp. 203-211.
- *La formación del campesinado en el Occidente Antiguo y Medieval*, Madrid, 1997.
- «Europa en la transición de la antigüedad al feudalismo: el marco general de la Historia y la panorámica de la historiografía relativa al período», en *VII Semana de Estudios Medievales de Nájera*, Logroño, 1997, pp. 11-26.
- «¿Qué diferenciaba a los campesinos del siglo IX de los del siglo XII en Cataluña?», *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media: XXVIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 16 a 20 de julio de 2001), 2002, pp. 309-362.
- SALVADOR VENTURA, F., «El poblamiento de la provincia de Málaga durante los siglos VI y VII», en E. RIPOLL PERELLÓ y M.F. LADERO QUESADA (eds.), *Actas del II Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»* (Ceuta, 1990), II, Madrid, 1995, pp. 595-603.
- SÁNCHEZ BADIOLA, J.J., «Mozarabismo y poblamiento en el León altomedieval: el Valle de Ardon», en *La Península Ibérica en torno al año 1000. VII Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz*, León, 2001, pp. 311-322.
- *La configuración de un sistema de poblamiento y organización del espacio: el territorio de León (siglos IX-XI)*, León, 2002.

- SÁNCHEZ HERNÁNEZ, C., «El poblamiento medieval en el curso medio-alto del río Tiétar (Ávila): la influencia del entorno», en R. AZUAR y J. MARTÍ OLTRA (eds.), *IV Congreso de Arqueología Medieval Española: Sociedades en transición*, 2, Alicante, 1993, pp. 345-358.
- SAWYER, P.H., «Conquest and colonization: Scandinavians in the Danelaw and in Normandy», en H.B. NIELSEN, P. FOOTE, O. OLSEN (eds.), *Proceedings of the eighth viking congress* (Arhus, 24-31 agosto 1977), 1981, pp. 123-131.
- *Kings and Vikings. Scandinavia and Europe A.D. 700-1100*, Londres, 1982.
- SCHNEIDER, L., «Habitat et genèse villageoise du Haut Moyen Age. L'exemple d'un terroir du Biterrois nord-oriental», *Archéologie du Midi Médiéval*, 10, 1992, pp. 5-12.
- *Structures féodales et féodalisme dans l'Occident méditerranéen (Xe-XIIIe siècle)*, Roma, 1980.
- «Nouvelles recherches sur les habitats de hauteur de l'Antiquité tardive et du haut Moyen Âge en Gaule du Sud-Est: le cas du Roc de Pampelune (Hérault)», *Les Nouvelles de l'Archéologie*, 92, 2003, pp. 9-16.
- «Dynamiques spatiales et transformations de l'habitat en Languedoc méditerranéen durant le haut moyen âge (VI-IX siècles)», en G.P. BROGIOLO, A. CHAVARRIA ARNAU y M. VALENTI (eds.), *Dopo la fine delle ville: le campagne dal V al IX secolo*, Mantua, 2005, p. 287-312.
- SÉNAC, Ph., «Peuplement et habitats ruraux dans la marche supérieure d'Al-Andalus: l'Aragon», en *Villages et villageois au Moyen Âge*, París, 1992, pp. 27-38.
- «Poblamiento, hábitats rurales y sociedad en la Marca Superior de Al-Andalus», *Aragón en la Edad Media*, 9, 1991, pp. 389-402.
- SÉNAC, Ph. (ed.), *De la Tarragonaise à la Marche supérieure d'Al-Andalus (IVe-XIe siècle). Les habitats ruraux*, Toulouse, 2006.
- *La frontière et les hommes (VIIIe-XIIe siècle). Le peuplement musulman au nord de l'Ebre et les débuts de la reconquête aragonaise*, París, 2000.
- *La Marche supérieure d'Al-Andalus et l'Occident chrétien*, Madrid, 1991, pp. 51-65.
- SÉNAC Ph. y ESCÓ SAMPÉRIZ, J.C., «Le peuplement musulman das le district de Huesca, VIIIe-XIIe siècles», en Ph. SÉNAC (ed.), *La Marche supérieure d'Al-Andalus et l'Occident chrétien*, Madrid, 1991, pp. 51-65.

- SETTIA, A., «In Andisello et in Andego. Couples toponymiques et peuplement rural», en L. FELLER, P. MANE y F. PIPONNIER (eds.), *Le village médiéval et son environnement: Études offertes à Jean-Marie Pesez*, París, 1998, pp. 647-670.
- SKOV, T., BENDER JORGENSEN, L., «Trabjerg. A viking-age settlement in north-west Jutland», *Acta Archaeologica* (1980), pp. 119-136.
- SOLER SALA, M., «Feudalisme i nucleació poblacional: processos de concentració de l'habitat al contat de Barcelona entre els segles X i XIII», *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 23-24, 2003, pp. 69-101.
- SORENSEN, P., «Jutes in Kent? Considerations on the problem of ethnicity in southern Scandinavia and Kent in the migration period», en G. DE BOE y F. VERHAEGHE (eds.), *Method and theory in Historical Archaeology: Papers of the Medieval Europe Brugge 1997*, Instituut voor het Archeologisch Patrimonium, 1997, pp. 165-173.
- SOUTO LASALA, J.A., «Contribución al estudio del poblamiento del término de Zaragoza en época omeya», en Ph. SÉNAC (ed.), *La Marche supérieure d'al-Andalus et l'Occident chrétien*, Madrid, 1991, pp. 121-129.
- «El poblamiento del término de Zaragoza (siglos VIII-X): los datos de las fuentes geográficas e históricas», *Anaquel de estudios árabes*, 3, 1992, pp. 113-152.
- TAYLOR, C., *Village and farmstead*, Londres, 1983.
- TO FIGUERAS, Ll., «El marc de les comunitats pageses: villa i parròquia en les diòcesis de Girona i Elna (final del segle IX-principi de l'XI)», en *Catalunya i França meridional a l'entorn de l'any Mil*, Barcelona, 1991, pp. 212-239.
- «Le mas catalan du XII^e siècle: genèse et évolution d'une structure d'encadrement et d'asservissement de la payssannerie», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 36, 1993, pp. 151-177.
- «L'habitat dispersé et structures féodales dans l'Espagne du Nord au Moyen Âge central», en B. CURSENTE (ed.), *L'habitat dispersé dans l'Europe médiévale et moderne. Flaran 18*, Toulouse, 1999, pp. 121-144.
- TOUBERT, P., «Les destinées d'un thème historiographique: Castelli et peuplement dans l'Italie médiévale», *Châteaux et peuplements en Europe occidentale du X^e au XVIII^e siècle* (Premières journées internationales d'histoire, 20-22 septembre 1979), Auch, 1980, pp. 11-29.
- «La part du grand domaine dans le décollage économique de l'Occident (VIII^e-X^e siècles)», en *La croissance agricole du Haut Moyen Age*.

- Chronologie, modalités, géographie. Flaran 10, 1988, Auch, 1990, pp. 53-86.*
- *L'Europe dans sa première croissance*, París, 2004.
- TRAFFORD, S., «Ethnicity, migration theory, and the historiography of the Scandinavian settlement of England», en D.M. HADLEY y J.D. RICHARDS (Eds.), *Cultures in contact: Scandinavian Settlement in England in the Ninth and Tenth Centuries*, Turnhout, 2000, pp. 17-39.
- UBIETO, A., *Historia de Aragón. La formación territorial*, Zaragoza, 1981.
- URQUIAGA CELA, D., «Aproximación al estudio del poblamiento en época andalusí en el valle medio oriental del Tajo», en J. Lorenzo Arribas (ed.), *Organización social del espacio en el Madrid medieval*, Madrid, 1997, pp. 13-43.
- VALENTI, M., *L'insediamento altomedievale nelle campagne toscane*, Florencia, 2004.
- VERDEL, E., COLARDELLE, M., «L'habitat littoral de Charavines (Isère): une colonisation de terroir au Moyen Age (XI^e siècle)», en M. PARISSE, X. BARRAL I ALTET (eds.), *Le roi de France et son royaume autour de l'an Mil*, 1992, pp. 235-241.
- «Colonisation et défrichements de l'an mil: l'habitat de Colletière à Charavines (Isère)», en J. TAUBER (ed.), *Methoden und perspektiven der archäologie des Mittelalters* (Tagungsberichte zum interdisziplinären Kolloquium vom 27-30 septiembre 1989), 1991, pp. 259-278.
- VICHERD, G., «Eléments archéologiques et historiques sur l'évolution de l'habitat rural dans le nord de la région Rhône-Alpes (France)», en M. SCHNAEDECKE (ed.), *Ländliche siedlungen zwischen spätantike und Mittelalter*, 1995, pp. 83-88.
- VILLAR GARCÍA, L.M., *La Extremadura castellano-leonesa. Guerreros, clérigos y campesinos (711-1252)*, Valladolid, 1986.
- WICKAM, Ch., *Early Medieval Italy. Central Power and Local Society (400-1000)*, Londres, 1981.
- «Castelli e incastellamento nell'Italia centrale: la problematica storica», en R. COMBA y A. SETTIA, *Castelli: storia e archeologia*, Turín, 1984, pp. 137-148.
- *Il problema dell'incastellamento nell'Italia centrale: l'esempio di San Vincenzo al Volturno. Studi sulla società degli Appennini nell'alto medioevo*, II, Florencia, 1985.
- *The Mountains and the City. The Tuscan Appennines in the Early Middle Ages*, Oxford, 1988.

- «La otra transición: del mundo antiguo al feudalismo», *Studia Historica. Historia Medieval*, 7, 1989, p. 7-35.
 - «Mutations et révolutions aux environs de l'an mil», *Médiévales. Langue, textes, histoire*, 21, 1991, pp. 27-38.
 - «Problems of comparing rural societies in early medieval western Europe», *Transactions of the Royal Historical Society*, 2, 1992, pp. 221-246.
 - «Italy in the Early Middle Ages», *Land and Power. Studies in Italian and European Social History, 400-1200*, Londres, 1994, pp. 99-118.
 - «Rural society in carolingian Europe», en R. McKITTERICK (ed.), *The New Cambridge Medieval History*, II, c. 700-c. 900, Cambridge, 1995, pp. 510-537.
 - «Comunidades rurales y señorío débil: el caso del norte de Italia, 1050-1250)», en I. ÁLVAREZ BORGE (ed.), *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*, Universidad de la Rioja, Logroño, 2001, pp. 395-416.
 - *Framing the early middle ages. Europe and the Mediterranean. 400-800*, Oxford University Press, 2005.
- WILSON, D.M., *The Vikings and their origins*, Londres, 1980.
- WOOD, I., «Before and after the migration to Britain», en J. HINES (ed.), *The Anglo-Saxons from the migration period to the eighth century: An ethnographic perspective*, Suffolk, 1997, pp. 41-54.
- WOOD, I. (ed.), *Franks and Alamani in the Merovingian period*, Woodbridge, 1998.
- ZADORA-RIO, E., «L'église et le regroupement de l'habitat en Anjou aux XI^e et XII^e s.», en M. FIXOT, E. ZADORA-RIO, *L'environnement des églises et la topographie religieuse des campagnes médiévales* (Actes du IIIe congrès international d'archéologie médiévale, Aix-en-Provence, 28-30 septembre 1989), París, 1994, pp. 139-148.
- «Le village des historiens et le village des archéologues», en E. MORNET (ed.), *Campagnes médiévales*, París, 1995, pp. 145-153.
 - «L'historiographie des paroisses rurales à l'épreuve de l'archéologie», en DELAPLACE, C. (ed.), *Aux origines de la paroisse rurale en Gaule méridionale (IV^e-IX^e siècles). Actes du colloque international de Toulouse* (21-23 mars 2003), París, 2005, pp. 15-23.

